

EL DIABLO EN PALACIO

FOLLETIN DE "LAS NOTICIAS"

EL DIABLO EN PALACIO

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

DE

D. RAMÓN ORTEGA Y FRIAS

PUBLICACIÓN AUTORIZADA

POR

EDITORIAL CASTRO, S. A., MADRID

TOMO SEGUNDO

Imp. LAS NOTICIAS

BARCELONA - 1932



SEGUNDA PARTE

El Diablo en Palacio

LA CAPA DEL DIABLO

CAPITULO PRIMERO

Donde por boca de un anciano contamos una historia dividida en tres partes con lo que se prueba que no siempre muere un hombre a quien se mata

En la cumbre de uno de los montes vecinos a la imperial Toledo, veíanse por los años de 1574 dos pardos torreones y las ruinas de otros que, con los derruidos muros, debieron ser una fortaleza de bastante consideración, a juzgar por el espesor de sus paredes, por la extensión de terreno que ocupaba y por el ancho foso, cegado ya en su mayor parte.

Aquellos torreones, obra de godos, estaban unidos entre sí por un lienzo de muralla, pegada a la cual, por la parte de adentro, se había edificado posteriormente una serie de espaciosas habitaciones por las que se pasaba para ir de la una a la otra torre. En éstas, lo mismo que en la muralla, habíanse practicado anchas ventanas en lu-

gar de las estrechas aberturas que apenas dejaban penetrar la luz; pero no se había tocado a las almenas que coronaban el edificio y que el tiempo había querido respetar; así es que, al ver lo solitario de aquel lugar, la aridez del terreno, el ancho foso, cegado en gran parte, en otras lleno de agua de las lluvias, y al contemplar aquellas ruinas, se creía que ningún ser viviente debía albergarse allí, a no ser que los murciélagos y las lechuzas anidasen en las grietas de los cóncavos techos, o que sirviese de escondite a fugitivos malhechores de los que abundaban en aquellas cercanías. Pero cuando en vez de contemplar las ruinas se fijaba la atención en las anchas ventanas de que hemos hablado, y se las veía cerradas con vidrios en el invierno y con gruesas cortinas en verano, entonces no quedaba duda de que los venerables restos de la antigua fortaleza estaban habitados por alguna persona que debía ser o muy pobre o muy extravagante.

Y, efectivamente, una persona habitaba allí, que ni era pobre ni extravagante, porque de tal no calificamos a quien negras ingratitudes, desengaños durísimos, le excitan el deseo, en los últimos años de su vida, de acabar ésta lejos de la sociedad y en silencioso retiro, donde acompañado únicamente de la tranquilidad de su conciencia, bendice a Dios al despuntar el día y al ocultarse el sol en su ocaso, y vierte una lágrima cuando mira al cielo y piensa que allí mora el espíritu de una esposa querida o de un tierno hijo.

Tras la dura lucha del mundanal trato, cuando tocas a su fin la vida de la materia para dejar sola la vida del espíritu, no quedando de las pasiones más al recuerdo; cuando acabaron las afecciones, entonces se anhela el descanso porque las fuerzas se han perdido, porque la lucha con el mundo no tiene objeto una vez extinguidas las pasiones; se busca la soledad porque desaparecieron los seres en quienes depositar el amor, y el silencio dilata el corazón, al llanto consuela y los recuerdos estreñen con tal dulzura que jamás producen ni cansancio ni enojo.

Dos horas hacía que el sol enviaba sus bríos a nuestro hemisferio,

Ni una nube empañaba el azul transparente del horizonte.

El viento parecía haber plegado sus invisibles alas para descansar, porque ni el más leve soplo movía las hojas de las flores silvestres, ni levantaba la menuda pluma de las aves que se mecían en las ramas de las seculares encinas y descortezados robles que poblaban las cercanías de la antigua fortaleza.

Principiaba el mes de Diciembre.

En un aposento cuadrilongo, de abovedado techo, de blancas paredes, donde había colgada una armadura y algunas armas y un retrato de mujer, bastante hermosa, se encontraban dos hombres sentados en sillones de encina, con forro de cuero, cerca de una chimenea donde ardian dos o tres gruesos troncos.

Uno de aquellos hombres era anciano, de rostro noble y sereno y de mirada tranquila. Vestía de negro paño, sin otro adorno que la cruz de Calatrava, que ostentaba en su pecho, sobre la cual caía su luenga barba blanca y reluciente.

El otro era joven, pero no podía fijarse a primera vista su edad, porque su hermoso rostro, de facciones perfectas y varoniles, estaba en extremo pálido, demacrado y como si una peligrosa y larga enfermedad hubiera amenazado su vida. Sus ojos eran grandes, azules y de dulcísima expresión, y sus cabellos, largos hasta esparcirse en bucles sobre la espalda, contra la usanza de la época, eran rubios y finos, así como su barba, que tenía todas las señales de no haberse cortado en mucho tiempo. Bajo su traje de terciopelo negro se adivinaban unas formas que, aunque descarnadas por la enfermedad, eran perfectas como las del Apolo antiguo.

El mancebo hablaba. Su voz era débil, pero dulce y de grata modulación.

—Desechad vuestros temores, señor barón—decía—, o más bien mi padre, porque tal habéis sido para mí; desechadlos, que aunque débil por mi larguísima enfermedad, me siento, sin embargo, con fuerzas bastantes para soportar cualquier dolor.

—¿Así lo creéis?—replicó el anciano.

—Estoy seguro.

—Más que las fuerzas del cuerpo, necesitáis consultar las del espíritu.

—Tiene todo su antiguo vigor.

—Mirad, señor marqués, no os engañe el natural deseo de saber lo que ha sido de vos, puesto que ignorais cuanto os ha sucedido en los últimos años.

—Os repito que tengo la más completa seguridad, y que más me atormenta el ignorar lo que ha sido de mí y de las personas a quien amo, que el saberlo.

—Entonces, preparaos a oír una historia trisísima.

El joven se estremeció a su pesar y contestó:

—Ya os escucho.

—El principio de esta historia debéis contarla vos.

—¿Yo?

—¿No recordais todo lo que es anterior a vuestra desgracia?

—Sí.

—Pues bien, como para mi historia haréis falta algunos detalles o antecedentes que yo tal vez ignore, será oportuno que me pongais al corriente de todo.

—Poco tengo que deciros.

—Pero quizás muy interesante.

Los ojos del mancebo se animaron por un instante, y palideciendo aun más de lo que estaba, dijo:

—Señor barón, yo amaba a una mujer hasta adorarla elegantemente.

—Lo sé.

—Entonces...

—No importa; proseguid.

—Esa mujer, cuya belleza a nada puedo comparar...

—Muy bella, mucho—volvió a interrumpir el anciano.

—A nada puede compararse su belleza, tenéis razón.

—Esa mujer se llamaba Blanca...

—Todo lo sabéis.

—No importa; proseguid.

—La atnaba, como os he dicho, y la amo todavía tanto o más que entonces.

—El tiempo no ha podido extinguir vuestra pasión, pues aunque hace seis años que no la véis, para vos no ha pasado más que un día, puesto que ignorabais que viviais y puede decirse que habéis dormido todo ese tiempo.

—¡Señor barón!—murmuró el joven con acento de la más profunda sorpresa—. ¡Seis años decís! ¿Habéis dicho seis años?

—Seis años, señor marqués. Os repito que las revelaciones que voy a hacer os son tristísimas.

—Por Dios, explicadme vuestras palabras.

—Ya os las explicaré, pero antes proseguid. ¿De qué os acordáis?

—Me acuerdo de Blanca, de nuestro amor, del desdichado príncipe, de la más desdichada reina...

—¿No recordáis más que personas?

—Y hechos también, aunque algunos confusamente.

—Referidme hechos—repuso el anciano.

Y mientras interrogaba al joven marqués, examinaba hasta el menor gesto de éste, como quien está haciendo observaciones y teme cometer alguna imprudencia.

—Nuestro amor—prosiguió el mancebo—, era un secreto para todo el mundo menos para el príncipe don Carlos, y este secreto se guardaba por razones particulares de familia.

—Que nada importan ahora.

—Cuando se aproximaba el día en que todos los inconvenientes debían cesar, cuando más feliz me creía...

—Fuisteis más desgraciado.

—Una noche... ¡Oh!... no se borrará de mi memoria... era oscura, tanto, que el color del cielo infundía pavor; llovía, silbaba el viento, y por las calles no transitaba una persona. Aquella noche encontré a Blanca en una galería del palacio, hablé con ella algunos instantes, y al sentir que se acercaba alguno, nos separamos, llevando yo

en mi boca el perfume de su frente virginal, porque estampé en ella mis labios... ¡Oh!...

Los hermosos ojos del joven se humedecieron.

—Llorad—dijo el anciano—, llorad, que eso prueba que tenéis corazón y que estáis curado de vuestra enfermedad. Yo también he amado y también lloro.

Por las pálidas mejillas del marqués rodó una lágrima; su pecho exhaló un suspiro, y prosiguió:

—Después de dejar a Blanca, estuve en el cuarto del príncipe, y cuando salí del alcázar, seguido de mi buen escudero, me dirigí hacia la calle Real de la Almudena.

—¿No encontrasteis a nadie antes de llegar a Santa María?

—A nadie, hasta que cerca de la iglesia, y al aproximarme a las paredes para que me sirvieran de guía en la oscuridad nos acometieron cuatro hombres, tan repentinamente, que ni tiempo me dieron para sacar mi espada, sin antes haber recibido una herida mortal, y que me hizo caer en tierra.

—¿Nada más recordáis?

—Conservo una idea muy confusa, que tal vez sea una ilusión, de haber oído la voz de Blanca, en aquellos momentos, y haber sentido sus labios en mi frente... y luego... nada... me parece haber soñado... estar en otro mundo... No sé, señor barón; desde entonces mis recuerdos se han perdido completamente.

—¿Tampoco recordáis haber habitado en este castillo ni haberme visto?

—Tampoco. Cuando hace dos días desperté no reconocí estas habitaciones, ni os reconocí a vos, a pesar de que, según decís, he estado seis años a vuestro lado. Ya os he dicho que ese tiempo me parecía vivir en otro mundo diferente.

—¿Y nada sospecháis de quiénes fueron vuestros asesinos?

—Presumo que deberían ser enemigos del príncipe.

—No os equivocáis.

—¿Es decir, que vos sabéis...?

—Todo lo sé, a todos los conozco.

—Por Dios, mi buen amigo—dijo con tono de impaciencia el llamado marqués—, explicaos.

—Voy a satisfacer vuestra curiosidad.

—Os escucho.

—Felipe II y su hijo eran los enemigos más irreconciliables. El príncipe estaba enamorado de su madrastra, y a la vez protegía a los revoltosos flamencos que, con razón o sin ella, que esto no hace al caso, querían emanciparse del dominio español, y sobre todo del de la Iglesia católica. Había en la corte un favorito poderoso, y otro empezaba también a ser favorecido de la suerte; el favorito era Ruy Gómez de Silva, príncipe de Eboli, y el que debía gozar más favor, Antonio Pérez. Este último nada tiene de común con nuestra historia. La esposa de Ruy Gómez era una mujer de seductores atractivos, y más que hermosa, de talento y travesura sin igual. Ambos esposos estaban interesados en arruinar a su mayor enemigo, al príncipe heredero del trono, para sostener el inmenso favor de que gozaban, y por esto lo perseguían, tendiéndole cuantos lazos son imaginables y perseguían también a los partidarios del príncipe para que solo pudiese más fácilmente ser vencido.

—Verdad son esas miserables intrigas—interrumpió el marqués, cuyos ojos se iluminaron por un instante—. Bien sabían Ruy Gómez y su esposa que el príncipe era demasiado imprudente para llevar a cabo por sí solo ninguna empresa, y por eso inutilizaban a los que éramos sus partidarios.

—Vos fuisteis designado como una de las víctimas de aquellas tramas infernales, porque vos érais el más poderoso y el más temible de los amigos de don Carlos.

—¡Miserables!

—Calmaos, señor marqués; lo que os refiero pertenece a una historia, antigua ya, casi olvidada, que ha tenido su desenlace: me habeis prometido no irritaros, y vuestra salud exige que no olvidéis esta promesa.

—Proseguid, señor barón.

—Como Ruy Gómez sabía que aunque se os acusase de un crimen, el rey hubiera castigado a vuestros asesinos, siquiera por respeto a la justicia, ideó

un medio de que ésta quedase burlada y de que nadie se atreviese a pronunciar el nombre del que había atentado contra vuestra vida. Atrevido era el plan, sin duda concebido por doña Ana, la esposa de Ruy Gómez.

—Por el Satanás de palacio, diréis mejor.

—No, señor marqués, el Satanás o el diablo de palacio era un amigo vuestro; ya os hablaré de él.

—Cada vez excitaís más mi curiosidad.

—La misma noche del atentado confió Ruy Gómez el secreto al comendador Maldonado, diciéndole que era determinación del rey. Esta conversación la tuvieron en una galería, a oscuras; pero no faltó quien la escuchase, y a lo que sospecho, debió ser vuestra dama doña Blanca o su paje.

El marqués palideció.

—Perdonad, amigo mío—dijo—; pero ante todo, decidme qué ha sido de Blanca.

—Creo que vive.

—¿Y dónde está?

—Lo ignoro.

—¡Dios mío!

—No me obliguéis a adelantar los sucesos, porque os confundiríais más de lo que estais.

—Proseguid, proseguid.

—Sin duda, como doña Blanca sabía que iban a asesinaros, corrió en busca vuestra para advertiros el peligro; pero llegó tarde, porque sólo pudo recoger vuestros últimos alientos. El comendador, después de meditar si debía salvaros, aun a costa de caer en desgracia con el rey y de violar un secreto, decidióse al fin a daros aviso porque todo lo creyó preferible a dejar que se asesinasen a un hombre; pero llegó tarde también, puesto que estabais en tierra con el pecho atravesado. El comendador era mi hermano.

—¿Vos sois, pues, un hermano de quien alguna vez hablaba y de quien decía que desgracias de familia le habían entristecido hasta el punto de preferir la soledad a la corte?

—El mismo, señor marqués.

—No os conocía.

—Asuntos de mucho interés me habían hecho dejar por algunos días este castillo, y hallábame en

la villa cuando ocurrió vuestra desgracia. Reclá-
bame aquella noche a mi casa en compañía del
doctor Pedroso, hombre a quien yo había dispen-
sado bastante protección, cuando al pasar junto a
Santa María oímos los ayes de un hombre. La
compasión y la curiosidad nos llevaron hacia el
sitio de donde partían, y llegados, vimos al que
después supe ser vuestro escudero, que estaba he-
rido peligrosamente. "El cielo, dije al doctor, os ha
inspirado la idea de acompañarme: socorred con
vuestra ciencia a ese infeliz". Y luego, dirigiéndome
al herido, le pregunté: "¿Quién sois?", y él me
contestó que era escudero del señor marqués de
Poza, que yacía también sin vida cerca de allí. Bus-
camos entonces y os encontramos. No dabais se-
ñales de vida. El doctor os pulsó y dijo que no ha-
bíais muerto. Dí a Dios gracias y ya me disponía
a pedir socorro, cuando llegó mi hermano, que iba
corriendo en busca vuestra, y enterado de lo que
sucedia nos dijo: "Es preciso hacer creer que ese
hombre está muerto." Fué grande mi admiración;
pedí explicaciones, pero entonces se contentó con
decirnos: "Si saben que vive, mañana se dará or-
den para que muera: es víctima de una intriga".
En esto vimos venir algunos hombres con luces, y
sospechando si sería alguna ronda, nos retiramos.
Era, en efecto, el alcalde mayor con algunos cor-
chetes: dieron con vos y vuestro escudero, pre-
guntáronle a éste, y nosotros, que tras una esquina
observábamos, nos acercamos entonces como si la
casualidad nos condujera allí. El alcalde mayor era
amigo de mi hermano y del doctor Pedroso; salu-
dándonos afablemente y dijo a este último: "Señor
doctor, puesto que tan a tiempo habéis llegado, re-
conoced a estos hombres." Pedroso obedeció, decla-
rando que vos estabais ya cadáver y que el escudero
podría vivir algunas horas. Mandóse ir a un es-
cribano, extendiéronse allí mismo, a la luz de una
lámpara, las primeras actuaciones de la causa, y
se dispuso que se quitaran de allí a los heridos.
Entonces mi hermano propuso que a vos y a vuestro
escudero os llevaran a su casa por estar cerca de allí
y accedió el alcalde. Vuestro criado murió a la
mañana, después de haber dado algunas de-

clarificarse, y de una uadía volvió a acordarse. Como no había muchos caruantes que pudiesen por vos, y además al vidente diu currió rápidamente la noticia de que había sido un castigo del rey, y no una venganza vuestra muerte, nadie se atrevió a preguntar por vos ni se metió en averiguar el tiempo de su había enfermado. Rey Gómez fraguó bien su maldad: robando el nombre de Felipe II consiguió que nadie lo acusase y que los jueces que se ocupaban en la causa lo siguiesen con tanta flojedad como quien no podía ser un crimen, sino que teme cometerlo al castigarlo.

—¡Qué cosa es ésto!—exclamó el marqués, en cuya mirada se pintó una inmensa gratitud—. ¡Me habéis salvado la vida!

—Dios es la ha salvado, señor marqués; mi hermano y yo no tenemos más que cumplir con un deber de cristianos.

—Proseguid, señor barón, que me mata la impaciencia por saber lo que ha sido de Blanca y de don Carlos.

—¿Gloriáis al mejor de vuestros amigos?

—¿A quién?

—Al pajeillo de doña Blanca.

—¡Oh, cómo recordo el de aquel hermoso niño!

—Y gran cabeza, que logró trasformar la de todos los cortejantes, incluso la de doña Ana de Mendoza, y aun la del rey.

—¿La curiosidad crece por instantes, señor barón—regiró el marqués.

—Ya prosiga.

—Os está bien.

—Permanecisteis en Madrid algunos días; pero juzgando peligroso para todos el continuar allí, en una guerra y con sumo cuidado se os trajo a este castillo. Desde entonces no ha salido de aquí el doctor Pedrosa. Los de un mes duró la curación de vuestra herida, curación casi milagrosa, y durante este tiempo una continua fiebre os tuvo en tal estado que nadie os podía preguntar ni vos decirnos nada. Como vuestros amores eran ignorados por todo el mundo, a nadie pudo mi hermano decir que estaba, y este secreto tampoco lo contó al príncipe don Carlos, porque tenía algu-

nas de las imprudencias de su carácter. Después sobrevinieron sucesos de mucha gravedad. Se sorprendieron todos los papéis del príncipe, algunos de ellos que es comprometen mucho; se le enterró...

—¿Qué decía?

—Se le enterró, se le forjó causa, y a los pocos meses murió en su prisión.

—¡Oh!—exclamó el marqués—. ¡El príncipe ha muerto! ¡Dios mío!

Y dejando caer la cabeza entre las manos, derramó una lágrima por su amigo.

—A las seis meses—prosiguió el barón—, la reina Isabel de Valois dejó de existir.

—¡Eso es horrible!

—Pero cierto.

—¿Y la reina murió...?

—No se sabe de qué enfermedad; fuese marchitando poco a poco aquella delgada y bellísima flor.

—¿Es ya tiempo de que me habléis de Blanca?... ¡Por Dios, amigo mío!

—Sí, señor marqués; he concluido la primera parte de la historia: escuchad la segunda.

Y después de algunos momentos de silencio, el noble anciano refirió al marqués todos los sucesos diabólicos y tristes de que hemos hecho mención en la primera parte de nuestra historia.

La admiración del marqués de Posa era cada vez mayor, y más de una vez enterneciéronle o llenóle de entusiasmo la conducta del hermoso paje de su amada.

Entretenido con tan interesante relato llegó la hora de mediodía.

—Ya véis, pues—dijo el barón—cómo la última diablura del Diablo de Palacio puso de manifiesto los crímenes de Ruy Gómez y de su esposa doña Ana de Mendoza y de la Cerdá. Como os he dicho, Ruy Gómez de Silva se envenenó sin saber que tal cosa hacía, y su mujer, por orden del rey, fué encerrada en el convento de las Huelgas de Burgos.

—¿Y cuando supo vuestro hermano que Blanca me amaba, y que su paje era persona en quien se

podía fiar, por qué no les reveló el secreto de mi existencia?

—Porque el paje huyó inmediatamente de Madrid sin que nadie haya vuelto a saber de él, y doña Blanca desapareció del alcázar sin que tampoco se supiese su paradero.

—¿Ni la reina tampoco lo sabía?

—He concluido la segunda parte de la historia; escuchad la tercera y última.

—Triste es el final de las dos anteriores.

—El de la tercera es también triste por lo misterioso y por la muerte de mi buen hermano.

—¿Tampoco existe? ¡Cuánta dolorosa sorpresa!

—La reina era la única que sabía el paradero de doña Blanca y de su paje; pero mi hermano vaciló algún tiempo en hablarle de este asunto, y una de las razones que para ello tenía era el estado en que os hallabais, tal que casi era preferible que las personas que os amaban ignorasen que viviais; pero decidióse al fin a preguntar a doña Isabel, considerando que doña Blanca tenía un derecho incontestable a saber lo que de vos había sido. Efectivamente, mi hermano tuvo una conferencia con la reina, quien al saber que viviais, exclamó, mientras sus ojos vertían dos raudales de tiernas lágrimas: ¡Gracias, Dios mío, porque en los últimos días de mi penosa existencia me concedéis un momento de alegría! ¡El marqués curará, es muy joven, y Blanca será feliz! Esto fué pocos días antes que expirase la desdichada. En seguida dijo a mi hermano dónde se encontraba vuestra dama, y le ofreció sus riquezas, su poder, todo, en fin, cuanto valía, para ayudar a vuestra felicidad.

—¡Noble corazón!

—Como no hubo otro en Castilla.

—¿Conque podré ver a Blanca?... ¡Oh!—exclamó el marqués, en cuyo semblante radió instantáneamente la más viva alegría.

—Es imposible—repuso el barón con acento conmovido.

—¿Un nuevo obstáculo?

—Sí.

El marqués se dejó caer en el respaldo del sillón

como si hubiese perdido repentinamente sus fuerzas.

—¡Dios mío!—murmuró.

—Os he dicho que esta tercera parte de la historia estaba compuesta de tristes misterios.

—Proseguid; tengo fuerzas aún.

—Todas las noticias vuestras y de los sucesos de la corte las enviaba y recibía por medio de ese anciano y fiel escudero a quien conocéis y el cual las transmitía verbalmente, para evitar los peligros de la pérdida de una carta. En uno de los viajes que Juan hizo a la corte, encontró a mi hermano alborozado de gozo, y le dijo apenas lo vió: "Todo lo sé ya, el paje está en Flandes y doña Blanca en un convento". Y en seguida, saboreándose en su regocijo, principió a referir a mi escudero, palabra por palabra, la conversación que había tenido con la reina; pero antes de llegar al punto donde debía nombrar el convento, un gentilhombre se presentó con orden de que le siguiese, porque su majestad quería verlo al instante. Quedó la conversación interrumpida, y mi escudero esperó la vuelta de mi hermano.

—Preveo una nueva desgracia—dijo tristemente el marqués.

—No os equivocáis. Dos horas después de haber salido mi hermano de su casa, llevaron aviso de que en el alcázar le había acometido una apoplejía y que estaba expirando, por lo cual el rey no quiso permitir que de allí se moviese.

—¡Eso es horrible, señor barón!

—Mi fiel escudero corrió al alcázar, pero mi noble hermano había dejado ya de existir.

Por las venerables mejillas del anciano rodó una lágrima.

—¡Y volvéis a quedar en la misma ignorancia que antes!

—En la misma, señor marqués; apenas recibí la noticia me trasladé a Madrid, pensando hablar con la reina; pero su salud estaba ya tan quebrantada que no pudo recibirme al momento. La infeliz murió también a los pocos días, y por después de arreglar algunos asuntos de familia, me dediqué a seguir las averiguaciones sobre el paradero de doña Blanca. No quedo en Madrid convento en donde no pre-

gustase; pero todo fué en vano. Escribí a Flandes para que buscasen al pajeillo, y me contestaron que nada habían podido saber de él, y que era casi imposible adquirir ninguna noticia puesto que, como se presumía, estaba entre los rebeldes. He perdido, pues, la esperanza. Ahora os toca a vos; quiera el cielo que la suerte os sea más propicia.

Los ojos del marqués se animaron.

—¡Sí, la buscaré—exclamó—; registraré cuantos conventos hay en España, y si no ha muerto, será mía!

—Aun no he concluido la historia—repuso el barón.

—Nada habéis dicho de vos.

—Es verdad, amigo mío, me olvidaba de mí.

—Tan viva se conserva vuestra pasión, que tratándose de doña Blanca, de nada os acordais.

—Sí, señor barón, tan viva como hace seis años.

—Prestadme atención, señor marqués, que ya tocamos al final.

—Sí, proseguid.

—Poco tengo que deciros.

—Os escucho.

—Como os he dicho, una violenta fiebre os atormentó mientras duró la curación de vuestra herida. Una noche, fué tal la violencia de la calentura, tan extremado el delirio que produjo, que hubo necesidad de sujetaros entre dos hombres en vuestro mismo lecho. Tras aquella excitación vino un letargo, después una convulsión, y ésa concluyó por una carajada horrible, que nos hizo estremecer, y a la que siguieron otras muchas.

—Todo lo comprendo—interrumpió el marqués, que a su pesar se estremeció—. En estado loco.

—Efectivamente, habéis estado loco. El doctor Pedrosa, que, como os he dicho, ha permanecido constantemente a vuestro lado, empleó cuantos recursos conoce su ciencia, sin obtener más resultado que el de alguna melancolía, pero desesperó y me dijo que no había remedio para vos.

—Pero al fin consiguió devolverme el juicio.

—No, señor marqués, esa gracia la debéis sólo a Dios o como diría cualquiera otro, a una casualidad.

—Explicaos.

—Los días que estabais tranquilo os hacía venir conmigo a pasear por estos alrededores, y nos acompañaban dos robustos criados por el repentinamente os poníais furioso. Hace cuatro días cayó una espesa nevada que cubrió todos estos montes con sus blanquísimos copos. Un aire sutil, que venía del Norte, convirtió la nieve en hielo y en cristales la superficie de las aguas de esos estanques formados por el foso de este castillo. Aquel día estabais más tranquilo que nunca; no hablabais, pero desde esa mañana contemplabais con tanto afán las nevadas copas de las encinas y los blanqueados picos de los montes, les dirigíais miradas tan expresivas y tiernas, que a pesar del intenso frío que hacía, movido a compasión y excitado por el doctor Pedroso, os llevé a dar un paseo. Apenas salimos del castillo, y cuando creíamos que vuestra alegría iba a aumentarse, inclinasteis la cabeza sobre el pecho y caminasteis sumido en una profunda meditación. Dime un largo paseo: parecía que no sentíais el frío y vuestra distracción se aumentaba: no contestabais cuando os hablábamos, y aun casi puede asegurarse que no oíais: os mostrabais extraño a cuanto os rodeaba. Al volver al castillo, y cuando atravesásemos uno de esos tramos cegados del foso, que sirven hoy de puente, no cuidasteis en vuestra distracción de asegurar los pies y resbalándoos en la nieve, caísteis en uno de esos grandes charcos y os sumergisteis, quedando debajo de su helada superficie. Ninguno de nosotros tuvo tiempo para deteneros en vuestra rápida caída. "¡Socorredlo!", grité a los criados que nos seguían, y ellos, arrojando casi una muerte cierta, porque el hielo no les permitiría nadar, se arrojaron tras vos mientras el bueno de Pedroso y yo les ayudábamos rompiendo con nuestros bastones la congelada superficie del estanque. Fueron inauditos los esfuerzos de aquellos hombres, pero su abnegación obtuvo el debido premio, porque a los pocos instantes os sacaron.

—¿A cuántos generosos corazones debo la vida?

—dijo el marqués con acento conmovido.

—Apenas estuvisteis fuera del agua y antes de

dar lugar a reponernos de nuestra sorpresa, os desprendisteis de los brazos de mis criados, y con toda la furia y el ardor de vuestra locura partisteis corriendo con maravillosa celeridad. Para vos no había obstáculos: trepábais lo más escarpado de los montes con desiguales brinco; salvábais anchas simas de un prodigioso salto, atravesábais laderas, dejábais atrás valles, y tan pronto se os veía sobre el más elevado pico de una roca como en lo más profundo de una de las gargantas de los montes. Mis criados intentaron seguirlos, pero cien veces cayeron en tierra, y rendidos por la fatiga tuvieron que abandonar su empresa.

—Me hacéis estremecer, señor barón —dijo el marqués.

—Figuraos, pues, cuál sería la agitación del doctor Pedreso y la mía. Al fin, dando vueltas sin consuelo, vinisteis a parar cerca del castillo, y queriendo por tan ruda fatiga, caísteis pesadamente al suelo. Nos acercamos a vos creyendo que habíais dejado de existir, y os vimos bañado en un copioso sudor y dormido profundamente. Mis criados emplearon las pocas fuerzas que les quedaban en traerlos al castillo. Se os desnudó y se os acostó sin que os despertáseis, y después de echar sobre vuestro cuerpo bastante ropa para que continuáseis sudando, os dejamos tranquilo. "Se ha salvado" —dijo el doctor—, "cuando despierte habrá recobrado la razón perdida". Vuestro sueño era en extremo pesado. Dormisteis veinte horas, al cabo de las cuales despertásteis. Lo dumas lo sabéis.

—Sí, doctor, me sorprendió cuanto me rodeaba, no os conocí, y pregunté: pero ninguna explicación habéis querido darme hasta hoy.

—El doctor había prohibido que os refiriese la historia que acabais de saber, hasta que vuestra cabeza estuviese más segura de su razón. Y yo, valiéndome de la confianza que os inspire, os hice el momento de explicaros todo a los tres días, jurando que he contenido vuestra curiosidad y que ya he cumplido.

Seguía un largo rato de profundo silencio, como si aquellos dos hombres meditasen sobre lo que acababan de hablar. En sus rostros se pintaron

alternativamente muchos y muy diversos sentimientos.

Al fin, el marqués, después de pagarse las manos por la frente, como si quisiese apartar del todo la nube que hasta entonces había turbado su vista, dijo:

—Señor barón, si la gratitud es para vos una prenda que algo vale, yo os pagaré con usura cuanto os debo. Me habéis salvado la vida a costa de sacrificios que no tenéis el deber de imponeros; si esa vida os sirve para algo, disponed de ella.

—Sólo quiero de vos un recuerdo—contestó el barón con acento solemne.

—Vuestro nombre será el más profundamente grabado en mi corazón—repuso el de Poza.

Y levantándose, con los ojos humedecidos por la ternura, y el pecho palpitando por la emoción, arrojóse en los brazos del anciano, cuya nevada barba tembló ligeramente como anuncio de una lágrima que empañó sus pupilas.

Latieron juntos aquellos corazones grandes, generosos, de nobleza sin igual, ambos por el dolor traspasados, por los desengaños heridos los dos.

Ni una palabra tuvieron que pronunciar para comprenderse aquellos dos hombres.

El tierno lazo se deshizo al fin y el marqués de Poza volvió a tomar asiento porque se sentía muy fatigado.

—Señor barón—dijo—, yo os abandonaré muy pronto porque tengo un sagrado deber que cumplir y un ardiente deseo que satisfacer.

—Pero habéis de ser prudente. Permaneceréis aquí algunos días hasta recuperar algún tanto vuestras perdidas fuerzas, que bien las necesitáis luego.

—Cada día que pierdo, cada instante me parece un siglo.

—Pero no es acertado que atraséis un mes por sostentar un día.

—Tenéis razón; me siento bastante débil.

—Ahora voy a deciros una cosa que no tomaréis a ofensa, porque en pocos días me habéis conocido bastante.

—¡Tomar a ofensa vuestras palabras, señor ba-

rón! ¡Las palabras del que se ha impuesto todo sacrificio, del que ha jugado su vida por salvar la mía!

—Me alegro de que estéis convencido tan íntimamente de que no puedo agravaros.

—Habiad, señor barón.

—Como a vuestra aparente muerte no dejasteis herederos, ni tenéis parientes, vuestros cuantiosos bienes pasaron a ser propiedad del Estado.

—¿No había pensado en eso!... ¡Soy pobre!

—No sois pobre. Yo tuve una esposa y un hijo. La muerte me los arrebató, y luego a mi hermano, dejándame solo en el mundo como a vos.

—Señor barón...

—No me interrumpáis. Después de la muerte de mi hermano, todas mis afeciones se concentraron en una, el cariño que os profeso, cariño que en esta soledad, en medio de mi aislamiento, ha llegado a ser el de un padre. Mi hijo era rubio como vos, de ojos azules como los vuestros, y sin duda esta circunstancia, unida a las desgracias vuestras, ha contribuido mucho a que mi tierno afecto se aumente de día en día. Posso rentas considerables, y a pesar de que una gran parte de ellas las empleo en socorrer la pobreza, sin embargo, amontoño el oro y tengo mucho que desprecio porque para nada me sirve. Sois pobres y necesitaréis hacer gastos de consideración en el viaje que vais a emprender; luego tenéis que hacer feliz a doña Blanca; y considerando todo esto, y mirándoos, como os miro, no como extraño, sino como al hijo que perdí, quiero que me paguéis los sacrificios que por vos he hecho, aceptando cuanto necesitéis mientras yo viva, y todas mis bienes cuando muera.

Un ligero carmin tiñó las blancas mejillas del marqués, pero al mirar el rostro apacible del anciano y ver pintado en él la sencilla y noble expresión de sus sentimientos, avergonzase al doncel de su primer impulso altanero.

—Señor barón, o mejor, padre mío—dijo con acento de profunda emoción—: perdonadme si habéis leído en mi semblante alguna chispa de necio orgullo; el hombre es débil. Tengo el deber de recibir humildemente vuestras órdenes. Si con vues-

tras miquetas me dais vuestra bendición, me consideraré feliz. Mi padre me la dió desde una hoguera y mi hermano también.

El padre del marqués y un hermano de éste, fraile dominico, fueron quemados en Valladolid en un auto de fe, y por gracia especial sin ejemplo, no se confiscaron sus bienes.

Algunas palabras tiernas y conmovedoras mediaron todavía entre aquellos dos hombres, y advirtiéndole que había pasado en mucho la hora de la comida, el barón invitó al manco a que reparase las perdidas fuerzas. Que ni lo sublime da al estómago aliento, y la vulgarísima necesidad de comer le sienta lo mismo la más romántica heroína de una novela que el último viviente campesino.

Y puesto que la historia prometida la hemos contado y hemos visto que el marqués de Posa, a pesar de haber sido asesinado no murió, pasaremos a tratar de otro asunto.

CAPÍTULO II

Proyectos al resplandor de la luna

Convencido por las razones del anciano barón, habíase resignado el marqués de Posa a permanecer algunos días más en el castillo, a fin de recobrar sus perdidas fuerzas y de poner en orden algunos negocios de importancia.

La juventud y su naturaleza robusta dejaron ver cuán buenos auxiliares eran, y de día en día el joven marqués recuperaba su perdida salud, si bien de su espíritu se había apoderado la tristeza y la incertidumbre de si Blanca había profesado lealtad en continua inquietud. Por su parte, no hubiera tardado el manco un solo minuto en correr a Plandes, buscar al pejecillo, preguntarle por el paradero de su señora y volver en busca de ella; pero lo retenían las prudentes insinuaciones del barón a quien tanto debía, y negarse a complacerlo hubiera sido mostrarse ingrato en demasía.

Así pasaba las horas el marqués en aquella soledad, discurriendo sobre lo pasado y queriendo descorrer el velo de lo porvenir, mientras que en Flandes, teatro de la más sangrienta lucha entre el poder de España y los reformistas que pedían la libertad de conciencia y la observancia de sus fueros, tenían lugar gravísimos acontecimientos.

Gobernaba aquellos Estados don Luis de Requesens, valiente capitán, honradísimo caballero y un aventajado político. El cargo que ejercía habíale acarreado tales disgustos que su salud se hallaba quebrantada en extremo, y la menor contrariedad, el más leve soplo debía concluir con su existencia.

Los rebeldes flamencos se mostraban más osados cada día, multiplicábanse sus soldados, y hubiérase urtido que el príncipe de Orange, alma de aquella revolución, aumentaba el número de los defensores de las nuevas doctrinas con sólo desearlo, pues la pérdida ocasionada en muchas derrotas no había debilitado sus numerosos ejércitos.

Leiden, población fuerte y de mucha importancia para las operaciones militares, estaba en poder de los revoltosos, y hacía cuatro meses que las tropas españolas, al mando de Diego de Vargas, la sitiaban tan estrechamente que sus defensores se hallaban en el último extremo, sin municiones ni víveres y con grandísima falta de soldados. Ningún socorro podían recibir porque era imposible llegar a la plaza sin empeñar un combate con los sitiadores; y para esto se hubiese necesitado un cuerpo de ejército respetable, y el grueso de tropas de los rebeldes estaba muy lejos de allí, empeñado en otros combates, y ni podían marchar a Leiden ni llegar a tiempo en su socorro. Sin embargo, algunas compañías y escuadrones de los protestantes andaban como disparos por las cercanías, acechando la ocasión de poder socorrer la plaza; pero hasta entonces sólo habían logrado introducir algunos arcos y recibir la contestación por medio de palomas adiestradas que en su cuello llevaban atados los mensajes.

Si Diego de Vargas hubiese empeñado el asalto, podía fácilmente haberse hecho dueño de la población, donde apenas había pólvora que hiciese

jugar la artillería ni soldados que defendiesen las murallas.

Pero el buen capitán, sin duda por evitar entre los suyos el derramamiento de sangre, quiso esperar algunos días, seguro de que habían de rendírsele los aliados.

Y efectivamente, estos se veían diezmados por el hambre, porque a tal extremo habían llegado. No había ya socorro ni esperanza, y Loidán debía entregarse, a menos que un nuevo maná les proporcionase alimento, y el polvo de sus almacenes se convirtiese en pólvora y los soldados muertos resucitasen.

El dolor y el llanto, la desesperación y el coraje reinaban en la asediada población, mientras que en el campamento de los españoles la seguridad de la victoria producía el mayor contento, y se calculaba sobre el botín, porque se había prometido al soldado todo un día de saqueo en compensación de las muchas pagas que se les debían y que ya habían producido algunos motines difícilmente sofocados.

La noche había desplegado su misterioso velo sobre la tierra; pero la luna, mudo testigo del llanto y de los placeres, del sueño y de las vigias, espiaba de amorosos juramentos y de infidelidades de amor, la luna, decíamos, mostraba su transparente palidez y enviaba a la tierra sus blancos resplandores, plateando arroyos y lagunas, bañando con sus reflejos la campiña y haciendo proyectar extensas sombras a las ciudades.

Aunque serena, la noche estaba oscura; pero como una estatua de mármol que nada siente, mudo e inmóvil, velase en la cumbre de una montaña a un hombre, sobre quien el astro nocturno derramaba de lleno sus luces blanquecinas, bañando su hermoso rostro, de varonil belleza, y su cuerpo de admirables formas. Su ancha frente, noble y altiva, estaba en aquellos momentos plegada en su mitad por una arruga, y una mirada, a la vez sombría y dolorosa, animaba sus grandes ojos rasgados y negros, de ardientes pupilas y de fascinadora expresión. Era joven, quizás no contaría más de veinte años, pero ya su fino y negro bigote se retorcía

mercialmente a la usanza de los soldados de aquella época. Era tan interesante su belleza, revelaba en aquellos momentos tanta grandeza de corazón, tanta nobleza de alma, que cualquier hombre lo hubiera admirado, y una mujer no hubiese podido verlo sin amarle.

Notábase una particularidad en su vestido, y era una ancha capa de blanquísimo paño, que no estaba en armonía ni con la costumbre ni con la moda.

El hermoso mancebo parecía absorto en la contemplación del magnífico cuadro que tenía delante.

En medio de la llanura se levantaba Leiden, con sus altos torreones y sus gruesos muros; pero ni una débil luz brillaba en su interior, ni un solo eco salía de sus calles; parecía desierta. Alrededor divisábanse, ya creciendo, ya menguando, las llamaradas de algunas hogueras donde se calentaban los soldados españoles a quienes tocaba velar, y entre las negras columnas de humo solía remontrarse el eco de algún "¡alerta!" que se repetía en el campamento. En toda la extensión de la campiña veíanse los caprichosos y móviles reflejos producidos por las aguas del Rhin, que serpenteando pausadamente iba a internarse en la ciudad para salir por opuesto lado, y seguir su eterno curso. Y como los hilos de una red de plata, abiertos en todas direcciones, se divisaban perfectamente los muchísimos canales que cruzan la llanura.

El eco sordo, igual y no interrumpido del Rhin, e ide las corrientes de los canales, cuyas aguas formaban espumosos remolinos al chocar con los macizos diques opuestos a las inundaciones, y el lejano, muy lejano y casi imperceptible mugido de las olas del mar, infundían cierto misterioso pavor, sólo concebible por el que en el silencio de la noche, en medio de la soledad, ante la naturaleza en toda su imponente desnudez haya escuchado la ruda armonía del viento y de las olas en plática incomprensible.

Sin duda aquel grandioso cuadro, aquel sordo rumor hicieron estremecer el corazón del mancebo que se hallaba en la cumbre del monte; sin duda se encendió su mente con el fuego de la inspira-

ción, porque, levantando sus brazos, que tenía cruzados sobre el pecho, y elevando una mirada de ardiente entusiasmo, exclamó con voz sonora, dulce y grata:

—¡Perdón, Dios mío! ¡Esta es la última de mis venganzas sangrientas, esta vez última que quiero probar al señor de dos mundos que soy más poderoso que él; que mi mano, en apariencia, débil, aniquila ejércitos numerosos caídos ya de victorias! ¡Mi orgullo me extravió, sí, pero mi orgullo, Señor, lo ahogaría mi corazón y mi voluntad, si no me pudiesen venganza las víctimas inocentes sacrificadas a la ambición!

Luego se pasó las manos por la frente, oprimió el pecho y expaló un hondo suspiro.

—No hay que perder tiempo—añadió después de algunos instantes—. Este último golpe será firme. ¿Qué dirá el prudente rey cuando lo sepa? Procuraré ver el efecto que le causa.

El joven inclinó hacia la ceja derecha su sombrero de fieltro de anchas alas con pluma roja, apretó la rica empuñadura de oro de su daga, y murmuró:

—Este recuerdo me infunde ánimo para todo.

Su delicada mano se introdujo bajo su chaleco de piel de ante, y sacando un silebo de plata, produjo fácilmente un sonido agudo.

Pocos minutos después se percibió un ligero roce detrás del mancebo, y en seguida un hombre de colosal estatura, atléticas formas, moreno rostro y marcial continente, apareció.

—¿Habéis llamado?—preguntó al joven.

—Sí, capitán. ¿Qué hace el jefe?

—Duerme, según creo, al abrigo de las malezas de aquella garganta.

—Ocho o diez de los nuestros.

—¿Y los demás?

—Esparcidos por los alrededores para no ser descubiertos, pero a distancia que puedan oír nuestras señales de llamada.

—¿Queréis decir que venga? Tenemos que tratar de un asunto de la mayor importancia.

—Voy al momento.

—Añadid que es preciso hablar aquí, que por eso no voy: tieneis que ver y oír.

—¿Se descubre algo en la ciudad o el campamento?—repuso el gigante tendiendo la mirada con afán.

El mancocho desplegó una amarga sonrisa.

—Sólo se descubre—contestó—, a Leiden sitiada, y cuyos habitantes tienen la muerte encima; pero que muy pronto recobrarán sus fuerzas y serán vencedores; se descubre el campamento español triunfante y lleno de vida, pero que en breve se verá derrotado y lleno de cadáveres.

—¿Señor Luis!

—¿Os admiráis, capitán?

—¿Habéis encontrado un medio...?

—Sí.

—Tenéis ideas diabólicas.

—Por eso desde muy niño me llaman el diablo.

—No adivino...

—Ya lo comprenderéis. Llamad al jefe y venid con él en seguida.

El llamado capitán se encogió de hombros y se alejó murmurando:

—¡Voto al infierno! El mancocho debe ser hijo del mismo Satanás!... ¡Salvar a Leiden, derrotar al enemigo!... Es mucho, pero de él todo lo espero—repuso admirado el capitán.

Un cuarto de hora después, volvió el capitán acompañado de un caballero que apenas tendría cuarenta años. Llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho, y la mirada de sus azules ojos era a veces triste, a veces sombría.

—Aquí me tenéis—dijo el mancocho—, lleno de curiosidad por las indicaciones que acaba de hacerme el señor Pero León.

—¿Os ha dicho...?

—Que tenéis un proyecto para salvar la ciudad.

—Efectivamente; la contemplación de ese magnífico cuadro que se extiende a nuestros pies me ha sugerido una idea; pero es una idea horrible.

—Me tenéis impaciente.

—Sentaos señores, sobre la arena; éste será nuestro trono, porque desde aquí vamos a decidir

la suerte de muchos hombres, a disponer de sus vidas y de sus glorias.

El recién venido contempló al mancebo como si quisiera adivinar si el entusiasmo le habría hecho perder la razón.

Sentáronse los tres, quedando en medio el inspirado joven.

—Ya sabéis—dijo—, que mis ideas religiosas son contrarias a las vuestras, porque soy católico, apostólico, romano hasta la médula de los huesos.

—Os habéis obstinado...

—No toquemos este punto, don Guillermo, porque en cien ocasiones os he dicho que no conseguiré haceros abjurar mis principios.

—Proseguid, pues.

—Como yo no sirvo a la causa de los rebeldes solamente por entusiasmo religioso, sino por inclinación política, porque han hollado sus fueros, y por cumplir una venganza que me impone la gratitud y amor propio herido, comprenderéis que ha de llegar un día en que, considerando ya suficiente mi venganza y cansado de horrores y de sangre, os abandone como a enemigos de mi fe y vuelva a mi patria en busca de las personas queridas que en ella he dejado.

—¿Pensáis volver a España?—preguntó el llamado don Guillermo.

—Sí; pero después de haber dado el último golpe, un golpe terrible que cause la admiración de toda Europa, que llene de espanto y encienda de desesperación a Felipe II.

—No obraréis cuerdatamente, dejaréis escapar la fortuna que en Flandes os presenta una gran porvenir.

—¿Llamáis la fortuna a la riqueza? Ya sabéis que en pago de mis servicios no he querido aceptar ni un solo escudo, y he obrado así porque quería ser enteramente libre y porque si os ayudaba no era por ayudar vuestra causa, sino para llevar a cabo mis planes. He cubierto mis necesidades con las rentas del patrimonio que tan generosamente me ha cedido mi antigua señora, mi hermana, y con él puedo vivir con desahogo.

—Os conozco y no intento convenceros.

—Ya os he referido otras veces, don Guillermo, sucesos bien tristes; os he dicho que tenía dos amigos, de los cuales, el uno murió asesinado y el otro no sé o no quiero sospechar el cómo, pero que es lo cierto que fueron víctimas de la intriga y de la ambición. Esas desgracias llenaron de luto el corazón de mi señora, y más tarde fueron causa de la muerte de doña Isabel de Valois, de aquel ángel llamado "Olivra de Paz", que sucumbió bajo el peso de sus dolores. El odio y la ira inflamaron mi pecho, y luché sin descanso para salvar al príncipe, y tanto luché y de tal manera, que se llegó a creer que el diablo mismo estaba en palacio. Vi expirar al príncipe don Carlos sin conseguir su salvación, y entonces se aumentó mi odio y mi sed de venganza; pero como no podía seguir luchando en el alcázar real, porque tenía que huir una vez que había sido descubierto, vine a Flandes decidido a morir o a causar más daño al rey que todos los protestantes juntos. Comencé mi obra, ya sabéis lo que he conseguido: la mitad de los descalabros que han sufrido los españoles se deben a los planes concebidos por mí. Ya iba enfriándose mi coraje, cuando llegó la noticia de que el barón de Montigny se le había dado una muerte afrentosa en su misma prisión del castillo de Simancas, y esto volvió a encender mi antigua ira, seguí con vosotros.

—Y ahora—replicó don Guillermo—, vuelve a estar vuestra venganza satisfecha, y queréis abandonarnos.

—No está satisfecha aun, pero lo estará dentro de muy pocos días, y entonces volveré a mi patria, porque necesita mis consuelos la persona a quien le debo más que la vida.

—¿Y vos también os iréis, capitán León?

—Yo no puedo abandonar al señor Luis; adonde vaya irá ¡voto a mis calzas!

—Será en vano que intente haceros cambiar de resolución.

—Nada adelantaría.

—Proseguid, porque estoy ansioso de saber el plan que tenéis para salvar a nuestros hermanos de Lelden.

—¿Con cuánta gente podemos contar?—preguntó el antiguo paje de Blanca.

—Con unos ciento cincuenta hombres.

—Son suficientes, porque nos prestarán mucha ayuda los aldeanos de las cercanías.

—Explicaos.

—¿Qué sucedería si se destruyesen a la vez los diques que contienen y guían las aguas de los ríos y de los canales?

—¡Señor Luis!

—Contestadme.

—Que esa campiña que se extiende a nuestros pies se convertiría en un inmenso lago.

—¿Repentinamente?

—No, pero en el espacio de pocos días.

—¿Y por ese lago podrían surcar centenares de barcas sin ningún peligro?

—Cómodamente.

—Esta misma noche haréis que se dé aviso a todo los habitantes del contorno para que al romper el día comience la obra de destrucción.

La sorpresa se pintó en el rostro de don Guillermo y en entusiasmo en los ojos del capitán.

—¡Gran Dios!—exclamó el caballero—. Vos no sabéis lo que decís.

—Sí, lo sé y lo he meditado. Sé que va a destruirse la obra de muchos siglos, la grande obra que ha costado al país sacrificios inmensos; pero los sitiadores de Leiden quedarán sepultados bajo las aguas de la inundación.

—¡Voto al infierno!—dijo el capitán—. ¡Bravo, señor Luis! ¡Vuestro plan es magnífico! Así, desde las barcas iremos pescando soldados como si fuesen truchas. Siempre me ha parecido detestable el oficio de pescador; pero os confieso que ahora me parece la más grata de las ocupaciones.

—¡Destruir la grande obra! —murmuró don Guillermo.

—¿Y esa grande obra—repuso el paje—, vale más que las vidas de los que defienden vuestra ciudad? ¿No los llamais vuestros hermanos? ¿Derribáis sin escrúpulo la cabeza de un hombre, y os dais a derribar un montón de piedras!

Los ojos del caballero se inflamaron.

—No—dijo—, no vacilaremos; antes que todo es la vida de nuestros hermanos. ¡Redúzcase a polvo una de nuestras glorias monumentales con tal de aniquilar a los enemigos de nuestra fe, a nuestros opresores, a nuestros verdugos; señor Luis, disponed.

—Mariana enviaréis por medio de vuestras palomas aviso a los defensores de Leiden, para que estén prevenidos y se eviten desgracias en la parte baja de la población, que es adonde únicamente podrán llegar las aguas.

—¿Y luego?

—Luego la victoria de los sitiados y la destrucción de los sitiadores—dijo el antiguo paje.

Media hora después, los ciento cincuenta hombres de que hemos hecho mención estaban en movimiento, y con el mayor sigilo cruzaban en todas direcciones la campiña que debía convertirse en teatro de sangrientos horrores.

Entretanto, Luis y el capitán se dirigían, caballeros en fogosos potros, a una casita de campo distante cuatro millas del campamento, y en la cual debían pasar el resto de la noche.

El antiguo paje nada había perdido en diabólicas travesuras y había ganado mucho en experiencia, fuerza y valor.

El capitán Pero León, como siempre, era un gigante de maravillosas fuerzas y de ingenio ex-caso, aunque sobrado de arrojo, desinteresado y leal. Buen camarada, amigo de broma y siempre dispuesto a cualquiera función con tal de que en ella hubiese, o mandobles y tajos que dar, o vino que beber y mozas a quienes requetear, pues como él mismo decía, no había encontrado en el curso de su vida, ni vino malo, ni mujer que le pareciese fea, ni hombre que le infundiese miedo.

CAPITULO III

La inundación

Al siguiente día, cuando los primeros rayos de sol doraban las cumbres de los montes, las elevadas cúpulas de los templos y las copas de los árboles: a la hora en que el trino de las aves saludaba a la naturaleza y se abre el capullo de la flor para embalsamar el aire con sus aromas; cuando acababa de esparcir sus perlas el rocío, dos blancas palomas llevaban en su débil cuello el mensaje de salvación a los defensores de Leiden y la sentencia de muerte de los tercios españoles.

Las órdenes del paje se habían ejecutado con la mayor exactitud y reserva, y de las cercanías de la ciudad acudían llenos de entusiasmo campesinos y marineros cuyo fanatismo religioso podía conocerse por el orgullo con que ostentaban en sus sombreros anchas cintas de colores en las que habían escritos con gruesos caracteres: *Antes el Turco que el Papa* (1). Esta herética divisa daba una idea del ardor con que los flamencos habían abrazado las doctrinas protestantes, cuya falsedad había de dividirlos luego en tantas sectas como artículos de su nueva fe; y este fanático ardor les hizo correr presurosos a dar principio a la destrucción de una de sus grandes riquezas, porque esta destrucción sería la de muchos millares de católicos.

Comenzó la demolición de las presas y diques, y mientras los unos derribaban los gruesos paredones levantados a tanta costa, los otros cargaban a toda prisa centenares de barcas con alimentos y municiones para los sitiados.

Los soldados españoles se paseaban tranquilos y descuidadamente en su campamento, y los capitanes discurrían sobre la conveniencia de dar el asalto a la plaza o de esperar a que se rindiese, lo que, según creían, no debía tardar, por el extremo apuro en que se encontraban los sitiados.

(1) Histórico.

Entretanto, la demolición continuaba, y como el hombre cuando ha de vencer un mal no encuentra obstáculos que deje de vencer, no hay nada que no arrostre, hasta la misma muerte, y por el contrario, si ha de sacrificar algo al bien, le parecen insuperables todos los inconvenientes, al extender sus sombras la noche, no quedaban de los macizos diques sino débiles restos, y las impetuosas corrientes, saliendo de sus cauces como el preso que recobra la libertad, comenzaron a extenderse como una rábana de plata por la campiña y a precipitarse en espumosas trenzas desde las cumbres a los llanos, invadiéndolo todo.

Hallábase en su tienda don Diego de Vargas, y discutía con sus capitanes sobre la toma de la ciudad, cuando llegaron a decirle que un enviado de los rebeldes, amparado por las leyes de la guerra, deseaba hablarle.

Mandó Vargas que diesen paso al mensajero, y éste se presentó al poco rato.

—¿Descaís hablarme a solas?—preguntó el noble capitán.

—Al contrario—contestó el recién llegado—, quiero que todos vuestros capitanes me escuchen, y los tomo por testigos de mis palabras, por si vuestro acreditado valor, en temeridad convertido, es causa de la ruina del ejército que cerca nuestras murallas.

—¿Venís a darme consejos, o a proponerme una capitulación cuya base sea la entrega de la plaza?

—¡La entrega de la plaza!... ¡Jamás!...

—¿Qué queréis entonces?

—Que levanteis el sitio esta misma noche y en cambio os dejaremos marchar con armas y bagajes.

Los concurrentes se miraron como diciéndose:

—¡Está loco!

El mensajero comprendió el significado de aquella mirada, y añadió:

—No toméis por un demente, señores... en buena hora sea: peor para vosotros. Vuestra ruina es cierta, y antes dejaré el sol de alumbraros mañana que vosotros de perecer en estos campos sin que se salve uno solo; y aquellos que escapan con

vida la deberán a la fuga más vergonzosa, fuga en que tendrán que deshacerse hasta de su espada para que no les estorbe.

—Si no estais loco—replicó don Diego con acento de enojo—habéis venido a insultarnos, y ¡vive Dios! que si tal cosa hacéis, os costará muy caro el atrevimiento.

—Un sentimiento de caridad me ha movido a proponeros lo que acabéis de oír. ¿Aceptais o no?

—Veo que estais loco, buen hombre; pero sin embargo, os contestaré. Decid a los herejes, que, como católico no puedo escuchar sus palabras, y como soldado español no sé volver la espalda al enemigo. Mañana iremos a Leiden, y si hubimos, será para no ahogarnos en vuestra sangre.

—Para no ahogaros...—dijo el mensajero con intención que nadie pudo adivinar—. ¿Con que tenéis miedo de ahogaros?... Es verdad, tenéis razón, es una muerte horrible... más prudentes seriais evitándolo. Id, id a Leiden mañana; debi! será nuestra resistencia; apenas tenemos pólvora para hacer cuarenta disparos de arcabuz; no nos queda ni un casco de metralla; los brazos también están casi inútiles para blandir los aceros, porque la falta de alientos nos tiene sin fuerzas; hace quince días que comemos la carne de los caballos y de los perros; ya se acabó, y perseguimos a las ratas; ayer murieron diez personas de hambre, y esta mañana han almorzado muchos con pedazos de cuero de sus cinturones y botas cocidas con agua. Tal es nuestro estado. Id, pues, mañana; nos presentaremos a vosotros, no para combatir, pues no podemos, sino para dejar que nos asesinéis. Pero no iréis, estoy seguro: huiréis, tan fuertes y numerosos como solís, y nosotros, débiles y escasos en número, os perseguiremos, y entonces, ¡ay del que se ponga al alcance de nuestras manos!

—¿Habéis concluido? — preguntó severamente Vargas.

—Sí.

—Pues volved a Leiden.

—[Terrible día de sangre y luto se prepara, pero es preciso que se salve el pueblo de Dios!

Estas palabras, dichas por el mensajero con el

tono de profeta inspirado que solían tomar en aquella época los protestantes, produjeron más que enojo, desdén en los españoles.

El flamenco se alejó.

Siguió la noche su negro camino.

Esparcíanse las aguas de los ríos y canales, y sus anchas corrientes anegaban la tierra, convirtiendo la campiña en un inmenso charco.

Don Diego de Vargas creyó prudente doblar los centinelas y hacer salir algunos pelotones de soldados para que explorasen los alrededores.

Llegaba al campamento un rumor sordo, vago, como el del viento cuando zumba a mucha distancia. No faltaron supersticiosos que creyeron que los herejes habían llamado en su ayuda a Satanás. Y no se equivocaban en mucho, sólo que el diablo protector de los flamencos era un hidalgo de buena sangre, hijo de cristianos viejos y que oía misa con devoción y rezaba todas las noches fervorosamente al ángel de su guarda.

La aurora asomó por fin su dorada frente y esparció sobre el campamento su mirada de dulcísima luz.

Apenas los matutinos resplandores permitieron divisar la extensión de la campiña, un grito de horror y de sorpresa se escapó de la boca de un soldado: aquel grito fué seguido de otros muchos; todas las miradas se dirigieron a un mismo lado, y la sorpresa, el espanto, la consternación se apoderó de todos los espíritus, cuando llegaron al campamento algunos juncos cubiertos de blanca espuma sus cañillos, dando la voz horrible de "¡sálvese el que pueda!"

De nada sirvieron las órdenes de los jefes; todo fue confusión, espanto y alaridos.

Como un inmenso rollo de cristal que se desdoblase lentamente para cubrir la tierra, las aguas, devolviendo al sol por sus luces móviles reflejos, se extendían, avanzaban, y en su majestuoso curso todo lo cubrían, todo lo sepultaban. Gradualmente iban desenterrando los corpulentos arbustos, los arenosos montículos, los verdes prados, las chozas de los labriegos, y todo en fin, cuanto se levantaba sobre la tierra, parecía a los ojos del atónito om

serrador, más que cubríase, hundíase lentamente en las aguas.

¡Magnífico panorama si no hubiera llevado tras sí la desolación; pero era horriblemente magnífico!

Pasado el primer momento de terror, trucidáronse los ayés en imprecaciones, maldiciones y blasfemias, y en los pechos castellanos el miedo cedió su lugar a la más rabiosa sed de venganza.

Avanzaba la inundación, y a lo lejos, flotando sobre la corriente, se divisaron muchos puntos negros: eran las barcas de los protestantes que entretenían fervorosamente salmos mientras levantaban largos barbones, hachas y arcabuces, y movían a manera de incensarios largas cuerdas con garfios de hierro que debían emplearse en la pesca de sus enemigos.

Es demasiado conocido este suceso para que tengamos que advertir a nuestros lectores que es histórico. Los días de la inundación son dignos de figurar entre los más memorables de horrores de todas las guerras. Sólo el fanatismo pudo inspirar empresa tan cruel y necia, llevada a cabo con tanta rapidez y a tanta costa, pues las pérdidas que la inundación causó a las firmenotas se graduó en la enorme suma de trescientos mil escudos romanos.

En el primer ímpetu de su coraje, más que por el valor, aconsejados por la temeridad, intentaron los españoles contener las aguas, fundando nuevos diques con montones de piedra y tierra y sirviéndose de sus puñales, y llevando en los yelmos la arena, dieron principio a su obra, pero los más atrevidos perecieron, y los más prudentes abandonaron su loca empresa.

No quisieron, sin embargo, emprender la fuga; pero al menos tuvieron que retirarse a los sitios más elevados, porque la inundación crecía.

Las pequeñas alifaras fueron también invadidas por las aguas y tuvieron que ocupar a los más seguros. Ya estaban ciegos por la ira y cedían palmo a palmo el terreno.

Seguía su curso la corriente: ya no había refugio, ya no había salvación, y ésta dudosa, más que en

la fuga, y se dió la orden de inutilizar la artillería y de emprender la retirada.

Los españoles sintieron mojados sus pies, luego vieron sepultarse en el agua sus rodillas, y al fin, como había dicho el mensajero la noche anterior, tuvieron que despojarse de sus armaduras y arrojar lejos de sí sus capotas para correr más desahogadamente o nadar con más facilidad.

Volvió el espanto a dominar todos los corazones.

Viose la superficie del agua cubierta de soldados que luchaban desesperadamente por alcanzar la cumbre de un montecillo o la copa de un árbol.

La ciudad levantaba orgullosamente sus muros torresones como si fueran gigantes que en un arroyo se lavasen las pies tranquilamente.

La escena se hizo entonces horrible; tan horrible, que la mano se resiste a pintarla.

Las barquillas lo recorrían todo. Los flamencos que las ocupaban se servían de sus barpones y de sus cuerdas con garfios para atraer a los infelices españoles y alemanes, mientras que, con todo el ardor de su fanatismo, entonaban sus salmodias, cuyo monótono canto se mezclaba con los lamentos de muerte y las imprecaciones de la desesperación.

Sobre la cumbre donde ya vimos al antiguo jefe, hallábase entonces también, como la noche anterior, con su capa blanca, inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus mejillas estaban pálidas, trandada de sudor su frente, y su rostro perenne estaba desfigurado por una violenta contracción. Más que el sol que bañaba su cuerpo, brillaban sus negras ojos, y su mirada profunda no hubiese podido arrostrarse sin horror. Una arruga se marcaba entre sus cejas, que estaban casi unidas en aquel momento, y formando una sola línea negra que hacía más terrible la expresión de su semblante. Titilaba convulsivamente su labio inferior como si le agitase un resorte de acero, y junto a sus brazos veíase moverse en coloto de piel de ante á impulsos de las palpitaciones violentas, desiguales y precipitadas de su corazón.

Cualquiera hubiese dicho que se gozaba en su sangrienta obra de destrucción. No era así; estaba horrorizado de sí mismo, y aun no creía que el

hombre, esclavo de la vil pasión de la venganza, fuese capaz de tanto.

¡Pobre mancozo!

El que hubiese podido en aquellos supremos instantes ver el espíritu del joven, lo hubiese compadecido.

Seguiz la traidora matanza, y cada vez entonaban los flamencos con más entusiasmo sus salmodias.

El Omnipotente, en sus altos juicios, permite que se pronuncie su nombre, santo sobre todo lo santo, a la vez que el hermano mata al hermano, cuando la fiera humana se goza destruyendo, derramando la sangre del prójimo, del hijo de su mismo padre, y blasfema invocando el nombre del Señor para que le ayude, el nombre del Eterno Hijo cuya santa palabra fué de amor y de paz. ¡Bendito sea Dios! ¡La pequeñez del hombre no puede comprender tanta grandeza!

La sangre había enrojecido el límpido cristal de las aguas; entre sus espumosas corrientes veíanse flotar por doquier cuerpos mutilados y sin vida.

Los moribundos, en la desesperación de su terrible agonía, intentaban a veces refugiarse en las barcas de sus enemigos; pero estos los recogían sólo para sacrificarlos cobardemente y gozarse con los lamentos de la víctima.

¡Horrible matanza!

Los ayes, las imprecaciones y el canto monótono de las salmodias armonizaban con el sordo ruido, igual y pavoroso de las corrientes del agua.

El paje se estremeció repentinamente como un cadáver galvanizado; salió de su pecho un grito de horror, y cubriéndose el rostro con las manos, lanzóse en velocísima carrera a través de la campiña, llegó adonde había dejado su negro potro, trancó sobre él impetuosamente, y rasgando con el afilado acento el vientre del noble bruto, corrió, voló, sin saber adonde iba.

Los últimos rayos del sol hicieron aparecer más rojas las ensangrentadas aguas.

La negra mano de la noche puso término a tantos horrores.

CAPÍTULO IV

De cómo el marqués se alejó del castillo

La noticia del memorable sitio de Leiden llegó a Madrid y a los pocos días se recibió también la de la muerte del noble gobernador don Luis de Requesens, que después del descalabro sufrido por el ejército, vió que éste se sublevaba reclamando sus sueldos, para cuyo pago se le había prometido el saqueo en la sitiada plaza. Requesens, ya sin fuerzas para tan penosa y continuada lucha, sucumbió víctima de su exagerada rectitud.

Felipe II recibió ambas noticias con aparente calma, si bien su espíritu se sintió horriblemente atormentado; pero la máscara de inalterable expresión y que cubría su rostro, no dejó a ningún cortesano adivinar lo que pasaba en su interior.

Días después, don Juan de Austria fué elegido por el rey, gobernador de Flandes, y aunque el héroe de Lepanto y de las Alpujarras estaba ya decidido, cediendo a los deseos del gabinete de Roma, a ir en ayuda de María Estuardo, presa a la sazón por Isabel de Inglaterra, aceptó gustoso el cargo que le confiaban, pensando que tal vez podrían servirle para conquistar la corona de Escocia los mismos ejércitos y recursos que en Flandes había de tener a su disposición, una vez terminada la guerra con los protestantes.

Tal era el estado de los negocios públicos.

Sepamos cómo se encontraban nuestros amigos.

El marqués de Poza, recobrada ya sus fuerzas, disponíase a dejar el solitario castillo para ir en busca, como errante caballero, de la mujer a quien adoraba con todo el ardor de su alma.

Eran las nueve de la mañana.

Comenzaba a elevarse el sol en un horizonte puro y sereno.

Los restos del antiguo castillo se levantaban entre las ruinas y parecían orgullosos porque habían

podido resistir el embate del tiempo con más firmeza que las demás torres y murallas.

Las crestas de los montes y las copas de las encinas parecían coronarse con una diadema de oro al recibir los primeros rayos del sol.

El viento dormía; pero las aves, despiertas, gorjeaban con trinos de grata dulzura.

Reinaban la calma y el silencio, sólo interrumpido alguna vez por el ladrido del perro que guardaba en lugar de su amo las mansas ovejas.

Cerca de la entrada del castillo, el barón y el marqués parecían contemplar el bellísimo cuadro de la naturaleza.

El sol hacía brillar la lengua y cara barba del anciano, cuyas miradas tenían en aquellos momentos una expresión de indefinible tristeza.

Había recobrado ya el marqués aquella varonil belleza por la que en otro tiempo habían palpitado los corazones de muchas damas. Como señales de su pasada enfermedad quedaba aún en su rostro alguna palidez; pero ésta parecía hacer más interesante su hermosura. Habíase cortado el cabello y arreglado su fina barba a la usanza de la época. Llevaba un colete de piel de ante con mangas de paño gris, gregüescos y ancha capa de la misma tela y color, largas botas con espuelas de acero bruñido, y sombrero de fieltro de anchas alas con pluma roja sujeta con un broche de oro. De su cinturón de cuero con hebilla de plata pendía una espada de fino temple y una daga con empuñadura de acero primorosamente cincelado.

Con aquel traje, más que un noble de primera calidad, parecía todo lo más un simple hidalgo dedicado al ejercicio de la guerra y que acabase de llegar de Flandes. Y éste era su objeto, porque tenía que hacer lo posible a fin de evitar que lo reconociesen.

La ternura, la tristeza o el ardimiento de la impaciencia mal contenida, se pintaban alternativamente en su semblante, porque ya la gratitud que debía al anciano barón y el sentimiento que le causaba separarse de él o el deseo de buscar a Blanca y al paje, producían en su alma diversas emociones.

—Sed prudente, hijo mío—decía el barón, que desde que lo presentamos a nuestros lectores daba este título dulce al marqués—; sed prudente, y que vuestra pasión no os haga olvidar el peligro que correríais si se supiese que no habéis muerto.

—Descuidad, señor barón, y mi buen padre—contestó el de Poza con dulce voz—. No olvidaré un instante vuestros consejos.

—Si por desgracia la mujer a quien amais, sin esperanza de ser vuestra esposa, lo fuese ya de Jesucristo, respetad el santo lazo que la une a Dios y la separa del mundo, y resignaos con vuestra suerte como buen cristiano y como hombre de alma grande y corazón fuerte.

—¡Oh, si hubiese profesado!

—Doblaríais vuestra frente para alabar a Dios.

—¡Yo moriría!

—No os atormentéis por lo que no sabemos si ha sucedido; os hablo así porque todo es posible, y en semejante caso os aconsejo que vengaís para que yo os consuele. Lloraremos juntos.

—¡Cuán bueno y noble sois!

—Mi vida, hijo mío, ha sido una serie de engaños y amarguras, y nunca la desesperación ha dominado al sufrimiento. Vosotros los jóvenes, ricos de ambición y pobres de experiencia, pensáis que el hombre ha nacido sólo para gozar, y cuando se interrumpe por alguna desgracia vuestra pasajera dicha, dicha ilusoria, maldicís eso que llamáis fortuna y os entregáis a la locura de la desesperación. El hombre ha nacido para luchar y llorar, y ha de cumplir fortosamente su misión; la única felicidad positiva que debe ambicionarse, la única que puede alcanzarse, es la paz del alma, paz que sólo viene con la tranquilidad de la conciencia.

—Padre mío—dijo el marqués con acento conmovido—, bajo ese cielo donde mora el Omnipotente, tomando por testigo la luz de ese sol que da vista a mis ojos, os juro que mi conciencia no me acusa de ningún crimen, no me remuerde por haber descuido a nadie el mal.

—¡Dios os bendiga! ¡Soy feliz!

—¡Pero Blanca!...

—¡Hijo mío! Dios premia y castiga; no creais

en la dicha del criminal, porque si penetráis en el misterio de la vida, encontraréis desgracias horribles; no dudéis al ver la miseria del justo, porque si entráis en su morada encontraréis la paz más envidiable, y si pudiéscis ver su corazón lo encontraríais lleno de la más dulce tranquilidad. La virtud encuentra siempre recompensa; sed bueno, y Dios premiará largamente vuestros sacrificios y vuestros pesares.

El marcebo se arrojó en brazos del barón, y una lágrima humedeció sus ojos.

—La mañana avanza—repuso el anciano—, y debéis partir para que no os coja la noche en el camino y sea mayor la molestia del viaje.

—Quiera Dios que pronto vuelva a veros, trayendo conmigo a Blanca.

—¿Tenéis alguna duda sobre las instrucciones que os he dado?

—Ninguna.

—Ya sabéis que con las cartas que llevais, en Madrid y en Bruselas os darán cuanto dinero necesitéis. Escribidme siempre que tengais ocasión para hacerlo; nada omitais de cuanto atañe a vuestra felicidad.

—Vuestros deseos serán exactamente cumplidos.

—Llevais un criado fiel, valiente y astuto, que se dejaría matar por vos; conoce hasta el último rincón de España y casi toda Flandes, porque desde muy joven ha sido soldado. Va instruido en el papel que debe representar; apareceréis como un hidalgo aventurero, de mediano caudal, y será vuestro nombre el de Alonso de Burgos.

—Nada olvidaré.

—Va a cesar vuestra impaciencia—repuso el barón desplegando una sonrisa.

Y luego gritó:

—¡Juan!

Oyéronse en seguida pisadas de caballos en el zaguan del castillo, y luego salieron dos hombres del diestro por un hombre de buena estatura, robustos y ágiles miembros, rostro ruboroso y ovalado, ojos negros y vivos, gruesos labios y poblada barba de color castaño oscuro.

Su traje era todo de piel de animal, excepto su

ancha capa de paño verde. Llevaba sombrero de anchas alas y color gris, pero sin pluma ni otro adorno, y ceñía una larga tizona pendiente de un cinturón de cuero abrochado con hebilla de cobre y en el que también iba sujeto un puñal de dos filos.

Las cabalgaduras que conducían eran dos yeguas hijas de Córdoba, negra la una y blanca la otra, ambas corredoras incansables, y enjaezadas con sillars a la española, con anchas pastelerías de cuero de vaca, y por cuya parte superior se deslizaban los regatones de acero de las sillas que colgaban. No faltaban a la grupa sus correspondientes mulatas, aunque pequeñas y ligeras, y unas alforjas cuyos extremos tocaban los ijares de la yegua negra.

—Montad—dijo el barón con acento conmovido.

El marqués, abogado por la emoción, sólo pudo decir:

—¡Adiós, padre mío!

Y un último abrazo estrechó aquellos nobles pechos.

El criado tuvo el estribo, y el de Paza cabalgó en la yegua blanca, después de aspirar deliciosamente el aire fresco de la mañana y de limpiar una lágrima de ternura que salía de sus azules ojos.

—¡Dios te bendiga, hijo mío!—exclamó el anciano, cuyos ojos, también por el llanto humedecidos, se elevaron al cielo y después enviaron una mirada de paternal cariño al domo.

Palpitaban violentamente aquellos dos corazones, y sus semblantes expresaban más de lo que hubieran podido decir sus lenguas.

Al fin las yeguas comenzaron a descender por una pendiente vereda.

El anciano permaneció en la cumbre con la mirada fija en el manco, y cuando los accidentes del camino no le permitieron verlo desde allí, subió a la torre más elevada del castillo, y todavía pudo distinguir a la lejana, ora ocultas por el sol, ora sueltas por la sombra en las crendas y cañadas, dos puntas negras que aparecían o desaparecían, según subían o bajaban, y que se dirigían hacia la imperial ciudad.

El manco, por su parte, pasada la primera

impresión de la despedida, cuando el aire puro de la mañana hubo refrescado un poco su cabeza, volvió a sentirse dominado enteramente por su amorosa pasión, impulsado por la impaciencia de sus deseos de encontrar a Blanca, y a pasar de lo escabroso del camino, obligaba a su yegua a caminar a buen paso. Su cabeza se volvía a cada instante hacia atrás para mirar la noble figura del barón sobre la montaña o en la plataforma del torreón.

El castillo se perdió al fin de vista.

El marqués caminaba silencioso y, a veces, con la cabeza inclinada sobre el pecho; floja la rienda y descuidado el anteato, dejaba caminar a su placer a la blanca yegua; pero luego, como si despertase asustado, se estremecía, y sacudiendo la cabeza, obligaba a su cabalgadura a salir al galope. ¡Se agolpaban tantos recuerdos a la mente del infeliz doncel! ¡Cuántos y cuán opuestas emociones le producía el recuerdo de la historia referida por el anciano barón! ¡Seis años lejos del mundo! ¡Seis años de continuo delirio! Al cabo de ese tiempo todo se olvida, y Blanca podía también haberlo olvidado, no conservar de él sino un recuerdo dulce, aunque triste, ese recuerdo que queda de las personas queridas después que dejan de existir, pero que no es el del ausente cuya memoria puede sostener viva una pasión a despecho de los años. La separación de la muerte todo lo borra.

Toledo, la ciudad orgullo de tantos reyes, envidia de tantos conquistadores, madre de varones ilustres por su virtud, su sabiduría y su valor; la ciudad de los grandes recuerdos, se presentó a la vista de nuestros caminantes. Percibieron el murmullo de las aguas del Tajo y oyeron dar las diez en la campana del gran reloj de la catedral.

—Mucho tiempo hemos perdido, Juan—dijo el manco a su criado.

—Señor, hemos atravesado un terreno por el que es imposible caminar de prisa; ya lo compensaremos cuando hayamos dejado atrás la ciudad.

—¿Tenemos necesidad de atravesarla?

—No, señor; en pasando esa cruza tomaremos la vereda aquella que sigue a la izquierda, y pronto nos encontraremos en el camino real.

—¡Me alegro.

—Si caminamos a buen paso, a las doce llegaremos a una venta cuyo vendero, mi amigo y camarada que fué en la guerra contra los franceses, os dará buen vino si queréis comer en su casa.

—Comeremos allí.

—Ese hombre, siempre anda a caza de noticias, y si tenéis ganas de saber lo que por el mundo pasa, no dejará de seros útil su conversación.

Así hablando dejaron atrás la choza, entraron en la vereda y se encontraron al fin en el camino que conduce a Madrid.

Como el criado hacía dicho, cuando el sol tocaba a la mitad de su carrera, divisaron nuestros viajeros una casa de apariencia miserable y sobre cuya puerta había escrito con grandes y desiguales letras rojas: "Venta de San Ildefonso".

Allí pararon, y el vendero, hombre robusto, de alegre semblante, ojos pequeños y vivos, y delgados labios, malicioso y hablador, salió a recibirlos haciendo profundísimas reverencias, y después de examinar el broche de oro que sujetaba la pluma del sombrero del marqués, y de ver que montaba una regua digna de un príncipe, cogió respetuosamente el escribo, quitó de su cabeza el gorro de lana azul que la cubría, y dijo:

—Vuestra señoría, si lo tiene a bien, pasará a descansar mientras hago que le den un abundante pienso a esta hermosa regua que no puede haber costado a vuestra señoría menos de trescientos ducados.

—¿Hay algo que comer en vuestra casa?—preguntó el marqués a la vez que entregaba las riendas al vendero.

—¡Que sí hay! Mi casa es de pobre apariencia, señor caballero, pero está bien provista. Puedo ofrecer a vuestra señoría un hermoso cabrito asado, unos pinchones con salsa, un buen trozo de jamón curado en la sierra, huevos y... en fin, cuanto puede presentarse en la misma mesa del señor arzobispo.

Mientras así hablaba el posadero, mirábalo Juan y se reía.

—Bien, señor embustero—le dijo—, está bien, pero faha lo mejor.

—¿Juan, mi buen amigo!—exclamó el ventero—. ¿Vienes con este noble señor?

—Soy su criado.

—Eres muy afortunado, te lo he dicho muchas veces. Y...

—Calla. Antón, y despáchate, que tenemos prisa. Lleva a la cuadra los caballos, y vuelve pronto para servir de comer.

—Y que tengo un Valdepeñas tan mero como yo cristiano, que no conoce igual.

A los pocos momentos el mesonero colocaba en una mesa un par de pichones, un pan y una botella de vino para el marqués, y sobre una banqueta de nogal ponía un plato con carne de cabra en salsa de ajo y algunos trozos de cebolla, y un jarro de estaño lleno de vino. amén del pan que debía servir con la cabra de alimento al sirviente.

—Vuestra señoría no debe venir de muy lejos—dijo el mesonero, que era curioso y charlatán—; la pegua está descansada y limpia.

El marqués no contestó.

—¿No se te ha quitado el vicio de preguntar?—dijo el escudero.

—¿Qué he de hacer? En este desierto, si no pregunto, no puedo saber lo que pasa.

—¿Sabéis algunas noticias de Flandes?—preguntó el marqués.

—Nada nuevo después de la inundación.

—¿De la inundación?—repitió el de Poma, extralido a los últimos acontecimientos.

—¿Pues qué, nada sabe vuestra señoría?

—Nada sé.

—Cosa extraña.

—He pasado en el campo una larga temporada y no he tenido ocasión de oír noticia alguna.

—Pues a fe que el acontecimiento es para ignorarlo. Os confieso que en todo lo que en mi vida de soldado he visto, no recuerdo cosa que se le parezca.

—Referírmelo, buen hombre—dijo el marqués con viva curiosidad.

—Pues, señor, es el caso que, como ya sabréis, esos pícaros herejes se habían metido en una cú-

dad... en Leiden, señor. El ilustre don Luis de Requesens, a quien Dios tenga en su gloria...

—¿Ha muerto don Luis de Requesens?—interrompió el manco.

—Parece que venís de un desierto, según la completa ignorancia en que está vuestra señoría.

—Proseguid, buen hombre.

—Como decía, el noble don Luis de Requesens mandó poner sitio a la plaza. Y cuando mas apurados se hallaban los herejes, porque se morían de hambre y carecían de municiones, los habitantes de aquellas cercanías rompieron unas gruesas murallas que contenían las aguas de los ríos y canales que atravesaban aquellos terrenos, y de pronto se inundó el campo y quedaron sumergidos todos los españoles sin escapar uno, porque aquel que más diestro o más fuerte intentaba salvarse a nadó, parecía asesinado por los herejes que recorrieron las aguas en barquillas pescando a los cristianos como quien pesca truchas.

El marqués no pudo contener una explosión de espanto.

—¿Y esa horrible hazaña—dijo—, ha sido ideada por el príncipe de Orange?

—Ni por pienso, señor. El príncipe se hallaba muy lejos de allí. Dicen que entre los herejes hay un manco que allí en tiempo de doña Isabel de la Paz fué el autor de muchas intrigas de la corte, y ese mismo, a quien llaman con ironía el diablo, aseguran que es el que aconseja y dirige esta clase de empresas.

—¿El diablo decís?—preguntó el de Foxa con marcada curiosidad y a la vez que palidecía.

—¿Acaso vuestra señoría lo conoció en la corte?

—No... es que el apodo me llama la atención. Proseguid.

—¿Os parece poco?

—Al contrario, y por eso deseo saber cuanto tenga relación con el suceso.

—Nada más le diré, sino que los asuntos de Flandes están cada día peor.

—¿A quién han nombrado en lugar de don Luis de Requesens?

—¿Tampoco lo sabe vuestra señoría?

—Tampoco, y por eso lo pregunto.

—Al señor don Juan de Austria.

—¿A don Juan de Austria!

—De todo se admira vuestra señoría—repuso el ventero, a quien llamó la atención el interés que se tomaba el de Pozo en los sucesos de Flandes, tan extraña para él por su ignorancia en este punto.

El marqués cayó en una meditación profunda, hasta el punto de olvidarse que estaba comiendo.

—¡Vive!—murmuró—¡vive y podré encontrarlo!

¡Sabrás dónde está Blanca!...

—¿Mandais algo, señor?—preguntó el mesonero.

—Sacad nuestras calzagaduras.

—¿No concluye de comer vuestra señoría?

—Tomad—repuso el marqués.

Y echó sobre la mesa un escudo de oro.

—Sobran...—dijo el ventero.

—Guardadlo.

—Gracias, mi noble señor, gracias.

Pocos momentos después, el de Pozo y su criado toraban el camino de Madrid, y antes de anocheecer entraron en la coronada villa.

El marqués sintió palpitir violentamente su corazón cuando atravesaba las calles, y por un momento, el crepúsculo vespertino se tornó a su vista en negras tinieblas como si una espesa nube hubiese velado sus ojos. Tal fué la emoción que agitó su espíritu al contemplar los sitios que seis años antes habían sido testigos de su felicidad.

Llegaron a la plaza del Arracal, conocida hoy con el nombre de Plaza Mayor.

¡Algúnas vez en aquel mismo sitio, había ostentado el mancebo su gallardía, su valor y su destreza en juegos de cañas y corridas de toros! Y entonces tenía que ocultar el semblante bajo la capa como el criminal que huye, y aparentar humilde condición bajo un sencillo vestido, en vez de levantar la frente para recibir aplausos, y de lucir lucos y vistosos trajes!

CAPITULO V

Proyecto de venganza

Daban las diez en el reloj del alcázar real, y a semejante hora caminaban ya retelosamente los que tenían que atravesar las calles de la villa, porque era la hora en que los galanes salían de sus casas y los ladrones de sus escondites, dispuestos aquéllos a sacar la espada en la primera ocasión, y éstos a limpiar los bolsillos del débil o el descuidado que se dejaba sorprender, sin que ni lo uno ni lo otro pudiesen evitarlo las rondas de corchetes que más de una vez demostraron que más les servían las piernas para huir que el valor y la autoridad para evitar escándalos.

Estaba la noche oscura, tan oscura, que el más práctico rondador de los que haciendo coro a los gatos cantaba sus amores al resplandor de la luna o de la lluvia al compás, estaba expuesto a romperse las narices contra una esquina.

La cuesta de Santo Domingo era en la época de la presente historia un carrumbadero pedregoso y fangoso en invierno, arenoso en verano, y al que apenas se le podía dar el nombre de calle, según eran de escasos y colocados en desorden los pocos edificios que allí había. Levantábase en un lado, como se levanta hoy también, el convento de Santo Domingo, cuyos grandes recuerdos históricos han respetado, no sabemos por qué razón, los adelantos flamantes y prodigiosos sobre embellecimiento de las poblaciones de nuestros días, adelantos que han sabido convertir en papagayos a los hombres, encerrándolos en estrechas jaulas, y que han tenido la habilidad de destruir mucho bueno para edificar sobre sus ruinas mucho malo; adelantos que dejen a la mano del tiempo arrancar cada día una de sus maravillas al paraíso llamado "Alhambra", como la joya mal guardada a quien el doméstico ladrón roba cada día una de sus perlas, mientras

que la misma ignorancia que no sabe conservar, la misma mano que destruye, se afana por imitar lo que abandona o lo que destruye. Se invierten grandes sumas en construir un artesonado, lastimoso remedo de los que milagrosamente se conservan aún en los alcázares moriscos de Granada, o en levantar un pórtico o un muro, ridícula imitación de nuestros monumentos bizantinos, y no se gasta un solo real en la conservación de las maravillas del arte que nos ha legado la "ignorancia" de los pasados siglos. ¡Oh!, adelantos del siglo XIX, adelantos artísticos que admiran al mundo construyendo un palacio de cristal, es decir, un armazón de hierro fundido, una jaula más o menos grande, pero que probablemente no se atreverían a trazar una voluta como las que se ven en el palacio del emperador Carlos V. no se crea porque decimos esto, que quisiéramos ver aún nuestras antiguas calles, tortuosas, desempadradas, formadas por edificios de feísimo aspecto; nos gusta que ya que no pueden ser todo palacios, compltan con la magnificencia exterior de éstos, la graciosa y risueña belleza de las casas que hoy se construyen; pero nos disgusta que nos obliguen a vivir en viles pies de terreno, y nos indigna el ver desmoronarse lentamente o bajo la piqueta del alfiler nuestros mejores monumentos con sus bellezas, con sus históricos recuerdos, con sus tradiciones más populares, así como tampoco podemos convenir en que las bellas artes han adelantado un solo paso, sino que por el contrario, están muy lejos de encontrarse a la altura de los pasados tiempos. ¿Y por qué no se encuentra hoy un Rafael, un Velázquez, un Miguel Ángel, un Herrera?

Antiguamente, el hombre de más aventajado entendimiento creía haber conseguido mucho con aprender una sola cosa, un arte o una ciencia, y hoy, ¡prodigio de nuestra generación!, cualquiera imberbe manco de veinte años conoce todas las artes y todas las ciencias; pero ninguna profundidad, porque la vanidad del siglo de los luces le dice que es un sabio y que no necesita aprender más... Perdona, lector, que ya vuelvo a mi cuento.

Hemos dicho que se levantaba, como a. Levanta

hoy también (1), el convento de Santo Domingo en la cuesta que lleva este nombre, y enfrente algunas casas grandes las unas, pequeñas las otras, formaban tortuosa línea (2).

En un espacioso aposento, adornado con más riqueza que gusto, de una de estas casas, había sentado un caballero de avanzada edad, pero robusto y fuerte, y que a juzgar por el ceño adusto que nublaba su semblante, y por las miradas sombrías de sus grandes ojos negros, debía no estar de muy buen humor. En su severo rostro, de barba espesa y gris, daban de lleno los resplandores de dos bujías que, colocadas sobre una mesa de nogal con cubierta de paño azul, apenas alumbraban el espacioso salón.

Más de una vez se arrugó la engomada gorguera del caballero al variar de postura con brusco ademán, y sus puños de encaje padecieron también al cruzar o descruzar los brazos airadamente.

Al fin inclinó la cabeza sobre el pecho, y cuando más entregado parecía a sus desagradables reflexiones, la puerta del salón se abrió silenciosamente, y un hombre apareció.

—Señor...—dijo.

—¿Quién es?—preguntó el caballero.

—Yo, señor.

—¡Ah!...

—Venia...

—Acércate.

El hombre, que por su vestimenta parecía ser un criado, se acercó al caballero.

—Aquí me tenéis—dijo.

—¿Están pronto tus espadachines?

—Sí, señor; pero no ha podido hacerse el negocio menos de cincuenta escudos.

—No importa, con tal que se porten bien.

—De eso respondo.

—Ya sabes que un golpe es falso...

—Desconfía: siquiere porque son cuatro contra uno, debéis estar tranquilo.

(1) Diez años después de escrita esta obra, se derribó el convento de Santo Domingo el Real.

(2) Todas estas casas han desaparecido también.

—¿Y si no viene solo?

—Vendrá solo como anoche.

—¿Y si no viene solo ni acompañado? ¿Habré de esperar entonces otros catorce años para lavar la ofensa?

—Os digo, señor, que vendrá: sus palabras fueron terminantes: "Puesto que así lo queréis, mañana vendré a la misma hora". Eso solo, y aunque nada más pude entender de la conversación, creo que lo más importante es lo que sabemos.

—¡Oh, noche feliz!—exclamó el caballero con feroz alegría—. ¡Noche feliz si se cumplen mis deseos, si se lava con la sangre la mancha que ese bastardo echó sobre el nombre ilustre de Mendoza! ¡Catorce años! ¡Catorce años día tras día, hora tras hora, esperando la de la justicia! ¡Y yo he ido que la perdóné, cien veces insensato cuando en ella no lavé primero la honra mancificada!... ¡Oh!

Levantóse el caballero y pasó precipitadamente por la habitación.

—Andrés—repuso—, si te equivocas pagarás lo que no debes. Mira que no es posible que venga solo.

—Os digo que sí. Anoche registré toda la calle después que vino, y no encontré alma viviente, y cuando se fué lo seguí con la vista desde una ventana, y nadie se le acercó. Ya sabéis que es atrevido y poco o nada cauteloso.

—Pienso, Andrés, que será mejor despachar este negocio antes de que entre, porque evitaremos que vuelva a verla, y también el que más tarde se atravesase algún inconveniente: en mi concepto, la ocasión debe aprovecharse cuando se presente.

—Vuestra justísima impaciencia, señor, no os hace conocer que es más fácil acometerle cuando salga, porque así apenas se le dará tiempo a defenderse, y aunque los nuestros son cuatro, bueno será dar el golpe con la seguridad posible.

—Tienes razón, vale más dejarlo para después... ¡Otro sacrificio!

Y el caballero apretó los puños con rabia.

—Andrés—prosiguió—, la sed de venganza me devora. Hace diez y seis años que recibí la ofensa,

pero entonces creí en la reparación y pude templar mi enojo: luego ¡oh! cuando después de dos años me convencí de que sólo había querido hacer su dama, cuando el fruto de aquellos amores acabó de sellar nuestra deshonra, cuando me vi obligado a recibirla en mi casa... ¡Dios mío, vos sólo sabéis cuánto he sufrido!... El tiempo llegó al fin a templar mi dolor y mi sed de venganza, y parecía sentirme más aliviado; pero ahora que ella olvida otra vez sus deberes, que él abre la mal cerrada herida, se ha despertado en mi pecho todo el odio de catorce años. Me provocan, parece que intentan burlarse de mí... ¡Yo sabré tomar mi venganza, hacerme justicia, ya que de los hombres no puedo esperar! ¡Vive Dios, infame bastardo, que no ha de valerte quien eres!

Y los ojos del caballero brillaron con el fuego del coraje.

—Señor—dijo Andrés—, esta noche quedaréis satisfecho; dentro de dos horas...

—Después de catorce años, esas dos horas me parecen dos siglos.

—Pronto pasan, señor.

—¿Son las diez?

—Y muy cerca de la media.

—¿A qué hora deben acudir esos hombres?

—Después de las once.

—Yo me voy, Andrés, porque dudo si tendría paciencia para no matarlo antes que saliese.

—Bien, señor.

—A tu cuidado queda este asunto.

—Podéis marchar tranquilo.

—No olvides que es mi honra la que en tus manos dejo.

—Ya veréis el resultado.

—No volveré hasta mañana.

—Bien, señor.

—Tréame la espada y el sombrero.

El criado salió, volviendo a poco con el sombrero, la capa y la espada de su señor.

—Di a Bautista y a Nicolás que me acompañen, porque así siempre habrá dos que digan que cuando yo volví a mi casa ya estaba el otro muerto.

El caballero, precedido de un criado que llevaba

una linterna, y seguido de otro, salió de su casa y se alejó hacia los escabrosos derrumbaderos que, transformados hoy en calles, forman las de la Independencia, Unión y Santa Clara.

Por la cuesta de Santo Domingo no transitaba un ser viviente.

Un farolillo que ardía bajo el pórtico del convento, apenas iluminaba una circunferencia de tres pies de diámetro, y aun eso tampoco muchas veces, porque el aire soplaba con fuerza y solía hacer oscilar el farol, ahogando la débil luz hasta el punto de quedarse casi apagada.

En la oscuridad de una calle, una luz de opaca y diminuta flama, sirve más bien para que el ladrón distinga a su presa cuando se le aproxima, que para que el transeunte pueda ver al ladrón que lo acecha.

Transcurrió más de media hora, y por la parte superior de la cuesta se dejaron ver cuatro bullos que no eran más ni menos que cuatro hombres.

Bajaron con pasos silenciosos y sin tropezar en una sola piedra, como quien está acostumbrado a caminar de noche por sitios escabrosos.

Pasaron por delante del pórtico de la iglesia, y a la claridad del farol pudo verse cómo se quitaron los sombreros y se santiguaron devotamente.

Siguieron adelante, y a los pocos pasos se detuvieron junto a la puerta que da entrada al convento y se ocultaron bajo su arco de ladrillo; pero tan bien ocultos que hubiera sido imposible verlos aun pasando muy cerca.

—Aquella es la casa—dijo uno—. Si ya ha venido, lo veremos salir, y si no, vendrá; pero no hemos de acometerle hasta que se retire.

—¿Y has averiguado al fin quién es?—preguntó un segundo?

—No.

—Porque según la importancia de la persona...

—Por eso pagan como si fuese un príncipe.

—No son gran cosa cincuenta escudos—añadió otro.

—Más que una estocada.

—Y como somos cuatro y no le daremos tiempo

a defendiéndose, porque le acometáremos antes que acabe de bajar...

—¿Y si grita?

—Un grito nada importa, y dos no hemos de dejarle dar.

—También gritó el marqués de Poza, y era el caballero más valiente de la corte.

—Y no iba solo.

—Ya hace seis años.

—¿Qué será de sus huesos?

—Polvo.

—Dejemos a los muertos. ¡voto a mis barbas!

—Dejemos quieta la lengua, que para estos negocios conviene el silencio.

—Y que me parece que alguien se acerca.

—Sí, suenan pasos.

—Y se distingue un bullo.

—¡Silencio, condenados!

—Si no es él, podríamos mientras viene aprovechar el tiempo con este prójimo que se acerca...

—Espantaríamos la caza...

—¡Silencio, voto a Satanás!

A los pocos momentos un hombre se paró delante de la casa donde hemos visto al caballero hablando con un sirviente.

El recién llegado pareció examinar los alrededores; pero sin duda nada vió, porque acertando a la boca su mano derecha, produjo un silbido y esperó.

No habían transcurrido seis segundos, cuando se abrió una ventana, y a la claridad que había por la parte de adentro, pudo distinguirse la forma, aunque confusa, de una mujer que asomó, sacó los brazos y los movió como si dejase caer alguna cosa.

El embozado llegó al pie de la ventana, y en seguida se le vió trepar por una escalera de cuerda que de ella pendía. Joven debía ser, ágil y robusto, porque con suma ligereza subió, y saltando por la ventana, encontróse en un aposento cuadrado, amueblado con riqueza y gusto, e iluminado por los vivos resplandores de una lámpara de plata que había sobre una mesa, de exquisito trabajo.

CAPÍTULO VI

La despedida

Cuando hubo entrado el nuevo personaje recogió la escala, cerró la ventana cuidadosamente para no hacer ningún ruido, y se acercó a una mujer de noble presencia, rubios cabellos, azules ojos de mirada melancólica y de rostro hermoso, pero como nublado por la tristeza de continuas y largos pesares.

Dejó el caballero su capa y su sombrero sobre un diván de terciopelo azul que estaba cerca del en que se hallaba la dama, y entonces pudieron verse sus facciones.

Apenas contaría treinta años.

Era de regular estatura y de formas que hubieran podido servir de modelo al más escrupuloso artista.

En su rostro de no común belleza, pero de una belleza varonil, vagaba siempre una expresión de dulce alegría, de bondad que interesaba a primera vista. Una mezcla de ternura y de alegría brotada de sus ojos garzos, de extraordinaria viveza, de brillante pupila, de mirada expresiva y fascinadora. Su ancha frente, que revelaba inteligencia en su forma, noble orgullo en su manera de levantarse, estaba rodeada por cabellos casi rubios y cortados al estilo de la época, es decir, como a dos o tres líneas del casco. Su cutis era blanco, y su barba espesa, pero fina y brillante.

En todos sus ademanes, en sus menores gestos, se conocía que estaba acostumbrado a mandar, a dominar; pero a dominar con ese don que a poquísimos concede la naturaleza, con la sonrisa en los labios, la cortesía en las palabras, la compostura en los ademanes; a mandar con esa habilidad que hace infundir respeto con la dulzura, que no deja réplica a los ruegos y que hace valer más una frase delicada que una amenaza terrible.

Vestía colete de finísimo paño gris y mangas

de la más fina piel de gamuza, todo guarnecido con tres hileras de pespuntos de seda blanca, adorno que no hubiera podido usar a no ser por lo buenos un hidalgo de esclarecido linaje. Calzaba anchísimas botas de piel de ante con espuelas de acero primorosamente cincelado. De su cinturón de cuero negro con hebilla de plata, pendía una espada con empuñadura de acero bruñido, y una daga con guarnición del mismo metal.

—Guárdeos el cielo, doña María—dijo con acento agradable a la vez que se sentaba junto a la dama.

—Y a vos, noble don Juan—contestó ella.

—Aquí me tenéis, fiel a mi palabra.

—Os doy gracias por ello, don Juan, y no extrañéis que os haya hecho venir: muchos años ha que no os veía, y ahora vais a emprender un largo y peligroso viaje. Vos o yo, podemos morir.

—Y por si así sucediese—interrumpió el caballero—queréis hablarme por última vez de nuestra hija.

—Don Juan—repuso la dama cuyos ojos se humedecieron—, al oírlos llamar vuestra a mi hija olvido mis pesares de catorce años.

—No es la primera vez que así la nombro.

—Es verdad.

—Y ciertamente que no podréis acusarme de falta de cariño a vuestra hija.

—No, don Juan: los dolores que me atormentan por desengaños de amor, los ha borrado vuestro cariño paternal.

—Vuestro amor, señora...

—No hablemos de él, don Juan; sé que vuestra naturaleza no os permite ser consecuente en esta clase de pasiones; estoy convencida de que no es falta de vuestra voluntad, y de que vos quisiérais amar a una sola mujer toda vuestra vida, pero no podéis, y en vano habréis hecho muchos esfuerzos.

—Os juro que sí, doña María.

—Vuestras pasiones son de un día, de una hora, y esta inconsecuencia constituye vuestra manera de ser. ¿Cómo he de pedirlos lo que vuestra misma naturaleza no puede dar?

—Nadie me ha conocido como vos.

—Harto me pesa, porque me ha costado muchas lágrimas.

—Pero al fin...

—Al fin, don Juan, el amor propio de mujer extinguió mi amor, y el cariño de madre ha ocupado constantemente mis pensamientos.

—¿Y habéis llegado a ser feliz?

—Por lo menos vivo tranquila.

—Y yo, porque no os engañé.

—Es verdad.

—Nunca os prometí ser vuestro esposo, os ofrecí mi corazón tal como la naturaleza me lo ha dado, para todo firme menos para el amor, y os cumplí mi promesa con toda rectitud.

—No me quejo.

—Porque sois tan buena como hermosa.

La dama sonrió dulcemente como toda mujer a quien agrada una galantería a pesar de que sabe que es una mentira.

—Hablemos de nuestra hija, don Juan.

—Mucho me place hablar de ella.

—¿La habéis visto hoy?

—¿Cómo dejar de verla cuando esta noche debo partir?

—¿Cómo la habéis encontrado?

—Hecha un angel de belleza, que excede a toda comparación, de ternura imponderable.

—¿Sabe que os ausentáis?

—Sí, doña María, y aun parece que siento en mis manos una lágrima que cayó de sus ojos cuando estampé en su frente un beso de despedida.

La dama no pudo contener el llanto.

—¡Hija mía!—exclamó.

—Así le dije—repuso el caballero con acento conmovido—, cuando me separé de ella.

—¿Y os contestó?

—Dios os bendiga, don Juan—me dijo—; quedé suspensa, un raudal de lágrimas brotó de sus ojos, y sin poder contener los impulsos de su corazón, arrojóse en mis brazos y añadió: "Adiós, padre mío, padre mío, padre mío..." Tres veces pronunció tan dulce nombre que aun no había sonado en sus labios inocentes... No hablemos de esta despedida.

El caballero limpió sus ojos.

—¿Qué pensáis sobre la suerte de doña Ana?

—Señora, al lado de doña Magdalena será una mujer virtuosa. Cuando pasen algunos años, si se encuentra un corazón digno de ella, la dejaré casarse, la dotaré como quien soy, aunque tenga que vender mi Tolsón de oro, si mi hermano no me ayuda, y quedará tranquilo si logro hacerla feliz.

—Vuestro hermano...

—No es difícil que me ayude para este fin, aunque ahora persiste en que un convento es el mejor destino para nuestra hija.

—Mientras yo viva no será: ella es virtuosa, de carácter dulce; pero no muestra inclinaciones a la vida del claustro. Antes que tal sucediera huiría con ella, ocultándola a todo el mundo.

—Descuidad, que yo tampoco he de consentirlo.

—Bien, pero si persiste vuestro hermano...

—Hoy me ha vuelto a hablar del mismo asunto.

—¿Y qué le habéis dicho?

—Me he negado como siempre.

—Temo que cuando os alejéis de España se cometa un abuso...

—No se atreverían a tanto, señora, porque yo sabré hacer que se respeten mis derechos de padre.

—¿Y si sucumbís en una guerra tan encarnizada como lo es la de Flandes?

—En mi testamento pediré a mi hermano que respete mi última voluntad, y no creo que deje de hacerlo.

—Sin embargo, ya conocéis su obstinado carácter.

—Entonces vos ampararéis a mi hija, y si preciso fuese, huiréis con ella.

—La idea de que llegue ese caso me estremeca.

—Vuestro cariño de madre os dará fuerzas y valor.

—¡Sola para luchar con quien puede fácilmente aniquilarme!

—No me fallaré un amigo leal que os ayude.

La dama inclinó la cabeza sobre el pecho y el llanto asomó otra vez a sus ojos.

—Señora—dijo don Juan—, es muy tarde y tengo que partir: ya me veis en traje de camino.

—Traje, por cierto, no digno de vos.

—Que me he puesto a propósito para no ser conocido a fin de que nadie sepa mi llegada, y evitar que se preparen los ánimos en contra mía.

—Pero os denunciara vuestro acompañamiento.

—No llevo más que dos criados, como un caballero cualquiera, y caballero pobre.

—¿Es decir que es un secreto?

—Mi precipitada marcha sí, y para guardarlo, no saldrá mi secretario de Madrid hasta dentro de cuatro días y correrá para alcanzarme.

—¿Cuándo partiréis?

—Dentro de una hora; ya lo tengo todo preparado.

—Con el frío de la noche...

—Con su oscuridad que ha de favorecerme.

—No os detengais, pues.

—¿Tenéis algún encargo que hacernos?

—Que no os olvidéis de nuestra hija.

—¡Jamás!—contestó el caballero poniéndose en pie y tomando su sombrero y su capa.

—¡Quiera Dios que vuelva a veros!

—¿Por qué no?

—Cuando partisteis para Italia no sentí tan hondo pesar como ahora.

—¡Siempre con vuestros presentimientos!—repuso don Juan, procurando dominar la emoción que sentía.

—¡Pluguiese al cielo que alguna vez no se convirtiesen en realidades!

El semblante del caballero se nubló y su corazón palpitó con violencia.

—Señora—dijo con acento abogado—. Dios os haga feliz.

—Don Juan, adiós, quizás para siempre—contestó la dama, tendiéndole su blanca mano.

Don Juan la oprimió contra su pecho, luego la besó con ternura, y se acercó a la ventana, abriéndola y dejando caer la escala por donde había subido.

—¡Adiós, doña María!—dijo—. Dad a nuestra hija un beso en nombre de su padre!

La dama no pudo contestar; dirigió una mirada afanosa al caballero, mientras éste trepaba por la escala, y luego ocultó el rostro entre sus manos.

Sus lágrimas corrieron, yendo a perderse entre los pliegues de su vestido azul.

El viento silbó y su violento soplo apagó la luz de la lámpara.

Doña María se estremeció y dejó escapar un grito de espanto que ella misma no hubiera podido explicar. Este grito fué contestado desde la calle por una exclamación también de espanto.

Sepamos lo que acontecía en la parte de afuera al hermoso caballero.

CAPITULO VII

Lo que sucedió al pie de la ventana

Apenas los asesinos que dejamos en acecho vieron a don Juan salir por la ventana, se dirigieron al sitio en que éste debía caer; pero no contando con la ligereza del caballero, llegaron cuando éste estaba ya a pie firme.

Cuatro espadas se dirigieron a la vez contra el pecho de don Juan, y éste, aunque sorprendido con tan imprevisto y rudo ataque, tuvo, sin embargo, suficiente valor y serenidad para sacar su largaizona.

—¡Atrás!—exclamó.

Pero los asesinos, sin hablar una palabra, arremetieron impetuosamente.

El choque de las espadas interrumpió el silencio de la calle.

Doña María se aterrorizó a la ventana y exhaló otro grito...

—¡Don Juan!—exclamó con acento ahogado.

—¿Se llama don Juan?—dijo uno de los asesinos.— ¡Por Satanás, que aunque fuese el mismo don Juan de Austria no había de valerle en esta ocasión!

El caballero apenas podía defenderse, y mucho menos herir a sus contrarios.

—¡Pase, canal!—gritó—. ¡Pase, vive el cielo!

—En esa pared os hemos de clavar, seductor de castas doncellas.

—¡Miserables!

—¡Por el infierno, callad, y encomendaos a Dios!

Pasaron algunos segundos sin que corriese una gota de sangre. El caballero era valiente, diestro, y parecía tener un brazo de hierro.

Los asesinos comprendieron que les costaría mucho trabajo venrar a su víctima mientras estuviese arrimado a la pared; así fué, que fingiendo que cedían, retrocedieron algunos pasos: don Juan avanzó, y pudieron acometerle a la vez de frente y por la espalda.

—¡Traidores!—gritó al mismo tiempo que se revolvía con pasmosa ligereza del uno al otro lado.

El combate siguió, puede decirse que milagrosamente, porque al fin, falta de fuerzas el caballero por las muchas vacilaciones que se veía obligado a dar, sucumbiría.

Por fortuna su uzona pudo al fin alcanzar el pecho de uno de los asesinos; pero mientras, otro le arastó por la espalda una estocada terrible, que indudablemente lo hubiera dejado sin vida, a no detener el golpe otro acero blandido por uno de dos hombres, que, como salidos de la tierra o caídos del cielo, tomaron la defensa de don Juan.

—¡Animo!—gritó el que le había evitado el mortífero golpe—. ¡No os conozco, caballero! pero son cuatro contra vos, y yo presto ayuda al más débil! ¡Canallas, cobardes, que tenéis miedo de pelear uno por uno, atrás, vive el cielo!

—¡Por Santa Brígida mi patrona, y por todos los condenados al infierno!—exclamó el otro aparecido con firme voz—. ¡Voto a mis barbas, que en poco estimáis nuestro pellejo!

El asesino que había recibido la estocada de don Juan, cayó debilitado por la falta de sangre.

Quedaron tres contra tres, y la ventaja estuvo ya de parte de los caballeros, porque demostraban más valor y más destreza.

—¡Así maté a un francés en San Quintín!—dijo el último que había hablado.

Y al mismo tiempo descargó un tajo en la cabeza de uno de los asesinos.

Un grito de muerte se oyó, y cayó otro cuerpo en tierra.

—¡Sálvese el que pueda!—gritó uno de los dos que habían quedado.

—¡No serás tú, miserable!—exclamó don Juan, a la vez que atravesaba el pecho del que tenía más cerca.

El restante huyó con la ligereza que da el miedo.

—¡Don Juan!—volvieron a decir desde la ventana.

—Sano estoy—contestó el caballero.

—¡Gracias, Dios mío!—repitió doña María.—¡Dad vuestra bendición al que le ha salvado la vida!

Cerróse la ventana y volvió a reinar un profundo silencio, mientras aquellos tres hombres volvían a la vaina los ensangrentados aceros.

Uno de los que habían llegado en socorro de don Juan, el que había jurado por Santa Brígida su patrona, separóse algún tanto con muestras de respeto y como si fuese un criado.

—¿Estáis herido, caballero?—preguntó el otro a don Juan.

—No, gracias a vuestra generosa ayuda. ¿Y vos?

—Tampoco.

—¿Ni el que os acompaña?

—Yo tengo el pellejo muy duro—contestó el que parecía como escudero.

—Me habéis salvado la vida—repuso don Juan.

—Hemos cumplido con nuestro deber.

—Sin vuestra ayuda me hubiesen asesinado.

—La casualidad, caballero. Sentimos el ruido de las espaldas, nos acercamos, vimos a un hombre solo defendiéndose contra muchos, y prestamos ayuda al más débil. Vos, con el afán de herir y el cuidado de defenderse, no os apercebisteis de nuestra llegada.

—¿Puedo saber a quién debo la vida—preguntó don Juan.

—Me llamo Alonso de Burgos, nadaigo soy, pero como nada valgo, nada os ofrezco.

—Tenéis una espada y un corazón que valen

mucho—contestó don Juan, que parecía querer ocultar su nombre.

—Están a vuestra disposición.

—Gracias, señor Alonso; sólo un favor quiero mereceros.

—Decid cuál es.

—Sois hidalgo y comprenderéis lo que vale el honor de una dama.

—Bien; queréis que nada se trasluzca de esta aventura.

—Exactamente.

—Os doy mi palabra de guardar el secreto.

—Sin duda sabéis quién vive en esa casa...

—Ignoro quién la habita. Anoche llegué a Madrid donde nunca estuve, y mañana no sabría ni aun reconocer este sitio.

El caballero se tranquilizó.

—No me importaría que supiéseis quién es la dama, porque sois generoso y honrado.

—Además, dentro de pocas horas saldré de la villa para hacer un largo viaje, y es probable que se pasen muchos años antes de mi vuelta.

—Entonces conoceréis a pocas personas, y quizás necesitaréis...

—Nada necesito más que amigos, y aunque no os conozco, si lo queréis ser mío...

—Tomad mi mano—repuso don Juan apretando la del marqués—. Yo también necesito amigos.

—Contad por lo menos con uno verdadero—dijo el de Poza con expresión de tan cordial franqueza que conmovió a don Juan.

—¿Decís que dentro de pocas horas emprenderéis un largo viaje?

—Sí.

—¿Me tendréis por importuna si os pregunto a dónde os dirigís?

—A Flandes.

—¿Sois soldado?

—No, pero me gusta la gente de guerra.

Don Juan reflexionó algunos instantes, y dijo para sí:

—No sé por qué se me figura que este hombre debe tener un gran corazón, como el que yo necesito quizás si en vez de gloria encuentro la muerte.

en Flandes... Lleva el mismo camino que yo... nada pierdo por ir en su compañía, con tal que no me conozca antes de salir de la villa...

Y luego añadió en voz alta:

—¿Quién os acompaña en el camino?

—Mi escudero: ese que véis.

—¿Queréis que vayamos juntos?

—¿Vos también?...

—Marcho a Flandes.

El marqués intentó examinar las facciones del caballero, pero la oscuridad no se lo permitió.

—¿Cuándo pensáis salir de Madrid?—preguntó.

—Antes de una hora.

—Las puertas de la villa están cerradas.

—Tengo un salvo conducto para que me dejen salir por cualquiera de ellas a mí y a las personas que me acompañen aunque fuesen ciento mil.

—¿Quién será este hombre?—se preguntó el marqués.

—¿Os decidáis?—prosiguió don Juan.

—Sí, pero os advierto que necesito viajar de prisa.

—Y yo volando.

—Entonces nada más hay que hablar.

—Id, pues, por vuestros caballos, mientras yo hago lo mismo.

—¿Dónde nos reuniremos?

—Junto al Posigo de San Martín.

—Antes de una hora me tendréis allí.

—Dios os guarde, señor Alonso.

Separáronse.

Don Juan tomó la cuesta abajo, y el marqués y su criado el opuesto camino.

—Yo conozco esa voz—murmuraba el de Poza, mientras se alejaba—. La conozco, y no acierto quién es; pero a bien que si la oscuridad no me ha dejado distinguir sus facciones, mañana a la luz del sol le veré el rostro.

Entré tanto, el llamado don Juan decía también:

—Esa voz me es muy conocida. Dice que nunca estuvo en la porte, pero es fácil que alguna vez lo haya encontrado en otra parte... ¿Me engañará? ¿Y con qué fin? El sol de mañana me sacará de dudas.

Media hora después el marqués de Poza y su criado estaban junto al postigo de San Martín, y pasados algunos instantes se les reunieron don Juan y sus dos criados.

—¿Os he hecho esperar, señor Alonso?

—Llego ahora mismo.

—Si gustais, partamos.

Don Juan se acercó a la antigua puerta, enseñó a los guardianes el salvo conducto, y se franqueó la salida a los cinco finetes, que bien pronto se perdieron entre la oscuridad de la campiña.

CAPÍTULO VIII

De cómo el marqués encontró un amigo en el caballero llamado don Juan

La noche estaba tan fría como oscura, y nuestros caminantes se cuidaron más de envolverse en sus capas, resguardando el rostro del aire, que de entablar conversación.

Iban además bastante preocupados: el marqués pensando en Blanca y en el paje, y don Juan en su hija y en el desagradable suceso de aquella noche.

La niebla les envolvía como en un crespón húmedo y negro, y el ruido de las fuertes pisadas de los caballos se perdía entre las tinieblas.

Atravesaban nuestros viajeros la entonces muy desigual llanura que se extiende desde las puertas de Santa Bárbara, Bulbo y San Bernardo, y a medida que se alejaban, hacíanse más confusas las muy confusas torres y murallas de la villa, que en el oscuro horizonte aparecían como sombras negras y vagas.

Anduvieron muy cerca de una hora con acelerado paso, y como si cansada la imaginación quisiese dar treguas a las tristes meditaciones de los caballeros, violes el diablo de la curiosidad, y volvieron a ocuparse allá en sus adentros de quién

sería el que, cada uno de los dos, llevaba al lado. Ambos resolvieron a la vez dirigirse la palabra; pero con el propósito firme de averiguar, sin darse a conocer, hasta que la luz del sol aclarase todas las dudas. El uno y el otro tenían poderosos motivos para obrar así, por si acaso les convenia separarse en vista de sus averiguaciones, antes de que llegase el día.

Don Juan bajó el embozo de su capa para dirigir la palabra al marqués, al mismo tiempo que éste hizo otro tanto con igual intención.

—Señor Alonso...

—Amigo mío...

Esto dijeron a la vez...

—Proseguid—repuso don Juan.

—Hablad vos—le contestó el marqués.

—Solamente iba a deciros que el frío aprieta.

—Y yo lo mismo.

Y sin saber ninguno de los dos cómo proseguir, volvieron a guardar silencio.

Al fin el de Poza, después de algunos instantes, volvió a bajar el embozo, y dijo:

—¿Llevais intención de deteneros en algún punto de Francia?

—Dos días en París.

—Entonces allí nos despediremos.

—¿Tanta prisa llevais?

—No tanta que dos días me causen perjuicio alguno; pero como nada tengo que hacer en el vecino reino...

—¿Tenéis amigos en Flandes?

—No... ¿y vos?

—Algunos.

—¿Sois soldado?

—Lo he sido—contestó don Juan.

—¿Erais?...

—Capitán al servicio de don Juan de Austria.

—¿Valeroso general!

—Así, así—contestó desdeñosamente el caballero.

—¿Conocéis acaso otro más valiente?—preguntó el de Poza, a quien llamó la atención el aire de desprecio con que su acompañante hablaba del héroe de Lepanto.

—¿Y vos conocéis algún general que no le alcance en valor?

—Sin duda no habéis oído hablar de Lepanto.

—Allí estuve.

—Ni de las Alpujarras.

—Allí maté algunos moriscos.

—Entonces...

—La fortuna loca.

—Pensamos de distinto modo.

—Don Juan de Austria es hermano del rey, tiene aduladores, y estos exageran el valor de sus hazañas.

—No tenéis presente que ha salvado situaciones perdidas por caudillos de mucha experiencia y valor.

—Ya veo que sois partidario de don Juan.

—A la par que valiente, es un alma noble y generosa como ninguna.

—¿Lo conocéis?

—No, pero sé lo que vale.

—Es ambicioso.

—Pero franco y leal.

—Inconsecuente.

—No dicen eso sus amigos.

—Envidioso de la corona de su hermano.

—¡No, viva el cielo! Al contrario, su hermano le envidia el valor y la gloria.

—Vos sois tan enemigo de Felipe II como amigo del bastardo—repuso el caballero.

—Y vos, sin duda, tan enemigo de don Juan como amigo del monarca.

—Ambos me son indiferentes.

—¿A ninguno servís ahora?

—Antes al rey, como soldado, y después como uno de sus criados en el alcázar.

—¿Y habéis dejado vuestro empleo?

—Sí.

—¿Hace mucho tiempo?

—Cosa de un año.

—¿Estuvistais en palacio en tiempo del príncipe y de doña Isabel de Valois?

—Sí.

—Epoca de intrigas.

—Pareceis muy enterado de las cosas de la corte

para no vivir en ella—dijo don Juan a quien llamaron la atención las preguntas del marqués.

—Tuve en palacio algunos amigos que solían ir a Toledo y me hablaban de todo.

—¿Viven?

—No.

—Yo debí conocerlos; ¿cómo se llamaban?

—Uno, el comendador Maldonado.

—Efectivamente, iba con frecuencia a Toledo para ver a su hermano el barón.

—Que habita un solitario castillo.

—¿Y a quién más conocisteis?

—Al marqués de Poza.

—¡Nobis mancebo!—exclamó don Juan.

—De esclarecida cuna.

—Valiente sin rival.

—Así, así—contestó el de Poza a su vez.

—¿Conocisteis acaso alguno más valiente?

—¿Y vos algún caballero que tuviese miedo de ponerse delante?

—Sí, y por eso lo asesinaron.

—Venganzas de mujeres.

—Vos no fuisteis, como decía, amigo del marqués.

—Ni amigo ni enemigo.

—¿Desdichado mancebo!

—Dicen—repuso el marqués—, que tenía ciertos amores...

—Ignorados de todo el mundo hasta después de la muerte del príncipe.

—¿Con una doncella de doña Isabel de la Paz?

—Sí.

—¿Y qué ha sido de la dama?

—A las pocas horas de expirar don Carlos, desapareció, sin que nadie sepa su paradero.

—Dicen que se retiró a un convento.

—Sospechas, y nada más.

—Tuvo fama de hermosa.

—La estatua de mármol y oro, como la llamaban, era la dama de más interesante belleza de la corte.

—Y su virtud...

—Como ninguna.

—Hablaron—prosiguió el marqués con cierta emoción—de un peje de esa dama...

—Noble criatura; niño más atrevido que todos los hombres; ingenioso y travieso como ninguno. Expuso cien veces su vida por salvar al príncipe y por vengar la muerte del marqués de Poza; dió mucho que hacer al rey, logró aturdir a todos los cortesanos, y se burló de la princesa de Eboli.

—¿Qué ha sido de él?

—En Flandes está, y allí toma, con crecida usura, venganza del rey.

—Caro habrá de costarle.

—¿Por qué?

—Porque don Juan de Austria, a quien según dicen han nombrado gobernador de Flandes, no dejará sin castigo al paje.

—Don Juan de Austria tuvo la debilidad de querer al travieso niño, y tal vez no se encuentre con fuerzas para castigarlo.

—Dios lo quiera así.

—¿Os interesais por su suerte?

—Lo habéis pintado de un modo...

—Tal como es.

—A tanta altura lo habéis elevado, en cuanto a ingenio y corazón que ya tengo curiosidad de conocerlo.

—Será difícil.

—¿Porqué está con los repeides y suponéis que yo no he de ir a sus filias?

—Aun cuando fuérais.

—No os comprendo.

—Sabed, señor Alonso, que el tal paje es hombre tan extraordinario, que no se parece a ninguno. Todo lo más que conseguiríais sería ver su capa.

—¡Su capa!—repitió admirado el marqués.

—Vos ignorais que la capa del diablo se ha hecho famosísima.

—Cada vez excitais más mi curiosidad.

—Es una historia interesante.

—Os ruego que me la contéis, porque me gustis todo lo extraordinario.

—Nadie—repuso el caballero—, conoce al paje, o por mejor dicho, al diablo, porque así lo llaman, sino por el nombre. En vano se ha recurrido a todos los medios que os podéis imaginar para conseguir verle el rostro. Todo ha sido inútil. Se han

introducido entre los rebeldes, fingiéndose protestantes, algunos flamencos católicos: han preguntado por ese demonio, le han buscado por todas partes, de día, de noche, y nunca han conseguido ver sino su capa todo lo más.

—Es extraño—dijo el marqués, a quien interesaba sobremanera la relación de don Juan.

—Pues más os admiraréis cuando sepáis que los mismos rebeldes aseguran que jamás han podido ver sino la famosa capa, y eso muy raras veces. Sabeo que está entre ellos, reciben y obedecen sus órdenes, pero nunca se les presenta frente a frente.

—¿Pero cómo los dirige entonces?

—Aconsejando al príncipe de Orange y a algún otro jefe, que son los únicos que deben conocerlo.

—Parece una fábula cuanto referís.

—Pero ya comprenderéis que es cosa muy posible. El paje pelea entre los herejes, sin duda todos lo conocen, pero ninguno sabe decir que es aquel; y esto puede fácilmente suceder, si los jefes que están en el secreto, saben guardarlo.

—Ciertamente.

—Corren mil versiones extrañas sobre ese fantasma destructor; algunos pretenden estar informados de sus señas personales por otro que asegura haberlo visto, y dicen que es un gigante a quienes cuyas fuerzas nada resiste, que tiene una boca descomunal y que sus ojos son de fuego y abrasan cuanto miran.

—Y lo creerán de buena fe—contestó el de Foxa que se gozaba en la celebridad del paje.

—Aun dicen más.

—Hablad, amigo mío, que es muy interesante esa historia.

—Aseguran muchos que en las noches tormentosas lo han visto cruzar el espacio sobre una ráfaga de fuego vivísimo como el de una centella, flotando a merced del viento su blanquísima capa.

—¿Pero qué diablos de papel hace esa capa que tanto nombraís?

—El paje, no se sabe si siempre o en ciertas ocasiones, lleva una capa blanca, de bastante vuelo y más larga de lo que prescribe la moda. En los encuentros entre católicos y herejes, donde estos,

ya por ser inferiores en número, ya por otra causa, empezaban a retroceder, se presentaba el paje a caballo, con su capa blanca, bajo cuyo embozo ocultaba la cara, y con su presencia infundía tales ánimos a los flamencos, que cuando estaban a punto de ser derrotados, se rehacían y alcanzaban la victoria. Añaden que la famosa capa, como cosa del infierno, hace cegar a cuantos católicos la miran, y que por eso sucumben a la sola presencia del paje. Es lo cierto que todo lo maravilloso ejerce grande influencia en el ánimo del vulgo; así es que el príncipe de Orange, cuando ve flojear a sus soldados, hace correr la voz de que el diablo con su capa ha entrado en las contrarias filas, y esto basta para que sean vencedores los que debían ser vencidos. Si se piensa dar un golpe atrevido, se dice que ha sido aconsejado por el paje, y nadie vacila, todos se lanzan llenos de una fe que obra prodigios.

—¡Cuántas veces se habrá abusado de su nombre!

—Es verdad, pero el caso es que han obtenido buenos resultados: y como las victorias alcanzadas contra todas las probabilidades se atribuyen a la influencia de la capa, ésta se ha hecho célebre. Así es que, cuando los soldados católicos ven una capa blanca, o siquiera la oyen nombrar, hacen la cruz y tiemblan.

—¿Y cómo se sabe que es el mismo a quien llamaron el "Diablo de Palacio"?

—Porque es la única revelación que ha hecho el príncipe de Orange, sin duda para cimentar en algo el prestigio que debía dar el nombre del héroe. Cuando ofreció su ayuda a los rebeldes, corrieron de boca en boca sus travesturas del tiempo del príncipe; pero desfiguradas, haciéndolas maravillosas hasta el extremo, y a fuerza de repetirlas se llegó a creer que era verdaderamente el diablo, y se aseguraba que estaba encargado de vengar al príncipe. Además el paje, con su ingenio y su travestura sin igual, ha hecho de modo que se sepa que es el mismo que tanto dió que hacer en el alcázar, porque sabía que de este modo atormentaría más el ánimo del rey.

—¿Sabéis que para el orgullo del rey debe haber sido lo más doloroso no poder castigar al paje?

—Tiene momentos desesperados. A mí, por el contrario, me divierte la travesura del marqués, y a pesar de que favorece a los enemigos de nuestra religión, no puedo dejar de admirarlo.

—Vos debéis saber la verdad de cuanto ese niño hizo en el alcázar en tiempo del príncipe.

—Ya os he dicho que era yo entonces de la servidumbre de su majestad.

—¿Queréis referirme sus aventuras?

—Con mucho gusto—respondió don Juan.

Y en seguida comenzó la historia de los sucesos de aquella época.

Los sirvientes, entre tanto, seguían a sus señores, y también hablaban como si fuesen antiguos amigos. Más de una vez había sacado uno de ellos una bota de legítimo Valdepeñas, que en su estrecha boca, de la de todos tres había recibido un ósculo de algunos segundos, disminuyendo considerablemente el espirituoso líquido.

Ya era muy cerca de la madrugada cuando don Juan terminó su relación.

Hubo algunos momentos de silencio, durante los cuales el marqués pensó que no había sido muy prudente el acompañar aquel hombre que tan enterado parecía en los asuntos e intrigas de la corte y que podía conocerlo y aunque por otra parte se tranquilizaba reflexionando que no era natural que pudiese hacerle daño alguno el mismo a quien había salvado la vida, sin embargo, para quedar más satisfecho, le preguntó:

—¿Vos conocíais al marqués de Poza?

—No—contestó don Juan, a quien esta pregunta le llamó la atención porque era fuera de propósito—. Cuando fui a la corte hacía una semana que lo habían asesinado.

Volvieron a quedar silenciosos porque se sentían fatigados.

Continuaron su camino, y al poco rato, antes que se dejasen ver los primeros crepúsculos de la mañana, encontraron un mesón de aspecto miserable; pero que a sus ojos, sin cerrarse al sueño aquella noche, parecía la morada más deliciosa.

—¿Queréis—dijo el marqués don Juan—que descansemos en esta venta?

—Iba a proponeros lo mismo—contestó el de Poza.

Ambos tenían razones para ocultarse el uno del otro, y veían con cierto temor acercarse la mañana.

—Este hombre—pensaba el marqués—, debe conocerme, porque su voz no es la vez primera que llega a mis oídos. Le he salvado la vida, es cierto, pero quién sabe... Entrremos en la venta, nos acostaremos cada cual en habitación distinta, y cuando se duerma, que será pronto porque debe estar fatigado, saldré. Dirá que Alonso de Burgos no tiene de cortés lo que de valiente; pero más vale esto que exponerme a una desgracia.

Don Juan, entre tanto, razonaba para sí del mismo modo y decía:

—No es la primera vez que oigo la voz de este hombre: debo conocerlo y él a mí. No tiene trazas de un espía, sino de hidalgo noble y generoso; pero como me parece que escucha con placer hablar de los herejes... Quién sabe, lo más prudente es no darse a conocer. Entraremos en la venta, y mientras duerme seguiré mi camino.

Acercáronse a la puerta del mesón, y la yegua del marqués, amaestrada para tales casos, dió tres o cuatro patadas en la negra puerta.

Algunos segundos después se abrió una ventana, y la voz agra y soñolienta de un hombre, preguntó:

—¿Quién es?

—Gente honrada, buen hombre, contestó el marqués.

—Abrid, y dadnos posada por algunas horas.

—El diablo cargue con vosotros y con vuestra honradez—dijo el mesonero—. ¿Queréis echarme la puerta abajo? No hay posada.

—Abrid os digo, que no os amargarán algunos escudos si os portáis bien; pero de lo contrario derribaremos la puerta y os echaremos por esa misma ventana.

La elección no era dudosa, y el ventero, provisto de un candil mugriento y seguido de un mozo blanco y lanudo, abrió la puerta.

Tanto don Juan como el marqués recataron el rostro con el embozo de sus anchas capas de viaje, y el uno tras el otro entraron en la venta.

—Un cuarto y una cama—dijo el marqués.

—Y otro a mí—añadió con Juan.

El mesonero indicó a los criados la puerta de la cuadra, y luego subió una estrecha escalera.

Nuestros caminantes le siguieron.

Al terminar la escalera había un estrecho pasillo con varias puertas en ambos lados.

—Esperen vuestras señorías—dijo el ventero, que al ver tres criados y buenas cabalgaduras, tomó por gente rica a los viajeros.

Y se alejó, volviendo a poco con dos candiles en vez de uno.

—Uno aquí y otro ahí—dijo señalando a dos puertas que estaban una frente a otra.

Luego entró un candil en cada aposento, preguntó si querían alguna otra cosa y se retiró.

Saludáronse, sin bajar el embozo de sus capas, el marqués y don Juan; volviéronse la espalda, marcharon de frente y cada cual se encerró en su aposento y colgó el candil en la pared.

—¿Por qué se ocultará el rostro? — dijo don Juan—. si ya me ha dicho su nombre y apellido? Esto me da que sospechar y no debo disculparme.

El de Poza, meditabundo también, se preguntaba:

—¿Por qué ese cuidado en no decir su nombre y en tapar el semblante? Aquí hay misterio: debo alejarme antes que despierte.

Ambos caballeros parecían dos autómatas movidos por un solo resorte, pues se sentaron a la vez en la cama sucia y miserable que tenía cada cual en su respectivo aposento, quedando sumidos en profundas meditaciones.

Sueños halagadores de ambición y de gloria se apoderaron bien pronto de la imaginación de don Juan y recuerdos tristes de amor atormentaron el espíritu del marqués.

Media hora transcurrió, y el canto del gallo saludó los primeros reflejos de la aurora.

Poco a poco la claridad bañó los campos, y los

más elevadas montañas del Oriente se coronaron con la dorada aureola de los rayos del sol.

—¿Se habrá dormido?—murmuró el marqués.

Y estas palabras salieron al mismo tiempo de los labios de don Juan.

Aun dejaron transcurrir algunos minutos, y luego, convencidos cada cual de que dormía profundamente su compañero de viaje, decidieron salir antes que avanzase la mañana.

Las dos puertas se abrieron a la vez de par en par, y en sus umbrales aparecieron el marqués y don Juan, recibiendo en el rostro cada uno la luz que salía del aposento del otro.

Imposible nos sería describir la expresión de sorpresa que se pintó en el semblante del marqués, y el espanto que revelaron los ojos de don Juan.

Ambos dieron un paso atrás.

El de Poza astó la empuñadura de su daga a la vez que decía:

—¡Don Juan de Austria!

Don Juan, que era efectivamente el de Austria, hijo natural de Carlos V. y hermano de Felipe II, se pasó repetidamente las manos por los ojos como si creyese que una fantástica visión aturcaba su vista; pero convencido de que no era así, extendió los brazos hacia delante, inclinó atrás el cuerpo, y con voz ahogada por el espanto y la sorpresa, exclamó:

—¡El marqués de Poza!... ¡Oh!... ¡Imposible!... ¿Quién sois?... ¡Dios mío!

Reinó profundo silencio.

Contempláronse aquellos dos hombres sin saber qué decir, sin saber qué hacer. En otro tiempo los había unido una estrecha y sincera amistad; pero esto no tranquilizó del todo al marqués en aquellas circunstancias, ni disminuyó la sorpresa de don Juan, que aun no podía convencerse de que aquel hombre fuese el mismo a quien se había dado muerte.

No era el de Austria supersticioso, pero en aquellos instantes sintió cierto especie de terror que nunca había conocido.

Al fin el de Poza rompió el silencio.

—Yo soy el mismo marqués de Poza—dijo—: no he muerto.

—Vos... el marqués... el marqués a quien todo el mundo vió muerto...

—Pero a quien nadie vió enterrar. ¿Queréis convenceros? Os enseñaré la cicatriz de la alerosa herida.

Don Juan examinó atentamente todas las facciones del mancebo.

—¿Y por qué—dijo—si sois el de Poza, empuñais la daga como si tuviérais delante a vuestro mayor enemigo?

—¿Aun sois mi amigo!—exclamó el marqués.

—Y si vos no sois un fantasma — repuso don Juan — venid.

Y abrió los brazos.

El mancebo se precipitó en ellos, y ambos corazones palpitaron a impulso de la amistosa ternura.

—¿Qué ha sido de vos? ¿Puedo creer que estáis vivo?

—Sí, creedlo, amigo mío—contestó el marqués—, y pronto se disiparán vuestras dudas con el relato de mi triste historia desde mi supuesta muerte.

—¿Pero cómo os habéis ocultado tantos años? ¿Por qué no acudisteis en ayuda del Diablo de Palacio para salvar al príncipe? ¿Cómo habéis abandonado a doña Blanca?

—Tened paciencia, don Juan, que no puedo contaros tan pronto como lo deseais; es preciso que escuchéis mi historia si habéis de quedar satisfecho.

—Entremos en uno de estos cuartos y hablemos, que no es prudente hacerlo aquí.

—Como gustéis.

—Y si os os parece mal, pediremos algo de comer, y mientras reponemos nuestras fuerzas referiréis vuestra historia.

Entraron en la habitación de don Juan, sentáronse juntos a una mesa de dudoso color y pidieron de almorzar.

Sirvióles el ventero un cabrito en salsa de ajo, y un pan más duro que los huesos del cabrito, amén de un jarro lleno de un líquido turbio a que daba el nombre de vino el dueño de la posada.

—Vinagre le llamaréis—le dijo don Juan con sólo oírlo—; mejor será que uno de mis criados traiga su bota; ordenádselo así de mi parte.

—Como plazca a vuestra señoría—contestó el ventero a la vez que limpiaba sus anchas narices con el dorso de la mano derecha—; pero sepa vuestra señoría que mi vino es envidiado en estos contornos.

Salió el ventero y a poco entró uno de los criados con el vino; pero al fijar la mirada en el marqués, abrió desmesuradamente los ojos, dió un paso atrás, y la bota se escapó de sus manos, esparciéndose su contenido por el suelo.

—¡Jesús, María y José!—exclamó a la vez que se santiguaba.

—¿Que haces!—le gritó don Juan.

—¡Buen Cristóbal, mi antiguo escudero!—dijo el marqués—. Tranquilízate, no soy la sombra del que fué tu amo, soy el mismo en cuerpo y en alma.

Y tendió al sirviente su mano.

—¿Será verdad, Dios mío? — repuso Cristóbal asiendo la mano del marqués y besándola con profundo respeto y cariño.

Dos lágrimas asomaron a sus ojos.

—Siempre fuiste bueno y leal.

—¡Señor, qué felicidad!... ¿Con que no habéis muerto?

—Ahora soy el señor Alonso de Burgos; el marqués de Poza murió asesinado.

—¡Si os llegasen a conocer los esbirros del Santo Oficio!... Dicen a boca llena que sois un hereje, y que se os debía haber quemado en estatua.

—¿No están contentos con haber sacrificado a mi noble padre y a mi hermano?... Cristóbal, tú eres discreto, y me alegro que comprendas hasta qué punto importa guardar este secreto. Vete, y que nadie nos interrumpa.

—El tabernáculo dejado sin vino — añadió don Juan —, te lo perdono en gracia del buen afecto y lealtad que demuestras a tu antiguo amo.

Cristóbal recogió la bota, ya vacía, y salió, cerrando tras sí la puerta.

Durante el almuerzo aclaró a don Juan el marqués el misterio de su resurrección, y luego pidió noticias sobre todos los asuntos de la corte.

Satisfecha ya la curiosidad de ambos, y cansados de hablar, acostáronse y durmieron dos o tres ho-

ras, al cabo de las cuales emprendieron nuevamente su marcha.

Y como nada notable ha de acontecerles por ahora, los dejaremos seguir su camino, para ocuparnos de uno de los personajes más interesantes de nuestra historia, a quien no hemos presentado todavía, aunque ya es conocido de nuestros lectores.

CAPÍTULO IX

Lo que puede suceder por olvidarse de cerrar una puerta

La mañana siguiente a la en que tuvo lugar la escena que acabamos de referir, y cuando se dejaron ver los primeros rayos del sol, en una espaciosa celda del convento de religiosas, conocido por el nombre de las Huelgas de Burgos, y situado muy cerca de esta antiquísima ciudad, hallábase una mujer vestida, no con el hábito de las hermanas de aquella santa mansión, sino con un magnífico traje de seda negro con adornos del mismo color y cuello de hilo de Hungría rizado primorosamente.

No aparentaba aquella mujer arriba de treinta y dos años, aunque algunos más tenía, y conservaba todos los atractivos de su belleza, todo el fuego de sus negros ojos, la sonrisa leve y graciosa de su antigua seducción, y el aire majestuoso, altivo y arrogante de quien se ha medido en noble cuna, ha tenido una distinguida posición social y ha dominado sin contradicción...

Esta mujer, tan bien conservada, tan llena de vigor y tan hermosa a pesar de sus años, era doña Ana de Mendoza y de la Cueva, princesa de Eboli, viuda de Ruy Gómez de Silva, el cortesano de sin igual favor, el instrumento sin resistencia de los caprichos, de las intrigas y de los crímenes de su mujer.

En los momentos en que la presentamos a nuestros lectores cerraba un cofrecito de cedro que había sobre una mesa, y después que hubo guardado la llave, dijo con su acento armonioso y expresivo:

—Todo está preparado y dentro de media hora me dejaré de esta sombría morada. ¡Triunfé al fin!—exclamó a la vez que sonreía—. ¡Cuánto vale la constancia!... Ahora entrará en la corte como el vencedor en el campo de su victoria: todas las cabezas se inclinarán a mi paso, no tendré enemigos que me persegan, porque el príncipe y el marqués murieron. Blanca desapareció y el diablo está en el infierno de Flandes... el diablo... ¡Oh!...

Este recuerdo anubló su frente.

—Sólo el maldito paje tendría miedo—presiguió—. Me venció cuando era un niño, se burló de mí el rapaz miserable... ¡oh!... ahora es ya un hombre valiente, experimentado...

Doña Ana se sentó en un sillón y meditó.

—Pero no—repuso al cabo de algunos instantes—, no puede volver a España y mucho menos a la corte, y si volviese la Inquisición se encargaría de él: es un hereje y un reo de alta traición, y merece ser atormentado, ahorcado, quemado a fuego lento... No hay que temer a semejante enemigo.

Volvió a quedar silenciosa y pensativa, y luego, al darse una palmada en la frente, exclamó:

—¡La veré! Ahora ya no tengo que guardar ningunas consideraciones: no es ya un espía cada monja, y aunque la abadesa se enoje, nada debe importarme. Esa mujer que por espacio de seis ha tenido bastante habilidad para ocultarse de mí: esa mujer cuyo nombre solamente lo sabe la superiora, no puede ser una mujer cualquiera, sino una dama de elevada posición, que haya vivido siempre en la corte, que me conozca y que tenga poderosos motivos para guardarse de mí. La veré antes de irme. No volveré a suplicar a la abadesa, porque nada adelantará; es una vieja fanática y quiere a la desconocida como si fuera hija suya. Ya han salido del coro: voy a despedirme.

Doña Ana salió y después de atravesar una galería, se detuvo delante de una puerta que se abrió al mismo tiempo para dar paso a una monja.

—¿Puede verla a la superiora?—la preguntó la princesa.

—Sí, hermana—le contestó la religiosa—. Ahora precisamente acaba de mandarme que fuese a pre-

guntaros a qué hora pensabais partir. Entrad, pues. La de Eboli entró en la celda y se encontró frente a una anciana de rostro venerable, que hablaba con otra monja.

—No hay ningún inconveniente—decía—. Dádsele al instante.

Y le entregó un papel que por lo sucio y arrugado debía haber estado bastante tiempo en el bolsillo.

La religiosa hizo una profunda reverencia y salió del aposento.

Sigámosla.

Después de haber andado algunos corredores llegó a la puerta de una celda y llamó dando un golpe.

—¿Quién es?—preguntó desde adentro una voz dulcísima y que hubiera hecho estremecer al marqués de Poza.

—Acaban de traer una carta—dijo la monja.

A estas palabras se abrió inmediatamente la puerta.

La monja entró.

Otra había en la celda; pero con el rostro cubierto por un espeso velo.

—Gracias, hermana—dijo.

Y sus manos blanquísimas como el nácar, de fino cutis y sonrosadas uñas, tambilaron al recibir el papel.

La portadora de la carta salió; pero distraída sin duda por la curiosidad, olvidóse de cerrar la puerta.

No pensó en esto la tapada de las blancas manos, y acercándose precipitadamente a una ventana que daba a la huerta del convento, echó a la espalda el ancho velo con que se tapaba el rostro y abrió la carta.

Entonces pudieron verse sus grandes ojos negros, de mirada triste y melancólica, y rodeados de doradas pestañas; su ancha frente, noble y altiva, en la que parecía que el dolor había dejado su oscura sombra; sus cabellos rubios, sedosos y brillantes, y en fin, su boca hechicera, de rojos labios y blanquísimos dientes.

Estaba aquella mujer en su mejor edad, porque apenas tendría veintidós o veintitrés años; no tenía comparación su belleza; pero, sin embargo, fácil-

mente se adivinaba en la expresión de su semblante que había sufrido mucho, que por sus mejillas pálidas en extremo habían corrido muchas lágrimas.

Y efectivamente, mucho había sufrido, porque no era otra sino la encantadora Blanca, y sus ojos no se habían secado desde que recibió en su puro seno el último suspiro del marqués de Foza.

Retirada al convento de las Huelgas desde la muerte del príncipe don Carlos, había hecho la vida de una monja, pero sin profesar. Recomendada por la reina Isabel a la virtuosa abadesa, ésta era la única que sabía el nombre y la historia de la doncella, siendo ambas cosas un misterio para todas las religiosas.

Blanca se presentaba siempre con el rostro cubierto, y muchas veces había pasado junto a doña Ana de Mendoza, sin que ésta sospechase que tenía cerca a la que fué causa de que se desquiesesen sus crímenes.

Mucha había sido la curiosidad de la princesa por saber quién era aquella mujer que se ocultaba de todo el mundo tan cuidadosamente; pero no había podido conseguirlo. Blanca, con especial permiso de la superiora, cerraba por dentro la puerta de su celda para dormir, y no comía en el refectorio; así fué que no pudieron sorprenderla para verla el semblante.

La carta que acababa de recibir era del antiguo paje. No tenía fecha ni firma, y decía lo siguiente:

"Estoy bueno: los demás asuntos van cada día peor. Oreo que ya es bastante, y pienso abandonar pronto esta tierra desdichada. Sin que os lo refiera, sabréis el último y ruidoso acontecimiento."

— ¡Oh! — exclamó Blanca interrumpiendo la lectura. — Se refiere sin duda a la inundación... ¡Dios mío, cuánta sangre!

Luego prosiguió:

"No tardaré mucho tiempo en abrazaros, porque ya no quiero ver más horrores. Vuelvo a rogaros que no profeséis: sois muy joven, y no sabéis si con el tiempo podréis arrepentiros; es mi última súplica. Me sobra el oro y nada necesito.

"Os amo siempre, como a una hermana, como

a una madre, y el día en que vuelva a daros un abrazo, será el más feliz de mi vida.

"Cuando lleguéis a verme no me conoceréis.

"¿Os acordáis mucho de mí? Yo no pienso más que en vos."

— ¡Vive!... ¡Gracias, Dios mío! — exclamó Blanca.

De sus ojos brotaron dos lágrimas, y como si la emoción le hubiese quitado las fuerzas, se dejó caer en un sillón, quedando con el rostro frente a la ventana y de espaldas a la puerta.

— Vendrá—prosiguió—, y lo verá, y lo abrazará... ¡Niño infeliz!... Y teme que si profesa me arrepienta algún día... Sin duda no conoce la llaga que hay en mi corazón; él no sabe lo que es amar y perder la esperanza, pero perdíela cuando la muerte se interpone en el camino de una pasión, cuando la muerte es la que arranca las ilusiones.

Largo rato permaneció la doncella inmóvil y silenciosa. Por el movimiento del blanco sayal que cubría su pecho doliente adivinábase que su corazón palpitaba con violencia. Pocas y sencillas eran las palabras que el niño ponía en su carta; pero habían conmovido a la joven, porque su ardiente imaginación se había plañido en un segundo cuantos peligros había tenido que arrostrar Luis. Además, iba a verlo, y esta idea excitaba su ternura hasta el punto de hacerle llorar.

Las cartas de los personajes queridos se leen muchas veces; así fué que Blanca volvió nuevamente a leer la del niño.

Aun no había fijado su mirada afanosa en las primeras letras, cuando apareció en la puerta doña Ana, se detuvo, contempló a la joven y su rostro se dilató con una sonrisa de infernal alegría.

¡Pobre Blanca!

Lentamente y sin hacer el menor ruido, dió la primera un paso y otro después.

Blanca de nada se apercebía porque estaba muy embobada en su lectura.

La princesa fué acercándose con el silencio de una sombra. Sus manos oprimieron su pecho como si quisiera contener los violentos latidos de su corazón, temerosa de que se oyesen. En su semblante,

pálido por la emoción, vagaba una sonrisa de triunfo; pero una sonrisa como la que debe animar el rostro de Satanás cuando se apodera de un alma, una sonrisa que causaba espanto. Sus negros ojos brillaban como dos lucas, y sus labios entrecarrieros temblaban convulsivamente. En aquellos hubiera podido decirse que la belleza de doña Ana era una belleza horrible.

Llegó al fin al respaldo del sillón donde estaba Blanca, adelantó la cabeza por encima del hombro derecho de la joven, y comenzó también a leer la carta.

¡Qué ajena estaba la infeliz Blanca de que tenía tan cerca a su más cruel enemiga, al asesino de su noble amante!

Ambas concluyeron a la vez la lectura de la carta, y esto bastó para revelar a la princesa el nombre de la mujer que por espacio de seis años se había ocultado el rostro. Sin embargo, para quedar más convencida, fijó su mirada en los rubios cabellos y en el blanco y finísimo cutis de la parte de rostro que podía verle sin ser vista.

—Nadie tiene, sino ella, esos cabellos de oro—dijo para sí—. No sabrá que la he visto. ¡Oh, fortuna, y cómo vuelves al lado de tus amigos! Aun puedes favorecerme, porque soy hermosa.

Trató la princesa de volver a salir sin que la joven la viese, y así lo hubiera conseguido si la casualidad no venciese a la fortuna que tan propicia se le había mostrado.

No había notado la dama que al inclinarse para leer había pisado con el pie derecho el extremo de la falda de su vestido, y así fué que al ponerse derecha a la vez que levantaba el pie izquierdo para echarlo atrás y volverse, la repentina tirantez de la falda le hizo perder el equilibrio, y como en tales casos sucede, sin voluntad hizo el instinto que extendiese los brazos para buscar un punto de apoyo, y éste lo fué la espalda de la doncella.

Esa dejó escapar un grito, y volvió atrás la cabeza.

Imposible nos sería describir el espanto que se pintó en su semblante. Sus ojos, extremadamente abiertos, quedaron inmóviles y su vista fija en la

princesa, que aparentemente tranquila, alta la frente y desdeñoso el gesto, parecía gozarse en el tormento que con su presencia causaba a la joven.

Largo rato permanecieron silenciosas como si buscasen palabras bastante expresivas para manifestar sus odios.

Al fin la princesa rompió el silencio, y con insultante ironía dijo:

—Cuánto me alegro de encontraros después de tan larga ausencia.

Blanca no acertó a contestar.

—Vengo a despedirme de vos—prosiguió doña Ana.—Vueiro a la corte donde me llama el rey.

La doncella sintió encendida su sangre que parecía querer brocar de sus blancas mejillas y de su tersa frente. Su alma sintió la energía que en tantas ocasiones había demostrado, y todo el odio, toda su sed de antigua venganza despertaron repentinamente al oír las palabras de la princesa.

—¡Salid!—exclamó con acento tan imperioso y haciendo un gesto de orgullo tal, que doña Ana retrocedió un paso.—¡Salid os digo, que me manchais con vuestro aliento, con vuestra mirada!

—¿Sabéis quién soy?—contestó la princesa, cuya frente se contrajo.

—¿Quién sois!... ¡Oh!... sois una mujer despreciable, miserable, que asesina con el puñal y con el veneno; sois la más infame criminal de todos los criminales y ni aun la compasión mereceriais si os arrepintierais.

—Soy la hija de los condes de Melito, la princesa de Eoñ, la primera dama de Castilla, más que todas, tanto como la reina... más que la reina. ¿Lo habéis olvidado en vuestro encierro?

—En mi encierro—contestó Blanca, cuyos labios se habían secado—, en mi encierro no se ha cicatrizado ni una sola de las llagas que abristeis en mi corazón. ¡Vos la primera dama de Castilla!... ¡Pues bien, yo desprecio vuestro nombre, vuestros títulos, vuestra nobleza, y tanto os desprecio, que ni aun me dignaría escupiros al rostro!

La doncella pronunció estas palabras con acento de profundo desdén, y volvió despreciativamente la espalda a la princesa.

Esta sintió rebelarse en su espíritu todo su orgullo; rechinó sus blancos dientes; de sus ojos se escaparon dos centellas, y exclamó:

—¡Callad, que puedo antiquilaros!

La joven, sin mirar a doña Ana, repuso con acento que procuró hacer tranquilo:

—Salid os digo, o haré para que os echen.

—¿Quién se atrevería?...

—La que en esta casa es más que el rey.

—¡Salir!... ¡Oh!... no será sin que antes me hayais pedido perdón de rodillas.

—En este recinto no se arrodilla nadie sino ante Dios.

—¡Y los pequeños ante los grandes!

—Aquí no hay más grandezas ni más jerarquías que la virtud: pensad el lugar que ocuparéis.

—¿Queréis vengaros ultrajando mi dignidad?—repuso arrebatadamente la princesa.

—Mi venganza os honrará—le contestó Blanca.

—Queréis hacer aparecer vuestra impotencia como desprecio—dijo doña Ana que se exaltaba más cuanto más reposado era el acento de la joven. Los papeles debían trocarse.

—Quiero que salgais, y tan presto que si permanecéis aquí un instante, llamaré.

—Arrogante estáis, por Dios, y no lo extraño, cuando esperais al diablo que fué vuestro paja.

Blanca palideció, perdiendo instantáneamente su serenidad, y poniéndose en pie.

—¿Qué decís?—preguntó con acento turbado.

—Repito lo que en esa carta os escribe el que ha sabido hacer tan célebre su capa como en otro tiempo su nombre.

Y la princesa sonrió con ironía y recobró la calma repentinamente.

—¡La carta!—repitió la doncella, estrujando el papel entre sus dedos.

—Sí, la carta, esa misma carta que arrugais y en la cual os anuncia que pronto os dará un abrazo, y os ruega que no profeséis.

—¡La habéis leído!—exclamó la joven con acento de desesperación.

—No es ningún secreto—bromeó la princesa des-

plegando una irónica sonrisa—. Cuando venga lo ha de ver todo el mundo...

—¡Sois una miserable!

—¿Ya no me mandáis salir con la autoridad de vuestra virtud?

—¿Por qué me perseguís para atormentarme?

—¿Ya os dignais mirarme frente a frente y hacerme preguntas?

—¡Sois un monstruo!

—No me dicen eso los galanes de la corte—repuso la princesa, siempre sonriendo irónicamente.

Parecióle a Blanca que iba a perder la razón; tal era el trastorno que sentía en su espíritu. Su cabeza ardía; sus sienes latían con desigual violencia, y sus miembros se agitaban como si fuese presa de una convulsión.

—Asesinásteis al hombre a quien yo amaba con delirio; fuisteis causa de la muerte de doña Isabel de Valois que era para mí una hermana; por vos me veo separada de Luis en quien había puesto mis afecciones todas, porque ya no me quedaba a quien amar; lo habéis hecho desgraciado, y en fin... ¡oh!... no sé lo que os digo... pero todo os lo perdono, todo con tal que no me atormentéis con vuestra presencia, que no ultrajéis con vuestras palabras a vuestra inocente víctima. ¿No estáis satisfecha? ¿Qué más queréis de mí? ¡Dejadme, os lo ruego, os lo suplico; os lo pediré de rodillas, si así habéis de concedérmelo; figuraos que Luis y yo hemos muerto!

—No os arrojadéis, que en esta santa casa sois más que yo por vuestra virtud. ¿Con que me perdonáis?... No he conseguido poco... pero guardad vuestro perdón para cuando yo os lo pida.

—¡No tenéis corazón!

—Eso mismo me dijo hace seis años don Ramón de Tassis, correo mayor de su majestad, y yo le conteste que lo que me faltaba de corazón me sobraba de cabeza.

—De iniquidad.

—Lo mismo tiene—contestó doña Ana, haciendo un gesto de indiferencia.

Blanca se pasó las manos por la frente y se oprimió el pecho.

—¡Idos, señora!—exclamó.

—¡Ya me llamais señora!... Voy adelantando mucho—repuso la princesa con tono de burla—. Pero como os decía, no me perdonéis porque yo no os he perdonado ni os perdonaré. Vos y vuestro paje os burlasteis de mí en cien ocasiones; me pusisteis en ridículo con el rey en los jardines del Escorial, en mi aposento con el cambio de los brazaletes y con el cambio de personas cuando hicisteis que el rey encontrase en mi lugar a su esposa y me ultrajase, y en fin me vendisteis en cuantas luchas sostuvimos, probando que sabéis intrigar mejor que yo. Ya comprenderéis que todo esto no puedo perdonarlo. Me disteis algunas lecciones y estoy en deuda con vosotros; quiero pagaroslas y os las pagaré. Al fin el rey me ha concedido la gracia de permitirme volver a la corte. ¿Pensais que la clemencia no más le haya impulsado a perdonarme? Su corazón es mio, y por consiguiente, su voluntad también. Pero tenemos ahora un segundo rey, que es el ministro Antonio Pérez, y de antiguo sé que su voluntad puede también ser mía porque me tiene ofrecido su corazón. ¿Qué os parece, podré pagaros lo que os debo? Ya véis mi franqueza, os doy a conocer todos mis planes, no tengo secretos para vos.

Bianca trujo la cabeza.

Recobró su serenidad, y el orgullo volvió a renacer en su alma.

—¿Qué queréis?—dijo con el acento de una reina que pregunta a un vasallo impertuno.

—Vengarme.

—¿De quién y por qué?

—De vos y de vuestro paje por vuestras palabras, por las humillaciones que me habéis hecho sufrir, por los ultrajes que he recibido. Sois mujer y sabéis lo que es el amor propio herido.

—Bien, vengaos si podéis.

—¿Me retais?

—No, pero quiero que sepais que más que miedo me dáis lástima.

—¡Lástima os inspire!... ¡Oh!... No será así cuando hayais sentido el peso de mi venganza. El diablo no está ya en palacio, y la reina Isabel mu-

rió. Veremos si os defienden, a vos las paredes de este convento, y a vuestro paje su famosa capa.

—Acabáis de cometer una acción villana, como todas las vuestras, sorprendiendo un secreto. Siempre la traición ha sido vuestra arma favorita: seguid usándola, que yo me defenderé.

—Bien, doña Blanca, yo haré que no os olvidéis de mí en este reino, en la corte o donde quiera que os encontréis.

—Si todo lo que tenéis que decirme se reduce a vuestras amenazas, de más está que habléis. Salid, pues.

Y la joven, con altanero ademán, señaló hacia la puerta.

—¿Me echáis?

—Sí.

—¡Oh!—exclamó la princesa—. ¡Temblad!

—Basta de amenazas, señora, ya os lo he dicho.

Doña Ana apretó los puños y sus ojos brillaron.

—Me voy—dijo—, pero muy pronto volveréis a verme.

—Tendré ese tormento más.

—Habéis añadido ultrajes a los ultrajes.

—Decís que no estais satisfecha con el mal que me habéis hecho, que no estais contenta hasta que me antiquifus...

—Y vos aceptáis la guerra con loca arrogancia.

—Doña Ana, habéis renovado mis heridas, y en este instante me siento con tantas fuerzas para luchar como la noche en que la muerte del marqués me dio el valor y el coraje del que está desesperado. No sabéis lo que habéis hecho: esta soledad, este tranquilo reino me habían dado la resignación y una calma triste y dolorosa; pero de la que nació la virtud de la generosidad y perdoné a mis enemigos; ahora vos habéis despertado en mi alma el odio ya dormido, el deseo de venganza, y vuestra indigna acción será también vuestro castigo, porque diré llegaré en que la lucha que vamos a empezar de hoy resultado la ruina para vos y el triunfo para mí. El diablo no está en palacio, pero muy pronto estará en España, a mi lado, y la habéis que tiene tanta cabeza como vos, tanto corazón como yo, y más atrevimiento y arrojo

que ningún hombre. Las paredes de este convento, que según decís no podrán defendernos, han de ser todavía testigos del castigo de vuestros crímenes, y la capa del diablo, objeto de vuestra burla, os servirá quizás de sudario de muerte.

—¡Magnífica entonación habéis tomado!—dijo la princesa con acento irónico.

—Señora—repuso Blanca—, nada tenéis que hacer ya aquí. Me habéis declarado la guerra, y yo la acepto; no perdais un instante en volver a la corte para poner en ejecución vuestros planes. Dos corazones, según decís, os esperan: el del rey y el de su ministro; dos voluntades que serán vuestras; yo no cuento, para que me defienda en el claustro, sino con este sayal bendito, y para que me ampare en el mundo, sólo tengo la capa del diablo que debe estar maldita como cosa del infierno. Opuestas son ambas cosas, pero ya haremos que se hermanen, y aunque endebles ambas, tal vez en ellas se embocen vuestros tiros.

—Estas paredes no verán mi castigo, sino mi venganza, y la capa de vuestro paje no será mi sudario de muerte, sino la alfombra que yo pise mientras me gozo en mi triunfo.

—Procurad no equivocaros.

—Y vos guardaos de mí.

—Bien, señora: pero salid antes que yo haga que os echen ignominiosamente, porque esto sería de mal agüero para vos, porque mal acaba en la guerra quien desgraciadamente empieza en ella.

—Habéis intentado humillarme...

—Os he humillado.

La princesa miró desdeñosamente a Blanca, y salió.

La joven había agotado sus fuerzas todas.

—¡Virgen santa!—exclamó, cayendo de rodillas.

—¡Dios mío, tened compasión de mí! ¿No son bastantes para aplacar vuestro justo enojo las lágrimas vertidas en el espacio de tantos años? ¡Quitadme la vida, Señor, quitádmela, pero haced feliz a la desdichada criatura a quien amo como a un hermano!

El santo bañó sus mejillas, y el rezo salió de sus secos labios.

CAPÍTULO X

**Donde el lector conocerá el prototipo
de las doncellas de oficio**

Media hora después de la escena que acabamos de referir, la princesa de Eboli entraba en un coche de camino, acompañada de una doncella que había ido a buscarla con otros cuatro criados.

El coche partió con la rapidez que permitía su enorme peso, y los cuatro sirvientes, a caballo, siguieron la pesada máquina.

Cuando doña Ana respiró el aire libre de la campiña, y vió perderse a la vista poco a poco los campanarios y torres de la patria del Cid, dilatose su pecho, exhaló un suspiro y sus ojos brillaron con singular alegría. Llevaba seis años de encierro, seis años de hacer la vida de una monja, rezando, guardando ayunos y viglias, y esto para una dama que había nacido en la corte, que había representado un gran papel, que había gustado de los galanteos y sido el alma de las intrigas palaciegas, para una mujer de esta clase, repetimos, la vida de los conventos, triste y monótona, era el mayor de los tormentos. Por eso la princesa aspiró ávidamente el aire del campo, y brillaron sus ojos, porque pensó que se acercaba a la corte, que la esperaba el lujo, la ostentación, la adulación y la intriga, los amorosos devaneos que le dieron tanta fama, y la ocasión de vengarse de los que durante su caída le habían vuelto la espalda como a enemigo a quien no se le teme o amigo del que nada puede alcanzarse.

El suspiro que dilato el pecho de la dama y el contento que se pintó en sus ojos, no pasaron desapercibidos para la doncella que la acompañaba, y que sentada al vidrio, examinaba atentamente el rostro de su señora. Porque Inés, que así se llamaba la sirviente, acababa de entrar al servicio de doña Ana, y la observaba con tanta atención para

conocerla, pues según ella decía, a la media hora de hacer echado la vista encima a una persona, sabía el pie de que cojeaba. Y no era extraño, porque la graciosa Inés, tan bonita como traviesa, y eso que traviesa lo era mucho, era antigua en la profesión.

Con la reclusión de la princesa, su servidumbre había quedado muy reducida, sólo la indispensable para cuidar de su casa, y así fué que tuvo que buscar nuevos criados cuando el rey le dió permiso para volver a la corte. Habíanle recomendado a Inés como persona entendida en su oficio y para la que no tenía significado la palabra *inconveniente*, y doña Ana, en vista de informes tales, la admitió a su servicio, haciéndole empezar a ejercer sus funciones desde el momento en que la hemos presentado en escena.

Inés era de carácter alegre y vivo, decidora y embustera; tenía morenas las mejillas, negros, grandes y expresivos los ojos, y la boca, de tan frescos y rojos labios, de tan provocativo corte, que había sido causa de más de una discusión conyugal entre algún viejo marqués, verde y enamorado, y su celosa mitad.

Como hemos dicho, seguía avanzando el coche con la rapidez que permitía la desigualdad del terreno, pues si malos son los caminos en España en esta época en que viaja todo el mundo, peores eran en el siglo XVI, cuando una mula de paso de buenas condiciones era el medio de pasar de un punto a otro con mayor rapidez y cuando decir "he ido desde Madrid a Barcelona", era como decir hoy "he dado la vuelta al mundo".

Pasó cerca de media hora.

Inés seguía mirando a la princesa y aguardando a que ésta le dirigiese la palabra para tener ocasión de hablar, porque el silencio era para la doncella un tormento tan cruel como el hambre.

Doña Ana, después de haber gozado con la idea de los nuevos triunfos que iba a proporcionarle su ida a la corte, quiso convencerse de si Inés era, como se la habían pintado, mora de ingenio y travesura, y le dijo:

—En el primer descanso que hagamos sacarás

de los cofres más abrigo, porque la mañana está fría.

—A propósito he dejado fuera otro albornoz de paño más fuerte que el que llevas y lo tengo aquí—contestó Inés señalando un lío de ropa.

—Eres prevenida.

—¿Queréis cambiar de albornoz?

—Sí.

La doncella quitó a su señora el abrigo, y le puso otro de paño verde ferrado de seda negra.

—¿Cuántos años tienes?—repuso la princesa.

—Veinticuatro, según la cuenta de mi madre, ajustada con el rosario; veinte, según mis deseos, y quince, según lo que afirman los aduladores enamorados.

La princesa se sonrió.

—Me agrada esta muchacha—dijo para sí.

Y luego añadió en voz alta:

—¿Y cuál es la verdad de esas tres edades?

—Nadie mejor que vos puede decirlo.

—¿Cómo, si nunca te conocí?

—Porque mi verdadera edad es la que represento. ¿Qué importan los años que pasaron, si aunque sean ochenta o ciento no salen al rostro para abuyentar galanes?

—Eres ingeniosa—repuso la dama.

—Pero soy pobre.

—¿Acaso eres ambiciosa?

—No, señora, porque deseo lo que no puedo alcanzar.

—Mucha es tu prudencia.

—Mi egoísmo, porque quiero vivir tranquila y alegre: el que desea y no consigue, se desespera y muere rabiando antes de tiempo.

—¿Quién te ha enseñado eso?

—La experiencia.

—Lo que prueba que antes has ambicionado sin alcanzar tu deseo.

—Y harto me pesa—repuso Inés con su natural verbosidad—. Una vez me empecé... pero, vamos, esto no viene al caso... Perdonadme, señora; a veces se mueve mi lengua en contra de mi voluntad, como si le acometiese una convulsión.

Dofia Ana no pudo contener la risa.

—Prosigue—dijo—, que tengo curiosidad por saber cuál ha sido el único deseo que has tenido en tu vida y que no has visto satisfecho.

—Pues bien, mi empeño fué que un hombre me dijese algún requiebro, y él, con la obstinación del que trata de ganar una apuesta, frustró mi deseo.

—Refiéreme la aventura, que debe ser curiosa.

—Servía yo a doña Juana Meléndez, la esposa del oidor don Antonio de Gálvez, y todos los días iba a llevar flores a mi señora un jardinero, mozo de agradable presencia, pero rudo, zafio y de corazón tan frío como el agua con que regaba sus flores. Tenía fama entre mis compañeras de no haberse enamorado nunca, y por eso me entraron más ganas de que se enamorase de mí o de que siquiera una vez me requiebrase, cosa que no había hecho con ninguna mujer.

—¿Y qué hicisteles para conseguir tu deseo?

—Empecé por mirarlo de cierta manera que me ha enseñado el espejo.

—Bien.

—Luego procuré encontrarme con él a solas y ponerme colorada como si me avergonzase.

—¿Y él?

—Siempre indiferente: parecía no ver mis mejillas cubiertas de rubor, ni advertir esa turbación que hace turbar a los hombres.

—El tal jardinero debía ser demasiado rústico para apercibirse ni comprender semejantes cosas.

—Lo mismo pensé y entonces puse en juego cuantas coqueterías podéis imaginaros.

—¿Tampoco dió resultado?

—Tampoco y entonces me presenté de otra manera. Lo miré frente a frente, no me puse colorada ni me turbé y...

—Adivino que fué inútil tu nuevo plan.

—Completamente inútil, señora.

—¿Y te diste por vencida?

—Eso, jamás.

—Sepamos lo que hiciste.

—Le pedí flores.

—¿Te las levó?

—Sí, señora: pero me las dió con el mismo aire

que hubiese podido tener con el cura de la parroquia.

—¿Y qué te dijo?

—¿Qué?... No quisiera acordarme. Me dijo: "Tomad, son todas las que han sobrado de los ramilletes de hoy; si es que necesitáis todos los días, os guardaré cuantas queden de deshecho."

—Entonces si que debiste ponerte colorada.

—Hasta entonces no pude concebir cómo se tenía valor para matar a un hombre.

—¿Le arrojarias las flores a la cara?

—Tuve bastante prudencia para contenerme y disimular: necesitaba vengarme.

—Veamos.

—Desde aquel día lo perseguí, poniéndolo mil veces en el compromiso de que me requiebrase.

—¿Y al fin?

—Al fin, viendo que nada conseguía, le dije claramente que estaba enamorada de él.

—Así triunfarías aunque no fuese más que por una hora.

—No sabéis lo que es un hombre que de tal no tiene más que la figura.

—Puede ser—repuso la princesa a la vez que palidecía, porque las palabras de Inés le habían recordado el desprecio de un hombre.

—Cuando le declaré mi fingida pasión—prosiguió la doncella—, se sonrió estúpidamente, y al volverme la espalda me dijo: "Siempre estais de broma, señora Inés".

—Entonces perderías la paciencia.

—Me quedé tan aturrida, que no volví en mí hasta después de mucho rato, y el coraje que sentí fué tal, que a la media hora me acometió una calentura que me tuvo tres días en cama.

—Pudiste haber sacado partido de ese incidente.

—Traté de hacerlo, y dije que le hiciesen entrar en mi cuarto so pretexto de encargarle unas flores. Le dije que él era la causa de mi enfermedad, que la pasión me mataría, y que siquiera por lástima me correspondiese. Pero volvió a tomarlo a broma, y su risa estúpida me desesperó hasta el punto de que, ciega de cólera, le tiré a la cabeza el mueble

que había más cerca de la cama, y que tenía opuestas condiciones a las flores que cultivaba.

—Y que sin duda te devolvió para castigar tu atrevimiento—dijo la princesa riéndose de la mejor gana.

—No, señora. Salí del aposento con su maldecida calma, y encargando a los demás criados que no estrasen, porque la calentura me había producido un delirio que me tenía furiosa.

—¡Ja, ja, ja!... ¡Christoso lance! — repuso la princesa, a quien la risa le hizo perder su orgullosa gravedad.

—Ya veis, señora—dijo Inés—, si debí quedar escarmentada, pues si el deseo tan sencillo de ser reconocida, y al parecer tan fácil de alcanzar por una mujer joven y no del todo fea, me dió tan malos ratos, qué de tormentos no me haría sufrir la ambición no satisfecha de cosas de más importancia y que están más lejos de mí, como son las riquezas u otras parecidas.

Inés, quizás sin saberlo, había puesto el dedo en la más dolorosa llaga del corazón de la princesa.

—La historia que me has referido — dijo doña Ana—, tiene una moraleja no despreciable.

—Y que aprovecho.

—¿De manera que no habrás vuelto a desear las galanterías de ningún hombre?

—Han pagado justos por pecadores, porque a muchachos que decían mortros por mí, les he vuelto la espalda con la misma indiferencia que me la volvió el jardinero.

—Pero no habrá sido a todos.

—No recuerdo si alguno habrá sido más afortunado—contestó Inés, con maliciosa sonrisa.

—Confiesa la verdad.

—Lo que es en el día, puedo asegurarte que ninguno es dueño de mi corazón.

—¿Ni hay quién lo solicite?

—Sí, señora: pero no me fio.

—¿Por qué?

—Porque a mí no puede querirme de veras sino algún ayuda de cámara lo más.

—¿Y te solicita algún caballero?

—Simple hidalgo, y aunque feo y pobre, hidalgo

es al fin, y no ha de casarse sino con quien le lleve al menos una ejecutoria, ya que otro dote no tenga; y ya veis, yo no tengo más armas de familia que las tijeras, porque mi madre fué también doncella y mi padre sastre de una aldea, ni puedo llevar más dote que mis ojos, que quizás por demasiado negros y alegres no inspiren a un marido toda la confianza que es de desear.

—¿Es algún hidalgo de tu pueblo?

—No, señora; por lo que os he dicho, y porque tiene cara de avariento y miserable. Dicen que ha terido una mediana fortuna que perdió hace dos años por querer aumentarla mucho, y que estuvo al servicio del príncipe don Carlos.

—¿Al servicio del príncipe!—dijo doña Ana—. Yo debo conocerlo.

—Es verdad, puesto que habéis vivido en palacio.

—¿Cómo se llama?

—Antonio de Mena.

—¿Antonio de Mena!—repitió la dama, haciendo un gesto de sorpresa.

—Sí; señora.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—Si no te quiere, te querrá, es decir, se casará contigo.

—¿Cómo podéis saberlo?

—¿Qué te importa, con tal que no me equivoque?

—¿Es tan feo!...

—Mejor, así no te apasionarás, y siempre serás dueña de tu voluntad.

—Pero...

—¿Y sabe que ibas a entrar en mi servidumbre?

—Sí, señora; yo quería ocultárselo, pero es tan testarudo, tan pesado, que al fin consiguió saberlo.

—¿Y nada te dijo de mí?

—Que os había conocido en la corte.

—¿Nada más?

—Nada, sino que si tuviese vuestra protección, sería feliz como otros muchos que os deben su suerte.

—Y lo protegeré.

Inés miró con alguna sorpresa a doña Ana.

—Lo protegeré—repuso la princesa—porque veo que eres buena muchacha, me agrada tu carácter, y como la quiere...

—Sí, pero yo...

—Ya te he dicho que se casaría contigo, y me fundo en que cuando estaba él en el alcázar, supo que decía a todo el mundo que no había de casarse sino cuando encontrase una mujer bonita, virtuosa y que no fuese noble.

—¿Y pobre?

—También.

—Soy la misma que buscaba; pero no es él por cierto el marido que más puede halagar la vanidad de una mujer que tiene veinticuatro años, que dice que tiene veinte y que aparenta quince a los ojos de los galanes.

—Harás lo que más te plazca; pero de cualquier modo, yo protegeré al señor Antonio de Mena, porque le tengo lástima: ha perdido su caudal, quivás ganado a costa de muchos sacrificios — añadió la princesa con una ironía que no acertó a comprender la doncella.

Y por si no recuerdan nuestros lectores, dirémos que este señor Antonio de Mena, fué el mismo que robó al príncipe don Carlos la correspondencia, y que por esta viliana acción recibió de doña Ana una crecida suma de escudos de oro de buena ley.

La princesa quedó pensativa algunos momentos, y queriendo ver hasta qué punto podía fiarse de Inés, le dijo:

—No sé cómo has dejado la casa de la marquesa del Valle.

—Porque me declaró la guerra el ayuda de cámara del señor marqués; y como siempre se rompe la soga por lo más delgado...

—Pero habrás sentido el salir de la casa.

—Mucho, porque la señora marquesa es un ángel.

—Y además, tendrías allí muchos regalos.

—Por la Pascua, por San Juan, los días de santos de los señores.

—Y otros extraordinarios.

—Ninguno más.

—¿Y las comisiones reservadas?

—Ninguna me encargaron.

—Pues no faltaba quien enviase a la marquesa bonitos ramos de flores.

—Todos los compraba el señor marqués.

—Amigos que le escribiesen.

—Mientras estuve allí no recibió un solo billete, a no ser las cartas que su hermano el señor conde le escribía desde Galicia.

—No dices la verdad, Inés.

—Os aseguro que sí.

—Vaya, habla con franqueza, que así entretenemos el tiempo.

—Si queréis, os referiré la historia de todos mis amores; pero en cuanto a los demás, he tenido la desgracia de no servir a ninguna señora que sea galanteada, y esto me ha privado de tener ciertos provechillos con que otras de mi oficio suelen hacer su fortuna.

—Me desagradaría que fueses hipócrita y embustera.

—Pues lo soy; no quiero engañaros.

La princesa sonrió maliciosamente.

—Veo que eres discreta.

—¿También os desagrada esa cualidad?

—A veces.

—Yo sé hacer uso de la discreción con algún acierto.

—Voy a darte una orden.

—Tengo el deber de obedeceros.

—En cuanto lleguemos a Madrid, avisarás al señor Antonio de Mena.

—Es decir, le daré una cita amorosa, lo que nadie podrá extrañar, puesto que me galantea.

—Me has comprendido.

—Y una vez que esté dentro de casa, vos haréis las veces de novia.

—Veo que no necesito decirte una palabra más.

Doña Ana guardó silencio, y la doncella se liasonjeó de haber ganado tan pronto la confianza de su nueva señora.

El coche siguió rodando lentamente, y a las cuatro de la tarde se encontraron los viajeros a la puerta de un mesón donde debían pasar la noche.

El posadero, gorro en mano y haciendo profundas reverencias, condujo a doña Ana a un aposento del piso principal, en cuyo aposento había dos grandes ventanas que daban al camino.

La princesa se dejó caer en un sillón que había junto a una de las ventanas, y esperando que le preparasen la comida, fijó distraídamente sus miradas en el camino.

Pocos momentos después vióse a lo lejos un remolino de polvo, y luego, aunque confusamente, se divisó un grupo de hombres a caballo.

Doña Ana llamó a su doncella.

—Repíte—le dijo—a todos los criados la orden de que no digan a quien acompañan, y la de que averigüen quiénes sean cuantos lleguen al mesón.

Cuén acertada anduvo la princesa de Eboli al dar esta orden, y quiénes eran los jinetes que había divisado, lo sabrá el lector en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XI

Quiénes eran los caballeros que se aproximaban al mesón

Los jinetes que habían llamado la atención de la princesa, no eran otros que don Juan de Austria, el marqués de Poza y sus tres escuderos.

Aunque bastante cansados porque apenas habían dormido las dos noches anteriores, seguían animada conversación, y don Juan no cesaba de contestar a las multiplicadas preguntas del marqués sobre todos los asuntos de la corte. Parecíale al noble mancebo que resucitaba o despertaba de un sueño larguísimo, y crecía por momentos su admiración, pasando de sorpresa en sorpresa al saber el cambio que todos los negocios habían sufrido.

De pronto el marqués interrumpió la conversación, y reñenando su yegua, dijo a don Juan:

—Allí se divisa una posada.

—Donde algunas noches he dormido—contestó al de Austria, deteniendo también su cabalgadura.

—Es aún muy de día, puede suceder que alguno me conozca, y es comprometería si me viesen con vos.

—No me importa, sigamos.

—Bien está, que vos penséis así, pero yo no debo comprometeros.

—Esta posada está siempre desierta, amigo mío, y además, aunque el posadero me conoce por las muchas veces que me he alojado en su casa, no sabe quien soy, o mejor dicho, me tiene por un capitán retirado del servicio, simple hidalgo de mediana fortuna y me llama el señor Gonzalo cuando no hago más que dormir en su casa, y don Gonzalo cuando duermo y como.

—Pero os repito que la gente que se aloja en el mesón puede conoceros y conocerme.

—Seguro estoy de que a estas horas no habrá un solo viajero.

—¿Acaso no divisáis desde aquí lo que hay a la puerta de la posada?

—Tenéis razón, señor marqués; si no me equivoco, debe ser un coche lo que se va.

—Y lo que prueba que en el mesón descansa gente de rango, quizás de la corte, y que nos conocerán al primer golpe de vista.

—No será extraño.

—Lo más prudente es que nos separemos.

—Como gustéis, pero a condición de volver a reunirnos.

—Vos—repuso el marqués—seguiréis el camino que llevamos, y yo tomaré esa senda: así llegaremos por distintos lados, y al después de estar en la posada vemos que no hay peligro, comeremos juntos y volveremos a emprender la marcha para dormir en Burgos esta noche.

—¿Y si no sucediese así?

—Comeremos cada cual en su habitación, saliremos con intervalo de un cuarto de hora, y el último alcanzará al primero antes de entrar en la ciudad.

—Perfectamente.

—Id, pues, con Dios, que no es prudente detenernos más tiempo, no sea que nos observen desde la posada.

—No habéis sido nunca tan previsos.

—Si os murieseis y resucitaséis, no obraríais como ahora.

Separáronse los viajeros.

Don JUAN siguió el camino real, y el marqués tomó un estrecho sendero que rodeaba un montecillo. Doña Ana, resguardada por las hojas de la ventana, viendo sin que pudiese ser vista, continuaba en acecho; pero no pudo distinguir la maniobra de los caminantes, y fija su atención en los que se acercaban a la venta, no vió tampoco a los que se alejaban por la parte del montecillo.

Don Juan llegó a la puerta de la posada y detuvo su corcel.

La princesa dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¡Inés!—gritó.

—¿Me llamáis?—preguntó la doncella al entrar.

—Acércate a la ventana... mira... ¿Conoces a ese caballero que se apea de su caballo alazán?

Inés, que se había asomado a la ventana y había examinado las facciones del viajero, contestó:

—¿Quién no le conoce? Es don Juan de Austria.

—Baja, observa y procura averiguar de sus escuderos a dónde se dirige.

—Bien, señora—contestó la doncella.

Y de un brinco se puso fuera de la habitación.

—¡Casi solo!—murmuró doña Ana—; en ese traje... ¿A dónde irá? No será a Flandes... Y bien puede ser también... Hoy es día de sorpresas. Dejemos a Inés averiguar, y continuemos en acecho ya que la fortuna nos favorece.

La princesa volvió a mirar al camino, y por la parte opuesta a la en que había aparecido don Juan, vió dos jinetas, delante el uno, detrás el otro, como si fuese un escudero.

—Parece que viene de Burgos. ¿Será también algún conocido?

Los nuevos caminantes eran el marqués y su criado.

Después de algunos minutos llegaron a la puerta del mesón.

Doña Ana fijó su mirada escudriñadora en el mozo, y su rostro palideció mortalmente.

—¡Qué semejanza!—murmuró a la vez que se estremecía.

Y se pasó las manos por los ojos y volvió a mirar.

—O yo sueño... Imposible—repuso.

La princesa se oprimió el pecho porque su corazón latía con violencia y desigualdad. Por su frente pálida corrieron algunas gotas de frío sudor, y sus ojos se abrieron más y más con espanto.

Su afanosa mirada se fijó nuevamente en el viajero, y sin saber lo que hacía, sacó la cabeza fuera de la ventana, y luego los brazos y medio cuerpo.

El marqués de Poza se había detenido a preguntar al posadero si tenía donde alojarlo y comida que darle, y esta detención permitió a la princesa examinar escrupulosamente el rostro y el cuerpo del recién llegado.

—¡Juan!—gritó el marqués a su criado—. Da abundante pienso a las yeguas, no quites las sillas, y procura que la comida esté pronto dispuesta.

Gran trabajo costó a la princesa contener un grito: aquella voz había vibrado en su alma, no podía equivocarse con ninguna otra.

—¡Vive!—exclamó a la vez que se quitaba de la ventana—. ¡Oh!... Pero es imposible... lo asesinaron, se le encontró muerto, lo enterraron...

Al decir esto se detuvo la dama, colocó el extremo del índice de la mano derecha en los labios, y quedó pensativa algunos instantes.

—Lo enterraron—prosiguió—y... no lo sé; hasta ahora no se me había ocurrido pensar en semejante cosa. Nadie habló de su entierro, nadie asistió a él, por lo menos que yo sepa... ¿Habrá sucedido?... No, porque Blanca lo llora, y si no hubiese muerto... ¿Pero quién sabe lo que puede haber sucedido? Y viene de Burgos, quizás de verla, tal vez en mi seguimiento... Yo lo sabré todo, y si mi sospecha se convierte en realidad, entonces... ¡Oh!... La lucha será terrible... Peor para él; si no ha muerto, morirá.

Los ojos de la dama brillaron, y se asomó a la puerta de la habitación.

—¡Ginés!—gritó.

Poco después se presentó uno de los criados que la acompañaban;

Era este un mozo de mediana estatura; de ojos pequeños y vivos y de mirada aviesa; de moreno rosado, de abultadas facciones excepto los labios; de negra barba y cabellos del mismo color, y que tenía la costumbre de no mirar de frente a las personas con quienes hablaba.

—¿Qué mandáis?—preguntó.

—¿Has visto a ese hidalgo o caballero que acaba de llegar a la posada?

—Lo he mirado con mucha atención.

—¿Lo conoces?

—Hace doce años, y por cierto que me debe la oreja que me falta y que me quitó de un tajo en cierta noche.

Efectivamente, a Ginés le faltaba la oreja izquierda.

—¿Quién es?—repuso con marcada emoción la princesa.

—El marqués de Poza.

—¡El marqués de Poza!—repitió doña Ana—. No puede ser; hace seis años que lo asesinaron.

—Así se dijo.

—¿Lo dudas? ¿Tienes alguna razón para creer?.

—La tengo.

—Habla, habla—repuso la princesa precipitadamente.

—Lo vi enterrar.

—¿Y en eso te fundas para creer que no ha muerto?

—Precisamente.

—Explicáte.

—Fuí a ver enterrarlo para convencerme de que no tenía a quién reclamar mi oreja. Lo llevaron a San Justo, sin más acompañamiento que el comendador Maldonado, y al hacer la entrega al sepulturero mayor, abrieron el ataúd, y...

—¿No era él?—interrumpió la princesa, acercándose a su sirviente.

—No lo sé.

—¿Pues no estabas presente?

—Sí, señora; pero el cadáver tenía el rostro desfigurado como si hubiera recibido un golpe muy fuerte, y no se le podía conocer. Tenía las narices aplastadas, desbaratada la boca y medio reverteados

los ojos, y estaba tan lleno de sangre que era imposible conocerlo.

—¿Y no llamó la atención esa circunstancia?— observó doña Ana de Mendoza.

—Preguntó el sepulturero por curiosidad, pero el señor comandante dijo que cuando habían asesinado al marqués había éste caído boca abajo y recibido en la cara contra una piedra el golpe que lo había dejado de aquel modo. Me pareció que había menguado su estatura y que había engruesado; pero entonces no di a esto la menor importancia.

—Pero como no puede enterrarse a nadie sin que un médico certifique...

—Todo estaba previsto, porque el comandante entregó un papel diciéndole que era el certificado del doctor... no me acuerdo del nombre.

La princesa reflexionó algunos instantes y luego repuso:

—Observa a ese hombre hasta convencerte de que es el mismo marqués de Posa...

—Estoy bien convencido.

—Pues bien, entonces intenta hacer hablar al criado que lo acompaña, y sea cualquiera el resultado de tus averiguaciones, ten preparado el caballo para seguirlo disimuladamente.

—¿Hasta dónde?

—Hasta Madrid, si es allí a donde se dirige, y una vez que lleguéis, te enterarás del lugar de su alojamiento y seguirás espiondo hasta mi llegada.

—¿Y si no va a Madrid?

—Desde cada pueblo en que tengas proporción de mandarme un aviso lo haces a toda costa y sigues adelante hasta el fin del mundo.

—Bien.

—Creo que te basta con lo dicho.

—¿Y si tengo ocasión de que me pague la deuda de la oreja?

—La cobras bajo tu responsabilidad.

—Entonces le cortaré las dos.

—¿Pero el marqués no te conoce?

—No, señora; el lance a que me refiero sucedió de noche y fué inesperado...

—Comprendo.

—Los que acometimos al marqués lo conocíamos

—repuso Ginés—, pero él a nosotros no, lo que no fué obstáculo para que matase a uno de mis camaradas, hiriese a otro y me despojase de mi oreja como el ladrón que se lleva la bolsa ajena.

—Tanto mejor si no te conoce. Vete, pues; averigua y haz cuanto acabo de decirte.

La princesa volvió a sentarse y quedó sumida en profundas meditaciones.

Entre tanto Ginés bajaba la escalera, pensando cómo podría venguar lo que deseaba del criado del marqués.

CAPÍTULO XII

De cómo Juan era el más ladino de los escuderos

En tanto que la princesa de Eholi hablaba con Ginés, el escudero de Poza, después de haber entrado las yeguas en la cuadra, entablaba el siguiente diálogo con el mesonero que, en el zaguan, esperaba a que estuviese la comida para servir a los recién llegados.

—A poco más—decía Juan—no tendréis en casa de alojar a vuestros huéspedes.

—Pues nunca se ha visto mi casa tan desierta—le contestó el mesonero, a quien el orgullo hizo mentir descaradamente.

—Y es gente de provecho, a juzgar por lo que se ve—repuso Juan, señalando el carruaje de doña Ana.

—Lo ignoro, señor escudero, y lo que puedo únicamente asegurar es, que la señora que ha venido en ese coche es la más hermosa que he visto en mi vida, y que su doncella tiene unos ojos y una risita capaces de dar tentaciones a un cartujo.

—¿Conque es una dama la que camina en ese hermoso coche?

—Ni más ni menos.

—¿Y no la acompaña nadie más que su doncella?

—Y tres escuderos que montan tres hermosísimos caballos... Mirad; allí tenéis a dos de ellos.

Y el posadero señaló a dos de los sirvientes de la princesa que descansaban medio recostados en un banco que había cerca de la escalera por donde se subía al piso principal.

—¿Y el otro?—preguntó Juan.

—Lo ha llamado su señora y pronto lo veréis. Podréis conocerlo fácilmente, porque le falta la oreja izquierda y tiene cara de pocos amigos. En cuanto a la doncella... allí la tenéis, aquella muchacha que sale de la cocina...

—Tenéis razón: es bonita como una estrella y dudo que su señora lo sea más.

—Pronto lo habéis dicho.

—Tan pronto como la he visto—repuso Juan.

—Pues os digo, señor escudero, que la dama es más hermosa aún.

—Es imposible, porque no puede haber ojos más hechiceros, ni boca más graciosa, ni tallo más gentil que el de la doncella, y lo que no puede ser es, y esto os probará que la dama no vale más que su sirviente.

—Que no entren en mi posada sino mendigos y ladrones si miento.

—No la habéis mirado bien—replicó Juan, que pensaba sacar partido de semejante altercado tan sin provecho en apariencia.

—¡Por San Blas que sois testarudo como un suizo!—exclamó el mesonero algo picado, al ver tan tenazmente contrariada su opinión sobre buen gusto.

—Y no conseguiréis hacerme variar de parecer, porque estoy convencido de que os equivocáis.

—No puede darse caso más extraño; disputáis sin haber visto a la dama.

—Y tan convencido estoy de que tengo razón, que aun me atrevo a apostaros una respetable cantidad.

—¿También eso?

—Cinco ducados—repuso Juan, a la vez que enseñaba al mesonero algunas monedas de plata.

Los ojos del huésped brillaron, porque semejante suma era para él cosa muy respetable.

—No puedo—dijo—, exponerme a perder tanto dinero.

—Mis cinco ducados contra uno—replicó el escudero, fingiéndose picado.

—Contra uno...

—Sí.

—Aceptó.

—No hay más que hablar.

—Una cosa se me ocurre.

—¿Cuál es?

—Si obraréis con legalidad, porque insistiendo vos en que es más bonita la doncella...

—Y vos en que es más hermosa la dama...

—De nada servirá la apuesta. Yo ya tengo mi opinión, y sólo se trata de que vos confeséis lealmente la que os parece mejor.

—Os lo prometo.

El posadero movió la cabeza con aire de duda.

—¿Pensáis que os engañaré?—repuso Juan.

—No, pero...

—Hay un medio.

—¿Cuál?

—Que otro decida.

—¿Y quién?

—Mi señor.

—Ese os favorecerá.

—Pues nombrad vos otro que os represente, y sometámonos a su fallo.

—Me parece bien—dijo el posadero—. Rogaré al señor Gonzalo, que es hombre que ha corrido muchas tierras y visto muchas mujeres, que decida de acuerdo con vuestro amo.

—¿Y quién es ese señor Gonzalo?

—Un hidalgo de tan buena sangre como el que os mantiene. Llegó pocos momentos antes que vosotros: lo acompañan dos escuderos... Ya veis que no será ningún cualquiera.

—Me conformo.

—Entonces... ¿Pero cómo ha de hacerse para que la vean?

—¿No tenéis—preguntó Juan—, otro aposento tan bueno o mejor que el que ocupa la dama?

—Sí, otro mejor.

—Pues bien, decidle que se pase a él, vendiéndole la fineza de que es por su comodidad; y cuando salga del uno para entrar en el otro...

—No soy tan torpe—interrumpió el mesonero—. Me basta esa indicación.

—Pero es menester que los jueces que han de fallar estén ocultos para que tengan libertad de examinar detenidamente a la dama.

El posadero reflexionó algunos instantes, cosa que por primera vez hacía en su vida, y luego dijo:

—No hay ningún inconveniente.

—Quedamos convenidos, y después de comer...

—Perfectamente...

—Pues daos prisa a servirnos.

Entró en la cocina el mesonero, y Juan dijo para sí:

—Si por este medio no averigua el señor marqués quién es la persona que ha venido en ese coche, no sé cómo hacerlo. Sus criados no quieren decir quién es, y los demás lo ignoran. Tal vez conozca mi señor a la misteriosa dama, y si no, la conocerá el señor don Juan de Austria, mi real tocayo.

Así pensaba el escudero mientras dirigía distraídamente sus miradas al camino, cuando Ginés entró y dijo en voz baja al pasar junto a sus compañeros:

—No me conocía.

—Desconfía—le contestaron.

Y luego se acercó a Juan, y tocándole la espalda, le dijo:

—Me parece, amigo mío, que no es la primera vez que os veo.

El escudero del marqués lo miró detenidamente, y notando la falta de la oreja, conoció que era el criado de la dama nombrado por el mesonero.

—Tal vez—contestó—, porque he corrido muchas tierras y no sería extraño que me conocieseis.

—¿Habéis sido soldado?—le preguntó Ginés.

—Sí.

—Yo también.

—Entonces...

—¿Habéis estado en Italia?

—Y en Flandes.

—Pues seguramente os he visto allí.

Juan examinó nuevamente el rostro de Ginés, y dijo para sí:

—Este busca un pretexto para entablar conversacion. ¿Habrán conocido al señor marqués?

Y luego añadió en voz alta:

—¿Y hace mucho tiempo que habéis dejado el servicio de su majestad?

—Seis meses y arrepentido, porque no me ha sido posible encontrar un buen amo que me admita como escudero; y como no tengo otro patrimonio que el de mis manos, pienso volver a engancharme en los tercios de Italia.

—¿Conque a nadie servís?

—A nadie.

—Empieza por mentir — dijo para sí Juan—. Aquí hay misterio, pero no sabe este bribón que es difícil engancharme.

—Vos — repuso Ginés—, habéis tenido mejor suerte.

—Sí...

—Habéis encontrado un buen amo... Y a propósito, ¿sabéis que en Italia corrió la voz de que lo habíais asesinado?

Juan soltó una estrepitosa carcajada.

—¿De qué os reís?—le preguntó Ginés.

—De lo que habéis dicho... ¡Ja, ja, ja!...

—No os comprendo...

—La manía de todos.

El criado de doña Ana miró con sorpresa a Juan.

—Como si hablaseis en latín—repuso a la vez que se cruzaba de hombros con la mayor naturalidad del mundo.

Iba Juan a contestar, pero los interrumpió el mesonero para decirles que podían entrar en la cocina a comer.

—¿Queréis acompañarme?—dijo entonces el escudero del marqués al de la princesa.

—Con mucho gusto—le contestó éste—. ¡Hola, mase posadero, ponednos aparte la corrida y donde estemos solos, porque queremos variar tranquilamente un par de botellas que cularéis no sean de vinagre!

—Tengo el vino más superior—contestó el mesonero—, pero es algo caro.

—No importa.

Algunos momentos después, ambos sirvientes se

sentaban delante de una mesa en que había dos vasos de estaño, dos botellas y una fuente donde humeaba la mitad de un cabrito con salsa que trascurría desde muy lejos y pimienta y ajos.

—Un trago ante todo—dijo Ginés.

Llenáronse los vasos y se vaciaron tras un brindis al buen vino.

—¡Por Santiago, que no ha mentido el posadero!—exclamó Juan, limpiándose el bigote con el dorso de la mano.

—No dejaremos enfriar el cabrito porque huele como si hubiese sido guisado en la cocina de San Pedro que, según cuentan, fué el rey de todos los glotonas.

—Y añaden que tuvo tentaciones de comerse el gallo que cantó en casa de Pilatos—repuso Juan, destrozando el cabrito con el puñal.

—Ahora, mi camarada y amigo, me explicaréis el motivo de vuestra risa, porque soy curioso, y tanto, que en cierta ocasión la curiosidad me costó esta oreja que me falta.

—Os parecéis a mí, con la diferencia de que siempre he satisfecho mi curiosidad sin que me cueste tan cara como a vos. Así, pues, os suplico que cuando yo os haya explicado la causa de mi risa, me contéis la aventura de la pérdida de vuestra oreja.

—Lo haré de la mejor gana... Se me secan los labios.

—A mí también.

Volvieron a llenarse y vaciarse los vasos.

—Os escucho.

—Habéis de saber—repuso Juan, pegando con su vaso en la cabeza al gato negro que lo importunaba—, habéis de saber que por... no sé por qué, y fuera de malicia, pero es el caso que según aseguran, mi amo el señor Alonso de Burgos se parece como un huevo a otro huevo al marqués de Poza.

—¿Os chancéais?—preguntó Ginés, mirando fijamente a Juan.

—Os hablo seriamente, y sabed que la tal semejanza ha costado a mi amo algún disgusto y le ha proporcionado muchos ratos de broma.

—Sin duda os burláis.

—Os referiré un caso y no atestigro con muertos.

—Sepamos.

—Cuando asesinaron a ese marqués, nos hallábamos en Flandes, y esta que a pocos días de recibida allí le noticia, íbamos por una de las principales calles de Bruselas cuando encontramos manos a boca al mismísimo duque de Alba, seguido, como tenía de costumbre, por muchos caballeros españoles y flamencos. Al ver a mi amo, se detuvo, dió un grito, y cogiéndole por un brazo, le dijo: "¿Así os pasáis de largo, señor marqués, sin saludar a vuestros amigos?" Mi amo lo miró con sorpresa; pero como tenía noticia de la maldita semejanza, se repuso y contestó: "Vuestra excelencia se equivoca, señor duque". Volvió éste a contemplarlo y replicó: "Supongo, señor marqués, que no intentaréis burlaros de mí. El príncipe de Eboli me escribió la ocurrencia, pero sin duda se creyó que era mortal vuestra herida y se equivocaron puesto que os veo aquí. Me alegro que hayáis escapado con vida, porque sabéis la estimación que os tengo; pero como al notificarme lo que en aquellos primeros momentos se creyó vuestra muerte, se me hicieron ciertas observaciones, me veo precisado, con sumo disgusto, a deteneros y dar parte a su majestad. Hubéis sido muy imprudente no quedándoos en Francia o en Inglaterra". Mi amo no pudo menos de sonreírse, y contestó: "Soy Alonso de Burgos, pero la naturaleza ha querido que desgraciadamente me parezca al marqués de Poza como si fuese el mismo. No es vuestro el primero que me toma por el marqués". El duque no se convenció, y dos o tres de los caballeros españoles que lo acompañaban, aseguraron que mi amo era el marqués en persona. Negaba el uno y el otro se irritaba, concluyendo por llevarnos presos a mi amo y a mí.

—¿Y cómo salisteis del apuro?—preguntó Gines, que estaba sorprendido y empezaba a dudar.

—El duque escribió a Madrid, y el cura de San Justo certificó haberse enterrado en la bóveda de su iglesia al marqués.

—No es bastante.

—Eso mismo dijo el duque.

—¿Y entonces?...

—Tuvo mi amo que ponerse en cueros, se lo re-

conoció escrupulosamente y no encontraron en todo su cuerpo la mas leve señal de haber recibido ninguna herida.

—¡Conque no encontraron señal...!

—Ninguna, y ya veis, qué a ser el marques, tendría la cicatriz de la herida que le hicieron.

—¿Se convenció el duque?

—Forzosamente; y creo que vos estaréis convencido.

—Sin embargo, tanta semejanza... el rostro, el cuerpo, las maneras, la voz...

—Está visto que al fin me haréis hablar—interrumpió Juan, a la vez que vaciaba su vaso y llenaba el de Ginés.

Este lo imitó.

Cualquiera hubiese dicho que Juan empezaba a sentir los efectos del vino, al ver la movilidad de sus ojos, la vaguedad de sus miradas y sus algo inciertos ademanes; pero era todo puro fingimiento.

—¿Conque hay misterios?—dijo entonces Ginés, a la vez que se sonreía maliciosamente.—Bien, camarada, bebamos otro vaso, y proseguid vuestra historia, porque tenéis una manera de contarla que me agrada en extremo.

Juan bebió nuevamente, y repuso:

—Cuando entré al servicio del señor Alonso, había en su casa una vieja que ya murió, charlatana y murmuradora como todas las viejas.

—Buen principio.

—No es tan bueno el fin.

—Proseguid.

—La maldita sesentona, que había visto nacer a mi amo, tuvo el capricho de enamorarse de mí, y me chisquillaba y me adulaba como no podéis figuraros.

—Sóis hombre de suerte.

—Este amor me valió vivir regaladamente algunos meses, y ponerme al corriente de todos los secretos de la casa. Un día, hablando de la semejanza que se decía tener el señor Alonso con el marques, la vieja murmuradora se sonrió maliciosamente, y preguntándole yo la causa de su risa, me dió a conocer la del parecido que tanto llamaba la atención.

Estas palabras produjeron mucho efecto en Gi-

nés, que empezaba a dudar si efectivamente sus ojos no le habrían engañado.

—Remojad el tragadero, amigo mío — dijo a Juan —, y proseguid.

—Dos palabras me restan que decir.

Y Juan miró a todos lados como si temiese ser oído.

—La madre del señor Alonso—prosiguió—, estuvo en la corte con ciertas pretensiones, y fué recomendada al padre del marqués, es decir, al que era entonces marqués de Poza.

—¿Era bonita la madre del señor Alonso?—interrompió Ginés, con tono de refinada malicia.

—La mujer más hermosa de Toledo.

—Ahora comprendo esa semejanza.

—Por ella abandonó a su mujer el padre de mi amo.

Ginés quedó pensativo algunos instantes, y luego dijo:

—¿Habéis querido chancearos?

—¿Y con qué fin había de hacerlo?

—¿Camináis hacia Madrid?—repuso Ginés.

—Mi amo es demasiado loco para que yo pueda satisfacer vuestra pregunta.

—No os comprendo.

—Quiero decir que ni él mismo sabe a dónde va.

—Os entiendo menos.

—Como es enteramente libre y tiene con qué vivir desahogadamente, corre de aquí para allá, y en muchas ocasiones ha sucedido salir con dirección a un punto y luego ir a parar al opuesto. Una vez salimos de Valladolid pensando ir a Andalucía, y al llegar a Madrid emprendimos el camino de Francia y no paramos hasta Flandes. Desde allí quise pasar a Inglaterra, pero el viaje concluyó en Sevilla. Otras veces vuelve atrás a la mitad del camino de un pueblo a otro y dormimos donde habíamos almorzado. Esta tarde al divisar esta posada me dijo que quedaríamos aquí esta noche, y al llegar a la puerta me mandó que no quitase las sillas porque habíamos de ponernos en camino al instante. ¿Podría yo decir si hemos de pasar aquí una semana, si iremos a Madrid a toda prisa o volveremos a Burgos, de donde hemos salido hoy? No lo sé.

Ginés quedó pensativo.

—¿Se estará burlando de mí?—se preguntó.

El posadero entró en aquel instante y dijo al escudero del marqués:

—Vuestro amo os llama.

Como había concluido la comida, levantáronse ambos criados. El de la princesa fué a dar cuenta a su señora de cuanto había sucedido, y Juan a su señor, de la escena que acababa de tener lugar.

—Al momento voy a buscaros para lo de la apuesta—dijo el mesonero a Juan, cuando hubo desaparecido Ginés.

Efectivamente, pocos momentos después, y cuando apenas Juan acababa de decir al marqués que lo habían conocido y que lo espían, y el medio de que se habían valido para intentar conocer a la misteriosa dama, entró el mesonero.

—¿Queréis ver a la dama?—preguntó al de Pozo.

—Sí.

—El señor Gonzalo ya está en el escondite, y ahora es ocasión de que vayáis sin que nadie os vea, porque el escudero que ha comido con vos está hablando con su señora, y los otros le ensillan su caballo.

—¡Le ensillan su caballo!—dijo el marqués—. ¿Acaso se marcha la dama?

—No, señor; pero dicen que el escudero desorejado ha de partir esta misma tarde.

El marqués echó a Juan una mirada significativa.

—Bien—repuso—, vamos a verla.

—¿Y la apuesta?—dijo el mesonero.

—Me conformo con lo que decidan los señores, y así juzgaréis bien de mi imparcialidad.

Juan era mozo ladino como pocos, y seguramente el marqués no podía haber hecho mejor adquisición.

—Sin duda ese bribón trata de seguirnos—dijo cuando estuvo solo—, pero no sabe con quién se las da.

Y se dirigió a la cuadra, donde vió ensillado uno de los caballos de los tres escuderos de la princesa.

—Buen chasco te vas a llevar... No te harán correr mucho, pobre animal—repuso acariciando al negro corcel.

Luego sacó su afilado puñal y en un segundo cortó las cinchas, no del todo, pero de manera que a poco esfuerzo se rompieran.

Entre tanto el masonero había conducido al marqués al piso superior, y después de atravesar un pasillo le hizo entrar en un reducido aposento interior y oscuro, y en donde ya se encontraba don Juan de Austria.

Sobre la puertecilla del aposento, y sin duda para dar a éste alguna ventilación, había una ventana.

—Desde aquí podréis verla bien.—dijo el posadero.—Cerráis la puerta, os subís en esa silla, y desde esa ventana...

—Perfectamente.—interrumpió el marqués.

—Os ruego, señores, que seáis imparciales, por que...

—Lo seremos, a fe de hidalgos.

El posadero salió, y sin detenerse, entró en el salón donde estaba doña Ana.

—¿Qué buscáis?—le preguntó la princesa con acritud.

—Vengo a guiaros a vuestro aposento...

—¿A mi aposento!

—Os hice entrar aquí para que descansaseis y comieseis; pero como veis, ni tenéis aquí cama ni nada de lo que podéis necesitar, .

—Estoy bien aquí.

—¿Y dónde os acostaréis?

Doña Ana hizo un gesto de mal humor, y dijo a su criado:

—Nada más tengo que añadir.

—¿Ginés sabe.

—¿Tiene ventanas al camino ese otro aposento?—preguntó la princesa al masonero.

—Dos, señora.

—¿Hay mucho que andar para llegar a él?

—Diez pasos.

—¿Y los demás viajeros, dónde están?

—Comiendo para marchar.

—Vamos, y en seguida llevadme un lintero y papel.

—Allí lo encontraréis, porque nada falta en la habitación que os he destinado; sólo la ocupan las personas de cierto rango, y...

—Vamos, vamos—interrumpió la dama, poniéndose en pie.

Y salió gulada por el mesonero que marchaba con tardo paso, a fin de que pudiesen verla bien nuestros amigos.

Necesitó el marqués hacer un esfuerzo sobrenatural para no dar un grito al conocer a doña Ana de Mendoza. Al verla se sintió desfallecer, pero al instante, recobrando sus fuerzas, hizo un movimiento para salir del cuarto y correr tras la dama.

Don Juan lo detuvo.

—¿Qué intentáis?—le dijo—. ¿Habéis perdido la razón?

Difícilmente se contuvo el manco. Al ver a la que había mandado asesinarlo, a la que había hecho infeliz a Blanca, sintió afluir a su cabeza toda su sangre.

Cuando salió con don Juan del aposento, su rostro estaba pálido como el de un cadáver, y su cuerpo temblaba convulsivamente a impulsos de la ira.

—Partid al instante—le dijo—, don Juan.

El marqués llamó a su criado y le mandó sacar de la cuadra las cabalgaduras.

Diez segundos después montaban en sus fogosas yeguas.

—Señor—dijo el mesonero—, os olvidáis...

—Habéis ganado—le dijo el marqués—. Tomad. Y le arrojó una moneda de oro.

—No hubiese necesitado verla—añadió—, si me hubieseis dicho que era la princesa de Eboli.

—¡La princesa de Eboli, santo Dios!—exclamó el posadero—. ¡Y no le ha dado tratamiento!

El posadero, aturdido con semejante noticia, corrió hacia el aposento de doña Ana, para pedirle perdón por haberla tratado con tan poca ceremonia.

Entre tanto, Ginés salió de la posada, y montó a caballo.

—¡Vuelven hacia Burgos!—dijo para sí al ver al de Poza y a su escudero que se alejaban al trote.

Y los siguió al mismo paso y a no muy larga distancia.

Empezaba a oscurecer.

Buen trecho de camino anduvieron espías y espía.

Dieron vuelta a un montecillo.

—¿Queréis verlo ya rodar? — preguntó Juan al marqués.

—Sí, porque ya por pronto que vuelva a la posada y salgan otros en nuestro seguimiento, no podrán alcanzarnos.

—Bien.

—¿Estás seguro de que se romperán?

—Ya lo veréis.

—Probemos.

Picaron la espuela el marqués y Juan, y las yeguas partieron a todo escape.

—¡Quieren dejarme atrás! —dijo entonces Ginés. Y obligando a su caballo imitó a los que perseguía.

Pocos pasos pudo dar el noble bruto en su veloz carrera, porque a los primeros esfuerzos, rompiéronse las cinchas, y perdiendo el finete el equilibrio, cayó.

El pie izquierdo de Ginés quedó enganchado en el estribo y fué arrastrado por el corcel, que gracias a su buen instinto se detuvo a los pocos pasos. Pero el escudero estuvo largo rato aturdido y sin poderse mover.

Cuando volvió en sí advirtió que se había hecho algunas heridas en la cara; y al levantarse trabajosamente le arrancaron un ¡ay! los dolores que en todos sus miembros sentía.

Aunque la noche había cerrado ya, no estaba del todo oscura, y a favor de los resplandores de la luna, pudo ver Ginés la causa de su caída.

—Están rotas las cinchas, pero... ¡oh!..., las habían cortado... ¡Voto al mismo Satanás, que se han torcido de mí!

Ginés apretó los puños y desahogó en imprecaciones su coraje: pero convencido de que le era imposible seguir al marqués y mucho menos alcanzarlo, determinó volver a la posada y dar cuenta a su señora de lo ocurrido.

Caíste bajo y pensativo volvió atrás el escudero, llevando del diestro su caballo y exhalando alguno que otro quejido o maldición producido por los dolores que lo atormentaban.

Mientras sucedía lo que acabamos de referir, co-

ña Ana de Mendoza, sentada delante de una mesa de pino sobre la que ardía un enorme velón de cobre, escribía la siguiente carta:

"No solamente mi vida, sino también la de su majestad, peligran desde hoy. El marqués de Posa vive, y esto no es un cuento; yo misma lo he visto, y acaba de tomar el camino de Burgos de donde parecía venir hace una hora."

Aquí llegaba la princesa cuando la puerta se abrió entrando el mesonero.

— ¡Señora princesa de Eboli! — exclamó, juntando las manos con ademán suplicante. — ¡Ilustre señora, perdón!

Al oír doña Ana su nombre hizo un gesto de sorpresa, dejó caer la pluma, y con severo tono, dijo:

— ¿Qué buscáis?

— ¡Perdonadme! — repitió el mesonero.

— ¿Quién os ha dicho?

— Perdone vuestra señoría.

— ¡Miserable! — exclamó arrebatadamente la princesa.

El posadero creyó que ésta se enojaba porque no le daba el tratamiento correspondiente, y repuso:

— Vuecencia perdonará... vuestra alteza...

— ¿Quién os ha dicho mi nombre? — interrumpió doña Ana.

— El nombre de vuestra se..., de vuestra excelencia...

— ¡Acabad!

— El nombre...

— ¿Os burláis? — repuso la princesa, poniéndose en pie y clavando en el mesonero una terrible mirada.

— Me lo ha dicho ese hidalgo... el señor Alonso de Burgos...

— ¿Cómo lo ha sabido?

— Lo ha sabido... no sé cómo... conocerá a vuestra señoría.

— ¿Me ha visto acaso? Decid la verdad; si no, os acordaréis de mí.

Comprendió el mesonero que si doña Ana descubría la broma de la apuesta no había de pasarlo muy bien, y contestó:

—No ha podido veros... ver a vuecencia, porque no ha salido...

—Mis criados no se lo han dicho...

—Uno de vuestros escuderos ha comido con el de ese hombre y han vaciado algunas botellas, y como el vino era de buena calidad...

—Pero no le ha dicho mi nombre.

—Entonces...

—¿Y don Juan de Austria, sabe también quién soy?

—Don Juan de Austria!—repuso el mesonero, admirado—. ¿Qué tengo yo que ver con don Juan?

—¿Acaso no está en vuestra posada?

—En mi posada el hermano del rey!

—Ese caballero que llegó con dos criados...

—¡Bah, bah!... Es un burla a quien conozco hace mucho tiempo; traza tiene de ser un príncipe.

—Es que siempre viaja de incógnito.

—¡Gran Dios! — exclamó el posadero, con espanto.

—Contestad, bellaco. ¿Me conoce también don Juan?

—Lo ignora.

—Averiguadlo.

—Haré lo posible.

Doña Ana quedó pensativa.

—¿Cómo ha podido saber quién soy?—dijo para sí—. A menos que el marqués venga de Burgos y haya visto a Blanca... Y no ha seguido el camino que llevaba, ha vuelto atrás...

Y luego atendió, dirigiéndose al posadero:

—¿Ha visto don Juan de Austria a ese fingido burla que es ha dicho mi nombre?

—No, señora.

—Idos.

El mesonero salió.

—Comienza la lucha—dijo la princesa.

Y sentóse nuevamente y siguió escribiendo lo que sigue:

Según las noticias que ha podido adquirir, el marqués curó de su herida, y se enterró a su criado, suponiendo que era él. Su antigua dama está en el convento de las Huelgas, y hasta hoy no lo ha sa-

bido; es la pensionista misteriosa que os tengo hablado. Hay ha recibido una carta del paje en que le anuncia su pronta venida.

"Os escribo, porque esta carta irá más de prisa que yo puedo llevarlo.

"También he visto a don Juan que caminaba de incógnito.

"Estad alerta, que los enemigos de su majestad, y por consiguiente los nuestros, conspiran."

Firmó doña Ana esta carta, la cerró y puso el sobrescrito al señor Antonio Pérez, primer secretario de Estado de su majestad.

Luego llamó a uno de sus criados, y le dijo:

—Toma esta carta, monta a caballo, corre, vuela hasta llegar a Madrid, y sin perder un instante, a cualquier hora, aunque sea la media noche, entrégala en propia mano al señor Antonio Pérez.

Saló el carnicero, y un momento después volvió a entrar el posadero.

—Don Juan de Austria—dijo—, acaba de partir.

—¿Y habéis averiguado?...—

—Fácilmente: lo llamó por su nombre, me miró de un modo que me hizo temblar, y me contestó: "Decid a la señora princesa de Eboli que no tengo que ocultar mi nombre".

—¿Nada más?

—Págueme como quien es y alejarse.

—Dejadme sola.

Doña Ana apoyó la cabeza entre las manos y quedó inmóvil.

Reinó el más profundo silencio.

Largo rato transcurrió y oyéronse fuertes golpes dados a la puerta de la posada.

La princesa se estremeció.

Algunos momentos después entró Ginés con los vestidos rotos y la cara y manos ensangrentadas.

Doña Ana, al verlo, no pudo reprimir un grito.

—¿Qué sucede?—preguntó precipitadamente.

Ginés refirió el desgraciado suceso de su caída, y la inutilidad de sus esfuerzos para espiar al marqués.

—¡Se han burlado de tí!—exclamó doña Ana—. ¿De qué te sirve esa astucia que tanto te envaneces? Para nada me sirves, vete.

—¡Oh!—exclamó Ginés, apretando los puños y rechinando los dientes—. Me iré, señora, pero no me quedare sin vengarme. Este negocio lo tomo como mío; ya me debía el marqués una oreja, y ahora me debe una burla, que es cosa de más importancia.

—Te vengarás y me vengaré. No te despidas, pero que te sirva de lección.

—¡Yo os juro que he de hacer del pellejo de esos tunantes cinchas para mi caballo!

—Hemos salido perdiendo en esta partida... Ginés, que enganchen inmediatamente.

—¿No queréis pasar aquí la noche?

—He dicho que enganchen.

Un cuarto de hora después se alejaba del mesón doña Ana de Mendoza, revolviendo su cabeza mil proyectos de intrigas.

Ginés maldecía y juraba como un condenado.

—¿Qué te sucede?—le preguntaban sus compañeros.

—¡Duermos de Lucifer!... ¡Una burla!... Esto vale más que la oreja... ¡Mil rayos!... No sera falta sin tomar la revancha.

CAPÍTULO XIII

Recuerdos

Apenas el primer crepúsculo matutino anunciaba con su tenue claridad un nuevo día; a la hora en que el rocío con sus líquidos diamantes borda las verdes hojas y la azulada arena; cuando aún el jilguero no ha sacudido sus pintadas alas para responder con sus trinos al canto del gallo madrugador. Blanca, postrada de hinojos ante una imagen de la madre del divino Crucificado, oraba con todo el fervor de su acendrada fe, con toda la ternura y el dolor de sus pesares.

Las mejillas de la doncella estaban en extremo pálidas, descoloridos sus labios y humedecido el cristal de sus negros ojos por alguna lágrima que, después de haber oscilado uno o dos segundos pendiente

de las rubias y largas pestañas, rodaba del rostro al agitado seno como si buscase el dolor que la había producido. Algún estremecimiento agitaba de vez en cuando sus manos, cruzadas y apoyadas en el reclinatorio que tenía delante; algún entrecortado suspiro solía mezclarse a las palabras de suplica de su oración; pero ésta fué suagando poco a poco su espíritu y calmando sus dolores.

Más tranquila ya, como si el roce hubiese endulzado sus pesares, secó el llanto, levantóse y se acercó a la ventana.

El aire puro y frío de la mañana pareció reanimar las fuerzas de la joven. Su mirada recorrió la extensa huerta del convento, después la campiña, los verdes montes, y por último contempló los resplandores de la aurora, que enaltecida en el oriente con la claridad de los principios aunque lejanos rayos del sol, recibía los cantos de las inocentes aves y el primer aroma de las purpúreas flores. Algún lamento resonaba ya en la campiña; algún balido se repetía en el valle; el anheloso reclamo de la perdiz se apagaba entre las zarzillas y las encinas del monte, y mientras la ultramarina melosa del cielo del día colocaba sus nubes de luz en el más elevado pico de alguna roca, abrió el capullo tierno de la rosa, desplegaban las plúmas hojas de la acromática azucena, murmuraba el arroyo travieso y desmenuzando sus cristales y la paloma repulsa su amoroso arrullo sobre las píxaras que cubrían la techumbre del convento.

La contemplación de la naturaleza al despertar con sus cantos, sus aromas y sus murmurios dilató el corazón de la doncella, exhalando un tierno suspiro, que sin duda le recibió entre sus moradas pétalos algún melancólico luto como si fuese el beso ardoroso del séfin marital.

¡Cuántos recuerdos se agolparon a la imaginación de la doncella! Muchas mañanas, como aquella, tan puras, había contemplado, desde un balcón del alcázar real el tranquilo Manzanares, y las verdes praderas y espesas arboledas que se extendían a sus orillas mirando maravillado con el alma gozosa y el corazón bembolado de amor a un junco que recorría el anchuroso campo, ya perdiéndose entre la

espesura, ya trepando los montecillos o atravesando velozmente la Hanzra. Su blanquísimos corcel pisaba orgullosamente; ora rompiendo bajo la tierra el menudo césped o levantando espesas remolinos de finísima arena. Si el caballo se encabritaba, si en la impetuosidad de su carrera saltaba de un salto el arroyo o la maleza, la joven extendía los brazos y exhalaba un grito; pero cuando el bruto, marchando acompasadamente, lucía su maestría con la elegancia de sus movimientos, entonces la sonrisa más dulce hacía entreabrir los rosados labios de la doncella y sus negros ojos brillaban con la luz del contento más inocente.

Empero ya el Manzanares no serpentaba a sus pies; ya no podía esparcir su mirada por las verdes praderas ni los espesos bosques de la Florida, y cuando se asomaba a la ventana de su estrecha celda, no divisaba a su amante, fatigando a su blanco corcel. Una cadena de áridas montañas, muchas veces cubiertas de nieve, se presentaba a su vista, sin que atravesase el ancho campo más que algún fatigado viajero sobre su parda mula o su flaco rocín.

¿Qué se habían hecho tantas ilusiones, tanta esperanza? En un instante, en un solo instante habían desaparecido. Tras de aquellos días de felicidad, de completa felicidad, había pasado muchas de amargo dolor, en que habían salido de los labios tantos ayes como antes dulces palabras de amor, en que los ojos habían vertido más lágrimas abrasadoras que sonrisas habían animado el semblante en otros tiempos.

— ¡Qu pasajera fué mi dicha! — murmuró la doncella.

¡Ah!... Sí, muy pasajera, porque cuando la felicidad hace sonreír no se cuentan los días; pero cuando el dolor hace llorar se cuentan las horas, los minutos, los instantes.

Largo rato permaneció la joven silenciosa e inmóvil como una estatua. Su mirada no se apartaba un instante del sitio en que la había fijado últimamente como si examinase con afán algún objeto; pero casi podía asegurarse que nada veía, según estaba de absorta en sus pensamientos. ~~Comparaba~~

su pasada dicha con sus presentes dolores. ¡Horrible comparación! Mucho sufría en aquellos momentos, y sin embargo nadie lo hubiese sospechado al ver su aparente tranquilidad.

De pronto, en una tortuosa vereda que iba a perderse a la vuelta de un montecillo, aparecieron cinco jinetes, dos delante, tres detrás, aquellos graves y silenciosos, éstos alegres y entretenidos en animada plática. Blanca no podía distinguir las facciones de los caminantes porque la distancia era mucha; pero al ver el caballo blanco que iba a la izquierda de los de delante, no pudo contener un grito.

—¡Como aquel, como aquel!—exclamó la doncella.

Y sus mejillas se encendieron para tornarse después más pálidas que antes estaban.

—Su misma estatura, su mismo albr... ¡Oh!... ¡Detente, caminante, detente! ¡Déjame contemplar tu blanquísimo corcel!...

Los viajeros no eran otros que el marqués y don Juan.

—Prefiero—decía éste—, que habléis mucho. Hoy estais más triste que ayer.

—Decidme, don Juan—preguntó el de Poza, volviendo atrás la cabeza—, ¿qué edificio es aquel que dejamos a nuestra espalda?

—Es el convento de las Huelgas donde ha estado encerrada doña Ana de Mendoza.

El marqués se detuvo.

—Dejadme que lo contemple. La palabra convento es ahora para mí de mucha importancia.

—Reparad en aquella ventana, la quinta empezando a contar desde la izquierda...

—Sí, una monja...

—Parece que nos observa.

—¿Sabéis lo que me trae a la memoria esta mañana serena, aquella mujer que nos mira y mi yegua blanca?

—¿Volvéis a vuestras comparaciones?

—Como sólo vivo de recuerdos...

—¿Y cuál es el de ahora?

—Es el de las mañanas en que sobre mi potro blanco, que me quisisteis comprar con tanto empe-

no, paseaba ya por las orillas del Manzanares y mientras Blanca me miraba desde un balcón de palacio.

—Pero esa mujer es una monja.

—Pero es una mujer que me mira, que no se mueve... Fijad bien en ella vuestra atención.

El marqués obligó a encabritarse su yegua, y Blanca extendió involuntariamente los brazos.

—¡Como ella, lo mismo que ella!... ¡Y la he perdido!—exclamó el mancebo.

Y bajó tristemente la cabeza.

—¿Dónde estará? ¿Qué hará en este momento? ¿Se acordará de mí?

Los mismos recuerdos, las mismas ideas que desde largo rato hacían sufrir a la doncella, atormentaron también al marqués. Emprendía un viaje para saber del paradero de Blanca, y la tenía tan cerca y lo ignoraba, la estaba mirando y no la conocía.

Transcurrió largo rato de profundo silencio.

—La mañana avanza—dijo don Juan.

—No sé por qué no quisiera alejarme de Burgos—respondió el marqués.

—Fácilmente se comprende, amigo mío. Habéis visto a esa monja que por casualidad nos mira, que por casualidad extiende los brazos al encabritarse vuestra yegua, y esto evoca ciertos recuerdos. Os hace forjaros la ilusión de que estáis en otros días más felices, y no queréis moveros de aquí para no despertar de vuestro sueño.

—Es verdad.

—Pero como el día avanza y vuestros enemigos pueden querer probar nuevamente fortuna para esparos, es prudente alejarnos de aquí.

—Tenéis razón—contestó el marqués.

Y echando una última mirada a la religiosa, y al sentir humedecidos sus ojos, sacudió la cabeza, clavó el duro calcetín en el vientre de su cabalgadura, y partió veloz.

—¡Se aleja!—murmuró tristemente Blanca.

Y una lágrima salió de sus ojos, y luego miró al cielo.

Empero no era en la mansión de los espíritus donde debía buscar a su amante, porque corría de

lante de ella como seis años atrás a orillas del Manzanares.

Mundanos pensamientos agitaron el corazón de la doncella.

—Sonó una campana.

—A coro—dijo distraídamente.

Intentó borrar con la oración el recuerdo del caballero del blanquísimo corcel, y apagar el fuego de su pasión que se había reanimado aquella mañana; pero fué en vano.

Los siguientes días, al despuntar la aurora, se asomaba la doncella a la ventana y permanecía hasta la hora de entrada en el octo con la vista fija en la tortuosa vereda; pero el caballero de nevado corcel no aparecía, y ella se retiraba pensativa, con el llanto en los ojos y la tristeza en el semblante.

CAPÍTULO XIV

Donde se da a conocer a Antonio Pérez

Ya hemos dado al lector una ligera idea del estado en que se encontraban los asuntos de Flandes, y sólo nos faltaba hacer algunas indicaciones sobre el aspecto que presentaba la corte de Felipe II y sobre algunos de los personajes que figuran en esta segunda parte de nuestra diabólica historia, no dados a conocer.

Antonio Pérez, el ministro que tan escandalosamente abusó de su influencia y que concluyó siendo víctima de todos los abusos, había heredado con creces el inmenso favor real de que gozara en otro tiempo Ruy Gómez de Silva, y aunque sin hacerse dueño de la voluntad del monarca, porque Felipe II no se dejó nunca dominar por ningún hombre, por ninguna afección, por ningún sentimiento, puede decirse que aquel ministro era una segunda autoridad suprema a cuyo nombre todas las frenas se doblaban. Jamés favorito alguno se ha visto tan odiado ni ha sido tan temido como lo fue el

célebre secretario del prudentísimo rey de dos mundos; pero es verdad también que pocos, muy pocos han alcanzado de la naturaleza el don de un talento tan elevado, de un tacto tan delicado en los graves negocios de la tenebrosa política de aquellos tiempos. ni han sabido estudiar el corazón humano como Antonio Pérez.

De imaginación ardiente, viva y fecunda, y educado en Italia, imperio de la ciencia política en los siglos XV y XVI, había completado Antonio Pérez su sabiduría con los consejos de su experimentado padre, y en pocos años logró elevarse a una altura desde la cual miraba desdeñosamente a los más poderosos magnates del reino. El coplo de la fortuna lo remonó en sus doradas alas; empero como cada hombre tiene un diablo tentador que lo precipita desde el ríaismo camino de la bienandancia al negro abismo de su terrenal purgatorio, lo fué el de Antonio Pérez la ciega vanidad que picó la envidia de los ricos, hirió el orgullo de los nobles de sangre, y le procuró tantos enemigos cuantos señores se acordaban, y lo eran todos, de que el secretario de su majestad era el fruto de unos amores ilícitos, que no podía anteponer a su nombre un don, y que se llamaba simplemente el señor Antonio Pérez. Mas sin don ni árbol genealógico que diera principio en un conde godio, el señor Antonio Pérez daba suntuosos banquetes, gastaba con la esplendor de un príncipe, levantaba la cabeza con un orgullo de un grande de España, pagaba con ligeros saludos las humildes reverencias de los cortesanos, y devolvía sonrisas de monarca por las adulaciones con que se veía honjeado. Y la torpe vanidad, como a todos los hombres, no le dejó conocer que son de cera las alas de la ambición y que más pronto se derriten cuanto más cerca se agitan del astro del poder.

A más de la vanidad, otro abismo se abría bajo los pies de Antonio Pérez, y era la pasión criminal que sentía por doña Ana de Mendoza, de la que, como ya saben nuestros lectores, estaba también enamorado Felipe II. No pensó el favorito que los celos del monarca habían encerrado en una prisión al príncipe don Carlos, y que podían ser también su

ruina, y puso en juego toda su habilidad para conseguir que la de Eboli volviese a la corte, y al fin llegó a crear Felipe II que seis años de encierro eran suficiente castigo para las intrigas de la dama.

Fácilmente se comprende que si el tiempo hubiese extinguído la ardorosa pasión del monarca, no hubiese juzgado tan blandamente a su antigua querida; pero quedaban aún chispas del primitivo fuego y una mañana, después de meditar a solas un buen rato, dijo:

—Es cierto que la princesa fue la causa de la muerte del marqués de Poza; pero con esto gané en tener un enemigo menos; y si aconsejó a su esposo que se educase con mi nombre, fué impulsada por el natural instinto de conservación. Dicen que está más hermosa que nunca... venga, pues, que la corte es el cielo de la monarquía y no debemos robar al cielo ninguna de sus estrellas.

Para conseguir Antonio Pérez su deseo, había constantemente hablado en contra de la princesa, aunque arguyendo con notable flojedad, y por eso el monarca añadió a las anteriores palabras las siguientes:

—Antonio Pérez no es partidario de doña Ana, porque sin ella teme la influencia que ésta puede ejercer en mi ánimo y que disminuirá la suya; pero esto es una razón más para que ella vuelva a la corte: así ninguno de los dos podrá ser jamás dueño absoluto de mis favores.

Y como ya sabemos, doña Ana obtuvo el permiso para volver a Madrid.

Envenenado Antonio Pérez por haber tenido bastante habilidad para hacer que el monarca permitiera la vuelta de la princesa, mientras que Felipe II se regocijaba, persuadido de que había dado a su favorito un golpe fatal.

Entretanto los cortesanos murmuraban a su placer, y los más atrevidos galanteadores se dispusieron a emplear todas sus fuerzas para obtener los favores de la dama, cuyo influjo en la corte había sido en otro tiempo de tanta valía. Preguntábanse los unos a los otros cuándo llegaba la princesa porque todos hubiesen querido ser los primeros en recibir una de sus sonrisas y en rendirse ante su

poder y su hermosura; pero nadie había podido averiguar el día de la vuelta de la desterrada, y se creía que el rey había dispuesto que se ocultase para librarse de importunos en los primeros días.

Empero el empeño de los cortesanos era tal, que algunos habían despachado mensajeros a Burgos, y no faltaba alguno que hiciese espiar día y noche junto a la casa de doña Ana, y aun él mismo pasase gran parte de la noche midiendo con lentos pasos la parte de calle de la Almodena en que se levanta el templo de Santa María. Y es lo más extraño que todos ellos, seis años antes, se habían mostrado a porfía enemigos de la princesa, y habían manifestado un horror a sus crímenes, que a juzgarla por su voto debía habérsela quemado viva en una hoguera como al hereje más atroz. Pero entonces estaba caída, salía de la corte sin más acompañamiento que los esbirros que la vigilaban, y ahora volvía triunfante, acompañada de numerosos lacayos que la guardasen y la sirviesen: y esta era la razón porque antes la maldecían como al último de los criminales, y después la compadecían como a la más interesante de las víctimas.

No habían dado aun las siete de la mañana, y ya, en un espacioso salón del alcázar real hallábanse reunidos muchos caballeros, formando desiguales grupos, en los que se hablaba a porfía, o más bien dicho, rodaban de boca en boca, quedando muy mal parados, las repugnancias de los ausentes. Referían los enamorados de oficio sus nocturnas aventuras, abullándose a su placer; los ambiciosos se quejaban de su mala estrella, enumerando sus merecimientos, y los envidiosos clamaban contra la falta de equidad del soberano que otorgaba mercedes a quien no las merecía.

En uno de aquellos grupos, el que estaba más cerca de la puerta de entrada, habíanse tocado ya todos estos puntos y preparábase la discusión de otro: cuando entró un nuevo personaje vestido de terciopelo azul con profusión de bordados de oro, y que a pesar de sus cuarenta años demostraba en sus estudiadas maneras, en sus palabras dulces y en sus sonrisas, que era uno de esos hombres a quienes la edad no quita la costumbre de requebrar a

todas las mujeres, de enamorarse de todas y de no ocuparse sino de galanteos.

Era el personaje en cuestión enjuto de carnes, de nariz larga y aguililla, aunque no muy desproporcionada, de azules ojos y cabellos y barba gris peinada con sumo esmero y perfumada. Por donde quiera que pasaba hacía saludos y repartía sonrisas, aunque sin dejar por eso la grave apostura de su elevada jerarquía ni el aire cortesano que era consiguiente a quien paraba más parte del día en palacio que en su casa. Era, aunque poco, de vista corta, y esto le obligaba a inclinarse hacia las personas a quienes se dirigía; pero este motivo lo ejecutaba con toda la coquetería de una doncella de flexible tallo.

Cuando llegó cerca del grupo de que hemos hablado, hizo un saludo, inclinando el cuerpo hacia la derecha, y ya se disponía a pasar de largo, cuando le detuvo uno de los que allí estaban, diciéndole:

—¿Adiós, señor barón, sin decir una palabra a vuestras nobres amigas? A fe mía que si fuésemos de distinto sexo no hariais otro tanto.

—¿Por qué—dijo el conde llegado—, me alejaba con la intención de volver, y sólo quería buscar a mi amigo el marqués de Castro para felicitarle por el buen gusto que ha tenido en elegir el rico aderezo de esta alfileras que unos le lucia su linda esposa en el collar de la reina; porque el tal aderezo fué regalo del marqués.

—¿Claro lo sabéis?

—Por su similitud. Acaba de darme el joyero que lo robó.

—¿Le habéis encontrado otro igual?

El conde desplegó una dulce sonrisa, y contestó:

—Sí, demasiado atrevido.

—Pero sinos dierais todos los presentes, y bien puede confidenciaros cualquier secreto.

—¿Y qué noticias corren?—preguntó el barón al conde, mirándole con las palmas de su amigo.

—Nada—dijo el conde—, sino que se agrava la enfermedad del príncipe de Belfa, y que ya hay quien se gana para obtener su puesto de capitán de guardias del rey.

—¿Nada más?

—¿Tenéis vos que contarnos?

—Sí, amigos míos, pero sólo os diré sobre qué punto versa la noticia, aunque sin dárosela.

—Sepamos.

—Ya sé cuándo llega doña Ana de Mendoza.

—¿El día fijamente?

—Y la hora también.

La curiosidad se pintó en el semblante de todos.

—¿Y queréis decírnos ese día y esa hora?

—Es un secreto que vale mucho.

—Sin embargo...

—Permitidme, señores, que guarde la mayor reserva sobre este punto; ya sabéis que tengo pendiente una apuesta de bastante consideración, y que perderé si no soy el primero en visitar a la princesa, antes que nadie sepa su llegada.

—Queréis divertirnos a nuestra costa.

—A fe de caballero os digo la verdad.

—En cuanto a la apuesta sí.

—Y en todo.

—Hablad, pues.

—Vuestra reserva a nada conduce; nosotros no estamos interesados en esa apuesta, y por consiguiente no podemos causaros ningún perjuicio.

—Es verdad, pero...

El barón fué interrumpido por la entrada de un gentilhombre, que acercándosele, le preguntó:

—¿Sabéis si el señor Antonio Pérez ha salido de la cámara de su majestad?

—No ha salido aun.

—Le esperaré aquí.

—¿Tan urgente es el negocio?

—Una carta de no sé quién, pero con tanta prisa por parte del mensajero, que debe ser un asunto de mucha importancia.

—¿Y no dicen de parte de quién?

—No, pero la trae un escudero tan ricamente vestido, que debe ser de algún gran señor.

—¿Y el acito?

—No lo tiene.

—¿Y la letra?

—No la conozco.

—¿Me permitís—dijo el barón—que la vea?

—Con mucho gusto, porque así todos podremos satisfacer nuestra curiosidad, si la conocéis.

El barón examinó lentamente el sobre de una carta que le entregó el gentilhombre; sus mejillas se tiñeron por un instante de un ligero carmin y desplegó una leve sonrisa, pero que revelaba una viva satisfacción.

—Nunca he visto esa letra—repuso, devolviendo la carta al gentilhombre.

Y después de una breve pausa, añadió:

—Mucho tarda hoy su majestad en recibir, y yo tengo que despachar asuntos muy urgentes.

—¿Os vais?

—Sí.

—¿Y el secreto?

—Lo guardo; pero para que quedéis convencidos de la seguridad que tengo de mis noticias, os diré que la llegada de la dama en cuestión la sé por una carta suya que he visto.

Y haciendo una reverencia con su acostumbrada coquetería, se alejó apresuradamente.

Los que quedaron empezaban a comentar la repentina marcha del barón, cuando, abriéndose una puerta, apareció Antonio Pérez, primer secretario de Estado de Felipe II.

Cesaron repentinamente todas las conversaciones y se fijaron en aquel punto todas las miradas, como si hubiese entrado el mismo rey. Luego, como si toda la turba de cortesanos hubiese sido impulsado por un solo resorte, se apresuraron todos a rodear al favorito para rendirle el homenaje de una baja adulación.

La despejada y ancha frente del ministro estaba serena y se levantaba, no con un orgullo que ofendiese, sino con la satisfacción del que se contempla a mayor altura que todos. Sus ojos negros, de mirada penetrante y viva, brillantes y expresivos, recorrieron en un segundo con su vista de águila todo el salón. Vagó en sus labios esa sonrisa estudiada que concede los grandes a los pequeños, y que más que otra cosa demuestra la superioridad en alto grado que se digna dar aquella muestra de benevolencia a sus inferiores, y que al

mismo tiempo dice: "Agradezcadme esta honra que os dispenso".

Estaba el favorito en lo mejor de su edad, era de regular estatura, de buenas formas, de rostro ovalado de simpática expresión, y de ademanes expresivos. Para todos tenía siempre una frase agradable, una mirada franca y dulce que borraba cualquier mala sospecha que pudiera abrigarse contra su palabra, teniendo éstas el don de la persuasión. Y sin embargo, bajo tales prendas, abrigábase un corazón ambicioso hasta el último grado, y no del todo generoso y noble, como lo prueba la negra ingratitud con que pagó la incomparable ternura de su esposa doña Juana de Coello, tan hermosa como noble y tan noble como virtuosa.

Iba Antonio Pérez todo vestido de negro, ya porque el grado de nobleza de su cuna no le permitía usar bordados ni cierta clase de adornos, ya también porque Felipe II gustaba de que sus ministros fuesen vestidos con suma sencillez y en armonía con la gravedad de sus funciones. Sin embargo, su ropilla era de terciopelo de Utrecht, sus calzas de la más fina seda de Granada, y su ferretuelo del paño más superior que se había tejido en las fábricas de Florencia. En el preñado de su sombrero de ala estrecha brillaba una esmeralda de gran valor, única joya que llevaba y que daba a conocer que no era su dueño un hidalgo de bolsillo tan pobre como de modesta cuna.

Antonio Pérez atravesó el salón, dando a los unos la mano, contestando a las diversas preguntas de otros con ese laconismo, precisión y claridad de los que están acostumbrados a entender en muchos negocios a la vez y economizar el tiempo con sumo cuidado, y llamando, en fin, la atención de muchos para darles tal o cual noticia, o decirles alguna palabra agradable.

El gentilhomme portador de la carta misteriosa que hizo ponerse colorado al barón, acercóse al favorito, y entregándole el papel, le dijo:

—Os esperaba con impacencia, señor Antonio Pérez: tal es la prisa que trae el que me dió para vos esta carta.

—Gracias, mi buen amigo—le contestó el secretario de Estado con agradable acento.

Y abriendo la carta, leyó rápidamente los tres o cuatro renglones que contenía.

Sin duda el misterioso papel debía ser de mucha importancia, porque así como hizo enrojecer las escuálidas mejillas del barón, tornó pálidas las de Antonio Pérez.

—Podéis—dijo el gentilhomme—prestarme un servicio que os agradeceré.

—Espero vuestras órdenes.

—Pues servid, si os place, decir al portador de esta carta que conteste a su amo que voy a verlo al instante; y de este modo podré yo entre tanto buscar al señor marqués de los Vélez para comunicarle una orden de su majestad.

El gentilhomme apretó llano de vanidad la mano que le alargó Pérez: salió mientras este se perdía entre la multitud de cortesanos, diciéndole a todos que iba a dar cumplimiento a una orden urgente del monarca, para librarse así de los muchos importunos pretendientes que lo rodeaban y le hacían perder un tiempo para él muy precioso.

Mientras esto sucedía, se preparaba una escena de muy distinto género en una casa de la calle de Santa María cap: escucha a la de la Almudena; y si el lector no lo lleva a mal, nos trasladaremos a un aposento ricamente amueblado con anchos sillones y divanes forrados de damasco carmesí, mesas doradas con primorosos tallados, y dos grandes espejos, cuyas molduras, también doradas, resataban sobre la rica tela de seda blanca con finas color de rosa claro, que cubría las paredes.

Uno de estos espejos estaba frente a la puerta de entrada, y el otro frente a un balcón, cuyas anchas cortinas de damasco carmesí, prendidas con gruesos cordones de oro, no dejaban penetrar sino una mediana luz que embellecía más el aposento. Oramos que aquel fuera la puerta de entrada, y del techo y un gran colgán de seda que representaba una flor de oro, pendía una alfombra de cristal con ardores y muy magníficos adornos y en la pared de enfrente, colgaba un cuadro de diferentes colores. Una alfombra roja en Flandes

guía el pavimento y completaba el adorno del espacio vacío.

Compárense ahora de lo que en él sucedía, y verá cómo comenzaban el nuevo capítulo, ya que esto es también lo que vamos a referir.

CAPÍTULO XV

Tratado de alianza ofensiva y defensiva

Doña Ana de Mendoza estaba negligentemente recostada en uno de los divanes de que hemos hecho mención, y vestía un riquísimo traje de brocado azul de Damasco con flecos y adornos de seda del mismo color, que hacía resaltar más la blancura de la gorguera de finísimo hilo de Hungría primeramente hilada. En su peinado, caprichosísimo y extravagante según la moda de entonces, se entrecruzaban algunos hilos de gruesas perlas cuya transparente blancura se hacía más notable sobre el negro brillante de sus cabellos. Un ancho brazalete de oro con un resacón de brillantes cubría la parte exterior del brazo izquierdo de la dama, y un solo anillo, pero de mucho valor, brillaba en el índice de su diestra.

Los ojos de la princesa tenían una expresión de seductora dulzura, revelaba su postura tal languidez estaba su boca entreabierta tan graciosamente, que al mirarla se comprendía cómo sus seducciones podían haber hecho olvidar sus crímenes.

Pasaron algunos instantes; doña Ana se miró en uno de los espejos, y como si hubiese quedado satisfecha de sí misma, sonrió levemente y luego murmuró:

—Mucho tarda.

Entonces la expresión de su semblante varió completamente; sus párpados cayeron a medias, sus pupilas se contrajeron en ancho frente, y pareció entregarse a profundas meditaciones.

Tras largo rato de completa inmovilidad, levantóse la dama mostrando suma impaciencia; reco-

rió la habitación como para entretener el tiempo, arregló su garguera, y volviendo a sentarse, comenzó a dar vueltas a su brazalete con aire distraído.

Al fin agitóse la cortina de la puerta y un hombre asomó, pidiendo permiso para entrar.

—Adelante, respondió vivamente doña Ana.

Preséntose entonces un escudero, adelantó algunos pasos, y en actitud respetuosa esperó.

—¿No lo has visto?—le preguntó la princesa.

—No, señora—contestó el criado—; pero ya le han entregado la carta y traigo la respuesta.

—¿Qué ha dicho? ¿Te han dado algún papel?—repuso la dama.

—Ninguno; pero un ujier me mandó decirles que al instante vendría el señor Antonio Pérez, y que así os lo avisase.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Porque el señor Antonio Pérez estaba cuando llegué en la cámara de su majestad, y no han podido entregarle antes la carta.

—Bien, déjame, y cuando venga, que le hagan entrar inmediatamente sin más aviso.

Salió el escudero y doña Ana volvió a quedar burlón, silenciosa y pensativa.

Aun transcurrieron más de veinte minutos.

Por fin levántase la cortina de la puerta, y anunciaron al ministro de su majestad.

La princesa desplegó una sonrisa encantadora, fijó en el favorito una mirada dulcisima, y le alargó la diestra a la vez que le decía:

—Mucho ha de hacerse desear quien mucho vale.

Las mejillas de Antonio Pérez se tiñeron de un vivo carmín; sus ojos brillaron como dos lucas, y sus manos, levemente agitados, cogieron la de la princesa, llevándola a los labios y estampando en ella un beso que debía ser muestra de respeto, pero que significaba más bien una ardiente pasión.

—Perdonadme, señora—murmuró—, si no he venido con toda la prontitud de mi deseo, y como quien, valiendo poco, acude a ver a quien mucho vale.

—Sentaos, amigo mío—repuso doña Ana, señalando al diván y junto a sí—. Mucho tenemos que

hablar, aunque vuestras galanterías me lisonjean en extremo, y bueno será que como parte de adorno las dejemos para después.

—Señora—repuso el ministro a la vez que se sentaba—, somos de diversa opinión, y os juro que esto me apesadumbra mucho; para mí la parte principal es la que vos consideráis como accesorio.

—Mucho siento yo también que comencemos no estando acordes; pero decidme a qué pueden conducir las galanterías, qué ventajas puede reportarlas.

Y la princesa desmintió con una mirada lo que acababa de decir.

—Hace mucho tiempo, señora, que sabéis lo que pasa en mi corazón y me preguntáis las ventajas que pueden reportarnos... ¡oh!... tenéis razón, para vos ninguna ventaja; pero yo al menos, ya que no vea satisfecha mi pasión, tengo necesidad absoluta de deciros que os amo.

—¿Aun pensáis en esa locura?—dijo la princesa sonriendo graciosamente—. En verdad que os creí ya curado de vuestra manía de requebrarme.

—Bien hacéis en burlaros de mí—contestó Antonio Pérez con amargura—. Tratadme como loco, porque lo soy.

—Vuelvo a deciros que dejemos este asunto para después, porque estamos perdiendo un tiempo precioso.

—;Para después!... No, señora, a menos que os neguéis a escucharme. He contado uno por uno los días, una por una las horas que han pasado sin veros, y hoy he venido, más que nunca enamorado, a saber de vuestra boca si debo resignarme a vivir en un continuo tormento o si he de abrigar alguna esperanza que calme mi afán. ¿Acaso puedo estar junto a vos y no deciros que os amo? Si quiera por compasión, doña Ana, acabemos de una vez; o rechazadme para siempre o corresponded a mi pasión; la incertidumbre es horrible.

Y el favorito se acercó a la princesa sin reparar que le arrugaba la falda del vestido. Pero no estaba el para miramientos tales, porque su cabeza se ardía y su razón se trastornaba.

—Amigo mío—dijo doña Ana con acento triste

y bajando la vista—, olvidais cuán peligroso es amarme, y más aun pedirme correspondencia.

Estas palabras produjeron un maravilloso efecto en Antonio Pérez, cuyo rostro se contrajo.

—Es verdad—dijo con amargura—. tengo un rival con quien no puedo competir.

—¿Un rival?...

—El rey os ama, vos lo amais...

—Mucho decís, señor Pérez.

—¿Acaso no es cierto?

—Desgraciadamente es muy cierto que el rey me ama, pero yo...

—¡Decid que no le correspondéis y soy feliz!— interrumpió el ministro con arrebató.

—¿Con esto os contentáis?—le preguntó la dama mirándolo un tanto lastimosamente.

—¡Oh, no! pero si quiera no se añadirá al tormento de los celos a la pasión.

—Pues bien, no tengais celos, sed feliz al menos en esa parte; pero en cuanto a corresponderos, os estimo en mucho, me estimo yo también para exponernos al enojo del rey.

Antonio Pérez se acercó más a la princesa, y exclamó:

—¡Repetid esas palabras! ¡Decid que sólo el temor os separa de mí, pero que me pertenece vuestro corazón, y entonces...

—Entonces os haré desgraciado y las Huelgas de Burgos volverán a servirme de prisión.

La esperanza animó el semblante del ministro, quien estrechando entre las suyas las manos de doña Ana, replicó:

—¿Qué podéis temer si yo os defiendo? ¿Acaso no valgo bastante para tranquilizar a todos vuestros enemigos, que son los míos?

—Pero el rey...

—Nada sabrá de nuestros amores.

—Os equivocais.

—Y en fin, aun cuando llegue a sospechar...

—¿No teméis su celos?

—Nada temo cuando se trata de vos.

—Si hubierais pasado como yo, seis años en la solitud de una celda...

—Doña Ana—interrumpió el favorito—, si me

amíseis como yo os amo, nada os haría retroceder.

En el semblante de la dama se pintó una profunda tristeza. De su pecho salió un doloroso suspiro, inclinó la cabeza sobre el pecho, y dijo:

—Mis enemigos son muchos y muy poderosos: me harán una cruda guerra y no descansarán hasta aniquilarme. Y como sé hasta dónde llega su encono, no quiero exponerme a las consecuencias fatales que os produciría vuestra generosidad por defenderte.

—¿Pero me amais?—dijo Antonio Pérez, cuyos ojos brillaron extraordinariamente.

Dona Ana miró a todos lados como si temiese que la escuchasen, y luego dijo:

—Mientras vivió mi esposo y las intrigas de mis enemigos no me habían colocado en una falsa posición, pude resistir a las instancias del rey, porque nada tenía que temer de él. Un año y otro me perseguía donde quiera con los ruegos de su pasión, hasta que perdí la esperanza. Herido en su amor propio al verse despreciado a pesar de su corona, castigó mi resistencia pretexto de un crimen que se me supuso, prevaleciéndose de un acontecimiento casual. Ya comprenderéis, porque en la corte no hay secretos para vos, que me refiero a la muerte de mi esposo. Sola, de todos abandonada, despreciada y censurada por todos, he pasado seis años en un encierro rodeada de espías, sin que nadie, sino vos, en todo este tiempo haya pensado en aliviar mi suerte. Al fin, y tal vez por mi desgracia, me veo fuera de mi prisión, pero no libre ni absuelta de las terribles acusaciones que pesan sobre mí, y que podrá tomarse nuevamente por pretexto si se me quiere hacer algún mal. Esta es mi situación. Ahora examinemos la conducta del rey.

—Feliz vos, señora—dijo el ministro—, que podéis razonar sin que la pasión os turbe.

—Las desgracias me han dado bastante fuerza de voluntad para dominar mis pasiones siquiera por algunos momentos.

—Es decir que vuestro corazón?...

—Permitidme que continúe; ya os hablaré de mi corazón.

—Os escucho—contestó Antonio Pérez contemplando a doña Ana con afán.

—La gracia que el rey me ha concedido levantando mi destierro, no puede ser desinteresada ni fruto de vuestras gestiones; ya conocéis a Felipe II y sabéis muy bien, quizás mejor que yo, que no hace nada sólo por hacerlo; también sabéis que es tenaz como ningún hombre, y que formando un propósito no retrocede sino ante la absoluta imposibilidad. La pasión que el monarca sentía por mí debe arder aun, y al permitirme volver a la corte se ha propuesto satisfacer esa pasión, favorecido por el temor que deben infundirme el aislamiento en que me hallo y las acusaciones que pesan sobre mí. Si antes pude resistir haciendo frente a su incansable insistencia, no sé cómo podré seguir ahora la misma conducta sin sufrir de nuevo las consecuencias de su terrible enojo. El resultado no lo preveo ni casi me atrevo a pensar en él; pero cualquiera que sea me será contrario, porque correspondiendo al rey no dejaré de ser menos desgraciada que sufriendo los efectos de su cólera.

—Creo que exageráis, señora.

—¿Podréis explicarme de otro modo la conducta del monarca?

—Señora...

—Demasiado convencido estais de que mi situación es tal como acabo de pintarla. Pero es menester añadir algo.

—¿Malo también?

• —Peor quizás.

—En vuestro largo encierro os habéis acostumbrado a verlo todo con los más negros colores.

—Con los que tiene.

—En otro tiempo, para vos más feliz, para mí más tranquilo por lo menos, nada os importaban los peligros. ¿Se ha debilitado la fuerza de vuestro espíritu con la paz del claustro?

—No, amigo mío, y por el contrario ha adquirido más vigor; seis años de soledad sin que nada me distrajesse para poder pensar en mis desgracias, para poder odiar a mis enemigos; seis años de forzado silencio sin que me fuese permitido exhalar una queja, han sido, por una parte, un des-

caso que ha dado nuevas fuerzas a mi espíritu y por otra, una privación que ha excitado más y más mi deseo de luchar hasta vencer.

—Entonces...

—Pensad que en la otra época contaba yo con medios que me faltan ahora. Entonces tenía primeramente a mi esposo, cuya defensa y ayuda eran de gran importancia.

—¿No me tenéis ahora a mí?

—¿Y queréis que os exponga, como ya os he dicho, a ser víctima de vuestra propia generosidad?

—Si acaso, sería vencido luchando en pro de mi misma causa, porque defenderos es defenderme, protegeros es proteger mi amor.

—¿Pero si yo puedo evitaros un mal, no debo hacerlo así?

—¿Sabéis cuál es de todos los males el peor? Pues ninguno como no alcanzar vuestros favores; ninguno como perder la esperanza de ser correspondido por vos. ¡Ah! Vos no sabéis lo que mi pecho encierra, lo que padece mi corazón. Todos los sacrificios, todas las locuras, las haría por una sola de vuestras miradas, y la existencia con todos sus goces, con todas sus esperanzas, con todos sus ensueños de cien años, los trocaría por un segundo no más de vuestro amor. ¿Y queréis que me contenga, que contemple y huya de esos peligros, reales o imaginarios que decís que me amenazan!... Sin duda no sabéis lo que es sentir el pecho arder y la mente desear delirando a impulso de la pasión.

—¿Que no lo sé!

—Sin duda lo ignorais, cuando con fría calma analizais todas las situaciones y queréis cortar los peligros.

Antonio Pérez, palpitante de emoción, estrechó más y más la mano de doña Ana que aun conservaba entre las suyas.

—¿Cuán cruelmente me tratáis!—murmuró la dama con acento de tristeza tal, que cualquiera hubiese dicho que contenía trabajosamente el llanto.

—¿Y me llamais cruel cuando así me véis sufrir sin darme ni siquiera el consuelo de una leve esperanza!... ¡oh!... vos amais al rey, señora, y en vano intentaré que os conmuevan mis súplicas.

Había llegado el momento oportuno para la princesa.

—Señor Perez—dijo mostrando algún enojo y retirándose al extremo opuesto del diván—, me ofendéis poniendo en duda mis palabras. ¿Credéis que amo al rey? En buena hora, soy libre y no tendría pero qué ocultarcelo.

—¡Perdonadme, señora!—exclamó el favorito, que ya estaba a punto de perder la razón—. Perdonadme, es lo padre de rodillas.

—Perdonado estáis pero dejemos este asunto.

—¡Oh no!... Pero si me amais al rey, si vuestro corazón es mío, ¿por qué hacermos padecer tanto?

—¿Acaso os he dicho nunca que sea vuestro mi corazón?

El ministro se pasó las manos por su abrasada frente: oprimióse el pecho, y con voz ahogada y uno entre suplicante y desesperado, exclamó:

—¡Por compasión, señora, que me estéis matando!

—¿Y que hacéis vos sino atormentarme también?—dijo la princesa fingiendo hábilmente que ya no podía contener los impulsos de su pasión.

—Ya no me atrevo a explicarme vuestras palabras, pero si no habéis de corresponderme, echadme de vuestro lado.

—Os olvidáis de cuantos peligros nos amenazan, corréis ciego a vuestra perdición.

—¿Qué me importan esos peligros? Amadme, doña Ana, que yo sé lo bastante a vuestros enemigos.

—Nada temo por mí, sino por vos; yo de todas maneras he de verme perseguida. ¿Os convencéis de que no soy egoísta?

—Pues bien yo lo acepto todo gustoso de buena voluntad, y no tendré por qué quejarme de vos.

La princesa aparentó hacer un esfuerzo, y contestó:

—Yo también, estoy resuelta a todo...

—¡Me ahorráis!—exclamó el ministro en el mayor transporte de su frenética alegría.

Y quitó batir repetidas veces las manos de doña Ana.

—Esperad—dijo ésta—. No os entreguéis a vuestro contento antes de escucharla.

—De vuestras palabras depende mi vida.

—Si os correspondo, mi situación será muy delicada, y tendremos que obrar con mucha prudencia.

—Imponedme cuantas condiciones os plazcan.

—Primero la más completa reserva.

—Bien, bien.

—Como yo no puedo romper abiertamente con el rey, no llevaréis a mal que entretenga sus esperanzas, que me muestre con él hasta cierto punto complaciente, aunque esto dé ocasión a los cortesanos para murmurar como ya lo hicieron en tiempo del maldito diablo.

—Haced cuanto os plazca; pero no me habléis de semejante cosa — contestó Antonio Pérez con cierta repugnancia.

—Veo—repuso la princesa—que comprendéis al revés vuestra situación. Debéis figuraros que soy realmente la dama de Felipe II y vos su rival afortunado; de este modo no os atormentarán mucho los celos, que es una ilusión como cualquier otra. ¿Qué habiérais hecho a conseguir antes mis favores, cuando aun vivía mi esposo? ¿Hubiérais tenido muchos celos a pesar de que sabíais que me amaba con frenesí y que yo no desdenaba su ternura?

—Tenéis razón, pero es muy difícil figurarse una cosa que no es.

—El rey tiene el derecho de antigüedad, y si bien es cierto que nada de común tengo con él en pretensiones, por lo mismo, sois vos el rival con fortuna y debéis aceptarme tal como soy, en la situación que me habéis encontrado, y no tal como quiséis que fuera y en una nueva situación.

—Amadme y...

—Una cosa me resta que deciros.

—Díe mata la impaciencia, señora.

—Tengo tres enemigos.

—Lo son misa.

—Uno, el antiguo paje de doña Blanca;

—Desde ahora detesto a ese mancebo tanto como antes lo he admirado.

—Además doña Blanca.

—También la considero mi enemiga.

—Y últimamente el marqués de Poza.

—¿Pero tenéis completa seguridad de que vive?

—Complicta, y vos quedaréis también convencido cuando sepáis ciertas particularidades de lo que se creyó su muerte, y lo ocurrido en el camino de Burgos.

—Mucho temo que es equivoquéis, lo que podría ser causa de que diésemos un golpe en falso.

—Os digo, señor Pérez, que lo he visto.

—¿Y qué habéis hecho para evitar que se nos escapase?

—Cuanto me era posible hacer. Mandé a uno de mis criados que lo espíase sin perderlo un momento de vista; pero el escudero que llevaba, el marqués fué más astuto que el mío.

—¿Y lo perdistis de vista?

—Sí.

—Torpe debe ser.

—No tal, pero la traición de que usaron... ¡oh! mi amigo mío, es preciso que se castigue a esos miserables.

—Aun no he comprendido bien...

—Es muy sencillo—repuso doña Ana aproximándose al ministro—. No sé cómo pudieron averiguar que yo estaba en la posada, y sospechando si los espíarían, cortaron disimuladamente las cinchas del caballo de mi escudero que tenía ensillado en la cuadra.

—Fué una idea del diablo, y en verdad que daría cualquier cosa por tener a mi servicio a ese escudero del marqués, si es que no fué de éste la invención de semejante travesura.

—Ya véis que al primer golpe quedamos burlados—dijo la princesa, haciendo la cuestión de interés común con Antonio Pérez.

—Y que ahora será más difícil echar mano al marqués.

—Tengo una sospecha.

—¿Cuál?

—Como os indiqué en mi carta, había recibido

—¿La antigua doncella de la reina, en que su paje le decía que pronto le daría un abrazo.

—¿Y pensáis tal vez?...

—Pienso si el maldito paje será el que con apariencias de escudero acompañaba al marqués, porque sólo su trabajo pudo inventar el medio de burlaros.

—El paje está en Flandes.

—¿Hay noticias recientes de que continúa allí?

—Las últimas fueron de la época de la horrible catástrofe de Leiden, y desde entonces, ni católicos ni herejes han vuelto a saber de él.

—Lo que prueba que salió para España según anunciaba a su señora.

Antonio Pérez meditó algunos instantes.

—¿Y decid—repuso—que se encaminaron hacia Burgos?

—De allí venían, al parecer, y retrocedieron sin duda después de averiguar que yo estaba en la posada.

—Hoy mismo saldrá para Burgos un hombre de toda mi confianza.

—Bien, amigo mío.

—Estad, pues, tranquila, que no os incomodarán mucho vuestros enemigos.

—Tranquila... no del todo.

—¿Por qué?

—El marqués fué siempre muy amigo vuestro...

—¿Y teméis que no me declare, como de los otros, enemigo suyo?

—No es bastante.

—¿Entonces?...

—No quiero enemigos que conspiren contra mi vida.

—Son criminales y recibirán el castigo que merecen—contestó el favorito con marcada intención.

—Seremos, pues, aliados...

—Lealmente.

—Y sin perder tiempo combinaremos nuestro plan de ataque y defensa.

—Pero aún no habéis dicho que me amais.

Los ojos de la princesa brillaron; su boca se entreabrió graciosamente para sonreír con toda la fascinación de la belleza unida a la coquetería, y como

el sonido leve del lejano preludio de un arpa que llevado por la brisa matinal se pierde entre la enramada de los bosques, así llegó a los oídos del enamorado galán una palabra de dulcísimo amor.

Largo rato se entretuvieron en plática tierna, hasta que ya muy avanzada la mañana, despidióse Antonio Pérez para ir a palacio.

—No os olvidéis—le dijo doña Ana—que somos aliados.

—Ya sabéis que cumplo lo que ofrezco—contestó el ministro.

Y después de besar la mano a la princesa, salió ufano por su triunfo.

—Más que el rey — murmuraba al abandonar aquella casa donde debían tener lugar escenas de mucho interés.

En su entusiasmo no advirtió el favorito que pronunciaba estas palabras con voz sonora, ni que fué escuchado y observado por un hombre que se hallaba como en acecho tras la esquina de la Iglesia de Santa María. Este hombre era el enamorado barón.

—¿Con qué más que el rey?—dijo a su vez y cuando pasaba el ministro—. Razón tiene, pero no sabe que yo deseo ser más que él, y que me ha dado un arma para combatirlo.

Luego se dirigió hacia la casa de la princesa y añadió:

—En cuanto a la apuesta, la tengo ganada, porque no será el señor Antonio Pérez quien se atreva a decir que ha visitado a doña Ana de Mendoza antes que ella participe al rey su llegada a Madrid.

CAPÍTULO XVI

Otra alianza

Pocos momentos después de haber vuelto a palacio Antonio Pérez recibió el monarca el aviso de la llegada a Madrid de doña Ana.

Bein hubiera querido Felipe II no perder un instante en ver a la ilustre viuda; pero a su pesar

y por miramientos de decoro, esperó con impaciencia a que llegase la noche y se retirasen los cortesanos.

Las once y media, o muy cerca de las doce, serian, y ya empezaba a reinar el silencio en el alcázar, cuando Felipe II, solamente acompañado de dos gentiles-hombres, salió de su cámara, y bien recatado el rostro, dirigióse por excusados caminos a una puertecilla del palacio no guardada por centinelas, encontrándose en breve al aire libre, y enderezando sus pasos hacia la calle Real de la Almudena.

Cuando hubo doblado la esquina de Santa María, llegó a sus oídos el eco lejano de una muy dulce armonía producida por los acordes de una guitarra, que al extremo opuesto de la calle era pulcada sin duda alguna por enamorado trovador que con acentos de no escasa dulzura y un tanto de maestría entonó un romance cuya letra no pudo comprenderse. En el silencio de la noche y entre la oscuridad perdidos, los gratos sonos y los ecos de la que debía ser, sin duda, tierna canción, hicieron palpitár el corazón del monarca que en aquellos momentos se hubiera trocado por el nocturno rondador a quien probablemente esperaba sobrada recompensa por su sentida trova. Y aunque también el rey, en busca de tierno coloquio andaba, no tenía en su favor la juventud con todos sus ensueños, con todas sus ilusiones y las esperanzas del que quizás había pasado el día escribiendo el romance y pasaba la noche cantándolo.

Un momento se detuvo Felipe y escuchó, y luego, ordenando a sus acompañantes que permaneciesen ocultos cerca del templo, llegó a la puerta de la casa de doña Ana, y llamó dando tres golpes con el aldabón de hierro.

Antes de abrirse la puerta preguntaron desde adentro:

—¿Quién va?

Y después de contestar el rey:

—El que esperais.

Quedóle el paso franco y entró.

Dos criados con luces lo precedieron en la escalera, y cuando hubieron atravesado algunos apo-

sentos señalaron a una puerta y volvieron atrás.

Felipe II levantó una cortina de seda, y al extender la mirada un tanto afanosa por el salón que ya conocen nuestros lectores, presentósele delante doña Ana de Mendoza que salía al encuentro.

Si por la mañana la vimos ricamente vestida y hechicera, más engalanada y seductora estaba entonces.

Miróla el rey con la extrañeza y admiración que le causaba verla tan joven y tan hermosa como seis años antes, y cogiéndola una mano mientras que ella fingiendo turbación, hacía una profunda reverencia, besóla no tan cortés como amorosamente y la condujo, por una fatal coincidencia, al mismo diván que pocas horas antes fuera testigo de la extremada tierna y amorosa plática de Antonio Pérez.

—Os confieso, señora, mi agradable sorpresa—dijo el rey a la vez que se sentaba, y hacía sentar a la viuda—. Muéstrase con vos el tiempo tan fino, galán y cuidadoso amigo, que su mano, destructoramente implacable parece que os da cada año la juventud que a los otros roba.

Estas palabras, que debían haber producido en la princesa el contento del amor propio halagado, parecieron entristecerla, y bajando la vista y suspirando levemente contestó:

—Veo, señor, que vuestra majestad no tiene en cuenta que si la mano del tiempo no ha envejecido mi rostro, las amarguras de los pasados días han carcomido mi corazón con sus tormentos. ¿Qué importa que no se marchite la frente si se desgarró el pecho con las profundas heridas del dolor?

—Doña Ana—repuso Felipe II—, el recuerdo de las desgracias, cuando estas concluyen para siempre, debe borrarse para evitar tormentos por lo que ni puede remediarse ni debe temerse. Seis años habéis pasado lejos de la corte, y haciendo una vida poco o nada en armonía con vuestras costumbres; pero si bien esto debe haberos hecho sufrir mucho, no habéis tampoco estado en ninguna oscura prisión ni vigilada por duros carceleros, sino en un recinto por demás respetable, y al cuidado de personas que os habrán tratado con toda la dulzura y benevolencia que les son propias.

—Es verdad—contestó la princesa a la vez que desplegaba una amarga sonrisa—, he estado bajo la custodia de quien debía tratarme con la mayor dulzura.

—¿Acaso os han faltado a las consideraciones que se os deben?

—Sin duda los graves negocios que han ocupado a vuestra majestad le han hecho olvidarse de mi pasada situación.

—¡Olvidarme cuando estais aquí por orden mía!

—Veo que han abusado de vuestra majestad.

—No os comprendo, señora—contestó el rey que no sospechaba el hábil lazo que le tendía la princesa.

—¿No tengo enemigos que me persigan?

—Muchos, es verdad, pero ninguno de ellos habrá llegado hasta vuestro asilo.

—¡Ninguno, cuando el más implacable de todos, el más cruel me vigilaba día y noche, me ultrajaba con sus desprecios!

—No sé de quién habláis, porque la superiora de las Huelgas...

—¡Oh!, la superiora es una anciana débil, demasiado cándida, porque se ha dejado engañar por mi perseguidora.

—Entonces...

—Acabo de convencerme de que han engañado a vuestra majestad, han abusado de su buena fe como en muchas ocasiones.

—¡Que han abusado de mí!—dijo Felipe II cuyo frente se contrajo—. ¡Oh! bien pudiera ser; pero lo habrán hecho impunemente.

—No quiero que me vengáis, señor — repuso doña Ana haciendo un gesto de desdén.

—En tal caso me vengaré a mí mismo.

—Os ruego que tampoco.

—Explicaos, señora, que no es el asunto para tratarlo con desdén.

—¿Ignora acaso vuestra majestad que doña Blanca, la autora de todas las intrigas palaciegas de hace seis años, está en el convento de las Huelgas desde que dejó el alcázar?

—¿Qué decís?—preguntó el monarca con acento de sorpresa—. En el convento...

—Bajo el amparo y protección de la abadesa.

—Señora, desde la desaparición de esa mujer he hecho todas las averiguaciones posibles para saber su paradero, y nadie ha podido encontrarla. Se dijo, aunque sin apariencias de seguridad, que se había retirado a un convento, y la han buscado en todos por orden mía.

—Pues bien, señor, ya ve vuestra majestad que ha sido víctima de engaño.

—Tenéis razón—contestó el rey sin poder disimular su disgusto—me han engañado; pero os juro que no ha de quedar impune semejante abuso. Si efectivamente... pero si la habéis visto, no hay duda.

—¡Que si la he visto!... un día tras otro, a todas horas, insultándome con miradas de desprecio, contemplándome con aire de triunfo, mientras que yo de todas abandonada, acusada por todos y perseguida como el último de los criminales, bajaba ante ella la vista, me apartaba a un lado para que pasase cuando la encontraba en algún estrecho corredor, y aun le hubiera pedido de rodillas que me dejase tranquila... ¡Oh!... yo la hubiera hecho así—, continuó doña Ana con acento de la más dolorosa amargura—, yo, la princesa de Eboli...

Y ocultando entre las manos el rostro, vertió abundante llanto.

El rey conmovido, porque las lágrimas de una mujer hermosa, de una mujer querida, conmueven al más insensible, cogió las manos de la princesa, separóselas del rostro, y estrechándolas con entusiasmo exclamó:

—¡Oh, no lloréis, doña Ana! ¡No lloréis, que vuestras lágrimas me abormentan horriblemente! Os han despreciado, os han perseguido, os han ultrajado... Yo vengaré tantas ofensas, ahora os tocará a vos despreciar y ultrajar y pronunciar la sentencia de vuestros enemigos.

Los grandes y negros ojos de doña Ana, empañados por el llanto, fijaron en el rey una mirada de gratitud tan dulce que hicieron estremecer el corazón del monarca.

—Sólo os pido, señor—dijo abandonando a Fe-

que II sus mórbidas y bien modeladas manos—, sólo os pido que en adelante me miréis con bondad.

—¿No me pedías más que bondad?—repuso el monarca, cuyos ojos brillaron.

—Señor...

—¡Oh, enjugad vuestro llanto, miradme como en otro tiempo, con alegría, con ternura, y que vuestro labio imponga el castigo de los que os han ultrajado. Blanca está en las Huelgas... ¿queréis verla a vuestros pies dentro de dos días?

—No, señor, que volverá a echarme en cara la debilidad de haberse amado...

—¿Ha podido aireverse quizás?...

—¡Que si ha podido aireverse!—interrumpió doña Ana con tono de amarga ironía—. ¿Sabéis lo que dijo cuando me vió disponiéndome para salir del convento, y porque notó que algunas novicias, en vez de hermana, me llamaron señora princesa y me saludaron con respeto? "Aquí no hay más jerarquías que la virtud, ved qué lugar ocupará la dama del rey". Estas fueron sus palabras.

—¿Y vos?...

—Nada contesté, porque quise dejarla la libertad de aquel desahogo en los momentos de su más loca desesperación.

—Desesperada porque su víctima...

—No, señor—interrumpió la princesa aproximándose al monarca—. Su desesperación era producida por otra cosa.

—Explicaos, me tenéis impaciente.

—La casualidad hizo que la sorprendiera yo leyendo una carta de su antiguo paje, que anunciaba su vuelta a España.

Al oír nombrar al paje, el rey palideció.

—¡Señora!—exclamó—. ¿Estáis segura de lo que decís?

—Os repito que lei la carta colocándome detrás de la doncella sin que lo notase, hasta después de algunos momentos.

—¿Con que es decir?...

—Que mantiene una correspondencia muy activa con el mayor enemigo de vuestra majestad y del Estado.

—¿Y cómo no lo impide la superiora?

—Al contrario, se lo permite porque no sabe lo que se hace.

—¡Y nada me habéis dicho, señora!

—¡Deciros!... ¿A quién dirigirme que hubiese escuchado mis palabras? ¿No se me consideraba como un criminal y a esa mujer como a una víctima?

—Tan alto abuso es delito asaz grave para que yo lo deje sin castigo. ¡En correspondencia con el paje, el enemigo de mi trono, el protector de los herejes, el que ha hecho sucumbir la flor de los tercios españoles delante de los muros de Lel-den!... Esto es demasiado, esto es demasiado—presigió Felipe a la vez que apretaba los puños.

Y levantándose bruscamente dió algunos pasos por el salón.

—¿Os alejais, señor?—le dijo la princesa con tan dulce coquetería, que logró calmar, aunque poca la agitación de Felipe.

—Señora, perdonad mi descortesía—repuso el monarca, sentándose otra vez—; pero cuando veo que la traición penetra en todas partes...

—Bien, señor; lo pasado ya no tiene remedio, debe olvidarse... acordaos del consejo que me dábais hace poco. Veo que he sido prudente.

—Al contrario, me habéis hecho un especial servicio.

—Os repito, señor, que no quiero que se castigue a Blanca; solamente deseo vuestra protección, porque cuando vuelva el paje será el blanco de todas sus intrigas. Además ahora que cuentan con la ayuda de Imarqués de Poza...

—¡Señora!—exclamó el monarca a la vez que habría extremadamente los ojos y miraba con clara mezcla de sorpresa y espanto a doña Ana.

—¿Qué es admira?

—¿También tenéis miedo a los muertos?

—Sólo quiero guardarme de los vivos.

—¿Entonces, por qué habláis del marqués?

—Porque es uno de los que me quieren mal, muy mal, y así como ayer por la tarde caminaba hacia Burgos, acompañado de un escudero que, sin asegurarlo, presumo que ha de ser el maldito paje, otro día puede dirigirse hacia Madrid para tomar

la revancha del golpe que lo puso fuera de combate hace seis años.

Felipe II miró a doña Ana como queriendo convenecerse de que no estaba loca.

—¿Pensáis—prosiguió la princesa—, que he perdido el juicio en mi encierro?

—Lo que acabáis de decir...

—Es una cosa ciertísima, pero que vos ignorabais a pesar de que gastáis cada año en espías una respetable suma de escudos.

—Si no os explicáis más, no os comprenderé—dijo el monarca, que aun no se había repuesto de su sorpresa.

—No sé cómo deciroslo con más claridad. El marqués de Poza vive, y en su lugar enterraron a su escudero. ¿Lo entendéis ahora?

El rey no pudo contestar una palabra.

—Lo que no puedo deciros es dónde estará ni si a estas horas habrá sacado del convento a doña Blanca.

—¿Quién os ha dado semejante noticia?

—Nadie; yo lo he visto, lo he oído hablar y he intentado que se apoderen de él; pero ha sido más astuto que yo y me ha dejado burlada.

—Sin duda os habéis equivocado.

—No fui yo sola quien lo reconoció, sino que también uno de mis escuderos.

—Referidme todos los pormenores de ese encuentro, porque si he de hablaros con franqueza, aun no estoy convencido.

—Con mucho gusto—repuso doña Ana.

Y con toda exactitud refirió lo ocurrido en la posada del camino de Burgos.

Durante esta narración, la frente del monarca se contrajo y palideció más de una vez, y en su semblante se pintó, ya la sorpresa, ya el coraje.

—Señora—dijo al fin—, esta noche buscaba a vuestro lado la calma y la alegría y he encontrado la agitación y el desconsuelo, no por vuestra culpa, sino porque la fatalidad me persigue. Causa ha sido, como en otro tiempo, de mis disgustos con respecto a vos, el maldito paje, su señora y el marqués. Se han burlado de mí, como de vos y hasta

de la muerte, y es ya preciso tomar una determinación que ponga término a tantos abusos.

—Difícil será—contestó la princesa con una ironía que hizo palidecer a Felipe II.

—¡Difícil!—repitió éste—. ¿En tan poco me teméis?

—En mucho, señor; pero en la otra época, como acabais de decir, se burlaron de vuestra justicia y de todo vuestro poder.

—Pues bien, ahora veremos. No son las presentes las circunstancias de entonces.

—Al paje no le conoce nadie; el marqués procurará ponerse fuera de vuestro alcance, y en cuanto a Blanca, mientras esté en el convento, la protegerá la abadesa, y fuera del convento se irá con su amante a vivir en un país extraño.

—No sucederá así, a menos que ya se haya ido. Antes que salga el sol se despachará un correo a Burgos con la orden terminante de que vigilen a la doncella, y que se me remitan las cartas que reciba del paje.

—¿Y qué adelantaremos con eso?

—Que no se nos escape doña Blanca.

—¿Y el paje y el marqués que son los más temibles?

—Si el marqués no ha salido de España, caerá también en mi poder; y en cuanto al paje, puesto que se atreve a volver...

—Mucho desconfío... sin embargo, puede vuestra majestad tomar esas medidas de precaución.

Otro era el plan de la princesa, pero no se atrevió a manifestarlo porque no creyó que el rey se haría dispuesto a recurrir a medios violentos.

—Es preciso acabar de una vez—repuso el monarca—. Este paje, con tanta razón llamado el diablo, ha nacido para seguirme; pero no sabe que el reptil concluye por ser aplastado aunque haya conseguido picar algunas veces las garras del león.

—¿Y contáis con algún hombre de entera confianza para que vaya a Burgos?

—¿Tenéis vos alguno?

—Y muy a propósito para el caso.

—¿Quién es?

—¿Recuerda vuestra majestad el nombre de Antonio de Mena?

—Antonio de Mena... repitió el monarca repasando en su memoria el recuerdo de muchas personas.

—Un antiguo y muy leal servidor vuestro, criado del príncipe difunto, a quien Dios haya dado gloria.

—Tenéis razón; pero ese Antonio de Mena, si mi memoria no es infiel, desapareció del alcázar sin que nadie supiese más de él.

—Pero después de haber prestado un gran servicio, y obligado por los enemigos de vuestra majestad que le hicieron salir de la corte violentamente.

—¿Y dónde se encuentra ahora?

—En Madrid.

—Decidme que vaya mañana a verme.

—No faltará.

—Ahora veremos si la capa del diablo tiene tanto poder como dicen.

—Señor, dad mañana la orden al buen Antonio de Mena y no penséis más en tan desagradable asunto.

—Señora...

—Hablemos, si os place...

—De vos—interrumpió el monarca, cuyos ojos brillaron de nuevo.

La princesa clavó una mirada tan abrasadora en Felipe, que éste, al sentir palpar violentamente su corazón y ardese sus mejillas, exclamó con acento apasionado:

—¿Cuánto os adoro!

Una hora permaneció el rey todavía en casa de doña Ana y luego salió para reunirse con sus sirvientes, que estaban inmóviles junto a Santa María.

Entretanto decía la princesa:

—Quizás he avanzado más de lo que debiera, exponiéndome a perderlo todo; pero el tiempo urge, el marqués está en Burgos, y... Vedmos si se encuentra dispuesto el señor Antonio de Mena.

Y llamó a su doncella Inés.

CAPÍTULO XVII

De cómo doña Ana comenzó a poner en práctica sus planes

La doncella conoció al punto en el semblante de su señora que los asuntos iban bien, y por esta razón dió también a su rostro la expresión del mayor contento.

—¿Ha venido el señor Antonio?—le preguntó la dama.

—Media hora antes de la convenida, y aun espera. ¿Cómo había de faltar, si ya os he dicho que está loco por mí?

—¿Y tú estás decidida ya a casarte con él?

—Tales razones me habéis dado, y tanto me han dicho mis compañeras que conviene a las mujeres casarse, que pronto he de tener más prisa que él.

—Pues ya está en camino de hacer su fortuna, pero una fortuna como no pudiera esperarla.

—¿De manera que pronto podrá llamarle mi marido?—dijo Inés frotándose las manos alegremente.

—El rey quiere encargarle una comisión de mucha importancia, es asunto en extremo delicado, y si tiene acierto, podrá alcanzar cuanto desee. Por consiguiente adviértele que sea fiel y me obedezca ciegamente para probarle su amor.

—En cuanto a eso, perdéd cuidado. ¿Queréis verlo?

—Sí.

La doncella salió, y pocos momentos después entró el señor Antonio de Mena que en nada había variado desde la última vez que le vieron nuestros lectores. Como siempre, vagaba en sus delgados labios la hipfiritica sonrisa que tan extraño aspecto le daba, y siguiendo su costumbre revolvía de un lado para otro con la mayor viveza sus ojuelos verdes y brillantes como quien teme ser sorprendido, a cada paso por un enemigo oculto.

Cuando hubo penetrado en el aposento, hizo tres profundísimas reverencias y se detuvo a respetuosa distancia de la dama, que lo contempló un instante con mirada escrutadora.

Conociase que efectivamente la fortuna del señor Antonio debía haber sufrido considerable quebranto, porque su vestido de paño negro no se encontraba en el mejor estado de uso.

—Señor Antonio—le dijo la princesa—, ya conocéis bastante mi carácter.

—Todos lo conocen por su nobleza—contestó el hidalgo.

—Vos lo conocéis también por mi bolsillo.

—Que pasó a ser mío, pero que ya no lo es—; repuso el señor Antonio sin poder contener un suspiro de dolor.

—Bien, no importa—replicó doña Ana—. Abrid aquella caja que está sobre la mesa.

El señor Antonio obedeció, y al ver lo que la caja contenía, brillaron sus ojos como dos lucas, y exhaló un grito de incomparable gozo.

—¿Que contiene?—añadió la princesa.

—¡Oro!—exclamó el avaro con un acento que no podemos significar.

—Pues bien, ese oro y otro tanto será vuestro si me servís fielmente.

—¿Qué mandáis?—preguntó el hidalgo inclinándose hacia la dama y mostrando su impaciencia por obedecer.

—Tened más calma—dijo la princesa con desdén.

—Estoy a vuestras órdenes, señora.

—El rey os encargará una comisión.

—¡El rey!

—Sí, ¿qué os extraña?

—Nada, porque siempre lo serví con lealtad...

—Mañana saldréis para Burgos.

—Ahora mismo si es necesario.

—Llevaréis una orden para que se os permita la libre entrada en el convento de las Huelgas.

—Está bien.

—Allí está doña Blanca, la antigua doncella de doña Isabel de Valois...

—La conozco.

—El objeto de vuestra comisión es vigilar y enviar al rey las cartas que le lleven a Blanca, de Flandes, y que interceptará la superiora del convento.

—Todo eso puede hacerse muy bien.

—Tendréis otra orden para el alcalde mayor, a fin de que os preste todos los auxilios necesarios si fuere menester, ya para sacar del convento a la doncella, ya para aprisionar al marqués de Poza.

—¡Al marqués de Poza!—repilió con sorpresa el señor Antonio—. Tratando de habérseas con los muertos, el asunto es más peligroso.

—El marqués está más vivo que vos. Guardad mis órdenes en la memoria y no os cuidéis de más.

—Vuelvo a escucharos.

—En cuanto al de Poza no tenemos caso, porque como es un reo de alta traición, cualquiera está autorizado para prenderlo y aun para matarlo si hace resistencia.

—Y si le llegase a encontrar sucedería lo segundo, porque no es hombre que permita que un coche le ponga la mano encima.

—Veo que aun sois persona de provecho como hace seis años.

—Gracias, señora—contestó el hidalguillo, sonriendo maliciosamente.

—Con respecto a Blanca—contestó la princesa—el asunto varía. Si aun está en el convento cuando lleguéis a Burgos, seguid las instrucciones que os dé su majestad; pero el día en que yo os mande a decir que la saquéis del convento, obedecadme sin perder un instante, y conducidla a Madrid, sin consultar al rey ni esperar sus órdenes.

—¿Y si resiste ella a seguirme y la abadesa a que me la lleve?

—También me obedeceréis.

—Pero...

—Señor Antonio—interrumpió la dama imperiosamente—; para desempeñar esta comisión sin vencer ningún obstáculo, cualquiera sirve y está bien pagado con un esultio cada día.

—Los imposibles...

—Lleváis una orden del rey, tendréis el prestigio moral y la fuerza material, porque os dará

cuantos auxilios necesitáis el alcalde mayor, sin contar con que vuestros bolsillos estarán llenos de oro, que es la mejor ayuda en cualquier aprieto.

—Pero a lo que entiendo, señora, eso se haría sin orden de su majestad, y como tengo una cabeza que perder...

—Cuando yo os diga que saquéis a la doncella del convento, será porque pueda probársela algún delito de gravedad con las cartas que han de interceptarse, y en este caso, todo lo más de que os podría acusar sería de un exceso de celo por el servicio del rey. Pero si no fuese así, y hubiese necesidad de sacarla del convento, el monarca os dirá que no habéis hecho bien, pero os demostrará lo contrario por conducto mío con una buena recompensa.

—Señora...

—De ello os respondo con mi palabra, que es garantía de mucho valor; y sobre todo, algo debe arriesgarse por el contenido de esa caja, que como os he dicho, volverá a llenarse para que vos la vacíeis.

El señor Antonio quedó pensativo, y luego miró alternativamente a la princesa y a la caja.

—¿Vacilaís?—le dijo la viuda con tono de impaciencia.

—Pienso si me será posible...

—Decidme sí o no.

—Pues bien... acepto; pero no extrañéis que os haga una petición...

—¿Queréis dinero?

—Estoy tan escaso de él.

—Tomad de la caja el que queráis.

Imposible nos sería dar una idea de la expresión de repugnante alegría que animó el pálido rostro del avariento hidalgo. Sus ojos se abrieron extremadamente, brillaron como dos ascuas sus pupilas, y acercándose a la mesa, metió en la caja sus descarnadas manos, convulsas a impulsos de su codiciosa emoción, y sacó dos puñados de escudos de oro.

—¡Buena ley!—dijo contemplando las brillantes monedas y guardándoselas apresuradamente como temeroso de que se le escapasen.

—¿Necesitais más instrucciones?—le preguntó la dama.

—Ninguna.

—¿Habéis estado alguna vez en Burgos?

—Y en las Huelgas también, donde tuve una prima monja.

—Tanto mejor.

—Y en verdad que pienso que sería muy oportuno para ganar la voluntad de la abadesa, llevarle algunos encajes flamencos para que adornase las vestiduras de una imagen. Las monjas dan mucha importancia a los regalos.

—Haced lo que os plazca.

—Entonces, con vuestro permiso—repuso el señor Antonio.

Y sacó de la caja otro puñado de escudos so pretexto de comprar los encajes.

Doña Ana lo miró sonriendo despreciativamente, y levantándose, salió del aposento a la vez que decía:

—Señor Antonio, tened presente que los castigos que impongo a los que me engañan son aun más cumplidos que las recompensas que doy a los que me sirven fielmente.

El hidalgo saludó humildemente a la dama, y después de dar un paso hacia la puerta, se detuvo y murmuró:

—Uno siquiera.

Y retrocedió, cogió otro escudo de la caja, guardólo y se alejó con las manos en los bolsillos, por miedo de que aun se le escapasen las monedas.

Pocos momentos después se alejaba por la calle de la Almudena abajo, figurándosele cada esquina el bulto de un hombre, y cada soplo del viento la amenaza de un ladrón.

CAPITULO XVIII

**Cómo hizo su entrada en Bruselas
don Juan de Austria**

Mientras que la princesa de Eboli pone en juego sus intrigas contra la infeliz Blanca, y en tanto que es ocasión de referir lo sucedido en el convento, iremos en busca de los que quedaron camino de Flandes, dejando atrás los días que invirtieron en su marcha, y los consideraremos llegados al término de ella.

No entraremos en la enojosa tarea de reseñar minuciosamente el estado en que se encontraban a la sazón los Países Bajos, ni lo ocurrido desde la llegada de don Juan de Austria a ellos hasta que los Estados generales lo reconocieron por gobernador. Pero sí nos es indispensable decir que los negocios de Flandes se hallaban más embrollados que nunca, que los ánimos estaban peor dispuestos, y que sólo a condición de que saliesen de aquellas provincias todas las tropas reales y de que todas las plazas fuertes se entregasen a los flamencos, reconocieron como gobernador a don Juan de Austria.

En proposiciones y consultas se pasó no poco tiempo, sin que se pudiese dar fácil solución al asunto, entorpecido por el príncipe de Orange que a toda costa quería la prosecución de la guerra para sacudir de una vez y para siempre el yugo español que encadenaba lo mismo la conciencia que los derechos civiles. La cuestión religiosa había tomado las proporciones consiguientes al rápido vuelo con que la Reforma se había extendido por todas las provincias flamencas, haciéndose la sangrienta lucha a la par religiosa y de independencia, causas ambas que los pueblos han defendido siempre con todo el ardor del fanatismo, del orgulloso sentimiento de amor patrio y de su libertad individual.

En todo el tiempo transcurrido desde la llegada de don Juan a Flandes, habíase ya reunido su

secretario Juan de Escobedo que salió después que el infante de Madrid y no pudo caminar con tanta diligencia.

El convenio entre el de Austria y los Estados generales se firmó al fin, y aunque sin la aprobación del de Orange, reconocióse a don Juan por gobernador y se dispuso recibirle en Bruselas con los debidos honores. El pueblo, impresionable como una mujer y entusiasta como un niño, creyóse feliz al saber que los ejércitos reales comenzaban a evacuar el país, y no pensó que mientras salían los regimientos españoles e italianos, se buscaba el medio de sacar a las poblaciones incendiadas o saqueadas un tributo con que pagar los atrasos de los regimientos alemanes. Pero el pueblo, mariposa que vuela hacia la luz que más brilla sin sospechar que en ella ha de abrasarse, el pueblo, coqueta que se postra a los pies del último de sus amantes mientras que mira con desdén a los anteriores, que se regocija con la idea de una novedad, porque las novedades son sus goces, y se consideró feliz al pensar que un espectáculo nuevo, la entrada de don Juan en Bruselas, le daría ocasión de olvidar, siquiera por algunas horas, el hambre y la miseria que padecía.

No había permanecido ocioso el marqués de Poza en los días que llevaba en Flandes, y con la ayuda de su fiel escudero había practicado muchas diligencias para saber el paradero del antiguo papa; pero todas habían sido inútiles, y casi perdida ya la esperanza, aguardaba solamente a que don Juan se instalase en Bruselas, y pensaba despedirse de él en seguida para ir a las provincias donde se hallaba el príncipe de Orange, porque allí presumía que con mejor resultado podría buscar a Luis.

Era el primer día de Mayo de 1577.

Apenas hacía dos horas que el sol había dejado ver sus luces.

Ni una nube la más ligera se divisaba en el azulado horizonte.

En la ciudad de Bruselas se notaba más animación que de costumbre; por sus calles iba y venía multitud de personas de todas clases, cruzando apresuradamente de un lado para otro, ya de-

teniéndose para dirigirse preguntas y escuchar las cónicas respuestas, ya excusándose de hablar por no perder el tiempo, sin duda era muy escaso para despachar los asuntos que los ponían en tan agitado y continuo movimiento.

Notábase en el interior de los edificios el mismo rumor de inusitado movimiento que en las calles, y a pesar de la hora, en muchas ventanas se veían personas de ambos sexos lujosamente vestidas como para una gran fiesta. Sólo el fuertísimo castillo que en aquella época dominaba con sus arillados muros la ciudad, estaba silencioso y no dejaba ver en sus almenas ni plataformas a los veteranos españoles que antes lo guardaban; hacía pocos días que su alcaide, el valiente y leal Sancho de Avila, había salido de él con el corazón oprimido de rabia y de vergüenza, encargando a su teniente la entrega a los flamencos de la fortaleza, que con tanta lealtad y tanto valor había guardado, porque, según decía, le faltaba ánimo para cumplir aquella orden.

El noble soldado se despidió de don Juan, diciéndole, a la vez que el llanto humedecía su tostado rostro: "Para cumplir el humillante convenio que habéis firmado, nos mandáis salir a toda prisa de Flandes; pero con más diligencia nos mandaréis volver para castigar a los traidores herejes. ¡Quiera Dios que no os pese de vuestra ciega confianza! Vertiendo sangre entré en el castillo de Bruselas, y derramando llanto he salido de él. Perdonadme, si no he tenido tanto valor para entregar la fortaleza al enemigo como tuve para arrojarlo de ella." Así habló Sancho de Avila, y el tiempo demostró muy luego la verdad de su valimiento y la lealtad de su proceder. El castillo, pues, estaba silencioso y sombrío; ni se oían en su barbacana, torres y patios los ecos de los bellicosos cánticos, ni el crujido de las armas, ni el ruido de los alegres cantos de la guerrera gente, ni brillaban sobre sus muros las acoradas armerías, ni los cañones de los arcabuces, ni flotaban las rojas o blancas plumas de los sombreros, ni el aire hacía ondear las gloriosas enseñas que en Otumba, Pavía y San Quintín honraron de espanto a los más

numerosos y más aguerridos ejércitos que vieron las modernas edades.

Formaban el más opuesto contraste la ciudad y la fortaleza: en ésta, el silencio y la quietud; en aquella, el ruido, el movimiento y la alegría, siquiera instantánea, siquiera aparente.

En una de las principales calles de la población habíase levantado un arco de triunfo con mil alegorías e inscripciones en honor de don Juan, y otro en la desembocadura de la plaza donde tenía su palacio. Los edificios de todo el tránsito desde la entrada de la ciudad hasta la plaza, estaban adornados con vistosos tapices, jarrones de flores en las ventanas y otros caprichosos adornos que les hacían presentar un bellissimo aspecto. Estas calles eran las más concurridas, y todas a porfía se disputaban tal o cual sitio desde donde podría verse mejor la lucida comitiva. A veces los compactos grupos eran disueltos por la repentina llegada de algún jinete cuya cabalgadura marchaba al trote largo o al galope, y el primer impulso de indignación de los atropellados se contenía con sólo ver que el atropellador era algún caballero principal adicto a la Reforma, o se calmaba con un sólo grito de viva la libertad de conciencia o de viva los fueros, dado oportunamente por el que cabalgaba.

Habían acudido a la población los habitantes de los contornos, y no faltaban en crecido número aldeanías con sus vistosos trajes, y mujeres del pueblo que hablaban sin cesar y disputasen sin descanso, ni rapazuelos que corriesen, gritasen o se subiesen a las tapias y a las rejillas de los edificios.

Estaban llenas de gente las posadas, concurridísimas las tabernas, y había más de una cabeza callente, siendo animadas todas las conversaciones y versando todas sobre un mismo asunto.

Cumplida, pues, nuestro propósito de dar una idea del aspecto que presentaba la población, llevaremos a nuestros lectores a una taberna situada en una estrecha calle que desemboca en una de las principales por donde debía pasar don Juan de Austria con su comitiva. En el primer aposento de aquella taberna, húmedo, sucio, oscuro, de pesada

atmósfera y olor nada agradable, había dos hombres sentados delante de una mesa de pino larga y estrecha, el uno frente del otro, provistos de una botella y dos vasos de estaño que llenaban y vaciaban con intervalos de pocos segundos.

El uno de aquellos hombres apenas tenía veintidós años, y presentaba un tipo de belleza a la par que delicada, varonil. Su aguilucho rostro, ligeramente moreno, tenía la más animada expresión realzada por sus grandes y rasgados ojos, de negra pupila, y cuya mirada a veces sombría, ora severa e imponente, o ya burlesca hasta el sarcasmo, no dejaba comprender al pronto qué clase de corazón se abrigaba en aquel pecho. Rotundamente marcialmente a la española su todavía escaso, fino y negro bigote, adorno de su boca, cuyos rojos labios tenían cierta expresión de altivo desdén, que debía ser hijo del orgullo de una esclarecida alcurnia o de una superioridad incontestable de su entendimiento o de sus fuerzas sobre los demás hombres. Vestía colete de ante con mangas de paño verde oscuro, y sus calzas de fina seda del mismo color, dejaban ver una pierna musculosa y tan bien formada, que hubiera podido servir de modelo para la de un Apolo. Llevaba gregüescos, también de paño, aunque muy cortos, y calzaba anchas y largas botas de piel de gamuza con largas espuelas de acero. De su cinturón de cuero negro con broche de oro pendía una espada con empuñadura de acero cincelada primorosamente y una daga de exquisito trabajo con mango de plata. Completaba su traje su sombrero de fieltro de anchas alas con pluma roja, sujeta en su extremidad inferior a un broche de diamantes, y una capa algo más ancha y larga de lo entonces prescrito por la moda, y negra, aunque uno de los dobleces con que estaba medio recogida en el asiento, permitía ver que era por la otra parte blanca como la nieve.

El otro personaje tenía más edad y representaba un tipo completamente opuesto. Era casi un gigante, de áspero cutis, naturalmente moreno, pero además tostado por el sol: de espesa y negra barba, aunque solamente el bigote y la perilla de-

vaba crecidos; de negros ojos, cuya mirada era feroz y alegre, pero de una alegría franca más que burlona como la de su compañero, y de gruesos labios y semblante que denotaba un valor a toda prueba, pero ninguna astucia. Vestía también de ante y paño, pero la hebilla de su cinturón era de acero, su larga y pesada tizona era de sencilla y aun tosca fabricación, lo mismo que su ancha daga con empuñadura de hierro más ennegrecido que brillante. Un broche de color verdoso sujetaba la pluma roja de su sombrero, y sus espuelas delataban su continuado uso por algunas manchas de sangre que tenían en sus extremos.

Hecho el bosquejo de ambos personajes, que, como habrán adivinado nuestros lectores, son de nuestros antiguos amigos, escucharemos su animada conversación mientras llega la hora de acudir a presenciar la entrada del nuevo gobernador.

—Os confieso, amigo mío—decía el gigante de tostado rostro con acento enérgico y voz un tanto bronca—, os confieso que hoy daría cualquier cosa buena porque se armara camorra cuando más entretenida estuviese la gente en contemplar al nuevo gobernador.

—Veo, capitán—le contestó el mancebo—, que no podéis vivir sin ejercitar vuestras fuerzas y emplear vuestros puños contra el prójimo.

—Qué queréis, le tengo afición a mi oficio, el único que aprendí, y aunque me gusta la holganza, aun ésta carece de atractivo si no viene alterada con alguna animación. Luego, hace muchos días que estamos ociosos, y me duelen las manos y las piernas, porque sabed, señor Luis, que la quietud, cuando es por mucho tiempo, me produce una incomodidad inexplicable en todo el cuerpo y aun lo siento dolorido. ¡Quince días de sosiego!... ¡Por Santiago, que esto es mucho para un hombre como yo!

Y en su entusiasmo descargó una puñada sobre la mesa, haciendo vacilar los vasos y caer la botella, que afortunadamente estaba ya vacía.

—Bosqueaos—le dijo el mancebo con dulzura—, que quizás muy pronto tendréis ocasión de dar algunos mandobles.

—No abrigo semejante esperanza—replicó el llamado capitán a la vez que apuraba el resto del contenido de su vaso.

—Pues es muy probable que antes de dos horas suceda así.

—¿Y en qué os fundáis?

—En que no faltará algún aculador que pensando ganarse la voluntad de don Juan de Austria, intente prenderme apenas me conozca.

—¿Acaso os conoce alguien, ni aun los que han vivido más cerca de vos?

—No a mí, sino a mi capa, que volveré del otro lado al salir de aquí.

—Os vais a comprometer, y no es prudente...

—¿Pues no decís que tenéis ganas de camorra?

—Es verdad; pero...

—¿Qué teméis?

—Nada por mí, mucho por vos, y precisamente ahora que tantos deseos tenéis de volver a España.

—Descuidad, amigo mío.

—Si algo os hubiera sucedido en una de las pasadas bromas, no me hubiese importado tanto; pero que os encierran como al más vulgar de todos los criminales, que os ahorquen como a cualquier diablo con mengua de vuestra reputación de espíritu infernal, y que acuda la gente a veros hacer muecas y tambalearos pendiente de la cuerda, burlándose de vuestro poder sobrenatural y de lo poco que os ha valido vuestra capa, eso ¡voto al infierno! me desesperaría.

El mancebo se sonrió al oír al capitán.

—Ya que os habéis empeñado—prosiguió éste—en abandonar esta tierra donde tenemos ocasión de vivir alegremente, quiero que volvais sano y salvo a España.

—Ya sabéis las poderosas razones que tengo para abandonar esta tierra desdichada que tanto os gusta, porque en ella pasamos lo que vos llamáis alegre vida.

—Yo veo el asunto de distinto modo. ¿Qué nos importan las intenciones del príncipe de Orange? Se nos presenta la ocasión de dar cuchilladas, de vengarnos, y lo demás no es del caso.

—A mí me importa mucho las intenciones de:

principio de Orange, porque no quiero ser instrumento ciego de la ambición y el engaño. El príncipe quiere mucho más que el respeto a los fueros de su país, algo más que la libertad de conciencia; si lucha sin descanso, si opone toda clase de inconvenientes al reconocimiento de don Juan, es porque no se contenta sino con la independencia absoluta de Flandes; y ya conoceréis que si yo estoy dispuesto a emplear mis fuerzas en contra de Felipe II, no quiero luchar contra mi patria. La sed de venganza me condujo al último extremo de la desesperación, y por satisfacer mis rencores me he vacilado en unirme a los enemigos de mi patria y de mi fe; pero ya estoy cansado, harto vengados quedan mis amigos; por cada gota de sangre del marqués ha corrido un arroyo: la muerte del príncipe don Carlos está pagada con millares de muertes, y cada lágrima de doña Blanca ha costado una derrota a los gloriosos tercios del virano de dos mundos. Basta de sangre: os juro no derramarla a menos que me provoquen, que me persigan, y me sea en la necesidad de defenderme. La catástrofe de Leiden me causó una impresión tan profunda que jamás se borraré de mi memoria su espantoso recuerdo. No comprendí toda la importancia de mi sanguinario proyecto hasta que lo vi realizado; entonces me espanté de mi propia obra. ¡Oh!... no más sangre... no más venganzas...

Y el manecbo se pasó las manos por la frente, en aquellos momentos bañada de frío sudor.

—¿Teneis remordimientos?

—De haber llevado la venganza hasta la exageración, sí; pero de haberme defendido, de haber prestado ayuda al inocente y al débil, no.

—Veo que hoy estais en uno de esos días en que el mal humor os domina. Hemos apurado esta botella y bueno será que os animéis con otra.

Pocos momentos después vaciaban otra botella nuestros héroes.

El manecbo bebía distraídamente, y parecía estar en extremo triste.

—¿En qué diablos pensais?—le dijo el capitán—. ¿No estais resuelto a volver a España y abrazar

a vuestra señora? ¿No os he dicho que os seguiré hasta el fin del mundo?

—Es verdad, volveremos a España; pero allí nos esperan quizás más peligros que aquí.

—¿Quién podrá reconoceros ahora hecho un hombre? Sobre todo, no tengais miedo, que antes que se apoderasen de nosotros habian de trabajar mucho.

—¡Miedo!—repitió el joven haciendo un gesto de desden—. Ya sabéis que no lo conozco cuando se trata de mí, pero doña Blanca...

—Está segura en el convento.

—Pero allí está también la de Eholi.

—Ya no deba temerse a semejante enemigo.

—No habéis pensado lo que es una mujer ofendida en su amor propio.

El capitán llenó su vaso, y después de saborear el dorado líquido, exclamó:

—¡Voto a cien legiones de condenados! ¿Sabéis, señor Luis, que hoy estais insufrible? Bebed y reid como otras veces, olvidad lo pasado porque ya no tiene remedio, y acallad vuestra conciencia, pensando que si habéis sido vengativo es porque os ha precipitado a ello. En cuanto a los peligros que nos esperan, ya veremos cómo salir del apuro cuando llegue el caso. ¡Por quien soy que no estais en este momento a la altura de vuestra diabólica reputación! Ahora, apuremos la botella, alegrémonos y después ya veremos cómo salir de los apuros.

—Razón tenéis, más vale estar alegres—dijo el mancebo a la vez que sonreía con amargura.

Y apuró de un solo trago el contenido de su vaso.

—Y si no es bastante esta botella—repuso el capitán—, para devolveros el buen humor, apelaré a mi último recurso.

—¿Cuál?

—Armar camorra con el primero que se ponga delante; cuando tengais que sacar la tizona olvidaréis cuanto os pone triste.

—Os ruego, amigo mío, que no hagais ninguna de las vuestras, porque la menor cosa podría comprometeros.

—¿No pensáis vos hacer la mayor de todas las locuras?

—¿Lo decía porque quiero pasear por las calles de Bruselas con mi capa blanca?

—Precisamente.

—Ciertó que es una lemeridad; pero estoy convencido de que no habrá quien se atreva a decirme una palabra, los realistas por miedo, y los reformistas por consideraciones.

—¿Pero qué fin os lleváis?

—El hacer ver que llamo más la atención y tengo más importancia que el mismo hermano del rey.

—No os comprendo.

—Pero debe alcanzárseos que apenas se divise mi capa, todas las miradas se fijarán en mí para conocerme, y nadie hará caso del nuevo gobernador. Es preciso, amigo mío, que al dejar esta tierra, quede de mí un recuerdo hasta cierto punto supersticioso, porque esto nos valdrá mucho en España, a donde llegará antes que nosotros la noticia de mi última locura en Flandes.

—Sea cual fuere la razón, me gusta la idea, porque será cosa de ver cómo os señalan todos con el dedo y se apresuran a seguir os para ver os el rostro. Además, y como ya os he dicho, tal vez algún adulator de don Juan intente echar os el guante, y entonces ¡voto a Satanás! tendremos diversión dando tajos y mandobles, y acabaremos por burlarnos de los realistas, porque el pueblo en masa se pondrá de nuestra parte.

—Ya estáis entusiasmado.

—Os juro por mis bigotes que después de haber saboreado este vinillo no me falta para ser feliz sino un rato de broma, y encontrar por conclusión alguna de las aldeanas que han venido a la ciudad, y que perdida en la confusión me pidiere amparo como a los antiguos caballeros andantes.

—Siempre estáis de buen humor.

—A vos os ha sucedido lo mismo, al menos desde que os conozco. Cuando érais el diablo de palacio, os burlábais de todo, no había situación por apurada que se presentase de la que no sacárais partido para reír como un loco; después, cuando vinimos a Flandes, seguisteis lo mismo, y solamente hoy,

cundo ningún peligro nos amenaza, en los momentos en que la esperanza de ver a vuestra señora está tan próxima a realizarse, os ponéis triste, meditabundo, y hasta parece que tengáis miedo por lo que puede acontecer; siendo así que tanto en la corte como en la guerra os habéis mostrado en muchas ocasiones más atrevido y animoso que yo.

El mancebo pareció meditar algunos instantes, luego bebió ávidamente un vaso de vino, y paseando una mirada altanera y a la vez desdeñosa por el aposento, como si buscara a quien provocar con su desprecio, dijo con aparente alegría:

—Os equivocáis, capitán, porque soy el mismo que antes. ¿Queréis competir hoy conmigo en atrevimiento?

—No haré tanto, porque me ganaréis si en ello os empeñáis.

—Acabemos con esta botella, preguntemos a maese José si tiene noticia del paradero del diablo y de su capa, y vamos a recorrer la ciudad porque ya se acerca la hora de la función.

—¡Bravo!—exclamó el capitán descargando una terrible puñada sobre la mesa.

—¡Hola, maese José!—gritó el mancebo.

Al punto acudió un hombre obeso, de semblante alegre, nariz y frente aplastadas.

—¿Qué mandáis?—preguntó—. ¿Queréis otra botella?

—Lo que queremos es pagaros vuestras zurrapas.

—A fe, a fe, que mi vino...

—Está limpio del pecado original.

—No os comprendo.

—Porque sois un hereje—replicó Luis—, y no sabéis que el bautismo borra el pecado de la tentación manzana.

—Tampoco os comprendo.

—Quiero decir que vuestro vino no es vino, sino agua sucia.

—Os chancéis—dijo el tabernero mientras sonreía escépticamente.

—No me chanco, os repito que sois un hereje, y por esta razón debéis saber donde se encuentra el diablo de la capa blanca, y me lo diréis para que podamos a buscarlo.

—¿Habéis perdido el juicio?

—Vos en tal caso, que no procuráis adquirir ninguna noticia para comunicarla a vuestros parroquianos y que quedan contentos.

—Os juro, señor...

—¿Que nada sabéis?... Os creo, y por eso mismo me arrepiento de no haber entrado en la taberna de enfrente, cuyo dueño sabe todo lo que pasa en Europa antes de que haya sucedido, y conoce el diablo de la capa y todas noticias de su paradero.

El huésped sonrió con aire de triunfo y dijo:

—¿Con que mi vecino conoce al diablo?... Las ganas, señor hidalgo. Bien seguro es que no ha visto como yo la capa blanca ni el rostro al protector de los flamencos.

—¿Queréis darme importancia con una mentira?

—Tan cierto es lo que os digo, como que el sol nos alumbró y Dios provee a todas las necesidades, que aunque no soy hombre de retóricas como vos, digo siempre la verdad, y si muchas veces caigo es por procedéis más que por ignorancia.

—¿Con que habéis visto al diablo?—preguntó el manco como excitado por una viva curiosidad.

—Lo mismo que os veo a vos en este instante.

—Vaya, pues decidme cómo es.

—Figuraos—prosiguió el tabernero—, un hombre más alto que todos, pero tan flaco que parece un esqueleto; su cara es negra como la pez, y los bigotes rojos y ásperos, son tales que con ellos da dos o tres vueltas a la garganta. No lleva más armas que un espadón, también negro, pero que mata con sólo amenazar, así como sus ojos, que brillan más que los de un gato y queman desde muy lejos.

Ni el manco ni el capitán pudieron contener la risa.

—¿Os burlas?—dijo el tabernero mostrándose picado.

—Pues a fe mía que si lo viérais no os darían muchas ganas de reír.

—Nos reíríamos de su fealdad.

—No me sucedió mal por tanto.

—¿Y dónde lo visteis?

—Aquí mismo, una noche tormentosa que parecía anunciar el fin del mundo, entró embocado

en su maldita capa blanca, y me pidió un vaso de vino. Yo se lo dí temblando, o mejor dicho, lo puse a su alcance.

—¿Y bebió?

—De un solo trago; pero lo más notable fué que al contacto de sus labios el vaso se derritió, cayendo al suelo convertido en brillante líquido.

—¿Le exigiríais que os indemnizase?

—No pude pronunciar una sola palabra, pero se portó como un diablo decente, porque antes de salir dejó sobre la mesa quince escudos de oro de España; sin duda debe ser alguno de los jefes del infierno, porque allí diz que también hay sus jerarquías, y no faltan, como por acá, grandes y pequeños, azotadores y azotados.

—Aquello es una república, cuya antigüedad se pierde en la noche de los tiempos—dijo el capitán, fingiendo la cabeza orgullosamente por haber dicho una frase pomposa por primera vez en su vida.

—Y muy bien establecida—repuso el manco, que quiso aprovecharse de aquella ocasión para matar, con la broma, la tristeza—. Allí hay, primeramente, el diablo soberano de aquellos negros dominios y al cual conocemos con el nombre de "Satanás"; después siguen los nobles por su antigüedad en pertenecer a los tenebrosos Estados; luego entra la aristocracia, no de la antigüedad, sino de su propio mérito, que consiste en el mayor número de pecados que han cometido siendo hombres, y que volverían a cometer corregidos y aumentados al resucitasen; después va otra clase, aristocrática en las aspiraciones, pero en extremo plebeya en sus obras, que está compuesta de los que tienen mejores puños con que arrancar a sus compañeros los rabos, más largas uñas con que desollarlos y sacarles las entrañas, o mayor número de cuernos con que maltratarlos; los primeros son generalmente soldados que ya probaron por acá que tenían más fuerza que entendimiento; los segundos son por lo regular corchetes, escribanos y gente de otros oficios de gollía, y los terceros, ricachones y vanidosos, maridos impertinentes, hombres sin caridad. Después de todos estos sigue la plebe, que tiene su procedencia de los que pecaron de puro bruto.

dejándose engañar, y de los usureros y avaros, vendidos allí lo mismo que aquí por gente peligrosa y repugnante, porque ya que no pueden hacer otra cosa en aquellas regiones, prestan a rédites el robo para que aticen con él los hornos los encorvados de las célebres calderas.

—¿Y quien os ha contado todo eso?—dijo maese José, mirando a Luis de una manera extraña.

—¿No sabéis leer?

—No, señor hidalgo.

—Entonces no puedo daros el libro donde lo aprendí.

—Ya que osais tan bien enterado, podréis decirme si hay diábolos hambros.

—Forzosamente ha de haberlos. ¿Acaso pensáis que en aquella república se goza de una paz inalterable? ¿Los amores, los celos y las rivalidades, no son causa de todas las pendencias? ¿No son la mujer y el dinero las dos grandes palancas que agitan al humano espíritu? ¿No fué Eva la causa del primer pecado, y por ella Dios condenó al hombre a ganar el sustento con el sudor de su frente, y el demonio condenó a la mujer a enredar el mundo con su lengua y sus fragilidades? Sin embargo, acordado Satanás a la ranga, porque fué la causa del primer pecado y de que sus súbditos sean más numerosos cada día, les emplea en los cuatro mundos, como por ejemplo, seplar la mentita, encender la ambición, atizar la avaricia, alimentar la intriga y otras pequeñeces del mismo juro, sin que por eso, y mientras deramputan sus encorvos, dejen de murmurar de todos, burlarse del uno porque tiene las uñas encorvadas, o por el robo, de otro porque se dejó las narices en el mundo al darle una leña con la puerta en ellas, y hasta de un personaje muy principal de aquella república, que se llama Astrodio, y es coloso.

—Decidme.

—Bastante os he dicho, y si no os da de noticias del nacimiento del diábolito, que es el diábolito, no os puedo dar más.

—El diábolito está en el mundo, ¿verdad?

—Mejores noticias tiene vuestro vecino.

—Lo dudo, señor.

—El diablo está en Bruselas.

—Y no lo habéis visto nunca—añadió el capitán.

—Lo que prueba que sois un embustero—dijo el joven.

—Señor hidalgo...

—¡Callaos, voto a mis narices!—interrumpió el gigante—. Habéis querido engañarnos, y si no os aplasto es por compasión.

—Señores, no os acobardéis — dijo el tabernero dando un paso atrás al ver la actitud amenazadora que tomaba el soldado.

—Basta de cuestión—repuso el mancebo a la vez que pagaba el gasto—. Maese José, sois un estúpido. Si os preguntan por el diablo, decid que está en Bruselas, y que ha honrado vuestro establecimiento apurando una botella de Oporto.

Y levantándose, mostró el lado blanco de su famosa capa, y salió seguido del capitán que se retorció el bigote y juraba quitar al tabernero los dientes de una puñada.

Entretanto las calles se habían llenado más y más de gente hasta el punto de estar intransitables algunas de ellas; pero los brazos de hierro de Pero León abrían paso por todas partes, y nuestros amigos lograron colocarse a fin en uno de los puntos mejores para ver al heroico don Juan y su comitiva.

De pronto y como el ruido de la espumosa corriente de agua que se aproxima, percibiéndose lejano rumor que fué acrecentando gradual y lentamente a medida que se acercaba y después se agitó la compacta masa de personas que ocupaban la calle, cambiando todos de sitio. Luego creció repentinamente la estatura de todos los espectadores, intentando cada cual dirigir sus miradas por encima de la cabeza del que tenía delante. Las damas y caballeros que ocupaban las ventanas inclinaron a la vez el cuerpo hacia la calle, a fin de salvar el estorbo de la cabeza de su vecino que no les permitía ver cuanto quisieran.

—Ya viene.

Fueron la palabras que salieron de todas las bocas.

Y las damas pasaron disimuladamente revista a sus vestidos por si se había descompuesto algún

adorno, y llevaron una mano a la cabeza para convencerse de que el complicadísimo peinado no había sufrido alteración en su forma, y los caballeros arreglaron su barba y dieron a su semblante una expresión de ridícula gravedad.

Todavía pasó largo rato sin que se notase otra cosa que el movimiento creciente de la muchedumbre, cuyo extenso grupo oscilaba con lentitud.

Creció el murmullo y convirtiéndose en voces primero, en gritos después.

Al fin, por el arco de triunfo levantado al extremo de la calle, entro don Juan de Austria y su numeroso acompañamiento.

El héroe de Lepanto, el verdadero hijo del magno emperador, como le llamaba en su entusiasmo el pueblo, iba a caballo en su blanquísimo corcel de árabe raza, enjaezado ricamente con gualdrapa de bordados de oro y freno de marroquí tachonado con estrellas del mismo metal. Vestía don Juan de terciopelo azul con bordados de oro, grégüescos muy cortos acuchillados de blanco y caízas de seda blanca también.

A su derecha, y sobre una mula tordilla, corpulenta, de espuela casta, iba eluncio apostólico que pocos días antes había llegado de Roma con objeto de influir en pro del pacífico arreglo de los negocios públicos, y también con el fin de dejar completamente combulido el plan que debía seguirse en el proyectado viaje de don Juan a Inglaterra para socorrer a María Stuardo de Escocia, prisionera a la sazón en Londres.

A la izquierda del nuevo gobernador iba el obispo de Lieja, también jinete en una mula española de fino pelo y con jaeces de paño morado.

Detrás iba un numeroso grupo de caballeros de la alta nobleza española y flamenca, ostentando trajes de gran riqueza y gusto.

Detrás seguían hidalgos, ya servidores de los altos personajes de la comitiva, ya independientes, aunque partidarios a la causa de España.

Después caminaban en ordenadas filas muchos escuderos y pajes con libreas costosísimas, cerrando la marcha multitud de palafreneros y otros sirvientes.

Entre el grupo de los hidalgos iba el marqués de Posa, cuya mirada inquieta lo recorría todo, fijándose ya en los que ocupaban la calle, ya en los que estaban en las ventanas. Sin duda quería descubrir entre la multitud al antiguo paje, pues aunque ya no debería conocerlo, la capa blanca debería servirle de señal. Su escudero Juan, confundido con los demás de su clase, se ocupaba en la misma investigación que su amo, pero casi por pasatiempo, pues no creía que Luis se presentase en público, o por lo menos lo hiciera con su famosa capa que había de comprometerlo.

El paje y el capitán habían logrado colocarse en el hueco de una puerta, y desde allí contemplaban casi con indiferencia lo que tanto llamaba la atención de los demás.

—Ahí veréis—dijo el manco a Ferro León—, lo que es este pícaro mundo. La mitad de los que se han expuesto a que los aplastasen en medio de este bullicio por ver a don Juan, le desearán la muerte con todas las veras de su alma.

—No os diré que no—contestó el soldado a la vez que bostezaba.

—¿Os fastidiais?

Completamente.

—Pues no será por falta de animación.

—No encuentro ninguna, y creo que mejor hubiéramos hecho en quedarnos en la taberna de maese José.

—¿Sin ver a don Juan?

—¿Y qué falta nos hacía verlo?

—Ya sabéis que es mi antiguo conocido y que me interesa su suerte.

—Quiera Dios que con todo ese cariño no os eche el guante y os ponga donde no os dé el sol.

—Pienso hacerle un servicio y no será tan ingrato—replicó el paje.

—¿Y en qué consiste ese servicio?—preguntó el capitán restregándose los ojos con el dorso de la mano.

—En avisarle que lo han vendido y que lo sigue la traición.

—No es extraño que el diablo piense en diabluras.

—Y que no pienso esperar ocasión en que ha-

blarle a solas, sino decirsele delante de todo el mundo, para que conste que yo, aunque he peleado contra el rey, no estoy de parte de la traición.

—Me gusta la idea.

—Lo creo, porque así tal vez se presente la ocasión de dar algunos tajos.

—Precisamente por eso—dijo Pero León, volviendo a bostezar de tal manera, que llamó la atención de los que estaban inmediatos.

—Buenos dientes para una pantera — dijo un hombre que tenía más trazas de bandolero que de honrado villano.

—¿No son mejores que los vuestros?—le replicó el capitán a la vez que echaba su sombrero hacia la ceja derecha con aire socarrón.

—Aunque feos, los míos son de persona—le contestó el otro.

Reforzóse el capitán el bigote, y mirando fijamente a su interlocutor, le dijo un tanto amostazado:

—Procurad no darme envidia, porque entonces ¡voto al demonio! que os los arrancaré para trocarlos por los míos.

—Scor fanfarrón — replicó el, al parecer villano—, la misma distancia hay de vuestros puños a mis dientes que de mis manos a vuestra lengua.

—Os probaré lo contrario—dijo el capitán.

Y antes de que su contrincante tuviese tiempo de evitar el golpe, descargóle uno con la mano cerrada en la boca, tan fuerte y certero que el paciente quedó aturdido por algunos segundos, y luego, al escupir la sangre que en abundancia manaba de su boca y narices, arrojó dos dientes que le habían saltado.

Reponerse, echar una terrible mirada al gigante capitán, y lanzarse sobre él puñal en mano, fué todo cosa de un momento, más pronto hecha que pensada.

No era el señor Pero León mozo que se dejase fácilmente hacer una sangría por quien manejaba un puñal en vez de una lanceta, y como reunía a su valor una serenidad inalterable, en vez de echar mano a su daga o tizona, cogió por las muñecas a su acometedor, y oprimiéndole con todas sus sobre-

naturales fuerzas, le hizo exhalar un grito de dolor y una impresión de rabia, sujetándolo de tal manera, que no le permitió mover los brazos.

Grasaron las mujeres que había cerca de allí, sacaron los hombres, huir los unos, cortar la disputa los otros y muchos suertarse para ver mejor la escena que se preparaba y que no debía tener muy buen desenlace.

El paje, entre tanto, requirió su daga y su tizona, pero sin tocar ninguna de la vaina, y esperó silencioso el resultado de aquel incidente, observando a los más próximos por si intentaban tomar la defensa del aporreado.

Grande fué la confusión y mucha la gritería.

El capitán comprendió que no podría tener por mucho rato sujeto a su contrario, y haciendo un ademán más le dijo:

—Aprovechad la confusión para retiraros sin que osi se aporreen.

—¿Por quien soy, que aquí ha de quedar sin vida uno de los dos!—replicó el otro, cuyas pupilas chispearon de ira.

—¡Dios, Dios de Dios!—exclamó el capitán con voz de trueno.

Y volviendo a su enemigo lo arrojó al suelo con tanta facilidad.

Hizo el desdichado demostración de levantarse para acometer de nuevo; pero recibió en las posaderas y costillas tal lluvia de puntapiés y puñadas, descargada por el capitán, que cayendo y medio envenenándose repetidas veces, perdíase entre la multitud que lo silbaba y aun le regañaba algún nuevo golpe cada vez que el desdichado tropezaba con las piernas de alguno.

—La fiesta de hoy comienza a divertirme—dijo el señor Pero León, arreglando de nuevo su bigote.

—Ved allí a don Juan—observó el manchego como si nada hubiese sucedido—. ¡Con cuánto entusiasmo le vítores!

Efectivamente, la comitiva se acercaba y el pueblo entusiasmado llenaba el espacio con sus gritos y hacía todas las demostraciones posibles de alegría. Las damas, participando del mismo gozo, y contemplando con más interés que el político a don

Juan agitando sus pañuelos de riquísimo encaje, sacando sus brazos por las ventanas, y arrojaban al héroe de Lepanto olorosos ramilletes de pintadas flores que cubrían su camino como una caprichosa alfombra de colores mil.

Todas las miradas estaban fijas en don Juan; su acomodamiento pasaba casi desapercibido, y aunque la presencia del bastardo no era una novedad ni para Luis ni para el señor Pero Ledo, contempláronlo también sin hacer caso de ningún otro.

Cuando el gobernador hubo llegado frente a nuestros amigos, el antiguo paje volvió precipitadamente al canto del otro lado, y dijo al capitán:

—Levantadme en vuestros brazos de modo que se me distinga bien.

—¿Que levanteis? ¿No fué una chanza?...

—Haced lo que os digo—interrumpió el moacabó—, y preparaos para lo que pueda suceder. Quiero alzaros en brazos por última vez.

No resistió el capitán, y levantando en sus robustos brazos a Luis, lo sentó sobre su cabeza.

El atrevido moacabó ensañóse en aquel improvisado trono, contempló a don Juan por un momento y esperó una oportunidad de hacerse oír.

No tardó ésta mucho, porque la casualidad hizo que un momento reparase en el paje, y al ver la capa blanca y creyendo que estaba en el aire sin ningún apoyo, dió un grito y llamó la atención de los que venía a su lado, cosa que fué bastante a que como llevada por una ráfaga de viento, cudiese la noticia, se volvieran de aquel lado todas las miradas, y enmudeciesen las lenguas, inmóviles por el estupor.

Don Juan no fué el último que reparó en el diablo, y éste, aprovechando aquellos momentos, gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Don Juan es un vendido y la traición es roña!

Estas palabras produjeron un efecto mágico en las de la comitiva; oyóse una exclamación unánime, brillante, a la vez muchas espadas, y en confuso tropel corrió la multitudumbre de uno al otro lado, temerosos los más prudentes de que el lance to-

mas serias proporciones, y los más atrevidos o en-
quistados partidarios de la Reforma, con ánimo de
ponerse de parte del mancocho, aunque en concepto
de los unos y de los otros, nada debía temer el
que tenía el poder de Santandé.

—¡Quietos!—gritó al pueblo un hombre que por
su vestido aparentaba ser un hidalgo—. ¡No hay
que defender al que nos llama traidores!

Esto hizo vacilar por unos instantes a los que
intendían agruparse alrededor de Luis; pero un
reformista decidido, dándose los aires de astuto,
dijo a su vez:

—¡Anima, flamencos! ¡Nuestro defensor está
en peligro, y no es a los buenos protestantes a quie-
nes llama traidores! ¡Acordaos de Leiden! ¡Ese
hidalgo no sabe que el aviso dado a don Juan sig-
nifica otra cosa de lo que suena!

No fué menester más para decidir a los que du-
daban.

Los gritos y juramentos volvieron a sonar en
el espacio, y sobre las cabezas de la muchedumbre
chocaron espadas y puñales.

Todo esto fué cosa de pocos segundos, y entre-
tanto, el marques de Poza, después de haber exa-
minado lentamente las facciones del mancocho,
espoleó su atrosa yegua y quiso atropellar a todo el
mundo por llegar hasta donde se encontraba el
paja. Empero de nada le servían sus esfuerzos; su
intento de hacer salir su cabalgadura por encima
de los que se le ponían por delante, sugeríanle por
el freno los que estaban al lado, aconteciendo lo
mismo a los demás de la comitiva, que aun no se
atreían a decidirse a romper a fuerza de tajos la
muralla de carne humana que los estrechaba cada
vez más.

Mientras esto sucedía, tanto Luis como el ca-
pitán, tenían fija su atención en el de Austria, y no
habían podido apartarse de la presencia del mar-
qués, si bien era ésta la persona en quien menos
pensaban, porque ninguna noticia tenían de que
viviese, y porque tampoco en aquella confusión era
fácil distinguirlo sino habiéndolo buscado a propó-
sito.

El mancocho colocó los pies sobre los hombros de

Pero León cruzó sobre el pecho los brazos, enderezó el cuerpo con su natural donaire, con la mirada serena y tranquilo continente, como si no tuviese que hacer allí otra cosa más que presenciar la contienda, jugar y dar el laurel al vencedor, esperó tranquilamente.

—¡Conquistemos a esa canalla!—gritó un caballero a la vez que blandía su tizona.

—¡Viva el rey!—dijeron otros.

—¡Viva España!—añadieron muchos.

Y ordenándose cuanto les fue posible, dispusieron a dar un ataque a los acometedores.

—¡Deteneos!—gritó don Juan extendiendo su brazo derecho, e indicando con su mano que nadie se moviera.

Entonces el de Austria muy acostumbrado a mandar para que hubieran dejado de obedecerle en aquella ocasión.

Detuvieronse todos, cesaron repentinamente los gritos y la confusión, y sólo pensaron los del uno y el otro bando en escuchar las palabras de don Juan.

En los labios del antiguo paje vagó una sonrisa tan dulce, tan encantadora, que nadie pudo tomarla ni por arrogante desdeñosa ni por burla.

—Señores—dijo el de Austria—, el aviso que me ha dado el mariscal de la capa blanca es ofensivo e inoportuno: pero sólo prueba exagerado celo hacia mi persona que en todo caso podría calificarse de desvarío, pero no tenerse por delito. ¿Por qué atropellar a un hombre, cuyas palabras, más que otra cosa, demuestran un extremado celo por mí? ¿Con qué derecho intentáis atropellarlo? ¿Y con qué consecuencia queréis acometerle, cuando ni siquiera ha mostrado la intención de hacer uso de su espada? ¿Es ley de caballeros el ir muchos contra uno ni el usar el acero contra quien lo deja dormido en la vaina?

—Eso defensores tiene—se atrevió a decir un caballero.

—Natural es—replicó don Juan—, que los honrados pechos se sientan inclinados a dar su apoyo al débil.

—¡Es un enemigo del rey, un asesino de los católicos!—contestaron algunos.

—¡El autor de la manguada derrota de Leiden!—añadieron otros.

—¿Lo habéis conocido?—preguntó don Juan con muestras de enojo.

—No hay más que ver su capa.

—Si sólo por esa prueba os atrevéis a jurar que es él, os autorizo para que lo castigéis y os prestaré mi ayuda.

Nadie replicó ni se movió.

—¿A qué esperáis?—añadió el de Austria—. Mi Hacienda tenéis. ¿Hay alguno de vosotros que me asegure bajo su palabra que ese mancebo es el misterioso y terrible protector de los herejes conocido por el nombre de "Diablo"? Si es así, cogedlo, atadlo a la cola de un caballo y preparad una hoguera en la plaza, delante de los balcones de mi palacio.

Siguieronse algunos instantes del más profundo silencio.

—De paz he venido a esta tierra—prosiguió don Juan.

Olvídase lo pasado: el rey ha perdonado a los que de buena fe se dejaron arrastrar por el engaño, y nosotros no tenemos derecho a oponer nuestros caprichos a la voluntad del soberano. Abajo los aceros, que el mío permanece ocioso.

Envoláronse las espadas y todos se dispusieron a seguir al gobernador, que picó la espuela, no sin observar que el paje le daba las gracias con un ademán en extremo dulce.

—¡Viva don Juan!—gritaron de todas partes con indecible entusiasmo.

Y los hombres echaron al aire sus sombreros, y las damas arrojaron más flores, y las mujeres lloraban de alegría y mostraban a sus hijos a don Juan apellidándole el noble, el grande, el verdadero hijo del invicto emperador.

El mancebo descendió de su improvisado pedestal y dijo a Pero León.

—Aquí de vuestros puños para abrirnos camino, porque los curiosos me estrechan hasta el punto de ahogarme.

—¡Pase, buena gente!—gritó el capitán—. ¡Pase

si no queréis que el diablo os deje hechos ceniza con una sola mirada!

Entre tanto el marqués de Poza, seguido de su escudero, separóse de la comitiva, y diciendo a todos que iba a cumplir una orden de don Juan, logró abrirse paso aunque sin poder caminar sino muy lentamente.

Al fin llegó al sitio donde había estado el marqués, y vió que éste había desaparecido.

—¡Maldición! — exclamó, apretando los puños desesperadamente.

—No debe de estar muy lejos—le dijo su criado—. Antes debemos correr que prorrumpir en quejas.

Y ambos se lanzaron como dos flechas por la calle más cercana.

Pronto llegaron a un sitio donde cruzaba otra calle y dudaron entonces si seguir de frente o tomar la derecha o la izquierda.

Por esta última desembocaron tres aldeanos haciendo gestos de sorpresa y aun de espanto.

—Estos lo han visto—dijo el astuto Juan.

El marqués volvió la rienda y se internaron en la nueva calle: pero otras dos, situadas como las anteriores, suscitó nuevamente sus dudas.

Y sin más se lanzó por la derecha.

En pocos segundos desembocaron en una plaza solitaria, y no pudieron contener una explosión de alegría al ver al lado opuesto al paje y al capitán que estaban de montar a caballo, en los que allí les tenía de la brida un hombre del pueblo, y partían a todo escape por la calle de enfrente.

—¡Detenéos! — gritó el marqués con todas sus fuerzas.

—No les digáis nada, porque correrán más aprisa—replicó el astuto Juan.

Y tenía razón el escudero, porque al oír aquel grito el paje y el capitán, obligaron de tal modo a sus cabalgaduras, que éstas, más que correr, volaron.

—¡Animo! — gritó Juan a su yegua—. ¡Animo, "Niña", y Sacadás que te ayude!

Y corrieron los unos tras los otros siempre a igual distancia, y dejaron atrás calles y calles sin mirar a quien atropellaban, y llegaron en breve a

za de las puertas de la población, encontrándose en el campo.

Siguieron su velocísima carrera. El choque de los terribles cascos de las cabalgaduras armonizaba con los gritos de:

—¡Corre, "Núña"!

—¡Animo, "Flecha"!

Que repetían los perseguidores, y con los:

—¡Vuela, "Satanás"!

—¡Anda, vólo a cien legiones de demonios y cien al de condenados, "Traidor", hereje!

Que pronunciaban los perseguidos,

Y corrían más y más.

CAPITULO XIX

Dónde y por qué se detuvieron los perseguidos

Y tanto corrían que envidiábanlos el viento.

Los caballos, estirando el cuello, abriendo sus anchas narices, flotando a merced de aire la espesa crin, y sacudiendo la cola, hacían saltar en menudos pedazos las piedras, convertían la arena en polvo y el polvo en nubes que los envolvían. Iban cubiertos de blanca espuma que se mezclaba con la sangre que arrancaban a sus ijares las espuelas, y adelante de fatiga, casi ahogados, no sentían el duro freno en su ardiente boca.

—¡Por Santa Brígida mi patrona—dijo el escudero Juan—, que voy perdiendo la esperanza de que los alcancemos!

—Corren tanto como nosotros—contestó el marqués.

—Y correrán más aun, porque según se nota, los caballos están acostumbrados a andar por malos terrenos, y en cuanto entrenos en uno más quebrado, los llevarán más ventaja.

—Pero al fin han de parar.

—Con tal que antes no los perdamos de vista.

—Me desesperaría.

—Poco había de servirnos vuestra desesperación.
—¡Dios mío—exclamó el marqués—, dad alas a mi yegua!

Y como si el fogoso animal no corriese lo bastante, espoleóle repetidas veces.

No iban tampoco silenciosos los fugitivos.

—¿Sabéis lo que pienso?—decía el capitán.

—No—le contestó el mancocho.

—Que nuestros perseguidores creerán de la mala buena fe del mundo que tenemos miedo.

—Ya hemos demostrado que no.

—Sin embargo...

—Y son testarudos.

—Pear para ellos, porque se caerán en balde.

—Y reventarán sus caballos que son muy buenos.

—Y nosotros los nuestros si se obstinan en perseguirnos.

—¿Y qué haremos entonces?—preguntó el capitán mientras que hería el vientre de su "Tráidor".

—Ponernos en guardia y vengar la muerte de su cabalgadura y de las nuestras.

—Mejor sería adoptar desde luego ese medio para evitar la pérdida de nuestros caballos y el marirru de los suyos.

—¿Olvidáis que tan fácilmente puede recibirse una estocada como darse, y que antes de arriesgar toníamente la vida deben agotarse todos los recursos para salvarla?

—Prudente os habéis vuelto en un instante.

—Es que cuando me acuerdo de doña Blanca tengo miedo a morir sin volverla a ver.

—Ya entramos en buen terreno para nosotros—dijo el capitán.

En aquel momento seguían una escabrosa cañada.

—No hay que detenerse ante ningún obstáculo—repuso el mancocho.

—Descuidad.

—Nuestros caballos saltan lo mismo que corren. Siguiéron adelante, siempre a igual distancia.

Pocos momentos después ganaron algún terreno los perseguidos, gracias a sus caballos, que marchaban con más facilidad que los otros por aquel escabroso sendero.

—¡Satanás!"—gritó el paje a su negro potro y al divisar una ancha zanja.

—¡Traidor!"—dijo el capitán.

Y ayudando con la brida a los ardientes brutos, salvaron de un salto el hondo foso.

—Hombres diestros y de arrojo han de ser si se atreven a hacer lo que nosotros—dijo Pero León. Luego volvió la cabeza hacia atrás.

—Veamos—repuso el mancebo, haciendo lo mismo.

Pocos momentos después, el de Pozo y su escudero hacían saltar a sus yeguas, que traspusieron la zanja no con menos brío y felicidad que los otros caballos.

Corrían y más corrian.

Azules arroyos y malezas, todo lo salvaban impetuosamente.

Valles, laderas y montes quedaban tras ellos y se perdían rápidamente.

Flores la blanca y ancha capa del mancebo asemejándose a una nube de espuma.

Dieron la vuelta a un montecillo, y los perseguidos perdieron de vista a los perseguidores, que cada vez se quedaban algo más atrás.

Salieron a una pradera a cuyo opuesto lado se extendía un espeso bosque.

—¡Favor si sois bien nacidos!"—oyeron gritar con un acento de tan dolorosa súplica, de tan desgarrador desconsuelo, que conmovidos volvieron la cabeza.

Junto a una casa medio ruinosa que se levantaba en el valle, vieron a una mujer, con el vistoso traje de las aldeanas de los contornos de Bruselas, que con los brazos extendidos y cruzadas las manos como quien pide socorro, daba muestras de estar poseída del mayor espanto y dolor.

Era joven y hermosa, y esto la hacía más interesante.

—¡Faced frente a nuestros perseguidores!"—dijo al capitán el mancebo—. Voy a prestar ayuda a esa mujer.

Y acercándose a la afligida joven le preguntó:

—¿Qué os sucede?

—Por allí—contestó ella con acento ahogado y

mientras fijaba en Luis la mirada suplicante de sus grandes ojos azules llenos de lágrimas—. Por allí, en el bosque... mi anciano padre... corred, se lo llevamos... ¡Por Dios santo, corred!... Son cuatro. ¡Corred!

No esperó a más el paje: hirió el vientre de su fatigado petto y se internó en la espesura a la vez que decía:

—Lo salvaré, esperadme.

Entre tanto, el capitán volvió la rienda, miró hacia el lado por donde habían llegado hasta allí, y vió al marqués y a su criado.

Eran reconocieron en seguida al gigante.

—¡Alto, voto al infierno!—gritó el capitán apuntando con una pistola.

El marqués sacó las suyas del arzón y las tiró al suelo, haciendo en seguida lo mismo con su espada y su dija, y ordenando a su escudero que lo imitase.

—¿Qué significa eso?—se preguntó el capitán—. Para acometernos se despojan de sus armas como si quisieran dar a entender que son amigos. ¿Será un ardite? ¿Pero qué debo temer de dos hombres desarmados?... Los dejaremos llegar.

El señor Pero León guardó la pistola y esperó a los que tan extraordinariamente se acercaban; pero cuando se aproximaron, miró fijamente al marqués, abrió extraordinariamente los ojos, pasóse por ellos las manos rápidamente y no pudo contener una exclamación de sorpresa y aun de espanto.

—¡Por el mismo Lucifer!—gritó—. ¿Quién sois?

El di. Pero se agitó de un brinco de su yegua, y cogiendo una de las manos del capitán, apretóla convulsivamente y dijo con inexplicable acento de tierna alegría:

—¡Gracias. Dios mío!

—¡Voto a mis narices!—exclamó el capitán, retirando la mano con cierta especie de supersticioso terror—. ¿Quién sois?

—¿No me conocéis? ¿Acaso tenéis miedo, vos, el hombre que de nada se espanta?

—Miedo...—murmuró el capitán, que aun no sabía darse cuenta de lo que le sucedía.

Y volviendo a examinar las facciones del mar-

que miró luego a JUAN, que cruzado de brazos y descansando sobre el arzón se sonreía maliciosamente.

—¿Tampoco me conoces?—dijo el escudero.

—¡Juan!—exclamó el gigante nuevamente sorprendido—. ¡Mi antiguo camarada!

—Gracias a Dios, mi amigo. Pero que te encuentro lo mismo que cuando éramos los dos simples soldados y aprendíamos a dar cuchilladas.

Capitán y escudero se apearon de sus cabalgaduras y se abrazaron.

—¿Qué te trae por esta tierra?

—Vengo en compañía de mi señor el muy ilustre marqués de Poza a quien de antiguo conozco.

—¡El marqués de Poza!...—repitió el gigante asustado aun.

—Sin duda pensáis que vengo del otro mundo para llevaros conmigo.

—¿Por Santiago, que me volveréis loco entre los dos! ¿Cómo es posible que seáis el marqués?

—Fuestras dudas, señor Pero—replicó el de Poza—se disiparán cuando sepáis que no llegué a morir, y de ello os daré pruebas. Esto es una historia muy interesante; pero como los momentos son preciosos para mí, no quiero perderlos, y os ruego, amigo mío, que me llevéis adonde esté Luis.

—Hace pocos instantes que se encontraba aquí; pero aquella mujer que está sentada cerca de esa casa y que veis llorar tan amargamente, le ha pedido ayuda para que salve la vida de su padre, a quien según hemos podido comprender, se han llevado unos facinorosos de los muchos que andan por esas cercanías, y el señor Luis, sin más tardanza, se ha metido en el bosque, dejándome aquí para que os hiciese frente.

—No perdamos tiempo para ir a buscarlo—dijo el marqués—. Tal vez peligre su vida.

—¡Iré yo solo, señor marqués!—contestó el capitán.

—¡Dejaros en medio del peligro... imposible!

—El peligro sería cierto si viniérais; no conocéis esos terrenos, y por ese bosque no se puede caminar sin riesgo de morir, a menos que sea persona práctica en recorrerlo, como nos sucede al señor Luis y

a mí. Su espesura nos obligaría a separarnos a cada instante, y sin duda caeríamos en uno de los pantanos que hay cubiertos de hierba, de donde no volveríamos a salir.

—¿Y es acaso prudente dejaros solos en donde se sabe con seguridad que hay asesinos?

—La prudencia consiste en no arrisgar torpemente la vida, según hace poco rato decía el señor Luis. Quedaos aquí, descansad en esa casa, donde no os negará alojamiento la hermosa aldeana a quien vamos a favorecer.

—No podré estar tranquilo.

—Pues debéis estarlo, porque habéis de saber que el señor Luis, además de ser valiente como ningún hombre, está libre de que le causen ningún mal esas partidas de ladrones que con pretexto de defender los fueros del país y la libertad de conciencia, roban y viven alegremente sin temor a la justicia.

—¿Y por qué respeta esa gente a Luis?

—Porque es el protector de los flamencos; porque creen que tiene un poder sobrenatural y es por consiguiente invencible.

—¿Pero lo conocerán?

—Apenas vean su capa llegarán a él para recibir humildemente sus órdenes. Ya nos ha sucedido esto algunas veces. Quedaos, pues, y descansad, para tener aliento y contarnos esa peregrina historia de vuestra resurrección. Si no lo hacéis así, os exponéis a perecer sin seros útil.

El marqués meditó algunos instantes.

—Me parece—dijo Juan—, que tiene razón el señor Pero; nunca lo he oído hablar tan cuerdamente.

—Bien, me quedaré—repuso el de Poza—, pero volved cuanto antes os sea posible, porque me interesa más que la vida ver a vuestro compañero.

—Hasta la vuelta, pues—dijo el capitán.

Y marchando en su "Truider", espoleó y se internó en el bosque.

—¿Se permitís—dijo el marqués a la aldeana—, que descansé aquí mientras vuelven nuestros amigos?

—Entrad, señor hidalgo—le contestó ella con dulce acento—. ¿Cómo podría yo negar tan pequeño favor a los que me ayudan generosamente? Que

Leve nuestro criado a la cuadra las cabalgaduras, y si lo tenéis a bien comeréis un trozo de carne y beberéis un vaso de vino que es cuanto puedo ofreceros.

—Gracias os doy, hermosa aldeana, y con doble razón cuanto que nada me debéis. Según entiendo, está en peligro la vida de vuestro padre, y...

—¡Oh!, pero ya estoy casi tranquila desde que ese noble mancebo me dijo que lo salvaría.

—¿Lo conocéis?

—Nunca lo he visto, pero su capa...

—¿Acaso tenéis noticias?...

—Debe ser uno a quien llaman el Diablo, pero a quien deben los flamencos todas sus victorias. El que cumple cuanto ofrece, aunque parezcan imposibles sus promesas, y que es tal su valor y su prestigio que donde quiera que va encuentra amigos.

El marqués, guiado por la aldeana, entró en la casa y sentóse en un banquillo cerca de una mesa.

Juan, entre tanto, había dejado las reguas en la cuadra, y recogido las armas del de Poza y las suyas.

La aldeana se dispuso a dar de comer a los viajeros, y estos, curiosos de saber lo ocurrido al dueño de la casa, esperaron a que la doncella se sentase después de servirlos, y le preguntaron el motivo de la desgraciada ocurrencia.

Pero antes de proseguir, nos vemos obligados a ir en busca del paje y del señor Pero León, a quien hemos dejado en el bosque y expuestos por su arrojo a serios peligros.

CAPITULO XX

Lo que había sido del paje

Era muy peligroso atravesar el bosque donde vimos internarse al atrevido mancebo. Como había dicho el capitán, encontrábanse a cada paso sitios pantanosos que sólo podía evitar el que tuviese un conocimiento práctico de aquel terreno lleno de ma-

leza. Al penetrar allí parecía que la planta humana no había hollado nunca la frondosa yerba ni los agudos espinos que entre los árboles crecían, y en embargo, podían encontrar una estrecha senda, que torciendo frecuentemente de un lado para otro, conducía a una explanada donde había una choza, cuyo techo estaba sostenido en los altos pinos que poblaban aquel lugar.

Excusado es decir que la vida errante y aventurera del manco le había obligado a estudiar cuidadosamente la topografía del país, y que conocía el interior del bosque donde muchas veces se había ceitado. La choza de que hemos hecho mención había sido hecha por unos bandidos que pocos años antes fueron el terror de la comarca, y la había servido de habitación hasta que, algo tranquila aquella parte de Flandes, la abandonaron para establecerse donde más encendida continuaba la guerra.

Con la seguridad, pues, de no extraviarse, entró resueltamente el manco, y caminando un rato a pie, llevando de la rienda su puma, encontró al fin un estrecho y tortuoso sendero que siguió después de cabalgar nuevamente.

—No tengo noticias—decía para sí—, de que haya vuelto a ocupar el bosque ninguna cuadrilla de bandoleros desde que la abandonó la del Rojo; pero aun siendo así es muy extraño que su primera hazaña haya sido la de acometer a ese viejo colono que de grado o por fuerza les hubiera sido muy útil como lo fué a los otros. Y en verdad, y de paso sea dicho, que en los años que llevo de andar por estos contornos, y en las muchas veces que he comido y dormido en casa del pobre viejo, no he visto a su hija, por cierto bien hermosa, ni tenía noticias de que existiese. Aquí debe haber misterio y es preciso aclararlo. Por de pronto la aventura ha sido buena para el capitán, porque le habrá proporcionado las tres cosas que más le divertían, el andar a caballo, las cosas con nuestros milidos perseguidores, el beber un trago que no habrá dejado de darle la hermosa campesina, y el tener con ella un rato de conversación y de bromas. Sin embargo, puede ser que la primera parte de la diversión le haya costado cara,

porque al fin no pasa de ser un hombre, y nada de extraño tendría que quedase el campo por nuestros perseguidores, que parecen decididos. Lo sentiría, porque quiero al capitán, y porque mi deber es marchar a su lado ayudándole con doble razón cuando el peligro ha sido provocado por mí.

Así pensando, caminó trabajosamente el manco sin encontrar indicios de alma viviente.

Cerca de medía hora transcurrió y examinando entonces algunas cortaduras que formando triángulos tenía la corteza de un grueso pino, se detuvo y murmuró:

—Ya estoy cerca. Prudente será continuar a pie.

Y saltando de su potrero al suelo, le hizo entrar en lo más espeso del bosque y le dijo:

—Quietos.

Luego volvió a tomar la vereda y caminó con toda la prisa que le permitía el terreno, hasta que deteniéndose segunda vez, y mirando otras cortaduras que en forma de cruz había en otro pino, dijo para sí:

—Sólo faltan veinte pasos: dejemos el camino.

Internóse luego en la espesura, y separando lo mejor que podía los espinos, siguió su penosa marcha.

Pocos momentos después volvió a pararse, escuchó y llegó a sus oídos el eco de algunas voces.

—No basta—dijo—, favorecer a ese pobre viejo, pero que es preciso saber el misterio de esta aventura, y además, como voy solo y ellos son muchos, debo procurar que la sorpresa me ayude.

Dicho lo cual siguió andando con tal precaución, que el leveísimo roce de su cuerpo contra las matas, más que otra cosa, parecía el de un reptil que se mueva lentamente, o el movimiento producido por el aire.

Reinaba un profundo silencio.

La espesura de los elevados pinos dejaba apenas que la luz del sol llegase hasta allí.

El atrevido manco, inclinado hacia adelante, con el oído atento y escudriñándolo todo con su penetrante mirada, fué acercándose hacia la parte en donde salía el rumor de voces.

—Parece que son muchos—murmuró:

Oyéronse más distintas las voces y aun pudieran entenderse algunas palabras.

El paje se detuvo, y separando unas zarzas que tenía delante, pudo ver al otro lado un espacio circular donde solo crecía la menuda hierba.

En un lado había un corro de hombres de mala caradura sentados en el suelo y que bebían y jugaban a los dados.

Enfrente, y por la parte en que se hallaba el manco, había otros dos hombres que ni bebían ni jugaban, pero que sostenían conversación de mucho interés a juzgar por el que mostraban en sus semblanzas.

Todos ellos vestían chaquetas de piel de cubra perfectamente curada, y llevaban tabardos de grueso pelo verde. Ninguno iba desprovisto de armas, esto que por el contrario, algunos iban demasiado cargados de ellas.

En otro lado, y a cubierto de la intemperie por un techo de ramas y hojas, había ocho caballos. Desde el sitio donde se encontraba el manco no se veía la fuerza de que antes hemos hecho mención.

He aquí, palabra por palabra, la conversación de los dos hombres que estaban separados de los demás, y de los cuales el uno tenía morena la tez, verdes y redondos los ojos, la barba negra y aguiladas las facciones, y el otro tenía los cabellos rojos, azules con cerco negro sus anchas pupilas, y las facciones en extremo aguiladas.

—Pierdes muy pronto la paciencia—decía este último.

—Por quien soy que debes haber perdido el juicio—le contestó el otro—. ¿No es paciencia la que se tiene un año entero sin ver un rayo de esperanza?

—Razón de más para que en un día no lo atropelles todo tan locamente.

—Pero no reconsideras que es el único recurso que me queda, y que si pierdo un solo día habré perdido el año que paso y ya no podrá cumplirse mi deseo.

—En lo de que no podrá cumplirse tu deseo, no convenimos.

—Aun cuando así sucediese, no por eso me evitaría el tormento de verla en brazos de mi rival y te lo juro por mi alma, los celos me matarían de

rabia. ¡Oh! Tú no sabes lo que pasa en mi interior.

Brillaron extraordinariamente los ojos del asesino y sus puños musculosos se apretaron con la más reconcentrada ira.

—¿Le domina la pasión—le dijo el otro.

—Es verdad, no trato de negarlo ni podría sin que mis palabras las desmintiesen mis acciones. De tal manera la quiero, que todo lo sacrificaría, el oro que a tanta costa he ganado, mi vida libre y llena de emociones sin igual, mis orgías, mis más envilecidas costumbres, y hasta mi pobre cordobés que me ha salvado de la muerte en tantas ocasiones. No habría nada que por ella no hiciese, que por ella no sufriese con una resignación que nunca he conocido; pero ver que es de otro, ¡oh!, eso no. Mira, es tal mi pasión, son tantos mis celos, que yo mismo yo que la amo ciegamente, prefiero matarla antes que dejarla en manos de otro hombre.

—Estás loco—repuso con calma el de los azules ojos.

—Estoy enamorado.

—Y para hacerle querer empiezas por arrebatarme su padre, su único sostén.

—Empiezo a emplear la violencia porque la persuasión ha sido inútil. Dentro de tres días se casará con ese maldito tejedor a quien el infierno traga, y antes de que esto suceda, es preciso que sea mío o que deje de existir para que no sea de otro. Si la vencó o temo de que perezca su padre, bien; pero si aun así se resiste, antes que salga el sol de mañana habrá dejado de existir.

—Perdóname la franqueza, mi capitán, amigo y compañero; pero ese modo de obrar no prueba sino desastrosa brutalidad, y es indigno de un hombre que tiene cinco dedos en cada mano para arrancar las entrañas a su rival.

—¿He tenido ocasión de verme frente a frente con él?

—Espera, que ya lo encontrarás.

—Pero se casan pasado mañana.

—No importa, con eso tendrás doble placer al atravesarle el corazón con tu daga de Toledo.

—Pero ya habrá sido suya.

—Volvamos a los celos.

—De ellos no podemos salir, porque los celos son los que me mueven a adoptar medios violentos.

—¿Es decir, que estás decidido a hacer una barbaridad?

—Tan decidido, que sólo espero a que avance un poco la tarde para que nos pongamos en marcha.

—¿Y el viejo?

—Se quedará aquí guardado por dos de los nuestros, a quienes dejaré orden de que lo despachen al otro mundo si una hora después de que hayamos partido no les aviso para que lo lleven a su casa con todas las consideraciones posibles.

—¿Y si luego te arrepientes?

—Posible es que suceda así; pero entonces, fácil es el remedio.

—¿Lo resucitarás?

—No, pero en cambio puedo hacer otra cosa.

—No adivino cuál sea.

—Te regalaré mi potro a condición de que jamás lo vendas, y de un pistoletazo...

—Lo comprendo, vas a buscarla al Paraíso, si es que te dejan entrar, lo que no es probable.

Cruzó los brazos el de la negra barba, incluyó la cabeza sobre el pecho y quedó silencioso.

No se había escapado al paje ni una palabra de la anterior conversación.

—Bien—dijo para sí—, magnífico plan, digno de su autor. Lo único que tiene de malo es que yo estoy al corriente de todo y esto podrá desgraciar el asunto. Sin embargo, hay dos personas en peligro, y yo no puedo socorrer más que a una, lo que me pone en grande aprieto. Si me voy para advertir del peligro que corre a la hermosa doncella, no podré volver a tiempo para salvar a su padre, y si espero aquí la ocasión de favorecer a éste, aquella morirá o tendrá que ceder a las brutales exigencias de este asesino. El caso es apurado.

Quedó el mancocho pensativo algunos instantes, hasta que la voz del de la barba roja lo sacó de su meditación profunda.

—Soy de opinión—dijo—, de tomar un bocado y remojar el tragadero a la salud de tu amada.

—El—contestó el otro—, preciso será comer, porque necesitaremos fuerzas.

—Vaya, pues; voy a servirte como buen subordinado, y te haré compañía como buen camarada, a ver si mi apetito excita el tuyo.

Y el de los azules ojos se levantó, dirigiéndose hacia la izquierda, mientras que el otro volvió a quedar más triste y meditabundo que antes.

—Veo—pensó el paje—, que el mozo de la barba cubierta lo entiende, y que es lo más prudente de todo, comer antes de dar principio a ninguna empresa. Yo también estoy débil, y quisiera echar algo por el tragadero, pero no tengo que; al menos me acercaré al enamorado ahora que no puede sentirme por si la casualidad me presenta la ocasión de participar de su comida.

El asesino volvió con dos enormes pedazos de jamón crudo y un pan, que dejó en el suelo.

—Se me olvida lo mejor—dijo.

Y volvió a alejarse.

El otro estaba tan distraído que ni siquiera reparó en su compañero. Recostado en el tronco de un grueso pino, continuó inmóvil como una estatua.

Hallábase el mancebo tras él, cubierto con los arjos que poblaban aquel sitio, y observando la preocupación del enamorado facineroso, levantó su puñal sobre el costado derecho de éste, y prevenido así por lo que pudiera suceder, alargó el brazo izquierdo y cogió uno de los trozos de jamón, separándose en seguida silenciosamente.

—El hambre hace prodigios—murmuró.

Luego examinó todos los árboles, y vio que en uno, como a la altura de siete u ocho pies, había sujeto el extremo de un tronco que era precisamente uno de los que servían de vigas a la choza. Así lo comprendió el mancebo, porque como ya hemos dicho conocía perfectamente aquel lugar. Sin temerarse abrazóse al grueso tronco del pino, y con una agilidad maravillosa subió hasta llegar al que estaba colocado horizontalmente, y acomodándose allí quedó a cubierto, por un lado con el espeso ramaje y por otro con el mismo techo de la choza. Entonces pudo notarse toda la sangre fría del asesino.

vido paje, que con la mayor tranquilidad empezó a comerse el jamón.

Entre tanto, el asesino de la roja barba volvió con el vino que había olvidado, y al notar que sólo había un pedazo de jamón, le dijo a su compañero:

—Veo que el amor te ha embrutecido hasta el punto de hacerte poco atento. No has querido esperarme, y a pesar de tu profunda melancolía no has perdido el apetito, y ya te has embuchado el mejor trozo de jamón. Pero veo que lo has comido sin pan... rarezas de enamorados.

—No sé lo que queréis decir.

—Pues hablo con bastante claridad. He traído dos trozos de jamón y te has comido uno...

—No he comido nada.

—Te chantageas.

—Sólo has traído lo que ves.

—Te equivocas.

—No me equivoco—replicó el enamorado con tono de mal humor.

—¡Rayos!...

—¿Qué?

—He dicho la verdad.

—Yo también.

—Pero...

—Te has equivocado—dijo el capitán.

—Basta que lo digas—repuso su compañero.

Y se alejó en busca de más jamón, diciendo para sí:

—Los que aman como ese pobre diablo, pierden el empeño de hacer creer que no comen.

Según vamos viendo, no había dejado el paje su antigua costumbre de exponer la vida por llevar a cabo cualquier travesura sin más objeto que el de divertirse, burlándose de los demás, y la del furto del jamón pudo costarle bien cara, a no hallarse el enamorado asesino en aquel estado de preocupación que no le dio lugar a fijarse en las prudentes observaciones de su camarada.

Comiendo, jugando y bebiendo los bandidos, y el mancebo reforzando su estómago con el fruto de su habilidad y su atrevimiento, pasó largo rato, hasta que unos dejaron el fuego y otros la bota.

En tal situación, pues, se encontraba el héroe de nuestra historia; pero como para el buen orden de lo que vamos refiriendo, necesitamos volver en busca del capitán Pero León, abandonaremos por algunos instantes a los que han ocupado hasta ahora nuestra atención en el presente capítulo, para volver a encontrarlos nuevamente en el que vamos a comenzar.

CAPITULO XXI

De cómo el capitán Pero León recibió un aviso del cielo

Como había hecho el paje, el capitán buscó la estrecha senda del bosque, y por ella siguió hasta llegar al árbol en cuya corteza se veía la marca triangular. Examinóla también, volvió a continuar su marcha, y cuando vió las segundas señales, apeó a su caballo y lo internó en la espesura, donde a las pocas pasos encontró al de Luis.

—Bien—murmuró—. He tenido acierto. Ya sé que está cerca, y no me será difícil encontrarlo. ¿Habrá seguido el camino o se habrá metido por este lado? Veamos.

Y examinando la tierra vió la señal de las pisadas del mancebo.

—Adelante—añadió—. Y luego dirán ¡voto al infierno!, que sólo sirve para dar cuchilladas.

Fuese acierto o casualidad, es el caso que el gigante llegó al pie del árbol donde el mancebo estaba, y desde allí oyó el ruido de las voces de los mozos, y aun pudo verlos, separando cuidadosamente algunas matas.

—Ahora sí que he perdido el tino—dijo para su gusto—. No está aquí, y me atrevería a jurar que tampoco ha pasado adelante, porque teniendo tan cerca a los que busca, no se habrá ido por otro lado. Posible es que esté con ellos comiendo y bebiendo alegremente, porque el mozo es capaz de todo; pero no es esto seguro, y quizás echaría a perder sus pla-

mas si me presentase a esa doncella y no estuviese con ella.

Quiso ganarlo el capitan, pero no era hombre que tirase nada al tiempo por ahorrárselo si no para verlo mas despues de largo rato de haberse ido a la cama con la mujer y de haber conseguido que le permitieran salir a la noche, concurrió por encargo de amigos y de ella.

—No sé lo que debo hacer; pero en ultimo caso me presentare a esa gente, y si con ellos no está el capitan les dire que me entreguen el viejo de quien se por fiado. Habrá cuchilladas que dar y no van por el lado de menos con tal de salir de esa situación.

Faltó a mediar, pero en vano, porque siempre había por no encontrar más recurso ni medida que era volver a casa y en bien templada cama. Pero en todas las apuros, socorro en todas las necesidades.

Al día luego concluyó el capitan de decir esta especie de historia sobre sus ojos una cosa blanca, y ligada en ella la atornilló, vió que era un pedazo de papel que después de algunos segundos cayó sobre una alfombra.

—¿Habría aquí misterio?—murmuró—. Sin duda tampoco se puede confiar en negocios donde ande mi cuerpo en la oscuridad. Hoy es día de sorpresa: ¿habrá algo de eso? ¿Marques y de mi camarada Juan...? Pero ¿cómo y con todo este papellito.

Y como se encontró con no poca sorpresa, que estaba escrito en léguas y era letra del manco.

—Yo tengo también un diablo que me inspira—dijo.

Revisó las dos veces para ver mejor, porque en una de la lectura la lectura no era para el diablo ni para nadie, y después de releer la primavera por tercera vez el viejo decía lo siguiente:

—Tú y tú y tú a la doncella que huya inmediatamente de la casa, y luego volved sin deteneros.

—Me aquí una orden terminante, digna de un rey—dijo el Sr. Santiago que no entiendo una cosa de esta enredo. ¿Y qué ha de hacer el marqués? Pero más me interesa saber dónde está el

—¿Luis... No hay duda que debe haberse encontrado a uno de estos pinos.

Intentó el capitán buscar al mancebo entre el bosque, pero nada adelantó.

—Lo mejor es—dijo—que me estará viendo y siguiéndome porque no obedezco inmediatamente; pero como ignora la aparición del marqués... nada ni un pedazo de su capa se distingue siquiera. Más acertado sería que se dejase ver, subiría la cola lo que ocurre y...

El capitán se interrumpió, porque vio caer un grande papelito.

—Se repite la orden—murmuró.

Y leyéndolo, vio que decía:

“Corred, ¡voto a cien millares de legiones de condenados!”

—Se enfada; mucho debe urgir el negocio. La obediencia del soldado es obedecer y callar.

No se detuvo un instante. A pesar de la irregularidad del terreno, giró militarmente sobre sus talones y se alejó sin pensar en otra cosa que ir y volver todo lo aprisa que le fuese posible.

Llegó al sitio donde había dejado su caballo, subió al sendero, y montando en él buscó la salida del bosque con toda la celeridad que el terreno permitía.

Entre tanto, confuso, y para esto necesitaba muy poco, decía:

—El señor Luis que vaya y vuelva a escapar; el marqués, que venga y le lleve al señor Luis diciéndole: el padre, que huya su hija, la hija, que salve a su padre, y... ¡Bah... bah!... este enredo me vuelve loco; no sirve para el caso; en mi opinión, lo acertado hubiera sido venir, tener un rato de fricción de cuchilladas con la gente del bosque, llevarnos al viejo y presentarlo a su hijo, que nos regalaría con una buena colación bien condimentada con un adobo, y con algo más si no es suficiente y por último, pedir al marqués las pruebas de que es él mismo y no su sombra, porque sobre otro tiempo muchas dudas. Pero andarse con emboscadas, con papelitos, con misterios, con idas y venidas, para andar por donde se debería haber empezado, en hacer las cosas al revés, o por lo menos, andarse con briznillas en la corte cuando estamos a campo

raso tratando con asesinos y ladrones, que no entienden más razonamientos que el de un pistoletazo o una estocada bien dirigida al corazón.

Estas y otras reflexiones, todas por el mismo estilo, siguió haciendo el capitán, hasta que no muy bien humorado y con más deseos de comer que andar con idas y venidas, llegó a la casa, encontrando al marqués y a Juan en plática dulce con la doncella, después de haber satisfecho el apetito y calentado el estómago con parte del contenido de un jarro que había sobre la mesa y que le hizo exhalar un suspiro.

—¿Lo habéis encontrado?—le preguntó asombradamente el marqués apenas lo vió.

—Sí—contestó lacónicamente el capitán.

Y apoderándose del jarro, vaciólo con maravillosa prontitud, limpióse el bigote con el dorso de la daga, y después de pasar la lengua por el labio superior, se dispuso a satisfacer la segunda pregunta del de Poza.

—¿Qué es lo dicho?—repuso éste.

—Nada—contestó el capitán.

—¿Nada! —repitió sorprendido el marqués— ¿Pues no decís que lo habéis visto?

—No lo he visto.

—¿Os burláis?

—No, señor marqués.

—Explicaos si os place—repitió el de Poza con tono de impaciencia.

—Lo he encontrado, pero no lo he visto; me ha dado una orden, y se ha enfadado porque no lo obedecí al instante; pero no le he hablado, ni él a mí.

—Señor Pero León, hablad más claramente.

—Señor marqués, llegué al bosque, encontré a su "Satanás" paciendo tranquilamente, dejé allí a mí, "Traidor", seguí adelante y cayó a mis pies este papelito.

El marqués leyó el apunte.

—¿Qué significa esto?—preguntó con tono de la mayor sorpresa.

—No sé más que vos.

—Bien, pero él estaría en algún árbol, y vos debéis...

—Porque me quedé un momento parado me mandó este segundo mensaje, que no me dejó más ganas de recibir el tercero.

Y el capitán echó sobre la mesa el otro papel.

—Ya véis—añadió—que ahí dice con letras bien gordas: "corred. ¡voto a cien mil millones de leguas de condenados!" Al escribir eso, se le portaban los ojos como dos asnos; y a fe que la refusen poco cuando se enfada.

El anterior diálogo había sido tan rápido, que no dejó lugar a la doncella para preguntar por su padre, y mirando alternativamente al capitán y al marqués, esperaba con ansiedad el resultado de aquella conversación, cuyo significado no comprendía. Pero al fin, aprovechando un momento de silencio causado por la sorpresa del marqués, dijo con voz conmovida:

—¿Y mi padre?

—Nada sé de él, hermosa mía, y nada me preguntéis, porque no podré contestaros, y perderemos el tiempo que tan interesante nos es, sin aclarar el estado de esta aventura. Únicamente puedo deciros que fui al bosque, y allí he recibido un aviso del cielo. En ese papel se me manda venir corriendo, ¿lo entendéis?, muy corriendo, para que os pongáis en salvo, huyendo de esta casa.

La joven miró al capitán como quien duda haber comprendido lo que oye.

—Es preciso—añadió el marqués acercándose a la doncella—, que inmediatamente os vayáis de aquí. El de la capa blanca, en quien tanta fe tenéis, lo dispone, y tendrá para ello razones muy poderosas. Yo os juro a fe de caballero que no se os tiende ningún lazo, y estoy seguro que de seguir este consejo depende vuestra salvación y la de vuestro padre.

Miró la joven a su alrededor como si buscara una persona conocida que le aconsejase; luego quiso preguntar al marqués y a Pero León, pero la sorpresa, el asustamiento y el espanto no le dejaron articular una palabra.

—No vacéis, os lo suplico—repuso el marqués.

—¿Y adónde he de ir? ¿Qué he de hacer luego?—preguntó al fin la doncella, y a la vez que de sus ojos salía copioso llanto,

—Como según parece, el objeto no es otro que alejarnos de aquí, podréis iros adonde más os plazca, con tal que sepamos vuestro paradero para decirselo a vuestro buen padre. Si es que no tenéis parientes ni amigos que os visiten en su casa, entonces yo os llevaré a Bruselas, donde os buscare alojamiento.

—Tengo en la ciudad un pariente, hermano de mi madre.

—Entonces no tenéis motivo para vacilar.

—Pero mi padre... ¡ah!... ¡Dios mío!... ¿qué ha sido de mi padre? ¿qué peligros me amenazan? Y la infeliz joven, en el exceso de su dolor, dejó caer en un taburete, escondida el rostro entre las manos y derramó abundantes lágrimas.

—Tened valor y confianza—le dijo el marqués—Nuestro amigo ha prometido salvar a vuestro padre y lo salvará.

—Y si os aflige—repuso el capitán—el veros solo, yo os acompañaré a Bruselas y... ¡No puedo ser voto al demonio!... Tengo que volverme al bosque y lo más chistoso es que no sé para qué.

Juan, que hasta entonces había permanecido silencioso, dijo:

—Señores, perdonadme: pero me veo obligado a deciros que se pierde un tiempo precioso. Tú, amigo Pero, has cumplido tu comisión y debes volver al bosque sin detenerte a otra cosa. En cuanto a esta joven, está en el caso de resolverse pronto a seguir el consejo del señor Luis, o de esperar aquí el resultado de los sucesos que tan extrañamente se presentan.

—¿Y nosotros?—preguntó el marqués.

—Nosotros, señor, debemos ir, uno a Bruselas para acompañar a esta joven y el otro con el capitán.

—Yo iré con el capitán—dijo el marqués.

—Señor...

—Así lo quiero.

—No sabéis lo que es bosque—dijo Pero León—Os exponéis a perecer.

—No importa: necesito ver a Luis.

—Pero es una locura.

—En vano intentaréis hacernos desistir: os se-

—¿Qué capitán, y donde pongais el pie allí lo pon-
dré yo. Sin duda no habéis pensado lo que me in-
teresa ver a vuestro compañero.

El escudero Juan sonrióse hurlonamente, y mien-
tras se ajuraba el cinturón que se había desabro-
chado para comer, dijo:

—Señor Alonso de Burgos, mi bueno y querido
amo, es tan vehemente el deseo que tenéis de saber
de vuestra dama, que os turba el entendimiento.

—¿Juan!—exclamó el marqués mirando a su
escudero entre enojado y sorprendido.

—Perdonadme, señor, pero voy a probaros que
os he dicho la verdad.

—No te comprendo.

—¿Por qué no habéis preguntado al capitán en
qué convento se encuentra doña Blanca?

El marqués se dió una fuertísima palmada en la
frente; se arrancó algunos pelos de su fina barba.

—¿Soy un estúpido!—exclamó con ira.

—Ahora comprendo vuestra prisa por ver al se-
ñor Luis—dijo el capitán—. ¿Acaso no sabéis lo que
os he dicho de vuestra dama?

—¿Tenéis noticias tuyas?—preguntó el de Pozo-
ren el más extremado afán—. Hablad, hablad.

Y sacudió a Pero León como si quisiese hacerlo
omitir las palabras.

—¿Pero dónde diablos habéis estado metido—le
preguntó el capitán—que ignorais el paradero de
doña Blanca?

—Explicaos, por Dios, y luego preguntadme quan-
to os dé la gana—dijo el marqués—. ¿Qué ha sido
de ella?

—Sigue en el convento.

—¿Pero en qué convento?

—¿Tampoco lo sabéis?

—¡Explicaos, por vida mía, que me estais ator-
mentando!

—Señor—repuso el capitán—, todo se vuelven hoy
materias.

—Habla claro, amigo Pero—dijo Juan—o te
arranco la lengua.

—¿Sabéis que ya voy cansándome de obedecer
al saber por qué obedezco? Pero en fin, os consola-

ceré y luego hablaremos de esa atrevida. Doña Blanca está en las Huelgas de Burgos...

—¡En las Huelgas!—interrumpió el marqués de Posa, que sin saber explicarse el motivo sintió que le faltaban las fuerzas y tuvo que sentarse—. ¡Y he estado tan cerca de ella y la he visto!... Por eso me sentí ahogado en aquel instante, por eso mis ojos se llenaron de lágrimas y una fuerza misteriosa e irresistible me retenía allí. ¡Dios mío!

Y el enmascarado manco quedó abatido.

Hubo algunos momentos de silencio durante los cuales palpitaron con violencia dos corazones: el del marqués por su pasión y sus recuerdos; el de la hermosa campesina por su padre y por los peligros de que se veía tan repentinamente amenazada.

—¡A caballo!—gritó el marqués, recobrando instantáneamente su energía.

—Enfiladas están nuestras yeguas, señor.

—Amigo mío—repuso el de Posa, apretando la mano al capitán—, volved al bosque y decid al paje que vivo; que sé lo mucho que le debo, que es suya mi vida, pero que mi corazón y mi deber me mandan volver a España sin detenerme a buscarlo. Que no tome a ingratitude ni a falta de amistad mi determinación, porque bien puede comprender que después de muchos y muy graves sucesos que no os puedo referir ahora, los momentos que pierdo en ver a doña Blanca son años y aun siglos para mí.

Brillaron extraordinariamente los ojos del marqués; su rostro había palidificado, y su cuerpo estaba agitado a impulsos de un ligero temblor. Tal era el estado en que se hallaba, tan violentas las emociones que había sentido, que el aturdimiento más completo dominaba su razón, y no había pensado en preguntar si Blanca había profesado.

No había sucedido lo mismo al escudero Juan, y ya se le había ocurrido la idea de que tras la buena noticia era muy fácil que viniese la mala de que pertenecía al claustro la doncella. Pero el escudero no quiso tomar este punto, porque, como muchas veces sucede, se prefiere la duda de la ilusión a la realidad, cuando se teme que ésta sea contraria a nuestros deseos.

—Entre todo—dijo para sí el astuto Juan—, de-
jando así faja siquiera por algunos días, por al-
gunos meses, porque en el estado en que se encuen-
tra en este momento nada tendría de extraño que
se empujara violenta y por añadidura desagrada-
da, le masacrara el juicio como en otro tiempo. Yo
señalé al capitán lo que sobre este punto su-
ceda y él ha profesado, cuando nos alejamos, em-
peño por hacerle dudar para que el golpe no sea
tan repentino.

—¿A caballo!—replicó el marqués, yendo de un
paso para atrás sin saber lo que hacía—. Y vos—dijo
a la campesina—, si no queréis ir sola a Bruselas
podéis aprovechar nuestra compañía.

—Querido señor caballero. Idos en paz y que el
delfín os proteja: la travesía es corta, y ya he an-
dado por ese camino en muchas ocasiones. Me
iré y pensaré lo que he de hacer.

Juan sacó las llaves de la casa y se dispuso a
llevar el estribo a su señor.

—Amigo mío—dijo esto al capitán estrechándole
la mano—dad a vuestra compañera que mi felici-
dad no es completa, porque no lo he visto.

Y sabiendo de la casa con el corazón palpitante
de gozo, montó en su blanca yegua.

Se acercó, con pretexto de despedirse de Pero
Isaac, miró a él y al abrazarlo le dijo al oído:

—Ha profesado doña Blanca?

—No—contestó el capitán.

Un rayo de alegría brilló en los ojos del fiel
esclavo y volviéndose hacia el marqués, le dijo:

—Señor, olvidad lo más importante.

—No sé a lo que aludís.

—¿Por qué no preguntáis si doña Blanca ha pro-
feso los votos religiosos?

El de Boza palideció aún más de lo que estaba;
por su frente corrieron algunas gotas de frío sudor;
sus ojos se abrieron con espanto, y la brida se
sacó de entre sus dedos. Quiso hablar y no pudo;
al ruido de hacer que había perdido para siempre a
Blanca turbó su lengua.

—¿Que os sucede, señor?—le preguntó Juan—.
¿No queréis saber...?

—¡Oh!...—balbuceó el marqués—. Sí, decidmelo;

—Doña Blanca—contestó el capitán—, según.

—¡Oh!, callad, tengo miedo—interrumpió el conde morado.

—Señor—repuso Juan—, tranquilízase.

—¿Qué decís?

—Que no ha profesado ni profesará.

Una exclamación de alegría, pero de una alegría frenética, salió de la boca del marqués, y levantando al cielo sus hermosos ojos, dijo con acento dulce y expresivo:

—¡Gracias, Dios mío!

Expresaban estas palabras tanta gratitud, tanta tal expresión de ternura y de verdad, que conmovieron por un instante a Pero León, cuyo pecho estaba virgen aun de haber sentido un amor vehemente.

Cabalgó el secudero.

—¡Corramos, Juan, corramos!—gritó el de Poma.

Y sin decir una palabra más, tirió sus espuelas con la sangre de su cabalgadura, y seguido de su fiel sirviente desapareció en pocos segundos.

Mucho corría la blanca yegua, pero más volaba la imaginación ardiente del manco; precipitados eran los pasos del noble bruto, pero más rápidas y violentas eran las palpitaciones del corazón del jinete.

—¡Adiós, Flandes, tierra desdichada; me alejo de ti con el corazón lleno de felicidad, rebosando gozo! Aquí vine en busca de la muerte o de la vida, y la última encontré. Adiós, Flandes; vuelvo a mi patria, voy a dejar tu nebuloso cielo por otro más puro y transparente; abandono tu tierra pantanosa y sombría por otra sembrada de flores, cruzada de cristalinos arroyos; pero siempre conservaré de ti un recuerdo grato, porque bajo tu cielo oscurecido de nubes, sobre tu suelo desnudo de flores, he sido feliz.

El manco aspiró el aire con avidez, exhaló un hondo suspiro, y a la vez que sus ojos brillaban como dos centellas, gritó:

—¡Corre, mi "Nuña", corre! ¡Pide al viento sus alas, al fuego su ardor y a las rocas su dureza! ¡Corre con la velocidad del rayo... no, que es poco; llévame a Burgoz con la rapidez que va mi pensamiento!

entre tanto, el capitán, en dirección opuesta, caminaba también con toda la prisa que le era posible en la espesura del bosque.

Sigámosle para saber lo que allí sucede.

CAPÍTULO XXII

Cómo concluyó la aventura del bosque

Mientras que el capitán Pedro León picaba la espuela y separaba los espinos que amenazaban a sus paños, decía para sí:

—Es día de broma completa. Todo se vuelven misterios, sorpresas, risas y llanto, y no hay trazas de acabar. Idas y venidas a este maldito bosque, corridas por todos lados, buscarse y no encontrarse... Confieso que estoy mareado, y que si continuamos así dos horas más, no respondo de mi pobre vida, que acabará por perder. Ahora tendremos otra escena por el estilo de la pasada: cuando mi diabólico compañero sepa que el marqués no ha muerto y que está en Flandes, querrá verlo y se pondrá hecho una furia porque lo he dejado marchar. Por de pronto, me temo que quiera ir a buscarlo, y entonces correremos como ellos han corrido las de nosotros. Y lo peor del asunto es que en mi cuerpo no ha entrado más que el vino que de peso pude beber, y no tengo esperanzas de que entre algo alguna bala que me envíen los raptores del colono... ¡Raro capricho! Ahora que lo pienso bien, me parece el ver que hay hombres que gasten el tiempo y expongan su vida por robar un viejo, cuando en la misma casa tenían la moza más hechicera que he visto desde que soy soldado. Severo es el castigo que merecen por su estúpida brutalidad. ¡Voto a mis bigotes! ¡Llevarse al padre y dejar a la hija!... ¡Por San Pedro mártir, que no se comprende semejante barbaridad!

Estas y otras razones iba dándose el gigante caballero, cuando llegando al sitio donde debía de-

lar el caballo, apedóse y siguió por la espesura, examinando las copas de todos los pinos por si ve alguno dividaba al muchacho.

Así anduvo largo rato hasta que de pronto sintió que le tiraban de la capa, y volviendo la cabeza vió salir de entre los espinos un brazo y tras él brazo una cabeza. Era el paje, que con semblante risueño, y sacudiendo todavía el último bocanado de jamón, hizo señá al capitán para que lo siguiese.

Ambos anduvieron algunos pasos, siempre al medio de la maleza, teniendo sumo cuidado de no hacer el más leve ruido.

El muchacho se detuvo, aproximóse al capitán y levantándose sobre las puntas de los pies para hablar con la boca al oído del gigante, tuvo lugar, quido, muy curioso, el diálogo siguiente:

—Segund acordante—dijo Luis—, pero siempre volviendo hacia la derecha, de modo...

—Antes tengo que deciros...

—Callad.

—Calla.

—Pero de modo que vayais dando la vuelta...

—Es una noticia de...

—¡Voto a tal!

—Eres ladino, que...

—¿Os impresionáis?

—Es que los jueces...

—Los habéis enviado al infierno...

—No es eso.

—Bien, sea lo que fuere.

—Pero...

—¡Dadme a abrazar por Santiago!

—¡Vive Dios que tenéis poca!...

—¡Silencio!

—Como os plazca.

—De modo que vayais dando la vuelta al sitio donde sabéis que está la choza.

—Pero...

—Quando calculéis que estais frente de mi casa, decídmelo, y...

—Como ignorais...

—Nada quiero saber.

—Peor para vos.

—Allí esperais a que cante el mochuelo...

—Es decir, a que vos imitéis el canto del mochuelo...

—Claro está.

—Y mientras tanto el tiempo se pierde...

—Os encuentro como nunca.

—Tengo hambre.

—Yo he comido jamón.

—Gracias por el alimento de la noticia.

—No os detengáis.

—¿Y qué he de hacer cuando el mochuelo...?

—Saltais por encima de todo, y espadá en mano salís a la plazuela donde está la catedral.

—¿Allí hiere y mata a Derecha y a Izquierda?

—Allí veréis dos hombres que guardan el viejo mundo y les decís que dejen su prisa.

—¿Y si no me obedecen?

—Entonces...

—Basta, no soy tan torpe; entonces, quieta la lengua y las manos listas.

—Eso es.

—Y luego...

—Hablaresmos.

—Pero...

—Idos y no perdáis tiempo.

—Antes es preciso...

—¿Por quien soy que estais impertinente!

—Os digo que la noticia...

—Ya se preparan a marchar—dijo el paje a la vez que ponía una mano junto a su oreja derecha para oír mejor.

—Les saldremos al encuentro—repuso el capitán mientras se aseguraba de que su rizona salía fácilmente de la tubina.

—Lo perderemos todo por vuestra charla—replicó el paje con tono de impaciencia.

Y luego empujó al capitán para que se elefase.

—Pero la noticia...

—¡Idos, voto a Satanás!

—Ma insubordinado!—exclamó el gigante hundiendo en el blando piso sus talones con ánimo resuelto de no moverse.

—¿Estais borracho?

—Estoy mareado, trastornado; pero no por los vapores del vino, sino por tanto enredo.

—¡Capitán!

—¡Me insubordino y de aquí no me moveré hasta que os comunique la noticia!

—Hoy no os conozco.

—Ni yo tampoco.

—No sabéis cuánto mal estais haciendo.

—Bien, me iré; pero antes quiero decir que acabo de dar un apretón de manos al marqués de Poza.

El paje miró al capitán como si buscase en el semblante de este indicios de que hubiese perdido la razón o estuviese embriagado, porque no podía comprender que estando en unos momentos en que jugaban la vida, se entretuviese en chacharreo sobre todo con recuerdos tan respetables como el del marqués.

—No estoy loco—añadió el capitán—. El marqués no murió, acabo de verlo y de hablarle; era uno de los que nos seguían, y el otro su escudero, antiguo camarada mío. Por eso corrían tanto y nos llamaban.

Un rayo que hubiese caído a los pies del manco no le hubiese dejado tan aturrido como la noticia que acababa de oír. Su rostro palideció, abriéronse sus ojos extremadamente, y sintió palpitár con tanta violencia su corazón, que parecía que iba a saltársele del pecho.

—¡El marqués... vive!—murmuró.

—Os lo juro.

Exhaló un suspiro el paje, oprimiéndose el pecho, y atiendo por una muñeca al capitán, le dijo:

—¿Comprendéis todo el daño que puede hacerme una broma de esta clase?

—Os lo he jurado, y vuelvo a jurar por la cruz de mi tizona—contestó Pero León.

Este juramento era para él tan sagrado, que ya no dudó el manco, y mientras que de sus ojos brotaba una lágrima de ternura, abrazó al capitán con tanto cariño como hubiese podido hacerlo con el marqués.

—¡Oh! Decidme qué le ha sucedido, qué os ha dicho de doña Blanca.

—Ignoraba el paradero de ella, y apenas se me ha dicho, he vuelto a montar en su yegua blanca.

y seguido de su criado ha partido como una ceniza para España.

—¡Sin verme!—murmuró tristemente el paje.

—En eso no debéis tener queja, pues lo ha visto estar porque no podía detenerse a veros, y me encargó que os dijese que ya comprenderíais lo que valía cada minuto que se perdía sin que corriese en busca de su amada: que os debía más que la vida, que os amaba como a un hermano, y, en fin, parecía un loco.

—Tiene razón, no ha debido perder un momento. ¡Pero cómo no sabía nada de doña Blanca, por qué se ocultó de nosotros mientras estuvimos en la corte?

—Ni aun a explicarme nada de eso se detuvo.

—Es preciso alcanzarlo.

—Llevar mucha delantera.

—Aunque reventemos nuestros caballos. Además, nosotros conocemos caminos más cortos.

—Estoy a vuestras órdenes.

—No perdamos un momento.

Oyese el ruido de las pisadas de algunos caballos, el choque de las armas y las voces de los bandidos.

—¿Y abandonaremos al viejo?

—Es verdad—murmuró con desaliento el paje—. He prometido salvarlo.

—Ya veis...

—¿Y su hija?

—No sé si al fin se habrá decidido a irse a Bruselas a casa de un tío suyo. Quedo indecisa y parecía desconfiar, porque no le di explicaciones...

—Pues corre mucho peligro si no ha dejado la casa.

—¿Qué hacemos?

—Etcórrer al coíno, correr en seguida a evitar la muerte de su hija, y luego seguir hasta encontrar al marqués.

—Parece que los bandidos se disponen a marchar.

—Algunos de ellos.

—Cada vez estoy más confuso.

—Haced lo que os he dicho.

—Me atormenta el hambre.

—Ya comencéis.

—¿Cualquiera es la que apenas se comienza en mochuelo les intimó la rendición, y el otro, con una cuchillada seca?

—Sí.

—Dios nos sigue con bien—dijo el capitán, y bostezando se alejó.

Avanzaba la tarde.

Ya en medio de la oscuridad del bosque, empezaban a expandirse las tinieblas.

De los ocho asesinos, solo uno, el más viejo, y uno más otro se pusieron en marcha.

Quedaron junto a la chimenea, rodeados a un anciano que, atado de pies y manos, estaba junto a un corpulento pino.

Era el padre de la hermosa doncella.

Aunque de edad avanzada, el viejo conservaba aun bastante vigor, y en su semblante, más que el miedo, se pintaba la ira.

—¿Sabes—dijo uno de los facinorosos a su compañero—que nos honra poco la comisión que nos ha dado el capitán? Dos hombres de nuestro temple para visitar a ese viejo chacha, no es cosa que debe honrarnos.

—¿Y quieres dejarle guardia de honor.

—Mejor hubiera sido despatcharlo si es que es torpe para algo.

—Lo peor es que se falta a nuestros reglamentos y no debemos tolerarlo.

—Ciertamente, porque no debemos acomodar ninguna empresa que no haya de producir algunos beneficios a todos nosotros. Y en verdad, no sé el que haya de repartirnos el trozo de esa mina porque no es rico para darnos un buen sueldo si el tenerlo en nuestra compañía puede servirnos de nada.

—Yo pregunté al capitán lo que me valdría esa empresa, y no dió otra contestación que amarrar una pistola y hacerme la puntaría.

—¿Por San Guillermo, que como jefe vi te mandando tantas borrachas que algún día te matarán bien caras!

—¿Y hasta cuándo hemos de estar haciendo castro al vejete?

—Nos ha dicho que esperemos dos horas, y que si ningún aviso suyo recibimos, quitemos de en medio el estorbo.

—Mejor sería no aguardar y ahogarlo.

—¿Y si se enfada?

—Le diremos que se ha muerto del susto.

—Más vale no exponerse, porque el capitán no para bromas, ¡voto al infierno!

—Tengamos paciencia.

—¿Y qué muerte le daremos?

—La que dan a los murciélagos los muchachos.

—Hará unos gestos horribles.

—Y que apesta la carne de viejo quemada.

—Entonces lo enterraremos vivo.

—Eso no es matarlo.

—Pues le haremos beber agua hirviendo.

—¿Y si no quiere abrir la boca?

—Le taparemos las narices y la abrirá.

—Nos va a dar mucho que hacer.

Era a contestar el otro bandido, cuando sonó el canto monótono del molinero, con tanta perfección imitado, que a nadie hubiera sido sospechoso.

—Mal anuncio—dijo uno de los ladrones.

Y al concluir de pronunciar estas palabras, erujeron los espíritos, y el capitán, blandiendo su larga tizona se precipitó junto a los bandidos.

—¡Quecos, por Satanás!—gritó con su voz de trueno.

Tan sorprendidos quedaron los ladrones, que al pronto ni articular palabra pudieron; pero repuestos bien pronto, dejaron escapar una imprecación horrible, y empujando sus sietres intentaron la defensa.

—¡Quiéto, vive Dios, o no dejaré de vosotras ni la memoria!—añadió el capitán.

—Somos dos, ¡y por el infierno! que no habrás de quedar ni para contarla—dijo uno de los bandidos.

—Dos como sois—replicó el capitán—me dejaré llevarme a ese infeliz, y si no me obedecéis, Dios de Dios, habrá de pezaros.

—¿Estimas tu pellejo?

—¿Me obedecéis o no?

Uno de los ladrones dió un brinco, y asiendo

por la garganta al anciano, levantó sobre él su puñal.

—Acométenos—dijo—y lo mato.

No estaba este caso previsto en las instrucciones que llevaba el capitán, por lo que detuvo el formidable tajo que iba a dar a uno de los bandidos, y quedó inmóvil.

—Parece que lo pensais—le dijo el que amenazaba al anciano.

—Nohe caballero—dijo éste—, no expongais por mí vuestra vida.

—De todas maneras—repuso el capitán—, habéis de morir, buen viejo, y por consiguiente, legaré al menos el gusto de vengaros.

Empezaba a cerrar la noche.

En medio de la oscuridad que envolvía con su crepón la escena que vamos refiriendo, vióse sobre el bandido que estaba junto al anciano como una nube blanca que cayó sobre él repentinamente, y luego se oyó una horrible blasfemia y un ¡ay! que se llevó tras sí el último aliento del asesino.

De tal efecto fue la aparición, que aun el mismo capitán quedó sorprendido y en cuanto al fatigoso que le hacía frente, sintióse poseído de terror, y contemplando con espantados ojos la capa blanca, retrocedió un paso y exclamó:

—¡El diablo!

Siguió un silencio profundo, durante el cual no se oyó sino la respiración agitada del bandido, que contaba por segura su muerte una vez que la capa del diablo favorecería tan decididamente a su antagonista.

Aprovechóse el mancebo de aquellos instantes y con su puñal ensangrentado, cortó las ligaduras que sujetaban al colono.

Este cayó de rodillas ante su salvador, y con voz trémula por la emoción, y mientras el látigo humedecía sus pupilas, dijo:

—¡Dios os bendiga, noble caballero!

—Advertid—le contestó sonriendo el paje— que soy Satanás. Pero de cualquier modo, ya estais libre, y esto es lo que os importa.

Y luego volió, dirigiéndose al capitán:

—¿En qué pensais?

—En despachar a ese tunante: pero estaba esperando a que se repusiese, porque no se diga que lo he asesinado.

—Perdonadle la vida, que ya nada tenemos que temer de él.

—¡Voto al infierno!—exclamó con tono de mal humor—. ¡Conque después de todo lo que me habéis hecho trabajar hoy, cuando ni siquiera me habéis dejado comer, no puedo alcanzar la recompensa de castigar a este bribón?

Y sin esperar a más razones, el gigante blandió su descomunal hacha y repuso, dirigiéndose al asesino:

—¡Hola, señor tunante!... En guardia, y afirmad bien los pies y extended cuanto podáis el brazo, que yo tengo más habilidad para matar hombres que vos para vaciar bolsillos. Mucho ojo, ¡voto al rabo de Satanás!, que este asunto merece la atención.

—Que perdamos un tiempo precioso—dijo el mancocho.

—Por eso trato de despachar al instante—replicó el capitán.

Y acometió al facineroso con tal impetu y velocidad, que apenas le dio tiempo para ponerse en guardia.

—¡Trabajo ha de costarte si la traición no te ayuda!—gritó el asesino, cuyos ojos despidieron centellas y cuyos dientes rechinaron.

—Lo veremos.

Se trabó el combate.

En pocos segundos se conoció la superioridad del capitán.

El bandido perdía terreno mientras que en su desesperación juraba y blasfemaba. Al fin, retrocediendo paso tras paso, llegó a la cerca de espinos.

—Tú quieres escaparte—dijo el capitán—; pero afortunadamente conozco tu intención.

—¡Que el tiempo vuele!—gritó el paje.

—Pues ya hemos concluido—contestó Pero León.

Y con una maestría sorprendente, con una ligereza inconcebible, atravesó el pecho de su contrario.

Este cayó sin exhalar una queja.

Habla dejado de existir.

—Este rato de broma—dijo el capitán—ha entretenido el hambre que me atormenta. Pero como pensado, este caralla debe tener provisiones en la choza.

—¿Y aun queréis deteneros?

—Lo que es ahora me insubordino decididamente. No sabéis lo que lo siento; parece que el alma de ese condenado se me ha metido en el estómago y me araña con las uñas que ya debe haberle dado Satanás.

El gigante entró en la choza, y a tientas tuvo la fortuna de encontrar medio jamón que en el suelo descansaba junto a una bota de vino.

—Señor diablo—dijo alegremente al salir con su presa—, ya estoy a vuestras órdenes. Veamos si el sabor es tan bueno como el olor.

Y echando primero un trago y cortando con su daga un trozo de pernil, dio principio a su comida mientras caminaba tras el paje y el colono.

—Señores—dijo este—, me habéis salvado la vida y quisiera saber vuestros nombres para poder decíroslos.

—No los tenemos—contestó el paje—. Yo soy el tan nombrado de la capa blanca, a quien muchas noches habéis dado hospitalidad. No me habéis conocido porque llevaba entonces mi capa del revés, que es negra.

—¿Sois vos el que acusas de cruel, de sanguinario, de asesino?...

—El mismo.

—¿Vos con un corazón tan noble y generoso, vos que exponéis vuestra vida por la de un desconocido que nada os importa!

—El mismo. Pero dejemos eso a un lado y tratemos de lo que nos importa. Cuando salgamos del bosque os dirigiréis a Bruselas, siguiendo un camino que no está cerca de vuestra casa. En la ciudad, según entendáis, tenéis un pariente.

—Es cierto—contestó sorprendido el colono.

—Pues bien, con ese pariente encontrareis a vuestra hija, y si no está allí, esperad que yo os la llevaré sana y salva.

—¡Gran Dios! ¿Qué ocurre?

—Ella os lo dirá más despacio; ahora no podemos detenernos a entrar en explicaciones; os tenéis saber que vuestra vida y la de vuestra hija dependen de que hagais lo que os digo. Bien quisiera yo acompañaros, pero tengo que ocuparme de otro asunto de mucha importancia...

—¿Y los caballos?—preguntó el capitán.

—No deben estar ya muy lejos; tendremos que buscarlos, porque la oscuridad no nos permitirá reconocer el sitio donde se encuentran.

—En verdad que para romperse las narices es muy a propósito este bosque.

El paje llevó dos dedos a la boca y produjo un silbo agudo. En seguida se oyeron, uno tras otro, dos relinchos.

—Ya véis—dijo al capitán—que nuestros caballos son más obedientes que vos.

—Pero habrán comido a su placer hierba fresca y habrán dormido lo que velaron la pasada noche.

Percebíase el ruido de las pisadas de los corceles, y pocas segundos después llegaron los de nuestros amigos.

—¡Aquí "Satanás"!—dijo el manco a su potro.

Y cuando éste se hubo acercado con la mayor somolín montó en él.

—¡Hola, "Traidor"!—dijo el capitán—. ¡Por vida de Lucifer que has tenido buen rato de holganza!

Cabalgó también, y echando un trago, que fué el último, picó la espuela y siguió al manco.

—Vos—dijo éste al colono—cogéis a la cola de mi caballo, y seguid sin miedo.

De este modo caminaron hasta salir del bosque, y una vez en el llano, despidiéronse nuestros héroes del viejo y partieron velozmente en dirección a la casa.

No tardaron en llegar ni en ver a la puerta, jurando y maldiciendo a los seis bandidos que intentaban quemar el edificio, ya que otra venganza no podían tomar. Esta idea aprobada por todos, iba a ponerse en ejecución, cuando el de la roja barba, dirigiendo al paje y a Pero León, dijo:

—Se acercan dos jinetes.

—¡Es el diablo de la capa blanca!—contestaron algunos.

—Pues Dios nos asista—replicaron otros.

—¿Teneis miedo, voto a Satapás?

—Sólo su capa da la muerte.

—Ahora veremos si es verdad—repuso el jefe. Y luego gritó:

—¡Alto!

Ya estaban muy cerca los interpelados, y por toda respuesta oyóse una detonación, a la vez que se iluminaba instantáneamente el espacio y uno de los bandidos cayó herido de muerte.

Fué aquella señal de encarnizado combate; pero antes de que la polea se trabase cuerpo a cuerpo, un segundo pistolazo, disparado por el capitán, rompió el brazo derecho a otro asesino e hirió al caballo de un terror, que parió a escape sin que pudiese contenerlo el jinete.

Quedaron, pues, tres enemigos no más, y esto pareció bien poco al jefe y a Pero León.

El chis chas de las espuelas, las voces y los gritos poblaron el espacio.

La oscuridad era completa.

A ser gente menos acostumbrada a tales aventuras, se hubiesen herido fácilmente los unos a los otros los de un mismo bando; pero no era la primera vez que acometedores y acometidos se encontraban en semejantes lances en medio de la oscuridad, y aunque los golpes no eran muy certeros, se multiplicaban, sin descargarlos sobre el amigo por apearlo al contrario.

Casi todos los tajos y estocadas se dirigían al jefe, ya por ser de los dos el más temido, ya porque la blancura de su capa hacia que se le distinguiese fácilmente; pero el marcebo se defendía maravillosamente, mostrábase infatigable y con tal sangre fría, que cada vez que evitaba con su diestra ligereza un golpe de muerte, soltaba una carcajada trónica, insultante, que hacía rechinar de rabia los dientes al bucido acometedor.

—¡Por el infierno que no ha de valerte tu capa!—gritó arremetiendo furiosamente el que hacía de cebadilla.

—Guárdate de ella, Rojo—le contestó el mancebo—, porque esta noche las pagarás todas juntas. Pensabas a una mujer bonita y has encontrado al diablo. Lo mismo tiene; todo es asunto de corazón, con la diferencia de que pensabas sentir palpitante de placer el tuyo y se agitará de dolor en la agonía.

—¡Vive el cielo, que la función dura mucho!—gritó Pero León.

—¡Pues por Satanás, tu amo, que poco le queda!—replicó uno de los asesinos.

—¿Qué has hecho, miserable, de la hija del seño?...

—¿Tú también la querías?

—¡Canalla!

—No será vuestra la moza.

—¡Lo veremos, vive Dios!

—¡Ira del infierno!

—¿En qué pensáis, capitán?—le dijo el paje—. ¿Habéis olvidado ya vuestras habilidades?

Y mientras esto decían los unos y los otros, oían los aceros y despedían multiplicadas chispas.

No podemos dar a conocer los detalles de aquella singular batalla, porque la obscuridad no permitía ver lo que sucedía.

Únicamente podemos decir que pasados algunos segundos más, gritó uno de los fascinados:

—¡Maldición!

Y su cuerpo cayó en tierra y su caballo escapó sin jinete.

—¡Bravo, capitán!—exclamó el mancebo.

Luego se oyó una imprecación horrible, tan horrible, que hizo estremecer al mismo Pero León, que de nada se espantaba, y otro jinete quedó fuera de combate.

—¡Bravo, señor Satanás!—gritó a su vez el gigante.

El de la roja barba acababa de expirar.

Hubo el que quedaba sano aún.

El paje y el capitán se apearon de sus corceles, y entraron en la casa. Cuando la hubieron registrado toda y no encontraron a la doncella, dijo el primero:

—Se salvó y estará en Bruselas.

—Este es negocio concluido—contestó Pero León.

—Ahora vamos en busca del marqués.

—¿Podrán resistir nuestros caballos?

—Correrán hasta donde puecan.

—Allí veremos.

—Además, tendrán algún descanso cuando lleguemos a casa de Guillermo, donde tal vez encuentre carta de mi señora.

Pocos momentos después no se oía en el valle sino el eco de las pisadas de "Satanás" y "Traidor", que se alejaban por la parte de Bruselas.

CAPÍTULO XXIII

Un aventura

Si don Juan de Austria hubiese ocupado el trono, y cerca estuvo de ocupar el de Inglaterra, no se hubiera parecido a ningún rey, pues era la actividad personificada, y aunque sin olvidar el deber debido a su elevada posición, agradábale lanzarse en toda clase de aventuras y se complacía en arriesgar peligros.

Todos creían que aquella noche la dedicaría al nuevo gobernador a descansar, y aún él mismo pudo comprender que no se ocuparía en otra cosa; pero el tiempo debió parecerle muy largo en la soledad, y llamando a cuatro caballeros de su séquito, les dijo:

—¿No os parece que debería dar un paseo?

—¡A estas horas!—exclamó uno de los interpellados.

—La mejor, porque podré salir sin que nadie se conozca, y por consiguiente sin más acompañamiento que vosotros. Recorreremos una parte de la población, entraremos en alguna hostería o taberna, observaremos y así ocuparé a conocer a la gente de esta tierra, pues a mí me gusta conocer las cosas por lo que veo y no por lo que me dicen.

—Vamos, pues, aunque no es prudente—dijo uno de los caballeros.

—¡Prudencia!—murmuró don Juan, encogiéndose

dos de hombros—. Si he de morir asesinado por mis enemigos, veréis cómo descargan el golpe exactamente cuando más precauciones me haya tomado. Una persona que no puede engañarme y que debe de conocer los planes de los flamencos, me dijo esta mañana que me habían vendido, que me tendían un lazo.

—Sí, el hombre de la capa blanca.

—Que ya debe estar lejos de Briseias.

—Si nos hubiésemos apoderado de él...

—Hubiéramos cometido un abuso.

—¿Pero es verdad que ese hombre es aquel viejo diablillo que tanto dió que hacer cuando la madre del príncipe don Carlos?

—El mismo, no lo dudéis.

—Entonces...

—Ha determinado volver a España, y le pido a Dios que lo proteja, porque es un hombre que vale mucho, y si ha defraudado la causa de los flamencos no ha sido por ambición, ni por hacer mal a su patria, sino porque se vió perseguido, estaba desesperado, transformado por el dolor, y quiso vengar la muerte del marqués de Poza...

—¡Pobre marqués!—dijo uno de los caballeros—. Pudo ser amigo; era un corazón muy noble, y esta mañana... ¡Oh!... La verdad, he tenido miedo.

—¿Y por qué?

—Entre nosotros y con la comitiva iba un hidalgo o caballero que se parecía al difunto marqués como un retrato a su original.

—El, un hidalgo que encontré en el camino y que se llama Alonso de Burgos.

—Tan exacto encontré el parecido, que empecé a dudar si el de Poza había resucitado.

—¿Y por qué no le hablasteis?

—Así lo hice.

—¿Y su voz?...

—La misma del marqués, los mismos gestos, las maneras y algunas de sus frases...

—Pero al fin os convenceríais...

—Si he de hablar con franqueza, todavía dudo.

—Pero si el de Poza murió...

—¿Y cómo es posible semejante parecido en dos personas? Además, le hablé de doña Blanca,

objeto ignorado del amor del marqués, y el buen hidalgo palideció como un difunto, y su voz se aturó.

—Muchas observaciones habéis hecho.

—Le recordé todos los sucesos de hace ses años, nombré a la princesa de Eboli, y la mirada del hidalgo se tornó sombría. No acierto a explicar cómo puede vivir el marqués; pero cosas no menos extrañas se han visto, y si no es probable, es posible que por una serie de sucesos que nadie conoce, mi amigo el marqués se encuentre vivo.

—Ahora que puedo decir lo que siento—repuso don Juan—, declararé que a mí me ha sucedido lo mismo que a vos; pero no he podido salir de dudas.

—El tiempo dirá...

—Ahora salgamos.

Y después de dar algunas órdenes a sus criados de confianza, don Juan y los cuatro caballeros salieron del palacio por un postigo.

Llevaban una linterna sorda por si la necesitaban; pero cerrada y oculta.

Alejáronse, y bien pronto desaparecieron entre las tinieblas.

La ciudad estaba silenciosa y las calles casi desiertas, pues desde que había principiado aquella terrible y sangrienta lucha entre españoles y flamencos, los habitantes de Bruselas, como si viesen luto, encerrábanse en sus viviendas poco después que cerraba la noche, y no había quien ni remotamente pensase en ninguna clase de fiestas, sino en sufrir y llorar, los unos porque se veían arruinados, y los otros porque habían perdido en el campo de batalla o en el cadalso a algún individuo de su familia.

El regocijo de aquella mañana fué pasajero y apenas llegó la noche, la ciudad volvió a quedar silenciosa y con su aspecto triste y casi húngre.

En tanto que don Juan de Austria salía de palacio, en una calle no lejana tenía lugar una escena bastante desagradable.

Una mujer avanzaba con desiguales pasos, y la fatiga que la agobiaba conocíase en lo trabajos de su respiración.

Vestía con el traje de las campesinas de los al-

rededores de Bruselas, y al pasar por frente a una taberna de la que se escapaban algunos rayos de luz, pudo verse que era joven, hermosa, y que su semblante revelaba el dolor.

Quiso la casualidad que al mismo tiempo acertaran a pasar por allí seis hombres, que por su vestido y continente parecían hidalgos españoles.

Jóvenes debían ser también, y alegres más de lo que permiten las conveniencias sociales, y aun nos atreveríamos a decir que acababan de cenar y tenían la cabeza más caliente que el estómago.

Vieron a la campesina, detuvieronse, la obligaron a detenerse y la rodearon diciéndole uno de ellos:

—¿A dónde vas, hermosa niña?

—Dejadme—replicó la infeliz con acento de terror.

—No somos tan imbéciles que dejemos un tesoro cuando se nos viene a las manos.

—¿Cómo te llamas?

—¿De dónde vienes?

—¿A dónde vas?

—Tienes unos ojos fascinadores.

—Y un tallo encantador.

—Has de elegir entre nosotros uno que te sirva de caballero.

Así hablaban casi a la vez todos, y estrechaban el círculo que habían formado, y como uno de ellos se atreviese a intentar poner las manos sobre la desdichada joven, tuvo ésta que rechazarlo enérgicamente.

—¿Te enfadas?

—Paci para ti.

—Apartaos.

—No te irás.

—Grillaré; pediré socorro.

—¿Y quién se atreverá a protegerte?

Y nuevas demostraciones de entusiasmo quisieron hacer los calaveras, y la pobre campesina se vio obligada a gritar:

—¡Socorro!

Al mismo tiempo salieron otros hombres por una calle cercana, y sin tener en cuenta más sino que era una mujer quien el auxilio pedía, lanzá-

ronse espadá en mano sobre los calaveras, y en abrir y cerrar de ojos y sin que apenas se diera cuenta los unos y los otros de la situación, empezó a resonar el chis chas de los aceros.

—¡Miserables, cobardes! — exclamó en francés muy puro uno de los acometedores.

—¡Por Santiago! — gritó en lengua castellana uno de los acometidos.

—¡Vive el cielo!... ¡Son españoles!... Lo siento, porque tengo que privarme del placer de hacerles pagar con la vida su abuso.

Y el que esto dijo, mientras se concretaba a parar los golpes que le dirigían, añadió:

—¡Luz!

Otro de los acometedores sacó y abrió una terna y gritó:

—¡Quietos... en nombre del rey.

Y cesó la pelea.

Luego exclamaron los calaveras:

—¡Don Juan de Austria!

Y se miraron los unos a los otros.

Y envainaron los aceros, inclinaron la frente y quedaron inmóviles como estatuas.

—Elen—dijo el gobernador, después de algunos momentos—: así honráis el nombre español; así probáis vuestro valor y vuestra hidalguía, acometiendo a una infeliz mujer. ¡Por Dios vivos! que no han de quedaros ganas de divertirlos y probar otra vez fortuna en esta clase de empresas.

—Señor...

—Vuestras espadas y daos a prisión... Y vos, don Gonzalo, y vos, señor de Guevara, encargados de llevar a estos delincuentes a palacio, esperadme a que yo vuelva.

No hubo quien se atreviese a replicar.

Los dos caballeros designados tomaron las espadas de los calaveras y se alejaron con éstos, quedando los otros dos con el de Austria.

La comparsa, que había permanecido inmóvil y tan aturrida que apenas se daba cuenta clara de la situación, empezó a recobrarse algún tanto, accedió a don Juan, y exclamó:

—¡Oracles, señor!... Me habéis salvado...

—Era mi deber, hermosa niña.

—Eos caballeros...

—No ha de valerles haber nacido en España, sino que, por el contrario, usaré con ellos de más rigor, pues no quiero que a nadie le quede duda de que he venido a esta tierra para hacer justicia. Tranquilizaos, pues, y recobraid la calma.

—Señor, por lo mismo que esos caballeros son españoles, pido para ellos gracia y perdón.

—¿Tanto amáis a España?

—Otro español debe haber salvado a estas horas la vida de mi padre, y me salvó la honra, y...

—Si todo eso no es un secreto, me lo referiréis; pero de todas maneras, decidme antes a dónde os dirigís y os acompañaré, para evitar que os veáis en nuevo apuro. No es prudente que una mujer joven y bella ande a estas horas por las calles.

—Acabo de llegar a Bruselas, y voy a la vivienda de unos parientes míos...

—Vamos, pues... Apoyaos en mi brazo, porque estáis muy fatigada.

—¿Señor!...

—Yo no soy ahora el gobernador, sino un caballero cualquiera... Apoyaos y andad.

El acento de don Juan era dulce y persuasivo. Su mirada ardiente y penetrante se fijaba en la joven mientras decía para sí:

—Es hermosa, muy hermosa, y casi debo perdonar a los que se han atrevido a maliciarla.

Don Juan de Austria era extraordinariamente impresionable cuando se trataba de mujeres, y en aquellos momentos hubiera hecho cualquier sacrificio a riesgo de ser dueño de la belleza de la campesina, belleza dubitadamente interrumpida con su expresión de tristes dolores, pero también era seguro que atribuiría a la joven dos horas después de haberla visto, o, por lo menos, no le quedaría de ella más que un recuerdo vago y dulce.

La infeliz tuvo que obedecer, apoyándose en el brazo que don Juan le ofrecía, y así caminaron, dando detrás las dos caballerías.

—¿Y de dónde venís?—preguntó el de Austria.

—De mi casa, que está en el campo. Hoy he sufrido mucho, y todavía no comprendo cómo he podido soportar mi dolor. Unos fascinerosos se apo-

deraron de mi padre y se lo llevaron a un bosque.

—¿Y con qué fin?

—Supongo que con el de obligarme a corresponder al amor de un miserable a quien odio...

—Y vos habéis huido...

—Quiso la Providencia que dos caballeros acertasen a pasar por allí; les pedí socorro, y uno de ellos fué a salvar a mi padre.

—¿Son españoles?

—Sí, señor.

—¿Sabéis sus nombres?

—No; pero...

La joven se interrumpió como temerosa de continuar.

—Decidme la verdad, y así me agradaréis.

—Pues bien, señor, uno de aquellos dos caballeros es ese de la capa blanca...

—¿Ah!...

—Le llaman el Diablo.

—Decís que prometió salvar a vuestro padre...

—Y tengo la seguridad de que habrá cumplido su promesa.

—Referidme con detalles todo lo que ha sucedido, pues tiene mucho interés cuanto se relaciona con ese hombre, que no es un criminal desalmado como muchos aseguran.

—Se fué, quedando conmigo el otro; pero muy pronto se presentaron otros dos que los perseguían, un caballero con sus escudero, y cuando creí que iba a correr la sangre, vi que se estrechaban la diestra y que se hacían como los mejores amigos. El que acompañaba al Diablo mostrése muy sorprendido al reconocer al otro, pues a lo que pude entender, lo creía muerto. No os diré más, porque nada más comprendí. El escudero del Diablo llamaba marqués al otro caballero, y éste preguntaba por el Diablo, y hablaban de una mujer, y luego...

—El marqués de Posa—surmuró don Juan.

—Después de descansar y tomar algún almorzato, se fueron el marqués y su criado, no sin que antes hubiese ido al bosque y vuelto el otro, mandándome que me viniese a la ciudad, y asegurando que de otra manera era imposible salvar mi honor y la vida de mi padre. Lo que después ha sucedido, no

lo sé; pero tanto lo tengo en las promesas del de la blanca capa, que no dudo abrazar esta noche a mi anciano padre.

—Sí, lo abrazaréis.

—Obedecí; pero a mitad del camino me faltaron las fuerzas, tuve que detenerme para descansar, y no he podido llegar antes.

Todo esto lo había escuchado don Juan con profunda atención, pues era un dato de mucho interés para apreciar con exactitud los sentimientos de Luis.

Lo que no entendía la joven lo comprendía perfectamente el gobernador, que siguió haciéndole preguntas, y pudo saber que la hermosa campesina debía casarse muy pronto con un honrado industrial.

Media hora después se detanían a la puerta de una casa de regular apariencia.

—¿Aquí viven vuestros parientes?—le preguntó don Juan.

—Sí, señor.

—Pues entrad, y si vuestro padre no ha venido, avisaré y me lo diréis, que aquí esperaré.

—Pero...

—Haced lo que os digo, y para después, si no tenéis padrino para vuestra boda, yo lo seré.

—¡Señor!...

—Ocupaos ahora de vuestro padre—replicó el de Austria—, que si no ha venido, saldrán inmediatamente veinte jinetes a buscarlo.

—¿Con qué os pagaré?

—Llamad, que vuestro padre os aguarda.

Llamó la joven, y entró: pocos momentos después resonó un grito en el interior de la casa.

Don Juan gozaba como pocas veces en su vida, porque acababa de hacer un beneficio, y sobre todo porque había defendido al débil contra el fuerte.

No habían pasado cinco minutos cuando la puerta se abrió y salió un anciano, que cayó de rodillas a los pies de don Juan, y exclamó:

—¡Señor, mi vida es vuestra!

—Levántos, buen hombre, que nada tenéis que agradecer cuando no se os hace más que justicia.

—¡Ah!...

—Quiero ser el padrino de la boda de vuestra hija... Esperaré que me aviséis...

Y sin decir más ni escuchar tampoco, don Juan de Austria se alejó rápidamente, seguido por los dos caballeros.

—Ya veis—decía—que nuestro paseo no ha sido inútil, pues Dios sabe lo que sin nuestro auxilio hubiera sido de esa pobre mujer.

—Cierto.

—Ahora será preciso castigar a los que con sus locuras hacen odioso en esta tierra el nombre español.

CAPÍTULO XXIV

De la carta que recibió el paje

Continuaba la noche oscura en extremo.

La humedad y el frío de la media noche se dejaban sentir bastante.

En el silencio, amigo de la obscuridad, de una extensa campiña, resonaba el acompasado galope de dos caballos.

—¡Por los cuernos del diablo mayor!—decía uno de los dos caminantes—. Os juro que el trozo de pernil lo tengo ya en los talones; por lo cual sólo me quedan fuerzas para espolear a mi pobre "Traidor".

—~~Pronto~~ se verá satisfecho vuestro insaciable apetito y descansaréis en la malhada cama que os reserva Guillermo.

—¡Voto a San Andrés y a todos sus vasallos jurados!... Desde esta mañana estoy corriendo sin descanso y sin haber podido fortificar mi estómago.

—¿Y el jamón?

—Linda cosa. ¡por Santiago! ¡Un trozo de pernil en doce horas de continuo ejercicio!

—Pero antes de quince minutos...

—Me temo que algún lance frustré nuevamente mi deseo, porque el día comenzó desgraciadamente y no puede acabar bien.

—Desde las doce de la noche ya es nuevo día.

—Pues entonces este empieza mucho peor, pues por todo desayuno sólo tenemos oscuridad y frío.

—Dejad vuestros pronósticos, capitán, pues aunque no soy supersticioso, me causan miedo.

—Que la fortuna nos proteja nos dé un buen día.

—Seguro estoy de que a estas horas no encontraremos alma viviente, y el lance que presagiáis no podrá tener lugar.

—¿Y quién sabe lo que podrá sucedernos en casa de nuestro amigo y huésped?

—Pronto lo veremos.

—Cierto que debemos estar ya muy cerca.

—Ahí tenéis el bosque.

—Negocio es el que llevamos, que merecía obligar un poco a nuestras cabalgaduras para llegar pronto a casa de Guillermo.

—Ya no tenemos prisa, una vez que hemos convenido en que nos detendremos en Bruselas todo o la mayor parte del día.

—Pero os olvidáis de mi estómago.

—Y vos de los consejos que me dabais para que no hiciésemos la locura de reventar nuestros caballos.

—No pensé que debían tener hambre como nosotros, o al menos como yo, y les hemos hecho un beneficio con apretar el paso.

—Van al galope.

—Corro.

—Tened paciencia.

—¡Voto al infierno!

—¿Cuándo os curaréis de ese vicio de jurar a cada palabra?

—Cuando vos os hayáis corregido del de burlaros de todo.

En esto llegaron los dos jinetes a un bosque y eligieron su orilla, dejándolo a la derecha.

—Buen sitio para cazar escudos—dijo el capitán.

—No serán los vuestros.

—Porque no tengo uno siquiera.

—Jamás es tan valiente el hombre como cuando lleva el bolsillo vacío.

—Y cuando tiene hambre.

—Me alegro saberlo porque en los lances apurados aumentaré vuestro valor disminuyendo vuestra comida.

—Ya sabéis, señor Luis, que según dicen, no hay regla sin excepción, y yo no me parezco a los demás hombres.

—Lo que advierto, amigo mío, es que esta noche estáis decididos y oportunos como nunca. Lo que debe ser efecto del hambre, sucediéndos lo que a todo el mundo, pues sabido es que el ayuno agudiza el ingenio. No sois, pues, en esta parte, la excepción de la regla, y bueno es saberlo para cuando estéis a punto de acortaros la ración.

—Os equivocáis, pues no es la falta de alimento la que me ha hecho repentinamente agudo, sino el vino de la bota que encontré en el bosque.

Cualquiera que fuese la causa, es lo cierto que el capitán Pedro León estaba aquella noche como nunca.

Nuestros jinetes galoparon todavía cerca de un cuarto de hora, y dejando atrás el bosque, llegaron a la puerta de una casita aislada, única en toda aquella campiña.

—¿Qué diréis ahora de vuestros vecinos?—preguntó el paje a la vez que se apacaba de su fatigado potro.

—Que hemos llegado hasta aquí con felicidad, pero que aún presiento algún suceso desagradable.

—contestó el capitán mientras echaba pie a tierra.

—Lo veremos—repuso Luis.

Y albandando por tres veces, esperó.

Esta señal recibió bien pronto respuesta, por abriéndose una ventana, asomóse un hombre y preguntó:

—¿Quién es?

—Nadie—contestó el manco.

—¿Venís solo?

—Con mi capa.

Debido quedar satisfecho el interpelado, por retirándose de la ventana, bajó y abrió la puerta.

—Bien venidos—dijo a los caminantes.

—¿Ha llegado alguna carta para mí?—fue el primero que preguntó el paje.

—Sí—le contestó el huésped.

—¿Tenéis cena que darnos?—dijo a su vez el capitán.

—Abundante.

—Bien, mance Guillermo, pues llevad a la cuadra nuestros caballos, dadles un buen pienso, luego a nosotros de comer, y...

—Primero la carta—interrumpió el paje.

—¿Y "Satanás" y "Traidor"?

—Vos los llevaréis a su departamento — dijo Luis—. Y vos, Guillermo, seguidme.

El llamado Guillermo puso en manos del capitán una linterna con que había bajado y precedido al paje, subió casi a oscuras, una estrecha escalera.

Pero Luis condujo los caballos a la cuadra, llamándolos dichosos porque iban a satisfacer el hambre.

Luis y Guillermo entraron en una habitación exactamente amueblada con cinco taburetes de pino, una mesa de nogal con barrotes de hierro cruzados que subían desde las palas al tablero, y una cama, si no de lujo, cómoda y limpia.

Sentóse el paje, echó atrás su famosa capa, y dejando sobre la mesa su sombrero, dijo:

—Dadme la carta.

Guillermo sacó de debajo del pecho de su colete un papel sucio y arrugado, y se lo entregó al mancebo.

Rompó éste el pape precipitadamente, animáronse sus negros ojos, y acercándose a la luz, leyó con ansiedad lo siguiente:

—Voy a salir ahora mismo del convento. Me persiguen y estoy en peligro.

—No sé a dónde iré; pero mi paradero lo sabrá doña María de Mendoza.

—Ni un solo instante puedo perder. Adiós."

El paje dió un grito: palideció su semblante y la carta se escapó de sus manos.

—¡Dios mío!—exclamó con acento a la par doloroso y desesperado.

Y apoyando los codos en la mesa, escondió el rostro entre sus manos y quedó silencioso e inmóvil.

La sorpresa que esto causó al huésped fué tal, que Guillermo no se atrevió a decir una palabra y,

aun salió con lentos pasos del aposento para ir en busca de Pero León.

El marcebo sufría horriblemente, y bien lo manifestaba en lo agitado de su respiración y en las nerviosas sacudidas que de vez en cuando le hacían estremecer.

No tardaron en llegar el señor Pero León y Guillermo, ambos silenciosos y tristes; pero los pocos instantes que habían transcurrido, habían sido el más duro tormento para el doncel.

—¿Qué sucede?—preguntó el capitán.

El marcebo levantó la cabeza, apretó los puños con rabia, y contestó:

—Ved lo que dice doña Blanca.

Leyó Pero León, aunque con alguna dificultad, la en extremo lacónica epístola, y arrojándose sobre la mesa, asíó a Luis por un brazo, y le dijo:

—¿En qué pensáis?... ¡Voto a cuarenta indios juntos!... ¡A España, vive Dios, y ya veremos quién vence a quién!

—¡A España!—murmuró Luis, con amargura.

—¿No habéis determinado que marchásemos cuando ningún peligro corría doña Blanca? Pues bien, ahora con doble razón no debemos perder un instante.

—¿Y el marqués?

—Allí lo encontraremos, y si no, antes que todo es ella, ¡voto a Satanás!

Levantóse el paje, y con los brazos cruzados y la cabeza inclinada sobre el pecho, dió algunos pasos por la habitación.

—El marqués—dijo—, irá al convento y en la encontrará.

—Y entonces...

—Nada puede hacer, porque doña Blanca, perseguida por nuestros enemigos, se ocultará de todo el mundo. Además, no pensáis cuán terrible será el golpe que recibirá ella con la noticia de que el marqués no ha muerto, que la busca y que no puede encontrarla. Debo perder algunas horas a trueque de averiguar el paradero en España del marqués.

—Pero la princesa, que, como nos dijo doña Blanca, ha vuelto a la corte del rey, éste y su po-

el ministro Antonio Pérez no aguardarán a que vayamos para continuar la lucha.

—Ciertamente.

Ella apretó los puños con fuerza, rechinó los dientes y sus ojos brillaron como dos luces.

—¡Oh, esto es horrible! —exclamó—. Perder dos o tres horas será tal vez perderla; ponernos en camino inmediatamente sin averiguar nada, es exponernos a que no encontremos, quizás en algunas horas, al marqués a doña Blanca; y decirle que viene él, pero que no puede venir, será lo mismo que introducir con la punta de una daga la alegría en su corazón... ¡Esto es horrible, capitán! No recuerdo haberme visto en situación tan apurada... ¡Oh!...

Y el desdichado mancebo volvió a medir con precisión los pasos de la habitación.

Hubo algunos instantos de profundo silencio, durante los cuales nuestros amigos dieron tortura a su imaginación para encontrar un medio de resolver la cuestión; pero como era imposible bailar ninguno para irse y quedarse al mismo tiempo, cavilaron en vano y concluyeron por dirigirse a la vez esta oración:

—¿Qué hacemos?

Y se miraron fijamente, esperando ambas la contestación.

—¡Voto a las uñas de Satanás! —exclamó el señor Pero Ladrón.

—¡Idos, y yo me quedaré! —dijo el paje—. ¡Idos... no, yo me iré, y vos!... Tampoco puede ser... ¡Por quien soy, qué me parece que he perdido el seso!

—Esto sí que no puede componerse a cuchilladas.

—Ni con astucias.

—Decidlos de una vez.

—Es preciso jugar el todo por el todo —repuso el mancebo resueltamente.

—¿Qué haremos, pues?

—Iré a ver a don Juan de Austria.

—¡A don Juan de Austria! —exclamaron a un mismo tiempo el capitán y el huésped.

—Sí —dijo el paje, cuya contraída frente daba señales de que su imaginación trabajaba mucho.

—Habéis dicho bien, vuestra razón se ha acabado.

—Estoy resuelto y lo haré: llamadme loco.

—¿Es decir, que nos pondremos en marcha?

—Después del amanecer.

—Me parece—dijo el capitán—que será oportuno que reposéis, y luego, más tranquilamente...

—Bien, cenad vos, y dormid: yo procuraré también conciliar el sueño con la ira.

—¡Voto a Jucás y al mal laerón! ¿Que osamo decís? ¿Qué diablo de apollo queréis que tenga con toda esta bromal? Si nos amenazase algún peligro, confieso que no se me habría quitado la gana de comer: pero tratándose de doña Blanca, que está sola, perseguida... ¡Ira de Dios!

Rayaba en adoración el carillo que profesaba el capitán al paje y a Blanca, y a pesar de su rudeza y de la poca o ninguna importancia que le daba a la vida y a los mas apurados lances, en llegando a sus dos únicos protectores dejaba de ser el soldado que mata y rie por costumbre, y era el hombre, el amigo leal que sufre las penas de su amigo.

—Señores—se atrevió a decir Guillermo—si no queréis cenar, al menos acostaos, que el reposo es más que nunca preciso en los momentos de agitación.

—Sí, sí, descansemos—repuso Luis—, que tenemos de menester conservar las fuerzas. Capitan, guárdeos Dios, y hasta mañana.

—¡Por las barbas de Herodes!—murmuró el capitán.

Y sin dar otras buenas noches, salió del aposento para ir al que le tenía siempre preparado el huésped.

La fatiga rindió al fin a nuestros amigos, y pudieron cerrar al sueño sus ojos cuando la aurora asomaba para anunciar la venida del sol.

¿Era una locura que el paje fuese a ver a don Juan de Austria?

Así parecía: pero nosotros creemos que no, porque ya conocemos la disposición de ánimo del hermano del rey.

CAPITULO XXV

Preparativos

Aun no eran las nueve de la mañana cuando el paje y el capitán atravesaban las calles de uno de los barrios extremos de Bruselas.

Eran silenciosos, porque tenían mucho en qué pensar.

Después de un cuarto de hora se detuvieron a la puerta de una casa de pobre apariencia.

—¡Llamaré al puebo — dijo el capitán, mientras se lo hacía.

—¿Y por qué no habíais de poder?—preguntó el paje.

—Por la sencilla razón de que estoy en ayunas y empiezan a faltarme las fuerzas.

—Bien cenasteis la pasada noche.

—¡Mil rayos!... ¿Y dónde está ya la cena?

—Bien dice el refrán, que "condición y figura, hasta la sepultura".

—Parece, señor Luis, que sin alimentarse no es posible hacer nada, ni siquiera vivir, y la prueba la tenéis en que vos coméis también, y tengo la seguridad de que hoy no llevaréis a cabo vuestro querido proyecto sin haber antes almorzado y vaciado una botella de buen vino.

—Pero eso no prueba...

—¡Rayos de Lucifer!

—Para jurar y maldedir si os quedan fuerzas.

—Alguna palabra ha de ser la última que se pronuncie antes de morir, y la última mía sería un juramento.

—No lo dudo.

—Pero lo que viendo estoy es que hemos llamado y nadie nos contesta.

—Es extraño.

—Supongo que a estas horas no estarán entredados a las delicias del sueño.

—¡Llamaremos otra vez.

Aunque el señor Pero León aseguraba que sus

fuerzas habían menguado considerablemente, descargó en la puerta algunos golpes que hicieron temblar el pequeño edificio.

—Es una descortésia el llamar así—dijo el paje.

—¡Cuerno de Lucifer!... En descortésia consiste en no responder a quien llama, y sobre todo tenemos prisa, puesto que aun hemos de ver a otros amigos, y no almorzaremos hasta que todo quede concluido.

—¿Habrán salido?

—Todo es posible.

—Será preciso repetir.

Y con tan recios golpes llamó por tercera vez el capitán, que se asomó una mujer a la ventana de la casa de enfrente, diciendo:

—No llaméis, porque es inútil.

—¿Y por qué es inútil?—preguntó Luis.

—No están, ni volverán muy pronto.

—Buena mujer, os ruego que escuchéis desde más cerca.

—Lo haré porque me lo rogáis, aunque nada más puedo deciros.

Y la vecina cerró la ventana, y pocos momentos después la puerta de su casa se abrió, presentándose ella y diciendo:

—Aquí me venéis.

—Perdonadme si os molesto: pero es demasiado urgente el asunto de que he de hablar a vuestro vecino.

—Pues salió muy temprano.

—¿Y su mujer?

—También.

—¿Sabéis a dónde han ido?

—Lo ignora—respondió la vecina, que miraba a nuestros amigos con la desconfianza que eran mirados allí todos los españoles en aquella época.

El paje fijó una mirada escudriñadora en la mujer y replicó:

—Pues si no sabéis a dónde han ido, ¿cómo podéis asegurar que no han de volver pronto?

—Podría al menos me lo dila mi vecino; pero no me dió más explicación.

La buena mujer no tenía bastante habilidad para fingir.

Ninguna duda le quedó a Luis de que era una de tantas que favorecían la causa de los flamencos, y que para hacerla hablar no era menester más que inspirarle confianza.

—Bien—dijo Luis, después de algunos momentos—puesto que es imposible que veamos a Bruno, tendremos paciencia; pero Dios sabe lo que sucederá.

—Quisiera poder remediarlo.

—¿Y tendríais inconveniente en dar un recado a nuestro vecino?

—Ninguno, puesto que no me costará más trabajo que repetir vuestras palabras.

—Pues permitidnos entrar un momento, porque el asunto es reservado.

—Os advierto que no me agrada conocer secretos de nadie.

—Vos podéis saber lo que he de deciros.

—Entrad, pues.

Así lo hicieron el paje y el capitán, y mientras la pobre mujer se volvía para cerrar otra vez la puerta, el primero se quitó la capa, poniéndosela del revés, o más bien del derecho, embozándose y quedando inmóvil.

—Venid, santos...

La mujer se interrumpió.

Abriéronse sus ojos como si fuesen a saltar de sus órbitas.

Retrocedió como quien ve un fantasma.

—¡Ah!—exclamó.

—¡Voto a Lucifer!—dijo el capitán.

—¿Qué os sucede?—preguntó Luis.

—¡El diablo!

—Sí—repuso tranquilamente el paje.

Y los tres quedaron silenciosos.

Luz secretea.

El señor Pero León se impacientaba.

La mujer se esforzaba por desatenderle.

—¡Dios bendito!—exclamó al fin.

—¿Comprendéis ahora?—preguntó el paje.

—No comprendo... Es decir, sí comprendo. Yo sé...

—Basta, recontra la calma.

—Pero...

—Sí, ahora os inspire confianza...

—Sí, sí.

—He supuesto que sois de los que favoreceis a buena causa; y por eso me he dado a conocer.

—No os equivocáis.

—Pues bien, decidme ahora por qué tan temprano ha salido Bruno, y por qué no volverá pronto.

—Abriga temores de que lo prendan.

—Todo es posible.

—Y como nada respetan los partidarios de la tiranía, su esposa ha creído prudente alejarse hasta ver lo que pasa.

—Ha hecho muy bien.

—Ya se han cometido muchos abusos como el que tememos.

La mujer no exageraba, ni eran vanos aquellos temores, pues hubo muchos casos de encerrar en el calabozo y aun de imponer los castigos más crueles a las familias de los que huían o se ocultaban porque estaban señalados como partidarios de la causa flamenga.

Sobre este punto no entramos en consideraciones, porque no es nuestro objeto pintar aquella tacha que costó tanta sangre y tantos tesoros.

—Ya no os quedará duda—dijo Luis—, de que interesa mucho que yo vea a vuestro vecino.

—Os diré dónde se encuentra.

—Gracias.

—Debéis conocer a Juan el tejedor.

—Sí.

—¿Sabéis dónde habita?

—También.

—Pues en su casa tenéis a Bruno.

—Cuando vuelva su esposa, le diréis que por ahora puede estar tranquila.

—¿De veras?

—Sí.

—Pues cuando vos lo decís...

—No me equivoco.

Dispusieronse a salir el paje y el capitán.

La buena mujer les ofreció almuerzo, porque le parecía mal no hacer ninguna demostración de respeto y de cariño con los que tanto trabajaban en

luz de la libertad, de la justicia y de la independencia de Flandes.

De muy buena gana hubiera aceptado el capitán el almuerzo; pero Luis no quiso detenerse.

Saieron de la casa.

Recorrieron algunas calles del mismo barrio y se detuvieron a la puerta de otro edificio tan moderno como el anterior.

Ya había cuidado Luis de volver su capa para que no se viese sino el lado negro.

Allí no tuvieron que esperar, pues respondieron apenas llamaron, presentándose un hombre, cuyo semblante revelaba la bondad.

—¿Qué queréis?—preguntó.

—Ver a Bruno—respondió Luis.

—¿A Bruno!...

—Eso ha dicho.

—Venís equivocado.

—No.

—Me llamo Juan, y...

—Pero aquí se encuentra nuestro amigo Bruno.

—Repito...

—¿Se que tiene miedo y que se oculta, y para que no queréis mirad.

Y esto diciendo, descubrióse el paje y dejó ver parte del blanco forro de su capa.

—¡Ah!...

—Decidle a Bruno que aquí está el diablo.

—Es que...

—¡Vive el cielo!—exclamó el capitán—. ¿Aun no estáis convencido?

—Venid, venid; pero ya se vé, tan de repente y... ¿Quién había de creerlo?... ¿Hay novedad?

—Puede haberla muy pronto.

—Que Dios nos proteja.

Entraron en una habitación donde se encontraba el llamado Bruno, que al ver a Luis, dejó escapar una exclamación de sorpresa y de alegría, diciendo luego:

—¡Vos aquí!...

—Vengo de vuestra casa.

—¿Y cómo habéis sabido...?

—Una vecina me ha dicho dónde os entrabais.

—¿Os conoció?

—Híale lo que con vuestro huésped, le mostré mi capa blanca y quedó convencido.

—¿Habéis recibido alguna noticia de interés?

—Sí, y tengo que emprender hoy mismo un viaje—respondió Luis—; pero antes he de hacer una visita a don Juan de Austria.

—¿Señor Luis!—exclamó Bruno, con asombro.

—Espero salir con bien.

—No comprendo...

—Sin embargo, todo es posible, y posible también, aunque no es probable, que don Juan de Austria quiera cometer un abuso y aproveche la ocasión para encerrarme en un calabozo.

—¿Vos preso!

—¿Y por qué no?

—Sí, todo es posible como habéis dicho; pero eso no puede suceder sin que antes las calles de Bruselas se conviertan en ríos de sangre. La situación ha cambiado; hoy podemos hacer lo que antes era imposible, pues en la población no hay un ejército que se nos oponga.

—Me alegro veros tan decidido.

—Y lo mismo todas que yo, porque no somos ingratos. Nuestra causa os debe mucho, muchísima, y nuestra obligación es morir para defenderla.

—Ni por un instante he dudado de vuestros sentimientos nobles.

—Decid lo que hemos de hacer.

—Poneos de acuerdo con lo demás junta, y preparaos por si es menester apelar a la fuerza.

—Antes de dos horas estaremos en disposición de entablar la lucha.

—Vos y la gente que os siga, os situaréis en las alrededores del palacio del gobernador.

—Muy bien.

—Por allí andará el señor Pero León.

—Y vos entre tanto...

—Hablaré con don Juan de Austria.

—¿Y cómo sabremos si ha cometido un abuso?

—Esperaréis hasta la una de la tarde, y si a esa hora no me habéis salido del palacio...

—Entiendo.

—Yo iré a las once, y así tendré dos horas, que os tiempo sobrado.

—Entonces me parece bien que el señor Pero
se permanezca frente a la puerta del palacio, y
de vez en cuando yo le preguntaré.

—Así lo hará.

—Casi me alegraría que don Juan de Austria
cometiera un abuso, porque así tendríamos oca-
sión para hacer lo que tanto deseo.

—Más calma, Bruno, más calma.

—Hoy quedaríamos dueños de la población, y
ganaríamos mucho.

—Llegará el día.

—Obedeceremos con toda exactitud.

—Adiós, Bruno, y que Dios nos ayude.

—Y a vos os proteja.

León y el capitán salieron.

—Ya hemos terminado—dijo el segundo.

—Y ahora...

—Almorzaremos, ¿no es verdad?

—Sí.

—¡Gracias a Dios!

—Vamos.

CAPÍTULO XXVI

De la visita que hizo el paje

Dos minutos después, se encontraban en una
bodega y almorzaban con el mejor apetito; pero
en sus semblantes revelaban ambos el más pro-
fundo disgusto.

El señor Pero León había guardado silencio;
pero cuando vació una botella, dijo:

—Mucho lo temo, o de esta vez, con lo que in-
tentas, acabarás de hacer diabluras. Y entonces,
¡voto a tal!, que yo concluiré también de hacer
barbaridades, porque será la última la de ir y re-
vertirle el pescuezo a don Juan.

Y el gigante descargó en la mesa una puñada
que hizo bailar los platos y botellas y acudir al
mozo de la bodega.

—¿Qué mandáis?—dijo el doméstico al entrar.

—¿Y quién os ha llamado, señor curioso?—
replicó Pero León.

—Me pareció haber oído...

—¡Por los bigotes de mi quinto abuelo, que si no escucháis no hubieseis oído! Podéis iros, y tan ligero, que no acabo yo de hablaros, pues tras mi última palabra irá a vuestras narices una botella.

No esperó el mozo, porque viendo que el gigante cogía la botella mientras profería la amenaza, tomó por la víctima de aquel arrebató tan inoportuno.

—Mal humor tenéis—dijo el paje—, y mucha como hoy necesitamos la calma.

—Qué queréis, desde anoche no puedo suír el coraje que me ahoga: y luego, como se acerca el instante en que vais a jugar la vida con más peligro que en una batalla...

—Os equivocáis.

—Me alegraré.

—No conocéis a don Juan.

—Por caballero que sea, antes está su deber.

—Basta que yo le diga que me pongo al amparo de su honor, para que en ninguna parte esté más seguro que a su lado. Además: el fin que llevo es tan noble...

—Sin embargo...

—Buen, por eso os he dicho que para vuestra tranquilidad debemos tomar nuestras medidas.

—Y así lo hemos hecho.

—Nuestra gente está dispuesta.

—Y ni uno faltará.

—Marchemos, que cuanto antes se salga del paso, mejor.

—Embezanos bien en nuestra capa, no sea que os conozcan, lo que nada tendría de extraño después de la brama de ayer.

—Lo que no importaría gran cosa, porque ya sabéis que a la primera señal mía, sin contar con la gente que tenemos preparada, reuniríamos más defensores que enemigos.

—Es verdad, pero las consecuencias de un lance tal serían muy trascendentales.

—De tal temple estoy, amigo mío, que vería con indiferencia y aun casi con placer encenderse me-

ramente la guerra en esta parte de Flandés. ¡Oh!... perseguida aún después de seis años, perseguida cuando es inocente... ¡Os juro que si pudiera detenerme en Bruselas, había de dar mucho que hacer a los partidarios del rey!

Y el mancebo apretó los puños, su frente se enrojeció, y brillaron sus ojos con el fuego de la ira.

—¡Es una villanía, voto a Lucifer!

—No perdamos tiempo, capitán, que cada hora me tarda en volver a España me parece un siglo. ¡Preocupada, huyendo como un criminal miserable, sin amparo ni aun en el sagrado de la celda!... ¡Oh!... ¡Vamos, capitán, vamos!

—¡Adelante.

Levantóse precipitadamente el doncel y se emborrachó en su capá.

—Esperad, que aun no hemos pagado—dijo el señor Pero León.

Y luego dió algunas palmadas sobre la mesa.

Pero el criado, sin duda por evitar verse maltratado por segunda vez, no acudió.

—¡Ha de casa, voto al infierno!—gritó el capitán con su potente voz.

—¿Llamáis?—preguntó el sirviente, entrando no sin algún recelo.

—¿Dónde diablos estáis metido? ¡Así servís a los que honran este indigno bodegón? ¡Por los cuernos de Satanás, que os habéis empeñado que os rompa las narices!

—Señor...

—¡Silencio, bergante, voto a Satanás!

—Tomad—dijo el paje, echando sobre la mesa un escudo de oro de España.

El capitán se despidió con media docena de juramentos, y retorciéndose el bigote y haciendo resonar sus largas espuelas, salió con Luisa.

—Mal humorado estáis—dijo ésta cuando hubieron salido a la calle.

—Dispuesto a dar de cuchilladas al mismo sol si se pusiera al alcance de mi tizona.

—Pues moderaos hasta ver en qué para este negocio, y al preciso fuese, entonces echad el resto.

—El no fuera por la apremiante necesidad en que estamos de dar la vuelta a España con tanta

prisa, me alegraría que don Juan quisiera echarse de guapo y os prendiese, para armar una de todas los demonios y desahogar la ira que me come.

—Bien puede suceder que se os cumpla vuestro deseo.

—Entonces, ¡por Santiago!...

—Entonces tenéis licencia para dar cuchilladas hasta que se os acaben las fuerzas, lo que sería bien tarde.

—Pero aun hay que esperar dos horas.

—Sí.

—Ma parece que bastaría con una.

—Es poco.

—A mí me parece mucho.

—Ya veis, puede dilatarse la conversación, y sin fundamento...

—Tendré paciencia.

—Podréis entretener el tiempo cuidando de que nuestra gente esté alerta y de que ninguno abandone su puesto. Si pasadas dos horas después de haber yo entrado a ver a don Juan, no salgo, entonces dad la señal y no respetéis nada.

Así hablando, y mientras que el paje daba a Pero León algunas instrucciones de poca importancia, llegaron a la morada del gobernador.

—Dios os guíe—dijo el capitán.

—Y me dé acierto—contestó Luis.

Luego entró en el palacio y tuvo que detenerse al pie de la escalera para satisfacer a las preguntas de un portero barrigudo, vestido con magnífica lora galanada de oro y que con el afectado aire de autoridad de ser el primero abajo de la oficina, empuñaba un larguísimo bastón con grueso puño de plata de forma esférica.

—¿A dónde vais, señor hidalgo?—le preguntó el marcebo.

—Arriba—contestó secamente Luis.

—Lo veo, pero, ¿a quién buscáis?

—Al señor gobernador.

—No se le puede ver ahora.

—Os aguardo.

—¿Os ha concedido audiencia?... En tal caso, traedlo...

—Un negocio urgente que me ha hecho correr muchas leguas. Basta de preguntas.

—Es qué...

—¿Queréis que os pongo al corriente de un secreto de Estado? ¡Vive Dios, que sois torpe! ¡Apartaos!

Y sin respetar la autoridad porteril, pasó adelante el manco, subió la escalera y después de atravesar una galería, entró en una habitación.

—¿A dónde vais?—le preguntó otro sirviente.

—A ver al señor gobernador.

—¡A ver al señor gobernador!—repitió admirado el doméstico—. ¿Os parece que no hay más que ver?

—En cuanto le pasen recado.

—Pero antes...

—Dejaos de observaciones y decidme a quién han de avisarle, porque el negocio es urgentísimo.

—Señor hidalgo...

—Basta, os repito: es asunto de Estado.

Miró el sirviente al paje como para convencerse de que no querían sorprenderlo, y luego dijo:

—Asunto de Estado...

—Que el tiempo se pierde—interrumpió Luis con avaricia.

—Esperad—repuso el criado.

Y entró en la pieza inmediata, volviendo a salir al cabo de algunos minutos.

—Podéis pasar—dijo—, a ver al portero mayor.

Pasó Luis al otro aposento, y se encontró con un hombre alto, fuso y de cara risueña, condición rarísima en los de su oficio.

—¿Queréis ver al señor gobernador?—dijo después de hacer una cortesía.

—Sí—le contestó el paje.

—No hay ningún inconveniente.

—Entonces...

—Si no trais la solicitud de audiencia, os daré papel y podéis extenderla aquí mismo... cuatro renglones; yo os diré la fórmula.

—¡Solicitud decís!

—¡Es requisito indispensable! Ponedla: hoy os la presentará, y si despacha, os señalará día y hora... seguramente para el viernes... pasado mañana.

Sonrióse el paje y repuso:

—Estáis equivocado: vengo a ver al gobernador y no a pedirle audiencia.

—Vos no sabéis...

—¿Lo que exige la etiqueta de la corte de un príncipe?... Es verdad, solo conocen la de los reyes.

—Señor Hidalgo...

—Aun no sabéis quién soy—dijo Luis con la dignidad de un príncipe de España.

—Si no me equivoco...

—Un mensajero de su majestad el señor rey con Felipe II. vuestro augusto amo.

—¡Vos un correo!—dijo el portero a la vez que examinaba escudriñamente el traje de Luis.

—No—replicó este.

—Me parece, caballero...

—Si me dais un momento más pasará en vuestro permiso.

El portero meditó algunos instantes, y luego dijo:

—Esperad.

Y entró en otro aposento.

—Cuanto más pequeño es el rey, más severa y ridícula es la etiqueta—murmuró Luis.

Pasados cinco minutos, volvió el jefe de los cancheros.

—Entrad—dijo.

El mensajero penetró en otra habitación amueblada con bastante lujo, y en ella encontró a un ujier.

—¿Qué se os ofrece?

—Necesito ver al señor gobernador.

—Es casi imposible—contestó el ujier.

—Traigo un mensaje de su majestad.

—¿Tenéis inconveniente en entregármelo?

—No puedo.

—¿Me diréis vuestro nombre?

—Es también un secreto.

—Entonces...

—¡Queréis darme un pedazo de papel y un poco de lacre?

—Con mucho gusto.

El ujier puso sobre una mesa lo que el paje le había pedido, y llamó a un criado, dándole orden de que llevase una buja.

Luis escribió lo siguiente:

—El Diablo de Palacio desea veros con urgencia y a poca bajo la salvaguardia de vuestro honor.”

y doblando y sellando el papel lo entregó al ujier diciéndole:

—Si os tomáis la molestia de darlo al señor gobernador, todas las puertas se abrirán para mí.

—Nunca he visto tanto misterio.

—Porque no me habéis conocido.

—Temo—replicó el ujier con tono algo socarrón— que las cuatro palabras que habéis escrito no tengan el mágico poder con que os envaneceis.

—Si pudieseis—dijo Luis—, usar un nombre como el que contiene ese papel, valdríais más que el rey.

y miró al sirviente con tal fijeza, que le hizo bajar la vista.

—Entregadla a don Juan—añadió—, y no os repenáis con la esperanza de verme humillado porque se niegue a recibirme.

Saló el ujier, y no habían transcurrido diez segundos cuando volvió apresuradamente, y dijo:

—Entrad, entrad, caballero, y perdonad...

—¿Qué os parece la magia del papel?—le preguntó burlonamente el mancebo.

—Vuelvo a pedir os perdón.

El sirviente lo condujo a un salón, y levantando respetuosamente una cortina de seda azul con feto de oro, dió paso a Luis a la vez que anunciaba:

—¡El mensajero del rey nuestro señor!

Estábase don Juan cerca de una mesa dorada y sentado en un ancho sillón con forro de damasco azul. Leía y releía el inesperado billete del paje como si quisiese convencerse de que no soñaba, cuando al oír la voz del ujier levantó la cabeza y quedó sorprendido al ver que era efectivamente el mancebo que lo visitaba.

Ambos quedaron un instante silenciosos, contemplándose con satisfacción, porque don Juan se interesaba vivamente por Luis, y éste profesaba también a don Juan un sincero cariño.

—Acorraos—dijo el gobernador a la vez que alargaba su dicción al paje.

—Gracias, señor—le contestó, besándole la mano con respetuosa ternura.

Y luego exhaló un profundo suspiro.

—Mucho me alegro de veros—repuso el de Amalia—. Bien habéis hecho en venir, no bajo la salvaguardia de mi honor sino al amparo de mi amistad. Sentado... pero, ¿qué es eso? ¿Estáis triste?

—¡Cuántos recuerdos, señor!—exclamó el muchacho a la vez que, más bien que sentarse, se dejaba caer en un sillón.

Sufría mucho en aquellos momentos. Su semblante estaba pálido y no tenía la expresión alegre y casi burlesca que tanto lo caracterizaba: su pecho estaba agitado y húmedos sus hermosos ojos un mundo de queridos recuerdos se había agitado a su ardiente imaginación al ver a don Juan.

—Perdonadme—repuso—, si vengo a turbar vuestro reposo con mi tristeza; pero hace seis años que no he llorado, y... ¡oh!... ¡cuánto he sufrido!... y aun puedo, como los demás desdichados, endulzar mis amarguras con el recuerdo de la infancia de los días de la inocencia, de calma!...

Don Juan, entendiéndolo, apretó nuevamente la mano del doncel.

—¿Aí os dejáis dominar por el dolor?... Mas, ¿ra parece veros abatido, a vos, terror y espanto de los tercios españoles!...

—Harto me pesa mi fama, don Juan, y aun me horrores: yo nací para hacer bien, pero los nobres, a pesar mío, me precipitaron en la senda del mal y embriagado con mi misma desesperación, seguía adelante con los ojos cerrados para no recordar, al verlos, ante mis tristes hazañas; ocupémoslos de nuestros amigos...

—Todo lo habéis sacrificado por ellos, pero al fin veréis premiada vuestra noble abnegación.

El muchacho movió la cabeza con aire de duda.

—Tengo una noticia que daros — repuso don Juan —, y cuando la sepáis...

—Sin duda os referís al marqués de Pozo...

—Me olvidaba que para vos nada hay oculto.

—Hasta ayer he ignorado que vivía.

—Soy muy torpe, por su carta he debido deducir que os habíais visto.

—No lo he visto.

—Entonces no comprendo; ved la carta que recibí ayer tarde al volver del templo a donde fui a dar gracias a Dios por mi feliz llegada a Flandes.

Don Juan abrió el cajón de la mesa, y sacó un papel que entregó a Luis.

Este leyó lo siguiente:

"He venido a despedirme de vos, pero no puedo esperar; tengo contados los segundos. Vuelvo a España. He visto al paje y ya sé que Blanca está en las Huelgas de Burgos. Sin duda era la que nos miraba aquella mañana. Adiós, don Juan, deseo que seáis feliz y que aumentéis vuestros merecidos laureles.

"Alonso de Burgos."

—Alonso de Burgos!—repitió Luis.

—Ese es el nombre que se da para no ser conocido. ¿Pero cómo me explicaréis esa carta?

—Muy fácilmente: el marqués me vió sin que yo lo riese: me siguió sin que yo supiese quién era, y fui como del mayor enemigo; pero luego mi compañero, el capitán Pero León, le habló, le dijo dónde estaba doña Blanca, y se fué sin esperar a darme un abrazo.

—Aventura como vuestra.

—Todo iba bien hasta aquí; pero como la desgracia nos persigue, anoche recibí esta carta de mi abuela. Leed, y comprenderéis mi situación.

Y entregó a don Juan la carta de Blanca.

Pintóse la sorpresa y la indignación en el semblante del príncipe al leer el triste aviso de la doncella, y exclamó:

—¡Miserables! ¡Todo lo malo espero del señor Antonio Pérez y de doña Ana!... Razón tenéis para estar triste. No perdáis un instante, volved a España, porque sin vuestra defensa, de seguro doña Blanca será víctima de vuestros enemigos.

—Tal pienso, don Juan, y ¡vive Dios! que si no pierdo la vida mi venganza será terrible. ¿Pero dónde encontrar al marqués cuando éste se ocultará de todo el mundo? Vos sólo podréis quizás sacarme de este apuro.

—No del todo.

—¿Y qué será del infeliz cuando vaya al convento y se encuentre sin ella y no pueda adquirir noticia alguna de la desdichada?

—¿Sabéis lo que ha sido del marqués durante estos años?

—No, señor.

—Voy, pues, a decíroslo, y además de satisfacer así el interés que ya vos pintado en vuestro semblante, con estas noticias podréis dirigirlos a la persona que en todo ese tiempo lo ha mirado como a un hijo, y que seguramente recibirá con frecuencia noticias suyas.

—Ante todo—replicó Luis aproximando su aliento al de don Juan—, decídmelo el nombre de esa persona para que yo pueda bendecirlo.

—Le salvaron al marqués la vida el comendador Maldonado y su hermano el barón, y este último lo ha tenido en su castillo de los montes de Toledo.

—¿El comendador Maldonado!—exclamó el manco a la vez que se oprimía la frente con las manos—. ¡Ahora lo comprendo todo! ¡Por eso la noche fatal, la inolvidable noche, expuso dos o tres veces su vida para revelarme, según decía, un gran secreto! ¡Era la noticia de que el marqués vivía!... ¡Oh!... ¡Y yo no quise escucharlo, y aun lo traté de inoportuno!... ¡Dios mío!

—Ese era el secreto, amigo mío.

—Referídmelo todo eso, don Juan, referídmelo, pero sed breve, acabad antes que ese reloj señale la una, porque si a esa hora no he salido de aquí, peligra la tranquilidad de la población.

—¿Qué decís?—exclamó el de Austria sorprendido.

—Os lo explicaré si nos queda tiempo; no extrañéis que en todo lo que me atañe haya misterio. Haced, os lo ruego...

—Entendídmelo, pues—repuso don Juan.

Y refirió al manco cuanto saben ya nuestros lectores de lo acontecido al marqués desde la noche en que fué herido junto a Santa María.

Más de una vez interrumpió Luis el relato con exclamaciones que no pudo contener, ya de dolor, de sorpresa o de alegría. Viósele con frecuencia

paldecer, contraerse su frente, brillar o humedecerse sus ojos, y apretar con rabia los puños u oprimir el pecho como para contener las violentas palpitaciones de su corazón. Muchas y muy diversas emociones lo agitaron: mil contrarias ideas surcaron su mente; no pocos y tristes recuerdos volaron a su memoria.

Al concluir don Juan su sorprendente relato, está la frente del marcebo y sus manos temblaban ligeramente.

—¡Cuántos dolores, cuántas lágrimas!--exclamó.— ¡Oh!, y aun me acusará...

—Bien os habéis vengado.

—Don Juan—replicó Luis—, vuelvo a deciros que nuestros perseguidores son los que me han precipitado en esta senda; ya me sentía cansado de verter sangre, arrepentido de llevar tan lejos mi venganza; pero me provocan de nuevo, no se contentan con las pasadas iniquidades, y parece que no estarán satisfechos hasta lograr nuestro exterminio. ¿Qué he de hacer?... Vuelvo a España, y allí lucharemos sin descanso. ¿Qué les ha hecho Blanca? ¿No estaba en el convento, consumiendo su vida a fuerza de llorar? ¿Por qué la persiguen?... ¡Oh!... Ya no puede haber tregua, no cabemos en el mundo la princesa y yo. ¡Y por quien soy, don Juan, que ha de costarles mucho vencerme! Antes no tuvieron que luchar sino con el niño travieso que se les burlaba; pero tendrán que habérselas con el hombre experimentado y de corazón que no se comparará con el triunfo de una burla, sino con la satisfacción cumplida de las ofensas que ha recibido.

Los ojos del marcebo brillaron extraordinariamente, y sus dientes rechinaron.

—Cinco minutos faltan para la una, y largo que separam. Don Juan, los enemigos de España os tendrán lejos de que no os aperturéis con facilidad: en Flandes está vuestra muerte si no prevenís las asechanzas del de Orange; estáis vendido, en sus manos, sin un soldado que os defienda, sin una muralla que os dé abrigo; si queréis tomar mi consejo no os pesará: ya que no tenéis la fuerza, valeos de la astucia y recobrad algo de lo perdido.

—Si otro que vos me dijese esas palabras, me reiría: pero os conozco, sé que sin muy fundados motivos para darme ese consejo, no lo haréis; pero, ¿qué está en mi mano para evitar una sorpresa?

—Una cosa voy a deciros, que os parecerá atrevido—repuso el paje—: pero algún día os acordaréis de mis palabras, y plegue al cielo que aun podáis aprovecharos de mi aviso.

—Me pondré en gran cuidado.

—No tanto como el que debéis tener.

—Explicaos.

—Aprovechad la primera ocasión que se os presente de apoderaros del castillo de Namur sin que puedan sospechar vuestra intención.

—¿Qué decís?—exclamó admirado don Juan.

—Que es vuestra única salvación... Va a dar la una, don Juan, y pelisra vuestra vida y la tranquilidad de Bruselas—replicó el mozo.

Y se dispuso a salir.

—No—le dijo don Juan, deteniéndole—: necesito de vos: volvéis a Estreña, y tengo allí un trabajo que confiaros.

Luis reflexionó un instante, y luego, acercándose a una ventana, miró hacia todos lados, y, fijándose al fin en un punto, gritó:

—¡Esperad!

—¿Qué tenéis todo esto?—dijo el de Austria, cada vez más admirado.

—Está asegurada por ahora vuestra vida y la tranquilidad de la población—contestó el paje.

Luego volvió a sentarse, y añadió:

—Decidme ahora en qué puedo servirlos en España.

—¿Pero esos misterios...?

—¿Tenéis ciega confianza en mí?

—Ciega.

—Pues bien, dejemos las explicaciones, que os daré si nos queda tiempo, y ocupémonos de lo que más importa. Tenedme que confirmar...

—Un terror.

—Decid cuál es y cómo he de guardarlo.

—No ignoráis—repuso don Juan—, porque nada hay oculto para vos, que doña María de Mendoza...

—Vais a hablarme de vuestra hija—dijo el padre, cuya ardiente imaginación lo había adivinado todo.

—Sí, de mi hija.

—A quien vuestro hermano, para no desmentir su prudencia, destina al claustro.

—¿También sabéis?

—Vos mismo habéis dicho que para mí nada hay oculto.

—Entonces, con pocas palabras...

—Quizás con ninguna. Queréis que yo ayude a esta María para evitar que se encierre a vuestra hija en un convento, o para sacarla de él, si no muestra vocación.

—Nada tengo que deciros, sino que no olvidéis que es mi hija—repuso don Juan, cuyos ojos se empujaron—. A nadie puedo hacer este encargo sino a vos o al marqués; pero éste, para luchar con el poder de mi hermano, nada vale en comparación vuestra. Tenéis un gran corazón, sois noble y generoso sin igual, y para vos no hay nunca inconvenientes...

—Don Juan, yo os juro que mientras me quede una sola gota de sangre que verter, vuestra hija tendrá en mí un segundo padre, un hermano, un amigo...

—¡Ya estoy tranquilo!—exclamó don Juan con ternura y tendiendo sus brazos al marqués.

—¿Nada más queréis?

—Felicitaros por lo que ayer hicisteis.

—¡Ayer!... No recuerdo...

—Salvasteis la vida y la honra a un anciano y a su hija.

—¡Ah!

—Y sin duda entonces fué cuando vuestro amigo Pere León vió al marqués.

—Estáis bien informado.

—Todo lo he sabido por la joven a quien salvasteis.

—¿Pues dónde la habéis visto?

—La infeliz no pudo llegar a Bruselas hasta muy entrada la noche, y se vió acometida por seis esbirros españoles que habían cenado demasiado bien.

—¡Oh!...

—Yo rondaba, y llegué a tiempo para salvarla.

—Dios os lo premiará.

—Los seis caballeros, por castigo, estarán presos un mes, y yo seré el padrino de boda, pues la muchacha ha de casarse muy pronto, y como la dotaré generosamente y protegeré a su marido si oedera que su misma desgracia de por retahíla su fortuna.

—Tenéis un gran corazón.

—Ha querido concluir vuestra obra y perfeccionarla en cuanto me es posible.

—La buena obra es vuestra.

—No hablemos más de este asunto.

—Espero vuestras órdenes.

—Mi hija, señor Luis, mi hija...

—No será monja, ya os lo he dicho.

—Que el cielo os proteja.

—¡Adiós, don Juan!—dijo el paje.

Llatieron juntos por algunos momentos aquellos dos corazones grandes y generosos, y por las mejillas de ambos rodó una lágrima. Nadie hubiera creído que pudiesen llorar ni el héroe de Lepanto ni el autor de la horrible catástrofe de Leningrado, pero los grandes corazones encierran tanta ternura como valor.

Pocos momentos después, con el pecho oprimido y la cabeza ardiente, volvía a cruzar las anteceras del palacio el marqués. Ujieres, pajes y porteros se inclinaban a su paso.

—¡Voto al infierno!—le dijo al verle el capitán—. Estáis pálido, como una doncella cuando ve un fantasma. ¿Por mi abuela que la visita no ha sido muy corta!

El paje no contestó.

—¿Tenemos malas noticias?—repuso el gigante—. ¡Por Satanás, que desde ayer sopla un viento!

—Podremos encontrar al marqués—dijo Luis.

—¡Bien, vive el cielo!... ¡Pero qué os pasa! Estáis triste.

—Hemos habido recuerdos... A caballo, capitán, y espadas para siempre de Flandes.

—¿Para siempre? ¡Voto a mis narices! No pue-

de la esperanza de volver mandando un regimiento y matar más herejes que peños tengo en mis arbas. Me tenéis prometido hacerme coronel. y...

—¿Quién sabe?... A caballo, a caballo.

Aun no había transcurrido media hora, cuando varios amigos salieron de Bruselas.

El marqués murmuraba:

—Sangre dejé en España, ríos de sangre dejó aquí en busca de sangre voy... ¡Esto es horrible!

Su frente se contrajo, clavó el duro adiccate en el vientre de su corcel, y gritó:

—¡Corre. "Satanás"!

—¡"Traidor", ánimo, voto al rabo de Lucifer! —gritó a su vez el capitán.

Los caballos partieron como flechas.

Dejémoslos correr para trasladarnos a España, donde han quedado pendientes sucesos de mucho interés.

CAPITULO XXVII

De cómo el señor Antonio de Mena era tan astuto como avariento

La carta de Blanca necesita explicaciones, y para referir los sucesos que tuvieron lugar en las Ruegas de Burgos, habremos de retroceder algunos días y a los dos siguientes de la entrevista de don Ana con Felipe II, buscar al señor Antonio de Mena, que se hallaba instalado en un espacioso aposento de la posada de San Juan, una de las más concurridas de la patria del Cid.

Eran las diez de la mañana, y hacía muy poco que el avariento hidalgo acababa de llegar de la calle y descansaba en un ancho sillón de encina, con torso de cuero que había entre una cama de cinco pies de altura y una mesa de nogal.

Largo rato permaneció inmóvil, silencioso y meditabundo, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados, hasta que, pasándose las manos por su estrecha frente, como para quitar una

leve arruga que en aquellos momentos la surca, hizo ascuar a sus labios su acostumbrada e hipocrita sonrisa, y brillaron sus ojos con la estúpida alegría que disfrazaba la astucia y la malicia de su espíritu.

—Comienza bien el día—murmuró, a la vez que se frotaba las manos y moviendo los dedos alternativamente o doblando los unos con los otros, hacía crujir los huesos en todas sus articulaciones—. Comienza bien el día, y bien acabará. Ahora vamos a la abadesa, mi antigua conocida, y vemos si se muestra tan complaciente como el alcalde mayor, que si se mostrará, porque la haré ver, como dice y dos son cuarenta, que todo es en servicio de la religión, y dando este carácter al negocio, a todo se avendrá la pobre vieja, que ya debe cnochejar.

Calóse luego una gorra que de terciopelo negro debió haber sido, y, estirando su raído colete y arreglando los pliegues de su capa, salió de la posada, encargando antes al posadero que le trajera dispuesta la comida para las doce en punto.

Estudiando el indigno papel que iba a representar, llegó al convento de las Huelgas, entró en la portería, acercóse al torno y llamó, dando con la mano tres golpecitos.

—¡Dios gracias!, madre—dijo con melifluo tono.

—A Dios sean dadas, hermano—contestó desde dentro una voz gangosa y cascada—. ¿Qué queréis?

—Deseo, buena madre...

—Aun no he alcanzado tanta dicha—interrumpió la religiosa—; sólo soy una indigna novicia.

—Bien, hermana lega; esa humildad es digna de una santa—repuso el hidalgo—; pero desearía ver a la muy reverendísima madre abadesa.

—¿La conocéis?

—Sí; pero, aun cuando así no fuese, traigo un asunto de mucha importancia, y espero que no se negaría a recibirme.

—Si lo tenéis a bien, decidme vuestro nombre.

—Antonio de Mena, el primo de la difunta hermana por María de la Santísima Trinidad. Y si os recuerda o no es bastante mi humildísimo nombre, decidle que vengo de parte del rey, nuestro ben-

cada año, para comunicarle cierto asunto en bien de la comunidad...

—¿El señor Antonio de Mena?... Sí, ya sé quién es... Pero de parte de su majestad!... Vamos, ya vamos... Sin duda se trata de algún donativo para la obra de la puerta y la restauración del retablo...

—Algo de eso.

—¡Dios bendiga al augusto defensor de nuestra santa fe!

—Amén, hermana.

—Per supuesto, traeréis alguna orden...

—Algunas y urgentes, por lo que interesa que se pases recado sin perder momento.

—Gran día se prepara.

—No lo sabéis bien.

—Grande alegría.

—Para doña Ana, que verá cumplidos sus deseos y para mí, que verá llena mi bolsa—dijo para sí el hidalgo.

—¿Con qué queréis venir?

—Eso os he rogado al llegar aquí.

—No tenéis para qué rogar, trayendo una orden del señor rey.

—Bien de cualquier modo, os repito que es urgente que me recoñan.

—Separad, pues voy a decir que le pasen recado y rogan a abrirnos la puerta.

Sin duda se alejó la tornera, porque cesó de hablar, pues de otro modo no hubiesen acabado en mucho tiempo sus repetidas preguntas.

Largo rato aguardó el señor Antonio de Mena, para que, dejándose oír nuevamente la gangosa voz que le decían:

—La reverenda madre va a recibirlos.

Y, abriéndose una puerta, dió paso al hidalgo, que se encontró con otra monja de velado rostro y bello talle.

—Venid—le dijo ésta con dulce voz.

Ambos siguieron una galería, subieron una escalera, atravesaron algunos aposentos destruidos de muebles y adornos, y, dejando atrás gran parte de la ancho corredor, detuvieronse junto a una puer-

ta, que abrió la monja después de dar en ella tres golpes con su fresca y blanca mano.

—Entrad—dijo al señor Antonio.

Este pasó adelante y se encontró en la espaciosa celda de la abadesa.

Por lo menos debería contar ya sesenta años la superiora de las Huélgas; aunque, a juzgar por su encorvado tallo, por las muchas arrugas de su frente y por lo descarnado de su cuerpo y rostro, parecía de más edad. Esto debía ser, sin duda, efecto de la vida que hacía, encerrada en su celda desde la edad de diez años, dedicada continuamente a la oración y mortificándose con el ayuno y la más estricta penitencia.

Momentos había, aunque eran muy pocos, en que el orgullo y aun la altanería se pintaban en su semblante noble, dándole una animación ajena a sus costumbres; pero, generalmente, la más dulce ternura se revelaba en sus grandes ojos azules, expresivos a pesar de sus sesenta años, y su frente se inclinaba con la mayor humildad. Era en extremo respetada por todas las religiosas, más que por su autoridad de abadesa, por sus virtudes y vida ejemplar.

Sentada en un ancho sillón forrado de marroquí negro con clavos de plata, esperaba al señor Antonio, cuya visita habíale sorprendido en extremo.

El hidalgo entró con aire de profunda humildad y dando a su semblante la expresión más dulce y cándida.

Descubrióse la cabeza, acercóse a la anciana con el mayor respeto, hincó en el suelo una rodilla, besó el blanco hábito y pidió la bendición a la superiora, que le hizo levantar y sentarse cerca de ella.

—Loado sea Dios—dijo la abadesa—, que os ha conservado la vida.

—Mil veces loado—contestó el señor Antonio—, porque me ha permitido volver a recibir vuestra bendición.

—Amén.

—Deberá haberos sorprendido la visita de este indigno esclavo del Señor—repuso el hidalgo.

—A decir verdad, no la esperaba, y me ha hecho de júbilo, porque, según me han indicado, venís de parte de su majestad, a quien Dios dé larga vida.

—De su parte vengo, respetable madre, y bien quisiera excusar mi visita o que tuviese distinto objeto.

La anciana miró sorprendida al hidalgo.

—No os causen extrañeza mis palabras—prosiguió éste—, si adivináis por ellas que un asunto desagradable me ha traído. Vos, espejo de virtudes, con un alma llena de fe, lejos del mundo, cuyas vicisitudes no conocéis; vos, que no podéis sospechar que bajo la máscara de la hipocresía se oculta el veneno de la iniquidad, estaríais muy lejos de creer que dentro de estos muros, en la casa del señor, se abrigase una persona que protegiese el crimen y la herejía.

Marcáronse más profundas las arrugas que surcaban la frente de la abadesa, sus ojos se abrieron estrechamente, y fijó una mirada penetrante en el hidalgo.

—El crimen y la herejía!—murmuró con acento ardiente.

—Sí, madre—repuso el hidalgo, a la vez que exhalaba un suspiro.

—Explicaos, señor Antonio—dijo la anciana con acento—. Explicaos. ¿Quién es la persona que en este recinto protege el crimen y la herejía?

Y plácese en su semblante, tras la sorpresa, la indignación.

—Todo lo sabréis.

—Sí, decidme—exclamó la superiora con una energía que nadie le hubiera supuesto.

—Querida, respetable madre, porque quizás esa persona no haya pensado en lo criminal que es su conducta, tal vez no le haya dado el debido valor a sus obras, o un sentimiento de caridad mal entendido le haya llevado a donde no hubiera ido si su razón no estuviese ofuscada. Su majestad no considerará muy delincuente a la persona de quien trata, sino a la que ésta protege, y sólo desea prevenir males de mucha trascendencia y castigar crimenes cuyo sólo relato hace estremecer.

—¿Pero quién es esa persona?

—¿No hay en el convento una joven que fué doncella de la difunta doña Isabel de Valois?

Aunque el señor Antonio no era persona que confundiese sospechas a la anciana, sin embargo, se pensó por un momento si se quería sorprenderla para averiguar el paradero de Blanca, y dijo:

—Deberéis traer algún documento, puesto que venís de parte de su majestad.

—Ciertamente que sí—contestó el hidalgo—, y en verdad que soy muy torpe en no haberlo mostrado antes de deciros otra cosa. Tomad.

—Veamos.

Y sacando un papel doblado y sellado, lo entregó a la abadesa.

Ella lo abrió sin ceremonia de ninguna especie, y, leyendo su contenido, vió que se disponía interceptar la correspondencia de Blanca y obrar en este asunto con arreglo a las instrucciones verbales y secretas que llevaba el portador del despacho.

—¿Y cuál es—preguntó la superiora—el delito de la doncella?

—Os pondré en antecedentes...

—Sé más de lo que me podéis decir—interrumpió la anciana.

—¿Conocéis la historia de cierto paje...?

—La conozco.

—¿Y sabéis lo que hace en Flandes?

—Eso no; pero, a lo que presumo, huye, temiendo la cólera del rey.

—¡Dios santo!—exclamó el señor Antonio, a la vez que cruzaba las manos y levantaba al cielo una mirada, como si demandase ayuda—. ¿Conque no sabéis que ese hombre está con los herejes flamencos?

—Natural era que estuviese con los enemigos del monarca de quien huía; pero si nada más ha hecho...

—Madre mía, habéis sido víctima de un engaño infame. El paje de doña Blanca no sólo está con los herejes, sino que es uno de los más ardientes protestantes. Yo disculpo a la dama, porque, en fuerza del cariño que profesa a su antiguo paje, sigue comunicándose con él, por más que sea un

enemigo de su religión. „Pero cómo puede excusarse en él la herejía? ¿Cómo perdonarse la sangre preciosa que ha derramado de muchos miles de buenos católicos? ¿No ha llegado hasta vos la noticia de... ese horrible que ha puesto en consternación a todos los buenos cristianos? ¡Dios mío, cuánto infamia!

Era tal la expresión de dolor y de verdad que revelaba el semblante del hidalgo, que la abadesa se abrió conmovida, y su corazón palpó violentamente.

—¿Qué decís, señor Antonio?... ¡Ah!... Me hacéis estremecer... ¡Virgen Santa!

—¡Ignoráis, os repito, la catástrofe del sitio de Leiden? Las noticias de este suceso, ¿no han venido a turbar los ánimos tranquilos que aquí moran?

—¡Leiden!... ¡Oh!... Sí, ha llegado la noticia, pero yo no he hecho más que llorar esta horrible desgracia, pedir a Dios para las víctimas la compasión del cielo y para los asesinos la divina luz que les haga conocer sus errores y arrepentirse de sus pecados para obtener su perdón.

—Pues bien, madre, el autor de aquella desgracia lo fué el paje de la desdichada joven que se puso bajo vuestro amparo.

—¡Dios mío!—exclamó la anciana, levantando cruzadas sus huesosas manos.

—Excuso—prosiguió el hidalgo — atormentar vuestro espíritu con el relato de sucesos que horrorizan: sólo os haré observar que, siendo tan prudentísimo como sabéis nuestro amado monarca, no trataría de castigar esos crimenes si de ellos se tuviese las pruebas que lo justifican; en su rectitud no cabe otra cosa, y harto clemente se ha mostrado no mandando prender a la doncella para que declarase dónde hallaba el criminal, a quien se le ha podido dar alcance.

—¡Cuántos crimenes!

—Que es preciso castigar.

—Decidme—repuso la abadesa, cuyos ojos estaban húmedos por el llanto—, ¿qué piensa hacer su majestad?

—Para vos no guardaré secreto.

—Podéis hablar con toda confianza.

—Hace algún tiempo que Blanca recibió una carta de su antiguo paje, en que éste le decía que pensaba venir muy pronto a España.

—¿Y cómo se ha sabido?...

—Es un secreto de Estado que he jurado no revelar y, ya veis, un juramento...

—Cumplís con vuestro deber—contestó la anciana, cuya agitación era en extremo visible.

—Pues bien, su majestad quiere que se intercepten las cartas para saber a punto fijo cuándo llega el hereje y apoderarse de él.

—¿Y la doncella?

—Tal vez quede libre; pero esto no puedo asegurar, porque depende del resultado de las investigaciones que se están haciendo y de las deducciones que dé su paje.

—¡Infeliz!—dijo la anciana, por cuyas pálidas mejillas corrió abundante llanto.

—Hace siete años que la conocí—regruso el hidalgo, fingiéndose enternecido—, y he tenido ocasiones de saber lo que era su carácter y sensible corazón. ¡Ah!... Si supiérais cuán compasiva es para los desgraciados, cuán noble en todos sus procedimientos... Os lo confieso, madre, me causaba un vivo dolor cualquier desgracia que le sucediera... ¡Ha sufrido y llorado tanto la infeliz!

Estas palabras inspiraron a la abadesa una confianza tal, que creyó que el señor Antonio cumplía con dolor y aun con repugnancia las órdenes del rey, porque se le había pasado por la doncella, tan sólo ser el instrumento, aunque inocente, de nuevos males de la desdichada.

—Es verdad—dijo la anciana—; no hay corazón como el suyo. ¡Si supiérais con cuánta compasión sufre sus penas! Imposible es que su majestad, viendo sepa el ejemplo de mansedumbre y de ardiente fe que está dando, deje de tener compasión de ella aun cuando por un exceso de bondad haya sostenido con ese odioso hereje continuas relaciones.

—Muy compasivo es nuestro monarca, pero a veces hay que sacrificar los impulsos del corazón a los deberes. Para un rey, la salud de sus pueblos es la primera obligación. Además, se trata de la sal-

plena, amenazada hoy por las falsedades de la Religión, y ya sabéis que su majestad es tan celoso triandose de este punto, que nada mira sino la pureza de la fe.

—De la que anima a donna Blanca, respondo yo.

—Sí, pero ella deberá saber muchos secretos de las conspiraciones en que está metido su paje, y si ése, después de preso, se obstina en callar, será preciso hacer que ella hable.

—Os ruego—dijo la abadesa con acento conmovedor—, os ruego en nombre de la caridad cristiana, que habléis por la infeliz joven cuanto os sea posible.

—Ya veis si estoy bien dispuesto en su favor, que he comenzado por deciros que su suerte me interesa mucho. Más aun, dudo si en ciertos momentos tendría suficientes fuerzas para no quebrantar en algo las órdenes del rey, cosa de que luego me arrepentiría; pero que no osaría en mi mano evitar, porque no he nacido para ver lágrimas. ¡Quiera Dios que no llegue ese caso! Creo que será suficiente prender al paje, porque sus crímenes están bien probados para que se necesiten más averiguaciones.

—¡Después de seis años de lágrimas!—dijo la sensible abadesa con acento doloroso—. ¡Desdichada! ¡Cuando sólo tiene de su pasado tristísimos recuerdos e intensos dolores; cuando el presente es una vida de llanto y austeridad, y sólo ve para lo porvenir la muerte!... ¡Más desgracias, más tanto más sufrimientos!... ¡Esto es horrible!

—Muy horrible, madre; pero antes que todo está la fe. ¿Qué hará en España el diabólico papa, sino tentar las conciencias y arrastrar a los incautos a una perdición segura del cuerpo y del alma? Esto sí que es horrible, más horrible que el llanto y los dolores, y si lo protege la compasión, se cometen crímenes que yo no querría tener sobre mi conciencia.

—Es verdad—contestó la anciana, secando el llanto que aun salía de sus ojos—. Hay sacrificios muy duros, pero que es preciso hacer. Comprendo lo duro que os será cumplir esta comisión si llega el caso de tener que causar nuevos pesares a la

doncella: pero no tenéis otro camino so pena de incurrir en una gravísima responsabilidad para con Dios y con los hombres.

—Y aun así, ¿mi madre—dijo el hidalgo con el acento de quien hace un duro sacrificio—, aun así, no respondo de cumplir con mi deber sin tal vez en algo a las órdenes que se me comuniquen.

—No será porque yo os lo pido.

—Pero yo me reconozco débil.

Hubo algunos instantes de silencio, durante los cuales la anciana siguió llorando, y el señor Antonio — que el asunto iba bien — que no se prolongase la conversación.

—En fin, madre—dijo el hidalgo—, quedemos de acuerdo para cumplir las órdenes de su majestad y terminemos esta conversación, que es en extremo dolorosa para ambos.

—Muy dolorosa.

—Ya sabéis que lo que ahora nos interesa más es acelerarnos en la primera carta que llegue. Supongo que, como presidente de las reglas de la comunidad, todas las cartas que vengan pasarán por vuestra mano antes de entregarlas a la religiosa o novicia a quien se dirijan.

—Así sucede; pero como doña Blanca no es ni lo uno ni lo otro, aunque bajo mi autoridad, he tenido la consideración de entregarle cerradas mis cartas.

—Pues ahora...

—Delendré la primera que reciba...

—Y me la daís también sin leerla, para remitirla inmediatamente a su majestad.

—¿Vendréis vos?

—Todos los días.

—Bien.

—Y os ruego que deis las órdenes oportunas a fin de que no me detengan en la portería, y de que se guarde el secreto de mis frecuentes visitas.

—Se hará como es prudente y deseáis—dijo la abadesa, exhalando un profundo suspiro.

—Ahora, disponed de mí.

—¿Escribiréis a su majestad?

—Hoy mismo.

—Pues hacéde presente que estoy dispuesta a

cundo sea en bien de la religión y de su persona, y al mismo tiempo. Indícale algo sobre la vida gloriosa de doña Blanca, porque será bueno presentarle en favor de la infeliz para que, si necesario fuese, con más facilidad aumente su clemencia.

—Lo haré así de muy buena voluntad—contestó el hidalgo.

Y, arrodillándose, besó nuevamente el sayal de la anciana.

—Dios os bendiga—dijo ésta—y os conserve la paz y pureza de sentimientos que habéis mostrado.

—El cielo os dé larga vida, buena madre, y que en esta ocasión, más que hacerle correr, podamos enfugar algún llanto.

El señor Antonio exhaló un profundo suspiro, hizo una reverencia y salió del aposento.

La virtuosa y sensible abadesa se levantó, y, con acelerado paso, llegó hasta un reclinatorio, sobre el que había un crucifijo de ébano y marfil. Cayó de rodillas como quien ha perdido las fuerzas, cruzó las manos, y, al elevar a la santa imagen una mirada de tierna súplica, exclamó:

—¡Dios mío, ilumina el espíritu de los extraviados y compadeceos de los que lloran y sufren con resignación!

Luego inclinó su venerable cabeza, y la más fervorosa oración brotó de sus secos labios.

Sufrió mucho en aquellos momentos, porque había cobrado a la doncella un particular cariño.

Entre tanto, el señor Antonio se despedía de la hermana, y salía diciendo:

—Todo marcha a las mil maravillas, y creo que podré llevar a cabo mi primer plan sin necesidad de escándalos. Si así sucediese, estoy seguro que doña Ana me dejaría vaciar por segunda vez la celda, y aun por tercera si yo me empeñase.

Y brillaron sus ojuelos y llevó involuntariamente las manos al pecho de su raído colete, porque entre el forro y la tela, sujetos con puntadas, tenía los escudos de tan buena ley que la princesa le había dado.

Al pensando, llegó a la posada, y, sin perder momento, escribió a doña Ana de Mendoza la siguiente carta:

"Haré más de lo que desea vuestra excelencia
Que venga Ginés y otro que se le parezca.
Tal vez necesite algún dinero, no para mí, sino
para el negocio.

De vuestra excelencia, humildísimo criado,

Antonio Mesa."

CAPÍTULO XXVIII

Lo que sucedió entre doña María de Mendoza y su padre

Mucho tiempo hace que no hemos presentado en escena a doña María de Mendoza, la antigua dama de don Juan, y nos parece oportuno, y así conviene al buen orden de nuestro relato, volver a ocuparnos de ella mientras algo digno de notarse acontece en Burgos.

Desde que el padre de doña María vio frustrados sus proyectos de venganza contra don Juan, y la marcha de éste a Flandes le quitó toda la esperanza de llevarlos a cabo, fijó su atención exclusivamente en la tierna Ana, fruto de sus criminales amores, para conseguir que el rey decretase su encierro en un convento.

El fin que se proponía no era otro sino quitar todo recuerdo de aquella desgracia, pues parecía que separada la doncella del mundo, en el silencio del claustro, se olvidaría más fácilmente la falta cometida por doña María. De este modo se esperaba que llegase un día en que Ana quisiese hacer valer sus derechos de hija natural del príncipe, o, por lo menos, dijese "esa es mi madre", y, tomando el nombre de Mendoza, lo transmitiese empacado a toda su descendencia.

Poco tenía que intrigar el severo Mendoza para conseguir su deseo, pues el monarca, celoso de quitar de su familia cuanto tuviese una sospecha de bastardo, tenía dispuesto que la inocente Ana pasase sus días en un claustro, olvidada del mundo.

da y una, si pudiese ser, ignorada de todos su existencia.

Ella había cumplido ya catorce años, edad pequeña, porque, cuando menos se pensase, podían las personas desbaratar todos los proyectos, por lo cual el marqués se decidió a dar las órdenes oportunas para el caso, y tuvo una larga entrevista con Mendoza, quedando conformes en cuanto se había de hacer para que el amor de madre no viniese a ser un estorbo.

Los diez de la noche... no, veinte minutos más aun, según un reloj con caja de palo santo incrustado de marfil que había en un espacioso gabinete de la casa del ilustre Mendoza.

En un sillón con forro de seda verde, floreada de azul y blanco, igual a los demás sillones que había en el aposento, hallábase doña María, como siempre, triste y meditabunda.

Acababa de leer un papel, que aun doblaba repetidas veces con distracción, y, exhalando un suspiro, murmuró con acento dulce:

—Tan desgraciada como yo.

Esas palabras se referían a Blanca, que lo había escrito, como solía muchas veces, y en su carta decía que notaba en la abadesa cierto cambio inexplicable desde algunos días, y, no sabiendo a qué atribuirlo, sospechaba si serían consecuencias de alguna intriga de la de Eboli.

Y tenía razón, porque cinco días habían pasado desde la visita del señor Antonio al convento, y la abadesa superiora, sin ocasión de haber aprendido el arte del disimulo, encubría con notable torpeza el profundo disgusto que sentía.

—¡Infeliz!—prosiguió doña María—. ¡Ni aun en aquel sagrado lugar se encuentra segura de las persecuciones de sus enemigos! Ha nacido, como yo, para sufrir y llorar, y sólo la muerte pondrá término a sus pesares. ¡La muerte!... ¡Oh!... ¡Con cuánto placer la vería yo venir si no hubiese de dejar en el mundo a mi hija!

Tristesimas reflexiones hubiesen seguido a éstas, si no interrumpirlas con su llegada un nuevo personaje.

Entró una ancha cortina de damasco verde

que cubría una puerta, y el padre de la dama apareció, recibiendo de lleno en su severo rostro los resplandores de la luz que no recordamos bien si hemos dicho que ardía en el aposento.

Doña María ahogó en la garganta un grito, como si en vez de su padre hubiese visto un fantasma; y esto no lo extrañarán nuestros lectores cuando les digamos que solían pasarse semanas y hasta meses sin que se hablasen ni se vieran. Y como siempre que esto sucedía era por algún motivo desagradable, de aquí el que el primer saludo de la hija fuese un grito de espanto, y el del padre una mirada de enojo.

Don Diego de Mendoza entró con mesurado paso, colocó un sillón frente a su hija y sentóse, mientras que ella se levantaba para hacer una reverencia ceremoniosa con más muestras de temor que de respeto.

—Sentaos—le dijo su padre, con grave acento.

Doña María obedeció.

—El cielo os guarde, padre y señor —dijo con voz temblorosa.

El caballero contempló a su hija por algunos instantes; luego se pasó las manos por la frente como si quisiese despejar su acalorada cabeza, y repuso:

—Tenemos que hablar de un asunto muy desagradable; pero es forzoso, y quiero que me prestéis toda vuestra atención.

Tembló involuntariamente la dama, inclinó la cabeza en señal de asentimiento, y fijó, temerosa, en su padre la mirada.

—Hace catorce años—prosiguió don Diego con severo tono—que vuestra liviandad...

—¡Padre mío!—interrumpió doña María, cruzando a la vez las manos con ademán suplicante.

—Os prohibo hablar antes de que yo concluya.

—Perdonadme...

—Hace catorce años que vuestra liviandad, mal contenida por el decoro, menos sujeta por la virtud, manchó con el recuerdo indeleble de su impureza un nombre ilustre que se ha transmitido limpio de generación en generación. Ni perdón, ni compasión siquiera merecía vuestra falta, pues es

este escándalo que la acompañase: vos abandonáis la casa paterna, huyendo en brazos del hombre a quien disteis con vuestro amor impuro vuestra honra y la mía, y luego, con el fruto de vuestra criminal pasión, dejasteis un recuerdo vivo de vuestra liviandad. Ni la ceguera ni el nombre mismo de vuestro seductor excusaban vuestra falta: merecáis el más severo de los castigos, y, sin embargo, mostrándome harto débil, os abrí de nuevo las puertas de una casa que ya no debía ser vuestra, porque bajo su techo, por espacio de algunos siglos, no se dieron sino ejemplos de la más seriada virtud. Os perdono la vida que debí quitar, que sólo así se lava la honra; y vos, en pago de este sacrificio, habéis abusado nuevamente de mi confianza. Quiso el cielo salvar la vida al robador de mi honra cuando no ha muchas noches intentaron asesinarlo bajo vuestra ventana; en buena hora sea, que juzgado será en la otra vida; yo renuncio a mi justa venganza, lo perdono y hago por vos este nuevo sacrificio.

Don Diego calló, como para cobrar aliento, mientras que su hija, pálida, inmóvil y con la mirada fija en su padre, aguardaba ansiosa el fin de aquel discurso. Ni una lágrima salía de los ojos de la infanta, pero su espíritu estaba atormentado horriblemente.

Después de algunos instantes, el caballero prosiguió:

—Ha llegado el día de que vos hagáis también algún sacrificio, por pequeño que sea.

—¿Cuántos y cuán durísimos me he impuesto!

—Dijo la dama, sin poder contener su amargura.

—Uno solo hubiese bastado, el de vuestra pasión, para evitar la deshonra. ¿Qué me importan los demás? ¿Purifican acaso vuestro nombre, que es el mío?

—Señor — respondió doña María, esforzándose para contener el llanto —, ser tan severo os plazca, pero no injusto.

—No vamos a discutir mis opiniones sobre este punto, se trata sólo de que obedezcáis, siquiera en pago de lo mucho que me debéis.

—Es la vida lo que os debo, ¡ah, señor!, es

para mí una carga tan pesada, que más agradecería os estuviere si me libraseis de ella. En cuanto al perdón que otorgáis a don Juan, haciendo el sacrificio de renunciar a vuestra venganza, es obligación de buen cristiano, y si la cumplís, no ha sido sino antes convencerlos de que algunos alévosos puñales, cayendo sobre su pecho repentinamente, en medio de las tinieblas, eran muy poco para su invencible brazo.

—¿Sabéis lo qué decidís?—exclamó don Diego, pálido de ira.

—Señor—repuso la dama, que apenas podía respirar—, si como padre venís a darme órdenes, hablad, que yo sabré obedeceros; pero mostraos más generoso, compasivo siquiera, y no me atormentéis, arrancando una por una las fibras de mi corazón.

—¿Os atormento recordándoos lo que me debéis?

—No, pero desconociendo lo que se debe a mis pesares, echándome en rostro vuestros sacrificios de padre y caballero y negando los míos de madre y de mujer.

—¡Vuestros sacrificios!...

—¡Oh!... ¡Sí, grandísimos, inmensos!

—Olvidáis...

—Nada olvido, señor: no es menester que me recordéis nuevamente vuestra generosidad en no castigarme, así como yo tampoco tendré que recordaros que me habéis separado de mi hija. ¡Oh!...

—¿Aun hubieseis querido...?

—¡A mi hija!—interrumpió arrebatadamente doña María—. ¡A mi hija, tenerla a mi lado, abrazarla, recibir sus besos puros e inocentes, oírla pronunciar el nombre de madre, llamarla hija mía, hija de mis entrañas, mi hija y cien veces mi hija, a pesar de la honra, del escándalo, del nombre glorioso que tanto os engranece! ¡Ah!... ¡Para mí no hay más vanidad ni más honra que mi hija!

Un marjal de lágrimas brotó repentinamente a los azules ojos de doña María, como el torrencial que se desborda, rompiendo los diques opresivos; su curso impetuoso, violento y desigual; palpitaciones agitaron su pecho, latieron sus sienes; pareció esconderse en su cabeza el volcán, y sus

los ojos y repentinamente descoloridos, se agitaron como todos sus miembros, con temblor convulsivo.

—¿Sabéis lo que es una hija para una madre? —preguntó con el mismo arrebató—. No es lo que yo soy para vos. ¡Ah!... Dadme a mi hija, y pedirme todos los sacrificios, hacedme sufrir todos los tormentos, y no me oiréis exhalar una queja; me veréis sonreír con toda la expansión de una completa felicidad.

—De una vez para siempre—dijo el caballero, dominando la emoción que sentía, porque al fin es padre—, de una vez para siempre os prohibiré ver a vuestra hija, y aunque no me habéis obedecido...

—Es verdad, os desobedecí en dos ocasiones, y os desobedeceré en otras mil, sin miedo a vuestro enojo, porque en mí puede más el amor de madre; pero hace ocho meses que no la he visto... ¡Ah!

Y la desdichada madre escondió el rostro entre las manos y no pudo hablar más, porque la ahogaban los sollozos de su intenso dolor.

Don Diego se pasó las manos por la frente.

—Va haciéndose enojosa esta conversación—dijo—. Ahn no sabéis el objeto que me trae.

—Hablad, señor; sea cuál fuere, ningún tormento podréis añadir a los que ya he sufrido.

—Doña María, vos no podéis ver a vuestra hija, no podéis tenerla a vuestro lado, porque el decoro se lo impide, y llegará un día, no muy lejano, en que esa criatura se pondrá, porque sola en el mundo, sin defensas ni guía, sucumbirá su débil virtud en la lucha de la primera pasión que se desarrolle.

—Pues bien: para evitarlo, devolvédmela, dejad que se la lleve al más remoto de los países, y decid que ambas hemos muerto; el mundo se olvidará bien pronto de nosotras y seremos felices, amándonos ya ella amándose también.

—Ese proyecto es loco.

—¡Locura abrazar a mi hija, vivir a su lado y ser feliz!

—Imposible, doña María, y sólo en vuestra imaginación, anidada por el amor de madre, puede nacer semejante idea.

—¡Es mi hija, señor es mi hija!—exclamó la dama con acento de desesperación—. ¡Ah!... Si la vierais... Dos veces no más, desde que me separé de ella, se han puesto mis labios en su frente para y han acariciado mis manos sus cabellos de oro... ¡Qué hermosa, qué hermosa es!

Doña María se pasó las manos por la frente, brillaron sus ojos con extraordinario fuego, y su corazón palpó con extremada violencia.

—Calmoso—le dijo con dulzura su padre—. Vos no queréis separaros de vuestra hija, ni yo tampoco de la mía, por más que hayáis manchado el nombre. Quiero sacrificar vuestras afecciones de madre a las mías de padre: soy egoísta, pero debéis perdonar esto a mi vejez, ya que no me hayáis hecho feliz.

—¡Padre mío, me estáis desgarrando el alma!

—Escuchadme, doña María, con la tranquilidad que podéis tener en estos momentos, y os convenceréis de que la proposición que voy a haceros mejorará vuestra situación con respecto a vuestra hija.

—¿La veré, la abrazaré?

—Sí, la veréis y la abrazaréis con más frecuencia que ahora, y esto es cuanto podéis desear.

—¿Pero no compraré esa dicha a costa de la felicidad de mi hija, no es verdad?

—La felicidad de vuestra hija consiste en ponerla a cubierto de las asechanzas del mundo y asegurar su porvenir...

—¿Esclavizaréis sus ideas? ¿Sacrificaréis sus inclinaciones?

—¿A qué llamáis esclavizar las ideas de una mujer?—le replicó don Diego.

—¡Oh!... basta, padre y señor! Adivino vuestras proyecciones y su sola idea me estremece.

—¿Doña María!...

—Queréis encerrarla en una celda, haréis pronunciar unos votos que arrancaré de sus labios al miedo del aislamiento, la desesperación quizás... ¡Oh!... no, mi hija no será jamás religiosa, al menos mientras yo viva o no lo demande su deseo.

—Esa niña, no puede tener otras inclinaciones que las que se le hayan sentin. Su edad...

—Os equivocáis, señor, y de ello no me conven-
ceré mientras no me declare ella misma, a solas
sencio, apoyada en mi seno su cabeza, sin miedo
a nada ni a nadie, porque al sentir las palpitacio-
nes de mi corazón, al verse entre mis brazos estre-
chada, creará que no hay poder humano que la
ataque de allí.

—Señora, os obstináis demasiado en sostener
esta locura; la hija de vuestra liviandad será mon-
ja porque así lo exige mi honor y lo manda el rey.

Pronunció don Diego estas palabras con tal
acento de irrevocable resolución, que no quedó
duda a su hija de que serían vanos sus ruegos por-
que se esforzase. Su viva imaginación de mu-
jer lo analizó todo en un instante, vió que todo
momento sería empeorar su situación y que
no le quedaba otro recurso que el de oponer la as-
tucia a la fuerza. Empero, se encontraba sola, no
pudo contar con la ayuda de nadie, y eso la
destruyó por un momento. Sin embargo, el amor
de madre puede mucho, y creyó la dama que el
mismo apuro de su triste situación le inspiraría
cuando llegase el momento de obrar.

Secó el llanto de sus ojos, hizo un esfuerzo pa-
ra dominar su emoción, y dijo:

—Señor, castigadme si he pecado; pero sacri-
ficar a una niña inocente...

—Basta, señora—interrumpió don Diego, con se-
riedad—; el rey lo manda, y yo lo quiero.

—¡El rey lo manda!—repitió con amargura do-
ña María—. ¡Decid al rey que ha conquistado un
corazón con su benigna justicia!

—¿Qué le importa de vos al soberano de dos
mundos?

—¿Y qué le importa a una madre la arbitrarie-
dad de un tirano?—replicó orgullosamente la dama.

—Ha concluido, señora—repuso don Diego, a la
vez que se levantaba—. El cielo os guarde.

—Dios perdona, padre y señor, al que alevosa-
mente hiere el corazón de una madre.

Quedó don Diego sin contestar, y su hija, aban-
donándose a su intenso dolor, ocultó el rostro en-
tre las manos y dejó correr de sus azules ojos, pa-
ra borrar sus pálidas mejillas y perderse en su se-

no, tantas lágrimas, que juntas hubieran podido formar caudaloso arroyo.

Así pasó, hora tras hora, la mayor parte de aquella noche, hasta que el cansancio del espíritu y del cuerpo, ni la dejaron llorar ni casi sentir, y más que el sueño, un pesado letargo cerró sus ojos.

CAPÍTULO XXIX

Lo que el rey decidió respecto a la hija de don Juan y de doña María

Algunos días pasaron sin que nada se resolviera sobre el asunto que nos ocupa, hasta que, habiendo por don Diego de Mendoza, tuvo con éste una conferencia el monarca, a la cual vamos a hacer asistir a nuestros lectores.

Serían las diez de la mañana, y Felipe II, sentado delante de su mesa de despacho, y antes de recibir a su primer ministro, hablaba con don Diego, que se hallaba en pie, en actitud respetuosa y cerca del monarca.

—Señor—decía el caballero—, las cuestiones de honra no dan lugar a la calma, y por eso no es extraño que en la ocasión presente me atreva a ocupar con mis instancias la atención de vuestra majestad.

—Sabéis, don Diego—le contestó el rey—, que por otras razones muy poderosas quizás tenga yo más prisa que vos mismo; pero el asunto es delicado porque hay que vencer gravísimas inconveniencias. El infante don Juan se resiste con tanta fuerza de voluntad podéis imaginaros, a que se cumpla mi determinación y vuestro deseo, y si bien es verdad que el soberano lo soy yo, y que se respetarán por él mis mandatos, no lo es menos que en ciertas circunstancias es imprudente oponer del todo.

—Pero si al cabo ha de hacerse...

—He querido esperar antes a que saliese de la

arte mi hermano, y después a ver el aspecto que tenían los asuntos de Flandes con el nombramiento de nuevo gobernador. Esto no tendrá para mí ninguna analogía con el negocio que nos ocupa, pero para mí está en relación muy directa, y sobre ello no puedo daros más explicaciones, aunque bien alcanzaréis los motivos si meditáis un poco.

—Para mí, señor, son muy respetables las decisiones de vuestra majestad, y sólo deseo que si la oportunidad ha llegado, no se deje para mañana lo que puede hacerse hoy. Mil incidentes, más que probables, casi seguros, pueden venir a entorpecer, y que no otra cosa, la ejecución del proyecto. Hace algunos días que mi hija aparentaba conformidad con todo, o por lo menos, nada me contradecía; pero esta conformidad la tengo por sospechosa, porque al fin es madre y temo que intente alguna cosa.

—Vigiladla.

—Lo hago tan cuidadosamente como vuestra majestad puede figurarse; pero las mujeres son más astutas que nosotros, poseen con toda perfección el arte del disimulo y son tan firmes en sus propósitos, sobre todo cuando éstos no son razonables, que raras veces dejan de cumplir su voluntad.

—No deja de ser fundado vuestro temor—contestó Felipe, que se hubiese sonreído al ver pintado con tanta verdad y de un solo rasgo el carácter de la mujer; si su gravedad no estuviera refrendada por la ríen.

—Mucho me halaga que vuestra majestad sea de mi opinión—repuso el adulador cortesano.

Felipe II no se dignó ni aun mirar a don Diego, y siguió escuchando con su acostumbrada calma.

—Además—prosiguió el caballero—, debe tenerse en cuenta que el augusto hermano de vuestra majestad no dará jamás su consentimiento para que profese su hija y sería muy acertado que ésta entrase en el convento sin dar noticia a su padre, hasta que bien dispuesto el ánimo para abrazar la vida religiosa, ella misma manifestase el deseo de profesar. Pero esto solo puede hacerse así, no perdiendo muchos días, porque mi hija dará aviso a

su alteza, y bueno será que cuando conteste respondiendo a vuestra majestad que suspenda el llevar a cabo su determinación, doña Ana le escriba diciéndole que nada puede hacerla feliz sino la vida religiosa.

—Vuestras observaciones son muy oportunas, y una vez que están a punto de cesar los motivos que hasta el presente me han detenido, pensemos en los pormenores de la ejecución.

—Como más agrade a vuestra majestad.

—Al fin doña Ana es hija de mi hermano, y no quiero abandonarla a la suerte sin que tenga una posición digna de la sangre que corre por sus venas.

—Nada más justo ni conforme con los generosos sentimientos de vuestra majestad.

—Yo había pensado que pasase algún tiempo en un convento de Madrid, recibiendo una cristiana y sólida instrucción, y luego, enviarla a Burgos, y hacer que fuese nombrada abadesa perpetua de las Benedictinas de aquella ciudad. Allí profesaría, y en pocos años podría conquistar con su carácter dulce, según las noticias que de ella tengo, los corazones de sus hermanas de comunidad.

—Digno es el proyecto de vuestra majestad, y puesto que por el pronto sólo se trataba de que doña Ana esturiese en un convento en vez de estar al cuidado de doña Magdalena de Ulloa, sin dar ninguna importancia a este cambio, no veo ningún inconveniente en que se efectúe sin pérdida de tiempo.

—Santo Domingo el Real es al convento a donde pienso que vaya.

—Como placca a vuestra majestad, señor.

—Ahora debo haceros un encargo.

—Espero las órdenes de vuestra majestad.

—Procurad con la mayor dulzura consolar a vuestra hija, hacédle comprender que se busca la felicidad de doña Ana, y aliviad así sus penas. Es madre al fin, y los dolores de una madre deben respetarse.

—Señor...

—Dejad vuestra dura severidad que tantos años sin hablarle dado el nombre de hija ni aceptar el de padre, es castigo más que suficiente. Es

cosas muy poderosas me obligan a determinar que profese doña Ana; pero si yo sospechase que con eso había de hacerla infeliz, ni siquiera lo intentaría, por más que lo reclamase vuestra honra ni más particulares conveniencias.

—Bien sabe vuestra majestad...

—Basta, don Diego — interrumpió el monarca con alguna severidad—. Me falta advertiros una cosa.

—Será para mí una orden la advertencia.

—No olvidéis que la venganza es la más detestable y ruin de todas las pasiones.

—Señor...

—Evitad también, en cuanto os sea posible, que bajo vuestras ventanas se repitan lances como el que no ha mucho tiempo puso en peligro la vida del infante don Juan.

Faldecó don Diego y no pudo articular una palabra.

—Os mandaré llamar—repuso el rey—, si os necesitase para el asunto referente a doña Ana.

—Señor—dijo el caballero con voz temblorosa—, tengo que pedir una gracia a vuestra majestad.

—¿Una gracia?

—Seré el más infeliz de los hombres si he merecido el enojo de vuestra majestad.

—Don Diego, la sangre real es sagrada.

—Señor...

—Basta—interrumpió severamente Felipe—. Todo lo he olvidado, y me alegro de que no haya habido que dar al verdugo la cabeza de un noble... Os he dicho que os llamaré si lo creo conveniente.

Don Diego hizo una profunda reverencia, y salió más turbado y confuso que alegre por el buen éxito de su pretensión.

CAPITULO XXX

De cómo doña María de Mendoza comenzó a poner en juego la astucia contra la fuerza

Don Diego tuvo razón cuando dijo al rey que le era sospechosa la calma de su hija, porque ésta no cesaba de buscar en su imaginación recursos para evitar que se llevase a cabo el proyecto que tenía con respecto a la inocente Ana.

Algunos días pasó formando y desechando planes, hasta que temiendo que de un momento a otro escasen a su hija de casa de doña Magdalena de Ulloa, a cuyo cuidado estaba, decidióse al fin a usar de un recurso que al menos le daba la esperanza de poder algún día salir con su intento.

Doña María estaba tan vigilada por su padre y por cuantas criadas la rodeaban, que no le era posible dar un paso fuera de su casa sin expreso permiso. Y como para el logro de su deseo tenía necesidad de ver a su hija, pensó de qué modo podría conseguirla, y al fin encontró un medio que podía darle el resultado apetecido.

Bien meditado ya, llamó a una de sus doncellas, vieja grufona y enemiga de todas las mujeres, porque decía que si ella hubiese sido sola de su sexo, no le hubiese faltado marido, y le preguntó:

—¿Está en casa mi padre?

—Sí, señora—le contestó la doncella con voz atiplada que apenas se la oía.

—Pues decidle que si me da su permiso para ir a la novena a Santa María.

—Aun no es hora, porque son las cuatro y para las cinco dadas no se emplea.

—Lo sé, pero mientras me visto...

—Y como se acaba tan tarde...

—¿Y qué os importa? —dijo con acritud la dama.

—Ya sabéis que tengo particular encargo...

—De aspirarme; pero ésta no es la ocasión ni vos habéis de otorgarme el permiso que quiero.

—Si no estuviese vuestro padre en casa...

—Pero está.

—¿A qué...

—¿Hacia cuándo pensáis hacer observaciones?

—Perdonad, señora, pero ya sabéis lo que pasa.

—Id si queréis, o iré yo misma.

—¿Cómo se conoce que no sabéis lo que es un *negual*!

—En la lengua debíais tenerlo.

—Gracias, señora.

—Callad y salid—replicó doña María con aspereza.

—Bien, bien, ya voy, señora—dijo la vieja.

Y con lento paso se acercó a la puerta, pero deteniéndose, volviósese y repuso:

—¿Quién ha de acompañaros?

—Iré en la litera.

Bastó por fin la impertinente dueña, y después de largo rato volvió y dijo a la dama:

—Vuestro padre os otorga el permiso que pedís.

—Pues decid que disponga mi litera y que venga a recogerme a vestirme.

Una hora después, doña María, vestida de negro y cubierta con un ancho manto, entraba en su lujosa litera y se dirigía a la iglesia de Santa María.

Cuando hubieron llegado, detuvieron su marcha los conductores del portátil vehículo, y saliendo de ella la dama, entró en el templo, a donde acudía en aquella hora gran multitud de ambos sexos y de todas las clases de la sociedad.

Gran número de coches y literas, donde habían ido las damas de alto rango, ocupaban un largo tramo de la calle, y los cocheros y lacayos, reunidos en grupos, pasaban el tiempo murmurando mientras llegaba la hora de que saliesen sus señores. Las de doña María colocaron su litera, y bien pronto encontraron amigos con quienes departir alegremente.

La dama, bien encubierto el rostro para no ser conocida, se detuvo apenas traspasó los umbrales del templo, y esperó algunos minutos, transcurri-

dos los cuales, aprovechó un momento en que se agolpaban a la puerta muchas personas, y confundiéndose entre ellas y observando si sus criados estaban por allí, salió aceleradamente y tomando la vuelta de la calle de San Nicolás, se encontró bien pronto en la de la Cruzada y luego en la de Santiago.

Allí anduvo algunos pasos, entró en una casa de apariencia suntuosa, y sin hacer caso de las interpelaciones del portero, atravesó el pasadizo, subió la escalera y siguió adelante hasta llegar a un espacioso aposento en donde se encontró con una doncella, al parecer de labor, y le dijo con voz algo alterada por la fatiga:

—Buena Lucía, decid a vuestra señora que quiero hablarle reservadamente y que tengo prisa.

La doncella, al oírse llamar por su nombre, volvió a doña María, pero no pudo conocerla porque llevaba el rostro tan oculto por el negro manto que apenas para ver había dejado una estrecha abertura...

—¿Y quién sois?—preguntó la sirvienta.

—Decidle que su mejor amiga, y esto es bastante.

La doncella, no sin algún disgusto porque no estaba satisfecha su curiosidad, entró en el inmediato aposento, y después de dos o tres minutos volvió.

Y caminando delante para ir levantando los tapices que había en las puertas, atravesó, según de la dama, varias habitaciones amuebladas con riqueza, y al fin dijo:

—En ese gabinete la tenéis.

Luego levantó una cortina de seda verde, y al dejar libre el paso a la dama, anunció con voz sonora:

—La mejor amiga de su señoría.

Doña Magdalena de Ulloa, que contaba entonces unos cincuenta años de edad, era de noble aspecto y conservaba en su rostro los restos de su pasada belleza.

Estaba sentada en un ancho sillón forrado de seda verde, y se levantó al ver entrar a doña María.

Ella echó atrás el ancho manto, y en vez de

abrazar ceremoniosamente a la anciana, arrojóse en sus brazos y bañó su seno con las lágrimas que vertían rápidamente de sus azules ojos.

—¿Qué sucede?—preguntó la noble señora, estrechando cariñosamente entre sus brazos a doña María.

—¿Quieren hacerla infeliz para toda su vida!—exclamó con ahogado acento la afligida madre.

—Socorred, amiga mía; sentaos y descansad. En toda habláis de vuestra hija, teméis algún peligro...—repuso la noble anciana.

—¡Muy grande, horrible!

—Temores de madre...

—¡Fuguese al cielo que así fuere!

—Pero tranquilizaos, explicadme el motivo de vuestra aflicción.

Sentáronse ambas, cerca la una de la otra, y doña María, procurando contener sus lágrimas y dominar su emoción, repuso:

—¿Quieren arrebatarme a mi hija, arrebatársela para siempre, hacerla desgraciada?... ¡Oh!...

—¿Arrebatársela!...—replicó con extrañeza doña Magdalena—. ¿Acaso la tenéis a vuestro lado ahora, podéis verla siquiera?

—Está con vos, y yo tranquila; la encamináis por la senda de la virtud, y la tratáis con el cariño de una madre, y aunque separada de la suya, es feliz porque no ha conocido otra cosa.

—¿Y decís que intentan sacarla de mi lado?—preguntó la anciana, no sin cierta expresión de temor.

—Sí, quieren llevarla a un convento...

—Tranquilizaos, pues—interrumpió doña Magdalena, respirando como si le hubiesen quitado un gran peso de encima—. Ese fué un proyecto, y nada más; pero ya sabéis que don Juan se opuso a ello, y su voluntad no dejará de respetarse.

—Don Juan está muy lejos de España, y aun cuando así no fuese, cuando el rey dice "quiere", nada le hace retroceder.

—Pero falta que lo diga...

—Ya pronunció el fallo, y muy pronto, quizás mañana mismo, encerrarán a mi hija en Santa

Domingo el Real para llevarla más tarde a las Benedictinas de Burgos.

—¿Qué decís?—preguntó asustosamente la condesa.

—Así se me ha anunciado formalmente de parte de su majestad como cosa decidida, y sobre lo que no hay que hacer observaciones.

Esta noticia causó un profundo disgusto a doña Magdalena, porque había llegado a querer con la mayor ternura a la inocente Ana.

—¡Imposible!—exclamó.

Una sonrisa trónica, en extremo amarga, brotó de los labios de doña María.

—No pronunciéis la palabra imposible—dijo—, cuando habláis de la voluntad de Felipe II.

—Vuestra hija no tiene vocación de monja, y obligarla a pronunciar los votos religiosos sería hacerla desgraciada para siempre.

—Por eso os he dicho que estaba decretada su infelicidad.

—Imposible, imposible—dijo turbada doña Magdalena—. Yo hablaré al rey, le diré que van a sacrificar el corazón de esa inocente criatura. Harte desdichada ya porque no tiene nombre, porque está condenada a vivir sola sin más amparo ni defensa que la de un extraño, porque...

—Os cansaréis en vano. Yo he alegado mis derechos de madre, más sagrados que los vuestros de amiga y protectora, y no han tenido fuerza alguna; he llorado, he suplicado como vos no podréis suplicar, y no se han escuchado mis súplicas ni han conmovido mis lágrimas. ¿Qué adelantaréis? Cuando los fuegos de una madre no conmueven, ¡nada es todo.

—Eso es horrible...

—No lo sabéis tan bien como yo.

—¿Y no se os ha ocurrido ningún medio?

—Ninguno.

—¿Qué pensáis hacer?

—Sufrir con resignación este último golpe, y acabar llorando mi penosa existencia, que no puede ser muy larga.

—¿Cuálera prestaros ayuda?

—No podéis dármela.

—¡Destichada criatura! — murmuró la noble anciana.

Y de sus apagados ojos salió amargo llanto.

Fubo algunos momentos de silencio, interrumpido solamente por los sollozos de aquellas dos sencillas mujeres.

—Doña Magdalena—dijo al fin la dolorida madre—, una gracia vengo a pedirlos, es la última que os pido que concederme, y si en algo me estimáis, d algún consuelo queréis prestar a mi aflicción, complámedla.

—¿Qué no haría yo para mitigar vuestra pena? pablal, doña María.

—No volveré a ver a mi hija, voy a perderla para siempre, sin esperanza... ¡Ah!...

No pudo proseguir porque se sentía ahogada.

—Tranquilizaos, no os abandonéis a vuestro dolor—repose cariñosamente la anciana y haciendo un esfuerzo para mostrarse tranquila y dar ánimo a la pobre madre.

—¡Quiero—exclamó doña María—, despedirme de mi hija!

—¿Y habéis podido dudar siquiera un momento que yo os concediese ese favor?

—¡Dios os lo premie!—dijo doña María.

Y poseída de una inmensa gratitud arrojóse en los brazos de doña Magdalena, y ambas lloraron juntas por largo rato.

—Aunque contraviniendo a las órdenes terminantes que sabéis tengo, en dos ocasiones os he concedido esa gracia—dijo la noble anciana al fin—. ¿Cómo podría negárosla ahora en momentos tan críticos?

—Entonces no perdamos un momento, porque tengo contados los que puedo permanecer aquí. Como fácilmente comprenderéis, he venido con grave riesgo de que me descubran...

—Ahora mismo la veréis.

—¡Oh! Al mi buena amiga. ¡Verla, verla y abrazarla, recibir sus cariñosas!

—Desagrad y tened en cuenta que esa niña inerte sobre mi pecho y que vuestro llanto aumentaría su pena.

—¡Soy tan dichosa en este momento!—repi-

su doña María, elevando al cielo una tierna mirada—. Ella morará también, pero será de alegría al verse entre mis brazos... No os detengáis, corred, decidle que aquí está su madre...

—No quiero robaros ni un solo instante de las que podéis estar al lado de vuestra hija—dijo doña Magdalena—. Esperad, que va a venir.

Y levantándose, salió con toda la celeridad que le permitían sus años.

CAPÍTULO XXXI

La madre y la hija

Pocos minutos habían transcurrido cuando apareció a la puerta del aposento la hija de doña Ana.

No puede concebirse nada más bello que aquella inocente criatura, con su rostro pálido, sus grandes ojos de purísimo azul sombreados por largas y doradas pestañas, su tersa frente, ancha y revelando una clara inteligencia, rodeada de cabellos rubios, finos y brillantes, y su boca, de correcto perfil y rojas labios, entreabierta levemente con la expresión de la más sencilla inocencia. Su mirada dulce y tranquila, inspiraba un inexplicable sentimiento de ternura; conmovía el candor de sus palabras, y era imposible verle ni oírle sin sentirse arrastrado por su belleza y dulce expresión. Era su tallo esbelto, grave y majestuoso su porte y sus maneras en extremo distinguidas.

Cuando entró en el aposento, brillaron sus ojos con alegre expresión, y el contento dilataba su semblante angelical.

Doña María, llena de noble orgullo porque aquella criatura de tan rara belleza era su hija, poseída de frenético júbilo, exhaló un grito arrancado del alma y a la vez llorando y riendo, y temblando de emoción, estrechó fuertemente a la hermosa niña entre sus brazos.

—¡Hija de mis entrañas!—exclamó.

Y como una loca besó una y mil veces con su

como aún los blancos cabellos, la pálida frente, los ojos por el llanto húmedos, y los labios de su hija.

Esa se asió fuertemente de la cintura de su madre y en el agitado seno de ésta ocultó el rostro y las lágrimas que el inocente giro hizo correr por sus tersas mejillas.

—¡Madre mía!—exclamó con acento ahogado.
Ratón un profundo silencio.

Los latidos de aquellos dos corazones hubieran podido percibirse fácilmente.

Empezaba a declinar la tarde, y los débiles reflejos del crepúsculo hacían aparecer más interesante aquel grupo donde la ternura y el dolor no daban lugar a otros sentimientos.

Largo rato permanecieron inmóviles aquellas dos mujeres; parecían haberse olvidado de todo, hasta de su misma existencia. Ni echaban de ver que las tinieblas envolvían en su negro crepón, ni percibían en que el tiempo transcurría, y que los momentos eran contados. Amor de vida y de dolor y se estrechaban con tal fuerza entre sus brazos, que ningún poder humano hubiese podido separarlas en aquel supremo instante.

¡Infelices! ¡Cuán fugaz debía ser aquella dicha que por nada hubieran trocado!

Al fin, tras un hondo suspiro, dijo doña María:

—¡Qué hermosa eres, hija de mis entrañas!

—¡Tanto tiempo sin veros!—contestó Ana con dulce voz—. ¿Os tienen prohibido aún que vengáis a darme un abrazo?

—Sí, hija mía.

—¿Y que mal hacemos a nadie con estar juntas? Muchas veces lo he preguntado esto mismo a doña Magdalena, pero nunca me ha contestado.

—No comprenderías, aunque te lo dijiesen, el motivo por qué me prohíben que te vea. ¡Niña inocente, tú no conoces el mundo!

—¿Acaso es muy malo, madre mía?

—Tiempo sobrado tendrás de saberlo... Ven, séntate aquí, a mi lado, apoya en mí tu cabeza, deja que te mire, que te bese, que... ¡Ah!... ¡Compasión. Dios mío, compasión!

Doña María sentóse en un ancho diván, y a su lado su hija. Abrazáronse y dando un instante tre-

gua al llanto, se prodigaron nuevamente las más tiernas caricias.

Anocheció, pero los claros reflejos de la luna entraban por una ventana y daban de lleno en aquel interesante grupo, que no hubiera podido copiar, con toda su ternura, con todo su dolor, con toda su misterio, el más inspirado pincel.

Si el severo don Diego de Mendoza hubiera visto, bañado por la plateada claridad de la luna el rostro pálido y bello, sin igual expresivo, espejo del candor del alma de la inocente niña, no hubiera tenido valor para arrancarla de los brazos de su madre, que en aquel momento tenía el alma transida de dolor.

—Hija mía—dijo la dama después de algunos instantes—, es preciso que pongas tu atención en lo que voy a decirte. Muy poco es el tiempo que puedo permanecer a tu lado, y tarde volveré a faltar.

—¿Siempre lo mismo!

—Pecor que nunca—dijo doña María, con amargura.

Ana miró a su madre sin comprender el sentido de estas palabras.

—Los que ningún derecho tienen sobre ti, los que hasta ahora me han prohibido verte, abusando de su poder quieren separarnos más aun, han decidido de tu suerte sin consultar mi voluntad ni mi deseo.

—No sé lo que queréis decirme.

—Ya lo comprenderás.

—Sí, sí, explicádmelo; ¡si supieseis qué traza es la mía!

—Ella escriba la felicidad; el que nada sabe, nada tiene que sentir.

—¿Qué han decidido de lo que llamáis mi suerte?

—Antes de contestarte, es preciso que tú lo hagas a mis preguntas.

—Hablad, madre mía.

—¿Te has llegado alguna vez a formar idea de lo qué es un convento?

—¡Oh!, sí, en muchas ocasiones he pensado

que la vida de las religiosas debía parecerse algo a la suya—respondió la inocente Ana.

—¿Y serías tú feliz con esa vida?

—Mi madre mía—contestó con su candorosa ingenuidad la niña—. No sé lo qué es el mundo, pero sé cómo vivir entre él. La soledad me enrustece y me hace llorar, y no hay cosa que más me agrade que hablar con quien me refiera lo que pasa en la vida en los saraoos, en el alcázar; cómo se visten las damas de gran tono, y cuántos momentos de alegre bullicio disfrutan en las partidas de caza, en el Mansueto o San Fermín, las noches de verano y en los corrales de comedias las noches de invierno. Yo me siento inclinada, no sé por qué, a estar entre ellas, a que sean mis amigas, a correr a caballo en las monterías... ¡Oh!... Esa sí que será una delicia, correr a todo escape y mostrarse valerosa...

El semblante de Ana reveló en aquel instante que estaba dotado su espíritu de una energía nada común en su sexo, y que en ella se hermanaba el vigor de un corazón grande como el de su padre, con la ternura de un alma sensible como la de su madre. Brillaron sus ojos con entusiasmo, y levantó la frente con cierto aire del orgullo de su familia.

Dona María sintió latir su corazón.

—¿Ounque no serías feliz—dijo—, si pasases la vida en un convento?

—¡Me moriría!

—Tu madre te salvará.

—¿De qué?

—Oye, hija mía, que voy a satisfacerte a las preguntas que me has hecho.

—¡Oh!, sí quiero saber quién dispone a su arbitrio de mi felicidad, y por qué razón.

—Tu nacimiento ha costado muchas lágrimas a mi familia.

—¿Por qué, madre mía—interrumpió la joven—, aunque lejos del mundo y a la vez ignorante de sus misterios, por lo poco que ha querido decirte esta Magdalena, y por lo que sé de vos, he supuesto que mi nacimiento debía ocultarse, que se estaba prohibido darlo a mi padre el nombre

de tal, y que mi porvenir debía ser muy obscuro. No necesito, pues, que os atormentéis recordando lo que hace vuestra desgracia y la mía: sólo me basta saber quién en el mundo, a no ser vos, tiene derecho a decidir de mi suerte, y qué me espera.

—¡Conque tú, niña inocente, has devorado también en silencio crueles amarguras!...

—Yo he llorado, madre mía, pero esto no importa, porque vos habéis llorado también. No recordemos lo pasado, hablemos del presente y de lo que ha de venir.

—Pues bien, hija mía, el rey, a instancia de su padre, es quién ha dispuesto que me separen de ti.

—¿Y con qué derecho?—preguntó la niña levantando con orgullo su hermosa cabeza.

—Con el de su poder.

—Decidme, ¿pueden tanto los reyes como para separar a una hija de su madre cuanto ésta no ha cometido ningún crimen?

—Sí.

—¿Y quién les ha dado esa autoridad?

—Su fuerza.

—¿Y a mí abuelo?

—Sus derechos de padre que se extienden hasta mis hijas.

—Ese es el abuso.

—Pero es la realidad, y como somos débiles, y no podemos oponer la fuerza a la fuerza, necesitamos recurrir a otros medios para burlar el abuso.

—Explicaos, madre—dijo Ana.

Y en su semblante se pintó una gravedad, una energía impropia de sus pocos años y de la dulzura y candor que en ella se notaba.

—Quieren—dijo doña María—, encerrarle en un convento.

—Me resistiré.

—¡Inocente criatura! ¿Y quién te defenderá?

—¿Y por qué he de ser religiosa? Yo no tengo inclinación a esa vida. Quiero vivir en medio del bullicio del mundo, nada les pido para ello, ¿qué les importa, pues?

—Mucho, Ana; ya te he dicho que tú no tienes el mundo.

—Entonces, ¿qué hemos de hacer para escapar?

—Debes aparentar que te conformas a todo para no infundir sospechas, y entre tanto, daré aviso a mi padre y veremos cómo puede conseguirse nuestro deseo.

—¿No es mi padre hermano del rey? Si, yo lo sé aunque ni él ni vos me lo habéis dicho.

—Si tu padre es don Juan de Austria.

—Pues algo ha de respetarse a quien tiene en sus venas sangre real—contestó la joven con acento de orgullo.

—Eso es precisamente lo que te pierda.

—¿Y mis derechos de hija de un príncipe?

—Para que no los alejes nunca, te harán prometer cosas que te separen del mundo para siempre.

—Pues bien, madre mía—repuso Ana estrechando fuertemente entre sus brazos a doña María—; es que temen que algún día les quite yo parte del tesoro de su grandeza, si se resiente su amor propio porque la hija de una simple dama se titule hija del gran emperador, yo renunciaré a todos mis derechos, tomaré vuestro nombre u otro cualquiera, y les dejaré intacta su vanidad, porque todo lo prefiero antes que separarme de vos. El rey me regala a mi padre los honores de infante de España, y yo renuncio a cuantos pueden corresponderme.

—¿Cómo sabes tú—replicó admirada doña María—, que se han negado a tu padre esos honores?

—Ya os he dicho que me gusta saber, que pregunto cuanto sucede en palacio...

—Bien, hija mía; pero no ha sido eso suficiente para darte una cabal idea del mundo. Todo lo que se dice sería inútil, más a un convento, y lo que debemos procurar es que no se lleven a cabo los planes que tienen imaginados.

—Pues bien, manifestadme el vuestro, segura de que yo os secundaré en todo.

—A pesar de que se ha determinado—repuso la dama—, que entres en Santo Domingo para recibir las primeras instrucciones convenientes a tu nueva vida, creo que, si pides ir a otro convento, te lo concederán, porque esto debe ser indiferente, no tal que mueras para la sociedad.

—Proseguid, madre mía — dijo Ana, cuyos ojos estaban fijos mirando afanosamente a su madre.

—Cuando llegue este caso, que será muy pronto, dices que tu mayor deseo sería el ir a las Indias de Burgos.

—Bien.

—Allí hay una mujer que he buscado en la vejez refugio a las persecuciones de sus enemigos y libertad para llorar sus penas: no es religiosa; pero está estimada por la abadesa, a quien inspira toda la confianza que se merecen sus virtudes. Desde la infancia me liga a esa mujer una amistad pura y sincera, un cariño que más que de amigas o de hermanas, y no hay sacrificio que ella no haga por mí.

—¿Cuánto la amaré!

—Es muy desgraciada, quizás más que yo y necesitará un consuelo con tu ternura.

—Proseguid, madre mía, proseguid.

—Yo le escribiré sin perjuicio de que tú le hagas comprender verbalmente nuestro apuro, y ella velará por ti.

—¿Y luego?

—No sé lo qué deberemos hacer: pero para cualquier cosa que se intente, nos servirá de mucho tener dentro del convento a una persona que sea de nuestra parte y favorezca nuestros proyectos. De este modo podremos contar por su mediación cuantos avisos sean necesarios sin miedo de que se descubran, y si llegara el caso de tener que apelar a medios más violentos, es decir a tu fuga, nuestra buena amiga podrá prestarnos grande ayuda. A todo estoy dispuesta, hija mía, pero cuando me es preciso huir contigo lejos de España.

—¡Oh!... sí, madre mía, huremos: pero nada nos separará y seremos felices.

—¡Todo antes que te sacrificuen! —dijo doña María a la vez que estrechaba a su hija contra su corazón y la cubría de besos.

—¡Qué feliz soy a vuestro lado! —exclamó la niña llorando gozosamente.

—¿Olivarás mis advertencias?

—Nada olvidaré, porque de ello depende nuestra dicha.

—Tengo que separarme de ti.

—¿Tan pronto? ¡No os vayáis, no!

—Ya es tarde, pueden notar mi ausencia, y el mal que he venido a verte...

—¿Qué crueles son!... ¿Y por qué no huyamos ahora que nadie nos lo impide?—repuso la niña, con firmeza.

—Antes de salir de este aposento nos estorbarían el paso.

—No lo temáis así: yo conozco todas las salidas de la casa, y por esta otra habitación podemos ir tras una sencilla excusada, y...

—Imposible.

—¡Imposible!... ¿Por qué?

—¿No has pensado, hija mía, que tu fuga comprometería a doña Magdalena? ¿Así pagaríamos el dardo y la ternura con que te trata?

—¿Y qué vale eso compensado con nuestra felicidad?.. Pero no, nuestra dicha no debemos comprarla a costa de la desgracia de otra: sufriremos con resignación nuestros dolores.

—¡Noble corazón!—exclamó la dama en el colmo de su entusiasmo.

—¡Dios madre mía, no atalgáis sobre vos nuevas penas.

Doña María abrazó a su hija y derramó abundante llanto.

Volvó a reinar un profundo silencio.

¿Cómo separarse?

No habían pensado en esto ni la una ni la otra, y el tiempo volaba y era preciso darse el último adiós.

Lloraban sin articular una sílaba.

¿Cuanto debían sufrir en aquellos momentos de dolor!

Transcurrió largo rato, y al fin doña María, haciendo un sobrenatural esfuerzo, estampó un beso ardiente cálido en la frente pálida de su hija, echó un grito agudo y que pareció haberle desgarrado el pecho, y desprendiéndose repentinamente de los brazos de la infeliz joven salió del aposento casi ahogada por la violencia de su dolorosa emoción. Pero apenas hubo llegado a la habitación

inmediata, le faltaron las fuerzas y cayó sin sentido en el duro pavimento.

Doña Magdalena, que la separaba, acudió en su socorro, y en fuerza de los mayores cuidados pudieron conseguir volverla a la vida.

—¿Y mi hijo?—fueron las primeras palabras de doña María al recobrar el sentido.

—En su dolor de nada se ha ocupado.

—¿Hace mucho tiempo que me despedí de él?

—Más de un cuarto de hora.

—Ya debe ser muy tarde... ¡Ah!...

Estaba muy cerca la dolorida madre, pero el temor de que la deseariesen y perjudicase este proyecto, hizo renacer, aunque poco, sus fuerzas, y con vacilantes pasos salió de aquella casa donde se dejaba el corazón.

Muy trabajosamente pudo llegar a Santa María a tiempo que los devotos salían de la iglesia.

Bien cubierto el rostro con el ancho manto, mezclóse entre la multitud, y fué a donde estaba su litera.

Media hora después se encontraba en su lecho, y el médico Olmos declaró que la paciente tenía una fiebre nerviosa que ofrecía curación.

CAPITULO XXXII

Donde el señor Antonio empieza a demostrar su habilidad

Una semana pasó doña María de Mendoza postrada en su lecho, y aunque muy debilitada en fuerzas, pudo levantarse al octavo día de su enfermedad.

Por respeto al estado de grave peligro que presentaba la salud de la dama, no habia querido don Diego de Mendoza en aquel tiempo para que se le viese a la inocente Ana, o Santo Domingo, y el por iguales consideraciones, esperaba la visita de la madre para determinar sobre la hija, por el

doctor Olivares había dicho que la menor sensación accharía con la vida de la paciente.

Fue el primer cuidado de doña María, apenas se levantó del lecho, poner en ejecución sus planes y aunque como hemos dicho, en extremo débil dispúsose a escribir a Blanca.

Por las tres de la tarde y hallábase la dama en su aposento sentada en un ancho sillón y apoyado el brazo derecho sobre una mesa. A primera vista se conocía en la palidez de su rostro, algo enfleaquecido, en la sequedad de sus labios y en la pesadez y lentitud de sus movimientos, que la enfermedad, aunque de corta duración, había sido violenta.

A su lado estaba una de sus dueñas, no la que ya conocemos, sino otra de alguna menor edad y que de mirada algo más franca, aunque como todas las de su oficio, de avilagrado gesto y ademanos de falsa modestia y estudiado recato.

—Aldonza—le dijo doña María con débil voz—, dejémosle sola que quiero escribir.

—¡Escribir! —replicó admirada la dueña—. ¿Habéis perdido el seso, mi buena señora? A fe, a fe, que la cosa es nada: escribir para que os coja un ósmayo... ¡Jesús, María y José!

—Me siento muy bien, y más que de incomodidad me servirá de distracción.

—No puedo permitirnos semejante cosa—repuso la vieja.

—Me es absolutamente preciso...

—Nada hay más preciso que conservar la salud, primera atención entre todas las atenciones; así pues, dejaos de hacer locuras y perdonadme que os diga esta palabra, porque no encuentro otra con que haceros comprender lo descabellado de vuestro deseo.

—Son cuatro renglones...

—Ni medio—interrumpió Aldonza, con tono de viril autoridad—. Ni una letra, ni siquiera ver la pluma. El doctor ha recomendado la quietud del cuerpo y la tranquilidad del espíritu, y vuestro padre y mi señor me ha dicho que yo le respondo de vuestra salud. ¡Pues no es nada si el señor don Diego supiere que!... ¡Santa Rita, mi patrona y

abogada de los imposibles me libre de caer en la tentación de permitirnos ninguna locura!

—Pediré licencia a mi padre—dijo la dama—y se estremeció al pensar que tendría que sufrir la sempiterna chaplancanería de la duquesa.

—Bonito es vuestro padre para otorgar permiso de tan especie. En eso se parece a mi cuñado que trata de cuidar a un enfermo, es la misma exactitud en persona. Si me hubieseis visto cuando yo servía a su excelencia, la señora marquesa duquesa de Santa Cruz, que con Dios esté...

—Ya me lo habéis contado cien veces.

—Bien, pero son ejemplos...

—Dejadme escribir o id a pedirle permiso a mi padre.

—¡A vuestro padre y mi señor!...

—Y si tampoco queréis hacerlo, llamaré a un criado que me obedezca.

—Señora...

—Basta — interrumpió con acritud doña María —: obedecedme si os place...

—Os obedecere, pero estoy segura de que...

—Bien, bien; id ligera.

—¿Y qué he de decirle?

—Que hace muchos días que recibo una carta de mi buena amiga doña Blanca, y que la causo graves perjuicios si no le convengo a una pregunta que me hacía, que solo pondre cuatro renglones y que este pluma, ahora no que destruyó en mi trabajo, me lo ha permitido siempre y espero que esta vez también me lo negará.

—¿Y si dice que no?

—Le suplicaré que venga a verme, que yo le lo venceré.

Levantóse Aldonza pausadamente, y con lento paso salió del aposento.

Quizás ardiera muy cerca de un cuarto de hora pero al fin abrió a la puerta, y con tono de qué humor dijo a la dama:

—Vuestro padre os otorga el permiso que le pedís.

Y se alejó cerrando tras él la puerta.

Débil estaba doña María, pero su mano se movió con firmeza para hacer correr la pluma sobre

el papel y escribió la siguiente carta dirigida a Blanca:

Quieren arrebatarme para siempre a mi hija y hacerla infeliz. Está determinado que profesa. Ahora de salir de una peligrosa enfermedad, y doy las gracias porque me ha conservado la vida para poder proteger a mi hija.

Apelo a vuestra ayuda, mi querida y única amiga, porque sé que no hay sacrificio que no estéis capaces de hacer por mí. Ana irá a ese convento, y estaré con vos para darle cuantos avisos sean menester y para conseguir su fuga, si necesario fuera niere de este recurso extremo.

Nada más necesito de vos, porque es excusado vuestra penetración, ni os encarezco el asunto porque sé cuánto me queréis.

Tengo contados los momentos para escribiros y soy muy débil. Pensad que os suplica una madre muy desgraciada.

Os abraza vuestra amiga,

"María de Mendoza."

Cerró y selló la carta doña María, y quedó pensativa por largo rato, hasta que vino a interrumpir sus tristes meditaciones la habladora dueña.

—Lo mejor será—dijo la dama para sí—evitar su hacer ningún misterio, para que así nadie sospeche.

—¿Habéis concluido?—le preguntó Aldonza.

—Mucho rato hace—contestó doña María.

—¿Y cómo os sentís?

—Muy bien.

—Que habéis de decir vos...

—Tomad, y que llegue a su destino por el conducto de todas las demás—repuso la dama entregándole la carta a la vieja.

Pero su mano tembló al darle, porque como ahora peligraba en aquellos momentos la suerte de Ana Don Diego había respetado siempre la correspondencia de su hija con Blanca: pero, ¿quién aseguraba que aquella vez no le moviese la curiosidad por enterarse del asunto que tan urgente lo había puesto doña María para que le permitiese escribir?

Por fortuna no sucedió así y la carta llegó a Burgos y a manos de la abadesa a los dos días de haberse escrito.

Un temblor convulsivo agitó las descarnadas manos de la anciana superiora al tocar el papel: qué más encerraba una sentencia de muerte para el ~~querido~~ querido de Blanca, o por lo menos podía ser la causa de nuevos pecados y más llanto de la doncella. Además, interceptar aquella carta, era una ~~atrac~~ que, a pesar de la orden del rey, no dejaba del todo tranquila la conciencia escrupulosa de la abadesa; pero le habían dicho que todo era en bien de la religión, y esto, burlando, aunque no del todo sus fundados escrúpulos, le decidió a guardar la carta como había prometido al señor Antonio de Mera.

Había éste visto pasar los días con impaciencia y no sin alguna inquietud, ya porque se dilataba la conclusión del negocio que había de hacerle rico ya porque sospechaba si la abadesa, débil para casar a Blanca ningún disgusto habría dejado de cumplir la orden.

Así pensaba el mismo día en que la carta llegó a Burgos, y media repetidas veces con sus pasos al salón de la posada donde ya lo vimos hospedado hace algunos días.

—Es preciso—murmuraba—, abreviar el fin de este enredo, y sobre todo aclarar lo que pueda haber por parte de la abadesa. Esta misma me ha dicho que lo más que se pasaba sin que recibiese carta la doncella eran quince días, y ya hace cerca de un mes que me encuentro aquí preso y vivo al convento, gastando escudo tras escudo, que es posadero ladrón me lleva, sin adelantar un pavo y perdiendo el crédito que de activo y leal servidor he adquirido a fuerza de constancia y de trabajo. Y lo peor es que doña Ana pierde la paciencia me escribe carta tras carta y me da prisa como si en mi mano estuviese el que llegasen los mensajes al malvado diablo que tanto da que hacer de esta como de lejos. Es preciso atabar pronto, o de lo contrario mi fortuna peligrará, y la suspirada que con sus escudos recién acuñados, no será para mí sino un recuerdo de dolor.

Sentáse el señor Antonio como para cobrar ~~de~~

ya que ya hacía media hora que paseaba, y cuando hubo descansado, levantóse nuevamente y se acercó al convento de las Huelgas con ánimo resuelto de poner en juego toda su habilidad para descubrir si la abadesa le hacía traición.

Cuando hubo llegado llamó al torno, y sin haber esperado un instante le franquearon el paso, acompañándole la portera hasta la celda de la superiora.

—El cielo os conserve, madre—le dijo el señor Antonio a la vez que la miraba con suma atención.

—Y a vos también—le contestó la anciana, no sin mostrar alguna turbación, de que se apercibió al seguida el hidalguillo—. Sentaos, que hoy tendréis que hablar más despacio que otros días.

Esas palabras dieron algún contento al señor Antonio, porque presumió que alguna novedad había ocurrido con respecto a la doncella, y cualquiera que fuese, había de favorecer la intriga y abreviar su desenlace.

Sentóse, pues, sin que en su semblante se trasluciese lo que en su interior pasaba, y dijo:

—Me honráis mucho anunciándome que queréis hablar conmigo largamente. Ya os escucho.

—Decidme—repuso la anciana después de meditar algunos instantes—, ¿me juráis que cuanto se intenta con respecto a Blanca es en bien de la religión?

—¿Y lo habéis dudado siquiera un momento?—le contestó el hidalguillo—. ¿Ignoráis lo que en este punto es nuestro monarca?

—No, hermano; pero a veces, llevados de un exagerado celo, nos equivocamos de la mejor manera; y tratándose, como en la ocasión presente, de una doncella virtuosa y bien nacida, sería muy grave mi responsabilidad si yo ayudase a aumentar sus padecimientos, llevada, como su majestad, de un celo mal entendido.

—Cada tenemos—dijo para sí el hidalgo.

Y luego añadió en voz alta:

—Su majestad es demasiado prudente para dar su paso en negocio tan grave sin poderoso fundamento.

—¿Al credo, mas...?

—Madre, tenéis mi juramento al así habérsele quedar más tranquila.

—Ya estoy satisfecha—contestó la anciana, que no podía sospechar que hubiese hombres tan depravados que jurasen falsamente.

—Ahora, si gustáis, proseguid, y no tengáis cuidado, que si doña Blanca es inocente, ella triunfará. Además...

El señor Antonio vaciló, sus ojos se brillaron repentinamente, y no pudo evitar que por un instante se pintase en su rostro una diabólica alegría. Pero desapareció ésta en seguida, y de nada se apercibió la sencilla abadesa, cuyo reconocimiento y falta de trato no la habían dejado conocer la ciencia del fingimiento, rueda la más importante de la máquina social.

El bizcaigo había concebido la más sávida idea, y sólo le faltaba que fuese una verdad su sospecha de que había llegado carta del paje, según lo daba a entender la turbación de la anciana.

—Además—volvió a decir como si siguiese expresando su primera idea—, ya os he dicho que haré cuanto pueda en favor de doña Blanca, y tanto estoy dispuesto a ello, que os lo vuelvo a prometer, y aseguro que no irá presa como una criminal aunque el rey lo mande, a menos que otro se substituya en el desempeño de mi comisión. Ya a tiempo de hablar con entera franqueza; el confiaros a vos sería doble crimen que el engañar a cualquiera otra persona de mundo: sabed, madre, que mi intención desde que vino a Burgos ha sido salvar a doña Blanca si se veía en peligro, y de esta verdad tendréis las pruebas quizás muy pronto.

—¿Hay algo de nuevo? — preguntó la anciana, mostrando el mayor interés.

—Se han recibido nuevas de Flandes; los bajes han profanado otra iglesia en territorio de Holanda, y nada extraño sería que además hubiese tenido el rey otras noticias sobre el paje, en cuyo caso...

—Me hacéis estremecer.

—Nada temáis, porque os aseguro que salvaremos a doña Blanca. En cuanto a su paje, ya os diré...

cos, porque al fin he causado muchos daños, y solo todo, es un heraje...

—¡Sí, a ella, salvadla a ella!

—Os lo prometo.

—Dios os lo premiará.

—Ahora decidme cómo estamos de nuestro asunto de correspondencia, porque según el tiempo que va transcurrido, es muy extraño...

—Señor Antonio—interrumpió la abadesa—, en vuestro generoso corazón confío...

—Sin duda guardáis alguna carta...

—Sí; aun no hace dos horas que ha llegado.

—Dádmela—dijo el traidor, cuyos ojos brillaron. La abadesa sacó de entre el hábito la carta de doña María, y entregándosela al señor Antonio, le dijo:

—Llena de confianza la pongo en vuestras manos.

El rostro del hidalgo tomó la expresión del dolor más profundo, y después de exhalar un suspiro, exclamó:

—¡Desdichada!

—Sí, lo es mucho...

—¡Esto era lo último que le faltaba para su ruina!

—¿Qué decís? —preguntó la superiora palideciendo y llevando instintivamente las manos hacia la carta.

Pero el señor Antonio la metió en su bolsillo y repuso:

—No sabía cómo daros la noticia, y confiaba en que aun no hubiese venido carta alguna, porque así, dando tiempo al tiempo, tal vez hubiésemos podido salvarla.

—Pero, ¿qué ocurre? Explicaos, vuestras palabras me hacen sospechar que se prepara algún triste acontecimiento.

La sensible abadesa estaba en extremo agitada, y las indicaciones del hidalgo le hicieron arrepentirse de haber obrado tan ligeramente entregándole la carta.

—Madre—repuso el señor Antonio con fingida amargura—, ya veremos si algo puede hacerse en favor de esa infeliz; por mi parte...

—Señor Antonio—interrumpió la anciana con una energía que hasta entonces no había demostrado y que sin duda nació del extremo apuro en que se hallaba su ánimo y del arrepentimiento de no haber hecho valer más su autoridad.— Señor Antonio, algún acontecimiento muy desagradable se prepara, y me parece que yo no he debido obedecer con tanta ligereza la orden del monarca.

—¡Desobedecer a su majestad!—dijo con acento de admiración el hidalgo.

—¿Sabéis lo que represento yo aquí?

—Sois la abadesa...

—Y los privilegios y estatutos de la comunidad me conceden un derecho de autoridad absoluta dentro de mi jurisdicción, que está fuera de la del soberano, porque en el recinto de este convento nadie puede mandar sino yo, nadie más que su abadesa puede residenciar a las religiosas, imponerles castigos o perdonarles sus faltas. Tales son los derechos de mi autoridad...

—Ya sé, madre, que en el recinto de vuestra jurisdicción hay un "in pace". ¿Pero no venido acá a quitaros vuestros fueros? ¿No somos todos cristianos y debemos obrar de común acuerdo y prestarnos ayuda para la mayor gloria de nuestra santa fe? Si os hubieseis negado a obedecer al rey, bastante poder tiene para haber puesto a las puertas de vuestro convento centinelas que no hubiesen dejado llegar a nadie sin antes registrarlo hasta dar con las descadas cartas. ¿Pero no era prudente evitar el escándalo? Además, no sólo el rey, sino la Inquisición puede entrar aquí sin que se le estorben vuestros privilegios ni estatutos, como puede llegar hasta el rey sin que le sirva de escudo su corona ni su trono. Y, sin embargo, he venido suplicando y pidiendo ayuda en nombre de la religión. Pensad, madre, que los generosos impulsos de vuestro corazón os han hecho sospechar; yo no lo extraño, porque a mi vez os confieso que es tal el dolor que me causa la situación de la pobre doncella, que no me siento con valor para obedecer las órdenes que tengo, y antes de venir aquí he pensado en los medios de salvarla. Esto os precede

que el engaño está muy lejos de mi proceder, y que algo en mí debe afeárselo es mi debilidad.

—Pero explícame de una vez—dijo la abadesa, ansiosa y sin saber qué pensar de todo aquel entredo.

—Esta mañana—repuso el señor Antonio—he recibo una orden del rey. A consecuencia de las peticiones que ha tenido de Flandes, me manda inmediatamente apoderarme de la doncella en cuanto se le intercepte alguna carta y sin esperar nueva determinación.

La anciana palideció, agitáronse sus débiles miembros y estuvo a punto de perder el sentido.

—Este caso ha llegado—añadió el señor Antonio.

—¡Desdichada!—exclamó la superiora juntando las manos—. ¡Amparada en nombre de la causa cristiana!

—Eso es mi mayor deseo, madre: pero tranquilízate, que si se decide a seguir mi consejo, quedará libre.

—¡Fielidad señor Antonio!

Ese parecía meditar algunos momentos, y después repuso:

—Mañana, madre, y antes de media hora volveré a prender a doña Blanca. En este intermedio podrá salirse de casa, y mi responsabilidad queda cubierta. ¿Puede hacer más por ella?

—Huir... imposible... Si al menos diese tiempo para mañana...

—En cinco minutos pueda recoger sus alhajas y en tres minutos montar a caballo y partir...

—Pero sola, sin guía!

—Buscad una persona de confianza que la acompañe.

—En tan poco tiempo es imposible. Además, hay que proporcionar también caballos...

—No puede hacer más de lo que os he ofrecido—replicó el señor Antonio a la vez que exhalaaba un triste suspiro.

—¡Concluid vuestra generosa obra con un sacrificio más!—dijo la abadesa con tono suplicante.

—¿Qué más me pedís?

—A eso es lo más fácil proporcionar dos ca-

billas y un guita: se las pagará generosamente.

—¿Habéis pensado bien lo que decidís?—exclamó el hidalgo con acento de sorpresa.—¿Cuánto no sería mi responsabilidad si se descubriese? ¡Imposible, madre, imposible!

—¡Salvad a esa infeliz, es muy desgraciada, es muy virtuosa!—exclamó la anciana mientras que de sus ojos salía abundantísimo llanto.

—Me pedís mi ruina, quizás mi ruina y mi honra—dijo el hidalgo.

—¡Y me vedáis de redillas a vuestras pías si no recibís esta gracia!—dijo la superiora con acento de la más dolorosa súplica.

—¡Ah!... No sabéis cuánto mal me está haciendo—contestó el señor Antonio, a la vez que fingió hacer un esfuerzo como para dominar la emoción.—¡Por Dios, madre, mirad lo que me pedís!...

—¡En nombre del cielo!—exclamó la anciana desesperadamente a desahogar la redilla.

El hidalgo se inclinó para desahogar a la anciana y cuando se levanto de su silla dejó en el pañuelo azul limpióse la frente como si la hubiese inundada de sudor. Luego dio algunas palmadas en la cadera y al fin con su sencilla mantilla se cubrió la cara y se fue ahogada.

—¡Todo por vos, madre mía!—dijo a la vez que las bendiciones que van en camino de las almas a las voces.

—¡Dios os lo premie!—exclamó la anciana tan conmovida por la alegría como por el dolor.

—Dentro de pocos minutos habré a la cabeza del congreso dos honores de toda mi vida—dijo el caballero. Que no pierda un minuto, que si yo vuelvo y aún está aquí...

—Perdíd, ciudad, no la encontrareis.

—¡Guardaos el cielo, madre; guardaos el cielo, ahora volveré a veros.

La anciana no pudo resistir, prorumpió en una ahogada.

El señor Antonio salió con precipitación para y se dirigió a su posada, diciendo por el camino:

—Ya es mala la vida mía... ¡Válgala el cielo!

—¡Diga lo que quiera, lo que me importa más es apoderarme de ella.

Recordarán nuestros lectores que el hidalgo escribió una carta a la princesa, diciéndole que le enviaba a Ginés con otro hombre de su confianza. Así iban la strada: Ginés y uno de los cruzados a quienes Ginés en la posada donde con tanta astucia consiguió el escudero de Poza, habían ido a Burgos y esperaban las órdenes del señor Antomo, mientras emborrachaban, juraban y dormían a su placer.

—¡Ginés, Felipe!—gritó el hidalgo al entrar en la posada.

Instantáneamente acudieron los dos criados de la princesa.

—Te dimos a conocer al uno, a Ginés; el otro, de una mala ralea, como su compañero, era un mozo de treinta años, corpulento, robusto, de ojos negros de sombría mirada, de barba y pelo rojo, y así que nada tardase que echarle en cara a su compañero, porque a éste le faltaba una oreja, a éste faltaba el dedo índice de la mano izquierda, por haberlo perdido en una baxaña digna de su propia profesión de asesino.

Ambos siguieron a su habitación al señor Antomo.

—¡Tomad—dijo éste—vuestrós caballos y el mío: váed a la portería del convento de las Ruelgas; preguntad que salga una mujer; la ayudaréis a montar y montaréis vosotros; la preguntáis a dónde vá, y en cualquiera el punto que designe, como ella no conoce los caminos, tomáis el de Madrid y buen paso. Cuando estéis cerca de la villa, veréis presurarnos llegar cerca de la caída de la noche; le adelantará Felipe a todo correr, aunque a lante el caballo, y avisará a la señora princesa, diciéndole que espere a la monja que lleváis. En aquella su pausada un momento, se llevará una carta al alto en donde conveengáis que debe esperar. Yo a la dama, so pretexto de dejar que lleve la noche, para evitar que la conozcan, y una vez que esté le tapará la boca para que no pueda hablar y le tendréis los ojos la metéis en la litera y a Madrid. Por el camino os mostraréis respetuosos pero de manera que no pueda sospechar el lazo

que se le tiende. No hay tiempo para más explicaciones.

—Basta!—contestaron los asesinos.

Y sin saludar siquiera al hidalgo, bajaron a la cuadra y ensillaron los caballos con tal premura, que seguramente no tardaron tres minutos.

El señor Antonio volvió a salir para ir a contemplar cerca del convento desde donde pudiera ver cuando salía Blanca y no se detuvo a leer la carta porque necesitaba tomar alguna delantera a Gina y a Felipe si había de llegar a pie al mismo tiempo que ellos a caballo.

Mientras esto sucedía, otra escena de un menor interés tenía lugar en la celda de la abadesa.

CAPÍTULO XXXIII

Lo que sucedió en el convento mientras que el hidalgo iba a su posada

Apenas salió el señor Antonio del convento la anciana abadesa mandó llamar a Blanca para decirle que era preciso que hubiese sin pérdida de momento.

La doncella entró en la celda triste como siempre cuando se acercaba a ella, y después respetuosamente la saludó. La superiora respondió que esta le hablaba.

—Hija mía—le dijo la abadesa con ternura procurando disimular su enojo—¿tengo que decirte una nueva muy mala y espero que no es el dolor, quizás por el dolor. Haberte sufrido mucho en los pocos años de vuestra vida y sabéis que la religión es la madre del consuelo. Sus virtudes y desgracias, y Dios no os castigara porque habéis temprano la virtud vuestra señora y el castigo en el castigo.

Blanca miró con sorpresa a la anciana abadesa, extrñadamente sus grandes ojos negros y rubicaron sus plantas mejillas.

—Explicar, madre—contestó—. No temo por el dolor de ahora. He recibido sólo un dolor.

que ninguno puede ya parecerme grande. ¿Me persiguen mis enemigos? Ya lo esperaba; doña Ana de Mendoza no es mujer que deje de cumplir sus amenazas; juró exterminarme, y lo que me causa estruendo es que antes no me haya hecho sentir los efectos de su criminal venganza.

—Valor, hija mía, valor...

En los labios de la doncella vagó una sonrisa en extremo amarga, y levantando desdeñosamente la cabeza, repuso:

—Aun valgo más que todos mis enemigos.

—No sabéis todavía de lo que se trata—dijo la abadesa mirando con aire de compasión la arrogancia, a su parecer, loca de Blanca.

—Decídmelo, de una vez, sin rodeos—repuso ésta—. ¿Pensáis que la rudeza del golpe disminuí mi valor?

—Si tengo que decíroslo de una vez, porque es preciso aprovechar los momentos.

—Os escucho—repuso la doncella con aparente calma.

—Hace algunos días—dijo titubeando la superiora—, hace algunos días...

—Que os mostréis—interrumpió Blanca—reservada conmigo...

—Que sufris mucho, hija mía: esto debéis decir.

—¿Y soy yo la causa?

—Sí, aunque inocente.

—Pues no durará dos horas vuestro tormento; me iré; llevando consigo mi desgracia, que parece ser contagiosa.

—No me tranquilizaré con vuestra marcha, aunque es preciso que la emprendáis antes de un cuarto de hora.

—Me persigue el mundo, me encierro en una celda y tampoco estoy libre de las asechanzas de mis enemigos... ¿Qué sucedió?

—Recibí hace algunos días una orden del rey, para que se interceptasen las cartas que viniesen para vos.

—¡Gracias, madre mía!—interrumpió la doncella, besando las manos frías de la anciana—. Gracias por vuestro noble proceder: antes que obedecer esa orden, me avisáis para que me vaya;

evitando así las consecuencias fatales que podría traer... Todo lo comprendo... ¡Gracias, madre! olvidaré lo que os debo!

Esta interpretación que Blanca dio a las indicaciones de la superiora, fueron para ésta un golpe que hirió profundamente su corazón sensible y turbada y confusa, no pudo, en algunos momentos, articular una palabra; antes bien tuvo que apretar sus temblorosas manos en los brazos del sillón en que estaba sentada, porque se sintió desfallecer.

—¿Qué os sucede, madre mía?—le dijo cariñosamente la doncella—. Perdecís el color, estáis agitada...

—Hija mía... mi vejez es muy débil para resistir ciertos dolores... y... no perdáis tiempo recoged vuestras alhajas, mudad de vestido y montad a caballo...

—¡A caballo!...

—Sí, ya lo tenéis preparado y también dos hombres de confianza para que os acompañen...

—¿Qué decís?—preguntó afanosamente la doncella, separando sus cabellos de oro de su frente que sintió arder en un instante—. Me habéis equivocado...

—Sí...

—¡Explicaos!...

—Esta mañana—repuso la abadesa medio agitada por la emoción—, esta mañana ha llegado una carta para vos, y...

—¿Qué habéis hecho de ella? — interrumpió Blanca a la vez que sus negras pupilas se ensancharon y que estrechaba fuertemente las manos de la superiora.

—Mañana la tendré el rey... quizás esta noche.

—¡Infeliz, os han engañado miserablemente! —gritó la dama con acento de loca desesperación.

Luego se dejó caer sobre un sillón, y retorciéndose con rabia los moribundos brazos, prosiguió diciendo:

—¡Lo habéis perdido, lo habéis perdido! ¡Quizás me anunciaba su vuelta, quizás mañana se encuentre en un calabozo de la Inquisición! ¡Oh!... ¡Mi única afición, mi última esperanza!... ¡Lo habéis perdido para siempre!

Como en todas las situaciones apuradas, Blanca se mostró ardiente, enérgica en aquel momento. La anciana derramaba abundante llanto y se arrepentía de haber obedecido la orden del rey.

—No es eso todo—dijo precipitadamente y como si las palabras le abrasasen los labios.

—Nada peor puede sucederme.

—Antes de media hora vendrán a prenderme...

—¿A prenderme? — interrumpió Blanca levantándose y dando a su rostro una expresión de incomparable altanería.

—Por eso es preciso que huyáis inmediatamente.

Ella le doncella a contestar, cuando la puerta se abrió apareciendo una monja.

—¿Qué queréis, hermana?—le preguntó la abadesa, no sin alguna acritud.

—Acaban de traer para esta hermana—dijo la monja señalando a la doncella—una carta.

Y la mostró, esperando a recibir permiso para adelantarse.

Con la prontitud de su excitación nerviosa, arrojó Blanca sobre el papel, y sin que la religiosa tuviese tiempo de estorbarlo, se lo arrebató ligeramente.

—¿Qué hacéis?—le dijo la abadesa.

—Esta carta es para mí, sólo para mí—contestó la doncella con acento de imponente orgullo.

Y luego, dirigiéndose a la monja, le dijo imperiosamente:

—Idos.

Obedeció la religiosa sin atreverse a replicar, y se fueron a quedar solas la abadesa y Blanca.

Reinó un profundo silencio, interrumpido sólo por la agitación y desigual respiración de aquellas dos mujeres.

La doncella abrió precipitadamente la carta, y al reconocer la letra de su antiguo paje, exhaló un agudo grito de alegría.

Levó con toda rapidez de su afanoso deseo, y en segundo grito, de contento también, se escapó de sus labios.

—¡Se ha salvado!—exclamó.

Y su mirada radiante con el vivo fuego de sus expresivos ojos, fijóse en la abadesa.

—¡Ya os he dicho que aun valía yo más en ellos!...

Tan aturdida estaba la anciana, que no acertó ni aun a pedir explicaciones de aquel repentinó cambio.

—¿Decís—repuso Blanca—que puedo disponer al momento de un caballo y dos hombres que me acompañen?

—Sí—contestó maquinalmente la abadesa.

El portador de esta carta aguardará la respuesta como siempre hace—dijo la dama.

Y luego, sin pedir permiso a la superiora, tomó papel y escribió allí mismo la carta que vino recibir a Laria después de la aventura del bosque.

En seguida salió de la celda para entregarla ella misma al mensajero, y diez minutos después volvió con vestido de terciopelo negro y cubierto con un largo manto de seda.

Dejémosla despedirse de la abadesa y volvernos al señor Antonio.

Como ya dijimos, el hidalgo salió otra vez de la posada y se encaminó hacia el convento; pero no bien hubo llegado cerca del histórico edificio, cuando Ginés y Felipe llegaron también a la portería de donde salió en aquel momento un hombre en traje de camino y cubierto de polvo. Era el portador de la carta del paje, que ya llevaba la contestación.

El señor Antonio se ocultó a poca distancia del convento, y después de aguardar algunos minutos y pensar que aun tardaría la doncella en salir, creyó conveniente aprovechar aquel rato para leer la carta; pero apenas la hubo sacado del bolsillo y roto el sello, cuando Blanca apareció bien cubierta por el manto.

Como era una cosa interesante el observar a la doncella mostraba repugnancia en entregarse a merced de los desconocidos que le daban por guía y amparo, suspendió el señor Antonio la lectura, y fijó su atención toda en la dama.

Esta, creyda que Ginés y Felipe habían sido enviados por la abadesa, como personas de con-

—¿Y les preguntó una palabra, y sin apenas responder a sus respetuosos y humildes saludos, caminó con alegría y les dijo:

—A Madrid.

Partieron los tres a escape entre un remolino de polvo, y cuando ya se hubieron perdido de vista, el médico descubrió la carta y la leyó.

Grande fué su sorpresa al encontrarse con que se trataba de Luis, y aunque esto le causó mucho pesar, no dejó de alegrarle el haber sorprendido el importante secreto de la infeliz doña María, y el conocer desde luego de la suerte de la hija de don Juan. Esto era un nuevo negocio que podía explotar muy bien, pero no por eso se hacía menos preciso apoderarse de una carta del paje.

Algo pensativo, guardó nuevamente el precioso papel, que en seguida tasó en quinientos ducados por lo menos, y entró en las Huegas con ánimo de dar la última pincelada a su obra.

Cuando llegó a la celda de la superiora, hallábase ésta arrodillada delante de su reclinatorio y rezaba fervorosamente, mientras que de sus ojos caían en abundancia el llanto.

Cerca del reclinatorio había un cofre cuya llave estaba puesta, y más allá las cenizas de un papel que debía haberse quemado poco antes.

—Perdonad, madre—dijo el señor Antonio—, si vengo a interrumpiros en estos momentos en que os entregáis al más santo y respetable de todos los deberes: pero ya os dije que volvería, porque no puedo dejar de cumplir con mi deber, siquiera en la apariencia.

Levantóse la abadesa, y después de tomar asiento, contestó:

—Sí, cumplid con vuestro deber y dejad tranquila esta santa casa, donde por primera vez las pasiones del odio y de la venganza han agitado los corazones que en ella laten.

—Ya sabéis que por mí parté...

—Habéis hecho más de lo que se os podía pedir, y os doy las gracias y rogaré a Dios por vuestra salud.

—Supongo que ya se habrá marchado, porque en

la puerta no ha visto a los hombres que vienen para acompañarla...

—Si, ya se fué la infeliz.

—Quedo tranquilo.

—¿Qué más hay que hacer para dejar cumplida la orden del rey?

—Otra ha recibido después que me fui de aquí y en ella se me manda abrir la primera carta que se interceptase.

—¿Y habéis quedado satisfecho de su contenido?

—Nos hemos equivocado—repuso el señor Antonio haciendo un gesto de disgusto.

—¿Que nos hemos equivocado!...

—Sí, madre, porque la carta no era del herido, sino de una amiga de doña Blanca, y sólo le hablaba en ella de cosas indiferentes, asuntos de familia.

—Ahora lo comprendo todo — interrumpió la abadesa.

—¿Qué comprendéis?

—Ya os lo explicaré, proseguí.

—Pues bien, esto nos deja comprometidos, lo mismo a vos que a mí, si no llega muy pronto una carta del paje para poder presentarla al rey.

—Ya es tarde—replicó la anciana con sequedad.

—¿Que es tarde!—replicó el hidalgo sin poder ocultar su inquietud.

—Sí, porque apenas os fuisteis llegó otra carta de la que se apoderó la doncella sin que yo pudiese evitarlo, porque estaba aquí cuando me la trajeron, y esta segunda carta era de su antiguo paje.

—¿Y qué hicisteis?—preguntó sobresaltado, a la vez que palidecía el señor Antonio.

—Yo, nada; ella, contestarla en seguida y llamarla al despedirse de mí... Ahí tenéis la carta—dijo la superiora señalándola.

—¿Sabéis lo qué habéis hecho?—gritó sin poder contenerse el hidalgo.

—Os repito que nada he hecho sino cumplir la orden del rey. Se me mandó retener y entregarme las cartas, y obedecí; pero no se me dijo que estasase a doña Blanca la salida del convento y se ha marchado cuando le ha parecido conveniente. Aquí me ha dejado su ropa y sus joyas, de las que se

pondrá a su acomodo, y las cuales quedarán a favor del convento como una manda pía, si no las ha recogido dentro de un año. Tal es su voluntad, que debe hacer cumplir, sin que a estorparlo sea bastante la autoridad del monarca.

—Pero los papeles...—balbuceó el hidalgo, cuya turbación crecía.

—No hay ninguno; registrad, si os place, el cofre que es éste; os lo permito como último desafuero cometido a mi autoridad de abadesa.

—No llevaré ese cofre — dijo el señor Antonio apujosado por la codicia que antes pudo encontrar en un fingido celo por el servicio del monarca.

—No os lo llevaréis...

—Pensad, madre...

—Mucho os agradezco—interrumpió con severidad la anciana—, el servicio que habéis prestado a la infeliz doncella; pero si intentáis cometer algún abuso, si pensáis usar de la violencia, acordaos antes, puesto que también lo sabéis, que en las Puercas hay un "in pace" que puede cerrarse por su mano, pero no puede abrirse por ninguno.

El hidalgo se estremeció a su pesar, y pensando que nada adelantaría, porque Blanca habría escrito a su paje, para que no le dirigiese las cartas al convento, despidiéndose de la abadesa después de exhalar un profundo suspiro al mirar al cofre, y salió, consolándose con la idea de que la víctima estaba en su poder, y de que la carta de doña María le presentaba un lucido negocio, y sonriendo maliciosamente al pensar que el tan temido "in pace" del convento, no valía la mitad de las armas de la iglesia por él manejada.

Das horas después, el avariento hidalgo salía también de Burgos y tomaba el camino de la corte, sin darse mucha prisa, porque no era prudente alzar a Blanca.

Entre tanto, la abadesa rogaba a Dios para que protegiese a la infeliz joven que tanto sufría sin esperanzas de consuelo.

Mas alejaremos nosotros también de Burgos y seguiremos el camino de Madrid,

CAPÍTULO XXXIV

Donde se da cuenta del éxito que tuvo
la traición del hidalgo

Bianca aspiró ávidamente el aire libre y fresco del campo; extendió por todas partes su atenta mirada, y encontró llenos de encantos todos los objetos. El pájaro que volaba, la flor silvestre que se agitaba en su espinoso tallo, el arroyo que en desigual corriente atravesaba la campiña, el reptil que asomaba su verdoso cuerpo por entre la grieta de una peña, y todo, en fin, cuanto a su vista se presentaba, tenía para ella, como hemos dicho, un encanto tan irresistible, embargaba su imaginación de tal manera, que poco a poco fué tranquilizándose su espíritu, por demás agitado a impulsos de las violentas emociones que acababa de experimentar.

Seis años de encierro, aunque impuesto voluntariamente, eran bastante para encontrar el mayor de los goces en la libertad.

Sentía la doncella un contento que no sabía explicarse y que no hubiese atribuido a su verdadera causa, que era la salida de su encierro, puesto que al entrar en él, nada le parecía más grato que vivir lejos del bullicio del mundo y llorar sus quejas en la soledad de una celda donde nadie interrumpiese su sosiego.

Empero Bianca, dotada de un espíritu enérgico de una imaginación ardiente, no había nacido para el claustro: la engañaban sus pesares; y no le dejaron pensar que la criatura cede siempre a su naturaleza, y que el tiempo borra todas las aflicciones, sin que haya dolor, por intenso que sea, que más o menos tarde no se extinga.

No había olvidado Bianca al marqués, pero este doloroso recuerdo había llegado a ser muy triste, algo tranquilo, y al fin hubiese acabado por no quedar de él sino una leve sombra que entre lo presente y lo pasado oscureciese la luz de ese estrellito

que alumbraba el alma y que llamamos alegría, a falta de esa emoción que llamamos contento.

Lo mismo cuando las desgracias le hacen a uno quererse para llorar a solas con su dolor, que cuando se nos priva por fuerza del aire libre, la alegría que se siente al recobrar la libertad sólo puede compararse a la del alijo que vuelve a ver a la luz.

De tal manera embargaba el ánimo de la dama la contemplación de la naturaleza y el contento que recibía cuando, al obligar a su cabalgadura podía correr y enconar siempre delante más espacio que andar sin que nada se lo impidiese, de tal manera iba entregada a sus dulces emociones, que ni siquiera se le ocurrió pensar en la confianza que podía tener en los dos hombres que la acompañaban; y como la turbación y lo apurado del caso tampoco le habían dado lugar a informarse de la verdad sobre este punto, dejábase guiar sin sospecha alguna, y pasaban las horas tranquilamente; los caballos galopando mientras abrían sus anchas narices, la dama mirando a todas partes mientras solaba a su corcel las riendas, y los asnos esperando el momento oportuno de dar el golpe, mientras procuraban con sus respetuosas gestiones inspirar confianza a la doncella.

Una digna de reflexión ocurrió en el camino, por lo cual dispensando a nuestros lectores de la molestia de contar uno por uno los repetidos pasos de los caballos, los suspiros de Blanca y las miradas de inteligencia de Gínés y Felipe, los llevaremos desde luego al sitio donde la situación de las personas pueda interesarles más.

Una legua faltaría a los viajeros para llegar a la cerrada villa.

Tenían a la derecha un extenso campo sembrado de trigo, y a la izquierda un olivar.

Gínés y Felipe miraron a su alrededor, no vieron ni mesón, ni casa, ni choza, y observaron con placer que el sitio era solitario.

Entonces refrenó el primero algunos instantes y luego, aproximándose a Blanca, le dijo resacaadamente:

—Perdonadme, señora, pero según las indica-

ciones que en Burgos me hicieron, no es prudente que os conozcan.

—Quisiera evitarlo—contestó Blanca.

—Aun no son las cuatro de la tarde, y estamos tan cerca de Madrid, que al paso que vamos entraremos en la población antes de media hora.

—¿Hay por aquí—preguntó la doncella—, alguna posada donde podamos detenernos y esperar a que sea más tarde?

—No hay ninguna en el camino que nos falta que andar.

—¿Qué haremos entonces?

—Disponed lo que más os plazca—contestó Ginés con tono de indiferencia—; pero si tuvieseis a bien tomar mi consejo...

—¿Cuál es?

—Este camino es muy concurrido por los señores de la corte, porque conduce a muchas casas de campo que hay hacia la parte de la izquierda, y pararnos aquí sería exponernos; por consiguiente me parece lo mejor que os sentéis a la sombra de ese olivar, que no está lejos, o si no estáis cansados, dais un paseo por su interior, mientras se hace más tarde.

Blanca meditó algunos momentos, y no encontrando inconveniente en lo que Ginés le proponía, aceptólo de buena gana.

Todos tres volvieron riendas, apeáronse a la entrada del olivar, y encargando Ginés a Felipe que cuidase de los caballos, siguió a la doncella, que se internó en la espesura con el mayor descuido.

Apenas se hubieron alejado un poco, Felipe subió a un árbol los corceles de su compañero y de Blanca, y montando el suyo, tomó nuevamente el camino y partió como un rayo hacia Madrid.

Un cuarto de hora bastó al asesino para llegar a la población, y poco después se encontraba a la puerta de doña Ana de Mendoza.

Hacia pocos momentos que Antonio Pérez acababa de salir y la princesa, recostada en un cómodo diván, meditaba sobre las mil intrigas que sostenía. Bien pudiera estar satisfecha porque el ministro se encontraba más enamorado que nunca, sintiendo lo mismo al monarca, sin que ésta sospechase

en la tracción de que era víctima. Sólo inquietaba a la hermosa dama el pensar que había transcurrido mucho tiempo desde que el señor Antonio estaba en Burgos, y que ninguna carta de las que de él recibía le anunciaba novedad, cosa que era para disgustarla, ya porque la atormentaba el deseo de verla, ya porque la doncella, ya porque el rey empezaba a burlarse de la importancia que se le había dado al asunto y de los medios imaginados para llegar a saber el paradero del diabólico paje y apoderarse de él.

El día anterior había dicho Felipe II a la princesa:

—Tengo por seguro, doña Ana, que el último de los conjurados hubiese servido mejor para descubrir y prender al diablo de la famosa capa, que no el capicorro hidalgo cuyo ingenio y travesura me habéis ponderado tanto.

Eso fué para la dama un golpe terrible que hirió vivamente su amor propio, y a dejarse llevar de su primer arrebato, hubiese ido en seguida a Burgos para ejecutar por sí lo que tan torpemente, a su parecer, hacía el codicioso hidalgo.

Tras otros recuerdos, el de Blanca acudió a su memoria, y un movimiento de impaciencia le hizo cambiar de postura, con noble detrimento de los ricos encajes de que estaba guarnecido su traje de seda azul.

En esto se levantó el tapiz que cubría una de las puertas del aposento, y la doncella Inés, la más bonita y habladora conocida ya de nuestros lectores, asomó la cabeza y dejó escapar una alegre sonrisa.

—La risa fuera de tiempo es una impertinencia —le dijo doña Ana con tono de mal humor.

No se turbó por esto Inés, sino que mostrándose más alegre aún, dijo a su señora:

—Acaba de llegar Felipe y trae noticias muy buenas... Dentro de una hora quizás tendréis aquí a doña Blanca...

No pudo reprimir un grito la princesa, y levantándose de un salto, sacó de uno de sus dedos una fina sortija de brillantes y la arrojó a los pies de Inés.

—Toma—le dijo.

—Gracias—contestó la doncella.

Y recogiendo la joya y separándose, dejó libre al asesino, que entró cubierto de polvo.

—¿Qué sucede?—le preguntó la dama, en cuya semblante se pintaba su impaciencia.

—A una legua de Madrid está la monja. Nos sitiamos al momento una litera con las mejores mulas que haya en las caballerizas.

Brillaron las negras pupilas de doña Ana como brillan en la obscuridad las de un tigre. La cálida alegría que en aquellos momentos sentía, le dejó apenas exclamar:

—¡En mí poder!

Oprimiéndose el pecho porque el corazón parecía que iba a romperse, y después de algunos instantes de reposo:

—Expícamelo todo, Felipe...

—Nada sé sino que el señor Antonio nos mandó ir a la puerta del convento con tres caballos y traer a una mujer que saldría y se dejaría conducir por nosotros. Así lo hicimos: pero nos falta para cumplir del todo la orden, tapar a la dama la boca y vendarle los ojos, meterla en una litera, y...

—Al momento—interrumpió doña Ana—. De de mi parte las órdenes que sean menester, y no pierdas un instante... Toma, toma, que no has de ser menos que Inés...

Y dió otro anillo a Felipe, que examinó la grana piedra y lo guardó con muestras de quedar contento.

No había transcurrido un cuarto de hora cuando, siguiendo al asesino, que había cambiado de caballo, iba calle de la Almudena abajo una mujer llevada por dos poderosas mulas torcillas.

Sallaron de Madrid, y ya al trote largo, ya al galope, en cosa de veinticinco minutos llegaron junto al olivar.

—Esperad aquí—dijo Felipe a los literos.

Y apeándose, internóse en la espesura.

Pocos pasos anduvo cuando encontró a Elena sentada al pie de un olivo, y a Gineís cerca de ella, sentado también.

—¿Es buena hora?—preguntó éste a Felipe.

—La mejor que puede encontrarse, y aunque sea medio reventado, creo que ya no debemos perder más tiempo.

Blanca no dió importancia alguna a estas palabras, y levantándose para marchar, dijo:

—Si me parece que no vende muy deprisa, ya se habrá puesto el sol cuando entremos en Madrid.

—Señora—le replicó Ginés acercándosele por la derecha, mientras que Felipe lo hacía por la izquierda—, tengo que haceros una observación.

—¿Creeis que aun debemos esperar más?—preguntó sencillamente Blanca.

El asesino se sonrió, y luego repuso:

—No es eso, sino otra cosa que debe importaros algo más.

—No os comprendo—contestó la doncella algo turbada al ver la expresión de burla que animaba a los repugnantes rostros de los asesinos.

—Cuando una cosa ha de hacerse—dijo Ginés—, y se se puede pasar por otro punto, es una tontería el tomarse la molestia de resistir, porque se pierde el tiempo, se gastan las fuerzas, se calienta la sangre y nada se adelanta sino llevar un mal rato que pueda excusarse.

—¿Qué intentáis?—dijo Blanca, al fin.

—Nada más que cumplir las órdenes que tenemos—replicó Ginés.

Esa contestación fué como un rayo de luz que hizo ver a la doncella todo lo crítico de su posición, comprendiendo que había caído en un lazo del que difícilmente podría escapar. Como siempre, sintió animada por aquel primer impulso de valiente natural en ella, y levantando con orgullo su pálida frente, exclamó:

—¡Pase, miserables!

—Eas palabras—le contestó con calma Ginés—, ya las acostan, porque estamos acostumbrados a ellas con frecuencia; si fuereis un hombre y tuviereis en la mano una buena ribota, entonces la situación variaría, y nosotros tomaríamos más seriamente el asunto. Decid, pues, cuanto os plazca; pero entre tanto, no llevéis a mal que os tapemos la boca y los ojos, os sujetemos las manos, y con

todo respeto os hagamos entrar en una cámara litera que hay preparada para vos.

Y esto diciendo, lanzáronse los asesinos sobre la desdichada Blanca.

En vano hizo ella esfuerzos inauditos: en vano gritó con toda la fuerza de sus pulmones: las manos de hierro de los asesinos la sujetaron fuertemente, y las voces se perdieron sin que nadie respondiese a ellas sino las carcajadas de Ginés y de Felipe.

La fatiga del cuerpo y la violenta conmoción del espíritu dejaron tan quebrantada a la infeliz, que sin poder ya resistir, dejó que le atasen a la espalda los brazos y que le tapasen la boca y los ojos.

Levantóla sin gran esfuerzo Ginés en sus robustos brazos, y saliendo del olivar, la metió en la litera, donde quedó la desdichada sin sentir.

Tomaron las mulas el trote, y los asesinos marcharon detrás con todas las apariencias de dos acuderos respetuosos que van atentos para obedecer a la primera señal de su señor.

CAPITULO XXXV

Orgullo contra orgullo

El movimiento de la litera y el aire fresco de la tarde que empezaba a declinar fueron devolviendo poco a poco a Blanca, si no la calma del espíritu, las fuerzas del cuerpo.

Su situación era triste y apurada: pero más que desesperarse y perder el tiempo en inútiles quejas, convenia pensar en los medios de resistir y atacar a los enemigos. Tal pensó la doncella, cuya grandeza de corazón no daba lugar al abatimiento, sino instantáneamente, y a poco que meditó, convenciéndose de que el lazo en que había caído no podía haber sido preparado sino por doña Ana.

Así se pasó cerca de una hora, al cabo de la

en la litera se detuvo junto a una puerta excusada de la casa de la princesa.

Comprendió Blanca que sería inútil oponer resistencia porque estarían tomadas todas las medidas para el caso, y por esta razón, cuando fueron a sacar de la litera, ella misma bajó. Luego se dejó conducir por un estrecho pasillo, atravesaron un patio, subieron una estrecha escalera, y dejándose atrás un aposento desamueblado y un largo corredor, la hicieron entrar en una habitación cuadrada y espaciosa.

Allí había una cama, una mesa y dos sillones, y como se vio otra puerta que la de entrada, ni más ventanas que una, con reja de hierro, que daba a un patio.

Más que había servido de guía, dejó sobre la mesa una lámpara mientras que los asesinos quitaban a la doncella las ligaduras que le sujetaban los brazos y le destapaban la boca y los ojos.

Cuando Blanca se vió libre para moverse y salir, examinó el aposento, y sin dignarse fijar la atención en las personas que la rodeaban, dejóse caer en uno de los sillones.

Subieron los tres sirvientes sin pronunciar una palabra y cerraron la puerta con llave...

La doncella estaba pálida en extremo; de vez en cuando se agitaban sus miembros a impulsos de un temblor convulsivo, y su mirada era sombría.

Permaneció algunos instantes tan inmóvil, que sólo su agitada respiración daba señales de vida.

—Esta debe ser su casa—murmuró al fin—. Estoy en su poder... ¡Ah, Luis, hermano mío, de cuán poco valdrian esa puerta cerrada ni estas paredes si estuvieses en Madrid!

Al oír esto se abrió la puerta, y dijo con sarcasmo la persona que entró:

—Si al menos tuvieses su capa...

Blanca no pudo reprimir un grito de indignación y espanto al ver a doña Ana, que era la persona que acababa de entrar.

Los ojos de la princesa brillaron con el fuego de la santa alegría de su triunfo, y más que nunca le temblaba con orgullo su altiva frente. Su mirada in-

solente se fijó en la doncella, y como si el grito por ésta exhalado le hubiese inspirado lástima, contemplóla con insultante desdén.

Bianca sintió instantáneamente renacer todo su orgullo; enrojeciéronse sus mejillas y fijó en la viuda una mirada tan altanera que la obligó a trincar el seno.

—Ya estoy en vuestro poder—dijo Bianca—. ¿Habéis pensado, al entrar aquí, que iba a llamaros ante vos y a pedir os mi libertad?... Si tal es vuestro intento, podéis desistir de él para no seros desairada.

—Yo abatiré ese necio orgullo que intenta igualarse a mí—replicó doña Ana con voz comprimida por el coraje.

Una carcajada nerviosa fué la contestación de la doncella.

—¿Sabéis la suerte que os aguarda?—añadió la princesa.

—Sí, la muerte; pero... ¡cuán mezquina es vuestra alma! ¿Pensáis que la muerte me causa espanto?... ¡Me inspiráis compasión!

Y al pronunciar estas últimas palabras, la doncella plegó su labio inferior con tal expresión de desdén, que hizo retroceder de rabia a la triste viuda.

—No os acordada la muerte...—dijo esta.

—Ya sabéis—interrumpió Bianca—que la he buscado hasta con afán, y comprenderéis que la persona que vive como yo he vivido hace seis años, debe mirar el sepulcro como un reposo donde terminan sus dolores.

—Entonces, todo os será indiferente.

—Menos la idea de veros algún día arrastrados a mis pies como quien sois, como una miserable...

—Basta — interrumpió la princesa impetuosamente.

—Pensad, señora, que no podéis mandarme, porque si no os obedezco no os valdrán las amenazas; pero que, como os he dicho, la más terrible de todas es la muerte, la escucho con indiferencia.

—¿Queréis añadir nuevas piltrafas a las que ya tenéis hechas?

—Quiero que os lleguéis a convencer de que no podéis por ningún medio verme humillada ante vuestro amor propio está herido porque hubo una día en que luchamos y fuisteis vencida.

—Ahora os toca a vos—dijo la princesa, cuyo semblante se dilató—; empiezo a recibir la satisfacción que apetecía; en el primer encuentro de nuestra guerra habéis sido vencida.

—Ego—repuso la doncella, como si tuviese entera confianza de escapar muy pronto de su prisión—esto es un golpe muy pasajero, es... es como si uno de dos que combatesen recibiese una herida de poca consideración al principio de la pelea, no se le podría declarar por esto vencido; al contrario, aquella sangre excitara su valor, y...

—Déjais, doña Blanca—interrumpió la princesa.

—Tal vez.

—¿Y si yo dispongo ahora mismo de vuestra vida, llamaréis pasajero al golpe, lo compararéis con la herida leve que al principio de la pelea recibe el combatiente que luego ha de vencer?

—Si yo hubiera de venceros asesinando, hace mucho tiempo que seriais la victima, porque en ese año que os he tenido a mi lado, sin que vos sospechaseis quién yo era, me han sobrado ocasiones en que poder clavaros un puñal; pero no es en la victoria que vos ni yo deseamos, sino la del amor propio, porque somos mujeres, y a nuestros ojos satisface más la humillación que la sangre.

—Pero cuando no queda otro recurso.

—No me asesinaréis—dijo Blanca, sonriendo.

—Vos misma pronunciaréis la sentencia.

—Ya lo veis, princesa ilustre, hay condiciones de por medio, según indican vuestras palabras, y esto quiere decir que no es asunto decidido el quitaros la vida.

Doña Ana se mordió los labios con desdicho por la torpeza que acababa de cometer, y la doncella se sonrió.

—Estáis equivocada—replicó la viuda.

—No os he comprendido; perdonad mi torpeza—dijo Blanca con la estudiada finura que hubiera

podido usar seis años antes cuando alternaba en el teatro de la corte.

—Vuestra vida—repuso doña Ana—está en el poder y ya conocéis que sólo puedo perderla; ¡trueque de algo que me importe mucho.

La doncella se sonrió burlonamente.

—Gracias—dijo—porque os dignáis entrar en tratos y estipular condiciones con quien es tan inferior a vos y os ha ofendido... En verdad que no hay razón para que digan que sois orgullosa.

—Doña Blanca — replicó la viuda con seriedad—, tened entendido que vuestra imprudencia...

—Mi orgullo diréis—interrumpió Blanca.

—¡Vuestro orgullo cuando estáis frente a mí!

—Y tanto, señora, que no me digno estipular con vos condiciones de ninguna especie, aun cuando no me importe la vida.

Doña Ana palideció y, levantándose, dijo con altanería:

—Basta: os haré saber vuestra sentencia y el único medio que tenéis de alcanzar mi compasión.

—Cuidaos de que yo no tenga que otorgaros la mía.

—Si para mañana no me habéis dicho cómo puede encontrarse a vuestro antiguo paje...

—¡Silencio!—interrumpió Blanca con el acento imponente de una reina, y dando a su semblante una expresión de terrible enojo—. ¡Silencio, miserable!

—¡Oh! — exclamó doña Ana, cuyas pupilas chispearon como dos carbones encendidos—. ¡Tened la lengua!...

—Todo os lo había perdonado, porque soy generosa: pero esta ofensa no la olvidaré.

—¡Me amenazáis, cuando una palabra mía basta para concluir con vuestra existencia!

—¿Y qué me importa, con tal que me veáis morir tranquila y despreciándoos? No os canséis en vano; todo vuestro poder y vuestra maldad son poco para hacer que me humille ante vos. Esto queréis más que mi vida; pero, ¡cuánto os engaña el deseo de vuestro amor propio! No podéis olvidar que os vencimos, y para aplacar la rabia de vuestra vanidad por nosotros despreciada, pisoteada, me

mis la vida de Luis, porque le tenéis miedo, y mis satisfacciones para satisfacer vuestro orgullo; pero no conseguiréis ni lo uno ni lo otro; sólo podréis contentaros si os contenta verme sin vida a vuestras pies; entonces mi cuerpo estará en tierra, de rodillas o como más os plazca, pero será la materia en vida, no el espíritu que ahora me alienta. Es la guerra una guerra de orgullo, y el mío no podréis vencerlo; una guerra de fuerza, valor y astucia contra la, y también quedaréis vencidos. Ruin sois, y como ruin me juzgáis: esta ofensa, os repito, no os la perdonaré; quitadme la vida, quitádmela, porque si no, habréis de convenceros algún día de que yo y vuestros amantes no valéis tanto como nosotros.

Enchó doña Ana este discurso con aparente calma; pero su espíritu estaba en extremo agitado y su corazón palpitaba con tanta violencia, que muchas veces tuvo que oprimirse el pecho para evitar sus latidos. El más rabioso coraje ahogaba en garganta, y sin poder hablar apenas, dijo:

—Ya sabéis vuestra sentencia... ¡Yo misma os arrancaré el corazón!

Y salió precipitadamente.

Blanca se dejó caer en un sillón; ardía la sangre y también su corazón, en extremo agitado, parecía querer saltarse del pecho. Mucho había sufrido, pero mayores quizá habían sido los tormentos experimentados por la princesa al ver que se podía doblegar el orgullo de su enemiga.

Sin embargo, consolábase algún tanto la ilustre dama al pensar que el señor Antonio habría logrado hacerse dueño de alguna corte del paje, y que por este medio podría, siquiera a medias, alcanzar su victoria.

—Aunque en tal caso—murmuraba la princesa al sentarse en el diván donde la vimos una hora antes—, en tal caso, esa insensata niña se arrastrará a mis pies para pedirme la vida de su antiguo paje, y hará por libertarle a él, lo que jamás hubiese hecho ni aun por ella misma.

En seguir doña Ana sus consoladoras reflexiones cuando le anunciaron la llegada del señor Antonio de Alarcá.

—Que pase al momento—dijo doña Ana a su doncella favorita.

Ella salió para obedecer: pero iba algo trista contra su costumbre.

¿Que le había sucedido?

Sin duda empezaba a convenverse de que no eran pocas intrigas de corte, sino criminales lo que entre manos tenía su señora y su amante, y aunque Inés era traviesa y con las travessuras pensaba hacer su fortuna, no por eso quería ser instrumento de iniquidades que no estaban en armonía con su buena índole.

Cuando era en extremo curiosa, porque la curiosidad es achaque de los que tienen por obra la desconfianza, Inés la comina, sin poder resistir a las tentaciones de su curiosidad, había escuchado la conversación que su señora acababa de tener con Blanca, como en otras ocasiones las veídas con Antonio Pérez, y reuniendo datos dedujo que eran negocios muy serios los que se agitaban, y que antes de mezclarse en ellos debía meditarlo sobre lo que más convenía.

Por eso iba pensativa y aun algo triste la que de puro alegre comenzó solo a su profesión al pomero de su estado.

CAPÍTULO XXXVI

De cómo el señor Antonio procuró aumentar el precio en que tasó la carta de doña María

El bidalgo entró haciendo profundas reverencias.

En sus labios vagaba su sempiterna sonrisa medio estúpida, medio maliciosa, y sus ojos azules brillaban con alegría.

—Me tenéis llena de impaciencia—le dijo doña Ana—. Bien pudisteis haberlos adelantado, y de este modo hubieseis podido darme explicaciones

—Así lo hubiera hecho, señora—le contestó el señor Antonio—; pero era imposible. Ya sé que si bien tuvo un éxito feliz.

—Supongo—interrumpió la princesa—que traxo alguna carta del paje.

—Ninguna.

—¿Ninguna!... ¿Qué habéis hecho de ellas?

—Como no han llegado a mis manos...

—Sois incomprensible — replicó la viuda con voz de mal humor.

—Bien claro me explico, señora. Sobre todo, no se impacienta.

—¿A qué habéis ido a Burgos?

—A traer a doña Blanca, y así lo he hecho sin dar escándalos y de manera que ella misma salió voluntariamente del convento. En cuanto a las cartas, ninguna ha llegado hasta el momento en que doña Blanca iba a partir, y esa se le entregó, o, mejor dicho, dejó la abadesa que se la arrebatase a ella.

—¿A pesar de la orden del rey!—exclamó doña Ana.

—A pesar de todo.

—¿Y qué hicisteis vos entonces?

—Nada, porque ya no tenía remedio el mal, y porque la superiora se acordó del papel que representa en el convento y hasta llegó a nombrar el "in paco". Ya sabéis lo que es el "in paco".

—¿Habéis tenido miedo!—replicó despreciativamente la princesa.

—No era asunto de valor, sino de astucia.

—Bien, y en suma...

—La tenéis en vuestro poder, sin que nadie pueda sospecharlo.

—Pero, ¿con qué he de justificar mi proceder en una carta del paje?

—Primeramente — repuso con calma el hidalgo—, no es preciso que digáis a nadie que la tenéis encerrada, y así no tendréis tampoco que justificaros de cosa alguna.

—Es asunto de muchos, y, al fin, llegará a saberse...

—Para todo hay remedio—contestó el señor Antonio a la vez que daba vueltas a su raída gorra.

—Dejad vuestra maldita calma y explicad de una vez — replicó doña Ana con impaciencia. ¿Queréis dinero también por hablar?

—Dinero... no es eso... aunque diereis me lo costado.

—¿Acabaréis?...

—Voy a explicarme...

—Decid cuanto vale esa explicación y os pagaré adelantado; así concluiremos de una vez.

—Es que tengo un documento.

Los ojos de la dama se abrieron extremadamente y se inclinó hacia el hidalgo.

—¿Un documento! — exclamó.

—Precioso, de un valor inestimable, un documento que es la suerte de varias personas.

—Dádmelo — interrumpió doña Ana.

—Primero habré de explicaros...

—Sed breve, pocas palabras, muy pocas...

—Ya sabéis o debéis saber que don Juan de Austria tuvo una hija en doña María de Mendoza, y que esa hija está destinada al claustró.

—A pesar de que se oponen sus padres.

—Pues bien, como la oposición de nada ha servido, la madre ha ideado un medio, el mejor del mundo, para evitar que su hija profese.

—Proseguid, proseguid, que me interesa mucho ese negocio — dijo la princesa poniendo toda su atención en las palabras del hidalgo.

—El medio es pedir que en lugar de otro convento sea el de las Huelgas el destinado a la hija de don Juan — prosiguió el señor Antonio.

—¿Y luego?

—Como doña María y doña Blanca son amigas desde la niñez, puestas de acuerdo...

—Lo comprendo todo; pero, decídmelo, ¿cómo habéis podido saber que se tramaba esa intriga?

—Por una carta de doña María dirigida a doña Blanca.

—¿Y tenéis esa carta?

—Es el documento de que os he hablado.

—Dádmela, vendédmela, decid cuanto vale — preguntó la dama, en cuyo rostro se pintó una diabólica alegría.

—La carta... señora—dijo titubeando el hidalgo—, la carta...

—Tenéis un alma muy mezquina—interrumpió doña Ana—. ¿Pensáis que la quiero de balde?

—Es que he tenido que hacer un sacrificio...

—¿De cuánto?

—No os podré decir de pronto, porque...

—¡Acabad!—gritó más bien que dijo la princesa.

—Bien puede calcularse en sesenta ducados...

—Contad con sesenta, con ciento; pero dadme a verla.

Los ojos del señor Antonio brillaron como las estrellas, y sus manos, agitadas por el contento de su codicia, sacaron la carta del bolsillo.

—Gracias, señora—dijo al entregar el papel a doña Ana—. Vuestra generosidad...

La viuda cogió la carta con la velocidad del que coge un arma para defenderse al ver en peligro su vida y, desdoblándola, leyóla con rapidez.

Un grito de alegría se escapó de su boca, y por algunos momentos la emoción no la dejó hablar.

El hidalgo, entre tanto, se arrepentía de no haber puesto un precio más subido a la carta, porque vio que la princesa hubiese dado cuanto se la hubiese pedido. Sin embargo, cien ducados era una suma respetable.

—¡Ah!—dijo doña Ana—. Si hubierais traído también una carta del paje, mi triunfo sería completo.

—¿No tenéis en vuestro poder a doña Blanca? Ella os dirá dónde se encuentra el diablo.

—Sois tan necio en algunas ocasiones, como en otras.

—Puede ser—contestó sin alterarse el señor Antonio.

—¿Pensáis que me dirá dónde está su paje? No le conocéis, ignoráis que es incapaz de perderle a él por salvarse ella, no sabéis que antes moriría, antes todos los tormentos imaginables.

—Porque la conozco más que vos...

—Os equivocáis.

—¿Queréis tomar mi consejo?

—Sí, con tal que me dé ese resultado.

—Pues bien; vos, dentro de algunos días, pedís arrepentiros de lo que habéis hecho sufriendo justamente a esa infeliz mujer; vuestra conciencia pueda haber despertado, y, después de pedir perdón de rodillas, arrastrándoos por el suelo, le dais libertad y empezáis a hacer por ella como puede hacer, no una amiga, sino una madre.

—No prosigáis—interrumpió doña Ana haciendo un gesto que demostraba la imposibilidad de hacer semejante papel—. Os comprendo perfectamente, y no niego que así conseguiría mi deseo: pero humillarme, pedirle perdón... ¡Oh! No prosigáis.

—¿Qué os importa humillaros, si vuestra humillación os serviría luego para escarnecer su codicia, para humillarla a ella?

—Ni un momento: ni un solo momento regrele; antes perderlo todo, hasta la vida.

—Veo—repuso el hidalgo—que seguís un mal camino...

Y a replicar la dama, cuando Inés entró, y diciéndole algunas palabras al oído, volvió a salir sonriendo.

La princesa se levantó.

—Mi mayordomo—dijo—os entregará cien ducados.

Luego salió, y atravesando otros dos aposentos, entró en uno amueblado ricamente y ahumbrado por dos grandes lámparas de plasma.

Allí, sentado en un cómodo sillón con forro de terciopelo encarnado, estaba Felipe II.

Un segundo bastó a la dama para componer su semblante, haciéndole aparecer tranquilo.

El monarca sonrió, aunque muy levemente al ver a doña Ana, y le besó, entre cariñosa y ceremoniosamente, una de las manos.

—Grata sorpresa—dijo la dama—. Y para que veáis hasta qué punto somos caprichosas las mujeres, más me complace esta visita a una hora en que no os esperaba, que si hubieseis venido a la de costumbre.

—¿De manera—dijo el monarca—que he conseguido mi intento de procuraros una alegría?

—Completa, señor, y en este instante soy más

—Ayuso la princesa a la vez que fijaba en el rey
ya de sus miradas irresistibles.

—Sentaos, doña Ana, y hablemos.

—Sin duda vais a reconvenirme porque he to-
mado la desgracia de ser torpe en elegir para el
suegro del paje al hidalgo raquítico.

—No a preguntaros no más... Pero sentaos.

—No lo haré si estáis enojado.

—Es imposible enojarse con vos.

Sentóse la princesa, y el monarca siguió di-
ciéndole:

—¿Habéis tenido alguna noticia?

—Dejad—respondió la dama haciendo un mo-
vimiento de coquetería—, dejad que me vengue de
vos no contestándoos hasta que me hayáis conges-
tado a otra pregunta que os quiero hacer.

—Permiso tendéis para tomar la venganza—dijo
Felipe II aproximándose a la princesa.

—Pues bien: desao que me digáis la verdad del
estado en que se encuentra el negocio tocante a la
liga de nuestro hermano y de doña María de Men-
dana.

—¿Os importa mucho?

—Muchísimo.

—Extraño es que no lo sepáis, cuando es asun-
to del que se ocupa toda la corte.

—Se que se había determinado llevarla a un
convento.

—Pues eso es todo.

—¿Pero cuándo y dónde?

—Pense que la instruyesen en Santo Domingo y
se fuego parase a las Benedictinas de Burgos;
pero ella ha pedido encarecidamente el ir, desde
luego, a las Huelgas, y como esto nada importa, lo
he concedido, y dentro de tres o cuatro días sal-
drá de Madrid.

—¿Conque, según pensáis, nada importa que
vaya al uno o al otro convento?

—Nada, a mi parecer—dijo el monarca, miran-
do con extrañeza a la viuda.

—Me explicaré, señor.

—Bien haréis porque no os comprendo.

—No deis importancia a mis palabras, porque
se trata de una cosa muy sencilla.

—Sepamos.

—La suerte de esa niña me interesa...

—Sentiré—interrumpió el monarca—que me páis el que revoque mi determinación, porque es asunto muy trascendental.

—No es eso, señor; solamente deseo que en su nueva vida lo pase todo lo mejor que sea posible.

—¿Y qué queréis?

—Muy poco; daros una carta de recomendación para que la entreguéis a doña María, cuya carta decidirá indudablemente de la suerte de esa niña.

—¿Una carta!

—Sí, señor... Aquí la tenéis... Tomad y leedla.

Felipe II tomó el papel, desdobló con indiferencia y leyó; pero apenas se hubo enterado del principio y visto la firma, palideció su frente.

—¿Qué significa esto?—dijo a la vez que se acentuaba su adusto semblante.

—Ya lo veis—contestó con calma la princesa.

—¡Es una trama indigna!

—Que ha descubierto la torpeza del riquísimo hidalgo—repuso la dama, sonriendo con aire de triunfo.

—¡Oh, sentirán el peso de mi enojo!—exclamó el rey estrujando entre sus manos el papel.

—Ya veis, señor, que los más torpes saben cuidar de lo que os importa.

—Perdonad, doña Ana—interrumpió Felipe II con tono algo más dulce—. Estáis vengada, y de manera que aun tengo que agradeceros mucho.

—He cumplido con mi deber.

—Yo cumpliré con el mío antes de que venga el día de mañana.

—Ya sabéis, señor, que no me agrada que mis en extremo severo.

—¿He de permitir que se lleve la intriga hasta el claustro y que a esa inocente niña se la encade tan pronto a mentir?

—Evitadlo, sí; pero nada más, y es suficiente castigo.

—Así será, ya que en ello os empeñáis, pero...

—Sólo con ese objeto os he dado la carta.

—Pero, decidme, ¿y qué es de doña Blanca?

—¿Tenéis confianza en mí?

—¿No me preguntáis?

—Pues bien, dejadme obrar en este asunto, pero a condición de que no habéis de hacer caso de nada de lo que os digan.

—¡Mirad que es asunto de Estado.

—Lo sé.

—Esperaré en cuanto a doña Blanca, y con respecto a doña María, esta misma noche.

—Pero entre tanto—replicó la princesa—, olvidad vuestro os cause enojo, y dedicadme algunos momentos de vuestra atención.

—Los que paso a vuestro lado—repuso con ternura Felipe—, son los únicos que tengo de sosiego y felicidad. En este instante no soy rey, soy un hombre dichoso que no tiene cuidados, que se olvida del mundo, y sólo ve vuestros encantos, sólo vive en vuestro amor.

—¡Ah, señor! — murmuró lánguidamente la princesa, cuyos ojos brillaron.

Y su semblante tomó una expresión tan seductora, y movió sus hombros tan provocativamente, que el monarca se estremeció.

CAPITULO XXXVII

Un antiguo conocido

Mientras tenía lugar la escena que acabamos de relatar, el señor Antonio dirigió algunas frases de ternura a la traviesa Inés, y salió de la casa diciendo para sí:

Ha llegado el momento de empezar a cumplir el otro deber, el otro compromiso, que no puedo ni quiero eludir. No me producirá tanto dinero, porque un fraile no es tan generoso como una dama ilustre y rica; pero en cambio encontraré otras ventajas de muchísimo interés.

Si el lector tiene buena memoria, debe recordar que el señor Antonio de Mena representó muy hábilmente un doble papel en la primera parte de esta historia, pues al mismo tiempo que servía a

dona Ana, estaba de acuerdo con el cardinal Espínosa, y obedecía ante todo las órdenes de éste.

No le daba dinero el cardinal; pero en cambio se hacía el olvidadizo en cuanto a ciertos pecados que había cometido el señor Antonio, y por los cuales tenía derecho, no a la protección del cardinal, sino a que le dieran aposento gratis en las calabozas de la Inquisición, y le hicieran pasar algún rato en el tormento, acabando su vida en un auto de fe, o viéndose obligado a llevar siempre un sambenito.

No faltaba persona que hubiese heredado esos secretos, y aun otros, del cardinal Espínosa, y de ellos había uno, al bien mostrándose algo más generoso en cuanto al bolsillo.

Pronto vamos a ver la persona a quien acabamos de aludir, y que es uno de nuestros antiguos conocidos.

Dirigiendo a todos miradas recelosas, llegó el señor Antonio a la plaza del Arrabal, entró en la calle de Atocha, y, al fin, se detuvo frente al convento de Santo Tomás, cuyo templo ha sido destruido, por haber quedado ruinoso después de un incendio y de una reedificación tan costosa como inútil.

Bajo la bóveda de este edificio resonó en otro tiempo el terrible "Exurgi Domini", entonado por la comunidad cuando salía para asistir a un auto de fe, y en nuestra época han resonado los himnos a la libertad cantados por los milicianos nacionales que se acuartelaban allí.

El hidalgo se acercó a la portería y llamó.

Pocos momentos después se abrió el ventanillo, y preguntó una voz soñolienta:

—¿Quién es?

—Tengo necesidad de ver ahora mismo al padre Bernardo—respondió el señor Antonio.

—Mala hora es ésta, hermano.

—Sin embargo, le diréis que está aquí la persona a quien espera.

—¿De veras os aguarda el reverendo padre Bernardo?

—Sí.

—Supongo que está durmiendo.

—Pues lo despertaréis, so pena de que mañana
a conveniencia muy duramente.

—Las reglas de comunidad...

—Las conozco.

—Entonces...

—Pues reglas nada tienen que ver con el padre
Bernardo, que en su calidad de inquisidor...

—Entiendo.

—Bajo vuestra responsabilidad, haced lo que
mejor os parezca.

—Esperad.

Cerróse el ventanillo.

Transcurrieron cinco minutos.

Rechinó una llave al girar en la cerradura y la
puerta se abrió.

El señor Antonio entró, encontrándose con el
señor portero, que le dijo:

—Seguígame.

—¿Donde fray Bernardo?

—Estudiaba, porque tiene licencia del superior
para acostarse a la hora que bien le parezca.

Atravesaron el claustro, subieron una ancha es-
cala, siguieron después por otras galerías y pa-
sillos y se detuvieron al fin a la puerta de una
celda.

—Ahí lo tenéis—dijo el lago.

Y se abrió, en tanto que el señor Antonio en-
traba en la celda y se encontraba frente a frente
con el padre Bernardo, es decir, con el astuto do-
minicano a quien no habrá olvidado el lector.

En nada había cambiado el fraile, que parecía
ser la misma edad que la última vez que lo
vió.

Encontrábase sentado junto a la mesa, donde
había libros y papeles.

—Reverendo padre—dijo humildemente el se-
ñor Antonio,

—Dios os bendiga—respondió el fraile.

Y se volvió fijó su escudriñadora mirada en el
visitante y añadió:

—Sentaos y hablad, que de mucha importancia
deben ser las noticias que me traéis cuando a es-
ta hora venís.

—He llegado a Madrid al oscurecer;

—¿Ha sido feliz vuestro viaje?

—Me ha protegido Dios.

—Mil veces bendito su santo nombre.

—Amén.

Como vamos viendo, trataban de hipócrita a hipócrita, pues ninguno de los dos quería quitarse la máscara aunque cada cual estaba convencido de que el otro era un miserable.

—¿Habéis venido solo? — preguntó fray Bernardo.

—Solo he venido, porque antes llegó la otra persona.

—Eso significa...

—Que he conseguido cuanto deseaba.

—Explicaos—repuso el dominico, a quien parecía empezar a interesarle la conversación.

—Llegué a Burgos y me entendí muy bien con la respetable abadesa, que es una santa, y se horrorizó al saber que se trataba de un hereje.

—Muy bien.

—Me prometió guardar la primera carta que llegase; pero pasaban los días, las cartas no llegaban, impacientábase la ilustre princesa, y decidí dar el golpe.

—La vehemencia de las mujeres echó a perder todos los negocios.

—Algo se ha ganado, revendo padre.

—No todo lo que era posible.

—Otra vez fui al convento, me encontré que acababa de llegar una carta; pero no era del papa sino de doña María de Mendoza.

—¿Y qué tiene que ver con este asunto la hija de don Diego?

—Supongo que conocéis los criminales amores de doña María...

—Sí, ya sé que tuvo una hija con don Juan de Austria.

—Pues bien, la carta que vais a leer os dirá lo demás, así como a mí me hizo comprender que la situación era difícil, y que había necesidad de adoptar muy pronto una resolución.

—Dadme la carta.

—Tomad—dijo el hidalgo, sacando un papel—no precisamente la carta original, porque ya la he

no la princesa, sino una copia exacta, que para el caso es lo mismo.

—Si es igual.

El fraile tomó el papel, lo leyó, lo devolvió al señor Antonio y le dijo:

—¿Cuánto os ha valido la carta?

—Con escrudos, que mañana me entregará el marqués de la princesa.

—Es buena cantidad.

—Fingí que me interesaba mucho la suerte de doña Blanca, y hablé de la necesidad de prenderla lo cual horrorizó a la superiora. Entonces le ofrecí protección, aun faltando a mi deber, y puse a su disposición dos hombres y tres caballos para que los ofreciese a doña Blanca y ésta pudiese salir sin perder un instante.

—Adiós lo demás.

—En poder de doña Ana de Mendoza está la noche de ella.

—Reconozco que habéis manejado esta intriga muy hábilmente.

—Ha servido bien a la ilustre dama: pero...

—A mí no me habéis olvidado, ya lo veo.

—Ahora espero vuestras órdenes.

—Supongo que el antiguo paje llegará muy pronto a Madrid.

—Así lo creo yo también.

—Esperemos a la mira.

—De todo lo sucedido se deduce que la más íntima amistad une a doña Blanca con doña María.

—Y que la primera buscará amparo en la segunda.

—Como no conozco con seguridad vuestros planes...

—Ningún plan tengo, ni me mueve ningún interés en favor de los unos ni de los otros; pero por razones que no son del caso, y para cumplir algunos deberes, tengo necesidad de estar al corriente de todo.

—No soy curioso, y...

—Os daré un buen consejo.

—Lo escucharé respetuosamente y lo pondré en práctica sin vacilar, porque tengo ciega fe en vuestro talento.

—Me parece bien que procuréis rehacer vuestra fortuna; pero tened mucho cuidado, sed muy prudente y no deis rienda suelta a los impulsos de vuestra codicia.

—Reverendo padre...

—Es posible que por ganar algunos ~~cosas~~ más lleguéis a perder todo lo ganado.

—Me dominaré.

—Hasta hoy todo va bien.

—No puedo quejarme de la fortuna.

—Cada peso que dais es un triunfo.

—Ciertamente.

—¿Y sabéis en qué consiste?

—Dios ha querido protegerme...

—Esas palabras son impías.

—Mi intención...

—Dios no se ocupa en ser protector de los intrigantes, ni mucho menos en premiar la avaricia que es un pecado mortal.

—Perdón.

—Si triunfáis, si para todo concentráis todo el camino, es porque todavía no está en Madrid el antiguo paje; pero cuando tengáis que luchar con él la situación cambiará y veréis cómo la fortuna os vuelve la espalda.

—Me haréis temblar.

—Mucho cuidado, hijo, mucho cuidado, porque es posible que terminéis vuestra gloriosa carrera en la punta de la espada del capitán Pero Lajo.

—No olvidaré vuestra advertencia.

—Dejadme ya.

El señor Antonio besó respetuosa y humildemente la diestra de fray Bernardo, y salió diciendo para sí:

—Tiene razón, y me horroriza la sola idea de luchar con el maldito paje, a quien muy pronto tendremos en Madrid; pero en cuanto a mi codicia, no veo el peligro, pues lo infierno ha de satisfacerme tomando poco que mucho dinero de esta Ana de Mendoza.

Saló del convento, se alejó rápidamente y desapareció entre las tinieblas.

CAPÍTULO XXXVII

De cómo el marqués de Poza se desesperó como un loco y lloró como un niño

Quince días habían transcurrido, y la hija de don Juan fué llevada al convento de Santo Domingo a despecho de las súplicas de su madre. Ignoraba ésta cómo su carta había ido a manos del rey, y para saber si se la habían robado a Blanca, escribía secretamente; pero la contestación que vino fué que la doncella no estaba ya en el convento.

Mientras Boga la ocasión de que volvamos a ver a la bellísima Ana, iremos a las Huelgas en busca de nuestros antiguos conocidos.

Eran las once de la mañana, y por el mismo camino donde vimos alejarse a don Juan de Austria y al marqués mientras que Blanca los contemplaba, asomaron dos hombres a caballo, el uno detrás del otro. Los corceles iban cubiertos de espuma y galopaban con pesadez y a fuerza de ser espoleados por los jinetes, que en su aspecto demostraban no menos cansancio.

Apenas después de rodear un monesterillo, divisaron el convento, el que corría delante clavó con extraordinaria fuerza las espuelas en el vientre de su caballo, y gritó:

—¡Corre, corre, vuela!

El corcel hizo un esfuerzo y siguió a la carrera por algunos instantes; pero volviendo al galope con más fiereza, concluyó por un trote desigual y erró, mientras que abría sus anchas narices y aspiraba el aire con ardor. El jinete que iba detrás se sacó a su cabalgadura del pesado galope que llevaba, y con poca diferencia de tiempo llegaron ambos a la puerta del edificio.

Detendáronse allí y se apearon, teniendo el uno de ellos el estribo al otro y cayendo el caballo de éste apenas el que lo montaba puso pie en tierra.

—Espérame aquí — dijo el que parecía ser el amo.

—Van tres—murmuró el otro a la vez que miraba al pobre caballo reventado.

Los jinetes eran el marqués de Posa y su escudero Juan.

El primero entró en la portería, y acercándose al torno, llamó.

Pronto fué contestado por la gangosa voz de la tornera, que le preguntó lo que se le ofrecía.

—Deseo ver a una señora que se encuentra en este convento—dijo el marqués—, y que se llama...

—No hay aquí ninguna señora—le interrumpió la tornera—: sin duda venís equivocado.

—¿Habrá profetado?—murmuró el marqués, cuyo rostro palideció.

—¿Qué decís?

—Que no vengo equivocado: que existe en este convento una dama...

—Ninguna, os repito. Aquí estuvo la señora princesa de Eboil.

—Es otra.

—También hubo una cuyo nombre ignora...

—Esa debe ser... rubia, de ojos negros.

—Nunca he vi el rostro...

—¿Pero decís que ya no está?—repuso el de Posa con tono de impaciencia.

—Hoy justamente hacen los quince días que se fué...

—¿A dónde? — interrumpió atenciosamente el marqués.

—Lo ignora.

—Deberá saberlo la abadesa.

—Lo ignora también.

—Necesito hablarle.

—¿No os he dicho que ya no está en el convento?

—A la superiora es a quien quiero ver, y no me hagáis perder el tiempo, que el asunto que me trae urge mucho.

—Me diréis cuál es el objeto de vuestra visita.

—¿Que os importa?—replicó con mal humor el marqués—. Decid a la abadesa que un caballero

podría hablarle para un negocio de mucha importancia.

—Preguntad antes si se le puede pasar ese recado—contestó la monja algo picada por el tono rudo del caballero—. ¿Así, sin más ni más, se entra en esta santa casa?

—Hermana — repuso el marqués haciendo un movimiento de impaciencia—, por Dios os suplico que no me detengáis, pues cada momento que me resta perder es un siglo de agonía.

—Decidme vuestro nombre.

—Mi nombre es Alonso de Burgos.

—No quiero negaros el favor que me pedís, aunque sin conocer el asunto de que se trata, me está prohibido anunciar ninguna visita.

—Es cosa reservada.

—Siempre misterios desde que la dama tapada...

—Ya que os decidís—interrumpió el marqués—, a pasar el recado, hacedlo pronto, os lo ruego, y Dios os premiará, porque es una buena obra.

—Si de tal se trata, no me detengo...

—Gracias, hermana.

—¿Conque decís que os llamáis...?

—Alonso de Burgos.

—Esperad.

Cuando el de Poza se vió libre de la impertinente verbosidad de la turnera, púsose a pasear precipitadamente de un extremo a otro de la portada, como si no estuviese fatigado después de haber corrido casi sin descansar, desde Bruselas a Bayona.

La frente del marqués estaba contraída, su mirada era sombría y agitada su respiración.

¿Por qué había abandonado Blanca el convento? ¿Se habría borrado de su corazón el amor que en otro tiempo lo inflamaba, y una pasión nueva le habría hecho volver al mundo? ¿La encontraría a brazos de otro amante, y creería ver en él ya borrado una sombra no más que iba a robarle el dulce reposo a que se entregaba medida por sus nuevas ilusiones?

Todo esto, con los colores más vivos, se representaba en la imaginación ardiente del doncel, y sus ojos brillaban con extraño fuego mientras su

frente ardía y su corazón se agitaba con desigual latidos.

—¡Oh!—exclamó apretando los puños y rechinando los dientes con la rabia de los ciegos, ¿otro fuese dueño de su amor, castigaría su... No soy un insensato. ¿Por qué no ha de haberme olvidado después de seis años? ¿Con qué derecho podría yo pedirle cuentas de su proceder? Los muertos no deben exigir sino un recuerdo, y yo he existido para ella... ¡Pero aquella pasión tan ardiente que parecía inextinguible, sus juramentos! ¡Imposible, no puede haberme olvidado! No hay mucho que la vi tender sus brazos porque sin duda le pareció reconocer o encontró semejanza...; por tal vez se estremeció de horror.

Transcurrió largo rato; pero el marqués, a pesar de la prisa que tenía por ver a la abadesa, sumido en sus meditaciones, no sintió pasar el tiempo:

Al fin volvió la tornera, y dijo:

—Podéis entrar.

Estremecióse el de Poza y luego corrió precipitadamente a la puerta, que se abrió, dándole paso.

Guiado por una monja, llegó bien pronto a la celda de la abadesa.

—Caballero—le dijo ésta al verlo entrar,—sé quién sois, pero tan importante y urgente es han pintado el asunto que os trae...

—Muy importante — interrumpió el marqués cuya agitación se notaba a primera vista.

—Sentaos y reposad—le dijo la anciana—; y vece que estáis muy fatigado.

—Gracias, madre—contestó el de Poza, a la vez que se dejaba caer en un sillón.

—Ahora decidme...

—¿No está en este convento...?

—Ya sé por quién vais a preguntarme, según lo que me ha dicho la hermana tornera; pero hace quince días que doña Blanca no se encuentra aquí.

—¿Pero sabréis a dónde ha ido?

—Lo ignoro.

—Es imposible—dijo el marqués con tono de incredulidad.

—¿Pensáis que os engaño?

—Comprendo vuestra reserva, madre; pero tanto sepáis quién soy...

—Según me han dicho...

—Es un nombre supuesto y a vos puedo contar un secreto del que pende mi vida—repuso el marqués.

—Estáis muy agitado, palidecéis!

—¡Si supierais lo que aspiro en estos momentos!

—Explicaos, si tanta confianza os inspiró—dijo la anciana, interesándose, sin saber por qué, en la desgracia desconocida del marqués.

—¿Sabéis por qué doña Blanca vino aquí?

—Todo lo sé, caballero; nada me ocultó, y he estado juntas muchas veces.

—¿Habéis llorado?... ¡Infeliz!...—exclamó el marqués con acento del más profundo dolor—. Decid: ¿lloraba porque se veía tan injustamente perseguida y por los peligros que en Flandes corría su querido hijo?

—Secretos son esos que no puedo revelaros; pero os diré lo que, según vos ya sabéis, que era una desgraciada, que lloraba mucho, y que aun le quedaba más lo que le resta de vida, porque sus penas son de aquellos que no puede consolar la ayuda de un amigo... ¿Pero quién sois?

—¡Gracias, madre mía!—exclamó el marqués, con el entusiasmo de su loca alegría y a la vez que besaba las manos frías de la abuela—. ¡Ah!... no pueden remediarse sus desgracias, porque es el mayor pesar el de la muerte del hombre a quien quería tanto!... ¡Me habéis hecho feliz, madre!... ¡El cielo os bendiga!

La anciana miró al de Poza como queriendo afirmar si estaba éste en su juicio, y luego murmuró:

—¡Feliz porque no puede remediarse la desgracia de esa mujer que tanto parece interesaros!

—¡Sí, feliz, completamente feliz, porque no soy otro hombre!—repuso con exaltación el marqués.

—¿Pero quién sois?

—No os cause sorpresa la revelación que voy a hacer; creed lo que voy a deciros, aunque os

parezca un imposible, que yo os juro por el mismo Dios crucificado, por la salvación de mi alma, por todo lo más sagrado y respetable, que de mi boca no saldrán sino palabras de verdad.

La abadesa miró al marqués, cada vez más confusa, y no pudo articular una palabra.

—Yo soy, madre—prosiguió el caballero—, el marqués de Poza.

—¡Caballero! — interrumpió la anciana con imponente severidad—. ¿Cómo os atrevéis a traer en boca el nombre sacrosísimo de Dios para jurar falsamente? ¡Soy un impío!... ¡Alejaos!

—¡Oh! — exclamó el marqués, dejándose caer de rodillas y estrechando entre las suyas las manos temblorosas de la anciana, a pesar de la resistencia que ésta oponía—. Creedme, os lo he jurado, lo juraré cien veces por Dios, por su Madre Santa, por la mía, que ya mora en el sepulcro, por el reposo del alma de mi buen padre y de mi hermana, que murieron inocentes en una hoguera, por el amor de Blanca!... ¡Oh! ¡Creedme, madre, creedme!

Das lágrimas brotaron de los azules ojos del marqués, y era tan conmovedor su acento, tan ternas sus súplicas, que la abadesa empezó a dudar, por más que le pareciese imposible que un hombre resucitase después de seis años de haber muerto.

—¡Mirad!—prosiguió con arrebatado el marqués.

Y arrastrando de un tirón los botones de su chaleco de terciopelo verde, y desgarrando su fina camisa, dejó ver en su pecho una cicatriz.

—¡Mirad la herida que el puñal de un asesino abrió en mi pecho!... Creyóme muerto el mundo, pero me salvó la vida un hombre que me recogió, y ocultándome hicieron enterrar con mi nombre el cadáver de mi fiel escudero, cuyo rostro desfiguraron con algunas heridas. Después he estado loco, y como todo el mundo ignoraba mis amores, nadie pudo decir a Blanca que yo vivía. Diez meses hace que volví a mí juicio; busqué a Blanca y nadie supo decirme qué había sido de ella. Fui a Flándes en busca del paje, y ahora vuelvo. Ya os referiré todos los pormenores de esta triste historia, si así habéis de conveniros.

—¡Imposible, imposible!—murmuró la abadesa en extremo turbada y conmovida.

—¡Que me estáis matando! — exclamó el de Posa con acento de la más dolorosa desesperación.

—Levantaos, levantaos—dijo la anciana.

—No lo haré hasta que logre convenceros.

—¿Y aun cuando yo quede convencida, qué os interesaréis?

—Que no me ocultéis el paradero de Blanca, para que yo corra en su busca a llevarle la felicidad con mi amor.

—Os he dicho que lo ignoro y así es la verdad.

—No tenéis decírmelo.

—Vuelvo a repetiros que no sé dónde se encuentra y os lo juro.

—¿Me lo juráis?—dijo el marqués, cuya frente se contrajo.

—Sí—contestó la anciana.

El de Posa dejó escapar un grito de dolor y desesperación, y se puso en pie. La abadesa no podía mentir si afirmaba con un juramento sus palabras. Una mirada terrible se escapó de sus ojos, que brillaban como dos luciérnagas, y apretando los puños hasta hacerse sangre con las uñas, exclamó con acento de la más reconcentrada rabia:

—¡Maldita sea mi estrella!

—¿Qué pronuncia vuestro impuro labio?—dijo con espanto la abadesa.

—¿Mi desesperación diréis! ¿Por qué la desgracia me persegue tan tenazmente? ¿Hay justicia?

—¡Silencio, blasfemo!—interrumpió la superiora horrorizada—. ¡No manchéis con la impureza de vuestras palabras el sagrado de este lugar!

—¡Oh!... ¿Por qué me salvaron la vida? ¿Por qué recibí la razón para sufrir tan horribles tormentos? ¿Dónde está la desgracia que me persigue, dónde está, para que yo luche con ella frente a frente? ¡Oh! Yo quiero enemigos armados de un puñal y vencer o morir de una vez... ¡Doña Ana de Mendoza no bastará tu sangre a saciar la abrasadora sed de mi venganza! ¡Yo te arrancaré el corazón con mis propias manos, me gozaré en tu agonía y la prolongaré para atormentarte más!

¡Y te tuve tan cerca y te dejé! ¡Soy un miserable!

Era tal la agitación del marqués, tan furiosa sus miradas, y estaba su semblante tan descompuesto, que la anciana se sintió sobrecogida de un espanto horrible, y pensó llamar en su ayuda a la Comunidad.

—¡Calmaos!—dijo—. ¡Me causáis miedo!

Oprimiéndose el de Poza el desnudo pecho, y sus convulsas manos limpiaron el frío sudor que corría por su frente abrasada por la calentura. Luego, como si su exaltación hubiese acabado con todas sus fuerzas, dejóse caer en un sillón, y con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos cruzados, quedó inmóvil y silencioso. Su respiración era en extremo agitada, y oíase, en el interior de su pecho, un ronquido que hacía estremecer.

La abadesa no se atrevió a moverse ni a respirar, como si temiese provocar otra vez con sus palabras la loca desesperación del caballero.

Transcurrieron algunos minutos de un silencio que infundía terror.

—¡Infeliz!—murmuró al fin la anciana, de cuyos ojos brotó compasivo llanto.

—¡Lágrimas por mí!—dijo el marqués con acento débil—. ¡Gracias, madre mía; el cielo es bendiga!

—Tened esperanza en Dios—repuso la abadesa poseída de su cristiana fe y conmovida por sus caritativos sentimientos—. Bendecid vuestros dolores, que nada vale la virtud si no ha pasado por el crisol de la desgracia. Tened presente que la resignación es el único ruego que el Omnipotente escucha y atiende, y que la fe en la justicia divina todo lo alcanza.

—¡Consoladme, madre mía, consoladme!—dijo el marqués con la dulzura de un niño inocente y mientras que el llanto humedecía sus ojos—. He soy digno de la protección de Dios, he blasfemado poniendo en duda su justicia...; pero confieso un horrible pecado, me arrepiento con todo el dolor de mi corazón y me perdonará porque es misericordioso. ¡He sufrido tanto, madre mía!

—Ya llegará el término de vuestras desgracias; podéis resignación.

—¡Gracias por vuestros consuelos! ¡Dios os bendiga!

Hubo algunos momentos de silencio.

El de Poza levantó la cabeza, pasóse las manos por la frente, y dijo:

—He venido a turbar vuestro reposo; perdonadme.

—¿Os vais?

—Sí, madre.

—Reposad, estáis pálido y agitado.

—Me siento bien... Decidme, si no tenéis inconveniente, la razón por qué Blanca ha salido del convento.

—Está perseguida, y el rey dió orden de prenderla para ver si así averiguaba el paradero de ese paje que tanto da que hacer.

—¿Prenderla!—repitió el de Poza, sintiendo renacer su energía—. ¿Y quién podrá tanto silencios y viva?

—Afortunadamente pudo escapar; pero temo que le haya sucedido alguna desgracia, porque en los quince días que hace ya que se fué, nada he sabido de ella, y es extraño que no me haya escrito. Dijo que iba a Madrid y que me daría noticias seguras... Nada más sé.

—Vuestra sospecha es fundada; le habrán tenido algún tiempo infame; todo se puede temer de doña Ana.

—¿Os será fácil encontrarla?

—Sólo puede favorecerme la casualidad.

—¿Conocéis a doña Ana de Mondragón?

El marqués se dió una palmada en la frente, y exclamó:

—¡Soy un estúpido!... No había pensado en doña María, a cuya amistad habrá acudido Blanca, en duda alguna; tal vez sepa su paradero... Al ir Blanca a Madrid, porque un día, una hora decidí tal vez la suerte de la desgraciada.

El caballero se levantó, y componiendo lo mejor que pudo sus vestidos, se dispuso a salir después de haber escuchado de la abadesa algunos

pormenores más sobre los últimos acontecimientos que tuvieran lugar en el convento.

Como el señor Antonio de Mena había entrado en la servidumbre del príncipe después que el marqués fué herido, no supo éste de quién se trataba, aunque se lo nombró la superiora; pero sospechó que todo lo sucedido debía ser obra de la prieta, y con los antecedentes que acababa de adquirir, pensó volver a la corte y seguir sus pesquisas.

Despidióse, pues, de la abadesa, que quedó convencida de que aquel era el marqués de Posa, y muy fatigado y con no muchas fuerzas, salió del convento.

—A caballo—dijo a Juan.

—¿En qué?—le contestó éste a la vez que empujaba un brazo hacia los dos corceles que ya habían muerto.

—Vamos en busca de nuevas cabalgaduras, y mientras nos las proporcionan, descansaremos.

Tres horas después, caballeros en dos corpulentos cuatragos, caminaban por el camino de Madrid amo y escudero, éste escuchándole y aquél refiriéndole todo lo que le había dicho la abadesa.

—Será milagro—contestó Juan—que no todo en este negocio el escudero desorejado, a quien tan buena burla hicimos, y a no andar equivocado en tales sospechas, le prometo que no será el último chasco que le dé el hijo de mi madre.

CAPÍTULO XXXIX

El diablo vuelve a la corte

Dos días después, y a tiempo que las campanas de las iglesias tocaban el rezo del Ave María, estaban en Madrid, por la puerta de Guadalupe, dos jinetes que por el abandono con que cabalgaban y el polvo que cubría sus vestidos, podía deducirse que habían hecho un largo viaje. Ambos, a pesar del calor que se dejaba sentir, procuraban cubrir el rostro bajo el embudo de sus anchas capas y

que y llevaban el sombrero calado hasta los ojos. Cuando hubieron dejado atrás un buen trecho de la calle Real de la Almudena, volvieron hacia la plaza del Arrabal, y atravesándola, se detuvieron junto a una casa grande, sobre cuya puerta, y con letras desiguales, de un color rojo subido, decía lo siguiente:

HOSTERIA DEL ITALIANO

Ayáronse los jinetes, y entrándose el más alto por la ancha puerta de la hostería, gritó:

—¡Ah de casa!

—¿Quién es?—dijo con voz chillona un hombre de pequeña estatura, grueso y de abultado vientre que bajaba por una estrecha escalera.

—Personas de calidad—le contestó el viajero—; pero no os hagáis por eso la ilusión de que nos dejemos engañar por vuestras uñas, pues ya hace años que conozco vuestras mafias... ¿Pero en qué pensáis, ¡voto al infierno!, que ya no habéis hecho venir a un criado que lleve a la cuadra vuestras cabalgaduras y les dé un buen pienso? ¡Ay, mace Macarroni, y qué torpe andáis para conservar el afecto de vuestros antiguos parroquianos!

El hostelero fijó una mirada escudriñadora en el recién llegado, que ya había bajado el embozo de su capa, y luego dijo:

—El señor Pero León!

—El señor demonio que os lleve—le interrumpió el capitán—. Si volvéis a pronunciar mi nombre, ¡vive Dios!... ¿Os llamo yo acaso por el vuestro?

—Perdonad—repuso maese—; pero como siempre habéis tenido la manía de decirme Macarroni en vez de Mancioni, no comprendí la idea; pero basta, señor... señor hidalgo, ya sabéis que soy di-

—Ya sé que tenéis miedo a mis puños... Pero, ¡puños y demonios que carguen con vuestra enorme barriga!...

—¿Qué se os ofrece?

—Esperáramos todo el día?

—¿Venís acompañado?

—Estáis ciego, señor panzudo?

—Perdonad—dijo el hostelero, acercándose a la

puerta y quitándose una gorra de lienzo blanco que cubría su calva y lustrosa cabeza.

Y luego hizo una profunda reverencia al otro viajero, el cual no necesitaremos decir que era el paje; puso otra vez la gorra, y echando al hombro el delantal blanco que le cubría desde el cuello hasta cerca de los pies y llevaba sujeto con una cinta a la mitad del cuerpo, añadió:

—Entrad, caballero, que ya cuidarán de vuestro hermoso potro... este debe llamarse...

—¡Satanás!—interrumpió secamente el paje.

—Dime con quién andas y te diré quién eres—murmuró por lo bajo maese Mancioni—. Digo compañero del capitán. Quiera Dios que algún día no se les suba la sangre a la cabeza.

—Que la sed me abraza, señor Macarroni—gritó el capitán.

El hostelero llamó a un mozo, y después de mandarle que diese buen pienso a los caballos, dijo:

—Estoy a vuestras órdenes.

—Una habitación.

—¿Vais a quedaros en mi casa?

—Sí, por vuestra dicha, y por eso pedimos el mejor de los aposentos, y si está ocupado, echaré a la calle a quien lo habite...

—Señor...

—¡Silencio!—interrumpió el capitán—. Haced lo que os digo si no queréis que os meta en el caderno donde gulsáis vuestros asquerosos macarrones.

—Vos conocéis la casa; os diré lo que tengo desalquilado.

—Queremos—repuso el señor Pero—los dos gabinetes que se comunican, y que tienen, el uno, ventana a la plaza, y el otro, al patio.

—Me alegro, señor, me alegro, porque está desocupado. Hay dos camas nuevecitas.

—Excusad la descripción y vamos allá.

Maese Mancioni pasó delante, y los tres subieron una estrecha y pendiente escalera. Luego atravesaron un pasillo y dejaron atrás un aposento cuadrado, y entraron en el que debían alojarse nuestros amigos.

En cada uno de los gabinetes había una cama

de papel, limpia y decente: una mesa y algunos sillas y un armario de pino.

—Aquí estaréis como unos príncipes — dijo el hostalero.

El jefe y el capitán se sentaron junto a la mesa del primer gabinete, que era el que daba a la calle.

—Traednos—dijo el señor Pero León—un par de botellas de legítimo y puro Arganda y un conejito con salsa de ajo.

—¿No queréis macarrones?

—Ya sabéis, maese panzudo, que los aborrezco, y lo mismo le sucede a mi amigo.

Algunos momentos después les sirvió el hostalero y cuando hubieron quedado solos, dijo Luis:

—Ahí no hace una hora que comíamos, y os veo dispuestos a repetir de buena gana.

—No penséis, señor Luis—dijo el capitán a la vez que llenaba un vaso—, que tengo apetito; si he pedido esto no ha sido más sino por ver si aun antes Macarroni guisaba tan bien como antes, porque de otro modo buscaríamos nuevo alojamiento, lo que prueba no más.

—Por eso os engulliréis por prueba ese conejo y vaciaréis las dos botellas...

—De todos modos hay que pagar su importe, y dejarlo sería cargo de conciencia.

—Me alegro que tengáis tan buen apetito.

—¿No me acompañáis?

—No, amigo, voy a quitarme el polvo que llevo encima, y a salir.

—¿Tan pronto?

—¿Os parece que debo perder un momento? Voy a ver a doña María de Mendoza para que me diga dónde está doña Blanca. ¡Cuánto deseo estreñarla entre mis brazos!

—A Dios gracias—repuso el capitán—, que os ve un poco animado; hace dos días que estáis decaído y os mostráis a todo tan indiferente, que la verdad, me llamaba la atención, y aun me tenía preocupado. Es verdad que siempre os he visto con esa calma, que tengo por aparente, y en pocas ocasiones os habéis dado prisa, aun tratándose de los más graves asuntos; pero hablaros del marqués y

de doña Blanca, cuya vida quizás peligró, y otros gerros de hombres, ha sido cosa que me ha dado mucho que pensar. Además, esperaba veros como vido, ya suspirando o maldiciendo al volver a entrar en Madrid, después de seis años, con tanto recuerdo... no se explicarme, pero yo bien me acuerdo, y lo que sí sé decir es que nunca creí veros atravesar las calles de la villa con esa cachama, sin mirar siquiera a vuestro alrededor, y como si hubieseis salido un cuarto de hora antes para dar un paseo.

—¡Si en esos momentos hubieseis podido ver lo que pasaba en mi interior!

—¡Bien está, amigo mío, pero no alcanzo a tanto!

—Cuando me veáis con esa indiferencia, esa calma que parece indicar que nada siento, recordad que mi espíritu está más que nunca agitado, y que al dejar la calma, debe ser espantoso el primer arranque de mi cólera.

La frente del mancebo se contrajo.

—¡Ah! — le replicó el capitán — esa arruga que se os forma entre las cejas es para mí una significativa. Dejemos esta conversación.

—Si, porque quiero marcharme.

—Advierto—repuso el soldado—que ese bote de maese Macarroni no ha traído nuestro equipaje. ¡Hola!—prosiguió gritando—. ¡Maese parraleta!

Y a la vez descargó una puñada sobre la mesa, que a no ser tan maciza se hubiese roto.

Maese Mancioni acudió jadeante de fatiga.

—¿Por qué alborotáis tanto?—preguntó.

—¿Os parece bien que nuestro equipaje esté rodando por la cendra?

—¿No os lo ha subido ese bestia de Antón?

—Excusada es la pregunta.

—Perdonad, le había mandado...

—Váenos, echaos al hombro la barriga para que no os estorbe al correr y traednos inmediatamente nuestro equipaje.

Salíó el hostelero tan aprisa como pudo, volviendo a poco con el ligero equipaje de nuestros amigos, consistente en dos sacos de cuero, perales con candado.

El paje se mudó sus vestidos, trocando su cofré de ante por uno de terciopelo azul con mangas de lo mismo, gregüescos de igual tela, acuchillados de negro y calzas grises, y despidiéndose del capitán, salió para ir a casa de doña María de Menéndez.

Había dicho bien el mancocho: su espíritu estaba en extremo agitado, y como nunca, predispuesto a que su aparente calma se trocase en un arrebatado de cólera. Temía que hubiese sucedido alguna catástrofe a Bianca y no podía estar tranquilo hasta que la viese.

—¿Y el marqués?—se preguntaba—. Tal vez en distancio le hayan dado a conocer el paradero de su rehén, y no será extraño que los encuentre juntos y felices... No hay que hacerse ilusiones, porque la realidad será luego más dolorosa si me acontece.

Con Egero pasó atravésó la calle de la Almudena y la de Santiago, y bajando el derrumbadero se hoy forma la calle de Santa Clara, encontrárase por último en la cuesta de Santo Domingo.

CAPITULO XL

Ave de mal agüero

Iba el paje muy preocupado, y no se cuidaba más que de recatar el semblante con el embozo de su capa; pero no fijaba su atención en los transeúntes.

Se corazón estaba oprimido.

Cuantos recuerdos dolorosos se habían agolpado a su mente al entrar en Madrid!

Pero faltó para que alguna vez el llanto se escapase de sus ojos.

Parecía que había soñado y sido presa de una horrible pesadilla durante los seis años que habían transcurrido desde que salió de la corte con el alma llena de amargura e impulsado por el vértigo de la desesperación.

No le quedaba en el mundo más afeción ni más consuelo que su querida señora, y si ésta hubiese muerto, la vida hubiera parecido insupportable a desgraciado mancocho.

De repente, y como si hubiese brotado de la tierra, un bulto se le puso delante, estorbándole el paso.

Levantó la cabeza Luis, miró, retrocedió como espantado y se escapó de su boca una exclamación que lo mismo podía ser de sorpresa, de miedo, que de ira.

Acababa de reconocer a fray Bernardo, el asuto dominico a quien no había podido olvidar, al único enemigo a quien consideraba temible.

Su semblante tenía la expresión de humildad evangélica y dulzura sin igual que lo caracterizaba.

Entrecabíase sus delgados labios para sonreír levemente.

—¿Qué os sucede? — preguntó con voz meliflua. — ¿Acaso creíais que ya estaba mi cuerpo en la sepultura y mi alma en la eternidad?

—¿Fray Bernardo! — murmuró Luis, que quizá por primera vez en su vida se sintió aturdido.

—El mismo — repuso el religioso con su inalterable calma.

—¡Oh!...

—¿Tenéis miedo?

—¡Viva Dios!

—¿Os desagrada encontrarme?

—No lo sé.

—¿Habéis olvidado que os prometí ser vuestro mejor amigo? ¿Qué teméis de quien pudo perderos y os dejó en paz? Recobrad la calma, que no he cambiado mis sentimientos respecto a vos.

—Pues bien — dijo el paje, que empezaba a desatardirse — aquí me tenéis.

—Después de seis años, ya sois hombre, y se pongo que conocéis bien al mundo y que no pensaréis lo mismo que antes.

—Os equivocáis.

—Pecar para vos. Sin embargo, abrigo la esperanza de que acabaremos por entendernos perfectamente.

—Padre, en estos momentos está mi vida en vuestras manos.

—Ya lo sé.

—Ante todo quiero saber...

—Soy vuestro amigo.

—Gracias.

—A menos que tuvieseis el raro capricho de hacerte algún mal, nada tenéis que temer de mí.

—Desconfiad.

—El mayor de los sacrificios haría el rey por moderaros de vos, y también tenéis algunas cuentas pendientes con el Santo Oficio, puesto que en fincas habéis estado con los herejes; pero en cuanto a la Inquisición, nada temáis, y en cuanto al rey, cuidad de no cometer ninguna imprudencia.

—Es decir, que, a pesar de que no acepto vuestra amistad...

—Soy vuestro amigo, y pruebas os estoy dando de que me interesa vuestra suerte.

—En otro tiempo me perseguisteis, fuisteis mi adversario más temible...

—Pero terminó aquella lucha.

—Sin embargo...

—Tal vez no soy bueno, pero tampoco estúpido, y no hago mal por el sólo placer de hacerlo, no he de tomarme la molestia de perseguiros para no conseguir otro resultado que el de veros sufrir. Ignoraba si habíais vuelto.

—Ahora no hace dos horas que llegué a Madrid.

—¿Y tenéis la seguridad de conocer bien vuestra situación?

—Creo que sí.

—Quiera Dios que no os equivoquéis.

Ente se estremeció.

Las palabras del fraile le parecieron el anuncio de nuevas desgracias.

El dominico añadió:

—Ya sé que doña Blanca abandonó el convento.

—¿Que lo sabéis!...

—Y sé también que el marqués de Posa no...

El monje fijó una mirada de asombro en fray...

Esta desplegó una sonrisa.

—Parece—continuó diciendo—que mis palabras os sorprenden.

—No puedo negarlo.

—¿No habéis visto a vuestra antigua señora?

—Sí—respondió Luis, queriendo con la intención averiguar si el dominico sabía tanto como debía saber.

—Eso no es verdad—replicó tranquilamente el fraile.

—Apenas llegué la vi.

—No.

—¿Por qué lo dudáis?

—Porque os encuentro en este sitio.

—¿Y qué prueba eso?

—Que ahora vais en busca de doña Blanca.

—¡Vive el cielo!

—¿Me equivoco?

—No.

—Podréis matarme, pero engañarme...

—Juro no intentarlo otra vez.

—Os colocáis en el buen camino.

—Es decir, que sabéis...

—Mucho, muchísimo más que vos.

—Entonces...

—Os lo diré cuando seáis mi amigo y mi aliado, cuando nuestros intereses sean comunes.

—Eso no sucederá.

—Tendré paciencia.

—Reverendo padre, debéis comprender mi anhelo por abrazar a mi desgraciada señora.

—Sí, lo comprendo.

—Perdonadme si no me detengo más, lo cual no significa ingratitud, pues siempre reconozco que os debo mucho.

—Me lo pagaréis, desgraciado.

—Doña Blanca me espera...

—Con más afán del que os imagináis.

—Vuestras palabras...

—No puedo deciros más.

Acentuaron los temores de Luis.

Empezó a creer que su señora había sido víctima de algún nuevo abuso; pero era inútil preguntar al fraile, porque éste no daría explicaciones.

unos truenos de la alianza que solicitaba con tanto empeño.

Reflexionó Luis, y creyó que no tenía necesidad de hacer ningún sacrificio, o lo que es igual, de ligar el suero a la del padre Bernardo, porque muy pronto podía saber lo que había sido de Blanco.

—Es posible—dijo el fraile después de algunos momentos—que pronto vayáis a buscarme para mostrar lo que ahora os ofrezco y no queréis aceptar.

—¿Veremos?

—Ya sabéis que mis predicciones son ciertas. Recordad que os anuncié que no sacaríais a don Carlos de su encierro por la chimenea.

—Olvide un detalle, es verdad; pero ahora...

—Temo que hayáis olvidado alguna circunstancia.

—¡Oh! Dejadme, porque acabaríais por ponerme de mal humor.

—Dios os bendiga—dijo fray Bernardo.

Y levantó la diestra, haciendo la señal de la cruz.

Siguió Luis calle arriba.

—¡Oh!—exclamó—. Mis esperanzas empiezan a desvanecerse. Este fraile representa ahora para mí un ave de mal agüero. ¿Que le ha sucedido a don Blanco? ¿Ha querido fray Bernardo decirme que no lo encontraré? ¿Qué circunstancia he podido olvidar? Sus predicciones me infunden terror.

El paje se detuvo como si efectivamente tuviese miedo de conocer la verdad.

—¡Vive el cielo!... Si empiezo así, muy mal acabará. Si ahora me viese el capitán se burlaría con estruendo. Quiero pronto la muerte o la vida, quiero salir de dudas.

Otra vez se puso en movimiento, avanzando con más rapidez que antes.

A los pocos minutos llegó a la casa del señor de Mezquita, entrando en el anchuroso zaguán.

CAPÍTULO XLI

El diablo se convenes de que es preciso
hacer diabluras

Ya sabemos que el fraile no se equivocaba, puesto que la infeliz doña Blanca encontrábase en poder de la princesa de Eboli.

En un instante debían desvanecerse las mismas esperanzas de Luis.

No se equivocaba al comparar al dominico con las aves de mal agüero.

La primera persona que había encontrado al llegar a Madrid era el padre Bernardo, circunstancia que debía considerarse como un mal antecedente, como un mal principio, que al menos supersticiosos le hiciera temer un mal fin.

—Quiero ver a doña María—dijo Luis al criado que se le presentó.

—Doña María no recibe a nadie—le contestó el sirviente.

—¿Está enferma?

—Un poco; pero aun cuando así no fuese, tiene dada orden terminante...

—No importa, decidle que un caballero que le trae noticias muy interesantes desea tener la honra de verla.

—¿Y vuestro nombre?

—No lo conoce, y, por consiguiente, es inútil que se lo digáis.

—Entonces...

—Haced lo que os digo, y si no, afortunadamente conozco la casa, y yo mismo me anunciaré.

Esto diciendo Luis, entróse con la confianza de que no teme que le estorben el paso.

—¡Caballero!—exclamó el criado sorprendido.

—Sois muy torpe, y ya debíais haber conocido que el asunto que me trae me abrirá todas las puertas. Anunciadme, pues, si no queréis incurrir en la desgracia de vuestra señora, y más aún en la de vuestro amo.—replicó el paje.

Con acento tal de convicción pronunció estas palabras el manco, que el sirviente empezó a dudar y concluyó por decidirse a pasar el recado.

—Decidle—añadió el paje—que vengo a hablarle de lo que más le interesa en el mundo.

Tan misericordioso recado hizo cavar a doña María algunos instantes, y sospechando si tendría razón alguna con su hija, mandó que entrase el desconocido.

Se reconoció la dama al paje, sin embargo de que le pareció que las facciones de éste las había visto alguna vez, y lo recibió con cierta frialdad y reserva.

—Señora, perdonadme—le dijo el manco—si no he dado mi nombre.

—No os conozco, y hubiera sido inútil... ¿Y a qué debo esta visita a que tanta importancia dais?

—Puedo hablaros sin temor de que no nos escuchéis—le preguntó Luis.

—Con el mayor desquite.

—Vengo a hablaros de vuestra hija.

—¿De mi hija! — exclamó doña María, cuyo semblante se animó súbitamente.

Y sin aguardar más explicaciones, rogó al manco que se sentase.

Hicelo éste así, y la dama prosiguió:

—Venís a hablarme de mi hija... ¿Pero quién sois?

—¿No me conocéis?

—Encuentro una semejanza, no sé con quién...

—Señora—repuso Luis sonriendo—, soy el diablo.

—¡Ah!...—interrumpió doña María—. Os reconozco, os reconozco... aunque vuestro rostro ha cambiado... ¿Y qué es de mi querida doña Blanca? ¿Por qué ha desaparecido del convento?

Esas preguntas dejaron como petrificado a Luis, que por algunos instantes no pudo articular una palabra. Su frente palideció a la vez que se cubría en frío sudor, y miró como con espanto a la dama.

—¿Qué tenéis?—le dijo ésta sorprendida de tan repentino cambio.

—¿Como doña Blanca está en poder de nues-

tros enemigos?—replicó el paje con acento apogado—. ¡Oh!... ¡Está perdida! ¡He llegado tarde.

—¿Qué decís?—repuso doña María en extraña turbada.

—Señora, en su última carta, que apenas para sels regiones, me decía que se vein precisada a salir del convento para huir de sus enemigos, ya viniese a socorrerla, y que vos me derais cual era su paradero, que tendría que ocultar a todo el mundo.

—¡Ahora lo comprendo todo!... ¡Ah!... Yo soy la causa inocente de esta nueva desgracia.

—Explicacs, señora, explicacs—dijo adelantándose el mancebo.

—Sin duda la persiguen porque interceptaron una carta mía en que le pedía su ayuda para evitar que mi hija llegase a tomar el hábito.

—¿Y os referiais a alguna suya?

—A ninguna, porque ella era ajena a semejante asunto.

—Entonces, ¿cómo podían hacerla responsable?

—Pero cuando se quiere perseguir a una persona...

—Tendís razón, doña María, cualquier pretexto es bastante para acusar a quien quiere hacer daño. Sin embargo, ella me decía que nuestros enemigos intrigaban y la perseguían, y no que la persiguiese la justicia con razón o sin ella. ¿Os acordáis de todas las palabras de vuestra carta?

—La podeis leer, porque la tengo; el rey, a quien la entregaron, me la entregó con mi padre, advirtiéndome que doña Blanca no era religiosa y se podía instruir convenientemente a mi hija.

—Entonces no se ha puesto presa a mi señora, no se la acusa por ese concepto, porque habíam guardado la carta como prueba. ¡Oh! Doña Blanca está en poder de la princesa de Enoil, me atreveré a jurarlo. ¿Cuándo le traía la felicidad?

—Desgraciadamente, se confirmarán vuestras sospechas, amigo mío.

El mancebo miró a todos lados como temeroso de que le oyesen, y replicó:

—Sabed, señora, que el marqués de Poma...

—¡Qué vive!—exclamó la dama a la vez que

era extraordinariamente los ojos—. ¡El marqués de Posa... vive!

—Si el amante de doña Blanca, el que fué asesinado...

—Pero...

—Y mi señora no lo sabe...

—¿Y dónde está?

—Debe encontrarse ya en España, quizás en Madrid; pero también ignoro su paradero. Ya os contaré esa historia otro día: ahora cada momento que pasa vale mucho para mí.

—¿Pero no me habláis de mi hija? ¿Qué temas que destino de ella?

—La verdad, tengo que hablaros de vuestra hija; pero os doy, la había olvidado, a pesar de mi juramento.

—¿Cómo está? Porque supongo que la habréis visto.

—¡Que la he visto!... Acabo de llegar a Madrid, y aun cuando así no fuese, doña Magdalena de Ulca no me hubiese permitido...

—Doña Magdalena de Ulca!... Ya no está con ella mi hija.

—¿A dónde la han llevado?

—Al convento de Santo Domingo el Real.

—¿Al convento de Santo Domingo?

—Eun cerca de aquí, pero no puedo verla—dijo tristemente la dama.

—¿No han respetado...?

—Nada.

—¿A desprecio de la oposición de su padre?

—A desprecio de todo... ¡Ah! ¡Me han dado la muerte... la han hecho desgraciada!

El marqués apretó los puños, brillaron como carbón sus negras pupilas y exclamó:

—No será así, vive el cielo!

—¿Qué podéis contra Felipe II? —repuso con amargura la dama.

—Señora, he jurado a don Juan proteger a su hija...

—¿Habeis visto a don Juan?... ¡Oh! Referidme todo, no dejéis una palabra.

El marqués humedeció los ojos de doña María.

—Ya podéis figuraros lo que dice un padre...

—Pero quiero oírlo.

—Bien, os lo repetiré; pero no ahora, porque el tiempo vuela y doña Blanca está en peligro. Contentaos con saber que me encomendó el amparo de vuestra hija. Ignora que la hayan llevado a un convento...

—Hace muy pocos días.

—¡Cómo se han aprovechado de su ausencia! Está visto, señora, que tendré que hacer una de las mías... me provocan... ¡Oh!, ya se convencerán de que el diablo dispone aún del poder del infierno.

El semblante de Luis tornóse sombrío, y levantándose, paseóse agitado por el aposento.

—No debe perderse ni un instante—dijo—¡veré hoy o mañana... no sé cuándo, en cuanto tenga una noticia que daros.

—¡Oh, salvad a mi hija!—dijo con tono suplicante y cruzando las manos doña María.

—La salvaré, os lo prometo... Procurad averiguar en qué sitio del convento está situada su celda, con todos los demás pormenores que podáis adquirir.

—Todo lo sé; podría ir con los ojos vendados hasta su celda, que está...

—No me lo digáis ahora, porque se me olvidaría...

—¡Dios os proteja!

—Ordenad a vuestros criados que no me echen bien la entrada ni me pregunten mi nombre.

—Cuando vengaís, decid que sois la persona a quien espero, y no os detendrán.

—Señora—dijo el paje disponiéndose a salir—no ha sido muy grata nuestra entrevista; pero tengo esperanza de conoceros.

—El cielo os guíe.

—Guardaos a vos—repuso Luis.

Y salió con el pecho oprimido por el coraje y encendidos los ojos por la rabia.

Cuando bajó la escalera se encontró en el umbral con un caballero que al verle ocultó el rostro con su capa, con toda la precipitación del que quiere evitar que lo conozcan.

—Osea rara—murmuró el paje—, se oculta a mí, cuando yo soy el que tengo que ocultarme a

siquiera quien soy, o le haría huir el miedo supersticioso que muchos me tienen o me haría que huyese con sólo mirarme indicando que me iba a delatar.

El caballero que se había ocultado el rostro era el marqués de Poza, y subió la escalera diciendo para sí:

—Poco ha faltado para que ese hombre me conociese, y quizás sea uno de mis mayores enemigos. Si me hubiese visto la cara, o le hubiera hecho ver el miedo supersticioso que se tiene a los muertos o podía haberme obligado a huir con una sola mirada que indicase que iba a delatarme.

CAPÍTULO XVIII

Signen las visitas misteriosas

El mismo criado que había recibido a Luis recibió al marqués.

Este, sin descubrirse el rostro, preguntó por doña María.

—No recibe a nadie—le contestó el sirviente.

—A mí me recibirá—replicó el de Poza.

—En día de misterios—murmuró el criado.

—¿Qué decía?

—Nada, sino que es inútil que esperéis...

—Si me estorbáis el paso tendréis que sentir.

—¿Vos también me amenazáis?... El otro lo hacía con razón, según después he visto; pero vos...

—¿Os burláis?

—¡Caballero!

—Pasad el recado, si no queréis verme entrar sin anunciarlo.

—¿Vos también conocéis la casa? — dijo más azorado que enojado al sirviente.

—¿Qué quiere decir también?

—Nada, nada, porque acabaré por volverme loco... ¿Vuestro nombre?

—Se me conoce doña María, y por consiguiente...

—O sois su amigo, o...

—Apartaos—replicó imperiosamente el de Poma—y cuidad otra vez de ser más comedidos.

—Esperad, caballero... un momento de mi voy a decir a la señora...

—Que vengo de las Huelgas.

—¿Nada más?

—Nada.

Entróse el criado en las habitaciones interiores, y a los pocos momentos volvió, diciendo al marqués que pasase adelante.

No fué la indiferencia la que se pintó en el semblante de doña Maria cuando vió al de Poma, sino que palideció a pesar de que ya sabía que éste se había muerto.

—¿Me conocéis?—le preguntó el marqués.

—Sí, amigo mío—lo concedió la dama a la vez que le alargaba su diestra—. Nada me es más grato que veros; ya sabía que vivíais...

—¿Quién os lo ha dicho?

—¿Quién? El diablo, vuestro mejor amigo; bien que lo habréis visto en la escalera al subir.

El marqués se dió una fuerte palmada en la frente, y apretó los puños con rabia.

—¡Era él el que salía de aquí!—exclamó.

—¿No le habéis conocido, ni él a vos?—preguntó con sorpresa doña Maria.

—Me oculté el rostro al encontrarlo... ¡Oh! Pero ya no tengo por qué desesperarme, vos me diréis dónde debo encontrarlo...

—Lo ignoro; ni le he preguntado ni me lo ha dicho, en su turbación.

—¡Turbación! ¿Pues qué ocurre? ¿Y doña Blanca?...

—Sentaos, marqués; tengo mucho que hablaros sobre doña Blanca, a quien ha ido a buscar su antiguo paje.

—¿Dónde se encuentra?

—No lo sé.

El rostro del de Poma palideció.

—¿Lo sabe Luis?—preguntó.

—Tampoco.

—¡Oh! ¡Parece que el infierno se ha contraído contra mí! Perdonadme, señora, si el dolor me arrastra; hace seis años que sufro mucho, y es

pero no ha dejado de perseguirme, y cuando pienso que había llegado el término de mis penas, se complican. Ser desgraciado y ver la felicidad sin poder alcanzarla es un tormento horrible.

El infeliz enamorado debía sufrir mucho, porque en realidad su situación era en extremo apurada. El hombre de más paciencia y de más resignación se hubiera desesperado al no poder alcanzar el objeto que tenía delante, y tras el que corría sin cesar. Había ido a Flandes, y un desgraciado error le impidió ver a Luis; pareció mostrársele precisa la fortuna por un momento, dándole a conocer el paradero de Blanca, y cuando lleno de esperanzas llegó a las Huelgas, encontróse que por una fatal casualidad ya no estaba allí el objeto de sus afanes: sin descanso corrió hasta Madrid, y cuando estuvo tan cerca a la persona que podía darle alguna luz y prestarle ayuda, huyó de ella como del mayor de sus enemigos. Si doña Ana de Mendoza hubiese dispuesto tales coincidencias, no la habrían dado mejor resultado que la casualidad.

Tres personas que tanto se amaban, corriendo unas en pos de otras para alcanzarse, y como los radios de una rueda que gira sin cesar, encontráronse siempre a la misma distancia.

—No perdáis la esperanza—dijo doña María—; estando en Madrid el paje...

—¿Podrá hacer imposibles?

—¿Qué puede decirse que sí. ¿Ignoráis que cuando era el duque de palacio se burló del rey, de doña Ana de Mendoza y de toda la Corte, y que si no se hubiese agravado la enfermedad del príncipe lo habrían sacado de su prisión? ¿Y lo que en Flandes ha hecho?

—Mucho confío en él; pero la desgracia me persigue tan sin descanso, que hará que todos sus esfuerzos sean inútiles.

—El paje cree que doña Blanca está en poder de la princesa de Éboli.

—Tal vez no se equivoca.

—De seguro la arrancará de sus manos...

—Pero entre tanto no puedo verla, no sé que sea... ¡Oh! Verla, verla, éste es mi afán, y ni el sediento anhela tanto el agua, ni el pan el hambriento.

to ni el desterrado su patria, ni el ciego la luz como yo verla, decirle que la amo como siempre, más que nunca, y que sin ella la vida es para mí un tormento que no pueden resistir mis fuerzas! ¡Ya no sabéis cuánto la amo!

El desdichado marqués estaba muy agitado, su corazón latía con desigual violencia y parecía que una mano de hierro le oprimía la garganta.

—Tranquilizaos—le dijo la dama, que se esforzaba por ocultar su emoción—. Habéis estado seis años sin verla; esperad algunos días más.

—Pero esos seis años no han sido para mí más que un día, y al cabo de ellos me ha parecido despertar de un sueño pesado, creyendo que no había transcurrido sino la noche en que la ví por última vez.

Dña. María miró con sorpresa al encanecido caballero, y repuso:

—No os comprendo.

—Señora—replicó el marqués, a la vez que se estremecía—, he estado loco...

—¡Loco!...

—A no ser así, hubiese concluido mi dolor con mi existencia.

—Razón tenéis en decir que os persigue la desgracia como a ningún hombre.

El marqués se dejó caer en un sillón, y permaneció silencioso algunos instantes.

—Es preciso—dijo al fin—salir de una vez de esta situación.

—¿Qué pensáis hacer?

—Ir a ver a la princesa...

—Os perdería.

—Tarde o temprano han de descubrirme.

—¿No es más prudente esperar hasta ver si el diablo hace alguna de las suyas, o, por lo menos, que antes os pongáis de acuerdo con él?

—¿Pero dónde encontrarlo?

—Muy fácilmente.

—¿Fácilmente decís, cuando ese niño para quien es invisible?

—El volverá a verme, según me ha prometido tanto para darme noticias de dña. Blanca como para convenir en el modo de sacar a mi hija del

—¿Porque ha jurado a don Juan de Austria a protegerla.

—¿Vuestro hijo... Don Juan me habló de ella, y también me ofreció...

—¿Lo habéis visto en Flandes?

—Salimos juntos de Madrid... Ya os referiré esta aventura. Proseguid, señora, que los instantes se van para mí.

—Pues bien: me decís dónde se os puede encontrar, y cuando venga a verme el paje...

—¿Cómo tenéis, y en verdad que ando sobradamente torpe... Tengo la cabeza tan trastornada, que no acierto a pensar en lo que más me conviene.

Algo se tranquilizó el marqués con la esperanza cierta de ver al paje, y repuso:

—No por eso dejaré de venir a visitaros, por si puedo seros útil en el asunto de vuestra hija.

—En venid; tenemos que formar un plan en tanto estemos reunidos vos, el diablo y yo, porque nuestros enemigos son muy poderosos, y si no estamos de acuerdo, nada adelantaremos.

—Pues bien: decid al paje que, por ahora, me hospede en la hostería del Balaño, que está en la plaza del Arrabal, y que allí me comuniquen por Alonso de Burgos, que es el nombre que he tomado.

—¿Cuándo vuelva hoy mismo...

—Eso lo quiera.

—O a más tardar, mañana.

—Señora, habéis conseguido tranquilizarme.

—¡Ojalá pudiese haceros felices a todos!

Despidiéndose el marqués de doña María, y, no menos agitado que Luis había salido pocos momentos antes, salió el también, y se reunió a su escudero Juan, que le esperaba en la puerta de Santo Domingo.

—¿Malas nuevas traéis—le dijo el fiel criado—

—No se sabe el paradero de doña Blanca; sólo se sospecha que está en poder de la de Eboli.

—Está visto que tendré que enterarme otra vez en el desastre.

—El paje está también en Madrid; salió de casa de doña María cuando yo entraba, pero me oculté al lado y no fijé la atención en él.

—Efectivamente, salió un hombre; pero tam-

bién, como vos, recataba el semblante.

—Mañana, quizás hoy, lo veremos.

—Pues no le arriendo la ganancia a la señora princesa ni a su escudero.

—Con la ayuda del diablo podemos atajar a guisa de esperanza.

—Deseo ver a su compañero y mi amigo el capitán: es mozo de provecho, en cuanto a buenos peñes, y si se ocurre dar cuchilladas, ya veréis qué qué primer lo hace: cada vez que descansa un día, puede contarse un enemigo muerto.

—¿Crees—preguntó el marqués, después de algunos momentos de silencio—que el hombre que ha llevado la carta al señor barón irá con la respuesta que deseamos?...

—Es de toda confianza, y no hace otra cosa que correr a caballo. Ya, en otras ocasiones, sirvió a difunto señor comendador, y siempre fue y vino a menos tiempo del que se calculaba que emplearía. Dentro de tres horas estará la carta en su destino, y seguramente tendréis contestación al amanecer.

—Muy pronto me parece, porque tendré que detenerse a descansar y a dormir.

—No duerme ni desansa sino cuando tiene ocasión de hacerlo tranquilamente. Podéis estar desquidado—replicó el escudero.

Así hablando, llegaron a la hostería, subieron al piso principal seguidos de maese Mandoni, que les entregó las llaves de sus aposentos. Inmediato el del uno al del otro, y el marqués, fatigado por el largo viaje y las violentas emociones que había experimentado, se acostó a descansar antes de tomar ningún alimento. No así Juan, que, antes de ir a su señor, quiso remojarse el tragadero con una botella de buen vino y conocer a la criada de la hostería.

Para conocimiento de nuestros lectores, y como por vía de advertencia, les diremos que el dormitorio del marqués y el del capitán estaban separados solamente por un tabique, y que, lo mismo el uno que el otro, tenían una ventana que daba al mismo patio de la hostería y sobre un frondoso emparrado que estaba a la sazón cubierto de verdes y azules hojas.

CAPÍTULO XLIII

Proyectos del diablo

Mientras sucedía lo que dejamos referido, el pay se hallaba en su aposento, sentado junto a la mesa y enfrente del capitán, que, vaso tras vaso, apuraba una tercera botella, después de haber comido saboreándola como en nuestro tiempo se satura una taza de té o de café que debe ayudar a la digestión, y cuyo uso no estaba entonces tan generalizado como ahora. Pero aun cuando entonces sí se y el café hubiesen sido una cosa de tan común uso como en el tiempo que corrimos, el señor pro León no habría encontrado nada mejor para después de la comida que una botella de vino seco, apurado a sorbos.

—Esoy conforme—decía el soldado—con vuestra opinión: doña Blanca ha caído en poder de la pútrica.

—Ahora es menester buscar un medio de salvarla cuanto antes.

—Es muy sencillo.

—Sepamos lo que pensáis, aunque desconfío de vuestros proyectos, porque todos se reducen siempre a uno, al de dar cuchilladas.

—Os habéis equivocado—repuso el capitán, a la vez que se pasaba la lengua por el bigote para limpiarlo en que se desperdiciase una sola gota de vino.

—Me alegro.

—En cuanto apure esta botella, si es que me la dejáis apurar tranquilamente, voy a ver a doña Ana.

—¿Y qué la diréis?

—Que he reñido con vos y quiero servirla si me paga bien, principiando por decirle dónde estáis para que pueda encontraros mejor.

—Os encuentro como nunca.

—¿Qué tal?... Pues me falta lo mejor,

—¡Dadla!

—Ella me escuchará, y cuando más entienda esté en la conversación, como me habre sentado cerca de ella, la cojo por el pescuezo y la saco del primer agostón. Así no gritará...

—Pero, ¿y doña Blanca?

—Le preguntaré por ella, y si confiesa y la da la libre, bien; y si no...

—Os diré que si la soltaréis, fugirá corriendo a donde la tenga encerrada, y gritará, acudirá a muchos aliados...

—Y entonces yo, ¡voto al infierno!, de muchas cuchilladas me quito estorbos de delante.

—Y os volveréis sin doña Blanca, si es que veréis, porque no faltarán dueñas ni doncellas que alboroten, ni corrieres a centenares que acudan.

—Tenéis razón, ¡voto el cielo!—exclamó el capitán, dando una patada en el suelo que hizo temblar la habitación.

—No me equivoque, amigo mío.

—Pues os juro que nunca he estado tanto como ahora... No sirvo para el caso: despedidme; yo os seguiré hasta el fin del mundo.

—Doña Ana—repuso Luis—¿quiere doncella? ¿la sirvo?

—¡Indudablemente!

—Esas doncellas, como todas las de su clase, como todas las mujeres, gustarán de que las enamoren.

—¿A dónde vais a parar?

—Ya lo veréis.

—No me digáis la cuestión de doncellas.

—Bien fácil será hacerse amigo de una doncella, y por este medio puede averiguarse todo, y luego, según se presente el asunto...

—Basta, señor Luis, no soy tan torpe—interrumpió gravemente el capitán.

—¿Os parece bien?

—Perfectamente, y supongo que yo haré a mi...

—No me digáis a mí.

—¿Qué os parece que no caldría con mi empresa?

—De encantaría, sí; pero en cuanto a lo que más nos importa, creo que poco o nada adelantaría.

—¿Y cuando vais a comenzar vuestra empresa?—preguntó el capitán.

—Hoy mismo, al oscurecer, que es hora en que las doncellas suelen salir con cualquier pretexto.

—¿Y mientras, qué haréis?

—Dormir para despertar, porque estoy molido.

—Falta otro proyecto.

—¿Cuál?

—Os habéis olvidado del marqués?

—No; pero lo más urgente es salvar a doña Santa, y según esta noche se presente el asunto, os avisaremos.

—Yo también necesito dormir—dijo el capitán. Y levantándose, entró en el aposento inmediato y se echó en la cama, quedándose en seguida dormido.

El paje lo imitó, y aunque no pudo conciliar tan pronto el sueño, cerráronse al fin sus ojos.

La hostería quedó en el mayor silencio, y así permanecieron tres horas, al cabo de las cuales despertó el mozo. Levantóse, arregló sus vestidos y salió de la hostería sin despertar al capitán, que estaba estrepitosamente en aquellos momentos.

Ya empezaba a oscurecer, y por la calle de la Amistad iban y venían muchos artesanos que salían a aquella hora de sus talleres, encomendándose a sus casas para buscar el descanso o prepararse a hacer el vino. Esa hora a la cual se llama vulgarmente "entre dos luces", es la más a propósito para andarse en el centro de la población y examinar no por uno los semblantes de los transeúntes de la clase proletaria, y pensar en los curules de dolor, de miseria, de timidez, del más repugnante vicio y de la más incomprensible estolidez que podrían verse y servir de provechosas lecciones, si tuviésemos un Asmodeo que nos llevase en pos de todos y nos dijese lo que pensaban y lo que sentían. Lástima que don Luis Vélez de Guevara olvidase en su popular "Diablo cojuelo" el examen de estos cuadros de tanto y de tanto de virtud y de culpas, de honra y de infamia, de virtudes las más sublimes y de vicios los más execrables.

Alrededor de la iglesia de Santa María, y en una esquina, esperó a que la casual-

dad favoreciérase sus proyectos. Bien podía suceder que no saliese ninguna doncella de doña Ana, y que saliese otra mujer cualquiera y seguirla perdiendo el tiempo y la ocasión que se presentara quizás un momento después, y también era posible que, sabiendo alguna de ellas, no se mostrase propicia a escuchar los requiebros del mancebo, o fuese discreta y fiel servidora, aunque esto último es lo más probable.

Algo se inquietaba el travieso diablo; pero confiaba en que la casualidad, como siempre le ha sucedido, acudiera en su ayuda.

No dejaba de ser fundada su esperanza, porque aun no hacía un cuarto de hora que estaba en su cho, cuando la bonita Inés, oculta la mano izquierda bajo su negro y ancho manto, y sujetándose con la diestra junto a la boca, salió de casa de la procesa, y con airoso paso, es decir, con el auxilio de una moza española, que son para gloria y sal desde el extremo del mentado pie hasta sus cabellos de azabache, y que tienen de luz los ojos, de miel los labios y de azucar la lengua; con tal aire, que atrabata corazones, repetimos, tomó la calle de la Almudena abajo con todo el rumbo de la que dice: "¡Abridme paso, que mis ojos queman!"

—Buena planta—murmuró el paje al verla— tiene de ser moza de travestura y de no hacer acosos a los galanteos. Si fuese de la casa, de seguro la fortuna me había deparado lo que deseo.

Significala de cerca el mancebo, y cuando llegaba a la esquina de la plazuela de San Salvador hoy de la Villa, acercósele, a la vez que la miraba de pies a cabeza y que inclinaba, con gracioso ademán, hacia la ceja derecha su gorra de terciopelo azul con pluma blanca.

Aceleró ella el paso y volvió los ojos hacia el lado opuesto. Aunque después de haber examinado rápidamente el rostro del atrevido galán.

—La noche está obscura y yo soy torpe—le dijo el mancebo— no ocultéis con el manto la luz de vuestros ojos.

—Comprad una linterna—le contestó Inés con tono burlón.

—¿Para qué la necesito, habiéndolo a solas?

—Pues apartaos, no os quemen—replicó la doncella a la vez que se volvía, siguiendo plazuela abajo.

—Ya me abrasaron en otra ocasión...

—Voy deprisa y me agrada andar sola; vos sedis estar muy despacio y os gusta la compañía; ¡aced a otra puerta.

—Esquiva os mostráis, sin duda porque sois buena.

—Gracias, señor galán.

—¿No queréis escucharme?

—Ya os he dicho que me dejéis—replicó Inés, con esa entonación que sólo poseen las mujeres, y de la que usan cuando quieren negar teniendo ganas de conceder.

—No es bastante, si no me decís que me aborrecís y aun así, haré por agradaros más de lo que un hombre puede hacer.

—¿Y por qué he de aborreceros?

—¿Y por qué no habéis de escucharme y permitirme que vaya a vuestro lado? ¿Hay peligro acaso de que alguien venga a disputarme esta dicha?

—No lo temáis.

—Por vos, si acaso.

—Yo no me asusto.

—Ya lo veis, hnoes nacido el uno para el otro: aunque a mí me espanta nada, a no ser desagradaros—continuó diciendo Luis.

—¿Queréis dejarme?

—Querer, no; pero sí me lo mandáis...

—No os lo mando, porque no puedo; pero si habéis de advertiros que valis a comprometerme.

—¿Sois casada?

—No.

—Entonces vuestro corazón tiene dueño.

—Lo que Dios me ha dado, es mío no más—repuso la doncella, aprovechando la escasa luz que se escapaba del aguján de una casa para mirar al marido y dejar ver una sonrisa graciosa.

—Entonces, con más motivo—dijo Luis—os seguiré hasta el fin del mundo.

—No tendréis que andar tanto—le replicó Inés, mientras se entrecruzaba por la calleja del Cordón.

—Soy desgraciado como ningún hombre. Las tras día, hace ya muchos que busco y espero la ocasión de hablaros, y ahora que se me presenta os arunciáis que poco durará mi dicha.

—Lo que advierto es que, sin que yo os de permiso, vais alargando la conversación y acompañadme.

—Si desde luego me hubieseis dicho que me iriais escucharne...

—Es verdad: ya habriais concluido, y yo podría caminar libremente.

—Más os vale, pues, escucharme con tranquilidad siquiera dos minutos.

—¿Es muy urgente el negocio?

—Al que ama le importa mucho decirlo.

—El romance de todos.

—Ingrata sois si os burláis.

—¿Tenéis algo más que decir?

—Quiero hablaros seriamente, y, aparte galansterias, si os place, pongámonos de acuerdo para hablar despacio. Haze algunos días que os quiero pero vos no me conocéis: el que un hombre quiere de veras a una mujer bonita y honrada no es nada del otro mundo: yo os quiero, y más de lo que pensáis; convengamos en vernos una vez, y entonces, si lo que os propongo os conviene, lo realizaremos, y si no, me retiro y os excusaré el enojo de volver a acercarme a vos.

Por algunos instantes guardó silencio la doncella, y luego dijo:

—Señor hidalgo, o lo que quiera que seáis.

—Hidalgo soy, cristiano viejo, y tengo quien me lle.

—Pues bien, señor hidalgo; puesto que me formalmente habéis, sabed que soy una doncella honrada, y que si con galanteos de pasatiempo no me lo que buscáis, ya podéis abandonar la empresa.

—Os juro...

—No juro, porque el jurar, en punto de honras, es cosa que se hace muy fácilmente. Quiza ya mismo murmuraréis de mí porque, sin conocerme, he escuchado; pero como me lo habéis rogado tan encarecidamente...

—Que no me conocéis? ¿Acaso no soy vuestra
suegra hace quince días?

—Nunca os he visto.

—¡Gracias bien!—repuso Luis, parándose junto
a la casa más próxima a la iglesia de San Justo,
por donde habían doblado.

La doncella lo miró detenidamente, so pretexto
de recordar si lo había visto en otras ocasiones, y
se pudo al pronto dominar la emoción que en ella
provocaba la interesante figura del paje.

—Decid que me habéis seguido...

—En muchas ocasiones; pero como nunca os
me dignado volver los ojos hacia mí...

—Ya veis, si una hiciere caso de todos los que la
señalan... Y no digo esto porque me suceda fre-
cuentemente, sino porque los hombres tienen ya por
seguro decir galateas...

—Y seréis vos la que muchos haya escuchado—
exclamó Luis, fingiendo entusiasmo, aunque
valiente le gustaba la doncella—. Por eso no quie-
ro haceros ilusiones; vos tendréis otro, sino que
entre muchos que os ofrezcan su corazón y mejor
parente del que yo pueda ofrecereros, porque, al fin,
aunque soy un hidalgo, no poseo más que una ven-
ta de unos cuatrocientos ducados escasamente...

—Una venta de cuatrocientos ducados!—inte-
rumpió él mismo, al aumentar su naciente pa-
sión con la idea de cuatrocientos ducados de ren-
ta. —Y llamáis escasa a vuestra fortuna! ¿Qué
me habéis asegurado? Tened en cuenta que yo soy po-
bre y que los ahorros de mi malhadado oficio ape-
nas me dan a trescientos ducados.

—¿Será tal mi futuro que juréis mi pobreza
como un helado recurso? Y digna pobreza, no por-
que me queje de la suerte, porque al cabo, tempra-
no o tarde a mí vendrá lo que tiene mi buen tío,
sea el dote de la caballería de Indias...

—¿Os burláis de mí?—dijo tristemente la don-
cella.

—Os me burló de vos!

—Como he de creer que con tales esperanzas
me podréis encontrar una mujer que pueda lleva-
rme un buen dote?

—Yo quiero un corazón que me ame, porque de-

so la felicidad. y ésta no puedo tenerla sin la Correspondencia. y veréis si muy pronto no os doy pruebas de la verdad de mis palabras.

El paje desempeñaba su papel a las mil maravillas, y el acento apasionado con que habló hizo pensar a Inés que debía contar por seguro su matrimonio.

—No os pido gran cosa—prosiguió Luna—; quedemos citados para mañana. hablaremos despacio y si no os convienen mis proposiciones...

—Mucho temo...

—¿Qué perderéis?... Si es que no sois dueña de vuestro corazón...

—Está completamente libre.

—Entonces...

—Bien; mañana a la noche nos veremos. Ahora no puedo detenerme porque tengo que salir aquí para entregar al señor Antonio Pérez...

—¡Al señor Antonio Pérez! — interrumpió el paje, sin poder contenerse.

La doncella comprendió que había sido incauta.

—Os ruego—dijo—que a nadie digáis...

—Todo lo sé: venís a traer al señor Antonio Pérez una carta de vuestra señora.

—¿Pero cómo...?

—No hablemos de esto. ¿Qué nos importa a nosotros ni vuestra señora?

—Es verdad.

—Mañana nos veremos.

—Seré puntual.

—¿A qué hora?

—A la misma de hoy.

—¿Sí?

—En el mismo también.

—¿No faltareis?

—Os he dado mi palabra.

—Me encontraréis esperándoos.

—El cielo os guarde, señor... señor hidalgo.

—Me llamo Felipe.

—Y yo Inés.

—Tratad bien mi pobre corazón, que os lo leváis enredado en las pestañas de vuestros hermosos ojos.

Los se levantó tranquilamente y entró en la casa de primer piso.

Le siguió la calle adelante, hasta llegar a Puerta de Carrión y luego se dirigió a la plaza del Arrabal.

—Buen principio—murmuró al subir la escalera a la hostería—. La moza es a propósito para mi asunto, y quizá no tardaré cuatro días en llevar a cabo mis planes. Mañana iré a ver a doña María, y pasado mañana, si no puede acelerarse mucho el negocio con la doncella, iremos a Toledo para averiguar el paradero del marqués.

Llegó el paje a su aposento.

El capitán roncaba todavía, pero despertó al ruido que hizo al abrirse la puerta.

—¿Quién va?—dijo con somnolienta voz.

—Soy yo—le contestó el paje.

El soldado bostezó, desprecioso, e incorporándose en el lecho, repuso:

—Ya es hora de cenar... ¡Mírase Macarroni o ~~como~~ demonio estamos a oscuras y con el estómago vacío!

—¿Tenéis hambre?

—¡Voto al infierno!... Parece que no he comido en tres días... ¡Hostelero de Satanás!...

Macarroni entró con luz y dijo:

—¿Qué se os ofrece?

—¿Y la cena?—le preguntó el señor Pero.

—Me habéis dicho lo que queráis?

—Una pierna de carnero asada, un pastel de peras ures o cuatro botellas de vino de Arganda... Ya diremos lo demás.

El paje se sonrió y el hostelero salió para obedecer, pues sabía por experiencia que era peligroso no servir al capitán con la mayor prontitud.

Poco tiempo después, la pierna de carnero, cuatro botellas y un pan de harina de flor estaban sobre la mesa.

Los dejaremos cenar y referir su aventura el paje al soldado, y nos trasladaremos al antiguo castillo de los montes de Toledo para ver cómo se encajaba el anciano barón.

CAPÍTULO XLIV

Nuevas desgracias

El dormitorio del honrado barón a quien daba la vida el marqués, era un aposento cuadrangular con techo abovedado, de cuyo centro y por medio de un cordón pendía una lámpara de plata de exquisito trabajo. Las paredes de aquella habitación estaban tapizadas de tela de lona gris obscuro, y un reclinatorio con la imagen de Jesús crucificado y almohadón de terciopelo verde, cuatro macas y llones de encina con forro de baqueta y clavo de cobre, y la cama con cortinas de damasco verde, componían todo el mueblaje.

Eran las siete de la tarde y los últimos rayos del día penetraban vívidamente por las ventanas de una ventana única que había en el aposento.

Reinaba el mayor silencio en todo el castillo, y los sembrados mortuos de sus pocos habitantes demostraban por todo y amargo pesar.

El noble enfermo se hallaba en peligro de muerte, y según el pronóstico del doctor Pedrosa, no le quedaban cuarenta y ocho horas de vida.

Estaba el moribundo en su lecho, a donde apenas alcanzaban los débiles resplandores del vespertino crepúsculo.

En su frente pálida y marchita, en su rostro demacrado, en la expresión incierta de sus vacilantes miradas acentuábase fácilmente el cercano fin de su existencia.

Su lengua y blanquísima barba destacábase entre el verde ropaje de su lecho como la pálida faz de la luna entre las pardas nubes, y su variable rostro, más imponente que nunca en aquella inerte actitud, al más conmovido respiro.

Era así, y de aquí la respiración, aunque en su aspecto se notaba el sosiego de su espíritu. Estaba su conciencia tranquila, y el que nunca sin remordamientos bendice a Dios al expirar, moría al ver la negra guadafia, porque espera de

en la otra vida la felicidad que en esta no puede alcanzarse.

Pocos momentos pasaron, cuando un sirviente que provisto de luz, encendió la lámpara y acercó al lecho.

—Que venga el doctor—le dijo con acento débil al anciano.

—¿Cómo os sentís, señor? — le preguntó el médico.

—Lo mismo, buen Antonio.

Ente salió triste y cabizbajo, y luego entró un hombre de madura edad, duro semblante y frías maneras.

Fue el médico.

—¿Acercas, doctor—le dijo el paciente.

—¿Estáis peor?

—Más débil cada vez... pero esto es natural, se acerca la muerte...

—No hay que perder la esperanza...

—El hombre es mortal, yo soy viejo... Ha de llegar mi hora... No me espanta la muerte... Pero quisiera haberme despedido de mi única afección.

—Dad tiempo.

—Hace muchos días que no escribo, y quizá le haya sucedido alguna desgracia.

—O sea feliz, y esto mismo distraiga su atención...

—Os equivocáis... No puede olvidarme porque mi corazón es muy noble, y...

—No habéis, señor barón; os fatigáis, y esto os hace mal.

—De todas maneras llegaré mi hora y...

—Pero no debe acelerarse.

—Es verdad. Quizá por un minuto... deje de vivir... Prolongadme la vida hasta que la vea, y me haréis feliz...

—¡La vida!—murmuró el doctor con amargo desdén.

—¿Cómo sabemos nosotros lo qué es la vida? Conocemos la materia, sus funciones; pero, ¿cuál es el principio de estas? Yo animaré vuestros miembros como el escultor compone una estatua que es la roca; pero no os daré la vida, no animaré la materia ni evitaré que pierda su animación. Yo

sé por qué pierde la vida el que ha sido atacado de una enfermedad; pero ignoto por qué mata a vejez estando el cuerpo sano... Sosegaos y perdónad, señor barón; no conviene hablaros mucho.

Contempló el doctor al paciente, observó la respiración, y luego inclinó la cabeza sobre el pecho, quedando pensativo y triste.

El criado Antonio volvió a entrar con un papel en la mano, y, acercándose al lecho, dijo:

—Una carta del señor marqués.

El barón se estremeció, abriéronse extraordinariamente sus ojos, y de sus secos y blanquecinos labios se escapó un grito.

—¡Dádmela!—exclamó, a la vez que alargaba una de sus manos.

—No podréis leer—el dijo Pedroso.

—¡Es verdad!—murmuró tristemente el anciano—. Leedla vos, amigo mío.

Salió el sirviente, y el doctor abrió la carta, y leyó lo que sigue:

"Mi buen padre: Hoy he llegado a Madrid después de una precipitada marcha. Al fin supe que Blanca estaba en las Huelgas, de Burgos; pero la fatalidad se ha conjurado en contra mía, y cuando llegué al convento me encontré que ya había desaparecido. Se ignora su paradero, aunque supongo que ha caído en poder de nuestra común y traidora enemiga. Al diablo no he podido verle aunque lo he tenido muy cerca, y, por un desgraciado error, ha huido de mí sin conocerme. ¡Soy muy desgraciado!

"Perdonad si no he corrido a estrecharla en mis brazos como la gratitud lo exige y mi corazón lo desea, pero la vida de Blanca está en peligro y he querido ver si podía salvarla."

—¡Infeliz!—murmuró el barón, cuyos ojos se humedecieron—. Proseguid...

Pedroso continuó:

"Crea, sin embargo, que hoy adquiriré vuestra noticia suya, y apenas me lo permita este negocio ire a veros."

—¡Sí, que venga, que pueda yo darle el más último y mi bendición!—exclamó el anciano, con una energía de acento que pasó rápidamente

—Voy a escribirle en vuestro nombre—dijo el doctor, que no quiso leer el último párrafo de la carta, porque en él sólo amargas quejas de su desdicha expresaba el marqués.

—¿No dice más?

—Nada, sino que os abraza como buen hijo.

—Sí... sí... hijo mío, porque... yo le di la vida y le amo... Le amo como se ama a un hijo... ¡Dios me déjame... que lo vea!

—Voy a escribirle...

—Yo dictaré la carta.

—No puedo permitirlo...

—Cuatro... palabras no más... Vos añadiréis lo que os parezca... Escribid.

El doctor, en extremo conmovido, mandó que le trajeran papel y pluma, y sobre la cama escribió lo siguiente, dictado por el barón, de cuyos ojos corrían dos lágrimas de la más dolorosa ternura:

"Hijo mío: Mis recuerdos tristísimos y tú son mis afectos. Me restan pocas horas de vida, pero no sacrifiques tu felicidad por venir a verme: yo te bendigo, y si la misericordia de Dios me concede estar a su diestra, le rogaré por ti.

"¡Adiós, hijo mío!... ¡Qué triste es el adiós postrero!... ¡Adiós!"

Al pronunciar el anciano esta última palabra, sintió un suspiro que pareció haberle arrancado el alma. Su mirada vacilante se elevó al cielo, cruzó las enflaquecidas manos con ademán de tierna súplica, y, estremeciéndose violentamente, quedó luego inmóvil.

Pedroso dió un grito, porque temía que la violencia de aquella emoción hubiese acabado con la postrera vida que restaba al moribundo; pero después de pulsarlo, se tranquilizó, y, sin perder un momento, añadió a la triste carta algunas expresiones sobre la enfermedad del anciano.

Luego salió del aposento y dijo al portador de la carta:

—Corred cuanto sea posible y entregad esta carta al señor Alonso; no perdáis un instante; llevad el mejor caballo que encontréis en la ciudad y regresad.

—Dentro de tres horas estará la carta en su destino—contestó el mensajero.

—¿Tres horas no más?

—¿No me habéis dicho que reviente el caballo?

—Sí.

—Pues no tardaré un minuto más.

—Tomad—dijo Pedroso, dando al hombre un puñado de escudos de oro—. ¿Queréis más?

—Gracias, estoy sobradamente pagado.

—Pues no os detengáis.

Seis minutos después, no corría, sino que iba, el mensajero camino de Madrid, y cuando los relojes de la celebrísima villa anunciaban la hora de las diez y media, se apeaba en la puerta de la hostería, y el caballo que montaba caía muerto.

—¿Y el señor Alonso de Burgos?—preguntó a maese Mancioni, que le miraba y también al caballo, con cierta curiosidad mezclada de asombro.

—Duerme.

—Despertadlo.

—¿Dios me libre!

—Yo lo haré.

—¿Cómo!

—Ya lo veis—repuso el mensajero, a la vez que subía la escalera.

—¡Deteneos! —le gritó el hostelero yendo tras él.

—¿No veis, maese alcornoque, que he traído un petro que vale lo menos quinientos ducados. Pues esto algo indica.

—Es verdad; pero...

—¡Dejadme en paz!—replicó el portador de la carta—. Harto molesto vengo para que vos intéis de molestar.

Y esto diciendo, llamó a la puerta de la habitación del marqués, que poco después abrió.

—¿No habéis llevado la carta? —preguntó el mensajero.

—Y os traigo la respuesta. Tomad.

En el momento en que, al recibir el efecto del triste mensaje, y al leer los primeros rengones, el papel se escapó de sus manos, echó un agudo grito y se dejó caer, falto de fuerzas, en sillón.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó, sin poder pronunciar una palabra más.

Y el Barón tiró sus mejillas, y su agitado corazón latió violentamente.

¿Cómo padecía! No le atormentaba sólo el amor de la muerte del noble anciano, sino también la idea que el camino que a éste profesaba y la pasión que le debía sostuvo con su amor a Blanca y con el deber sagrado de salvarle del peligro que corría su vida. Si atendiendo a lo primero iba a dar el último adiós al hombre a quien más le debía, hasta la existencia, el objeto de su más íntima pasión quedaría casi abandonado, y si atendiendo a lo segundo no respondía al llamamiento de su gratitud, parecía cometer la más ruin de las acciones.

—¿Cómo abandonarla!—decía con acento de pura desesperación—. Y si por él no fuera, ¿viviría yo y podría prestarle a ella ninguna ayuda?... ¡Gah!... No sé si mi amor supera a mi gratitud... ¡Aquí y allí a la vez!... Un moribundo me pide el único consuelo, una víctima el único amparo y yo que puedo esperar... ¡Esto es horrible, muy horrible!... ¡Dios mío, envíadme la muerte, y así acabaré mis tormentos!

Levantóse el desdichado marqués, y con desigualos pasos midió el aposento, sin reparar que el portador de la carta estaba allí esperando sus órdenes. Tan pronto el coraje encendía sus miradas y le hacía rechinar los dientes, apretar los puños y gorgoritar en maldiciones, como el dolor le hacía llorar, exhalando en quejas la amargura de sus tristes pesares.

El escudero Juan, que en la ligereza del sueño se le asemejaba al señor Pero León, despertóse y salió apresuradamente.

Fue al mensajero, cuya vuelta no esperaba tan pronto; reparó en la carta que estaba en el suelo, y recogiéndola, leyó su triste contenido sin pedir licencia a su amo, porque advirtió que ocurría alguna desgracia.

El del cráneo permaneció triste y silencioso por algunos instantes, contempló al marqués con lastimosa mirada, despidiendo con un ademan al mar-

sajero, salió de la habitación, bajó a la cuadra y ensilló prontamente los caballos.

Luego volvió a subir.

El marqués se había sentado, y, con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecía meditar. De vez en cuando agitaban su cuerpo algunas sacudidas nerviosas, y de sus labios salían palabras interinas. La lucha entre su amor y su gratitud combatía, y no hubiese terminado sin la llegada de Juan.

—Los caballos están dispuestos—dijo este.

El de Posa se estremeció como si le despertara de un profundo sueño, y, levantando la cabeza, exclamó:

—¿Juan?

—Señor, los caballos...

—¿Los caballos!...

—¿No vamos al castillo?

—¿Oh, sí!... ¿Y doña Blanca?

—Partiré solo... El cielo os guarde, señor—dijo el escudero gravemente y disponiéndose a salir del aposento.

—¿Solo no!—gritó el marqués, levantándose y corriendo hacia Juan.

—Señor—dijo este—, si el deseo de salvar a doña Blanca es más que...

—¿No prosigas!—interrumpió el de Posa.

Y le puso una mano en la boca a su escudero, como si le faltase el valor para escuchar lo que iba a decir.

—¿Vas a acusarme de ingrato!—prosiguió con la más dolorosa amargura.

—Señor...—murmuró el sirviente, bajando la cabeza.

—¿Dios mío, tened compasión de mí!

—Señor, el tiempo vuela y el barón está en la agonía; decidlo...

—Le debo la vida y el cariño de un padre. ¡Perdona, Blanca!—exclamó el marqués mientras levantaba los brazos y elevaba al cielo una mirada de tiernísima súplica—. ¡Perdona si te abandono en este instante en que quizá la muerte, y más que la muerte, ultrajes viles te amenazan; en

¡Que la gratitud, y si no respondiese a sus gritos, era indigno de su amor!

—¡Vive el cielo, que tenéis corazón noble!—
En el lecho sirviente, que a cuyos ojos brotó una lágrima.

—Dios velará por ti, Blanca mía!

No pudo el marqués proseguir; ahogábale la emoción, y sólo haciendo un esfuerzo, gritó:

—¡A Toledo!

La turbación no dejó pensar ni al marqués ni al criado que tal vez al día siguiente se presentaría el paje, y que debía haber dejado una carta para él; así fué que, sin detenerse un instante, bajaron la escalera, dieron al hostelero un escudo de oro, y cabalgando, partieron como dos centinelas.

El camino estaba quieto y silencioso, y el ruido acompasado del galope de los corceles se repetía en las cumbres o se perdía en la espesura de los bosques.

Salieron al romper de los claros guijarros, le nacaban en remolinos la menuda arena y el blanco polvo, y desaparecían los árboles y las cañas como si huyesen de los ejércitos, que al resplandor de la luna se les veía, en sus anchas caparrazos inclinados sobre el arzón, aparecer en las montañas, desaparecer en los recodos o atravesar las llanuras como si los arrastrase una ráfaga de viento.

Palpitaba con violencia el corazón del marqués, y a pesar del aire fresco de la noche, su cabeza estaba ardiente y sus labios secos.

¿Qué sería entretanto de Blanca? ¿Podría volver pronto a socorrerla?

Estos pensamientos le trajeron a la memoria al paje, y entonces conoció la torpeza que había cometido no dejándole una carta.

Despertóse más de lo que estaba aún, e hizo saltar la sangre del vientre de su cabalgadura, que dejó un resoplido y redobló su carrera.

—¡Otra vez sin verla!—exclamó por mi torpeza!—
—¡Siempre buscándole y siempre huyendo de él!—
—¡Por Satanás, que me ahogará el coraje!

Cuando la aurora iba a romper el velo de

la noche, nuestros caminantes se despidieron a la
quién la imperial ciudad, y un castro de la
después entraban en el an
fuego castro.

—¿Ha muerto?—pregun
as con rabios a la
el primer criado que les se
llo al encuentro.

—No—les contestó el al
viente.
Y ellos, sin detenerse
un segundo, corrieron
hasta llegar al dormitorio d
el barón y arrojaron
bre el lecho.

—¿Qué hacéis?—les di
Aj, el doctor Pedro.
Una sorpresa puede acaerle
su vida.

Pero ni el marqués ni Ju
don le escucharon, y se
bos a porfía besaban las m
bros helados y la p
frente del moribundo, que
el varón echó un gas
y quedó inmóvil.

CAPITULO XLV

El último adiós

Tristísimo cuadro el que se presentaba a
cuatro hombres:

El moribundo barón p
se estremeció insólito al
nos momentos; pero abrió
lo al fin sus apesad
ojos y extendiendo los br
los con la incógnita
bre del ciego, murmuró
sin aliento y entrecortada
voz:

—Hijo mío!

—Padre mío!—exclam
ó el marqués que lla
ba como un niño.

—Puedo despedirme...
nadie más que tú cerraré
los mis ojos...

—Viviréis, padre mío.
viviréis, porque no he
de ser sólo destituido la
que el cielo me envía!

—Voy a morir... y mu
y pronto... antes de m
hora. Apenas se ve... Ac
firmate... La muerte se
esperaba... a que yo... te
viese... porque alguna
cha había de... conocer
el cielo...

Apenas podía respirar
el barón. Sólo se podía
dejar los brazos sin p
de temer una pérdida, y

apó desconcertadamente los dedos como si quisiera palpar alguna cosa.

El doctor y Juan, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho y las mejillas por el llanto bañadas, permanecían inmóviles y silenciosos.

El marqués se inclinó sobre el lecho, estrechó entre las suyas, agitadas y ardientes, las manos trémulas y frías del anciano, y las besó con la ternura de un hijo.

—Gracias... — murmuró el barón—. Gracias... E n o te bendiga... como... yo te bendigo...

—¡Padre mío! — exclamó el de Poza con acento ruego.

—Dime... si ya eres feliz... y Blanca...

—Pronto la veré, soy feliz.

—¡Cuánta... es la misericordia de Dios... que me... hace feliz en estos... momentos!

El semblante del anciano se animó repentinamente, brillaron sus ojos por espacio de un segundo y pareció que renacían sus fuerzas.

Al observar este cambio se contrajo la frente del doctor y, después de pulsar al enfermo, dijo:

—Señor marqués, Dios llama al moribundo, y el puesto que ocupáis le pertenece a un sacerdote.

—¡Un instante más! — exclamó el de Poza con acento de conmovedora súplica.

—Ese instante lo reclama su salvación...

El marqués besó la frente del anciano, y con la separación de un cáñamo, le dijo:

—Padre mío, dadme vuestra bendición.

El moribundo extendió su vacilante diestra sobre la cabeza del afligido mozo, y murmuró:

—La paz... de Dios te... acompañe... en su santo nombre... te... bendigo...

El marqués hizo un esfuerzo sobrenatural, aprieta el pecho, besó otra vez la frente del anciano, y al decir:

—Adiós, padre mío!

Salió de su boca un grito desgarrador.

Luego se precipitó fuera del aposento y fué al más solitario a desahogar con el llanto su dolor secreto.

Las palabras tiernas y consoladoras del sacerdo-

se tranquilizaron el espíritu del moribundo. Dos minutos después había entregado su alma al Creador.

Lamentos y sollozos resonaron por doquiera en el sombrío castillo, mientras que los primeros rayos del sol coronaban sus torreones.

Todo aquel día lo pasó el marqués solo en una habitación, hasta que llegada la noche le vino la fatiga, y un pesado sueño cerró sus ojos.

Bien hubiese querido el infeliz enamorado partir a la siguiente mañana, pero no pudo hacerlo, lo que antes se dice al barón sepultura y sin dejar en orden algunos negocios. Perdió, pues, otro día, aunque con harto pesar, y al tercero de su estancia allí, dió las últimas ordenes a los criados que quedaban en el castillo.

—Ya recibiréis noticias mías—le dijo al mayordomo—, cuando tenga necesidad de ósros.

—¿Y a dónde podremos dirigiros cualquier día?

—A ninguna parte. Nada me puede interesar sino el negocio porque me alejo; si me fuese al veros la fortuna, aquí vendré a pasar el resto de mis días. Decid al doctor Pedroso que deseo verle.

Pocos momentos después entró el doctor en traje de camino, botas y espuelas.

—Os vais ya?—le preguntó el marqués.

—Ya os dije anoche—contestó el médico, cuyo rostro expresaba una profunda tristeza—, ya os dije que si dejabais el castillo no permanecería yo en él.

—Pero tan precipitadamente...

—Sólo recuerdos dolorosísimos tengo aquí.

—¿Y a dónde vais?

—A Madrid, donde quizás podré servir de algo.

—¿Venís... conmigo!...

—También tenemos corazón los discípulos de Hipócrates—dijo con amargura Pedroso.

Entrechóle el marqués las manos con cariño y dijo:

—Si, tenéis corazón, y muy noble, muy grande, porque más que nosotros sabéis en muchas cosas lo que hace el sacrificio de vuestros sentimientos y de vuestras afecciones a vuestros sagrados deberes.

¡Grande y santa es vuestra misión, pero el mundo ni la comprende ni la paga!

El marqués y Pedrosó partieron seguidos solamente del escudero Juan.

Al perder de vista los sobrios torreones del castillo, los tres vertieron una lágrima.

CAPÍTULO XLVI

Donde se prueba que no hay nada que acreciente más el cariño ni que inspire mayor confianza que una cena abundante y remojada con buen vino

El paje iba viento en popa en sus amores. Había visto a Inés y se habían jurado eterno amor a las primeras palabras, concluyendo con darse una nueva cita, pero a condición de que cenarian juntos en la afamada hostería de maese Manolóni a la noche siguiente, para lo cual aprovecharía la doncella el tiempo que su señora estuviere en palacio.

Como presumirán nuestros lectores, no faltó el paje a la cita, y tampoco se hizo esperar mucho Inés.

Quiténdose lernuras a porfía encamináronse a la plaza del Arrabal, y entrando en la hostería se posicionaron de una habitación del piso bajo que el hosteleró les tenía reservada.

Sofo una mesa había cubierta con un blanquísimos mantel, y sobre la mesa un enorme velón de cobre con cuatro mecheros que despedían más gases que resplandores.

—*Veniamos cómo nos tratáis*—le dijo Luis al hosteleró—, porque si cumplís lo prometido, la cena os dejará nada que desear. Ya os he dicho que esta cena es de paladar muy delicado.

—*No tendréis queja*—le contestó Maese.

—*Por supuesto, suprimid los macarrones*.

Poco tardó el pantrudo italiano en servir una liebre con salsa de almendra que no hubiese deada-

ñado el más melindroso, y un par de botellas por vía de introducción que hubiesen hecho abrir tremendamente los ojos del capitán, si en aquel momento no variase también una de Arzanda en su aposento, donde había dado fin a una polla y a un par de perdices aderezadas con ajo y pimienta.

—Comencemos. Hermosa Inés—dijo el paje al viendo a la doncella un buen trozo de liebre—. Esta noche me habéis hecho feliz, y quisiera veros contenta y animada.

—Nunca estoy triste, y con más motivo esta noche he de mostrarme alegre—contestó Inés con el sueño semblante.

—Ante todo probemos este vino, que si el trapicero no se remoja la comida no pasa.

—Cuidado, que no soy bebedora.

—Pero un trago a mi salud...

—Un trago, sí—contestó Inés, tomando el vaso lleno que le daba el paje.

—¡Por la firmeza de vuestro amor!—dijo ella, apurando el suyo.

—¡Por la verdad del vuestro!—contestó la doncella, bebiendo también.

—¿Sospecháis aún que os engaño?

—No, porque entonces no cenaría con vos; pero tienen los hombres ya tal costumbre de mentar cuando se trata de galanteos, que...

—No proseguís—interrumpió Luis—; me entretacéis con esas dudas, y quisiera que me pudieses pruebas de mi cariño para que así quedaseis convencida.

—En cuanto a pruebas...

—Una sola os convence, ¿no es verdad?

—Es que...

—Pronto la tendréis. Esta noche hemos de quedar de acuerdo en todo, y si os place, dentro de quince días os llamaré mi esposa.

Las mejillas de Inés se cubrieron de un vivo carmin, no por rubor, sino porque las palmas del manco le produjeron una emoción de inexplicable alegría. ¡Casarse!... Esto era su sueño dorado, como el de todas las mujeres, pero más en ella que en ninguna.

—No lo digo por tanto — contestó bajando la voz.

—¿Acaso no es ese vuestro deseo?

—Pero tan precipitadamente...

—En ese punto no admito réplicas; hace algún tiempo que os conozco, sé que sois honrada, y como sois bonita, graciosa, hechicera como ninguna mujer, como sois...

—Cuidado, que las exageraciones...

—Os juro que si no puedo conseguir mi deseo seré el hombre más desgraciado del mundo! No me améis como yo a vos, pero tengo la esperanza de que con el tiempo, a fuerza de cariño os haré quererme—prosiguió diciendo Luis.

—Pronto habéis juzgado—dijo la doncella, mientras que paría distraídamente un trozo de carne.

—¿Será verdad que me amáis?—repuso Luis con acento apasionado.

Y dejando el cuchillo, cogió y estrechó fuertemente una mano a Inés.

—¿Decidme una vez siquiera! ¿Decidme que me amáis! ¡Ah!... ¿Cuánto os adoro!

Y al decir esto, besó repetidamente la mano de Inés.

—Sí—contestó ésta, procurando desasirse del paño; os amo, pero no os doy libertad...

—Gracias, Inés, gracias... Bebamos por nuestro amor.

La doncella estaba verdaderamente enamorada del paño, y no era extraño que así sucediese, siendo, como él era, un manco de tan rara y varonil belleza. Sin embargo, Inés, voluble y caprichosa en extremo, no hubiera sentido sino un día la pérdida del amor que le pintaba el manco, porque era mujer que pronto se consolaba, porque más que amor era sólo entusiasmo lo que sentía.

Un segundo brindis, en el cual apuraron ambos un vaso lleno, calentó la cabeza de Inés, y sus ojos y expresivos ojos brillaron como dos ascuas.

—Tratémonos como quien somos—dijo Luis—; en franqueza no pueda haber cariño ni expansión, y dejando a un lado el enojoso tratamiento, empecemos por decirte que te adoro.

—¿El primer día?

—Es el mejor en asunto de amores.

—Verdad pero...

—Déjate de cumplidos y hablemos de lo que nos interesa.

—Como quieras.

—Ahora me parece tu voz más agradable.

—Siempre adulaciones — replicó Inés, entusiasmada cada vez más.

—Hemos convenido en que dentro de quince días nos casaremos.

—No habíamos convenido.

—¿Te niegas?

—Ses como más te plazca, aunque yo nada tengo arreglado.

—No importa, en queriendo, todo se hace.

—Pues bien, quedemos conformes—repuso Inés, que estaba enteramente convencida de haber encontrado ya marido—. Como ayer te dije, cuento con unos trescientos ducados de mis ahorros, una sortija de diamantes que me regaló mi señora, y lo que ésta quiera hacer luego por nosotros, aunque no pienso complacerla en una cosa que ha dicho desea si llego a casarme estando a su servicio.

—¿Cuál es?

—Que me quede en su casa y que procure un empleo para mi marido.

—No me gusta ese plan, Inés.

—Ni a mí tampoco.

—Dos cosas me desagradan: la primera no tenerle a mi lado, y la segunda... hablando para entre nosotros, tu señora está siempre metida en mis enredos, y a mí me desagradan las intrigas, mi amigo de la paz, de la tranquilidad, del reposo...

—Pensamos lo mismo—replicó Inés, como si le fuera posible vivir en calma y sin enredos.

—Y ahora que hablamos de las intrigas de la señora, se me ocurre que podemos hacer un buen negocio y ganar por lo menos quinientos escudos en oro en pocos minutos.

—¿Quinientos escudos! — exclamó la doncella admirada.

—Y más aun.

—No sé cómo.

—Ya te lo explicaré, y te advierto, que a la pa

que asegurábamos nuestro porvenir, haríamos un sea, trocaríamos en felicidad la desgracia de dos personas, y evitaríamos un crimen. ¿He dicho suficientes escudos?... mil, dos mil, cuantos nos viésemos en caso de pedir a las personas de quienes hablo.

—Cada vez lo comprendo menos—dijo Inés que expendió la comedia para estar más atenta.

El paje apuró otro vaso, obligó a vaciar el suyo a la doncella, y repuso:

—¿Has oído hablar alguna vez del marqués de Peda?

—¿También tú?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que hace dos meses estoy oyendo nombrar al marqués.

—Me alegro, porque así me comprenderás mejor.

—¿Sepamos.

—Hace seis años que asesinaron al marqués una noche junto a Santa María.

—No lo asesinaron—replicó vivamente la doncella.

—Déjame acabar.

—Te escucho.

—En este negocio sé más que tú.

—Bien puede ser—replicó Inés con cierta ironía.

Mientras hablaba el paje, observaba atentamente el rostro de la doncella para ver el efecto que le causaban sus palabras.

—¿Lo dudas?—repuso el mancocho—, pues ya te responderé. Como te he dicho, al marqués lo asesinaron junto a Santa María, y al año siguiente una dama del servicio de la reina que debía haber estado con él se fué a un convento.

—¿A cuál?

—Al de las Huelgas de Burgos, a donde también enviaron por orden del rey a tu señora.

Inés miró atentamente al paje.

—Pues bien—prosiguió éste—, el marqués no murió, como todo el mundo había creído, hasta en una dama, y ahora la busca por todas partes para saber dónde se encuentra, porque no hace muchos días que ella desapareció del convento.

La doncella palideció.

—¿Y qué tiene que ver—dijo—, nuestra fortuna ni mi señora, con todo ese ruido que probablemente será una patraña?

Luis se sonrió maliciosamente y repuso:

—Ya te he dicho que se trataba quizás de unos escudos de oro.

—No te comprendo.

—Inés, me has dicho que me amas y lo dices

No llegaba ni con mucho a la del paje la altura de la doncella, que iba metiéndose insensiblemente en el lazo que aquél le tendía.

—¡Dudas que te amo!—exclamó admirada y como dispuesta a mostrarse ofendida.

—Lo dudo, porque la reserva y la mentira hayen del amor como el diablo de la cruz—repuso Luis.

Y observando a la doncella, vio que ésta se turbaba, y añadió sin darle tiempo a reponerse:

—Tú sabes dónde está doña Blanca, la prometida del marqués, y no eres tan tonta que no hayas comprendido mi plan.

—¿Orees—replicó Inés, que se había puesto colorada como una cereza—que yo me ocupo de esas intrigas ni sé nada de lo que sucede entre los señores de palacio? Verdad es que mi señora estaba en las Huelgas, que allí fui a buscarla, y...

—Yo concluiré por ti—dijo el mancebo.

—Pero...

—La verdad es que doña Blanca está en poder de tu señora.

—¡Felipe! — exclamó en extremo turbada la doncella.

—Inés—repuso el paje, fingiendo una profunda tristeza—, según voy viendo, esta noche será la última que cenemos juntos. Pensé otra cosa de ti pero me equivoqué.

—¿Quién me responde—replicó Inés—de que tú no eres un espía pagado por el marqués de Pera?

—¿Te propongo acaso algún crimen? Al contrario, con salvar a esa infeliz señora, cumpliré con nuestro deber, y al mismo tiempo harémos nuestra fortuna.

La doncella quedó silenciosa y pensativa, y Luis

firmemente convencido de que Blanca estaba en poder de la princesa.

—Ya lo ves—repuso el mancocho—, no estaba yo equivocao: tú sabes el paradero de doña Blanca, cuya vida está en peligro, y es un deber salvarla a toda costa, y un deber y una conveniencia para nosotros, que podemos sacar mucho partido de este asunto. Te he juzgado mujer de buen corazón, y al mismo tiempo he creído que me amabas, y por eso te he hablado de esta manera.

—Pape—contestó la doncella después de algunos momentos de meditación—, bien puedo ser que me engañes, pero quiero darte una prueba de confianza y de cariño.

—No esperaba otra cosa de tí—dijo el paje.

—Efectivamente, sé dónde está doña Blanca y te daré su suerte. Además, no quiero ser cómplice de un crimen: prefiero serlo de una buena obra, y te encuentro medio de salvar a esa dama sin que yo me comprometa, cuenta conmigo.

—¡Bien, Inés mía!—exclamó el paje en el colmo de su entusiasmo—. ¡Tienes un corazón noble y generoso!

Y apoderándose nuevamente de las manos de la doncella, se las besó con tal cariño, que ella sintió palpar con violencia su corazón enamorado.

—Pongo en tus manos mi suerte—dijo Inés, en apuro turbada.

—No tendrás por qué arrepentirte.

—Ahora, dime lo qué hemos de hacer.

Los ojos negros del paje brillaron con el fuego de una alegría inexplicable, y tuvo necesidad de apretarse el pecho porque se sentía medio ahogado por su misma emoción.

—¿Dónde está encerrada doña Blanca?—dijo.

—En la misma casa de mi señora.

—Pues bien, es muy sencillo.

—Explicate.

—No te faltará ocasión de apoderarte un momento de la llave de la habitación donde está encerrada.

—¿Dónde es?

—Pero lo imposible.

—¿No?

—Fues bien, con un momento, repito, basta para que saques un molde en cera y me lo des.

—Bien, eso puede hacerse, pero después.

—Todo se dilatará... seguimos con orden y una vez conseguido lo primero veremos lo que conviene, según las circunstancias sean y se presenten las ocasiones. Ante todo, procuramos el modo de entrar en la prisión; que luego veremos cómo y cómo conviene poner en práctica nuestros planes.

—Tímida, Felipe.

Nada temas, porque en último caso no puedo acusarte de ningún delito.

—Pero la señora princesa...

—Es vergativa, lo sé; pero me río de sus verganzas como ya otros se han reído de ellas.

—Solo un hombre se le ha burlado, según me dicen en los momentos en que el coraje la coge.

—¿Y quién es ese hombre?

—El que tanto da que decir en Flandes y que tanto dió que hacer en palacio, el diablo de la hermosa capa blanca.

—Que protege al marqués, y por consiguiente nos protegerá a nosotros.

—Falta que esté en España, porque a ser así ya habría sacado de su encierro a doña Blanca.

—¿Asegurarías que no trabaja en este momento con ese fin?

—Entonces no necesitaría nuestra ayuda el marqués.

—Puede ignorarlo, porque ese hombre hace cosas al contrario de todo el mundo.

—Sea como quiera, hagamos la buena obra y aprovechemos la ocasión de tomar unos cuantos escudos.

—Mañana le hablare al marqués.

—Cuanto antes mejor.

—¿Y cuándo me darás la cera para hacer la llave?

—Por la mañana temprano.

—¿Tan pronto?

—Solo de noche, cuando duerma mi señora para poder aprovechar la ocasión.

—¿Dónde te espero?

—Junto al postigo.

—Buen.

—Sacaré la mano y te daré la cera, porque no
tengo exponerme a que me vean.

—¿Nos veremos a la noche?

—En falta.

—Seremos felices, Inés.

—Tal espero.

—Hemos interrumpido la cena sin pensar... pro-
pósito... ¡Masse!—gritó el paje.

El hostelero entró.

—¿Hasta cuándo hemos de aguardar el ponde-
roso pastel de pichones que me habéis prometido?

Pocos momentos después humeaba sobre la me-
sa un enorme pastelón, y los amantes continuaron
agrupados su cena, hasta que advirtiéndolo Inés
que era bastante tarde, blindaron por su futura di-
cha y salieron de la hostería.

Media hora después volvió el paje, y ya alegre,
ya mediatibundo, encerróse en su aposento y se
acostó.

El capitán dormía profundamente.

CAPITULO XLVII

De cómo siempre tras una alegría viene un pesar

Al siguiente día madrugó el paje y fué en busca
de Inés. Esta cumplió su palabra: había moldeado
en cera las guardas de la llave, aprovechando el
auso de su señora la noche anterior.

A las once de la mañana encaminóse el manco-
xo a casa de doña María de Mendoza, contento por
el éxito de sus primeras tentativas, y pensando en
aprir también en socorro de la hija de don Juan.

La dama lo recibió con muestras de la amistad
más sincera, y apenas lo hubo saludado, le dijo:

—He riato al marqués.

Él no pudo reprimir un grito de alegría.

—¿Dónde está?—preguntó afanosamente.

—En Madrid, y se hospeda en la hostería de "Italiano..."

No pudo terminar doña María su explicación porque la interrumpió el mancebo con una exclamación enérgica y un ademán de coraje.

—¡Vive el cielo!—dijo a la vez que apretaba los puños—. ¡Tan cerca de mí, quizá en la habitación inmediata!

Y sin detenerse un instante, se puso de un tranco fuera del aposento, bajó de tres en tres los escalones que conducían al zaguán, y como el que huye de la muerte, corrió desalentado hasta llegar a la hostería.

La primera persona que encontró fué al hostelero que bajaba la estrecha escalera, y cuya enorme barriga impidió el paso a nuestro mancebo.

—¿Cuál es—preguntó éste—, la habitación del señor Alonso de Burgos?

—¡Que me reventáis!—exclamó maese Manción al sentirse aplastado por Luis, que pujaba por pasar.

—¿Cuál es su habitación, hostelero de Satanar?—replicó el mancebo, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

—Pero señor, esperad que yo baje o suba.

—¡Vive el cielo!—exclamó Luis apretando más y más y amenazando con el puño al hostelero.

—¡Que me ahogo!

—¿Contestaréis, bribón descomulgado? ¡Por el infierno que si no dejáis a un lado esa barriga!

—¡Ay!—gritó maese casi sin aliento.

—¿Dónde está el señor Alonso?

—No vive... aquí...

—¡Mientes, bribón!

—Anoche... ¡Que me reventáis!... anoche se fué.

El paje exhaló un grito; relumbraron sus pupilas, y, apretando los puños con rabia, exclamó:

—¡El infierno se conjura contra mí!

—Está loco—murmuró maese Manción mientras que, descomulgado ya del mancebo, retrocedió, subiendo la escalera y exhaliendo un suspiro.

—Venid acá, hostelero, o diablo, ave de mal agüero—dijo el paje.

—Subid o bajad, señor; de otro modo no me servirá de aquí, porque no estoy de humor de que me aplastéis.

—Vamos a mi aposento; tenéis que contestarme a varias preguntas, y si no me decís la verdad... ¡voto a San Dimas!... si mentís, el señor Pero se ahogará de vuestra barriga.

No agradó mucho la amenaza a maese Mancio, porque sabía que el capitán era hombre que tomaba como asunto de broma el meterlo tras una puerta y pensarlo hasta convertirlo en pergamino. Así, pues, receloso y mirando atrás como quien observa si el camino está expedito para huir, siguió al marcho y ambos entraron en la habitación de este, donde el señor Pero se pasaba con impaciencia aguardando la hora de comer.

—Me alegro—dijo el soldado—que hayáis venido. Si os parece, pediremos la comida.

—No se trata de eso—le contestó el paje—, sino de que escuchéis lo que voy a preguntar a maese, y si no me responde con claridad le saquéis de un golpe la barriga por el espinazo.

—Eso es asunto que merece la pena de suspender la comida—repuso el capitán, a la vez que extendió los brazos como si se dispusiese a obedecer al paje.

—Señores—dijo el hostelero, algo turbado—, no aseguréis de mi debilidad...

—Silencio y responded—le interrumpió el marcho.

—Preguntad lo que os plazca.

—¿Dónde está el señor Alonso de Burgos?

—Estuvo en mi casa; pero ya se fué.

—¿Aquí en vuestra casa, tan cerca de nosotros?

—Contestó el capitán, descargando sobre la mesa una patada—. ¡Y no nos habéis dicho...! ¡Voto a los legiones de demonios!

—¿Pero me habéis dicho algo?...

—Silencio y no preguntéis—respondió el paje—; esto es lo que os toca contestar.

—Contestaré.

—¿Cuándo vino?

—Ayer por la mañana.

—¿Cuándo se fué?

—Por la noche.

—¿Habéis notado alguna cosa digna de referirse?

—Que me pagó como un duque.

—Eso no nos importa.

—Entonces...

—¿Sabéis por qué se fué tan pronto y a dónde fué?

—No sé más sino que vino a buscarlo un hombre que dejó muerto a la puerta el caballo que traía.

—¿Sabéis lo que habló ese hombre con el señor Alonso?

—No lo sé.

—¡Mentira!—exclamó el paje, clavando una terrible mirada en maese Manolón.

Este tembló, y repuso:

—Es la verdad, señor hidalgo, y sólo oí tres cosas que se oyeron algunas voces en el aposento del señor Alonso; que su escudero ensilló los caballos y que partieron como dos flechas.

—Pero, ¿a dónde han ido?

—Por casualidad al que nombraban a Toledo; pero no sé más.

—Basta—dijo el mancocho—; retiraos, y creed que nadie sepa que he tenido con vos esta conversación.

—Seré mudo—dijo el hostelero.

—Traed la comida, señor bribón—le dijo el capitán.

Y luego que salió maese, preguntó al paje:

—¿Qué significa todo esto?

—Lo que habéis oído, ni más ni menos: que hemos tenido a nuestro lado al marqués.

—¡Voto a Satanás!

—Pero ya sabemos que está en Toledo, y si esta noche no ocurre nada de particular en mi entrevista con Inés, iremos a buscarlo y volveremos mañana por la tarde.

—¿Y cómo habéis sabido que estaba aquí?

—Por doña María de Mendoza.

—Ahora no ha de escapárenos.

Comieron nuestros amigos.

Llegó la noche, y el paje fué en busca de la boda.

Largamente hablaron los amantes sobre el proyecto de salvar a Blanca; pero no encontraron modo de dar paso alguno en él, y aplazaron la acción para el siguiente día.

—¿Nos veremos mañana?—preguntó el mozo a la doncella.

—Sí, a la hora de costumbre.

—¿Por dónde saldrás?

—Por el postigo, para evitar murmuraciones.

—¿Acaso por aquella parte de la casa no hay guardas que observen?

—A nadie se ve en el pasillo a donde da la puerta, ni en el patio a donde desemboca, ni en la escalera enrejada que en éste se encuentra, ni en las habitaciones que van después, y que están siempre solitarias.

—¿Lástima—repuso el paje—que por ese lado no esté la prisión de doña Blanca!

—Muy cerca, y la única ventana que tiene da al patio de que os he hecho mención.

—No necesito más—dijo para sí el paje.

Y luego añadió, en voz alta:

—Creo que saldremos bien con nuestra empresa.

—Dios lo quiera, porque mill escudos...

—Que son los que me ha prometido el marqués.

—Seremos felices.

—Adiós, Inés mía.

Un cuarto de hora después de esta conversación, y cuando los relojes de la villa señalaban las diez, el paje y el capitán montaban a caballo y, a buen trote, tomaban el camino de Toledo.

No parecían, como el de Poza y su escudero, dos fantasmas que cruzaban llanuras y trepaban montañas, desapareciendo apenas parecían.

Caminaban sossegadamente y departían, ocupándose de todo, como quien tiene de antiguo la costumbre de verse en tales casos y no apresurarse mientras la prisa no ha de reportar ningún provecho.

Pasaron las horas.

El resplandor de la luna mezclóse el del matasol crepusculo,

Comenzaron a palidecer las estrellas y transparenciarse el azul del horizonte.

Luego tomó el cielo un color sonrosado, y se ocultó la luna y no se vió un lucero.

El aire húmedo y frío de la madrugada llevó en su pausada corriente el lejano canto del gallo que preguntaba a la aurora por el sol.

Algún jilguero gorjeó escondido entre el verde ramaje de un árbol, mientras sacudía sus pintadas alas, preparándose a vender su vuelo.

Cuando no se ha dormido una noche, se despierta, al ver los primeros resplandores del día, una emoción de melancólica duizura que a nada puede compararse; quieren abrirse los ojos para mirar los débiles rayos del sol que coronan la cumbre de algún monte o reflejan en las pizarras de algún campanario, para contemplar las trenzas de algún arroyuelo o las gotas de rocío que salpican o se oscilan pendientes de la puntiaguda extremidad de una hoja; pero los párpados caen pesadamente como si los cerrase una mano invisible, y se duerme por un instante, sin dormir, y se duerme estando despierto, y las ilusiones más gratas, más halagadoras, acarician la mente. Este es el sueño más dulce de todos los sueños. Y así se lucha flojamente, hasta que una sensación violenta hace recordar a nuestros sentidos su energía, y entonces se despierta del todo: la realidad nos hace sentir diferentes emociones, se crispan fácilmente nuestros nervios, incomoda el soplo del céfiro y procura uno resguardarse de él, enfada la cristalina perla de rocío que se desprende de la verde hoja y cae sobre la nariz o un ojo; se siente la necesidad de comer, la de descansar y todas las necesidades que torturan al hombre, y se ven todas las miserias, todas las pequeñeces, y comienza la lucha de las virtudes con las pasiones, de la voluntad con la impotencia.

Nuestros caminantes subieron hasta la nariz el embudo de sus capas, y calaron hasta las orejas sus sombreros.

Salió el sol.

El capitán bostesó, y restregóse los ojos al mancebo, a la vez que decía:

—Se nos ha hecho tarde.

—Ya apretaremos el paso — contestó el señor
Pru.

—¿Estáis seguro de que no habéis perdido el ca-
mino?

—¡Por los cuernos de Satanás!... Bueno estaría
que yo hubiese olvidado el camino de Toledo.

—Pero de noche...

—Buena luna teníamos y además, con los ojos
trucos me atrevo a ir.

—¿Falta mucho?

—No.

—Me alegro.

—¿Veis aquel punto blanco hacia la izquierda?

—Sí.

—Es la venta de San Ildefonso, y allí debería-
mos echar un trago de aguardiente para calentar
el cuerpo.

—No conviene que nos detengamos.

—Basta un minuto.

—Y que pueden conocernos...

—¿Qué nos importa?

—Mucho.

—Adelante, pues.

Appeararon a los corceles y anduvieron buen tro-
zo de camino.

—Por allí—dijo el mancocho—vienen tres jinetes.

—¿Serán conocidos?

—Procurad ocultaros el rostro.

Los que venían de la parte de Toledo apretaron
el paso, y cuando llegaron a la venta, más pronto
que nuestros conocidos, apeáronse y entraron ace-
leradamente.

—O van muy fatigados, o tienen mucha han-
ga—dijo el capitán—. ¡Dichosos ellos que van a
calentar su estómago!

—¿Qué sabéis si alguno está enfermo?

—Todo puede ser, pero su ligereza indica que se
sienten sanos.

—¡Más deprisa hasta pasar el mesón!—gritó el
jefe.

Y obligó a su caballo, que partió como una fle-
cha.

El capitán lo siguió, y bien pronto, entre una
nube de polvo, dejaron atrás la venta.

Los que dentro estaban eran el marqués, el doctor y Juan, que se habían metido allí por temor de ser conocidos.

¡Otra vez sin encontrarse, estando tan cerca!
El paje y el soldado siguieron su camino.
Llegaron al fin al castillo.

Un silencio profundo reinaba por doquiera, y hasta las aves parecían haber enmudecido.

El capitán llamó a la puerta con repetidos golpes, cuyos ecos fueron a perderse entre las estancias de los vecinos montes.

Algunos momentos después abrió un criado, cuyo semblante triste y aire distraído llamó la atención de los caminantes.

—Decídmelo—le preguntó el mozo—, ¿está en el castillo el señor Alonso de Burgos?

—Hoy mismo le apartado.

—¡Ira de Satanás!—exclamó el señor Pero.

—¿Y a dónde ha ido?—repuso Luis.

—Lo ignora—contestó el sirviente.

—No importa; decid al señor barón...

—El señor barón ha muerto.

Luis palideció, y al pronto no pudo articular una sílaba. Se había desvanecido su última esperanza.

—¿Quién sabe—dijo al fin—el paradero del señor marqués, o del señor Alonso, si así más os place nombrarlo?

—Nadie, señor; no ha querido decir a dónde iba; la única persona a quien pudiera haberse confiado sobre este punto es al doctor Pedroso, y éste lo acompañaba.

—¿Quién más va con ellos?

—Un criado.

—¿Es Juan?—preguntó el señor Pero León.

—El mismo... ¿Cómo sabéis...?

—Son los que han entrado en la venta...

—Si caminan hacia Madrid y vos venís de allí, debéis haberlos encontrado cerca de la venta de San Ildefonso.

—¡Voto al infierno!

—No nos engañéis.

—Os juro por la memoria del señor barón que cuanto os he dicho es la verdad.

—Fázanos a Madrid.

—Nuestros caballos no pueden llegar si no des-

cansa...

—Tenéis razón.

—¡Se conjura contra nosotros la fatalidad!

—Buen hombre—dijo el marcebo al sirviente—, ¿tenéis noticias del señor marqués, cuidad que llega a la suya que ha venido a buscarlo el diablo...

—Ya sé quién sois...

—Y si dudáis...

—Os creo; y en prueba de que es así, os ofrezco millos si queréis trocarlos por los vuestros.

Nuestros amigos aceptaron de muy buena voluntad, y antes de un cuarto de hora montaban sus pezas, con las cuales podían casi comprometerse a alcanzar al marqués, si éste no caminaba muy de prisa.

—Estoy en ayunas, amigo mío—dijo el capitán al sirviente—, y ya que mi compañero no quiere detenerse para almorzar, dadme siquiera un trago de aguardiente.

—Lo haré con mucho gusto—contestó el doméstico—; pero mejor fuera que tomaseis un bocado siquiera...

—No podemos perder un minuto; gracias, buen hombre. Y vos, capitán, bebed el aguardiente y vámonos a Madrid, que tal vez encontraremos aun en el camino al marqués.

El criado entró en el castillo, volviendo poco después con un vaso y una botella de aguardiente.

—No es menester que enuncieis el vaso—le dijo el capitán—, Dadme la botella.

Y tomándola, apuró más de una tercera parte de su contenido.

—Ahora me tenéis a vuestras órdenes—dijo el marcebo.

Ambos emprendieron nuevamente la marcha, y cuando hubieron salido al camino real, pitaron a las corceles y siguieron hacia Madrid con velocísima carrera.

Pero el marqués llevaba mucha ventaja, y también caminaba de prisa, por lo que el paje se convenció de que no podría darle alcance y que sólo

conseguirían matar los caballos si se obstinaban en seguir corriendo.

Dejémoslos, y veamos lo que era del de Fern y sus acompañantes, que, siempre tristes, melancólicos y silenciosos, avanzaban hacia la coronada villa.

CAPÍTULO XLVIII

De cómo el capitán tuvo ocasión de divertirse

Caminaba el sol hacia el ocaso, y el marqués, el doctor y Juan entraban por la que fué Puerta de Morta.

Pocos pasos anduvieron, cuando dos hombres que atravesaban la calle detuviéronse repentinamente, fijaron una mirada escudriñadora en el marqués, y, recatando luego el rostro, volviendo atrás y se ocultaron tras una esquina oscura que pasaron los caminantes.

Siguéronlos a alguna distancia, aunque sin perderlos de vista, y los jinetes, preocupados con sus tristes recuerdos, no echaron de ver que los espiaban.

Llegaron a la plaza del Arrabal, detuviéronse a la puerta de la hostería, y después que el de Fern y sus acompañantes hubieron entrado, uno de los hombres que los seguían dijo al otro:

—Ya sabes que no has de moverte, y si sales al guelo, porque de esta vez no ha de escaparse este en el camino de Burgos.

—Vete, y descuida—le contestó el otro.

—Pronto vuelvo con las órdenes que me da la señora princesa—repuso el que había hablado primero.

Y luego se alejó a buen paso, y en pocos minutos llegó a casa de doña Ana de Mendoza, y al detenerse a que pasaran aviso, entró en un gabinete donde la dama estaba en dulce coloquio con el ministro Antonio Pérez.

—Perdonadme, señores—dijo Ganés, que no era
yo el dueño de la casa—; perdonadme, pero acabo
de ser el marido de Tonia...

Al marces la Florida incluyó la dama, me-
selemente de su asiento y a la vez que pal-
abra.

El ministro hizo también un movimiento de sor-
presa y dijo al secretario:

—¿Estás seguro de no haberte equivocado?

—Le aseguro bien, señor.

—¿Dónde está? —repuso la princesa, en cuyo
rostro se pintó la más clásica alegría.

—Acaba de llegar a Madrid, y se ha hospedado
en la hostería del Italiano, que está en la plaza
del Arsenal.

—¿Cómo es que lo has cogido?

—Allí ha quedado Felipe mientras yo venía a
hacer el aviso.

—¡Oh! —exclamó doña Ana, cuya agitación
apenas le dejaba hablar—; ¡No se escuapara esta
vez!... ¡Los dos, los dos en mi poder!... ¡Ah!...
¡Que venga el diablo ahora a capturarlos!

Una carcajada sarcástica salió de los labios de
la princesa, y luego oscureciéndose su hermoso
rostro, prosiguió:

—Señor Pérez, ya sabes donde hay un criminal;
¿me vas a satisfacer la justicia?

El ministro sonrió levemente, y acercándose a
ese mesa donde había recién de escribir, puso una
carta dirigida al alcalde mayor, y se la entregó a
Ganés.

—¡Tened—le dijo—, y no perdáis tiempo; id de
prisa, pero no a caballo, porque las cunas pueden
estar rotas.

El asereno rechinó los dientes, y, sin reparo a la
presencia de su señora ni a la del secretario de Es-
tado, contestó:

—¡Vive el cielo, señor Antonio Pérez que han
de pagaros con creces la multa! ¡Vivo al infierno
y a todos los demonios que lo habitan que he de
cumplir mi juramento de hacer cunhas con el pe-
digo del estradero!

—¡Tal vez—repuso el ministro, moviendo la ca-
beza con aire de duda—; mucho me temo que la

capa blanca es riesgo como a los carriles de Ferrocarril. No estará muy lejos el día en que se le dé todo lo que merece, pero que se burle en el momento.

—¿Y mostrará tanta calma en el momento de ser vencido por un rapaz miserable?—dijo la persona con aspecto de amarga reconstrucción.

—¿Qué adelantaría con ofenderme? Ya lo sé, el día en que, a consecuencia de la agitación que se ese a quien llamas rapaz, aunque es un hombre valiente como pascos o alcapitas, le suceda una desgracia, y entonces el tribunal será impotente. Los Gineas, losos, que el tiempo pasa, y queda la culpa. El señor alcalde irá con vos y le dará guerra que le auxilie, porque no es el marques de... que le deje prender fácilmente.

—Ya lo veremos.

El asesino salió para cumplir las órdenes que le habían dado, y media hora después entró en la plaza del Arrabal, precedido del alcaide mayor, casa y corte y diez alguaciles armados de largas espadas, y cuyos pálidos rostros e al... radas demostraban claramente que no les faltaba nada consigo, porque entre ellos había entrado la voz de que iban a prender al marqués de Pozo, ya acababa de resultar, y de que esto era lo que más miedo les infundía el famoso diablo con la más famosa capa blanca en el mundo del mundo.

Para prender a indefensos, emborazar gente, y embolzar pecunias, no hay gente de más valor que los alguaciles: pero en tratando de hacerlos con quien tiene buena guita y mala paciencia, quien no ha de pagar costas no se da ni diez y dar perances, entonces son los hombres más prudentes y cautelosos. Por lo menos, así eran los alguaciles del siglo XVI; no sabemos si ahora son mejores o peores, porque tenemos tal trasto a la gollilla y a todos sus adherentes, correspondientes, agregados y posidatos, que no hemos podido darnos a estudiar la alguacilesca troga de este siglo.

Attravesaron la plaza, mirando a derecha e izquierda, adelante y atrás, por si veían alguna capa blanca, y, recorriéndose el oído los...

corras y corbates, y con la diestra en la empuñadura de la alizona los más prudentes, llegaron a la puerta de la hostería.

El alcalde entró seguido de Ginés y del otro señor y preguntó a maese Mancebón:

—¿En qué aposento está un caballero que dice llamarse Alonso de Burgos?

—¿El señor Alonso de Burgos?—repitió el hostelero mientras se quitaba su blanca gorra.

—El mismo, sí...

—Perdone vuestra señoría; pero como...

—¿A qué?

—El señor Alonso está arriba, y, por más señas, ya se ha ido mucho que llegó...

—Quisimos sin darle ningún aviso.

—Buen señor.

—¿Sapongo que me conocéis?

—Y aun cuando no fuese así, la gente que os acompaña... que acompaña a vuestra señoría...

—Cinco de vosotros—dijo el alcalde a los alguaciles—me seguiréis, y los otros cinco se quedarán guardando la puerta para que no entre ni salga nadie.

Ninguno se movió, porque todos hubieran preferido quedarse fuera.

—Vámonos—repitió el alcalde designando a los que debían seguirle.

—Esto me huele a prisión—dijo el hostelero.

—A vos, señor huésped, os toca callar y obedecer—replicó el alcalde.

—¿Quién será el señor Alonso?—murmuró maese Mancebón. Todos le buscan, ayer mismo...

Interrumpióse Mancebón, porque se acordó de la orden del paje; pero luego añadió:

—No parece sino que lleva el diablo consigo...

—¿Qué decís del diablo?—preguntaron a la vez algunos alguaciles dando un paso atrás.

—Nada, sino que estos trastornos...

—Os entiendo, señor huésped—dijo Ginés, acercándose al hostelero—. Sabéis que el diablo protege al fugido señor Alonso de Burgos y no tendréis inconveniente en declarar dónde se encuentra con su compañero.

Maese Manolón salió a Charro con cautela y se encogió de hombros.

—¿Me habéis escuchado?— dijo al alcide.

—No sé lo que me decís— contestó el alcide.

—Señor alcide— dijo Maese Manolón—, ¿no ve vuestra señoría que el diablo me ha metido en el diablo de la casa?—

—¡Jesús, María y José!— exclamó el hostelero—, ¡El diablo es Polvo de el diablo de la casa!

blanca! ¡Dios me libre de la casa de la casa! No sé hablar mucho de el diablo ha sucedido a toda el mundo; pero esto no quiere decir...

—Irás preso— interrumpió el alcide.

—¡Señor!— exclamó Maese Manolón temblando y con acento compungido—, ¡Señor, que me pierda vuestra señoría; que soy ajeno...!

—Silencio, y conduciéndonos a la habitación del señor Alonso— dijo Ginés—, que va a se de aplicación un par de cuñas para que camale claro.

El hostelero palideció, y quiso arrodillarse para suplicar; pero le detuvo el alcide y le mandó que subiese para designar el aposento del marqués.

Ya había cerrado completamente la noche.

La presencia de los alguaciles había llamado a muchos curiosos, y en pocos momentos gran multitud de personas se apiñaba delante de la portería.

Maese Manolón, pálido, convulso y perdido de pavor, con un candil de garabato en la mano izquierda y con su blanco gorro en la derecha, subió la estrecha escalera que conducía al piso superior, yendo delante de todos y detrás de su enorme arriga.

Seguíanlo el alcide, Ginés y los cinco alguaciles, todos espada en mano, atento el ojo la mirada escudriñadora, conteniendo apenas la respiración y con silenciosos pasos.

Los pálidos y vacilantes reflejos de la luz del candil aumentaban la palidez de los rostros de aquella genta, entre cuyas negras vestiduras relucían los corrales y manillados de los cuerdos de alito. Sólo la redonda figura de maese Manolón, con su anchísimo mandil blanco, se destacaba entre aquella oscura masa, como si fuese un sistema seguido de una legión de diablos.

Apresurados habían en la escalera.

Todos procuraban quedarse detrás; pero ninguno se quedaba en su puesto ni que tenía delante, sino que, por el contrario, procuraba guardarse con el para que le sirviera de parapeto en caso de apuro.

Don Ginés demostraba valor, y aun ansiedad, por hallarse frente a los perseguidos, y en particular al aciago escudero, que se había burlado de él en el casino de Burgos.

Llegaron arriba, y a los pocos pasos que anduvieron por un corredor detúvose el hostelero y señaló con la mano hacia una puerta que estaba cerrada. Entonces se miraron los unos a los otros, escuchando y oyeron el murmullo de los que hablaban por la otra parte, y el ruido de platos y vasos.

El marqués y el doctor cenaban en aquellos momentos, y Juan procuraba hacerles olvidar sus malos recuerdos tomándose la libertad de hablarles mucho y de asuntos diferentes.

Pasados algunos instantes, el alcalde hizo señas a los alguaciles para que entrasen; pero como el ruido les sujetaba con su invisible y poderosa mano ninguno se movió, sino que, por el contrario, miraron disimuladamente y de reojo hacia la escalera, como para convencerse de que estaba exacta la salida; lo cual visto por Ginés, hizo un gesto despreciativo, y, sin más detenerse, acercóse a la puerta y la abrió violentamente.

Aprovechóse el hostelero de la turbación general para escurrirse por la escalera, después de apagar el candil; los corchetes extendieron hacia adelante el brazo derecho y la tizona, y doblaron el cuerpo hacia atrás, quedando luego inmóviles como estatuas, y Ginés dió un paso en el interior del aposento mientras sus ojos relucían como dos azules.

Una exclamación de sorpresa exhalaban al mismo tiempo el marqués, el doctor y Juan; pasados en pie, desenvainaron los aceros, y gritaron:

—¡Adelante!

Fue esta orden, dada con acento de las más altas autoridades, no detuvo a Ginés ni a los alguaciles, que, mandados por el alcalde, entraron juntos en el aposento.

Nos es preciso, aunque ligeramente, decir la respectiva situación que sobre el terreno ocupaban los personajes de tan interesante escena.

Nuestros amigos se habían colocado detrás de la mesa en que cenaban, y tenían a su espalda la ventana de que ya hablamos en otro capítulo. Allí, con los aceros desnudos y el ánimo resuelto, se disponían a defenderse hasta perder la vida antes que dejarse aprisionar.

A la otra parte de la mesa estaban Goya el alcalde y los alguaciles, que habían quedado dispuestos un instante para examinar la habitación y acometer con más seguridad.

El alcalde mayor, antes que empezase la pelea, que indudablemente había de costar mucha sangre al uno y al otro bando, dijo al marqués con toda la atención y finura que las circunstancias requerían:

—Señor marqués grata es mi sorpresa al ver vivo cuando por muerto os tenía; pero siempre es el alma que nuestra primera entrevista sea para asunto tan desagradable como el presente, y de esto estaréis convencido si no habéis olvidado que, en mejores tiempos para vos, nos tratábamos como amigos. Pero tengo que cumplir con mi deber: las órdenes que he recibido son terminantes, y no puedo dejar de llevaros preso. Sentiré que intéis la resistencia, porque nada adelantaría sino que se derramase inutilmente la sangre de los que como yo vienen a cumplir con su deber y la vuestra. No sois más que tres contra los presentes y la gente que he dejado abajo y que acudiré a mi llamamiento. Dejad, pues, la espada y seguidme que mejor librado saldréis no acumulando a la lista de que se os acusa el delito de haber desafiado a la autoridad.

—Antigua amistad nos une, señor conde—contestó el marqués con pausado tono y demostrando una admirable serenidad—. Mucho siento tener que presentaros la punta de la espada en vez de estrecharos cordialmente la diestra, como en otro tiempo; pero ya comprendéis todo lo crítico de mi situación; mejor que yo sabéis que me espera una hoguera, como a mi desdichado y noble padre; y

al hermano, y me conocéis lo bastante para estar convencido de que preferiré morir defendiéndome a morir en una horca envilecido y haciendo sonreír a mis enemigos ruines y cobardes. Aprenderé a cumplir mis deberes y no puedo pedirlos que me permitan el vuestro, ni miraré como personal digna el que hagáis todos los esfuerzos posibles para aprisionarme. Señor conde, vuestro honor, vuestra lealtad al rey, vuestro respeto a la autoridad que representáis y a la justicia, cuyo ejercicio a esta encomendado, exigen que no perdonéis nada para cumplir vuestra comisión. En nombre del rey me habéis requerido a dejarme prender; yo no se lo concedo, y para que no gastéis en balde ni el tiempo ni las palabras, os juro que haré la más obstinada, la más desesperada resistencia hasta perder la vida. Ya sabéis que cumplo mis juramentos.

Asombrado estaba el alcalde de que era tiempo perdido el que se emplease en querer disuadir al de Burgos de su intento de resistir, y por esto, y para probar todas las fórmulas, requirió por tres veces a un camarado mancebo, y después de recibir otras respuestas, dijo al doctor y a Juan:

—¿Y vosotros estáis decididos a prestar ayuda contra el rey, a quien represento?

—¡Por Santa Brígida, mi patrona!—exclamó el agudero—. ¡Por tan ruines y cobardes nos tenéis que pensáis que hemos de abandonar al que se ve así y perseguido? ¡Venga esa tropa de corchetes, que pronto rodarán por el suelo, y, sobre todo, después que me las entienda con ese desorejado escudero de doña Ana, que tendrá deseos de que le pague cierta broma que le di no hace mucho tiempo en el camino de Burgos.

—¿A qué gastar palabras en balde?—gritó Gil, que apenas podía reprimir los impetus de la ira—. ¡A ellos, camaradas!

Y lanzándose sobre nuestros amigos, siguiéronle los corchetes y comenzó la función.

Allí era de ver cómo se daban lajos y estocadas, y echábanse al encontrarse los aceros, rodaban los cascos y avanzaban a retrocedían los combatientes, y maldicían o se amenazaban o exhalaban ayes

y gritos y relumbraban las pupilas de todos y chocaban los dientes.

Grande era la confusión, más el estruendo y por rarísima casualidad sosteniéndose sobre la mesa el tallo que iluminaba el aposento, y a no suceder así seguramente se hubiesen. Pero unos a otros les de un mismo bando en medio de la obscuridad, porque no era fácil que el hostalero se hubiese dado a meterse con su capdill entre aquella gente armada y ciega por el coraje.

Rodaban hechos mil pedazos los platos y vajillas; quien tropezaba con un pastel relleno de chichones, cual otro se resbalaba en la salsa hambro, te aún de una perdiz, costándole la vida su descuido, y cual, rota su sizona y no acertando a encontrar la daga, acometía con un cuchillo de rompuista que encontraba a mano, y que era tan inútil para herir como para defenderse.

Dos alguaciles estaban ya por el suelo, muertos o heridos, que lo mismo es para el caso, y otro apenas podía seguir defendiéndose ni acometiendo porque le cegaba la sangre que brotaba de una herida que había recibido en la frente.

Los otros dos corchetes empezaban a retroceder, acobardados por la suerte que había cabido a sus compañeros, y sólo Ginés peleaba denodadamente, demostrando el mayor arrojo.

El alcalde, no por cobardía, sino por bien entendida prudencia, no había tomado parte en el combate, y viendo que su gente disminuía y al mismo tiempo heridos estaban los otros, creyó muy del caso pedir refuerzo, y, asomándose a la puerta gritó: — ¡Todos arriba!

Los alguaciles que habían quedado en la plaza subieron, no sin dar diente con diente convulsos por el enemigo del miedo, pues con razón maldecían que el asunto no estaría en muy buen estado cuando a toda prisa se demandaba auxilio.

Pero no bien habían traspuesto la escalera, cuando rompiendo por entre la curiosa muchedumbre que aun permanecía en la plaza, llegaron dos jinetes a la puerta de la hostería, apeáronse y entraron, mostrando en su semblante la sorpresa.

Maceo Manríquez les salió al encuentro.

—¡Por la santa Madona de los afligidos!—exclamó lleno de espanto—. ¡No paséis adelante si estáis en algo la vida!

El aspecto de maese y el ruido de los golpes y voces que se aumentaba cada vez más en el piso superior, excitaron vivamente la curiosidad de los señores llegados, que no eran otros que el paje y el capitán.

—¿Qué acontece?—preguntó aceleradamente el manco.

—Se matan, se hacen pedazos!... ¡Por la santa Madona!...

—¿Quién? ¿Por qué?

—El señor Alonso.

—¡Vive el cielo!—exclamó Luis echando mano a la espada.

—¡Va de Satanás!—gritó el señor Pero, blandiendo su larguísima tizona.

El paje volvió su capa al revés, de manera que se convirtió de negra en blanca, y, seguido del capitán, lanzóse hacia la escalera, a la vez que gritaba:

—¡Una luz, maese, o te mato!

Se asustó el hostelero a desobedecer una orden terminante, y, volviendo a coger el candil, salió temblando tras el manco y el capitán.

En los momentos que habían transcurrido desde que el alcalde pidiera el socorro hasta que llegaron Luis y el señor Pero al lugar del combate, el aspecto de este había variado, y para que nada se pierda de tan singular acontecimiento, memoraremos los hechos de la alguacilesca tropa, volveremos al punto en que dejamos el teatro de la pelea.

Débanse como ya hemos dicho, furiosos golpes, y año tras año tres contra tres combatían, pues el alguacil herido en la frente tuvo que abandonar el aposento porque se sintió desfallecer por la falta de sangre.

El marqués y los suyos creyeron que serían favorecidos con la victoria.

—¡Ánimo, señor!—gritó Juan, que pudo al fin acercarse frente a Ginés—. Os dejo un corcheta y voy al señor doctor; en dos cuchilladas los quitáis

de enmedio; el adversario más temible es este desorejado, y yo me encargo de él.

—¡No has de quedar para contarla, vive Dios! —dijo el escudero de la princesa—. ¡Jure barto cincoas de tu pellejo, y ya verás!...

No pudo proseguir el asesino, porque tuvo que poner toda su atención en parar un horrible taj que le asió Juan a la cabeza, y del cual libró milagrosamente la vida. Entonces acabó de conocerse de que su adversario era muy temible, y como no había para qué observar allí leyes de buen combate, cogió una silla, levantóla colocándola horizontalmente, y, sirviéndose de ella a modo de parapeto, arremetió a Juan, que en aquel instante le dirigía una estocada.

El acero del fiel sirviente del marqués tropezó en la silla, y quiso la desgracia que se rompiese en dos pedruzos, dejando sin defensa a su dueño.

—¡Encomienda tu alma! —gritó Ginés mientras dejaba escapar una carcajada de horrible sarcasmo.

Indudablemente el valeroso Juan hubiese perdido la vida, si en aquel mismo instante su amo, libre por haber dado la muerte al alguacil que delante tenía, no acudiese en su ayuda, hiriendo, aunque levemente, a Ginés en un costado.

No quedaba a Juan otra defensa que su agilidad y su imperturbable serenidad. Vióse desarmado, oyó el tropel de los alguaciles que acudían al llamamiento del alcalde, y, comprendiendo que al fin y al cabo sucumbirían al crecido número de los enemigos, pensó en buscar un medio de salvación más seguro que el de la resistencia, que no podía prolongarse. Entonces echó una rápida ojeada por todo el aposento, y, contemplando por un segundo la ventana, dijo al marqués:

—¡Haced cuantos esfuerzos podáis para resistir y, sobre todo, no permitáis que ninguno se me acerque!

Esto diciendo, con una velocidad incomparable, acercóse a la cama del marqués, tomó una sábana, y, abriendo la ventana, la echó a la parte de fuera y sujetó por dentro una de sus puntas.

En aquel instante entraron los otros cinco alguaciles.

—¡Que les corten la retirada!—gritó Ginés.

—¡Por aquí, señor!—dijo Juan, mientras recogía la espada de un corchete muerto.

Los cinco alguaciles se habían lanzado sobre nuestros amigos y en el tropel de la acometida dieron con la mesa en tierra y rodó el velón, quedando a oscuras.

—¡Que se escapan, ira de Satanás!

—¡Otra vez a la puerta, y que nadie salga!—gritó el alcalde.

—¡Cien legiones de demonios!

—¡A la puerta!

—¡Luz, venga luz!

Al se oyó gritar, y cuando los corchetes, confundidos y aturdidos iban a salir del aposento, penetró en este la luz del candil de maese Mancioni, y se oyó exclamar con una voz atronadora:

—¡Por el rabo de Satanás!

Y las exclamadas ni la sangre habían infundido tanto espanto a los alguaciles y aun al mismo Ginés como les infundió la capa blanca del manco.

—¡El diablo!—dijeron todos a la vez.

Y los unos hicieron la cruz al quedar inmóviles, mientras que los otros intentaron huir o esconderse bajo la cama.

Aprovechóse Juan de aquel momento de terror y de sorpresa general para hacer a su señor que saliese por la ventana, y, mientras tanto, el capitán grande y maldiciendo con atronadora voz, daba taje y estocadas tan furiosas, que a seguir algunos ataques no hubiese dejado corchete con vida.

—¡Qué hacéis, menguados?—gritó Ginés en el ritmo de la desesperación—. ¡Se escapa, a la puerta, a la puerta!

—¡Pero cómo habían de salir? Estorbábalo el paño y el soldado.

El matuto de conservación hizo recobrar algún aliento a los corchetes, y las espadas volvieron a chocar.

—¡Seguid al señor marqués!—dijo Juan al doctor.

Este aprovechó el consejo, y, seguido por el sirviente, saltó por la ventana.

—¡Ah van, vete al infierno!... ¡A la puerta!...

¡Todos al diablo y a su compañero, que son hombres como nosotros!—gritó Ginés.

Entonces abandonaron a Juan y acometieron a Luis y al señor Pero.

—Así me gusta—dijo el capitán—. Ya hacía mucho tiempo que no se me había proporcionado la buena ocasión de divertirme... ¡Vete por la ventana, amigo Juan!

El paje, envuelto en su ancha capa, con la que se cubría el rostro, no dejaba ver más que el braso con que mulejaba su acero, y, como si estuviera clavado en el sitio en que había creído oportuno colocarse, ni avanzaba ni retrocedía.

—¡Ya nos veremos!—dijo el escudero Juan.

Y también saltó por la ventana con la ligereza y la agilidad de un gato.

Convenelóse Ginés de que llegaría tarde si esperaba a que le dejaran el paso libre para salir, y no queriendo perder la ocasión de coger siquiera al escudero, dió un brinco y se acercó a la ventana.

Entonces Luis corrió tras él, y cuando le vió con medio cuerpo fuera, le dijo:

—Os ayudaré a bajar.

Y cogiéndole de los pies, lo arrojó de cabeza al patio.

Luego volvió a los alguaciles: tres quedaban, que de tres cintarazos dejaron de estorbar.

El alcalde había salido en los últimos momentos de la pelea, con objeto de ir en busca de socorro.

Nada, pues, estorbó la fuga al diablo ni a su compañero, que en cuatro brinco bajaron la escalera y se encontraron en la plaza.

Diez minutos después volvió el alcalde con un crecido número de soldados y alguaciles; pero sólo encontró a maese Maneloni llorando sobre las ropas hechas pedazos y llenas de sangre que cubrían el suelo de la habitación.

Los curiosos que aun permanecían en la plaza fueron retirándose muy contentos, porque podían decir que habían visto al diablo con su capa blanca, por entre cuyo embozo brillaban dos luces que debían ser los ojos de aquel Satanás tan temido.

¿Qué había sido de Ginés?

Al caer desde la ventana dió con su cuerpo en el

apartado de que ya hicimos mención, y de allí
 cesó al suelo, quedando tan quebrantado que no
 pudo moverse hasta que fueron a recogerlo.

El alcaide mandó sacar a los muertos y heridos
 y llevar preso a maese Alancioni para que declarase
 lo que fuere menester.

—¡Compasión!— exclamaba el hostelero.

—Silencio.

—¡Santa Madona!...

Cerróse la hostería.

Reinó un profundo silencio.

El último espectador de aquella escena, el pri-
 mero también que había acudido entre los curiosos,
 lo fue un estudiante salamanquino que se frotó las
 manos alegremente al ver la derrota de los alga-
 uiles, y cuando se hubo ya cerrado la puerta de la
 hostería, extendió los brazos y dijo con acento bur-
 lesco de fingida pesadumbre:

—¡Campos habit, Troga jait!

CAPÍTULO XLIX

Sigue la caza desempeñando el principal papel

Bien pronto llegó la noticia del suceso a doña
 Ana de Mendoza y al ministro, que aun se hallaba
 en su compañía.

En vano intentaremos pintar la desesperación
 de la dama que llegó a su colmo, y exhaló en gritos
 e impotentes amenazas. Descompusose su semblan-
 te hasta parecer horrible, retorcióse los brazos, y
 tales fueron sus demostraciones, que Antonio Pérez
 temió que la rabia trastornase aquel cerebro ar-
 diente.

—¡Ya he perdido la esperanza! — exclamó la
 prisionera— ¡No puedo luchar con ellos, me vencer-
 ían siempre, pero yo me vengaré de una manera
 horrible!

—¡Calmaos, doña Ana—dijo Pérez, cuya turbu-
 lencia era en extremo visible—. Calmaos,

—¡Calma decid! — interrumpió la princesa. ¡No tenéis corazón. ni me amáis!... ¡Idos señor Pérez!

—Señora...

—Idos, sí, dejadme; necesito venganza y me atoráis; ya que no servís para ayudarme a ellos...

—Pero, señora...

—¡Decid al rey lo que pasa!... ¡No os desesperéis!... ¡Oh!... ¡Si no me venguese esta misma noche, antes de una hora me ahogaría la desesperación!... ¡Idos, señor Pérez, y no volváis más después de haberos mostrado más astuto, cuando podáis darme una prueba de ese amor que decís que tenéis!

Cualquiera hubiera dicho que doña Ana estaba loca; movíase desconcertadamente; su mirada, inquieta, apenas se fijaba un segundo en ningún objeto, y casi podía decirse que ni sabía lo que hablaba.

El ministro, temeroso de excusarla más con las palabras y su presencia, salió apresuradamente y se dirigió al palacio.

—Es preciso acabar de una vez—dijo la reina cuando se vió sola—. Si dejo pasar más tiempo, le arrancará de mis manos, porque nada es imposible para ese hombre. ¡Oh!... Me vencerá, pero solo a medias, y más sentirán ellos mi venganza que yo mi derrota.

Meditó algunos instantes y luego prosiguió:

—Que pida ayuda a la capo... ¡ah!... ¡me reírán!...

Y una carcajada nerviosa y de repugnante escarnio se escapó de los labios de doña Ana.

—No hay que perder tiempo—murmuró.

Su frente se contrajo más aun de lo que estaba; entró en el aposento inmediato, abrió uno de los cajones de una papellera de ébano y de marfil y sacó una llave.

Luego salió, y después de atravesar algunas habitaciones y pasillos, llegó a la puerta del encierro de Blanca.

Su convulsa mano abrió, y a la vez que se oprimía el pecho como para contener los violentos

y sanguíneos latidos de su corazón envenenado por la ponzoña de la venganza, entró con paso firme y cedido al parecer, pero en realidad vacilante y casi

La doncella estaba sentada, y sobre su rostro ciego caían los resplandores de una lámpara que arde sobre la mesa. Al ver a doña Ana se contrajo su frente, brillaron por un instante sus negros ojos y se plegaron sus labios con la expresión del más alto desdén.

Ficaron algunos instantes del más profundo silencio.

La princesa contempló a su víctima con la feroz y repugnante alegría de su ardiente sed de venganza; pero la doncella permaneció inmóvil y aparentó no pensar siquiera que tenía delante a su real enemiga.

—Por última vez—dijo la viuda mientras tomaba asiento—, tenemos que hablar.

Blanca levantó la cabeza y luego contestó con sereno tono:

—Hablar con vos por última vez es una felicidad para mí.

—Dejad los ultrajes, que harto habéis provocado en mi orgullo y puede acabarse mi clemencia—repuso doña Ana.

—¡Vuestra clemencia! — contestó sonriendo sarcásticamente Blanca y mirando a la viuda como si se compadeciese de ella—. ¡Vos clemencia cuando necesitáis la mía! Habéis perdido el juicio, señora.

—Se trata de vuestra vida, y...

—¿Habéis pronunciado mi sentencia?—preguntó Blanca con ironía.

—La he pronunciado porque soy dueña de vos, porque tengo poder bastante para aniquilaros—replicó doña Ana con altivez.

—Soy dueña de mí porque me tenéis encerrada: tenéis poder para aniquilarme, porque disponéis de sables que me clavan un puñal; todo lo sé; pero, ¿qué me importa? ¿Me amenazáis con quitarme la vida?... Ya lo habéis hecho otra vez, ¿no he sido de vuestra amenaza... ¿Os agradece

que me hable de vos?... ¡Raro capricho en una dama de tan excesivo amor propio!

Y al decir esto, la doncella soltó una carcajada que fué para la viuda un puñal que le hirió en la fibra más delicada de su corazón.

—¡Oh!—exclamó doña Ana, cuyos ojos relampaguearon como los de un tigre, y cuyos dedos se crisparon—. ¡No satisfaré mi venganza sólo con quitaros la vida!

—Ya he sufrido todos los tormentos, y ningún podéis añadir que no me sea conocido.

—Pronto veréis si aun queda hiel en la copa que he de haceros apurar: pronto se humillará vuestro orgullo loco.

La princesa sonrió alegremente, porque en aquel instante brotó en su imaginación una idea que era un arma terrible contra la infeliz Blanca.

—De ahora, os mostraréis humilde—prosiguió la viuda—: de animosa, débil, y no tendréis palabra sino para suplicarme, y os arrastraréis a mis pies, y me pediréis la vida que ahora tanto despreciáis... ¡Oh!... Yo, entonces, no escucharé vuestras ruegas ni me ablandaré a vuestras súplicas, y os haré morir desesperada, porque veréis la felicidad junta a la muerte: ésta, acercándose a vos; aquella, huyendo...

—Basta, señora—interrumpió la doncella—: todo es en vano para hacer que me humille; ya os he dicho que la traidora podrá daros el triunfo sobre mi existencia, pero no sobre mi orgullo, porque moriré despreciándoos.

—¡Despreciándoos!—repitió la princesa con marcado acento de ironía—. ¡Despreciándoos! Bien; pero antes habremos de estipular las condiciones con que os concederé la vida, o lo que es lo mismo, con que os haré feliz, porque os debo la vida para que viváis al lado de vuestro amor.

Blanca miró a la viuda con extrañeza.

—No penséis que he perdido el juicio porque os hablo de ese modo—repuso la de Ebel—. Fijaos en vuestra atención en mis palabras, y después de yo haya explicado mis proyectos, si no queréis escucharlos más, si no queréis aceptar ninguno de mis proposiciones, bastará una palabra vuestra y

que me aleje al decirlos mi última resolución.

—¿Tan cuando yo no quisiera escucharos, me seréis humos el harerlo. Maniad, pues, cuanto os plazca: no temáis que os interrumpa con una sola palabra con un simple ademán; pero sed breve, porque a he de morir, como me anunciáis. Necesito aprovechar los momentos para rogar a Dios por el alma.

La princesa meditó algunos instantes: una criminal alegría dilató su tersa frente, y luego dijo:

—Ya comprenderéis que yo no puedo daros la muerte por sólo haceros un beneficio, sino por aliviarlo.

—¿Lo creo?

—Sois enemigos irreconciliables, y sobre este punto nada tenemos que echarnos en cara. Pero aun hay una persona a quien aborrezco más que a vos, porque de ella ha sido de quien verdaderamente he sufrido todos los ultrajes: porque sin ella no hubiera podido vencerme en la lucha que hace seis años sostenemos, y porque, cuando se inutilice esa fuerza, nada tendré que temer.

—Y esa persona me vengará; bien convencida estoy de ello.

—Sea como quiera, lo que hemos de ver es si podemos arreglar nuestras diferencias, quedando yo libre y yo tranquila.

—Imposible—contestó Blanca—; yo moriré aquí, y más que dispongáis de mi vida no vienen a salvarme.

—¿Tenéis esa esperanza loca?

—¿Segura tengo, pero todo puede suceder.

—Podré os convenceréis de vuestro error.

La duquesa se encogió de hombros y nada contestó.

—¿Entendéis?—prosiguió la princesa—una carta a vuestro antiguo paje...

—¿Señora!—exclamó Blanca, con acento de indignación.

—Os he dicho que os conviene no interrumpirme, porque voy a revelaros un secreto que os interesa mucho.

—Veo que, al fin, lograréis atormentarme más que con la muerte.

—Vais—repuso la princesa con aparente calma— a escribir a vuestro antiguo paje una carta que yo os dictare, diciéndole que, al fin, habéis encontrado un medio de escapar de vuestros enemigos haciendo la voluntad de uno de mis criados y que venga por vos, a cuyo efecto le enviaré una llave del posigo de esta casa y otra de la puerta de mi aposento. Le diréis, además, que, por razones de suma importancia y que no podéis manifestar por escrito, que hasta que estéis libre no diga nada de este asunto a vuestro antiguo amante el marqués de Poza...

Estas últimas palabras hicieron palidecer mortalmente a la doncella; sintió agitarse violentamente su seno y desaparecer por un instante la luz de sus ojos. Pero, tranquilizándose luego, miró rápidamente a la princesa, y dijo para sí:

—¿Estará loca? ¡o, si no, qué fin puede proponerse en que yo hable a Luis del marqués del mismo modo que si éste viviese?

—Adivino vuestro pensamiento—dijo doña Ana desplegando una sonrisa que hizo mucho mal a Blanca—. Sospecháis que estoy loca... ya veréis como no es así.

—Nada pienso de vos, sino que no podréis medio de hacerme padecer.

La viuda prosiguió, como si no se hubiese interrumpido:

—Aunque yo no sé el paradero de vuestro paje, pero si me consta que está en comunicación con el marqués, y enviando a éste la carta...

Blanca palideció nuevamente, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no demostrar toda su turbación. ¿Qué significaba aquella insistencia de la de Eboli en asegurar que vivía el de Poza?

—Volvéis a pensar que estoy loca—prosiguió la princesa—; pero os repito que os convenceré al contrario.

—¡Señora—replicó la doncella, con acento de dura reconvencción—, respetad siquiera al hombre a quien hicisteis asesinar tan vilmente!

—Como os decía—repuso doña Ana sin hacer caso de las palabras de su víctima—, enviando la carta al marqués, éste la entregará a vuestro paje

después añadir que le estáis sumamente agradecido porque, con su oportuna ayuda, ha salvado esa noche la vida al marqués cuando quisieron prenderlo en la hostería del Italiano... aun no hace una hora.

Ranca abrió extremadamente sus grandes y expresivos ojos negros y miró a la princesa con expresión de espanto y de duda: agitáronse todos sus miembros y corrieron por su frente algunas gotas de frío sudor.

—¡Acabad de una vez! — exclamó, con acento apurado. — ¡Madame, ¿puesto que podéis haberlo...?

—¿Dudáis que vive el marqués?

Ranca se acordó de una mañana en que había visto a un hombre caballero en un blanquísimo corcel, y esta idea produjo en su ser tan repentino sacudimiento, que casi le hizo perder el sentido. Pero en esfuerzo de su voluntad poderosa dominó algún tanto la violenta emoción, y, aunque trabajosamente, pudo seguir hablando con doña Ana.

—El no fuese verdad—añadió ésta—que vive el marqués, ya comprenderéis que sería dar yo un golpe en falso el haceros hablar a vuestro paje con la seguridad de este asunto, porque no daría crédito a la carta. Además, tenéis un medio de contestar: escribid a vuestra amiga doña María de Mendoza, y ella os dirá lo ocurrido esta noche en la hostería, porque no hay quien a estas horas ignore la noticia del suceso. Yo me encargo de hacer que lleven vuestra carta y os traigan la contestación.

—¡Un solo instante en vuestra vida, tened compasión!—exclamó la doncella, con acento a la vez de súplica y desesperación.

—¡Y aun os quejáis porque os doy una noticia que debéis pagarme con el mayor agradecimiento?

—¡Pero lo que decís es una mentira; el marqués no vive, expiró en mis brazos, depositó en mi seno su último aliento, yo besé su frente, helada ya!...

—Pero a pesar de todo esto, os equivocastela—repuso la de Eboit con helada calma—. Yo también

creía que estaba muerto: ¿dónde cuando lo vi...

— ¡Que lo habéis visto!

— El mismo día que salí de las Huelgas.

— ¡Referidme eso, referidme! — dijo Blanca con indecible afán.

Y maquinalmente acercó su sillón al en que estaba sentada la princesa, mientras que en su frente de ésta vagaba una insultante sonrisa de triunfo.

— Nada tengo que referiros, sino que lo vi: iba hacia Burgoa, a donde debió llegar aquella noche...

— ¡Era él! — exclamó la doncella.

Y, mientras se oprimía con ambas manos fuertemente el pecho, sintió que la luz faltaba a su pupilas, que le ardía su cabeza y que se agotaba todo su cuerpo, y, al fin, quedó sin sentido, pálido el rostro, secos y entreabiertos los labios y agitado el pecho.

Contemplóla doña Ana con la diabólica alegría de su vengativo deseo, y la satisfacción de su amor propio halagado parecía brotar de sus ojos en resplandecientes chispas de luminoso fuego.

— ¡He ahí! — murmuró — todo su orgullo, toda su grandeza!... ¡Me vencen a cada paso; pero han de costarle caras sus victorias!... Acabemos de vencerla, y veamos si su amor vence a su firmeza. Dará entre el marqués y el paje, pero al fin vencerá, con mi ayuda, su pasión. Creerlo muerto; después de seis años que lo lloró, saber que vive: ver la felicidad tan anhelada y dejar que se escape por demostrar gratitud a su amigo... ¡Imposible! No hay virtud que resista a tan dura prueba.

Efectivamente, la prueba era muy dura; pero otras, más duras quizás, había ya arrostrado victoriosamente la joven. Juzgaba la princesa por su propia ruindad, y no creía que Blanca sacrificara su pasión a trueque de salvar la vida de Luis, a quien tanto debía.

Largo rato permaneció inmóvil la infeliz doncella, hasta que, con la ayuda de doña Ana, fue volviendo en sí poco a poco.

— ¡Es mentira! — murmuró, con acento de ira; y mientras que de sus dos ojos brotaba abundante llanto.

y luego, volviendo a su mente el recuerdo de aquella mañana en que vió, sin conocerlo, al marqués, exclamó:

—Pero yo lo vi... mi corazón palpilo con violencia. ¡Por compasión, señora, no me alarmentéis; ¡dame la verdad!—exclamó, juntando las manos y con acento a la vez de súplica y desesperación.

—¡La verdad!—replicó la princesa—. ¿Acaso no se lo he dicho?

—¡Yo besé su frente helada!—dijo la doncella, cuyos cabellos estaban ardiendo por la calentura—. ¡Yo sentí en mis labios el último soplo de su aliento y la última gota de su sangre!... ¡Imposible! ¡Imposible!

Hasta separó con sus tambolorosas manos los mechones de rubios cabellos que se habían esparcido por su pálida frente, y se oprimió el pecho con toda la fuerza de su excitación nerviosa.

—Escibid a doña María de Mendoza—dijo la princesa.

—¡Dadme, quitadme la vida o aclarad mi razón!—exclamó la infeliz joven.

Y, manifestándose, se acercó a doña Ana, la miró con espantados ojos, y repuso:

—¡No teméis nada!

—Escibid a doña María.

—¡Ah!... Si, os creo; yo lo vi aquella mañana... ¡Vive, vive y soy feliz!

—¿Pondréis la carta para vuestro paje?—preguntó afanosamente la princesa, que quiso aprovechar aquellos momentos en que Blanca, arrebatada por su febril estado en la primera alegría, parecía más fácil que cometiese la ruin acción de sacrificar a Luis.

—¡La carta!—dijo la doncella, como si no comprendiese lo que le proponían.

—Sí, a vuestro paje para que venga a buscaros.

El semblante de Blanca tomó una expresión temblorosa, sus ojos despidieron dos centellas, y sus manos crispadas, agarraron un brazo de la de Eboli, oprimiéndolo con toda la fuerza nerviosa de su febril excitación.

—¿Es la quita, soy?—dijo con sorda y repetida voz, y palabras que oscurecían el moribundo

brazo de doña Ana—. Me llamo Blanca de Ozmán, y no he manchado, como vos, el nombre que me legó mi padre... ¡Sois ruin, villana!... ¡Idos, que vuestra presencia me ofende!

Y al decir estas palabras, rechazó a la rival, haciéndole vacilar en su asiento.

Doña Ana dejó escapar un grito de horror; el aspecto de la joven le había infundido miedo. Mas recobrada a los pocos instantes, levantóse, irguió con altanería su noble cabeza, y fijó en Blanca una mirada terrible.

—¿Qué habéis hecho, miserable?—le dijo, sin contener el primer ímpetu de su cólera.

—¿Queréis que venga para asesinarlo delante de mí, para que yo vea correr su sangre!...

—¿Que estáis pronunciando vuestra sentencia de muerte!

—¡Idos, señora!—exclamó Blanca, levantando a su vez la cabeza con un movimiento de tan altoso orgullo, y mirando con tal firmeza a doña Ana que ésta se estremeció, a su pesar.

—¿No veréis al marqués!...

—Lo veré desde el cielo.

—En brazos de otra, sin acordarse de vos...

—En la otra vida no hay pasiones, y no sufre el tormento de los celos; gozaré porque lo vea feliz...

—Escribid al paje...

—¡Idos, señora!—exclamó Blanca, en el tono de su desesperación—. ¡Idos, o no podré contenerme y me ahogaré entre mis manos, aunque las manche con vuestra impureza!

Doña Ana sintió afluir a su cabeza toda su sangre y abrazarse su frente.

—¡Où!... — pudo gritar trabajosamente, con acento ahogado.

Y dió un paso hacia la joven, sin saber lo que hacía.

—¿Que os proteja el diablo, que os cubra con su capa!—añadió—. ¡Vais a morir!

—¡Gracias... acabaré de sufrir!—dijo Blanca con voz firme y sin la más leve turbación.

—¡Nicolás!—gritó la de Eboli.

Un hombre entró.

—¡No más que un golpe!—le dijo la princesa, mirando a la joven—. ¡No más que un golpe en el corazón, porque si se prolonga su agonía seguirá sufriendome!

El hombre hizo con la cabeza una señal afirmativa; acercóse a Blanca y desenvainó su puñal. Pero cuando se preparaba a levantar el brazo sobre su víctima, interpusose entre ella y él una, al parecer blanca nube, y se oyó decir:

—No contactéis con mi capa.

Doña Ana exhaló un grito de espanto, y quedó inmóvil y con la mirada en el paje, que era el que acababa de hablar, y el señor Pero León, que estaba a su lado. Escapóse el puñal de la mano del asesino, que no pudo pronunciar una sola palabra, y la princesa, después de haber contemplado por un segundo a Luis, extendió los brazos como para estrecharlos en ellos; vació su cuerpo y cayó al suelo sobre la blanquísima capa.

—¡Que no salga ni grite nadie!—dijo el mancebo al capitán.

Y levantando a Blanca, la abrazó tiernamente y le cubrió de besos, mientras que de sus negros ojos salían abundantes lágrimas.

—¡Hermana mía!—exclamó, con acento de sin igual ternura.

—¡Voto al infierno, que acabaréis por hacerme reír!—dijo el señor Pero.

—Amigo mío—repuso el paje—, tapad la boca a esta mujer y a ella.

—¿Y qué hago con este mozo?

—Con tal que no pueda estorbaros la salida...

—No la estorbare—dijo el soldado.

Y antes de que el asesino pudiese salir de su capta, hundióle en el pecho su daga con tal acierto, que le atravesó el corazón.

Doña Ana quiso exhalar un grito; pero antes de que saliese de sus labios, la luz huyó de sus ojos y perdió el conocimiento.

—No habéis debido matarlo—dijo Luis.

—Ya dispondremos eso después—contestó el capitán—. Ahora, por si es fingimiento el desmayo de esta buena señora, le taparé la boca y le ataré los pies.

Hízolo así el señor Pero, y después dijo:

—Déjame que yo lleve a doña Blanca, porque tengo más fuerza que vos, y lo que nos conviene es salir de aquí cuanto antes. Además, estáis pálidos y tembláis... ¡Voto a Judas!, la noche ha sido terrible.

—Llévala, sí—contestó el mancebo—: yo apenas puedo sostenerme... Vamos, capitán.

Este levantó en sus robustos brazos a la doncella, y Luis, envuelto en su blanca capa, lo siguió. Algunos minutos después, llegaron al postigo. Allí estaba Inés.

—¿Es ella?—preguntó al mancebo.

—Sí...

—¿Pero qué capa es ésa?

—Dí a tu señora que nada sabes, y no lo extrañará, porque el diablo se mete en todas partes en que le abran las puertas...

—Pero...

—Yo soy el diablo de palacio, pero te adora.

—¿Felipe!...

—Me llamo Luis.

—¿Me has engañado!

—Te probaré que no... Vamos de prisa: corre a desatar a tu señora, y dile que has ido allí por casualidad... Hasta mañana, hermosa Inés.

La doncella quedó atardecida, y nuestros amigos salieron.

El capitán tenía razón: la noche había sido terrible.

CAPÍTULO I

Donde se da cuenta de lo qué había sido de nuestros amigos, con otras cosas de mucha importancia

Al día siguiente no se hablaba en la villa sino del suceso de la noche anterior, y, como siempre acontece, al pasar la noticia de boca en boca, fueron desfigurándose los hechos, hasta el punto de ser...

que como cosa muy cierta que sólo la presencia al castigo de la capa hizo caer sin vida a muchos alacanes.

Todas las autoridades se pusieron en movimiento, y no hubo hostería ni posada que no se registrase para buscar a los delincuentes; pero fueron tantas cuantas pesquisas se hicieron, y ya llegó a darse con toda seguridad que el paje tenía pacto con el diablo, o que era el mismo Satanás que había tomado la figura de aquel hermoso mancebo para tentar mejor las conciencias y perder almas que aumentasen el número de las que ardían en sus negros dominios.

Preguntáronse en las plazas públicas a los criminales y ofreciéndose mil ducados al que presentase vivo al marqués y a Luis, y quinientos ducados al que los presentase muertos, así como también se daban trescientos ducados por la cabeza del escudero Juan; pero a éste nadie lo conocía, y sólo podía saberse que era él encontrándolo con su señor.

Mateo Mancioní fué preso; pero en vista de su inocencia y mediante algunos escudos de oro que dejó en las manos de un sacristano y algunos alacanes, y no habiendo encontrado en su hostería prueba alguna que le comprometiese, fué puesto en libertad a la siguiente mañana, muy temprano, y al volver a su casa se consoló de la pérdida que había sufrido al ver que aun estaban en la cuerda los espaldas de nuestros amigos y que la justicia no había pensado en ellos para confiscarlos.

Serían las seis y media de la mañana, hora en que las calles empezaban a estar concurridas por la gente madrugadora, cuando tres hombres que caminaban silenciosos y envueltos en sus anchas capas detuviéronse junto al convento de Santo Domingo y miraron como para interrogarse sobre el camino que debían seguir.

Aquellos tres hombres eran el marqués, el doctor y Juan, y en sus rostros pálidos, en la languidez de sus movimientos y en la pesadez con que abrían los ojos demostraban su fatiga y la falta de sueño. Habían pasado la noche sin dormir, dando vueltas por la población, siempre atentos para evitar encon-

trarse con alguna ronda nocturna, y espada en mano para defenderse en cualquier sorpresa.

—¿Qué hacemos?—preguntó el marqués, después de algunos momentos de silencio.

—Soy de opinión—dijo el doctor Pedreo—que salgamos de la villa y nos vayamos al castillo hasta que los ánimos se sosieguen y podamos mover el no con seguridad, al menos con algunas probabilidades de que no nos echen mano en seguida, como sucederá antes de una hora; porque voy como cosa cierta que hoy examinarán los alguaciles y esbirros de la Inquisición el rostro de todos los transeuntes, y bastará que vos ocultéis el rostro para que quieran descubrirlo. Todo el mundo es ciego, y es una temeridad loca provocar la furia cuando nada puede adelantarse. Ya librarnos de ella milagrosamente, gracias a la oportuna llegada de ese valiente mancebo y del gigante que le acompaña; pero siempre se presenta tan a tiempo semejante sororito.

—¿Y Blanca? —repuso el marqués—. ¿Juega prudente abandonarla, cuando correrá más peligro que nunca, cuando querrán vengar en ella la derrota de anoche?

—Pero, ¿a dónde hemos de ir? Ya veis que de calle en calle día y noche, sin descansar ni dormir, no podemos estar.

—Claramente.

—Además, ninguna ayuda podéis prestar a doña Blanca, cuando tenéis que andar huyendo y esquivándoos de todo el mundo. Quedándoos no conseguiréis sino agravar vuestra situación y la suya, porque aumentaréis sus dolorosos pesares si os prenden y os ahorcan. A nadie podemos aconsejar ni hablar; tenemos que ocultarnos de todo el mundo, y yo pienso que para estar escondidos y no dar paso alguno en favor de vuestra dama, vale más que nos refugiemos en lugar seguro como lo es el castillo.

—Perdonad, señor doctor—dijo el tacaturo—; no soy de vuestra opinión, porque no es de hombres valientes abandonar una empresa al ver el peligro. Hemos venido a Madrid a buscar a doña Blanca; no debemos salir de la población sin llevarla en

—¡Está en poder de la princesa con más expresión que nosotros de perder la vida y abandonar en tal situación a una mujer débil, sin amparo, y que si tiene enemigos es por haber querido vengar al hombre a quien ama, abandonarla, repito, y que esto lo haga ese mismo hombre por quien ella lo ha sacrificado todo, es una villanía indigna de mi amor.

—¡Bien, Juan!—exclamó el marqués, alargando la mano a su escudero, como si éste fuese su hijo y su mejor amigo.

—¡Y qué adelantaráis?—replicó el doctor.—Además, debe tenerse presente que doña Blanca no queda en tan completo abandono, pues estando en Madrid el paje, casi podemos irnos tranquilos. ¿Qué harémos nosotros que no haga ese atrevido manoseo?

—Más obligados que él estamos, y no podemos ser más cobardes que él. Seguro estoy que ya tendrá casa donde vivir y que habrá dormido a pierna suelta la pasada noche. ¡Por Santa Brígida, mi palabra que nada valemos!

—Razón tienes, Juan—dijo el de Poza—; nada valémos, en comparación a Luis.

—¿Queréis seguirme?—preguntó el astuto escudero, cuya mirada se animó repentinamente.

—¿A dónde?—preguntaron a un tiempo el marqués y el doctor.

—Nunca está más segura de ladrones una casa que cuando acaban de robar en ella.

—¿Y qué deduces de eso?

—Lo veréis prácticamente si os decidís a seguirme.

—Te seguiré—dijo el de Poza resueltamente.

—Y yo también, porque no es el maldito lo que me ha hecho aconsejaros que salgamos de la villa.

—Vamos, pues—repuso Juan.

Y tomó la cuenta abajo, seguido del marqués y del doctor, dejó a la izquierda el arrabal de San Gil, atravesó la calle de Santiago y la de la Almudena, y, entrando en la plaza del Arrabal, fuese derecho a la hostería de maese Mancioni.

—¿A dónde vas?—le preguntó el marqués.

—A nuestra habitación—contestó tranquilamente el escudero.

—¿Estás en tu juicio?

—Y muy cabal. ¿Cómo puedo sospechar nada que nos hemos refugiado aquí?

—Pero...

—Adelante, que me habéis prometido seguirme, y es forzoso que cumpláis vuestra palabra—repuso Juan.

Y esto diciendo, entróse de rondón en la habitación, y gritó a la vez que se ocultaba el rostro:

—¡Ha de casa!

El hostelero acudió, saludó profundamente a los recién llegados, y les dijo:

—¿Qué se ofrece, señores?

—Subid con nosotros—le dijo el escudero—: tenemos necesidad de hablaros reservadamente de un asunto que os importa.

—¿Misterios otra vez? —murmuró mace, mirando con desconfianza a los embozados.

—No perdamos tiempo—repuso Juan—. Arriba, señores.

Tomaron escalera arriba nuestros amigos y el hostelero los siguió, no sin algún recelo de que le sucediese algún chasco pasado.

—Por aquí señores—les dijo.

Y les hizo pasar al mismo aposento que había ocupado el marqués.

Cuando estuvieron dentro, Juan cerró la puerta y guardó la llave.

—¿Qué hacéis?—le preguntó Mançoni, temblando de pies a cabeza.

—Para que nadie nos interrumpa—le contestó el escudero, a la vez que se encamionó...

—¡Santa Madona de los afligidos!—exclamó el hostelero pálido como un difunto y cruzando las manos, que descansó luego sobre su enorme banga—. ¡Vos aquí!...

—Nosotros aquí, porque estos dos caballeros son el señor marqués y...

—¡Dios Santo!... ¡Queréis perderme!...

—Sosegaos, macee Mançoni. Se trata de una cosa muy sencilla y justa.

—¿Pero no sabéis...?

—Que nos persiguen...

—Que he salido preso...

—Y que estáis huyendo...

—A cosa de...

—De salir de mi casa, de hallar y dar dinero que me sirva para escapar...

—Os juro por mi vida, señor...

—No puedo, pero os voy a recomendar a alguien que os ayude a escapar como hago yo y ya sabéis es un amigo y escuchadme.

El hostelero exhaló un profundo suspiro y tomó parte con toda la resignación de un mártir.

Juan desenrolló su capa y la clavó sobre la mesa.

—Testigo sera de nuestra conversación—dijo.

—Pero, señor... supongo... —balbuceó Juan— supongo que...

—Callad y escuchadme—le interrumpió el escudero.

—Os escucho.

—Como podéis figuraros, señor Mancioni, en todas partes se nos buscará menos en vuestra casa.

—Tened compasión de mí!

—¡Silencio, y pensad en el maldito testigo que está en la mesa!

—Cuando aun está manchado el suelo con la sangre...

—Procurad que no se manche con la vuestra.

—Buen señor escudero, bien.

—Como os decía, en ninguna parte estamos más seguros que aquí y tenemos a quedarnos, puesto que no viene alquien a la habitación.

—¡Imposible!—exclamó el hostelero con un tono de resolución que nadie hubiese esperado de él.

—Si os empeñáis en ello —repuso con calma Juan—, tendremos que marcharnos; pero entonces no habrá salido mi daga a reducir en balda.

—Gustarte, acudiré pronto...

—No os dará tiempo, y, sobre todo, cuando venga a la casa vuestra ya estaréis en el otro mundo. Estad seguros con que nos protege el diablo, a quien ya conocéis.

—¡Pero y si llega a averiguarse...?

—Será porque vos nos delatáis, y, en ese caso;

vendrán y nos prenderán: para hacerla de presencia que dirán de nosotros que de el dany... compañero el rapi...!

—No los nombres — dijo desentendiéndose el conde.

—Oración, por. O una pablada en el campo, a una bolsa llena de alfileres de oro. Si no pongo segundo y luego seis transfer...

—Sí, sí, ya se la qué me espera... ¡Saca la dora!

—Dejas de hacer exclamaciones, y vambos a la gerio.

Donoso Manóvil, temblando como un aspergo, daba tormento a su talento para encontrar un medio de salir del apuro; pero no consiguiendo tal fin que decidiera por aceptar la oferta.

—Os quedaráis aquí — dijo —, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que si llegan a descubrirnos declararéis que así por salvar la vida ha accedido...

—Si nos descubren será por una razón... una, y, en tal caso, además de la recompensa que os existirá la indignación, el castigo, y... ¡no saben lo que han de hacer para duros vuestro es recido.

—¡Eso es una injusticia horrible!

—Será así; pero no tengáis otra garantía a vuestro silencio.

—¿Y si se sale bien de todo este asunto de tantas? — preguntó mara...

—Entonces, recibiréis una recompensa como os podéis esperar.

—Ya comprendéis que es muy razonable que si que se expone a perder tenga algunas posibilidades de ganar.

—Os dare dinero — dijo entonces el marqués — para que compréis esta casa y la continúe y haga entre las dos la mejor barbería de España.

—Mucha fortuna sería esa.

—La alcanzaréis.

—¡Pues que Dios nos proteja! — dijo mara, al dándole ya.

—No olvidéis que sois nuestro cómplice y compañero del diablo.

—¿Quién habla de decírmelo, después de treinta años de ser el hostelero más honrado de la villa!...

—Ya podéis dejarnos que tenemos que descansar.

Saló el hostelero, y nuestros amigos, rendidos por la fatiga de la noche anterior, se acostaron, quedándose profundamente dormidos.

Los dejaremos descansar, y, entre tanto, iremos a una del paje, de la condesa y del capitán.

El edificio que hoy se ve en el ángulo recto cuyos lados siguen la dirección de la calle de Borda-dorta y de la plazuela que comienza en el cruce con San Ginés y la entrada de la calle de Coor-deira en aquella época un casero de aspecto miserable y ruinoso, con un sólo piso sobre el suelo, las ventanas cuadradas en cada uno de sus costados permitían la entrada de la luz a las habitaciones superiores, y las bajas la recibían por arcos de enrejados de madera, por la parte que miraba a San Ginés, y por una, igualmente enrejada, en la pared de la calle de Borda-dorta, y una puerta cuya altura no pasaría de cinco pies. Sobre el arco obscuro color de las paredes, y encima de la puerta, resaltaban dos reñiciones escritas con letras de un rojo rubido y que copiamos literalmente:

Deben así:

Taberna Del morano
agí se Beu na lo que no

Debajo de esa letrero, en el marco de la puerta, había colgado un manojo de sarrientes; y aunque bien considerábase innecesario esto para indicar que allí se vendía vino, puesto que ya se decía que en taberna la casa, era sin embargo de suma utilidad, porque no todos sabían leer, y las ramitas rojas de la vid tenían la más clara significación para todo el mundo.

El dueño de aquella taberna era uno de los aventureros de que el diablo de palacio se había servido por recomendación del capitán cuando se intentó

sacar del alcaide de Segovia al barón de M... Y si nuestros lectores tienen buena memoria, recordarán a un Santiago que tanto se habla en aquel asunto.

Este, pues, era el momento que precedía de la boda de Barrabera, y con los señores que iban a dar el principio don Carlos se encontraba... de pasar sus días como un hombre libre.

Como la calle de Bordadores tenía en aquella época más pendiente de la que tiene ahora, y como la puerta de la casa estaba en la parte de arriba resultaba que el piso de la tienda se hallaba a tres pies más bajo del nivel de la calle. Por lo cual, para llegar a él era preciso bajar cinco escalones de ladrillo y cal, húmedos y resbaladizos, y entre los cuales habían chocado más de una vez las caderas de algún parroquiano que había intentado saltar con mal segura planta después de haber bebido en el estómago con una azumbre de Valdepeñas.

El interior de la casa era feísimo, por su aspecto repugnante, por lo nauseabundo y por los ruidos de orgullo y desorden que en él se oían hacer.

El primer aposento que se encontraba era cuadrado, y en él había cinco o seis bancos y mesas de pino y el mostrador del tabernero, sobre el cual se veían algunas vasijas de barro o de estufa rociadas y en extremo agujeradas. La luz era tenue y a media tarde encendía Santiago dos de las meceras de un candelero viejo de cobre que había tirado de la cadena que estaba en la esquina de la puerta, obligándole a funcionar con un movimiento de su cuerpo, cuyo paradero estaba marcado en un agujero de la pared, cerca del mostrador.

Había después de este aposento otros tres o cuatro más o menos oscuros y una escalarilla de tablilla vieja que conducía al piso superior. Allí, poco más o menos, como el interior.

Aquí, pues, se encontraba el interior de la casa, y en ella se encontraba el interior de la casa, y en ella se encontraba el interior de la casa.

Cuando salieron de casa de don Antonio y a fines del mes de la noche hubo vuelto en ella, se preguntaron a dónde iban a recogerse, y a...

desde el capitán de su antiguo camarada Santiago propuso ir allí, siquiera a pasar la noche.

Aceptó el paje esta oferta, pero había un inconveniente para llevarla a cabo, y era que la taberna estaba llena de gente y no podrían entrar sin ser vistos y llamar la atención de los bebedores, que harían mil conjeturas al ver a una dama de noble cetro y de aristocráticas maneras ir a visitar al Morcho.

No encontró el señor Pero León medio alguno de salvar este inconveniente, a menos que se esperase a que la taberna estuviese vacía; pero Blanca necesitaba pronto descanso, y no era tampoco muy prudente andar por las calles después de lo sucedido en la hostería y en casa de la princesa.

Impero, como el diabólico paje encontraba remedio para todo, le dijo al capitán:

—Vámonos a San Ginés. Mi señora y yo nos quedaremos en el cobertizo, y vos entráis en la taberna. Habláis del astuto a Santiago, ofreciéndole tanto dinero quiera, y cuando ya estéis convenidos os sentáis a beber. Luego, con un pretexto cualquiera, armáis camorra con el que os parezca que tiene más caliente la cabeza, y, pasando de las palabras a los hechos, dais cuatro cinterazos sin reparar a quién, juráis y ametrulláis gritando...

—Comprendo—le interrumpió el capitán—. Santiago dirá que va a llamar una ronda, y la taberna quedará sin un alma.

Así lo hicieron, y el plan dio el mejor resultado; porque como no había un bebedor que no tuviese al menos tres causas criminales falladas en rebeldía, baxaron todos a la primera amenaza de llamar a la ronda.

Nuestros amigos pasaron allí la noche: la doncella echada en la cama sucia y miserable de Santiago, y el paje y el capitán sobre unas mantas tendidas en el suelo de otra habitación.

Por la mañana temprano hablaron largamente con el Morcho, y éste se encargó de proporcionar aquel mismo día una casa en un barrio apartado.

A la hora precisamente en que el marqués, el duque y Juan comenzaban a dormir, Blanca, el paje y el señor Pero conferenciaban, sentados,

aquella en un banquillo de encina y éstos en una mesa de nogal, únicos muebles que había en el apartamento donde estaban.

La doncella estaba pálida en extremo; un ser amoratado rodeaba sus grandes ojos, y la piel que brantada, seca y blanquecina de sus labios era un indicio de la fiebre que la noche anterior había sufrido. Sus movimientos eran lánguidos, y en su pasada lentitud demostrábase la más completa exaustión. En aquel ser no había más que voluntad; aquella voluntad firmísima que tantas veces había dado al cuerpo fuerzas que realmente no existían. Sus cabellos de oro estaban en completo desorden y en extremo desarreglados sus vestidos; pero a pesar de esto interesaba, conmovía su belleza.

El paje estaba también pálido y ojoso, y se advertía en sus ademanes el quebranto de las pasadas fatigas del espíritu y del cuerpo.

No así el capitán, que había cenado, bebido y dormido y se encontraba fuerte y dispuesto a todo.

—Aunque os repugne cuanto os rodea — decía Luis a Blanca —, es preciso que toméis algun aliento como nosotros lo hemos hecho.

—Lo haré—contestó la doncella—; pero a condición de que no salgais a la calle hasta la noche.

—Ya os he dado razones que debieran haberos convencido...

—Nada me convence cuando se trata de la seguridad de tu persona. Más que tú quisiera yo acelerar el momento de ver al marqués; pero no es justo sacrificar tu vida a unas cuantas horas más de felicidad.

—¿Y si está en peligro?

—¿No dices que pudo salvarse?

—Sí, pero no sabemos lo que puede haberle sucedido después.

—Tal vez haya huido de Madrid.

—No lo creo, señora, pues sabía que vos estabais en la villa.

—¿Y crees que doña María de Mendoza tendrá noticias de él?

—Es posible.

—¿Por qué no va el capitán?

—Porque le conocen muchos, y a mí nada.

—No es esta hora a propósito para que puedas ver a mi amiga.

—¿Entonces aprovecharé el tiempo en otra cosa—replicó Luis.

—Nada tienes que hacer.

—Ya os he dicho que juré a don Juan de Austria proteger a su hija.

—Tiempo queda.

—¿Y a qué perderlo ahora? No sabemos lo que puede suceder, y bueno será tener adelantado.

—No me dejes—interrumpió la doncella con ternura—. Después de seis años...

—Os suplico, mi buena hermana y señora, que me dejéis cumplir con mi deber. Ningún peligro corre saliendo a la calle, porque nadie me conoce. Además, es mucho lo que tengo que hacer, y estos asuntos deben concluirse pronto.

—Pero si no puedes ver ahora a doña María, nada podrías tampoco hacer con respecto a su hija.

—Estáis equivocada, porque donde pienso dirigirme ahora es al convento de Santo Domingo.

—¿Al convento!—dijo admirada la doncella.

—Sí, señora.

—¿Ida, tú provocas demasiado a la fortuna.

—Por lo mismo, me protege.

—¿Siempre el mismo!

—Y así seguiré hasta que os haga feliz.

—¿Y a quién vas a ver en el convento?

—No lo sé; pero mi intención es buscar una persona de las que lo habitan que me pueda servir, y he pensado solamente en el hortelano y en el sacristán.

—Pero antes debías ponerte de acuerdo con doña María.

—¿Para qué? Ninguna ayuda ha de prestarme, y mis quejas y sus lágrimas no han de sacaros del sueño. Le participaré cuanto vaya ocurriendo, le daré las noticias que me sean necesarias, y le entregaré su hija cuando la saque del convento.

—Hablas con mucha seguridad.

—Tengo que cumplir lo que he prometido a don Juan, y no habrá diablura que yo no invente para ignorarlo.

—¿Y después que vayas al convento y visites a

mi amiga, volverás para no dejarme nunca más.

—Os lo prometo, a menos que se presente de tal modo las cosas...

—Piensa en que estoy muy triste que tengas tus consuelos...

—Pensad vos en que todo lo hago por vuestra felicidad.

—Gracias, hermano mío — dijo Blanca, y los ojos se humedecieron.

—Y esta noche—prosiguió Luis, que quería cortar el llanto de la joven—, esta noche marcharé a capitan a Burgos con una carta vuestra para el la superluna de las Huelgas la entregue la caja que contiene mi tesoro.

—Casi es inútil ahora...

—No, porque tengo que ver al rey.

—¡Luis, tú has perdido el juicio!

—Eso me habéis dicho muchas veces.

—No consentiré que hagis semejante locura.

—Es preciso castigar a la princesa y que nosotros quedemos libres de persecuciones.

—Nos iremos fuera de España.

—¿Y por qué hemos de renunciar a vivir en nuestra patria cuando no hemos cometido ningún crimen?

—¡Por Dios, Luis! —exclamó la doncella—, por el cariño que me tienes, te pido que no expongas tu vida tan temerariamente!

—Señora, es preciso acabar de una vez y para siempre. Han querido asesinarnos, y esto no lo perdono, os han ultrajado, han cometido todos los crímenes con vos, que sois una mujer débil e indefensa que os encontrabais sola, abandonada y que no merecís más que llorar día y noche... ¡Ah!... ¡Miserable!...

Los ojos de Luis brotaron fuego, y separándose de la mesa, tomó su capa y repuso:

—No me roguéis, porque será en vano: si se refusa de mí, todo lo olvidaré; pero en lo que sea a vos...

—Yo lo perdono.

—Pero la justicia pide castigo, y nuestra buena reputación manchada exige reparación. ¿Qué adelantaremos con renunciar al fin a todo si exponer nuestra vida, si tenemos que ocultar el

como los criminales, si hemos de oír, sin poder defendernos, acusaciones injustas y degradantes. En la opinión general, el marqués no es sino un conspirador de mala ley, enemigo de su patria, un paladego intrigante, y yo un hereje, asesino, homicida sin conciencia ni sentimientos. Os lo repito, es preciso acabar de una vez y para siempre.

—Tómala razón, voto a Judas!—exclamó el ca-

—
Elena inclinó la cabeza y guardó silencio.

—Hermana mía—le dijo el paje con dulzura—, sédate como en otro tiempo! a vuestro lado me parezco que aun soy el niño travieso a quien abrazabas con tanta ternura.

—¡El cielo te proteja!—dijo la joven a la vez que estampaba un tierno beso en la frente de Luis y que de sus ojos salían copiosas lágrimas.

—Siempre llanto!—murmuró el mancebo mientras salía de la habitación—. ¡Vive Dios que ha de dar sangre a quien es la causa de que se vierta!

CAPÍTULO LI

Dos rostros parecidos y dos inclinaciones opuestas

Mientras conversamos y ocupamos del paje, muy poco es que visitemos a la bellísima hija de don Juan a la que no hemos visto en muchos días.

La celda que habitaba la interesante niña era una de las más espaciosas y bien situadas del convento. Tenía una ancha ventana con celosía que daba a la huerta, que aun existe ahora, y cerca de esta ventana y sentada en un ancho sillón, hallábase la joven a la misma hora en que Luis y Blanca discutían en uno de los aposentos de la taberna.

Estaba vestida con el hábito de la orden, sin que el sayal robase nada a su peregrina belleza.

En otro sillón había sentada una joven, también con hábito religioso, que aparentaba tener unos quince a diez y seis años. Era de la misma estatura

que Ana y como ésta de cabellos rubios, blancos y azules ojos. Aunque sus facciones eran perfectas, no tenían, sin embargo, la delicadeza de contornos que tanto llamaba la atención en la hija de don Juan. ni era su frente tan espaciosa, desembarazada y alta, ni su mirada tenía tanta expresión de firmeza o de ternura como alternativamente se advertía en Ana, según las diversas impresiones que recibía. Era, por el contrario, su mirada lánguida y triste, uniéndose a esto la costumbre de llevar algo inclinada la cabeza sobre el pecho.

Era posible confundir a la una con la otra mirándolas de espaldas; pero al fijar la atención, se notaba entre ambas mucha diferencia.

Lo mismo sucedía en cuanto a sus condiciones morales: la una y la otra tenían un carácter opuesto en extremo, pero sus instintos y sus aspiraciones estaban en completa oposición. Lo que en Ana era orgullo de raza, en la otra era humildad de condición, y mientras aquella aspiraba por vivir en medio de la agitación de la sociedad, ésta anhelaba el retiro de la celda con su soledad, su quietud y su silencio.

La fortuna se había declarado en contra de ambas jóvenes, y eran desgraciadas porque se las haría obligar a que abogasen sus inclinaciones. Ana debía ser religiosa, habiendo nacido para el mundo, y los padres de la otra niña pensaban en sacarla del convento en que había recibido su religiosa educación para hacerla entrar en el mundo, casándola con un hombre a quien no conocía, pero que era noble y rico.

Desde que la hija de don Juan entrara en el convento, había trabado amistad la más tierna con la otra joven que ocupaba la celda inmediata, y pasaban juntas todas las horas que les dejaban libres sus religiosas ocupaciones.

Hacia media hora que habían salido del coro y después de orar en sus celdas, reunieron, como de costumbre tenían, y hablaban con toda la franca expansión de esa amistad sencilla y pura de la infancia, que no vuelve a sentirse en el resto de la vida, porque la mata el egoísmo.

—¡Ah!—decía la hija de don Juan, abriendo

se grandes ojos azules y exhalando un suspiro—. ¡Cuán feliz soy, mi querida amiga! Si yo tuviese, como vos, la esperanza de salir de esta celda, de respirar la atmósfera libre y pura del mundo y de bañarme en el bullicio de la agitada sociedad, me consideraría la mujer más feliz de todas.

—Y yo—respondió la niña con dulce acento—me consideraría también dichosa si pudiese trocar con vos mi porvenir. Hace diez años que estoy aquí, y no sé lo que es el mundo; pero casi me espanta la idea de ese incesante bullicio de la sociedad que se mueve y se agita impulsada siempre por las pasiones, y cuyos individuos, por el egoísmo dominados, trabajan y se afanan cada uno de por sí para levantar su dicha sobre la desgracia de los otros. En ese mundo que tan lleno de encantos os parece, no hay amor que no esté devorado por la ruin envidia, no hay crimen a que no mueva la ambición y la codicia, no hay afectos puros, porque los ahoga el interés, y siempre anhelando el hombre cuanto más alejarse, siempre creyendo que nada tiene más cerca que el colmo de la felicidad, pasa día tras día año tras año, y cuando quiere volver la mirada al tiempo perdido, cuando quiere medir la distancia que ha recorrido en la senda espinosa de sus sinsabores, encuentra la muerte que le arrebató con su implacable mano, y sólo entonces comprende que ha dejado escapar la única dicha que puede alcanzar: la del gozo de hacer bien y de practicar todas las virtudes. El porvenir ha desaparecido, sólo queda entonces el recuerdo de lo pasado con todos sus amargorosos, sin que nada pueda borrarlos, porque el rico y poderoso no ve ante sí otra cosa que un sepulcro negro y frío como el del pobre y débil, no es más que la voz de la justicia divina que le llama para pedirle cuenta de sus acciones, y ante la cual ha de presentarse con sus vicios desnudos del manto de los honores y de las riquezas. Tal me han gustado el mundo, y tal lo creo; afanes, remordimientos, amarguras y desengaños, y por término de todo una leona donde se convierte en polvo la materia tan estimada de la criatura que por ella olvida el espíritu inmortal, emanación divina que el hombre escoge con la mancha del pecado en el ex-

travío de sus criminales pasiones. Comparad eso con la paz del claustro: aquí no hay tormentos, porque no existen las pasiones; no hay engaños, porque a nada se aspira sino a la eterna salvación del alma, y no causa miedo la muerte, porque para nosotros no es sino pasar de un sepulcro a otro. Siempre calma, siempre quietud; aquí es igual lo pasado y lo porvenir, hoy lo mismo que ayer, mañana lo mismo que hoy, tranquilidad, reposo, gozos puros y santos que ni cansan ni hastían y sirven de camino del cielo.

—También hay en el mundo gozos puros, porque está la amistad, el cariño a una madre—contaba Ana—. Yo tampoco he conocido ese mundo que los negros me pintáis, porque he vivido aislada, pero siento una irresistible inclinación a mezclarme en su bullicio. Yo quiero emociones, violenta agitación para gozar de la dulzura de la calma, quiero encontrar la alegría; quiero un presente que no me parezca al pasado para poder comparar el uno al otro y trozarme el camino de lo porvenir. ¡Busco calma, siempre quietud, tranquilidad y reposo... ¡Cuán seco debe estar vuestro corazón!

—¡Seco el corazón decís!... ¡Ah!... Mis ojos derraman muchas veces lágrimas mientras mis labios pronuncian las consoladoras palabras de la oración, y esto prueba que el corazón no está seco. Es día en que me saquen de mi celda para hacerme entrar en el mundo. Lloraré más que vos debisteis llorar al separaros del mundo para entrar en esta celda.

—¡Brillar en el mundo! —dijo Ana, mirando envidiosamente a su amiga—. ¡Vais a brillar en el mundo!... ¡Cuán feliz debierais ser!

—Pues yo haría el mayor de todos los sacrificios por no abandonar mi pacífica celda.

—¿Cómo podríamos trocar nuestra suerte?—dijo Ana, cuyos ojos brillaron.

—¡Es imposible!—contestóle su amiga, moviendo tristemente la cabeza.

—... ¡Dios!... es verdad!—murmuró Ana, muy triste.

Los dos jóvenes inclinaron la cabeza sobre el pecho y quedaron pensativas y silenciosas.

Ampliaronse aquellas frentes puras y tersas y
se desdoblaron sus limpidas miradas.

—¿Cuándo os vais?—dijo Ana, después de algu-
nos instantes.

—Yo sé fijamente, pero debe ser muy pronto,
porque ya hace más de un mes que mi padre dispu-
se llevarme, y sólo por una gracia me ha concedido
quedarme algunos días más aquí.

—Yo también debo irme, pero será para enco-
ntrarme en otra celda quizá más triste y sombría. Si
algunos pudieseis conseguir quedarnos hasta que yo
vuelva... No tengo ahora otros momentos de pla-
cer que los que estamos reunidas.

—Yo se lo rogaré a mi padre. ¿Por qué ha de
negarse? Para mí serán días de felicidad los que
permanezca aquí, porque mi mayor consuelo es con-
versaros.

Las dos amigas se abrazaron, derramando lágrima
de ternura, hijas de su puro cariño, lágrimas
de pesar, porque cada una de ellas era desgraciada
en lo que la otra hubiese sido feliz. Si hubiesen
tenido las mismas inclinaciones, ninguna dicha ha-
bría podido compararse a la que las esperaba en el
pacio retirado del claustro. Habíales dado el sol sus
ondas de oro para adornar sus cabezas; el cielo su
azul para sus ojos; el nácar su transparente blan-
cura para sus frentes; las rosas su leve tinte para
sus mejillas y el coral su rojo color para sus labios,
coronados de perlas que guardaban sus hechice-
ras bocas entre el ámbar de su puro aliento; em-
pero bajo aquellos exteriores tan semejantes se
agitaban almas de opuestas condiciones, y reunidas
estas jóvenes no hubieran sido nunca felices, por-
que una hubiese muerto de tristeza en el claustro y
la otra de horror en el mundo.

De otra manera, repetimos, ninguna felicidad
habría podido compararse a la que hubieran disfru-
tado en el convento. Juntas contemplaban el sol al
nacer y al ocultarse; el capullo al abrir sus tiernas
hojas al nacer, escuchaban el canto del jilguero
escondido entre las verdes hojas y el murmurio de
la fuente y del arroyo, sin que nada turbase su ale-
gría ni las interrumpiese en sus éxtasis.

Después rato permanecieron abrazadas las inocen-

tes niñas, que en la locura de su infancia atreviéndose a juzgar del mundo sin conocer sus bellezas ni sus goces; de la soledad, sin conocer sus dolores ni sus tristezas.

Al fin, desprendiéndose la una de la otra entregaron su Hado, exhalaron un suspiro, y levantándose, se acercaron a la ventana, y por entre los agujeros de la celosía dirigieron sus miradas a la huerta.

—¿No veis?—dijo Ana, después de algunos momentos y fijando su atención con muestras de extrema curiosidad.

—¿Qué he de ver?

—Allí, junto al manzano donde está el nido...

—Es verdad... un hombre que habla con el hortelano.

—¿Por qué le habrá permitido entrar?

—Habrá venido, como otros muchos, a pedir alguna hierba medicinal.

—Pero no entrará.

—Suele suceder, aunque raras veces, porque los hay, a más de pedigileños, atrevidos, y se aprovechan de la ocasión...

—Ahora se le ve el rostro.

—Es joven...

—Y... y... sí, es joven—murmuró Ana, cuyas mejillas se colorearon de un ruboroso carmin.

—Debe ser...

—Algún caballero; por lo menos, un hidalgo de noble cuna.

—¿En qué lo conocéis?

—Viste colete de terciopelo, calzas de seda y lleva espada...

—¿No pueden usar todo eso los plebeyos?

—No.

—Lo ignoraba.

—¿Es verdad que ha tenido buen gusto en ponerse esa gorra con pluma en vez de sombrero?—repuso la hija de don Juan, que examinaba con el mayor interés a la persona de quien se ocupaba.

—Bien a su rostro.

—¡Y cómo brilla la empuñadura de su daga!

—Debe ser de mucho valor.

—Sin duda es un hidalgo rico.

—El hortelano le señala hacia la puerta.

—Le dirá que no puede permanecer en ese sitio.

—¿Que mal hace a nadie con estar ahí?

—Y en verdad que no hace mucho caso de las palabras del hortelano.

—Muy bien parece que se ocupa en contar las plantas del convento... Ahora mira hacia aquí.

—Y Pablo se enfada, según el gesto que pone.

—pero él se sonríe... le mira y le habla...

—¿Qué le dirá, que parece haber aplacado repentinamente su enojo?

—Mira cómo brillan sus ojos... ¡Ah! — dijo Ana.

Y se oprimió el corazón, porque le palpitaba con una fuerza que de costumbre.

—El artilan mucho—contestó la educanda—. Y me da un modo que causa miedo...

—¿Miedo!... Al contrario... Aunque sí, tenéis razón... No... son aprensiones; lleva en su rostro pinaces de franqueza, la alegría... Aprensiones, aprensiones.

—El hortelano le ha dado una hierba.

—No os equivocáis.

—Se estrechan las manos como si fuesen amigos...

—¡Amigos!... ¡Imposible!

—¿Por qué?

—¿Un hidalgo, quizá un noble de calidad, amigo de un pobrete como Pablo?

—Se va.

—El, se va—murmuró tristemente Ana.

Desapareció el mozo, y la hija de don Juan sintió un cambio repentino en su ser, parecióle que a su se ocultaba, y, pálida y temblorosa, dominada por una sensación para ella desconocida, tuvo que sentarse porque le faltaron las fuerzas para sostenerse en pie.

—¿Qué os sucede?—le preguntó su inocente amiga. Estás pálida, tembláis...

—Nada... me siento bien... un vahído, pero ya pasó. Voy a rezar.

—Os dejó entonces... Pero no me engañéis, si os sentís indispuesta...

—No, no... Ya estoy bien... Gracias, amiga mía.

—Hasta luego—dijo la educanda, estampando un

beso en la frente bañada en frío sudor de la hija de don Juan.

Cuando ésta se quedó sola, oprimiéndose fuertemente el pecho, exhaló un profundo suspiro y exclamó: — ¡Me ahogo!

Luego se acercó a la ventana y miró con ansia hacia el manzano.

A nadie vió.

Causóle una profunda tristeza la luz del sol, las flores, los arroyos y el canto de los pájaros.

Sus hermosos ojos se humedecieron y por sus mejillas rodaron dos gruesas lágrimas.

Sufría mucho sin conocer la causa, y sin saber por qué tampoco no deseaba que se aliviase su padecimiento.

¡Niña infeliz! ¡Cuántas lágrimas debía verter tras aquellas arrancadas por la primera chispa de amor que se encendía en su pecho!

CAPÍTULO LII

Lo que puede suceder por cerrar precipitadamente una puerta

Cuando el paje salió de la taberna, se dirigió al convento de Santo Domingo, pensando como antes dicho a Blanca, qué sería más acertado: si seguir la fidelidad del hortelano o la del sacristán.

Dudaba el manco entre dirigirse al uno o al otro, sin saber cual de ellos podría serle más útil, cuando quiso la casualidad que, pasando en aquel instante por delante de la puerta, vio entrar al hortelano.

— Por éste me decido — dijo para sí el manco. — Cuando me lo depara la puerta, por algo será. Me acercaré, y, según el gesto que ponga, así obraré. Pero necesito un pretexto... ¡Ah!... ¡Magnífico! Y luego... No hay planes como los improvisados.

Acercóse el manco a la puerta a tiempo suficiente a cerrar el hortelano, y, haciéndole señas de que esperase, dijo:

—Perdonadme, buen hombre; pero tengo que pedir un favor que, si me lo hacéis, será recompensado.

—¿Qué os ocurre?—le preguntó Pablo, que era hombre de bastante edad y en extremo cándido y sencillo.

—Es cierto que tenéis una hierba que casi puede curar milagrosamente por su increíble virtud para curar los males del corazón?

—Certo que si señor caballero, y si vuestra merced pudiese de ese mal yo le aseguro que ha de curarse con la hierba que aquí se cria.

—Así lo creo, y con tanta fe, que vengo desde Alcalá sin otro fin que el de buscaros.

—Pero vuestra merced ignora que no a todo el que le pide se le da esa hierba, a menos que acredite...

—¿Y cómo queréis, buen hombre, que yo acredite que es verdad mi padecimiento, cuando a nadie conozco en Madrid?

—Entonces...

—Está visto que no queréis ganáros un escudo de oro.

—Un escudo de oro!—repitió Pablo lleno de admiración porque semejante cantidad recibida de una vez y en una pieza era para él cosa desconocida.

—¿Y más al menda—repuso Luis, mostrando al extranjero una reluciente moneda.

—¿Vuestro merced se burla!—dijo Pablo, sonriendo estupidamente.

—Y más aun daría por curarme.

—Lo creo, señor, pero...

—Dadme la hierba y tomad antes el escudo.

—Al instante, señor caballero; si vuestra merced espera dos minutos...

—Esperaré cuanto sea necesario.

—Fuiste en seguida—dijo el anciano.

Y se internó en la huerta, después de tomar el escudo y contemplarlo con admiración.

Pero Luis, en vez de esperar en la puerta, entró también sin que Pablo lo advirtiese, y le siguió silenciosamente con su penetrante mirada iba examinándolo todo, midiendo la altura de las tapas, observando las aristas, las puertas, las ventanas y todo, en fin, cuando alcanzaba su vista.

Poco tiempo tardó el hortelano en encontrar la prodigiosa hierba, y queriendo apresurarse a entregarla a quien con tanta largueza la había buscado, volvió atrás aceleradamente; pero no bien hubo dado algunos pasos, cuando se encontró de nuevo a boca con el manco, y, asustado de verle en el interior de la huerta, exclamó:

—¡Jesús me vaiga!

—¿Habéis visto al diablo?—le dijo tranquilamente el paje.

—¿Qué hacéis aquí?

—Admiro el esmero con que cultiváis.

—Aquí no puede entrar nadie...

—Soy muy aficionado al cultivo de los arbustos...

—¡Que me pierda vuestra merced!—dijo cada vez más asustado el viejo.

—Perdonadme, buen hombre—repuso el paje, que continuaba su minucioso examen—. Es tal mi afición...

—Tomad vuestra merced la hierba y márchase pronto, que si alguna madre llega a veros, soy hombre perdido; me despiden, y adiós toda mi fortuna.

—¿Pero cómo han de verme?

—¡A fe que no son curiosas! Siempre están en acochio detrás de las celosías, y nada de lo que happens en la huerta se les escapa.

—No temáis...

—¡Por Dios, váyase vuestra merced!

—Tengo que hablaros aún.

—Es que se apura mi paciencia y a pesar de la generosidad...

—Pero...

—Me veré obligado a usar de la fuerza.

—Tenéis menos que yo—contestó Luis con calma y desplegando una sonrisa.

—Pero me ayudará "Palomo", que tiene unas cuantas milloas de a palmo.

—No os alteréis, buen hombre, que no he venido a haceros ningún mal, sino a procuraros un bien. Yo tengo un capricho y mucho oro, y a poca costa puedo haceros pasar una vejez tranquila.

—¿Piensa vuestra merced seducirme?—replicó el anciano a la vez que miraba con desconfianza a Luis.

—Si pero sólo para que me hagáis un favor que
no me perjudica.

—Entre tanto, no os movéis...

—Nadie tiene esa poderosa hierba sino vos...

—¿Y qué importa?

—¡Parchadme.

—¿No puedo?

—Si me interrumpís, acabaremos más tarde.

—¡Solaré a "Palomo"!

—A mí no me muerden los perros, porque llevo
una reliquia...

—¿Esto es para desesperarse!

—Tengo quinientos ducados para vos.

—¿Quinientos ducados! — exclamó el viejo —,
¿quinientos ducados para mí!...

—Con tal que me proporcionéis la planta o se-
ñal de esa hierba para que yo la siembre en el
huerto de mi casa.

—¿Quinientos ducados por una hierba!...

—Al dármela os entregaré la mitad de esa suma,
y la otra mitad en cuanto agarre a la tierra.

Pablo se olvidó de todo: el asunto era demasiado
importante para no fijar en él atención.

—Vuestra merced — dijo — quiere matarme de abo-
gato.

—Quiero haceros rico, sin que para ello tengáis
necesidad de cometer ninguna mala acción, sino que,
por el contrario, es buena el proporcionar a la huma-
nidad doliente el alivio a sus males.

—¿Pero quinientos ducados!...

—Son para vos la fortuna, y nada se pierde por-
que yo tengo en Alcalá de Henares una hierba que
se cría en la huerta de este convento.

—Esa suma es la felicidad de toda mi vida.

—Pues bien, si la queréis, hablaremos del negocio
sin despacio, porque ahora os comprometo estando
a solas.

—Tenéis razón, se me olvidaba...

—¿Queréis cenar conmigo esta noche?

—¿A qué hora?

—A las nueve.

—¿Dónde?

—En la taberna del Moreno, que está...

—Junto a San Ginés; suelo visitarla. ¿Conoce al Moreno?

—No, pero mi bolsa es amiga de todo el mundo.

—¡Tan joven y tan rico!

—No me envidiaréis mañana.

—¿Conque a las nueve?

—Os espero o me esperáis.

—¿No me enseñáis vuestra merced?

—Tomad mi mano en fe de verdad—dijo el manco.

Y alargó su diestra a Pablo, que la estrechó fuertemente.

—Hasta la noche.

—El cielo os guarde.

El anciano acompañó hasta la puerta a Liza, y apenas ésta hubo puesto los pies en la calle, corrió aquél con tanta prisa, que le cayó la capa. Él fue nada advirtiéndolo, hasta que, al dar el primer paso, desprendiéndose de sus hombros su capa bicolor, cayó al suelo.

Quiso la fatalidad que un hombre que no lejos de allí pasaba fuese la vista casualmente en el manco, y al ver la capa blanca, estremeciéndose, como trabajosamente una exclamación y recatándose el rostro alejose para no ser visto, aunque sin dejar de observar a Liza.

—¡Abrid, que me habéis cogido la capa!—gritó éste, llamando al hortelano.

El viejo abrió, cerrando en seguida otra vez, y nuestro amigo, sin aperceberse del hombre que le espiaba, se dirigió con lentos pasos hacia la casa de doña María de Mendoza.

—¡Ya eres mío!—murmuró el que le seguía, que no era otro que el señor Antonio de Mena—. En esperar a más, podría fácilmente apoderarme de él con sólo dar un grito; pero es necesario que caiga también el de Poma y la doncella. Gran negocio bastante para completar mi fortuna y retirarme a vivir tranquilamente.

Entró el paje en casa de doña María, permaneciendo allí largo rato.

Fácil es adivinar a nuestros lectores el diálogo que tuvo lugar entre la dama y el manco. Hicieron de lo ocurrido con Blanca y el marqués la se-

de anterior y del primer paso dado para sacar del mundo a la hija de don Juan.

Salió, al fin, el paje gozoso porque creía que todo se presentaba bien y combinando planes tomó el camino de la taberna.

El señor Antonio le siguió sin perderle un instante la vista, y se detuvo al verle entrar en la miseria casa de Santiago.

—¿Qué viene a hacer aquí? ¿Será éste el nido? y refiriéndose después, añadió:

—No vendrá a emborracharse, porque no lo tiene de costumbre. Entraré, cuidando de ocultarme el rostro, y veré lo que hace y con quién habla.

El señor Antonio entró en la taberna, pidió un poco de vino y se sentó delante de una mesa. Luego miró a todos lados, y como no viese al paje, dijo para sí:

—Aquí tiene su albergue. Ha llegado, y sin detenerse se ha metido en el interior de la casa. Bien se presenta el asunto: mañana seré rico.

Entonces pareció meditar profundamente, y, pasado algo rato, dijo para sí:

—Muchas son las dificultades si he de hacerlo yo solo, porque el caso es que todos ellos deben caer en el lazo. Posible es que los cuatro vivan aquí, pero sería tendría de extraño que cada cual estuviese en distinta casa, como es muy prudente. El paje no ha de contar dónde se encuentran sus cómplices, y, por consiguiente, cogiéndole solo a él no se da sino a medias el golpe. Si logro reunirlos o saber dónde están los delato, y negocio concluido, porque eso de ponerme yo frente a frente con el malhecho sería una locura, porque del primer golpe me mataría honestamente al otro mundo, como hizo anoche con muchos de los infelices que acompañaban al alcalde, la primera que debo hacer es dar cuenta de mi hallazgo a doña Ana y hacerle que me prometa una buena suma. ¿Y mientras, se escapará?... No, porque vive aquí y aunque salga, volverá: eslarne aquí hasta a noche es imposible, porque llamaría la atención, y si tengo de quién servirme para que esté en secreto mientras yo me voy, ni quiero tampoco valarme de nadie, porque entonces habría que partir las ganancias. Este diabólico paje me conoce, pero no

importa, porque me tiene en concepto de un traidor que me vendo a cualquiera, y no lo parecerá más, si que ve venda a él. Se me ocurre también pedir alguna cantidad por cuenta del precio de mi fingida traición. Esto es lo que se llama un doble negocio. Estoy cierto de que el maldito paje ha de sentir más el dinero, no por su valor, sino por el engaño que el verse preso. Veámos a su famosa capa le fin de este golpe. Y en cuanto a su amigo el capitán, a ese le tengo un miedo horrible; pero caerá en la red, que contra la astucia no vale la fuerza.

Tras estas reflexiones se levantó el señor Antonio, y sin perder un momento se fué a casa de doña Ana de Mendoza con ánimo de explotar su secreto.

CAPITULO LIII

De la entrevista que tuvieron el paje y la doncella Inés

Santiago había cumplido su promesa y buscado una casa en el arrabal de San Ginés, disponiendo de modo las cosas que aquella misma noche podían dormir en ella nuestros amigos.

Empezaba a oscurecer y el paje se dispuso a salir para continuar sus averiguaciones con respecto al marqués, y para ver a la doncella Inés, con el fin de que le dijese cómo se encontraba doña Ana.

—¿Te acompañará el capitán?—preguntó Inés a Luis.

—No, mi querida señora, porque no conviene que se quedéis sola aquí, y aunque Santiago derramara toda su sangre por defendernos, bueno es que se deje el capitán por lo que pueda ocurrir.

—¿Tardará mucho?

—Poco, si no ocurre ninguna novedad, y cuando yo vuelva nos iremos a la nueva casa y el señor Peto marchará a Burgos.

—¿Sígueme con tu idea?

—Lo mismo que esta mañana: en cuanto voy

—Mañana haré una visita al rey para ofrecerle mis respetos.

—¿A dónde vas ahora?

—A ver a Inés, a menos que no quiera salir porque me llega miedo desde que sabe que soy el diablo. Pero me quedo aquí si se presenta, y si es caso de continuar nuestras relaciones.

—¿Dios te proteja!

—Así lo espero, porque el fin que me guía es bueno—contestó Luis.

Y después de haber recibido en la frente el acostumbrado beso de su señora, salió de la casa y fué a estar junto al postigo de la de doña Ana de Mendoza.

Poco tiempo esperó allí el atrevido mariceto, cuando el postigo se abrió, apareciendo la doncella sentada en su manto.

—Dios te guarde, mi bella Inés—le dijo Luis, acercándosele con la misma franqueza que siempre.

Inés ahogó en su garganta un grito de sorpresa, y miró con cierto espanto a su fingido amante.

—¿Te asusta mi presencia?—le preguntó el mariceto con acento dulce y desplegando una alegre sonrisa.

—¡Vos aquí!—exclamó la doncella.

—Ya me ves; pero adviérte que no me habías visto siempre...

—¿Y tenéis valor...? ¡Dejadme... me habéis engañado miserablemente!

—¿Engañado!

—¿Y yo enamorada de un hereje?

—¿Estás loca, Inés? ¿Tú también das crédito a las paparruchas del vulgo? No falta sino que, como muchos piensan y dicen, tú me tengas también por un verdadero diablo.

—No, señor Luis, ya sé que no sois más que un hombre como cualquiera, pero...

—Entonces no tienes derecho a decir que te he engañado mientras que no te abandone. No te digas desde el primer día quién era yo, porque temí que te retrajeses de escucharme, preocupada como eres muchos con la idea de que yo era verdaderamente un diablo.

—Apartaos, señor Luis y dejadme que lloro en desgracia.

—¿Quieres dejarme ahora que nuestros asuntos se presentaban tan bien!... Inés... nunca me has querido.

—¡Así me tratas!—dijo la doncella que empezaba a olvidarse de que era el diablo quien la hablaba.

—Dices que me aleje.

—¿Qué he de hacer? ¿Puedo acaso esperar algo de un hombre como tú?

—Bien, me iré, no volveré a verte... Si te voy mañana para entregarte el dinero prometido por el marqués de Poza al que salvase a su hija, y como tú eres la persona que la ha salvado...

—¡El dinero... a mí!

—Sí, el dinero que podrá servirte para llevarte en dote cuando te cases...

—¡Luis!

—¿No es verdad lo que digo?

—¿Pero no me engañas? ¿Es cierto que me amas lealmente?

—¿Lo dudas?

—No lo sé.

—Pues bien, ten confianza en mí, deja correr el tiempo y muy pronto verás...

—Me dejarás, porque tú tienes que ir; he oído pregonar tu cabeza, llamándote asesino, bandido y qué sé yo qué más...

—Benito estaría que el diablo huyese.

—Tu vida peligrará.

—Ahora marchan mis negocios mejor que nunca—repuso el mancebo.

Inés miró a todos lados, como si temiese que la escuchasen, y luego dijo:

—Luis, ¿es verdad que piensas hacerme feliz?

—Sí.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—Si me engañas, que Dios te castigue.

—¿Y a qué viene ahora hacerme pronunciar un juramento?

—Necesitaba asegurarme de tu cariño.

—Explicáte.

—¿Puedo que confíes un secreto de mucha importancia?

—Puedes hacerlo con descuido.

—He escuchado una conversación que esta mañana he tenido mi señora con un tal señor Antonio de Mena.

—El señor Antonio de Mena!—repitió el paje.

—¿Le conoces?

—Entro al servicio del príncipe, o, mejor dicho, de su esposa, y la causa de su muerte.

—Lo creo; él ha sido también el que ha estado en Burgos y sacado del convento a doña Blanca.

—¿Porque ha sido ese miserable?... ¡Oh!, no creo en nada su pellejo.

—Cualquier castigo merece.

—¿Y qué ha dicho a tu señora?

—Que había podido averiguar dónde te albergabas y que esta misma noche caerías en su poder.

—¿Puede engañar a tu señora; es imposible que

—Le ha dado señas muy positivas.

—Explícate, Inés, que el asunto merece atención

—¿Le ha matado?

—Pues bien, según dice el señor Antonio, esta mañana te vió salir de la puerta del convento de San Domingo.

—Pero aciso me conoces?—preguntó Luis, con poca inquietud.

—Por la capa blanca, que según parece se te cayó al suelo.

—Vive Dios!—exclamó el paje.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Te dijo?

—Y a dónde dice que fui?

—Se lo ha reservado, porque en eso consiste su

Luis se estremeció, más por Blanca que por él, pues tan acostumbrado estaba ya al peligro, que

—Es preciso que evites el golpe que te amenaza.

—Déjame pensar algunos instantes — dijo el

Y luego inclinó sobre el pecho la cabeza y se quedó meditando.

—Inds. necesito tu ayuda—dijo después de algunos instantes.

—Cuenta con ella.

—¿Estás decidida a todo?

—A todo por ti.

—Tarde o temprano pueden descubrir que soy mi cómplice; mis enemigos lo son tuyos, y es preciso que me ayudes a inutilizarlos.

—¿Qué hay que hacer?

—Dos cosas.

—Explicame.

—Vuelve en seguida a casa de tu señora, y en alguno de esos ascosos que la rodean, habla de mí.

—Lo haré.

—Ensalza la amabilidad del señor Antonio, y cuando el que te escuche se muestre picado y diga como dirá, que él no vale menos, fínges que tú también estás picada y no eres de su misma opinión; y por último, para convencerlo, le dices en confidencia cuanto has escuchado, sin olvidarte de la recompensa que tu señora haya prometido al traidor.

—¿Con qué fin?

—Ya lo sabrás.

—Prosigue.

—Luego añades que el señor Antonio dio las señas de mi casa, diciendo que era la taberna del Moreno, frente a San Ginés.

—No adivino tu plan.

—Ya verás su resultado.

—¿He de decir algo más?

—Que el señor Antonio sabe también que esta noche saldré a las ocho, poco más o menos, de mi casa con mi copa famosa.

—¿Nada más?

—Nada en cuanto al señor Mena. Ahora fínges que te decides a otra cosa.

—¿Cuál?

—Necesitamos una prueba de los amores de tu señora con el señor Antonio Pérez.

—¿Una prueba!

—Sí, es indispensable.

—¿Bastará una carta?

- ¿El?
- Tendrás la primera que yo lleve al secretario de su majestad. Ya ves que a todo estoy decidida.
- No puedo quejarme de ti.
- ¿Pero me explicarás el fin de todo ese enredo?
- No puedo dejármela.
- Dime al menos si verdaderamente es tu casa en la corte...
- Allí habito.
- ¿Y en vez de oculario...?
- Me conviene que lo sepan para que me busquen. Cuando vas a decir es la verdad.
- Con razón te llaman el diablo.
- Adios, Inés, tengo que hacer muchas cosas.
- ¿Hasta mañana?
- Probablemente.
- Alzóse el peje, y la doncella quedó pensativa y echó un suspiro.
- No sé negarme a nada de lo que me pide— murmuró—. Mucho me comprometo, pero ya no puedo retroceder.

Largo siguió su camino, mientras decía para sí: —Daré un dedo de la mano derecha por saber el arredo que piensa armar mi amante. En vez de oculario, quiere que se diga dónde pueden encontrarse... No se parece a ningún hombre. ¡Verme amada de él que puede más que la princesa, más que el rey, más que todo el mundo!... ¡Estoy orgullosa!

CAPÍTULO LIV

Inés se deja engañar

No necesitaba muchas explicaciones Inés para comprender perfectamente el papel que tenía que representar, por más que no advinase lo que el tráfago leía se proponía.

Enajenado estaba el amor propio de la doncella, y se creía capaz para hacer prodigios.

Faltó a su casa y entró en un aposento donde

- se encontraban Felipe y otro de los mozos que servían a la princesa, y que nada tenían que hacer más que esperar órdenes para comer los vos crímenes, pues para esto se los pagaba, y tampoco servían para otra cosa, por más que decían que eran escuderos de la ilustre dama.

Si la doncella no estaba en aquellos momentos muy agitada, lo parecía, y no agitada por ninguna contrariedad, sino por la alegría.

—¿Qué hacéis tan mustias y callados?—preguntó a los dos sirvientes.

—Ya lo veis, nos aburríamos—respondió Felipe, y en cambio vos os divertís.

—¿Cómo lo sabéis?

—Vuestro semblante...

—Debe decir que estoy muy contenta.

—Sí.

—Y no mienta.

—Blen, os felicito.

—Y yo también.

—Y como no quiero que nadie sufra cuando yo gozo, voy a regalaros con una botella del exquisito vino que nuestra señora guarda para cuando el señor Antonio Pérez se siente muy debilitado y necesita tomar un refrigerio. Dicen que cada gota de ese vino cuesta lo menos un real de plata.

—¿Nunca lo habéis probado, señora Inés?

—Ya sabéis que no bebo más que agua.

—¿Y os atreveríais...?

—Si me atrevo a robar una botella, porque es tal mi alegría.

—¿Y nos diréis también la causa de vuestro contento?...

—También, porque me parece que no habéis de cometer ningún abuso.

—Gracias por la buena opinión que de nosotros tenéis. Somos unos bribones, esta es la verdad; pero cuando se trata de nuestros compañeros.

—Y, sobre todo, si yo me quejase a la señora.

—Hermosa Inés, no os olvidéis del vino, que nada tenemos que hacer ahora y podremos trasquilarnos con tranquilidad.

—Aprovecharé esta ocasión que es propia:

Inés salió.

unos minutos después volvió con una botella y
 dos vasos.

—Ni beberéis con nosotros?—preguntó Felipe.

—No.

—Recordad que habéis prometido decírnoslo.

—Os haré compañía.

—¿Y a se enfada el señor Antonio?

—No se enfadará, porque ya sabe que lo amo de
 verdad que como rivales no sois temibles.

—Pero es más loco que nosotros—replicó Felipe,
 mientras destapaba la botella y llenaba los vasos.

—No es por la hermosura por lo que se estima a
 los hombres.

—¡Buen vino!—exclamó Felipe, después de bo-
 rre.

—Gloria pura—añadió su compañero.

—Probad, señora Inés.

—¿Y si me marcho?

—Comeréis y beberéis que os requiera ese es-
 píritu.

—No quiero dormir, ni me conviene, porque es-
 pre una buena noticia y en cuanto al señor Anto-
 nio, a pesar de ser muy loco, es capaz de hacer lo
 que para vosotros sería imposible.

Los dos asesinos soltaron una carcajada burlona.

—¿Os reís?—preguntó la doncella, como si se
 desentendiese.

—Sí, nos reímos, porque este vino alegra.

—Y porque a vuestro lado nadie puede estar
 triste.

—Os agradezco la galantería.

—No os enfadéis, señora Inés.

—No me enfado; pero cuando queréis rebajar a
 los que valen más que vosotros...

—¿Y por qué vale el señor Antonio más? ¿Qué
 ha hecho, ni qué puede hacer? Es un zorro muy az-
 uzo pero muy cobarde, y de nada le servirá toda
 su astucia contra una puñalada.

—¿Quién sacó a doña Blanca del convento?—
 preguntó Inés.

—¿Y quién la trajo a Madrid?—replicó Felipe.

—Pues para que veáis que el talento vale más
 que la fuerza, os recordaré lo que sucedió la otra
 noche en la hostería: Ginés pudo averiguar dónde

se encontraba ese hombre a quien llaman el diablo y nada se consiguió.

—Yo no hubiera hecho lo que Ginés.

—Yo tampoco, pues sin otro miramiento le hubiera dado una puñalada.

—El caso es que no lo hizo.

—Sin embargo, consiguió lo que no ha podido conseguir el señor Antonio de Mena con toda su astucia.

—¿Y si el señor Antonio lo hubiera conseguido ya?—replicó Inés.

—Imposible...

—¡Bah!...

—Os digo que sí.

—Señora Inés, os ha engañado vuestro marido.

—¡Engañarme!

—Ha querido darse importancia.

—Si os empeñáis en negar...

—Una prueba y nos convenceremos—dijo Pepe.

—Eso es, una prueba—añadió su compañero.

—Pues bien: todavía no hace una hora que estuvo aquí el señor Antonio.

—¿Y qué?

—Ofreció a nuestra señora que esta misma noche le presentaría la cabeza del antiguo paje.

Los asesinos dejaron escapar otra carcajada.

—Señora Inés, vuestro novio no tiene bastante alma para degollar al diablo.

—Lo veremos.

—Y además, antes es preciso que sepa dónde el diablo tiene su escondite.

—Y lo sabe, aunque este secreto no ha querido revelarlo a nuestra señora.

—Entonces...

—Pero a mí me lo ha dicho todo.

A los dos asesinos se les ocurrió a la vez que podían hacer un gran negocio anticipándose a descargar el golpe que tenía preparado el señor Antonio de Mena.

Una mirada de inteligencia cruzaron aquellos dos miserables.

No necesitaron más para ponerse de acuerdo.

Les parecía muy fácil hacer hablar a Inés, y Federico dijo:

—Todo eso es música celestial.

—¿Aun no estáis convencidos?—replicó la doncella.

—Claro es que no, puesto que hay mucha diferencia entre prometer y cumplir.

—El tiempo dirá.

—S: el señor Antonio os ha revelado el secreto...

—Repto que sí.

—Pues entonces, ¿por qué no decís dónde tiene su coto el diablo?

—Porque he prometido callar.

—Con nosotros es inútil la reserva.

—El negocio es tan delicado...

—Debéis pensar que a estas horas es lo más probable que el señor Antonio haya dado el golpe.

—Tal vez.

—Y si queréis que confesemos que vale más que nosotros...

—Al fin me obligaréis a decir lo que quiero callar.

—Bastamos y os agradecemos la confianza tanto como el vino.

—Cerca de San Ginés hay una taberna...

—La del Moreno.

—La misma.

—¿Y el diablo está allí?

—Sí.

—¿Rayos!

—En otro tiempo fué mi amigo Santiago, el dueño de la taberna; tuvo fortuna para hacer buenos negocios y se retiró a la buena vida.

—Lo cual quiere decir que es hombre a propósito para el caso.

—¿Ya lo creo!

Otra mirada de inteligencia cruzaron los dos hombres.

—¿Aun dudáis?—preguntó Inés.

—No; pero siempre resultará que el señor Antonio es muy feo y vos muy linda, y el ruin y vos hermosa, y...

—Dejadme en paz—interrumpió la doncella, riéndose en pie.

—¿Os vais?

—Sí, tengo que hacer.

—¿Y no probáis el vino?

—No.

—Señora Inés...

—Hasta luego.

La joven salió.

—¿Qué opinas de todo esto?—preguntó Felipe.

—Que puede ser un gran negocio.

—¿Y no lo aprovecharemos?

—Si te decides...

—Decidido estoy.

—La rabeza del diablo está pregonada, y mucho más de lo que ofrecen nos daría nuestra ~~obra~~.

—Pues es muy sencillo: iremos a la ~~calle~~ a Bordadores, acecharemos, y como el ~~peje~~ salta.

—Eso es.

—No necesitamos ayuda de nadie.

—Bebamos.

—A la salud de Inés, que nos ha proporcionado este negocio.

—Yo brindo por el hidalgo.

—Y manos a la obra.

—Vamos, pues.

—Antes, el último trago.

Dieron fin al vino.

Minutos después salían de la casa y se alejaban tan contentos como quien va tras la fortuna y tiene la seguridad de alcanzarla.

Entre tanto, la doncella cavilaba y decía:

—¿Qué sucederá?... No lo sé, pero estoy tranquila.

La verdad es que nunca el peligro amenaza a de cerca al travieso Luis.

CAPÍTULO LV

fray Bernardo da buenos consejos y mejores avisos

Para que se comprendan los extraños sucesos que en los siguientes capítulos tenemos que referir, es preciso retroceder al punto en que dejamos al señor Antonio de Mena, de quien ya dijimos que iba a la suntuosa morada de la ilustre viuda para dar principio a la explotación del secreto que una casualidad le había dado a conocer.

El adagio dice que "poco apríeta el que mucho sirva", que "la codicia rompe el saco" y que "en el pecado va siempre la penitencia", lo cual es muy cierto, porque rara vez deja de suceder que la culpa no encuentre el castigo en la misma persona que le domina.

El hidalgo no se acordó de estas verdades, y al verlas pensó, creyó que aquella vez triunfaría, sino otras, pues la impunidad, no solamente induce alientos, sino que engendra ilusiones.

Indudablemente hubiera triunfado en aquella ocasión si se concretase a descubrir el paradero del papa recibiendo la recompensa prometida por la autoridad, según la bárbara costumbre de aquel tiempo y, además, lo que le diese doña Ana, cuya liberalidad no podía ponerse en duda; pero el miserable no se contentaba con todo esto, quería más, quería más, porque su codicia era insaciable.

¿Le podía recoger algunos escudos más, ¿por qué perderlos?

Así discurrió, y por eso se decidió a hacer un doble negocio, representando un doble papel, lo cual es para él cosa muy fácil.

No se detuvo ante los inconvenientes que esto ocasiona, porque estaba dominado por su ruin pasión, por su sed de riquezas.

El señor Antonio había nacido para ser traidor; pero con una sola persona era leal, aunque no por

virtud, sino por necesidad. Nos referimos a don Bernardo.

Apenas el hidalgo salió de la morada de la veda, se dirigió al convento y entró en la celda del dominico.

—¿Más novedades?—le preguntó éste.

—He conseguido hacer un descubrimiento de grandísima importancia, y os traigo la noticia, como es mi obligación.

—Os escucho.

—Ya sé dónde se alberga el diablo.

—¿Y qué más?—preguntó fríamente el dominico.

—¿Os parece poco, reverendo padre?

—Ni poco, ni mucho.

—Pues yo lo tengo por un suceso feliz y providencial, y cuando conozcáis los detalles, veréis en todo ello...

—Al asunto, y dejad los comentarios para después.

—Pasaba yo por los Caños del Peral, y vi que de la huerta de la Priora salía un hombre, cuya capa se enganchó en la puerta y cayó.

—Y aquella capa era blanca...

—Sí.

—De la huerta de la Priora habéis dicho, ¿no es verdad?

—Exactamente.

—Esperad—repuso el dominico.

Luego inclinó la cabeza, cerró los ojos y quedó inmóvil.

No necesité reflexionar mucho para comprender que el antiguo paje no podía haber ido a la huerta de Santo Domingo el Real sino para ocuparse de la hija de don Juan de Autaria, cosa en que no había pensado el señor Antonio de Méndez, a pesar de toda su astucia.

—Está bien—dijo el fraile, después de algunos minutos—. Continúa.

—Me revoltó el semblante, seguí al endiablado manco que tomó hacia San Ginés...

—Y visteis que entró en una taberna de la calle de Bordadores...

—¿Lo sabíais!...

—Sí.

—Reconozco mi pequeñez, y me sorprende que estando dónde ese hereje habita, no hayáis pensado...

—Lo que vos no pensáis—interrumpió el dominicano—, es que el Santo Oficio no necesita vuestros advertencias ni vuestros consejos para cumplir con su deber.

—Perdonadme.

—Mientras os sobran para ocupar un calabozo en la Inquisición y un puesto en la hoguera, y sin embargo...

—Perdon, perdón! — exclamó el hidalgo, con un aire de terror profundo.

—Gracias haber visto mucho y haber conseguido muy tan ciego estáis que no os habéis apercebido de lo que tiene mayor importancia, y hasta tal punto es ciego el convento, que no pensáis que lo que por forma tenéis, es quizá grandísima gloria.

—En cuánto me pensáis.

—En la ventura lo que habéis pensado hacer o por lo menos hecho.

—Se ha preguntado la cabeza de ese hombre.

—Puedes entregarlo a la justicia, y os recompensará... ¡La codicia siempre, la sordida codicia!

—Reservado padre...

—No pequéis por ignorancia, pues os lo advierto: el mayor enemigo lo lleváis en el alma, es la codicia de riquezas.

—Ferdá mi caudal...

—Recuperadlo sí; pero con prudencia, con mucha prudencia, porque hay ocasiones en que ganando no se gana más que ganando ciento.

Muchal era predicar sobre este punto al hidalgo, que sólo por temor y respeto, dijo:

—No olvidaré vuestros sabios consejos.

—Mucho ganaréis.

—Acabo de ver a la señora princesa.

—¿Y le habéis dicho...?

—Que ya sé dónde se oculta el paje.

—Eso os habrá ofrecido el oro a montones, y...

—Quedará por cumplir mi deber...

—Entiendo.

—Es absolutamente necesario aniquilar a mi enemigo.

—No seréis vos quien tal haga.

—¿Y por qué?

—Por la sencilla razón de que valéis poco para hacer tanto.

—Si el paje es valeroso y audaz...

—Y más ingenioso y astuto que vos.

—Antes sentirá el golpe que el amago.

—Haced lo que mejor os parezca.

—Si opináis...

—Os he aconsejado lealmente, y os dejo en libertad.

—Gracias, reverendo padre.

—Si nada más tenéis que decirme, dejadme porque tengo que hacer.

El hidalgo muy satisfecho porque no se le prohibía obrar a su antojo, besó respetuosamente la diestra del dominico y salió.

Cuando fray Bernardo estuvo solo, dijo:

—Es ya tanta su ruindad, tanta, que me repugna.

Luego tomó la pluma y se puso a escribir.

Le dejaremos para ir a la taberna y ver a Santiago, que enteramente solo y junto al mostrador se aburría y dormitaba.

Ya había cerrado la noche, y, sin embargo, a un sólo bebedor había tenido por conveniente entrar en la taberna.

Cuando ya Santiago había perdido la esperanza de hacer negocio aquella noche, se le presentó un hombre flaco, vestido de negro y de continente nada agradable.

Era un esbirro de la Inquisición.

Estremeciéndose el tabernero, empezando a temer que se hubiese sospechado que protegía al célebre criminal de la capa blanca.

El esbirro, que era el llamado Mateo, a quien ya hemos conocido en la primera parte de esta historia, avanzó con pasos silenciosos y mientras miraba a todos lados como para convencerse de que no había ningún importuno observador.

Cuando estuvo cerca de Santiago, le miró de piez a cabeza y le dijo:

—¿Sois el llamado Moreno?

—No os equivocáis—respondió el tabernero.

—Yo me conozcois, ni es menester.

—En embargo, si queréis decirme vuestro nom-

bre.

—No hay inconveniente. Me llamo Mateo.

—¿Y sois...?

—Tengo la honra de servir al Santo Tribunal de Inquisición.

—Está muy bien, señor Mateo; me agrada mucho tratar con gente de cierta clase, porque siempre trata uno honrado; pero no adivino el por qué se me da de mí el Santo Tribunal.

—Señor Santiago, hace muchos años que os conozco.

—Es posible.

—Mas de un pecado habéis cometido; pero os perdoné porque sois hombre de bien, y aquello se olvidó.

—Todos somos débiles.

—Tengo de paz y podéis tranquilizarme.

—Sentados, remojad el tragadero y decidme en qué puedo servirlos, que lo haré con la mayor voluntad del mundo.

—Nada tengo que pedirlos, porque vengo de parte de una persona cuyo nombre no puedo pronunciar.

—Entonces...

—Pero lo cortés no quita lo valiente, y aceptaré el reto.

Entonces Mateo, tomó el jarro que Santiago le presentara, bebió y luego dijo:

—Estáis en íntimas relaciones con ese hombre a quien llaman el diablo.

—¿Yo!...

—Y con su amigo inseparable el señor Pero, que es una especie de salvaje con los puños de acero.

—Os habéis engañado, os lo juro.

—Lo mismo me importa que neguéis como que almorzáis puesto que la verdad la conozco.

—Repito...

—Os molestáis en vano, mi buen amigo, puesto que nada quiero averiguar, ni he de hacer más que cumplir las órdenes que me ha dado cierto reverendísimo padre, que es el mejor amigo del señor Luis.

—Os escucharé, porque así debo hacerlo; pero ni sé quién es el señor Luis, ni el otro, ni ese reverendo padre, ni...

—Beberé y acabaré de explicarme.
Y otra vez bebió el esbirro y añadió:

—Voy a entregaros una carta para que la pongáis en manos del señor Luis, si es que aquí se encuentra o ha de venir pronto; pero si ha de tardar, se la daréis al señor Pero León o a doña Blanca, puesto que...

—Señor Mateo—interrumpió Santiago, que muy difícilmente podía conservar la calma.

—Dejadme concluir.

—Bien, decid todo que os dé la gana; pero oídme que no conozco a esa gente.

—Cierta, inevitable es la perusión del señor Luis, si muy pronto no recibe la carta. Ya está advertido; no pecaréis por ignorancia, y vuestra será la responsabilidad de lo que suceda.

Y esto diciendo, el esbirro sacó y puso sobre el mostrador un papel.

—Yo no debo recibir...

—Si os negáis, llamaré, acudirán diez de mis compañeros que aguardan muy cerca de aquí, y os llevaremos a la Inquisición.

—¡Vive el cielo!

—Os agradezco el vino con que me habéis embriagado, y espero la ocasión de daros una prueba de amistad.

Mateo se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—Esperad...

—No.

—Es que...

—Os conviene callar—dijo el esbirro.

Y desapareció.

—¡Truenos y rayos!—exclamó el tabernero—. Ahora sí que debemos considerarnos perdidos. ¡La Inquisición!... ¡Cuernos de Lucifer!... ¿No se tienden un lazo?... La carta no tiene sello; pero no sé leer... Y el caso es que tengo que guardarla. ¿Qué me conviene hacer?

Santiago empezó a dar entre sus manos vueltas al papel.

Se tuvo necesidad de cavilar mucho, porque el
se le presentó.

CAPITULO LVI

Dónde se verá que un condenado no puede engañar y un diablo

—¡Gracias a Dios o al diablo!—exclamó el ta-
xero al ver a Luis.

—¿Qué se pasa?—preguntó éste.

—Huid, ocultaos no sé dónde, es decir, en la nue-
va casa. Nunca nos hemos prevenido tan oportuna-
mente, porque quizá dentro de pocos minutos...

—¿Vendrán a buscarme, ya lo sé.

—¿Que lo sabéis!...

—Sí.

—¿Y también lo de la carta?

—No te entiendo.

—Pues ignórasla lo mejor.

—Ánimo de explicarte, porque tengo contados
los minutos.

—Ha venido un esbirro de la Inquisición.

—Un esbirro!...

—Dice que se llama Mateo...

—Ah!... El apalado... Presigue.

—Me ha tratado con muchas consideraciones y
me ha dicho que venía de parte de un fraile, cuyo
nombre no ha querido pronunciar.

—Fray Bernardo—murmuró el paje.

—¿Segura que lo sabe todo con respecto a vos,
ya donña Blanca y al señor Pero.

—Quedó no miente.

—Y me ha entregado una carta, que he tenido
de recibir, porque me amenazaba con llevarme
por supuesto que nos tienden un lazo...

—Dadme la carta.

—Tomad.

Luis desdobló el papel y leyó lo siguiente:

"Vuestros enemigos saben ya dónde os ocultáis,
porque os han seguido al ver vuestra capa blanca,
que os cayó cuando salíais de la puerta.

"Huid sin perder un instante, porque esta misma noche descargarán el golpe terrible.

"Como no es fácil encontrar en un instante albergue seguro, os ofrezco más de uno de que puedo disponer, no solamente para vos, sino para vuestros amigos.

"Aceptad, que no ha de pesaros, y no os arrepentís en rechazar mi amistad y mi ayuda, porque así mi sucumbiréis más o menos tarde.

"También puedo hacer mucho en favor de la persona que vive cerca de la puerta donde habéis estado.

"Al señor Antonio la perderá su cédula, y os heis evitar que a vos no os pierda la vanidad y la ciega confianza que tenéis en vuestras propias fuerzas. Mucho valéis; pero al fin no sois más que un hombre, y vuestros enemigos son muchos y muy poderosos.

"Si no seguís mi consejo, si aun rechazáis mi amistad, peor para vos; mi conciencia queda tranquila, porque hago cuanto puedo hacer."

No tenía firma el escrito.

El paje inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

Aunque no necesitase aquel aviso, tenía que agradecerlo.

Tampoco necesitaba el albergue que el fraile le ofrecía; pero no por esto el ofrecimiento era menos meritorio.

—¡Vive Dios! — exclamó Luis después de algunos minutos—. Mal que me pese, tendré que reconocer que soy deudor a fray Bernardo de grandes beneficios, y empiezo a temer que, al fin, la necesidad me obligue a aceptar sus ofrecimientos y la alianza que mil veces he rechazado. ¿Qué empresa habrá imposible para la constancia de un fraile? Es una constancia que puede compararse a la gota de agua que horada una piedra.

No exageraba el paje.

—¿Y qué hemos de hacer?—preguntó Santiago—. Ya veis que me ha sido preciso...

—Has hecho bien en quedarte con la carta.

—Pero la Inquisición...

—Nada temas.

—Cuando vos lo decís...

—Luego te daré instrucciones.

—Esperaré.

Luis subió al aposento donde con creciente ansiedad le esperaban su señora y Pero León.

Acababa éste de cenar y aun saboreaba el contenido de una botella, en tanto que hablaba sin cesar para distraer a doña Blanca.

—¿Cuánto has tardado! — exclamó la doncella al ver entrar a Luis.

—Buen venido—dijo el capitán.

—¿Que he tardado cuando no hace media noche aún!—contestó el mancebo.

—¿Te venías con mucho cuidado—repuso doña Blanca.

—Pues no pensaba volver tan pronto, según lo que tenía que hacer.

—¿Hay alguna novedad?

—Ninguna—contestó el paje distraídamente.

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Estás pensativo...

—Es muy natural; tengo muchas cosas en qué ocuparme.

—¿Algo sucede.

—Que después de salir he pensado en que a las once vendría el hortelano del convento, y he temido que saliera sin hacer todo lo que yo quería.

—Son las ocho, poco más.

—No importa. Puede adelantarse... Y también he pensado que es prudente que os vayáis a la nueva casa sin aguardar a más tarde, porque si descubren nuestro paradero...

—Pues bien, no perdamos tiempo—repuso doña Blanca.

—Pero me dejaréis—dijo el capitán—que acabe tranquilamente de beber esta botella.

—Allí beberéis cuantas os dé la gana; pero ahora levantaos y acompañad a doña Blanca.

—¿No vienes con nosotros?—dijo la doncella.

—Ya sabéis que espero al hortelano.

—Bien, pero como aun queda tiempo...

—Si queréis complacerme—interrumpió Luis—vamos con el capitán ahora mismo.

—¿Algo sucede.

—Necesito estar solo, y no me preguntéis el por qué.

—¿Ins, temo que te suceda alguna desgracia.

—Desculcad por esta noche... No perdáis tiempo, señora, que cada minuto vale un Potosí. Capitán, desenvainad la sizona y en marcha.

El señor Peto León bebió de un solo trago el vino que quedaba en la botella, se caló el sombrero hasta los ojos, embozóse en su capa, y, con el acero desnudo, esperó a que Blanca se levantara.

Ella comprendió que no era oportuno hacer observaciones ni preguntas al mancebo, y, triste y silenciosa, se dispuso a salir.

—Dios os guíe—dijo el paje.

—¿Tardarás mucho?—le preguntó la doncella.

—Tres horas; pero no estéis con cuidado aún cuando no vaya en toda la noche.

—Alguna diablura proyectas.

—Esta noche es de broma y diversión para mí—contestó sonriendo el mancebo—. Estad tranquila.

Blanca movió tristemente la cabeza, y dijo:

—Estás acostumbrado a jugar la vida rienda; y no me inspiran confianza tus palabras.

—Para que nada temáis, os diré que acabo de recibir una carta de fray Bernardo.

—¿Una carta de fray Bernardo!...

—Me advierte el peligro que corro y me ofrece albergue seguro.

—¿Pero...?

—Se empaña en que hemos de ser amigos, y al fin lo conseguirá. Puede llevarnos a la Inquisición y no lo hace, y por más que sus ofrecimientos son interesados, tengo que agradecer sus beneficios.

—Es tu obligación.

—Fray Bernardo es el único enemigo verdaderamente temible, porque todo lo peor que puede suceder es que me prendan y me lleven a la Inquisición: en cuyo caso aceptaría la alianza y recobraría la libertad.

—A pesar de todo eso...

—Que el tiempo vuelva—interrumpió el paje.

—Adiós.

—El cielo os guarde, hermana mía—dijo León.

—Entonces acercaba su frente a los labios secos de la anciana.

—Piensa, Luis, que no tengo otro amparo que tú —le dijo Blanca.

—Capitan—dijo el mancebo—, si algo ocurriese en el camino, dad el silbido que sabéis nos sirve de señal, porque como la nueva casa no está muy lejos, llegaré fácilmente a mis oídos.

—Seréis obedecido en caso de necesidad.

Blanca y el soldado salieron, y Luis se asomó a su ventana.

—Eres son—dijo después de algunos instantes—, la calle está solitaria y la noche oscura... Se alejan... ¡Protegedlos, Dios mío!

Después llegó a la puerta del aposento y llamó a Santiago.

Este abrió pocos instantes después.

—¿Qué se os ofrece?—preguntó.

—Regularmente esta noche, quizá dentro de una vendrán separadamente dos hombres, o por lo menos uno, que intentarán verme. Para conseguirlo empujarán por sonámbulos, y, si preciso fuese, por otros, alguna cantidad.

—Que les haré que se coman, aún cuando no tengan monedas para mascar las monedas.

—No, al contrario...

—Que comprendo. Atrapo los maravedíes, les digo que me agan, los llevo a la cueva, y allí...

—Tampoco es eso.

—Entonces no lo adivino.

—Es todo lo contrario de lo que pensáis.

—Explicaos.

—Uno de esos hombres es pequeño de estatura y bien, no tiene pelo de barba y le brillan mucho los ojos. Podéis conocerlo además por una sonrisita muy dulce que siempre anima su rostro y por su voz tan dulce atiplada y suave.

—Ya me parece que le estoy viendo.

—Pues bien, os dejáis engañar por ese hombre y le seguís aquí.

—¿Y el otro que habéis indicado?

—Probablemente no vendrá, pero si acaso no sueltan así, observaréis distinta conducta.

—Bien.

—Después que suba el barbilampifio, os acercaréis a la puerta de cuando en cuando, y así que veáis un bulto que ronda la casa, venís a la escalera y maulláis suavemente y de modo que nadie pueda sospechar que no es un gato.

—Ya sabéis por experiencia que tengo habilidad para esto.

—Si no la habéis perdido por falta de práctica.

—En cuanto al canto de la lechuza. No os respondo de tratarlo sin ensayarme antes; pero en cuanto a maullar, no he dejado de ejercitarlo, porque me sirve para hacer venir a los gatos de la vecindad y que caigan en los lazos que les pongo.

—¡Os entretenéis en cazar gatos!

—En mi tienda se hace un gran consumo de lobos.

—Entiendo.

—Conque es decir que debo dejarme engañar por el barbilampifio...

—Sí.

—¿Tenéis algo más que mandarme?

—Que tengáis preparado un cabrito para mandarlo entre en la tienda y lo pida.

—He mandado guisar dos, y deben traerlos de un momento a otro.

—Tened cuidado de hacernos el desconocido cuando nos sirváis de cenar.

—Bien.

—Y mezclad con aguardiente el vino que pagáis a la persona que me acompaña.

—Comprendo, queréis emborracharla.

—Sí.

—Todo se hará a medida de vuestro deseo—dijo Santiago.

Y se bajó a la tienda, sentándose detrás de su mostrador.

Pocos momentos después entró el señor Aníbal de Mena, y después de mirar a todos lados por encima del embudo de su capa, se acercó al Merozo.

—Tengo que hablaros reservadamente—le dijo sin bajar el embudo.

Santiago lo miró de soslayo y luego contestó:

—Nadie os oye, podéis decir cuanto os dé la gana.

—Ya veis que vengo solo...

—¿Y qué me importa? ¿Es ese vuestro secreto?

—Le repitió el tabernero.

—Tened calma.

—Me sobra.

—No os admire lo que voy a deciros ni os enfadéis por ello.

—Yo no me enfado sino cuando beben y no quieren pagar.

—No se trata de eso.

—Bien os escuchó.

—Probaré a sorprenderlo—dijo para sí el señor Antonio.

Y luego añadió en voz alta:

—Necesito ver al diablo.

—¿Y yo soy, por ventura, el portero del infierno—dijo Santiago, sin alterarse.

—Está visto—pensó el hidalguete— que tendré que procurarme a enseñarle un escudo... Aunque en vano quizá desconociera.

—O estás loco o borracho—repuso el tabernero.

—Ni lo uno ni lo otro. Me habéis comprendido perfectamente. ¿No extraño que empecéis por negar: pero no sucederá así cuando penséis que venís a casa y que si os engaño podéis desquitaros de la zorra acravoséndome el corazón de una puñalada.

—Hace mucho tiempo—le contestó Santiago— que aprendí un refrán que dice: "Quien tiene limpiada la cara, no se la tapa".

—Si oculto el rostro no es por vos, sino...

—Eso no es más que un refranillo.

—Tampoco me conocéis, y sería inútil...

—Basta más.

—Si es únicamente os causa recelo, mirad—dijo señor Antonio.

Y bajó el embozo de su capa.

—El mismo—dijo para sí el Moreno cuando hubo examinado el rostro del traidor—. Me dejare engañar, pero antes veré si suelta algunos reales.

—¿Queréis algo más?—repuso el hidalgo.

—Yo nada quiero, ni vos me lo habéis ofrecido—añadió Santiago.

El señor Antonio hizo un esfuerzo para ahogar un suspiro doloroso, porque había comprendido la gran dificultad indirecta de Santiago.

—Eso... es cosa sabida—murmuró mientras tocaba una moneda en su bolsillo—. Ya sé que la tenéis obligación de servir a nadie de balde.

Y sacó un escudo de oro, que alargó al tabernero con mano trémula.

—Bien—dijo Santiago, mientras tomaba la moneda con aire de desprecio—. Vos mismo habéis pronunciado vuestra sentencia.

—Convenidos.

—Seguidme—repuso el Moreno.

Y guió al señor Antonio hasta el aposento en que se encontraba el paje.

Este aparentó la más desagradable sorpresa al ver a un extraño.

—Viene solo—dijo el tabernero—, y si nos engaña...

—Creo que no habéis sido muy prudente. Pero en fin, dejadnos.

Cuando Santiago hubo salido, el hidalgo se descubrió y dijo:

—¿Me conocéis, señor Luis?

—¡Vos aquí, miserable!—exclamó el manchego clavando en el traidor una mirada terrible.

—Bossegad—dijo el señor Antonio—. Explicadme el asunto que me trae os interesa, y no vengo a haceros ningún mal. Si queréis escucharme, los dos ganaremos, y si no, me habré llevado un chasco, y, francamente, no sé cómo saldré de aquí, porque vos no me dejaréis después que conozco vuestra habilidad.

—¿No habéis tenido tiempo al presentarme delante de mí?

—¡Miedo! ¿Y por qué? Vengo a proponeros una alianza que os salvará la vida y llenará mi bolsillo.

—Callad, porque no puedo escucháros con calma—dijo Luis fingiendo el mayor enojo—. ¿No sabéis que os conozco? ¿Pensáis que puedo marcharme sintiéndome a vos ni que he de barme de quien siempre fué un traidor villano que no hizo más que comerciar con su infame proceder?

—Porque me conocéis, vengo—dijo el hidalgo sin alterarse y con la mayor desvergüenza—. Sabéis que me vendo al que mejor me paga, y vengo a ver si queréis comprarme. Haced mi fortuna en la otra eye-

—pero esa fortuna se la llevó el diablo, y nada más
pero que el diablo me haga recuperar lo perdido.
Es cierto a lo de mancharos con mi alianza, ya
comprenderéis que la mancha más fea es la de la
traición, y vos queréis evitar que corra la vuestra; y
por lo que toca a fiaros de mí, os daré una razón
que os convencerá de que he venido de buena fe.

—¿Convencerme de que no sois un traidor!...

—No intento convenceros de eso, porque como
haber venido a tratar; pero aun en la traición
hay la lealtad y la buena fe.

—Vos habéis venido buscando la muerte, porque
os habéis perdido el juicio.

—Creo que os equivocáis—dijo.

—Lo veremos.

—Vámos a lo que nos interesa. Os he dicho que
venía de buena fe, o lo que es lo mismo, dispuesto
a hacer traición a vuestros enemigos y la prueba
la tendré en que si yo no tuviese más objeto que el
de haceros prender, me bastaba con haber descu-
bierto vuestra morada sin necesidad de exponerme
a que me dierais una puñalada por respuesta a mis
bajas proposiciones. A estas horas estaría la casa
arriba de soldados y alguaciles, y por valiente que
seis os matarían al número y yo me aprovecharía
de faltar alguno del precio en que han tasado vues-
tra cabeza. Pero, como comprenderéis, ese precio me
parece mesquino, aun añadiendo a él lo que separa-
damente me daría la señora princesa, y he pensado
en ir vieniéndos y haciendo traición a vues-
tros enemigos alcanzaré más lucida recompensa.

A pesar de que el paje conocía toda la ruindad
del beldad, no pudo escuchar sin marcada repug-
nancia un discurso cuyo cinismo rayaba en el úl-
timo grado de todo lo innoble y asqueroso. Impul-
so instó el manco de arrojar al infame traidor
por la ventana o de clavarle su puñal en el cora-
zón; pero no era prudente provocar una escena que
podría muy bien producir escándalo y cuyas conse-
cuencias tal vez serían fatales. Además, quería
bien hacer caer al señor Antonio en el mismo lazo
en que estaba preparada, como el mejor y más digno cas-
tigo que podía darse a su infame traición.

—No lo puedo—dijo Luis—tener tratos con vos,

porque creería hacer una ofensa a la memoria del príncipe don Carlos, cuya muerte fué sin duda una de vuestra abominable traición.

—Vuestra fue la culpa. Si me hubieseis ofrecido más dinero del que me dió la princesa cuando robé las cartas, el príncipe no hubiese muerto, se hubiese escapado y hoy sería tal vez rey de los Países Bajos y vos su ministro, su consejero, su favorito. Pero esto no es del caso. lo que a vos os interesa en este momento es salvar la vida y aniquilar a la princesa, y a mí rehacer la perdida fortuna. Si conseguís vuestro objeto, poco debe importaros que yo os ayude y si yo satisfago mi avaricia, porque soy muy avariento, tampoco me importa que el don se saque de uno o de otro bolsillo ni que me malicje doña Ana.

—¿Y en qué habéis de servirme?—dijo el marqués aparentando que a pesar de su repugnancia al hidalguillo le parecía conveniente salvar ante todo al pellejo.

—¿En qué puedo servirlos?... Os lo diré, aunque es extraño que a vos no se os ocurra.

—No sé qué clase de ayuda podéis prestarme: soy débil y cobarde...

—Todo no se compone a cuchilladas, y ya comprendéis que vuestra actual situación es insostenible, porque, al fin y al cabo, como donde las dan las toman, os alcanzará una estocada el mejor de Vuestra salvación está en la ruina de la princesa, y sólo haciendo ver al rey que ésta es criminal podéis justificar vuestra conducta.

—¿Acaso ignora el rey que doña Ana es criminal? ¿Por qué la desterró hace seis años?

—Eso ya se olvidó. El crimen de la princesa consistió en haber intrigado contra don Carlos y sus amigos, y como éstos eran enemigos del rey, no se consideró el delito sino como falta política. Es necesario tocar una cuerda más sensible, hacer ver a su majestad que él es el ofendido, y para ello necesitamos muy buena ocasión.

—¿Con los amores de Antonio Pérez?

—Sí; con los amores de mi astuto tocayo.

—¿Y cómo?

—Muy sencillo. Yo puedo tener prisiones de

me encarga. ¿Qué pensáis que hará su majestad cuando reciba una carta de su secretario dirigida a la princesa y escrita en los términos más apasionados y llena de recuerdos deliciosos?

—Indudablemente que una carta...

—A leerla — repuso sonriendo el señor Antonio — estoy seguro de que sentirá el monarca como si le clavasen alfileres por todo el cuerpo. Vos debéis presentarle esa carta y decirle: "Señor, vengo a pedir asilo a vuestra majestad: soy una víctima de doña Ana, así como vuestra majestad es su víctima".

—Demasiado surevida es la idea.

—Ya conocéis a Felipe II. Cuando pronuncie la palabra juguete, le sucederá lo que nunca, es decir, que perderá su gravedad por primera vez en su vida. El resultado lo adivináis.

En aquel momento se oyó en la escalera el ruido que debía servir de señal para que el paje suyo que alguno rondaba la casa.

—Además — repuso el bidaigo — de entregarnos la carta me obligo a espiar a la princesa y al señor Antonio Pérez y a hacer cuanto sea necesario para vuestro triunfo, que será el mío.

—Y cuánto queréis por vuestra traición? — preguntó el manchego.

—Mi traición vale cuatro mil ducados, que debéis entregarme en oro el día en que podáis andar libremente por la villa luciendo vuestra capa.

—¡Cuatro mil ducados! — exclamó el paje.

—¿Sabéis lo que ofrecen por vuestra cabeza?

—Sí.

—Pues aumentad a esa cantidad lo que de su parte me daría doña Ana, y veréis que por muy cara que ésta sea, la suma no andará muy lejos de los cuatro mil ducados.

—Pero es el caso, señor Antonio, que yo no puedo hacer trato con vos sin el consentimiento de los que han de pagar, y si dejamos el negocio para concluir mañana, podéis arrepentiros o haceros traidores; la princesa tiene esta noche un rasgo de generosidad.

—Pues bien, preguntadles y decidid.

—En que ya no están aquí, como os figuraréis.

—Id a buscarlos, os espero, y mientras yo vigile ese tabernero de Satanás, que está muy bien ha chupado un escudo de oro que no se paga a cuenta.

—Todo se compensará.

—No lo digo por tanto. Conque...

—Me es enteramente imposible salir hasta mañana.

El señor Antonio reflexionó algunos instantes y luego dijo:

—Si tuvieseis más confianza en mí, os propongo un medio de salir del apuro.

—¿Cuál?

—No lo aceptaréis, a pesar de que con la seguridad que debéis tener de que el marqués se comprometerá a dar los cuatro mil ducados, podéis entrar a negocio concluido y no encontrar inconveniente en confiarlos a mí.

—Explicaos y veremos.

—Decidme dónde puedo ver al señor marqués y a doña Blanca, y yo ire. Les explicaré el asunto y nos entenderemos. Por supuesto, me daréis una carta, que ellos romperán, diciéndoles que pueden fiarse de mí.

—No tengo completa confianza.

—¿Cuándo la tendréis? ¿Acaso el decano ve que estamos de acuerdo os da mayor seguridad? Para venderos, os repito, no había necesidad de tantos rodeos, y ya estaríais en un calabozo de la Inquisición.

—Es verdad, pero...

—Entonces, lo dejaremos para mañana.

—No me conviene.

—Decidlos, pues, por lo que mejor os cuadre.

—Voy a jugar el todo por el todo—dijo Luis como si repentinamente se decidiese a arrojarse todas las consecuencias de una imprudente determinación.

—No quiero obligaros...

—Tenemos una dificultad.

—¿Cuál es?

—Que no os abrirán la puerta.

—Si me daís a conocer la contraseña ya convenida, no habrá dificultad.

—Es una de que no podéis hacer uso vos.

—Cosa vuestra al fin... Sepamos, que tal vez...

—La casa es en esta misma calle.

—Tanto mejor.

—A pocas horas esta o el marques o el capitán
llegó en acecho, sin perder de vista la puerta de
esta casa, y para abrir la suya es preciso que me
vaya salir de aquí enbozado en mi capa blanca, lle-
gar, pararme y toser.

—¿Y es esa la dificultad invencible?—dijo él; ni-
siquiera cuyos ojos brillaron por un instante.

—¿Os parece nada?

—Creo que muy fácilmente puede salvarse.

—Me reconocen torpe—dijo Luis, encogiéndose
de hombros.

—Con ponerme vuestra famosa capa, llegar allí,
pararme y toser, todo está hecho. Conocerán el en-
gano después, pero entonces la carta que debéis
darlos los dejará convencidos.

—Poneros mi capa, que no ha caído en otros
hombres que los míos, mi capa, que tengo en tanta
estima.

—No os hacía tan escrutuloso, mucho más tra-
tándose de la vida.

—Estoy decidido, os daré mi capa, pero os ad-
vierto que si abusáis de mi confianza, no saldréis
de la calle con vida, porque desde la ventana obser-
vare lo que hacéis.

—Tomad cuantas precauciones os parezcan con-
venientes.

—Foy a daros la carta—dijo Luis.

Y acercándose a la mugrienta mesa, tomó un
pedazo de papel más mugriento aún, y con una plu-
ma de pavo que había en un puchero roto conver-
tido en tintero, cuya tinta era en su mayor parte
vinagre, escribió lo siguiente:

"Podéis tener completa confianza en el dador,
que lo será el señor Antonio de Mena. He hablado
largamente con él, y estamos de acuerdo. Se trata
de un sacrificio de cuatro mil ducados, pero el ne-
gocio vale la pena.

"No me esperéis hasta las siete de la mañana.

"El Diablo."

Al concluir esta carta oyó el muchacho el ruido.

—Esto querrá decir que ya son dos — pensó el paje.

Y luego dijo al señor Antonio:

—Mirad si está bien.

El hidalgo leyó y meditó, y, satisfecho completamente, guardó el papel, que tuvo por un momento.

—Dadme vuestra espada—dijo a la vez que se quitaba la suya.

El manco puso la celebre espada en los brazos del hidalgo.

—Por supuesto que me la devolverás esta misma noche.

—Vendré a recogerla.

—La casa es—dijo Luis—, subiendo la que hay cinco a la derecha.

Y llamó al tabernero, le preguntó si había mucha gente en la tienda, y después de saber que en aquellos momentos nadie había, dijo al señor Antonio:

—Podéis salir con todo descuido.

El hidalgo salió, y después de haber ido a la casa miró a todas luces por el transeunte sigilo.

—No haga el muchacho comentario—, que me equivocuen con el malísimo paje y me den una puñalada.

Pero como a nadie vio, frotóse alegremente las manos y tomó calle arriba aceleradamente.

El paje, entre tanto, asomóse a la ventanilla para ver lo que pensaba que iba a suceder, y con la mirada fija en el blanquísimo cielo, espantóse, abalanzó y murmurando:

—En el pasado va siempre la penitencia. Él se ha querido así.

CAPÍTULO LVII

Donde se verá lo peligroso que puede ser abrigarse con la capa del diablo

Pocos pasos anduvo el señor Antonio, cuando junto a una puerta se destacaron de la pared dos ojos y sin que se oyese pronunciar una palabra, cayeron en medio de la obscuridad dos puñales.

Tan embargado iba el hidalguito en su alegría, creyendo haber engañado al paje, que a no salir por la garganta uno de aquellos hombres y ponerle sobre la mano en el pecho, no se hubiera apercibido de semejante aparición. Es verdad que ellos esperaban con tal rapidez y tal silencio su evolución, que si fuera el mismo Luis el cobijado por la negra capa, no hubiese tenido tiempo de defenderse si le hubieran bastando su serenidad ni su valor para evitar el golpe.

Los puñales, como hemos dicho, brillaron sobre la cabeza del señor Antonio, y al verlos éste reflexionar sobre su vida, sintióse sobrecogido de un terror que le hizo temblar convulsivamente, y arrojó un grito agudo del más profundo espanto. Empero, a la vez cayeron los puñales, sintió un frío glacial sobre el corazón y el costado derecho, como si le hubiesen introducido dos cañalones de hielo, y faltando a sus ojos la luz y el aire a sus pulmones, cayó en veda, estremeciéndose con una violenta sacudida pavorosa.

Una carcajada unánime y de horrible sarcasmo que dejaron escapar los asesinos respondió al grito del señor Antonio, y la calle volvió a quedar silenciosa.

—No le ha valido su capa—dijo uno de aquellos mortos.

—¿Oí, me atrevería a jurar que ha tenido miedo—dijo el otro.

—¿Miedo que Inés merezca una recompensa?

—¿Por qué?

—Por el negocio que nos ha proporcionado.

—No ha sido su intención que tengamos un provecho, sino la de rebajarnos en comparación al hidalgo esqueleto que, según dicen, quiere casar con ella.

—Es verdad, y pienso que más merezco un castigo.

—Ya está castigada.

—¡Castigada!

—Su amante no puede aprovecharse del dinero que le valdría mucho dinero, y esto debe servirle.

—¿Y dónde se habrá metido ese hidalgo, que le parece?

—¿Qué nos importa? Lo que tenemos que hacer es despachar en seguida antes de que aceda pena porque entonces no podríamos hacer lo que tenemos pensado.

—¡Mófale a la dura.

—¿Quién de los dos le corta la cabeza?

—Yo mismo, y, entre tanto, mira si lleva algo de dinero.

Siguióse una escueta muda, horrible y espantosa.

Uno de aquellos hombres hincó una rodilla sobre el pecho del desdichado hidalgo, sujetóle con la mano izquierda la cabeza contra el suelo, y su puñal se introdujo en la descarnada garganta de la víctima.

Entre tanto, el otro registraba los bolsillos y sacaba algunas monedas que el avariento llevaba a prevención para comprar al tabernero.

La codicia hacía brillar los ojos de aquellos salvajes como en la oscuridad brillan los fosforescos lucos. En medio del silencio que reinaba, oírse crujir al quebrantarse, los huesos que rompía el afilado puñal, mientras que la sangre caliente se manaba de las heridas y corría en abundancia dejando sus inequívocas señales en las duras manos de los asesinos y en la blanquísima capa.

Concluyóse al fin la inhumana operación, y mientras el uno de aquellos hombres tomaba la cabeza del señor Antonio, el otro cogía la capa y la guardaba bajo la suya.

La cara del asesinado estaba horriblemente mutilada por el golpe que había recibido al caer en tierra; el cuerpo estaba abajo ya porque la capa que

por con extraordinaria fuerza el maldador al corazón de la cabeza. Nadie hubiera reconocido al señor muerto, y por la circunstancia de ser imberbe, podía muy bien tomarse su cabeza por la de cualquier muchacho de pocos años.

—¿Cuánto dinero tenía?

—Tres escudos de oro.

—¿Nada más?

—Los miranos y los únicos que llevo en el bolsillo.

—No me engañes.

—Los partiremos fielmente.

—Pues ya nada tenemos que hacer aquí.

—¡Vamonos!

Alejártese hacia la calle de la Almudena los dos muchachos.

—Buen chasco—dijo el uno—se va a llevar nuestra señora cuando en vez del bidalgo enteco nos vea entrar con estos presentes.

—Seguro estoy, amigo Felipe, que en el primer momento de su alegría nos da el oro a puñados.

—¿Listuna que no hayamos podido coger también al gigante capitán!

—Tene muy buenos puños, y no sabemos cómo hubiéramos salido del paso.

—Contra una sorpresa no hay puños que valgan.

—Lo que si me ha causado extrañeza ha sido la tardía con que se ha dejado matar este mozo. Por aunque tuvimos tal acierto que a nada le dimos lugar, pero ni siquiera hizo tampoco demostración de llevar la mano a su daga.

—Y gritó como una mujer en lugar de maldecir como un hombre.

—Pues según me ha contado Ginés, anoche se portó el tal diablo como un héroe: dice que mantuvo admirablemente la tizona, y que su brazo tenía una fuerza irresistible, y sobre todo la serenidad, sin alterarse, sin moverse de un sitio, sin demostrar al socorrido ni asuramiento, sin gritar, sin maldecir, sin pronunciar una palabra más que cuando dijo a Ginés que le ayudaría a bajar por la ventanilla, y lo echó de cabeza como quien arroja una plaza.

—Y cómo es que decían que le brillaban los ojos como los de los muertos?

—Exageraciones, nada más que exageraciones. ya hemos visto y tocado que era un hombre como cualquiera, y que su pellejo no estaba a prueba de la punta de un puñal toledano.

Hablando así, llegaron los asesinos a casa de la señora, y dijeron que le pasasen recado, porque tenían que comunicarle una noticia de la mayor importancia.

—¿Qué os ocurre?—les preguntó Inés saliendo al encuentro.

—¿Y qué os importa?—dijo el llamado Felipe.—Acaso no somos tan criados como vos de la señora princesa, para hablarle cuando sea momento de los asuntos de su servicio?

—Menos humos y más humildad, señor aspirante a escudero—repuso la doncella—. Nuestra señora ha dado orden de que nadie entre en su aposento sin el señor Antonio de Mena, a quien aguarda.

—Pues precisamente venimos a darle noticia del mismo asunto en que entiende el hidalgo.

—¿Se lo ha llevado el diablo, quizás?—dijo Inés sonriendo maliciosamente.

—Nosotros nos hemos llevado al diablo con capa y todo.

—Sois poco astutos para tanto.

—Pues mirad—dijo algo picado el que guardaba la capa, mostrándola con aire de triunfo.

Inés palideció, y trabajosamente pudo contener un grito de espanto.

—¿Qué os sucede?—le preguntó Felipe.

—Nada—contestó la doncella—, es que me da miedo esa capa.

—Pues aún no habéis visto lo mejor—repuso el que llevaba la cabeza.

Y la sacó de debajo de la capa, a la vez que sonreía de un modo tan brutal que causaba espanto.

—¿Qué habéis hecho?—gritó la doncella, por lo ya frente corrieron algunas gotas de frío sudor.

—¿Tenéis pacto con él?

—Es que... me horrorizo...

—Entre tanto nos hacéis perder el tiempo. Pasad recado a la señora o entraremos sin que lo avisen.

—Y no lo llevará a mal.

—No es el asunto para perder el tiempo.

La doncella no pudo articular una palabra, y en rápidos pasos fué a dar cuenta a doña Ana de Mendoza de la llegada de los asesinos. La pobre muchacha había creído firmemente que aquella casa era la de Luis, cuya atrevida imprudencia le había costado la vida.

Pocos momentos después volvió.

—La señora princesa—dijo—, os da permiso para salir.

Y luego se retiró a su aposento para alorar la pérdida del marido que pensaba tener asegurado.

CAPITULO LVIII

De cómo faltó muy poco para que se volviese loca la princesa

Doña Ana de Mendoza estaba en un espacioso salón cuyo mueblaje consistía en dos grandes armarios de caoba, dos mesas con cubiertas de terciopelo verde con fioco de seda que tocaba al suelo y algunos sillones.

Sobre una de las mesas había una pesada escribanía de plata cincelada y una lámpara del mismo metal que a pesar de los claros resplandores de sus tres grandes mecheros, apenas alumbraba la mitad del vasto salón, quedando la otra mitad, si no oscura, al menos débilmente esclarecida.

La infante viuda hallábase sentada en uno de los sillones.

Rápe y su compañero entraron, y al llegar en medio del salón, se detuvieron respetuosamente.

—¿Qué ocurre? — les preguntó la dama—. Me han dicho que venís de parte del señor Antonio...

—No, señora; no venimos de su parte—contestó Rápe—, sino a daros cuenta del asunto que el tratado entre nosotros y que la casualidad ha puesto en los brazos...

—¿Os referís al paje? — dijo doña Ana con semblante se animó repentinamente.

—Sí, señora.

—¿Sabéis algo de él?

—Y muy positivo.

—Es demasiado buena la noticia... No es ver-
—dijo la princesa sonriendo amargamente.

—Pues, a pesar de eso...

—¡Sois poco para luchar con ese hombre!

—¡Poco!—repitieron a la vez con serena y orgulloso triunfo los asesinos.

—Creo que os ciega la vanidad... pero en la vuestro deseo es el mejor, y no es culpa vuestra ni las fuerzas del espíritu ni las del cuerpo que pondan a vuestra voluntad.

—Es verdad, señora—repuso Felipe—, nuestra fuerzas nada valen tratándose de un muerto.

—¿De un muerto!—interrogó doña Ana— ¿Es comprensión.

—No explicaré.

—Si explicáis; comenzad por donde habéis pensado concluir.

—¡Señora, el diablo ha muerto!

—¡Que ha muerto!—exclamó doña Ana levantándose repentinamente de su asiento—. ¡Que ha muerto!—dices!... ¡Ah!... ¡Si eso fuese cierto!

—¿Qué haríais, señora?

—Solo por la noticia daría tanto oro...

—¿Y si además de la noticia os damos prueba de haber sido nosotros, y nadie más que nosotros, quienes hemos castigado a vuestro más temible enemigo?

—Entonces... Pero, no soñáis, y... ¡Cuidado en hacernos participar de vuestra ilusión porque a desvanecerse sería terrible mi cólera!

—¿Cuánto—preguntó el compañero de Felipe con tono de irreverida franqueza—daríais por la ropa del diablo?

—¡Tres mil ducados, cuatro mil, cinco mil, cuanto me pidiesen!—exclamó la dama.

—¿Y por su cabeza, completamente separada de su cuerpo?—preguntó Felipe.

Los ojos de la princesa brillaron con avidez.

plac y un rayo de diabólica alegría animó su semblante.

—¡Oh!—dijo—. ¡Por su cabeza daría cuanto poseo!

—Señora, vos daréis lo que os dicte vuestra generosidad: aquí está la capa.

Y el compañero de Felipe sacó la blanca prenda y la extendió, poniéndola a manera de tapete en la mesa que estaba desocupada.

El grito de infernal júbilo se escapó de los labios de doña Ana, y de sus negros ojos brotaron dos ventallas.

—¡La capa!—exclamó con acento ahogado por la misma emoción de alegría—. ¡La capa que juré sería de servirme de alfombra!... Y esta mancha de sangre... Explicaos, explicaos.

—Señora—dijo Felipe—de poco os alegráis: esa capa no es más que un pedazo de paño; pero esa cabeza es, al fin, una cabeza.

—¿Que dices?—preguntó doña Ana acercándose al asesino y mirándolo con fijeza.

—Ahí venís—repuso Felipe.

Y arrojó al suelo la cabeza mutilada del señor Antonio.

Imposible nos es describir la mirada que brotó de los ojos de la princesa. Descompúsose su semblante, hasta tomar una expresión satánica; palidieron mortalmente sus blancas mejillas, y por su boca frente corrieron gruesas gotas de frío sudor.

Apartarse sus labios, temblaron convulsivamente todos sus miembros, y por algunos instantes, ni pudo articular una sílaba ni moverse. Su mirada, en el extravío de su vértigo criminal, contempló la ensangrentada cabeza, mientras que sus manos, crispadas por una violenta emoción nerviosa, señalaban el humano cuerpo.

—¡A mis pies... sin vida!—murmuró al fin con sordo voz—. Ya no despiden sus ojos aquellas miradas halitantes o terribles que tantas veces me habéis hecho estremecer; ya no pronuncian sus labios aquellas palabras de arrogancia loca o de punzante ironía que se clavaban en el corazón ni sonríe con aquella expresión de dardén que humillaba a los

¡Ser a la corte, tan terrible como te has hecho después en Flandes, para morir vulgarmente asesinado por el último de los criminales. Toda tu astucia y todo ese poder sobrenatural que te arrojaban en sumido al golpe rudo de un miserable, espasmo y brutal.

Doña Ana se pasó las manos por la frente, porque la sentía como abrazada por la calentura.

—Es preciso—repuso—que Antonio Pérez venga para echarle en cara cuán torpe ha sido no pudiendo conseguir con su conminado poder lo que han conseguido dos hombres oscuros, sin más ayuda que la de su brazo. Le escribiré... Quiero sorprenderle.

La dama se acercó más a la cabeza, y después de varios algunos instantes, cogió con sus manos temblorosas el sangriento despojo, y al dirigirse con él hacia uno de los armarios, soltó una nerviosa exclamation.

—,Cuán poco pesa para la intriga que debía tener dentro!—exclamó en el extravío de su ardorosa febril.

Luego metió en el armario la cabeza del señor Jacinto y la capa de Laila, y sentándose junto a la mesa donde estaba la lámpara, se dispuso a escribir.

—Varemos—dijo—si el señor Antonio Pérez cede la obra apoderándose del marqués y de Blanca, de lo contrario, o le falta la voluntad para servir, o la alianza que hicimos fue por su parte una vana promesa. ¡Ah!... si no llegase a quedar nada de mi amor propio de mujer viendo a mis plantas a la doncella... pero no, una vez muerto el papa, recordé.

Con mal seguro mano comenzó a escribir la primera, y aprovechando la ocasión, salió el manco de su escondite, y sin hacer el menor ruido, fué al armario y se metió en él.

Poco concierne doña Ana, pues no dijo más al secretario sino que fuese al instante para un asunto importantísimo. Cerró la carta, llamó y, entusiasmada a su escudero, mandó que la llevasen inmediatamente a su destino.

La repeticion de la carta era cada vez más agi-

tada, sus labios estaban secos y sus ojos insertados en sangre, advirtiéndose en sus movimientos una agitación y desconcierto que denotaban la existencia de una fiebre nerviosa que se aumentaba en instantes.

—Quiero verla otra vez—dijo.

Y se acercó al armario y lo abrió de par en par. Empero al fijar la mirada en el interior del mueble, retrocedió un paso, extendió hacia adelante los brazos, exhaló un grito de indeleble terror y quedó inmóvil y sin aliento.

Acababa de ver a Luis embosado en su capa, agitado con altivez, pero inmóvil como si fuese una estatua mortuoria que acabara de levantarse de su frío lecho de piedra. En medio de la sombra que proyectaban las anchas puertas del armario, brillaban los ojos del mancebo como dos fosfóricas lucecillas y clavaban en la princesa una mirada terrible de fascinadora expresión.

Exaltada la imaginación por los ardores de la fiebre, dominado su espíritu por el miedo de su propio crimen, creyó en aquel instante la dama que Luis, verdaderamente ayudado por un poder sobrenatural, había resucitado y se le presentaba para pedirle cuentas de su conducta. Así fue que, presa de espanto, ni pudo articular una sílaba ni hacer el menor movimiento, y con el pecho agitado a frente bañado en frío sudor, y fija la mirada sediciosa en la blanquísima capa que a manera de guardario envolvía al cuerpo del paje, permaneció algunos momentos, en que le pareció estar dominado por una horrible pesadilla.

Fué cambiando lentamente la expresión del semblante de Luis hasta aparecer burlesco: pliegó el labio inferior desdenosamente, sonrióse de una manera entre insultante y compasiva, y dió un paso hacia la dama.

Esta exhaló un grito roncador, retrocedió y volvió a quedar inmóvil.

—Creí que tenías más valor—dijo el mancebo.—No os asustéis, porque no pienso haceros ningún mal, soy demasiado galante. Sólo he venido por la cabeza y mi capa, las tengo ya, y nada más quiero. Perdonadme si he llegado hasta aquí sin permiso.

perdo, pero ya comprenderéis que, particularmente mi cabeza, debe interesarme mucho para dejarla perder. Me la llevo, y bien colocada: nadie diría que hace poco estaba separada de mi cuerpo, multiplacada rodando por el suelo... No diréis ahora que ya no brillan mis ojos con aquel fuego tan fascinador que los animaba; ni que no se entreabren mis labios con aquella sonrisa desdeñosa y burlesca que tanto os atormentaba, ni que no salen de mi boca aquellas palabras que tanto herían vuestro orgullo. Ya vuelven a brillar mis ojos y a sonreír mis labios... Decid al señor Antonio de Mena que sea más escueto, y a vuestros criados que aprendan a cortar cabezas de modo que no puedan volver a pegarse al cuerpo. ¿Estáis convencida de que vos con todo vuestro talento y vuestras riquezas, los asesinos que os sirven con toda su fuerza, y vuestras amantes con todo su poder, sois poco para luchar con el diablo y menos para vencerlo? ¡Cuán papista y miserable sois! ¡Cuán poquísimos vais!

El mancebo se dirigió lentamente hacia la puerta.

Doña Ana se oprimió el pecho con ambas manos, luego respiró fuertemente porque se sentía mejor abogada, y quiso gritar para pedir socorro.

—¡Ah!—dijo el aterrorizado paje, volviendo la cabeza atrás—. Se me olvidaba haceros un encargo: decid al rey que me declare protector de la hija de don Juan, y que juro por mi capa que no será novia.

Desapareció el mancebo, y la princesa, después de pasarse las manos por su abrasada frente, hizo un esfuerzo y gritó:

—¡Pelipe, Ginés, socorro, se escapa!

Pocos momentos después entraron precipitadamente en el salón los dos asesinos y algunos criados más, y viendo el semblante descompuesto y lívido de la dama, sus ojos centelleantes y que parecían que iban a salirse de sus órbitas, y oyendo que pedía socorro cuando nadie había en la estancia, creyeron que había perdido la razón.

—¡Corred!—gritaba desahoradamente la princesa.

—Tranquilizaos señora—le dijo Pelipe.

—¡No estaba muerto!

—¡Bossegat...

—¡Corred, miserables!

—Pero...

—¿No veis?... Ya no está aquí su capa ni su boza... ha salido del armario...

—¡Está loca!—murmuraron los sirvientes con poca de compasión.

—¡Villanos, cobardes!... ¡Por aquí! — exclamó la dama.

Y se lanzó fuera del aposento sin dejar de gritar.

Toda la servidumbre de la casa se puso en movimiento.

No cesaba la princesa de repetir que el paje estaba vivo, y según recorría toda la casa, iba relatiendo lo que acababa de suceder.

Felipe volvió al salón para ver si alguna cosa explicaba la causa del arrebató de la princesa, y quedó sorprendido también cuando después de registrar todos los rincones no encontró ni la cabeza ni la capa del mancocho. Entonces se estremó al tanto dominado por un miedo supersticioso, y empezó a creer que, verdaderamente el paje era el mismo Satanás o muy amigo suyo, sino que parecía en primer grado.

—¿Quién se ha llevado la cabeza y la capa cuando nadie ha entrado aquí? ¿Quién es ese hombre que ha salido del armario? ¿Por dónde ha venido y por dónde se ha ido?

Todo esto se preguntaba Felipe sin cesar, y contestarse.

—Buen negocio hemos hecho, ¡voto al mismo Satanás! No será el hijo de mi madre quien va a meterse en bromas con gente del infierno: vean hombres y enchilladas, pero diablos que nos jalen su cabeza y se la pongan como yo me pongo mi sombrero, eso no me acomoda.

Mientras esto sucedía el paje entra la para falsa y se desprata a lina.

—¿Pero es posible!—decía se donarla a que a miedo le hacia dar dientes con dientes.

—Ya me ves, vivo y sano, y puedes convenerte de que mi cabeza está bien pegada sobre mis hombros.

—¡Esto es un sueño!

—Es una diablura de poca importancia en comparación de lo que has de ver todavía.

—Pero, ¿cómo?...

—No es ocasión de entrar en explicaciones, porque puede costarte la cabeza, y tú no resucitarías.

—Dios mío!

—Lo que te interesa es mi vida...

—Sí, sí.

—Pues ya ves que vivo estoy.

—¿Dado al sueño?

—No.

—Que el cielo te proteja.

—Hasta mañana, querida Inés—dijo Luis.

y desapareció sin olvidar llevarse la llave falsa del postigo.

Vióse la doncella turbada y confusa, y tan a tiempo, que a dilatar la despedida la hubiesen sorprendido, porque a los pocos instantes registraban por aquel lado multitud de sirvientes, jurando y maltratando los unos, y los otros invocando al ángel de su guarda y haciendo la señal de la cruz.

Media hora después llegó Antonio Pérez y encontró a doña Ana en su lecho, delirando, porque la fiebre se había desarrollado con toda intensidad.

Quando refirieron al ministro lo ocurrido, dudó; pero tanto se lo aseguraron y probaban las manchas de sangre que había en el salón, que al fin hubo de convenirse, y sin perder momento salió para averiguar por el mismo lo que supiese la justicia sobre la muerte que se había dado a un hombre cerca de San Ginés, porque indudablemente allí habían encontrado el cuerpo sin la cabeza.

Acompañáronlo Felipe y el otro asesino, y resolvieron aclarar el misterio aquella misma noche, se dirigieron hacia la taberna de Santiago, a donde fueron también nosotros a llevar a nuestros lectores.

CAPÍTULO LIX

De cómo quedaron muy amigos el paje y el hortelano, con lo demás que se verá

Mientras que la princesa sufría en su lecho los efectos de la fiebre que la abrasaba, y en tanto que Antonio Pérez iba en busca de un alcalde, prometiéndole que el suceso del asesinato sería ya olvidado, el paje cenaba tranquila y alegremente en compañía del viejo hortelano a quien hacía repetir una y otra vez las historias de su vida, y el tabernero dominaba, satisfecho con su pasada vida, porque el acontecimiento de aquel día se le recordaba y aun así le hacía arrepentirse de haberse convertido en honrado y pacífico vecino de la villa.

—No hubiese yo creído—decía Luis al botellero—, que tuvieseis una cabeza tan firme a vuestra edad. Ya habéis apurado cerca de una botella y parece que ni siquiera lo habéis probado.

—Pues, Dios meditante—contestó el viejo conmovido por la acaloración de Luis—, he de probar otra botella si no lo lleváis a mal.

—Si no ha de haceros daño.

—¡Bah!—repuso el hortelano mientras cogía un hueso que acababa de chupar—. ¡Si me botellero conocido hace veinte años!...

—Por la misma razón de que ya no soy un joven...

—Esto es agua, amigo mío; si fuese del vino algo que para ciertos casos se guarda en la bodega de las madres...

—¡Hola! ¿También lo gastan?

—Poco o nada, señor hidalgo; pero lo tienen a prevención para cuando ocurre.

—¿Y os dan alguna botella?

—¡Dar botellas!... Ni dejar cierto tampoco. Pero... vamos, quiero decir, el dispensero es amigo, como ve los malos ratos que uno padece a veces con los fríos y los calores...

—Lo mismo da para el caso; lo cierto es que ve

—¡Bueno de ese vino añejo... Vaya, apuremos esta botella y contentémonos con lo que hay. No os gusta porque estáis acostumbrado a otra cosa; pero os vamos de hacer... Bebámos, que el cabrito se acabó y el vino queda.

—Bebámos, sí, que yo no soy melindroso, y, a pesar de que no es del añejo, os juro por mi podadera que esta noche he tenido tanto placer en cenar con vos como el que tengo cuando cenamos con el despensero y yo.

El hortelano apuró su botella.

—Conque es decir—repuso el paje—que no es esta la sola noche que pasáis alegremente?

—¿Qué ha de hacer sino aprovechar las ocasiones de olvidar las penas?—dijo el viejo, cuyos ojos iban tomando la expresión de la embriaguez que comenzaba a dominarle—. Me queda poco de vida y no quiero pasarla como un mártir.

—Soy de vuestra opinión.

—Pero como os decía—repuso el hortelano, empezando a dejarse dominar por la monomanía de dejar sus cenas con el despensero—. Como os decía, no hay vino como el añejo de las madres, ni en la mesa del señor rey se presenta una liebre guisada con arroz como las que ceno con el segundo sacristán.

—¿También el sacristán es de la partida?

—Es el mismo despensero, tiene los dos cargos...

—Tanto alabáis ese vino...

—Ya tenéis ganas de beberlo.

—Habéis picado mi amor propio—dijo Luis.

—Vuestro amor propio!

—Sí, porque yo pensaba que no habría vino que pudiese competir con uno que guardo en mi bodega de Albalá, y del que siempre llevo alguna botella cuando viajo.

—Debisteis haberos traído alguna para probarlo.

—Nos hubiera servido mal el tabernero, porque le quitábamos parte de sus ganancias. Bien hubiera yo querido llevaros a cenar a mi posada, pero estoy en casa de una tía mía, vieja gruñona y exaragante, que se acuesta a la oración, y era imposible haber ido allá.

—Desde luego me atrevo a apostaros a que no

es vuestro vino mejor ni tan bueno como el que quiero decir, como el del convento.

—Mañana podemos salir de la duda... ~~ahora~~ no sé dónde hemos de probarlo. No dejara de ser ese tan ponderado añejo, algún medio ~~secreto~~ ~~secreto~~ por lo dulce y suave os parezca muy bien, por como vino de buena calidad, sin ~~añicos~~ ~~añicos~~ para ~~que~~ que lo entienda...

—¿Acaso me tenéis por lego en la materia?— interrumpió el hotelero con tono de ofendido.—¿Como así, señor mozaibete? ¿Pues qué, mi ~~añico~~ ~~añico~~ y mi experiencia de soldado que fui por espacio de ~~trece~~ ~~trece~~ años, son nada para saber distinguir el buen del mal vino, el seco del dulce?

—Ya que tanta vanidad tenéis—repuso ~~luna~~ ~~luna~~ riendo que también se había pirado—, ~~veremos~~ ~~veremos~~ quién tiene razón.

—¿Y qué perdéis si yo gano?

—La cena, que se compondrá de un arroz con liebre y de un pastelón con cuatro perdices, más de unas aceitunas cordobesas que nos ~~atraen~~ ~~atraen~~ el apetito.

—Pero tendréis que aceptar una condición.

—¿Cuál?

—Que nos acompañe el despensero, porque ~~si~~ ~~si~~ no tendremos vino de la bodega de las madres.

—Conforme.

—Pues mañana mismo.

—¿Y dónde cenaremos?

—En mi apartamento, que es dulce ~~suave~~ ~~suave~~ como con el ~~suavísimo~~ ~~suavísimo~~ la pata de broma. Estrecho es; está casi desamueblado, pero independiente.

—¿En el mismo convento?

—Sí.

Los ojos del paje brillaron alegremente.

—¿En el convento!—exclamó.

—¿Qué os admira?

—Lo digo por la dificultad que pueda haber ~~en~~ ~~en~~ que yo entre.

—Ninguna en principio por dar a la ~~puerta~~ ~~puerta~~ tiene puerta ~~camarón~~ ~~camarón~~ al interior del convento.

—Al interior del convento... —repitió el paje quedándose pensativo.

—¿Y qué tiene que ver?

—¡Nada! pero me llama la atención que las monjas permitan que haya entradas a su convento... a disposición del hortelano.

—Ya sabes mi honradez, y, además, han de tener necesariamente una salida a la hueria.

—Sí, pero como según entiendo ninguna monja sabe cerrar con llave la puerta de su celda...

—Y qué importa? El dispensero cierra la que conduce a mi aposento.

—Y mientras confías?

—Nadie sabe que cenamos.

—Otro vaso, que el paladar se seca—dijo Luis, tan trabajosamente podía contener su alegría.

Resplandieron los brindis, y cuando iban a proseguir su conversación, entró en la taberna Antonio Pérez, acompañado del alcaide y seguido de los dos señeros y de cuatro alguaciles.

El paje lo reconoció al primer golpe de vista, y rechazando el objeto de aquella visita, dijo pausado:

—Tarde habéis llegado.

—¿Quién es el dueño de la tienda?—preguntó el alcaide.

—Yo, señor—contestó Santiago, poniéndose en pie.

—¿Me conocéis?

—¿Quién no conoce a vuestra señoría?

—Pues bien: contestadme a lo que os pregunte y decid la verdad, si no queréis saber lo que es el asesinato.

—¿Señor!—exclamó Santiago, con fingido tono de sorpresa y como si tuviese miedo.

—¿Qué sabéis de un hombre que ha sido asesinado hace poco en esta calle?

—¿Un hombre asesinado!

—¿Acaso lo ignoráis cuando salió de aquí?

—Señor, os juro que nada sé de semejante cosa. ¡Dios santo y bendito! ¡Un hombre asesinado!... y cuando!

—Mentís—dijo Antonio Pérez.

—¿Pero, señor!

—Os digo que salió de aquí; llevaba una capa oscura.

—En verdad—repuso el Moreno—; hace cosa de

dos horas que vino un hombre con una capa blanca, muy embozado, se sentó allí, pero vuelto de espaldas; le llevé un vaso de vino que me pasó después de apurarlo de un trago y de dejarlo en la mesa—un escudo, se fué sin dar siquiera las gracias. Yo estaba medio dormido, como luego vió al entrar, y después de regocijarme por la vida de tan buen parroquiano que pagaba como rey, volví a dormirme.

—¿Y después?

—Seguí durmiendo hasta que entraron dos señores ahí...

—¿Quiénes son?

—Lo ignoro; comen, beben y rien sin dar crédito, y nada más sé.

—Al asesinado—repuso Antonio Pérez—le quitaron la cabeza, y el cuerpo quedó en la calle, pero ya no está ni se ven señales de sangre.

—Cosa rara—dijo Santiago.

—Y más rara que no oyeseis un grillo que da y morir.

—Nada, señor, nada, y lo juro por esta cruz—replicó el tabernero.

Y haciendo la señal de la cruz, la besó.

—¿Y vosotros—dijo Antonio Pérez al paje y al hortelano—, no habéis visto nada en la calle?

—Tampoco—respondió Luis—, y me alegro, porque no es muy agradable el ver a un hombre en cabeza. Y a lo que presumo, ese que decís debía ser el llamado diablo, cuya cabeza se preguntó esta mañana. Capa blanca y desaparecer después de muerto... Yo gano mucho la taberna con tales parroquianos.

—Es preciso registrar esta casa—dijo el alcalde.

—Estoy a las órdenes de vuestra señoría—contestó Santiago.

Y tomando el candil, prosiguió:

—Podeís seguirme; no quedará un rincón...

—Luego iréis preso.

—También, señor, si vuestra señoría lo manda, porque como tengo limpia la conciencia...

—Bien, bien, no importa.

—Vamos, pues.

—Dos de vosotros—dijo el alcalde a los alguaciles.

—¿Se quedáis aquí para que no entre ni salga nadie?

—Tampoco nosotros, señor alcalde?—preguntó uno.

—Tampoco.

—Bueno, mejor: así sabremos el fin de esta escena. Cuidado, señores, ojo alerta: que dicen que el diablo está siempre muy cerca de quien lo llama y tiene malas mañas.

Se quedaron en la tienda el paje, el hortelano y los dos alguaciles.

—¿A qué hora—dijo en voz baja el manco al paje—cenaremos mañana?

—A la misma de hoy.

—Pues tomad para los gastos de la cena—repuso uno.

Y dio algunas monedas al hortelano.

—Ya ajustaremos cuentas.

Los alguaciles se habian acercado al mostrador, aprovechándose de la ausencia del tabernero, empujando cada cual un jarro.

—Ahora—repuso el paje, siempre de manera que no pudiesen oírles los cochinetes—vamos a procurar comer de aquí. Ya sabéis lo que son las cosas de estas casas, y sin comerlo ni beberlo, es posible que para tomaros declaración nos lleven presos.

—Tenéis razón, pero...

—Haced todo lo que yo haga: no me preguntéis porque perderíamos tiempo, y pronto estaremos en la calle.

—Bien.

—¿Sabéis leer?

—No: ¿por qué lo decís?

—Acordaos que no debéis hacernos preguntas.

Dio al paje unos cuantos reales de plata y fue colocándose uno a uno sobre la mesa, de modo que formaban letras que decían: El Diablo.

Luego se levantó, y acercándose a los alguaciles, les dijo:

—Hemos pensado que en estos asuntos vale más decir la verdad si ha de salirse bien, sobre todo cuando no es uno el delincuente.

—¿Sabéis algo?—preguntó uno de los alguaciles.

—Mucho—contestó el paje—; pero es preciso

que lo digamos antes de que acaben de registrar porque en esto está el secreto, y si nos lo perdimos subiremos.

—Ya sabéis la orden.

—De que no salgamos.

—Sin embargo...

—Nada he dicho—repuso Luis encogiéndose de hombros.

—¿Qué hacemos?—preguntó al uno el otro guacil.

—A nosotros no nos interesa—dijo el manco.

—Que suban, nada se pierda.

—Si tenéis algún reparo, nos quedaremos.

—Subid.

El paje entró en la habitación inmediata, y seguido del hortelano subió la escalera. Cuando llegaron arriba, se detuvo, escuchó y miró a todos lados por el eco que hasta allí llegaba de la conversación que tenían los que registraban, y por algunos resplandores de la luz, reconoció que practicaban el reconocimiento por la parte que daba frente a San Ginés.

—Nos hemos salvado—murmuró.

Y luego se dirigió a las habitaciones del lado opuesto.

—Cógelos de mi capa y seguidme sin ruido—dijo al viejo, que se esforzaba por adivinar el plan de su compañero de cena.

Era el manchado hombre de tino para andar a oscuras, y conocedor además de las habitaciones de la casa. Llegó sin gran trabajo a una con ventanilla a la calle de Bordadores, cuya ventanilla por ser la más distante de la esquina del edificio y en forma a la cuesta que formaba la calle, apenas dinaba a ésta cinco pies.

En aquel momento se oyó el ruido de las paldas de los que andaban registrando, que se movían hacia aquel lado.

—Si no sois ligero—dijo Luis al hortelano—estáis perdido.

—Creo—replicó el viejo medio temblando—que mejor hubiésemos hecho en quedarnos abajo; si somos criminales y nada debíamos temer.

—Ya no es tiempo de retroceder—repuso el paje, mientras que se acercaba a la ventana.

—¿Queréis que salgamos por aquí?

—Descolgaos y casi tocaréis con los pies en el suelo.

—No me conformo.

—¿Queréis comprometerme?

—Quiero conservar enteros mis huesos, ya que están bien en Italia.

—Al fin, virje y cobarde!—dijo desdeñosamente Luis.

—¿Cuerde yo que fui quince años soldado?

—Cuando no os arreveis...

—Lo veremos—replicó el burlano, en quien la verdad obraba prodigios a poco que se le hiriese. Y en detenerse un instante, se acercó a la ventana y se descolgó a la parte de afuera saltando a ella fácilmente, pues como le había dicho Luis, estaba muy cerca del suelo.

El manco lo imitó con su natural ligereza, y ambos se encontraron libres tan a tiempo, como que en aquel instante subieron precipitadamente los alguaciles que habían quedado en la tienda, y dando grandes voces llamaron al alcalde.

Éste y los que le acompañaban entraban entonces en el aposento por donde Luis se había fugado, y mirándose preguntó lo que ocurría.

—¿No están aquí?—dijeron los corchetes pálidos y agitados.

—¿Quién?—replicó Antonio Pérez, sospechando que el diablo de la capa andaba en el asunto.

Y dió algunos pasos para llevar hasta los alguaciles, quedando fuera de la habitación, lo mismo que sus acompañantes que lo siguieron, menos Santiago, barto ladino para no comprender en seguida que el manco había hecho alguna de las suyas.

—Los que estaban abajo—dijo aceleradamente uno de los chasqueados alguaciles—. Han subido, según dijeron, para declarar...

—Nadie ha subido.

—Alguna traidión intentan... se habrán escondido. El uno es el diablo...

—¿El diablo!—repitieron todos.

—Sí, señor... sobre la mesa lo ha dejado escrito con letras formadas con reales de plata...

No bien Santiago oyó esto cuando apagó el soplo el candil y se dirigió a tientas hacia la ventana por donde habían salido el paje y el lacayo.

Seguíse entonces una confusión grandiosa: pues poseídos todos del más horrible espanto, por que creyeron que en seguida los asesinarían corrieron de un lado para otro, dando voces al apertar a salir, y gritando desahoradamente para pedir socorro. Todos sacaron las espadas que tenían, dando al aire tajos y estocadas, y más de una vez saltó bien poco para que corriese la sangre.

No Antonio Pérez, ni aun los dos sirvientes de la princesa se vieron libres del enemigo del pueblo, y en verdad que cualquiera lo hubiese tenido escondido a oscuras en desconocido lugar y esperando como debía esperarse, que el puñal de un asesino corriese sin dejar defensa.

—¡Favor a la justicia!—gritaban unos.

—¡Nadie se acerque!—decían los otros.

—¿Quién va?—preguntaba alguno al sentir chocar con otra su tilzona.— ¡Atrás o te atravieso!

—¡Soy yo, vive el cielo!

—¡Traición!

—¡Socorro!

Y con el cuerpo inclinado hacia adelante, extendido el brazo izquierdo y agitando el derecho en todas direcciones, iban y venían con insegura paraca ya se refugiaba éste en un rincón para guardar la espada, ya se metía aquél debajo de una mesa contra la que acababa de dar un fuerte portazo, ya si otro caía al tropezar con un banquillo, y dando vueltas y revueltas hubieran estado así toda la noche, si no acertara a pasar una ronda, que al ser aquel estruendo entró en la taberna y puso luz.

—¡En nombre del rey, daos a prisión!—gritaron los recién llegados, entrando en el aposento.

A la escasa luz de la linterna, que llevaban por verse entonces un cuadro que más a risa que a compasión movía.

Tan ridícula era la postura en que estaban los

muertos como Antonio Pérez y el alcalde, pues los otros tenían una mesa o tendidos en el suelo, los otros en las sillas como si estuviesen pegados a la pared todos demostraban en sus pálidas semblanzas el estado de que estaban pasados.

Hubo por algunos instantes un silencio profundo.

Los de la ronda examinaron detenidamente y con curiosidad a los chasqueados, y éstos, no creyéndose seguros aún, volvieron lentamente la cabeza al uno y otro lado para ver si algún enemigo venía cerca de sí.

— ¡Oh! — exclamó al fin Antonio Pérez, apretando los puños y mordiéndose con rabia los labios —. ¡El cura a mí!

Pronto lo reconocieron, lo mismo que al alcalde, por recién llegados, y fue general el asombro de ellos al enterarse de lo sucedido.

En seguida se apresuraron a registrar la casa, miraron a la calle y preguntaron a los vecinos, pero todo en vano; sólo encontraron los reales de plata que Luis había dejado en la mesa, y se convencieron de que el diabólico paje era el autor de todo.

Inmediatamente se procedió a la formación de mesa, se enumeró cuanto había y se sellaron las pajas y muestras que un escribano extendía de cirios, autos y providencias, pensando con mucho dolor los alguaciles que el arrojado vino de la bodega no era bastante a cubrir con su valor el importe de las costas.

Para inteligencia de nuestros lectores, diremos que cuando Luis se encontró en la calle, despidiéndose del hortelano y se esperó por sí Santiago necesitaba ayuda en el compromiso en que necesariamente había de verse: así fué que cuando el tabernero salió por la ventana se encontró con el mancebo, y estando conformes en cuando y dónde debían verse separáronse muy satisfechos del chasco que acababan de dar.

— Dos pajes de prueba — murmuraba el paje mientras se alejaba —. Estoy casado y tengo suegra. Vayamos si mañana soy tan afortunado en el

convento como este había en la taberna y noche en la hostería.

CAPÍTULO IX

De la visita que Luis hizo a fray Bernardo

La siguiente mañana fué el paje a visitar a don María de Mendoza, dándole las señas de su nueva casa, por el el morado iba a verla, y enterándose de la exacta situación de la celda de Ana, y de las entradas y salidas del convento, datos que él era absolutamente preciso para llevar a cabo sus planes.

—Sacaré de su encierro a vuestra hija—dijo Luis después de reflexionar.

—Imposible me parece: pero...

—Tranquilízase, que lo que el paje me es mucho más fácil que la libertad de una noble señora.

—Abrega la esperanza de que muy pronto se presentará el marqués.

—¿Y luego?... No me haga ilusiones, señora.

—Dios nos protegerá.

—Así lo espero.

—¿Y nada le da de hacer ahora?

—Los preparativos para el viaje, porque apenas salga del convento vuestra hija, tendréis que desaparecer.

—Preparada estoy.

—¿Y vuestro padre?

—Me deja en libertad desde que mi hija está en el convento, pues ya nada teme, y como sus deseos están cumplidos, nada temeroso tiene que hacer.

—Su confianza y su desconfianza nos favorecerán, tan que de todas maneras vuestra hija saldrá del convento.

Algunas frases más murmuraron, y el paje se despidió y salió diciendo para sí:

—Ahora quiero cumplir mi deber, porque lo más no quita lo valiente. Le pido a Dios fuerza y recursos para terminar mi obra, y para acabar con

de mi amigo Pero León; pero como tampoco sé lo que ha de suceder, quiero ser prudente y contar con un gran recurso en caso necesario.

Hasta los ojos subió Luis el embozo de su capa, pasó hacia Santa Catalina, dejó atrás calles y casas, y al fin llegó al convento de Santo Tomás, preguntando por fray Bernardo.

—Me parece que está en su celda—respondió el portero.

—S. queréis guiarme.

—Lo hará el hermano José... Aquí lo tenéis...
Seguido.

Un bago que acababa de entrar llevó a Luis a la celda del dominico.

No sabemos si éste esperaba semejante visita; pero es lo cierto que no mostró sorpresa, y saludó a Luis con palabras muy agradables.

Al escuchar las primeras frases que cruzaron, se hubiera creído que aquellos dos hombres se conocían frecuentemente, y eran los mejores amigos del mundo.

—Sentado—dijo el fraile, después de los cumplidos de fórmula.

—Gracias, padre.

—¿Cómo se encuentran vuestros amigos?

—En cuanto a salud, muy bien, y por lo demás...

—Comprendo: siempre asaltados por temores; confundidos con esperanzas risueñas, atormentados por dudas horribles, y muy cerca del desaliento porque creen que nada consiguen con la lucha, y que los triunfos que alcanzáis no dan otro resultado que el de quedar en la misma situación.

—¿Y os parece poco?

—No hacéis más que defenderos, y gracias al conseguís parir todos los golpes; pero mientras no os sea posible tomar la ofensiva, nada adelantáis.

—Llegará el gran día, tal vez está muy cerca...

—Gr. tralo Dios.

—Padre—añó Luis mientras miraba a su alrededor—, debéis suponer que he venido sin temor de que nadie nos escuche.

—Nunca he mentido, y en esta ocasión...

—Cuanto me digáis lo creeré.

—Os agradezco la justicia que hacéis a mi total franqueza.

—Aunque no seamos amigos, porque vos no lo sois, nos conocemos demasiado bien. Yo os he dicho siempre la verdad, y estoy seguro que haréis lo mismo.

—Recibí vuestra carta.

—¿Oportunamente?

—Sí.

—Loado sea Dios.

—Pero una hora antes tuve noticia de que me decíais y del golpe que se preparaba, pues cuento con la ayuda de una persona que en esta ocasión me ha servido de mucho.

—Tanto mejor—dijo el fraile con tono de satisfacción—, porque así nada tenéis que agradecerme.

—¿No habéis dicho que me conocéis?—replicó Luis.

—Me parece que sí.

—Pues conociéndome, ¿cómo suponéis en tanta ruindad? La gratitud me ha hecho amar a mi señora como a una madre; la gratitud me obligó en otro tiempo a emprender la lucha que he sostenido con tanta constancia; para pagar deudas de corazón he arriesgado mil veces la vida.

—Ya lo sé.

—Entonces...

—Pero he creído que a nada estabais obligado conmigo. Sin embargo...

—Vuestro aviso no tiene menos mérito por haber llegado tarde, pues lo que hay que mirar es la intención. Habéis querido salvarme, y, por consecuencia, os soy deudor de un gran beneficio.

—Si os empeñáis...

—Y he venido para declararlo así.

—Si vuestra visita no tiene otro objeto, podéis evitarnos la molestia.

—También he querido daros a conocer los sucesos de anoche, aunque según he podido ver, no necesitáis que yo os traiga noticias.

—Estáis equivocado.

—¿Acaso no sabéis...?

—Supe que el señor Antonio de Mena había conseguido averiguar dónde os ocultabais, y...

haya participado a la princesa y que os preparó una emboscada: pero nada más. Os avisé para que os pasaseis en salvo antes de que descargaran el golpe.

—Y yo hice todo lo contrario, pues aguardé en el escondite, donde se me presentó el hidalgo fingiendo que estaba decidido a engañar a doña Ana, que me ayudaría si yo le pagaba más largamente que ella.

—La codicia—murmuró el fraile—, siempre la codicia, que debía perderla. Le aconsejé, no ha querido escucharme...

—Y su insatiable sed de oro le ha costado la vida.

—La vida!...

—Pues, que me dejaba engañar, le dije que yo no podía disponer de la cantidad que me podía y que para arreglar el negocio era menester que se entendiese con mi señora, a cuyo efecto le di una carta y mi capa, que debía servirle de contraseña.

—Adviño lo demás.

—Salí y como esperaban otros asesinos pagados por la princesa de Eboli, cayeron sobre él. Le mataron, le cortaron la cabeza y la llevaron a mi señora.

—Dios le haya perdonado — dijo el fraile con grave tono y con fría indiferencia.

—Encontré medio de introducirme en la morada de la duenda, que pudo verme, y no descubiéndolo, recuperé mi capa, que la habían llevado también, me aparté de ella y la dejé entregada a la desesperación.

—Al señor Antonio de Mena le ha perdido la codicia, y a vos puede perderos vuestra audacia y la mala costumbre de arriesgar la vida por el solo placer de burlaros de vuestros enemigos. ¿Qué habéis conseguido con dar a la princesa un mal rato? ¿Creeis que habíais muerto, debisteis dejarla en su error porque esto más bien os favorecía. ¿Por qué empleáis vuestra gran inteligencia y vuestro gran valor tan sólo para satisfacer lo que no son sino vanidades pueriles? Así resulta que después de arriesgar la vida y de triunfar, quedáis en la misma situación, y debéis tener presente que en este mundo no adelantar es retroceder.

No era posible hablar más cuerdamente ni con más exactitud, prudencia y tino.

Hubiérase dicho que la muy escrupulosa conciencia del fraile le obligaba a dar a todos los suyos buenos consejos.

El día anterior había hecho advertencias insabidables al señor Antonio de Mena, y si esto hubiese tomado en consideración y no se le hubiese llevado por su codicia, se habría salvado.

En el mismo caso se encontraba el paje, por muchas veces por una satisfacción pueril abandonaba la vida y se colocaba en situación más grave.

Indudablemente le hubiera convenido dejar la princesa en su error.

¿Qué había ganado con presentarse a la ilustre viuda y decirle que había ido en busca de la soberbia?

Mortificarla horriblemente; pero nada más que tener en cuenta que el deseo de la venganza de la ilustre viuda sería más vivo cuantos mayores ultrajes recibiese.

Y tras aquella imprudencia cometió Luis otra pues ya sabemos que milagrosamente escapó con vida en la taberna, cuando se burló de Antonio Pérez y de los alguaciles.

Con este sistema pasaba el tiempo así que se viese ocasión de tomar la ofensiva, y como pasa dicho muy bien el dominico, en aquella situación era retroceder todo lo que no se adelantaba.

Infútil era dar prudentes consejos a Luis porque no podía dominarse cuando su ardiente imaginación se exaltaba.

Complaciase en jugar la vida por el solo gusto de triunfar, y como la costumbre tiene tanta fuerza como ejerce tan gran influencia sobre la carne, no se encontraba bien cuando ningún peligro le amenazaba.

—Aseguran que yo valgo mucho—dijo después de algunos instantes—; no sé si me juzgan acertado; pero la verdad es que vos valeis mucho más que yo, y me complazco en reconocerlo así.

—Os falta de calma y de juicio lo que os falta de vehemencia y de imaginación.

—¿Y qué he de hacer para remediar esos males?

—Es de remediarlos el tiempo.

—Esperaré, y si antes no suceden...

—Os falta fuerza corporal y la buscáis en el
puño de hierro del capitán Pero León.

—Así entre los dos...

—Aun os falta juicio, calma, experiencia, comen-
tamiento del corazón humano.

—Es verdad.

—¿Y por qué no habéis buscado la compensación
de esas cualidades en la alianza con otra persona
por la tenga?

—Porque he querido...

—Sí; habéis querido triunfar sin otra ayuda que
la de personas a quienes no dejáis considerar más
que como instrumentos, como el señor Pero León y
otra por el estilo, que se contentan a obedecer vues-
tras órdenes y que, por consiguiente, no tienen de-
recho a reclamar una parte de la gloria.

—No lo niego.

—He ahí la vanidad, la soberbia.

—Discurris con admirable acierto, padre.

—Pues si mis razonamientos os convencen...

—Sí—dijo el paje—, estoy convencido, pero no
cambiaré de conducta por ahora.

—No olvidéis el ejemplo del señor Antonio de
Noya, que al fin ha sido víctima de su pasión do-
minante.

—A pesar de todo eso, no aceptaré vuestro auxi-
lio que reconozco vale mucho, porque quiero la más
amplia libertad de acción.

—En libertad os dejaría yo aunque fuésemos
sola.

—Por lo demás, vuelvo a reconocer que os soy
deudor de grandes beneficios, porque habéis podido
ayudarme y no lo habéis hecho, y ahora mismo,
¿qué os debo...

—Podéis estar tranquilo.

—Lo estoy, porque tanto fío en vos que ya me
habéis visto venir a la luz del día y sin adoptar
ninguna precaución.

—De manera que mi generosidad...

—Reverendo padre—interrumpió Luis—, seguid

hablando con franqueza y no os ocultaré nada de lo que siento.

—Así me agrada, y os prometo lo mismo.

—Cuando me hacen un beneficio, no miro al por qué me lo hacen, y lo agradezco.

—Esa es la buena doctrina, eso es perfectamente teológico, porque el mismo Dios mira con agrado las buenas obras, aunque se hagan con interés fin o de mala gana.

—Pues como es decís, soy agradecido; pero la gratitud no es inconveniente para que yo comprenda que no es toda generosidad.

—¿Eso pensáis?—preguntó fray Bernardo mostrándose con una dulzura sin igual.

—Sí—respondió el paje.

—¡Shh!...

—Convencido estoy de que no me equivoco.

—Muy convencido debéis estar, puesto que hace seis años os dije que no hago más que lo que me conviene.

La franqueza del fraile se parecía mucho al mismo.

—Ya lo veis—añadió—, no habéis tenido que adivinar ni hacéis más que repetir lo que me habéis oído.

—Queréis obligarme con vuestra generosidad.

—Sí; pero ya me he convencido de que no lo conseguiré sino cuando las circunstancias sean las que os obliguen.

—Como soy orgulloso, cuando me vea muy apurado...

—Según sea el apuro.

—Todo es posible.

—Además, si no se trataa más que de vuestra vida, no acudiríais a mí; pero donña Blanca, el marqués y aun el capitán...

—Para salvarlos haré todos los sacrificios imaginables hasta el de mi orgullo.

—Estamos de acuerdo, y si a bien lo tenéis continuad refiriéndome los sucesos de anoche.

—En la taberna me divertí mucho más que en casa de la ilustre viuda, pues fueron a presentarse un alcalde con no sé cuántos alguaciles y hablando de lo que debe a su elevada posición, los tres

mató al señor Antonio Pérez, y faltó muy poco para que ellos mismos se matasen mientras yo estaba por una ventana.

—Otra travesura.

—Aun no se me ha quitado la costumbre.

—Juguéis con la fortuna.

—Siempre me protege alguna casualidad.

—Y haréis lo mismo en el convento?

—Padre...

—No ignoro que os habéis declarado protector de la hija de don Juan de Austria, y os advierto que los torques en el interior de un convento son mucho más peligrosos que en palacio.

—Sin embargo, no retrocederé, porque prometí a don Juan de Austria evitar que su hija fuese monja, y cumpliré la promesa.

—Adelante, pues.

—Y vos, que todo lo sabéis, habréis averiguado el paradero de mi desgraciado amigo el marqués de Pozo, que ha desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra.

—Tranquilizaos, que aunque está enferma, no peligrará su vida.

—¡Entiendo! — exclamó Luis, cuyo rostro palideció.

—A todas horas tiene a su lado al médico que le salvó la vida y a su fiel escudero, que es un tesoro por su valor, su lealtad y su ingenio, que al vuestro no cede.

—¿No quiere decir...

—Que no ignoro dónde se encuentra el marqués.

—¡Ah!...

—¿Queréis saberlo?

—Decidme — repuso el paje con ansiedad inextinguible — decidme y pedirme en cambio la vida.

—No quiero tanto por el secreto, y me contentaré con que aceptéis la alianza que os propuse...

—¡Oh!...

—Y aun sin esa condición os lo diré, cuando decidáis que os consideráis impotente para encontrar al de Pozo.

—No no, eso no — respondió vivamente Luis.

—Pues tened paciencia, buscad y que la fortuna os proteja.

Luis inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

Lucha desgarradora se entabló en su alma.

¿Tenía derecho para privar a su señora de la vida, sin otro motivo que el de sostener su orgullo?

Dudó, y más de una vez movió los labios para decir que aceptaba la proposición; pero al fin consiguió dominarse y exclamó:

—¡Seguiré luchando!

El dominico se encogió de hombros.

—Estará bien—dijo con inalterable calma—. Quedamos en que seguiréis luchando solo. No os hagáis ningún mal, sino que, por el contrario, os protejáis en cuanto me sea posible, y si os sucede alguna desgracia, no será la culpa mía.

—No me quejaré ni os acusaré.

—Si aun no tenéis dónde albergaros con seguridad...

—Sí.

—Este ofrecimiento os lo hago incondicionalmente.

—Tenemos casa en...

—Perdonad — interrumpió el dominico —, pero los secretos son una carga muy pesada.

—A pesar de eso os ocupáis en averiguar.

—Secreto que yo descubro, no tengo la obligación de guardarlo; pero cuando se me confía ya hay derecho para exigirme reserva y motivo para dudar de mi buena fe si otra persona trahiera lo que se ha querido ocultar.

—Callaré para complaceros.

—No llegaré el día de mañana sin que yo sepa dónde os ocultáis, pues los agentes de la Inquisición son más astutos que los asesinos pagados por la princesa de Eboli.

—Lo creo, porque tengo una prueba muy reciente.

La conversación había terminado.

El gravísimo asunto lo habían tratado aquellos dos hombres con la tranquilidad más completa.

Luis se puso en pie.

Fray Bernardo dijo:

—Si de vez en cuando me hacía alguna visita, me lo agradeceré.

—Y yo me complaceré en probaros que soy agradecido.

—Dios os proteja.

—Reverendo padre, disponed de mí a vuestro albedrío.

Besó Luis respetuosamente la mano del dominico y salió, mientras decía para sí:

—Veremos quién puede más.

Entre tanto, el reverendo padre sonreía y murmuraba:

—Este mancebo no sabe todavía lo que es un tallo. Día llegará, quizá muy pronto, en que pedirá de rodillas lo que ahora se le ofrece y rechaza. Está bien. Aprovecharé el tiempo.

A los pocos minutos salía fray Bernardo y se encaminaba a la Inquisición.

CAPÍTULO LXI

Fray Bernardo continúa su trabajo de zapa

Dos horas después de la escena que acabamos de ver, Felipe II se encontraba solo en su despacho, y se ocupaba en revisar unos papeles que poco antes le había entregado el señor Antonio Pérez.

Levantase la cortina de una de las puertas y se presentó un gentilhomme.

—¿Qué?—preguntó el monarca.

—Señor, acaba de llegar un dominico que es inquisidor y dice que viene en nombre y representación del Santo Tribunal para tratar de un asunto de mucha importancia.

—¿Un representante del Santo Oficio!... Que entre.

Desapareció el gentilhomme y poco después se presentaba fray Bernardo.

El rey le reconoció al punto, aunque hacía mucho tiempo que no le había visto.

¿Qué significaba la visita del fraile?

¿Qué clase de asunto tenía que tratar en nombre y como representante de la Inquisición?

Estas preguntas se hizo en un solo instante Felipe II, sin que le fuese posible responderlas; pero tenía la obligación de recibir con toda clase de consideraciones a la persona que representaba al Santo Tribunal, y dijo:

—Acercaos, padre, y sentaos si es que vais a nombre del Santo Oficio.

Fray Bernardo, que tenía el aspecto de hombre y mansedumbre con que siempre se presentaba al mundo, sin levantar la cabeza y con la mano que en el pavimento dió algunos pasos, sacó un paje, lo puso sobre la mesa y dijo:

—Señor, ese es el documento que me acerca como tal representante del Santo Tribunal a vuestra majestad lo encuentro en deuda hacia, aunque soy el último siervo del Señor, me obliga por lo que represento.

—Ningún documento necesitaba, pues para mí es bastante la palabra de un sacerdote.

—No merece tanta honra la más humilde y precada criatura.

—Exponed el objeto de vuestra misión que yo escucho.

—Señor, hace seis años que el Santo Tribunal con el celo que le distingue, quiso emprender el asunto de recuerdo muy triste.

—Nada he olvidado.

—Había en este recinto un criminal según las apariencias...

—Sí, el conocido por el diablo—interrumpió el monarca, cuyo rostro empezó a contrerse.

—Desapareció aquel niño, que ya es un hombre y, según viene entendido el Santo Tribunal, al... Flandes...

—Todo eso... —dijo el fraile—... es muy triste y desagradable.

—En otro tiempo, vuestra majestad, cuya benevolencia no tiene límites, se declaró protector al presunto delincuente.

—Sabemos que el paje ha vuelto a España, y se

no hay merced para creer que ha aumentado el número de sus crímenes...

—Sí.

—El Tribunal que represento desea saber si puede cumplir sus deberes sin incurrir en el desagrado de vuestra majestad.

No podían propiamente a Felipe II nada que le fuese más agradable.

La Inquisición le ofrecía su apoyo.

Que más necesitaba para triunfar y aniquilar a Lina dejando así complacida a la princesa?

No era posible que respondiese con una negativa.

Bien se le alcanzaba que fray Bernardo deseaba ante todo satisfacer su sed de venganza y desquitarse de las burlas y derrotas que había sufrido; ¿qué le importaba?

Sí, como aseguraba, lo demás no tenía valor para Felipe II.

—¿Y habéis podido dudar?—preguntó.

—¿Quién...

—Si en otro tiempo quise el arrepentimiento del criminal antes que el castigo, ahora quiero solamente que se haga justicia porque me he convencido de que es imposible que esa criatura vuelva al camino de la virtud.

—Por mi parte, y perdóneme vuestra majestad si soy de su misma opinión, aun no me atrevo a retirar al antiguo paje sin escucharle y conocer las razones con que justifica su proceder.

—A lo que veo, padre, vos también os habéis dejado dominar por la misma influencia que ejerce en mí sobre todos.

—No es que me deje dominar por su influencia, es que no me domina la pasión y que no me dejo engañar.

—¿Que puede alegar en su favor esa criatura?

—¿Quién no soy adivino: pero, por de pronto, ni yo ni a nadie podemos negarle el derecho de la defensa.

—Ahora nadie le persigue.

—No lo sabemos.

—Ha hecho resistencia a los representantes de la autoridad.

—Muchas veces engañan las apariencias.

—Quizá sois demasiado indulgente.

—Yo quiero ser imparcial, y con más motivo en esta ocasión, para que no se sospeche que me guía un espíritu de venganza.

—Tenemos también al marqués de Posa, que se murió y cuyos delitos quedaron probados cuando se instruyó la causa contra mi desgraciado hijo, a quien Dios haya dado gloria.

—Más que religiosos, me parecen de Estado los delitos del marqués.

—De todo tienen.

—Cuando llegue el caso, se ocupará la corte.

—Es decir, que lo único que ahora desea el Santo Tribunal es saber qué puede con libertad completa proceder contra el paje.

—Nada más.

—Podéis hacerlo así, que no os opondré nada, estorbo, sino que, por el contrario, os ayudaré.

—¿Y si el delincuente, antes que en nuestro poder cae en el brazo secular?

—¿Queréis que se os entregue?

—Así nos parece justo; pero vuestra majestad decidirá.

El monarca guardó silencio y reflexionó.

—Bien—dijo después de algunos momentos—, a ese hombre llega a caer en manos de los agentes de la justicia, mandaré que inmediatamente sea puesto a disposición del Santo Oficio.

—Gracias, señor—dijo el fraile poniéndose de pie.

—¿Decéis algo más?

—Que Dios bendiga a vuestra majestad.

—Y a vosotros os ilumine para hacer justicia.

El dominico salió.

—Este hombre—dijo el rey—, es un demonio y un santo. Yo creí que deseaba vengarse y se embarga... Veremos, porque las apariencias engañan.

Pray Bernardo había conseguido ya cuanto se quería.

CAPITULO LXII

De cómo el paje se convenció de que el vino añejo de las monjas era de exquisita calidad

Luis, después de la visita que había hecho al cura, volvió a su nueva casa, de donde no salió en todo el día.

El capitán había marchado a Burgos en busca de lo que ellos llamaban su tesoro.

Transcurrieron lentamente las horas.

Explicaciones detalladas dió Luis a su señora de cuanto había hecho y de cuanto pensaba hacer; pero no le dijo que fray Bernardo sabía dónde se encontraba el marqués.

Flegó la noche.

La más profunda tristeza se pintaba en el rostro pálido de la desdichada joven, que estaba sentada en un ancho sillón cerca de una mesa de nogal donde escribía Luis.

Una lámpara de bronce derramaba sus vacilantes reflejos en la estancia, y sólo la agitada respiración de la doncella y el crujido de la pluma sobre el papel interrumpían el sepulcral silencio que reinaba.

—Ya está—dijo el paje después de algunas pausas, y mientras soltaba la pluma—. Ved ¿qué es patete?

La doncella tomó el escrito, leyólo con detención, y después de meditar algunos instantes, dijo:

—Bien, Luis; pero...

—Dejad vuestros temores, señora; estamos en una situación en que es menester arrostrarlo todo.

—¿Me has visto acaso desmayar alguna vez? He luchado con valor cuando ha sido preciso; he sabido resignarme con mi suerte cuando me he rendido del mundo, y nunca me has visto retroceder ante la desgracia ni ante los peligros; pero la fatalidad nos persigue; nuestra situación es peor

cuan to más luchamos, y veo llegar un día en el que pagueis con la vida la generosa protección y dispensas.

—No hemos de abandonarnos a su suerte, que nos perrigue, no debemos luchar, sino darnos con hacerle frente al porfío para vencer.

—¡Venid! Lo dudo — replicó, mirando a Blanca.

—Señora, así está de hecho con pocas fuerzas, significa que hemos de vencer.

—Si a todas horas no se abandona la guerra,

—Perdéis cuidado, hermana, yo he cumplido mi eterna misión en este mundo y puedo morir. A la tengo que dar el homenaje, el castigo de doña Ana, y el de Victoria. Pero que tarde o temprano, la ciudad reciba algo, aún he de arrodillarme y llorar porque he dado mi pecho cubido a la ventura, y porque me he perdonado de rodillas al hombre que mató mi tío a Felipe II.

—¡Al rey! — exclamó, admirada, la señora.

—Sí, al rey, a quien echare en cara mi culpa, su hipocresía, pero ante quien debo ir de frente porque es grande, y yo admito la victoria aún en mis enemigos, porque es el señor, y cuando Dios no le ha quitado la corona, el que quiere que nos mande y que le respetemos. Si nos ocupamos de esto — preguntó el príncipe, volviendo se las manos por la frente como si quisiera echar un predo sueño — lo que nos importa es salir bien de la aventura de esta noche, en lo que no puede ser mejor y creo que todo se arreglará.

—Eres incomprensible — dijo la señora.

—¿Por qué señora mía?

—¿Quién hubiera pensado que tu poder era la frente ante Felipe II?

—No acobarda a nadie que se muestre tan humillarse para pedirle un perdón que sólo Dios puede alcanzar, inclinarse ante él y mandarle para reconocer su autoridad, después que él ha reconocido que sabemos tanto el uno como el otro.

Iba a continuar la dama, cuando en la sala

de al maullido de un gato, y luego un silbido rudo.

—Se es Santiago—prosiguió el manco—; ya veis que nada debéis temer estando aquí.

Luego encendió una vela y salió de la habitación volviendo a poco con el tabernero.

—Santiago veis a quedaros con mi señora y a ser su única defensa en cualquier lance que pueda ocurrir.

—Podéis marchar tranquilo—contestó el Moreno, encendiéndose en un silbón—. De aquí no me moveré hasta que volváis; si me matan, no respondo de lo que luego suceda; pero, en tanto que me dejáis a vida, juro al demonio!, os juro que sabré luchar con mi deber.

El pale dobló la carta que había escrito, y la guardó y luego, sacando del cajón de la mesa una bola de cordón de seda carmesí, la acomodó desquisadamente bajo su colete.

—Que me dé ayuda—dijo, mientras se embolsaba en su ancha capa.

Y, después de recibir el acostumbrado beso de la señora, salió, mientras ésta derramaba una lágrima de angustioso dolor.

Dirigiose el manco al convento de Santo Domingo, y, llegando al postigo de la huerta, dió en el tra golpecito, señal convenida con el viejo hermano.

Estaba este prevenido largo rato hacía, así fue que el paje no tuvo que repetir su llamamiento, y la puerta se abrió cuidadosamente y sin hacer el menor ruido.

—¡Estaré a la puntual!—dijo el portelano— Seguramente un miedo, que el perro está atado.

La noche estaba serena y clara la luna, y sin dificultad atravesaron la huerta, y entraron luego por una veredilla que daba a un pasillo en medio del cual a la derecha estaba el aposento del hermano.

Como éste había dicho, sólo en cama, una mesa y algunos banquillos componían todo el mueblaje. Sobre la cama había un velón de cobre de color verde, y a la derecha había tres cucharas de palo, y un poco de barro blanco y cinco botellas

que se hacían en extremo recomendables por el polvo que las cubría.

—La cena está preparada—dijo el hortelano—, y el dispensero no tardará; sacad vuestro vino y sentaos.

—Amigo mío—contestó Luis—, doy por perdida la apuesta, y con mucho gusto queda de mí fuera el gasto, porque no traigo más botellas. Cuatro se tenía, han sido víctimas de la torpeza de mi ta que, al limpiar esta mañana, las ha roto echando a rodar una mesa coja sobre que estaban.

—Está visto—replicó, riendo burlescamente el hortelano—que habéis tenido miedo a la competencia y preferís perder el costo de la cena a desacreditar vuestro vino.

—Os equivocáis, y tanto, que he mandado a traer seis botellas más, y pasado mañana tal vez las tendréis sobre esta mesa. Está interesado en este asunto propio en esta cuestión, y no cederé sino cuando hayamos hecho la comparación entre los dos vinos. Quiere decir que tendremos una noche más de broma.

—Convenidos—repuso el viejo, frotándose las manos alegremente.

—La competencia será esta noche sobre quien tiene la cabeza más firme, ya que también sobre este punto la echéis de guapo.

—Acepto.

Abrióse la puerta, y un hombre en extremo feo entró. Era el dispensero, cuyo rostro imberbe, con móviles facciones y ojos redondos y vivos, presentaba un aspecto que provocaba involuntariamente la risa, sin acertar el motivo, pues ni era en extremo feo, ni ninguna particularidad tenía. Andaba; se movía con extremada ligereza, y sus movimientos ademanes no le dejaban reposo un momento. Hablaba muy de prisa y como si vomitase las palabras, y rara vez se interrumpía, razón por la cual le agradaba la compañía del hortelano, pues éste, poco hablador, le dejaba despacharse a su gusto, sin hacer otra cosa que mover la cabeza para afirmar o negar. Llevaba puesta una negra tapada, que no se quitaba sino para dormir.

—Buenas noches—dijo al entrar—. Habéis de

en puntuals que yo; pero me parece que no ha
llegado tampoco muy tarde. Vos seréis — añadió,
despidiéndose el paje—el camarada que ha de hon-
rarnos con su compañía y darnos a probar un vino
súper de su cosecha, que, según me ha dicho Pa-
blo, compite con el nuestro.

—¿Mismo soy, para servirlos; pero en cuanto
a la oferta...

—¿Pensáis ganarla?... Os equivocáis, y pronto
haréis de verla, porque...

—No es eso, sino...

—¿Sospecháis que no digamos con franqueza
nuestra opinión? Somos hombres honrados y tan
ajenos de la verdad...

—Es que no traigo el vino, señor despensero, y
mañana no puedo venir.

—Sea cual fuere el motivo, me alegro, porque
al volveremos a reunirnos. Traed, amigo Pablo,
esa cena, y empicemos, puesto que estamos re-
mitos.

Saló Pablo, y pocos momentos después entró
en esa enorme cacería, donde humeaba el arroz
en leñe prometido.

—¡Magnífico!... "¡Benedicid excelentísima mía!"
—exclamó el sacristán, que era en extremo aho-
gado a decir frases en un idioma que él andaba por
adivinar.

—Bien—dijo, sonriéndose, el paje—; veo que
sois hombre de letras.

—Estudié cuatro años latín en el estudio del
señor bien ponderado maestro Hoyos, y ya hablaba
en el idioma de Seneca mejor que en el mío; lue-
go lo olvidé un poco; pero cuando entré aquí de
sacristán volví a recordarlo, y la costumbre me
hace decir algunas palabras... Pero olvidamos el
sino, y como puede uno comer y hablar...

—Sea de vuestra opinión—repuso Luis—; sen-
támonos cerca de la mesa, y veamos qué tal cocin-
an en el buen Pablo.

—Quedareis contento—dijo el sacristán.

Empicáronse las cucharas, y a la vez se hun-
dió en el fondo de la cacería.

—¡Altos!—exclamó Luis.

—¿Cuárase causa?—dijo el despensero—. ¿Por

qué causa, razón o motivo ha de suspenderse la interesante operación?

—Ante todo—repuso el paje—, es preciso lavar el tragadero para que no se atasquen los labios.

—Tenéis razón y desde luego lleno mi jarro y os conjuro a que llenéis los vuestros.

Llenaron los jarros del exquisito ajejo, y de un solo trago los dejaron vacíos.

—¡Bien, vive Dios!—exclamó Luis.

—¿Qué os parece el vino?—le preguntó Pablo.

—Riquísimo; pero aun no temo la competencia; el mío es más abocado...

—“Vides et credes”, como decía Santo Tomás—repuso el dispensero.

—Lo veremos mañana—añadió el hortelano.

—Queda pendiente la cuestión; probaremos la liebre, y no olvidéis que también me habéis desafiado a beber de firme—dijo el paje.

—¿Os ha desafiado?—preguntó el sacristán. Pues sabed que la ganaréis. ¡Cuánto puede la vejez, cuánto cirga, amigo Pablo! ¿Cómo os habéis atrevido vos, que con media botella empezáis a cerrar los ojos?...

—Eso es bueno para vos—interrumpió el hortelano—, y si no, ya lo veremos: entrad en la competencia que no habrá de valer os saber latín.

—Ambos seréis vencidos; y como prueba de vuestra superioridad, voy a beber otro vaso antes de proseguir.

Y volvió a llenar y vaciar la vasija.

—No he de ser menos. ¡voto a tal!—exclamó el hortelano, a la vez que imitaba al sacristán.

—Ni yo—dijo Luis, empujando su vaso hacia cosa en que no se fijaron los otros.

—“¡Pax et consensus vobis!”—repuso el sacristán.

Moviéronse las cucharas de la cazuela a la boca y de la boca a la cazuela, y no habían transcurrido dos minutos, cuando Luis, cortando la palabra al dispensero, dijo:

—Amigos míos, el arroz se pega al paladar.

—Es verdad; lo remojaremos.

—Buena idea.

Dejó el manzebo que sus compañeros llenasen los vasos y mientras los apuraban, fingió llenar el suyo y beber también.

—Prosigamos, que la liebra no puede estar mejor—repuso Luis.

Volvióron a comer y a repetir los brindis, y, antes que el arroz se apurase, el hortelano sentía bastante pesadez en los párpados, y el sacristán hablaba más que nunca y menudicaban más los latines.

Contemplólos Luis, y regocijose, porque comprendió que no tardarían mucho tiempo en dejar de estarle.

—Basta de arroz—dijo le manzebo—. Otro vaso.

—¡A nuestra salud!—exclamó, con torpe acento, el hortelano, mientras que llevaba a los labios una botella.

—¡A la de todo buen bebedor!—dijo, tartamudeando el sacristán—. Porque habéis de saber que "maior bonus nulla et comperatio".

—Venga el pastel.

—Al momento.

Poco tardó Pablo en llevar el pastelón, que tristemente fué destrozado: pero antes de haber comido la mitad, como se repetían con demasiada frecuencia los brindis, encontrábanse completamente enaragados el sacristán y el viejo.

—Parece que no lo habéis probado—dijo Luis—; pero aún tengo confianza de vencerlos.

—¡Vencerlos!—repitió el sacristán—. ¡Venceremos... a mí!... ¡Ja, ja!... "Ego sum invictus".

—¡Y qué... quiere decir eso?—preguntó Pablo.

—Quiere decir... pues—contestó el dispensero, mientras se restregaba los ojos—, quiere decir que yo... soy invicto.

—Pues yo—repuso el viejo, dejando caer la cabeza sobre la mesa—, yo soy hortelano... y fui solo...

—¿Vas a dormir?

—La luz me lastima la vista...

—Otro brindis—dijo el paje.

—Eso pensado... y... bien pensado... porque lo que es bueno lo digo...

—"Respectum"—murmuró el sacristán—. "Repetitis brindis... saluam noctura."

Y cayó muy cerca de media botella, que al querer soltarse, cayó al suelo, y tras ella, al báculo de cristón.

—Pablo—murmuró con voz soñolienta—, no me pises la sotana... que... no puedo... levantarme...

Pero el viejo Pablo dormía profundamente, y no oyó la acusación injusta de su compañero.

—No hay que perder un instante — murmuró Luis, cuyos ojos brillaron.

Luego se levantó, y, después de convencerse de que dormían con profundo sueño el portellero y el sacristán, tomó el velón y salió de la estancia, internándose en el interior del convento.

—Si hago a equivoocarme—dijo para sí—, todo se pierde.

La macilenta luz del velón apenas esparcía sus rayos vacilantes a cinco pasos de distancia.

Sólo la respiración agitada del monacho y el leve ruido de sus pasos se percibía en medio del profundo silencio que reinaba.

Caminó el atrevido paje cautelosamente hasta llegar al extremo de una ancha galería.

—Esta debe ser la escalera—murmuró, escuchando una que tenía delante.

Y subió, mirando de derecha a izquierda y escuchando atentamente.

Doña María de Mendoza conocía perfectamente el interior del convento, y pudo dar a Luis las señas más detalladas y exactas, por lo cual éste atravesó sin dificultad algunas galerías y pasillos hasta que, llegando a un corredor, dijo:

—Este es: aquí está la puerta junto al muro... un arco... voy bien.

Luego siguió mirando a la pared de la derecha, viendo al fin un gran cuadro de lienzo en que estaba pintado un San Juan en el momento de recibir el bautismo del Redentor; se detuvo, volvió a la izquierda, y se acercó a la puerta de una sala.

—¡Oh!—exclamó—. Me olvidan las cosas. Nunca me ha sucedido semejante cosa.

Efectivamente, el paje tanteaba, como se le había sucedido nunca al acometer las más arriesgadas empresas.

Largo rato permaneció inmóvil para sí.

comprendiendo que no era prudente permanecer allí; que tampoco era ya tiempo de retroceder, pues la agitada diestra en el picaporte de hierro que miraba la puerta.

—¡Dios me proteja!—murmuró.

Y, al hacer el menor ruido abrió la puerta y se miraba en el interior de la espaciosa celda a la hija de don Juan, quedándose luego repentinamente parado y plantándose en su semblante la mayor sorpresa.

—¿Qué había visto? ¿Por qué no penetraba en aquel recinto donde el pudor y la castidad vedaban la entrada al hombre? ¿Cómo se detenía al servirlo manco, una vez resuelto a no respetar nada con tal de conseguir su intento?

Arrodillada y orando fervientemente ante una imagen de la Madre Santa de Dios, había dos religiosas cuyos rostros no podían verse desde la puerta. Los resplandores tenues, muy tenues, de la luz de una lámpara daban sobre el blanco sayal que vestían aquellas virgenes, cuya inmovilidad las hacía parecer más que dos criaturas, dos estatuas de mármol.

Tan absortas estaban en su rezo, que no se apercebieron de la llegada del paje; bien que éste abrió la puerta con el mayor silencio.

—No es su celda... Todo se ha perdido...—dijo para sí el manco.

Pero le había causado tal sorpresa la presencia de las religiosas, que, por algunos instantes, no acertó a moverse.

—No permitáis. Dios mío — murmuró una de ellas, con voz apagada—, no permitáis que me saquen de nuestra santa casa.

—¡Haced que yo lo olvide, madre mía!—exclamó la otra, con más enérgico acento.

Luis se estremeció. Fue a dar un paso para salir; pero, olvidándose, en su turbación, de la luz que llevaba, abrió la mano izquierda, y el velón cayó al suelo.

Al ruido se levantaron las dos monjas. Echaron una mirada de espanto en Luis, y, al querer gritar, quisieron ahogar en sus gargantas la voz.

Las dos quedaron inmóviles.

Las religiosas no eran otras que la hija de don Juan y su amiga, que, contra las reglas de la comunidad, habían encendido luz, reuniéndose para hablar y rezar.

En el semblante de Ana se pintó primero el terror; pero muy en breve, sólo la sorpresa se dejó ver, y, de pálidas que estaban sus ternas mejillas, se tornaron rojas como el carmín, y su pecho, poco antes oprimido por el miedo, agitándose por otra emoción bien distinta.

Al contrario, su compañera, cada vez más poseída de su primer espanto, temblaba convulsamente.

Contemplábala el paje con sorpresa y la más profunda admiración, y, como hombre acostumbrado a toda clase de peripecias, se repuso bien pronto y, con alguna serenidad, comparó con ambas jóvenes las señas que de Ana le había dado doña María de Mendoza, y se convenció de que una de aquéllas debía ser. ¿Pero cuál? Las dos eran rubias, blancas, de azules ojos, bellas hasta lo ideal, y aparentaban tener los mismos años.

Meditó el mancebo algunos instantes, y, decidiéndose a arrosarlo todo, dió algunos pasos hacia las jóvenes.

Entonces Ana dijo, con pausado tono:

—¡Es el mismo!...

Y su amiga retrocedió lentamente y vacilante hasta llegar a la pared, donde se apoyó, porque empezaban a faltarle las fuerzas.

Luis se detuvo nuevamente, examinó a la una y a la otra, reflexionó algunos instantes, y dijo a la hija de don Juan:

—Vos sois doña Ana de Austria.

—¡Ah!—exclamó la joven, en extremo sorprendida—. Vos... me conocéis...

—No me equivoqué—repuso el mancebo—. Dejad una carta de vuestra madre.

—¡Una carta de mi madre!...

Ana leyó con avidez el escrito.

Su amiga comprendió entonces que Luis era sólo un enviado de doña María de Mendoza, y que por consiguiente nada debía temer de él. Entonces

quedó bastante, y exhaló un suspiro que desahogó su agitado pecho.

—¡Qué hermosa es!—dijo para sí el paje, contemplando con ansiosa mirada a la hija de don Juan.

Y se estremeció, a pesar suyo; sintió latir violentamente el corazón y arder sus mejillas, como si afluyese a ellas toda la sangre de su cuerpo.

—¡Es mi salvador!—exclamó la niña, con acento de viva alegría, cuando acabó de leer la carta. De sus ojos brotaron dos lágrimas, producidas por la más viva emoción.

—No tengáis miedo—prosiguió, dirigiéndose a su amigo—; es el que ha de hacernos felices; así lo he jurado a mi padre en Bruselas... ¡Ojalá pudiese también a vos traer os la dicha que anhelaís!... Pero no tengáis cuidado; cuando yo salga de aquí, iré a ver a vuestro padre, le rogaré, le pediré de gracia, y se ablandará...

—¿También a vos—dijo Luis a la amiga de Ana—os han privado de vuestra libertad?

—No, amigo mío—repuso la hija de don Juan—; a nadie lo contrario que a mí: no le permiten que profese, quieren que viva en la sociedad, darle un esposo...

—Esperad un instante—interrumpió Luis, cuyos ojos brillaban como dos luciernagas, y en cuya frente se marcó una profunda arruga.

Luego inclinó la cabeza sobre el pecho y cruzó los brazos, quedando en una actitud tan meditabunda que ninguna de las dos jóvenes se atrevió a interrumpirle.

Transcurrió buen rato sin que ninguno rompiera el silencio, hasta que el paje, dirigiéndose a la compañera de Ana, dijo:

—¿Queréis ser abadesa de las benedictinas de Burgos?

—¡Abadesa de las benedictinas!—repitieron a la vez y con acento de profunda admiración.

—Ya que la casualidad ha querido que os encontréis reunidas, desearía que ambas fueseis felices. Ninguna de vosotras conocéis el mundo, y es fácil que yo entre ahora en detalles que más bien os llenarán de confusión que os harían comprender

mis planes; yo os daré, sin embargo, algunas explicaciones; pero antes es preciso decidirse; por decidirse con tan firme resolución, que después se no retroceda, porque entonces todos nos perdemos. La una como la otra puede alcanzar lo que desea.

—¡Imposible!—murmuró, tristemente, la esposa de Ana.

—¿Queréis ser — repuso Luis — abadesa de las benedictinas de Burgos?

—Pero, ¿cómo?...

—Decidme que sí o que no, terminantemente.

La tímida niña vaciló; pero, al fin, casi sin saber lo que se decía, dijo:

—Sí; quiero ser abadesa de las benedictinas aunque más me contentaría ser simple monja.

—Es imposible—contestó el paje—: o abadesa o esposa del hombre que os destinan.

—Pues bien, acepto.

—Ahora mismo podría salir de esta Ana de aquí, pero entonces vos no conseguiríais vuestro deseo; mas mañana se verá ella libre, y vos casada en Burgos.

—Pero mi padre...

—Consentirá, porque no tendrá modo de oponerse.

—Esto es un sueño—dijo Ana.

—¿Puedo escribir una carta antes de ir?—preguntó Luis.

—A mí no me permiten tener tintero ni papel; pero en la celda de mi buena amiga...

—¡En mi celda!

—Yo iré por todo lo necesario para escribir—repuso Ana.

Y sin detenerse, tomó la bujía y salió.

—¿Qué hacéis? — le dijo su tímida amiga— ¿Dios mío!...

—Tranquilízase—le dijo el marcebo—. Nada de más, porque nada puede sucederos.

Poco tardó Ana en volver con papel y tinta. Luis escribió lo siguiente:

"Todo está preparado, y mañana, hacia las cinco de la madrugada, os encontraréis fuera de

«Tened buen ánimo, que ya sabéis que nadie sospechará y aun sepan con seguridad el día en que debéis fugaros, nuestro plan está comen-
zado de tal modo que sería imposible que lo des-
mentasen, lo que sólo conseguirán sacándoos antes
de Madrid, cosa en que no se piensa todavía. Lo
que podría suceder, en caso de sospechar, se-
ría que os encerrasen; pero esto, como fácilmente
supondréis, haría mayor la burla que las pre-
paraciónes».

«Tened cuidado con lo que últimamente os re-
comendé; sed discreta y disimulada, que todo lo
gasta la capa de

El Diablo.»

Cuando el paje concluyó, dobló el papel, ar-
rulló un poco, y, entregándoselo a la hija de don
Juan le dijo:

—Recibe esta carta, pero de modo que ma-
ñana mismo estés en poder de la superiora, que no
parará de explicarte.

Ella y su amiga miraron llenas de asombro al
paje.

—Ahora—prosiguió éste—os daré algunas expli-
caciones. Sentaos y escuchadme con atención, por-
que vi en ello vuestra felicidad.

Las dos amigas, atónitas cada vez más, no acer-
caban a hacer ninguna observación, y, sentándose
seguitamente, se dispusieron a escuchar al paje.

Este fijó una mirada ardiente en la hija de don
Juan, y ella bajó la vista y arregló la falda de su
vestido para disimular su turbación, mientras que
la otra pura y tersa se tornaba roja y sus manos
temblaban.

Comenzaron las explicaciones; pero nosotros,
fuerzas en extremo, los dejaremos solos para no
aprender secreto de tanta importancia, y, situán-
dolos a la puerta de la celda, esperaremos. Trans-
curre más de una hora.

El paje al despedir de las dos jóvenes, tomó el
velín encendido en la bujía, y, por el mismo ca-
mino que le vimos ir, volvió al aposento del hor-
cón.

Éste y el sacristán dormían aún.

—Presto será despertarlos—dijo Luis.
Y roció con agua el rostro del despenado, viéndolo después con violencia.

—“Vade retro, Satánés!” — murmuró el regala, mientras se restregaba los ojos con una mano.

—Levantada, buen amigo.

—¿Quién es?

—Vuestro compañero de cena...

—“Necii me tangere.”

—Que es muy tarde.

—¡Ah!...—dijo el despenado, despertando de todo—. Como me ha pisado la sotana en el pecho...

—Dírmelo como un hombre... Levántate.

El despenado se levantó trabajosamente, bostezó y estiróse.

—“Burgis et succulentus eras erat!”—dijo.

Compóse en seguida Luis de despertar al bota-lano, y cuando lo hubo conseguido le rogó que le abriera la puerta.

—¿Conque mañana repartiremos con vuestro vino?—preguntó al paje el virjo.

—Venid a la misma hora con seis botellas de mad para los pastos.

Saló el paje, y se dirigió a su posada, en que ocurrían otra novedad aquella noche tan férvida en acontecimientos.

CAPÍTULO LXIII

De cómo sucedió al pie de la letra lo que había previsto el paje

A las siete de la mañana, una novicia entró en la celda de la anciana superiora, diciendo:

—Reverenda madre, vengo con una carta del rey.

—¿Una carta del rey?—exclamó, sorprendida, la reverenda madre—. ¿Pues qué ha sucedido para que su majestad se ocupe de nosotras, humildes siervas del Señor?

—No lo sé; pero...

—¿Qué no habéis entendido bien, hija mía.

—Lo que sé decir es que se ha presentado un representante de la cámara de su majestad.

—¿Y quiere hablar conmigo?

—Es imposible.

—Pero si únicamente ha recibido la orden de entregar el pliego, que os lo dé y traédmelo, y que os lo entregue.

—Sí, lo haré.

—Entonces—dijo—la anciana—que se trata de la... de don Juan, que ha venido a esta santa casa para reformar el sereno.

—Y la novicia, entregando un papel a la superiora.

—¿Es ésta y polidó?

—¡Casi!—exclamó—. No tendremos un instante de reposo. ¿Tan temible es ese enemigo? A todas horas se veía, no hemos visto nada que pueda indicar sospechas, y, sin embargo, su majestad se preocupa. ¿Qué más podemos hacer? Me intranquila la conciencia de que, además de nuestra vigilancia, el registro la celda de la novicia y se han puesto en el caso que me parecen completamente inútiles. Verdad es que una carta puede introducirse en el convento con mucha más facilidad que una persona; pero necesitaría la ayuda de un traidor, y eso es muy raro.

Fue como que a la anciana le desagradase, porque le dio algo para dar satisfacción al monarca, y por de pronto dispuso registrar la celda de la hija de don Juan. Así podría en todo tiempo decirse que había cumplido.

Entonces que fueren cuatro religiosas para que la acompañasen y en todo caso sirviesen de testigos, y en ellas fué a la celda, encontrando a la bellísima Ana de rodillas ante el reclinatorio y como si estuviera orando en la oración.

—¡Ay!—exclamó la joven, poniéndose en pie.

—¿Por qué agachas el rostro así?

—Porque...

—La oración es el más saludable de los ejercicios porque Dios atrae siempre a los que con fe acuden a su misericordia.

—Bien necesario que el Omnipotente se apoya de mí.

—Os quejáis, porque no miráis a los que son más desgraciados que vos.

—Sí, reverenda madre; hay cristianos que sufren mucho, muchísimo; pero al menos tienen la libertad de sus acciones.

—Vuestras palabras significan que no os habéis resignado.

Doña Ana, que no había nacido para una, respondió, enérgicamente:

—Pienso lo mismo que ayer, y mañana pensaré lo mismo que hoy.

—En vuestras palabras hay algo de soberbia y mucho de temeridad—dijo severamente la superiora y en tanto que se sentaba.

Tras ella se colocaron las cuatro monjas en pie y en actitud respetuosa.

—Pues si soy soberbia, ¿para qué me trae a esta mansión de humildad?

—Precisamente por eso, pues aquí se corrigen vuestros extravíos. Os hacen un bien humano y os quejáis...

—¡Un bien!—replicó la joven, con amargura.—Encadenan mi voluntad, contrarian mis sentimientos, destruyen mi corazón...

—Cuidado con lo que decís.

—Cálló y os escucho, reverenda madre.

—El tiempo os probará vuestros errores.

—¡A la vez.

—No lo dudéis, puesto que no sabéis lo que ha de suceder al día de mañana.

—¡El día de mañana!—exclamó la joven, cuyos magníficos ojos brillaron con el fuego de la alegría.—Espero ser feliz.

—¿Y en qué se funda vuestra esperanza?

—Eso es mi secreto.

—¿Y en qué ha de consistir vuestra dicha?

—Ya lo veréis.

—Os encuentro como nunca, hija.

—Porque tengo motivos para creer que Dios ha escuchado mis súplicas, y renace mi valor con mis esperanzas.

Se acercó la frente de la superiora, que dijo para sí:

—Empiezo a creer que son fundados los temores de ella.

Y dijo aludida en voz alta:

—Vuestros palabras significan que contáis con fuerza para contrariar la voluntad de nuestra regenta.

—¿Eh?

—Tengo que cumplir sagrados deberes.

—Por eso me vigiáis escrupulosamente; por eso me espionáis a todas horas.

—¿Que haréis en mi lugar? Responded con tranquilidad.

—Lo mismo que vos, y tal vez más.

—Entonces no tenéis derecho para quejarnos si adopto alguna resolución de cierta clase.

—No me quejaré.

—Pues, por de pronto, registraré esta celda.

—¡Referencia madre...!

—De desagrada?

—No; pero...

—¿Qué?

—Vuestro resolución tiene algo de ofensiva.

—Ella ofenden vuestra arrogancia, vuestras insinuaciones nada respetuosas.

—Eh, cálmate, pues; ¿no es verdad?

—De converzo de que en esta santa casa mi autoridad no tiene límites.

—Decís pensar que contra mi voluntad me entranos aquí.

—¿Y que me importa?

—Además...

—El elevada jerarquía me prohíbe entrar en relaciones con una novicia.

Doña Ana inclinó la cabeza y quedó inmóvil.

La anciana dijo a las monjas:

—Proceded al registro, por si se encuentra algo digno de atención.

Las cuatro religiosas obedecieron, revizando escrupulosamente la cama, los muebles y hasta el aljibe mudo.

—¡Ah!—exclamó una de ellas, al levantar el almohadón del reclinatorio.

—¿Qué es eso?—preguntó la superiora.

—Un vâbel souf..

—Dimecio.

La hija de don Juan parecía estar enojada.

La superiora tomó el papel, lo desdobló, y se
claró, horrorizada:

—; ஜெய்ஸ்!

Se agregaron y añadió:

— ¡Dios misericordioso!... La obra de Santa...

Levó las pocas líneas que había escrito el día

—¡Madura!—murmuró—. Y dice que la encierres... ¡Virgen Santísima! Bien, bien, hija... Ahora no podrás negar que extravió ha llegado al último punto de la pasión. ¿Cómo habéis recibido este panel?

—No puedo decirlo—respondió, muy torpemente.

→ Os 1º mado...

—ANES colvencle mont.

— O = rebelião contra as autoridades

—Calló, porque así ejemplo mi debe.

—¿Y qué es lo que este hereje os repone?

—Tant pis, le dire

—Con vuestra resistencia agravada nuestra situación.

—Mucho lo siento, pero no puedo hacer otra cosa.

—Si es obstinada en caliar, os elcarnar.

—¿Qué me importa?... Ya habéis visto lo que dicen en esa carta.

may have a role.

1951

—Que es perdéis, h!a m!a.

—C'est toi me sauver.

—Creedme, que ya no puedo meditar ni ~~en~~
farms

—Pero si podéis ser engañada.

-AOMEN de vuestro inocencia...

—Me ofrecen la libertad, que es cuanto deseo y al cumplir lo que me han prometido, no deseo más dicha. ¿En qué puede consistir el engaño? Contra mi voluntad me tienen aquí, y como se agota mi sangre, me hará el mayor de los beneficios.

-No of each item.

—Tendré paciencia; pero lo habré intentado,
me hecho cuanto me es posible.

—Camina hacia el abismo de la condenación
esta.

—En vano os molestaréis.

—¡Dios mío!

—Nos mortificamos sin conseguir nada.

—Por última vez os pregunto.

—No contestaré.

—Os advierto que he de dar parte al rey...

—Me alegraré.

—Y si su majestad adopta alguna resolución de-
cisiva violenta...

—No puedo estar peor de lo que estoy.

—Sea, puesto que lo queréis.

La anciana se levantó, salió, volvió a su cama y
se puso a escribir.

Pocos minutos después entregaban al gentilhombre
el pliego que debía llevar al rey.

CAPÍTULO LXIV

Empieza a dar sus resultados la in- triga del paje

Empieza a dar sus resultados la intriga del paje

Mientras tenía lugar la escena que acabamos
de ver, estaba Felipe II en su despacho con An-
tonio Peres, y, más que unos papeles que éste ha-
ba dejado sobre la mesa, llamaba la atención del
monarca la conversación que sostenía con su fa-
vorito.

Aparecía el rey en su semblante algún des-
acuerdo, y el secretario estaba pálido y no pare-
cía tampoco estar de buen humor.

—Señor—decía el ministro—, francamente con-
fieso a vuestra majestad que me voy sintiendo do-
minado por la influencia de ese endiablado paje, y
que desde el extraño acontecimiento de anoche
siento al pensar lo que he de hacer y que hacer.

—Más extraño aún es lo que a mí me sucede

—contestó Felipe—; a pesar de que ese hombre ha estado siempre en pugna conmigo, a pesar de su criminal conducta en Flandes y de las torturas que después de su vuelta a España, nos ha hecho sufrir, lo admito, y si bien lo castigaría con la pena más severa, no dejaría, en mi interior, de sentirle desgracia.

—Vuestra majestad siente también su miseria, y así no es extraño que a todos los dolores y que por dondequiera que va encuentre protección.

—Ese hombre vale mucho, muchísimo; no se le igual.

—Ciertamente, señor; pero hace tan mal uso de las excelentes dotes que le ha concedido la naturaleza...

—No tiene malos instintos—interrumpió el narrador—, y lo prueba que siempre se ha puesto de parte de quien él consideraba como víctima, débil o del desvalido, del desgraciado. Sus primeros pasos en el camino de la intriga fueron por vengar al marqués de Poza; en esto la intención era buena, aparte la fealdad del sentimiento vergajvo, que él tomaba por un deber, por una acción noble, porque le faltaba un juicio maduro y sano que le guiase. Debe a doña Blanca su vida, su fortuna, su porvenir y, sobre todo, un cariño fraternal, o mejor, el amor de una madre que no encontró; y la desgracia de la persona a quien luego debía la afición de tal modo que, participando de su intenso dolor que ella sufría, no anheló más que la venganza, lo cual no es extraño en un niño que no tiene quien contenga los arrebatos de su ardiente imaginación. Dado el primer paso, era ya imposible que retrocediese, y no tenía otro camino que el que ha seguido, porque tenía necesidad de luchar para defender su vida y para hacer daño a sus enemigos, si había de vencerlos.

—Pero no por eso son menos dignos de castigo sus crímenes.

—Es verdad, y yo soy el primero que debo el castigo; pero no dejó, a la vez, de sentir el que haya dejado de aprovecharse para lo bueno de mucho que vale. ¡Ah! Si yo hubiera conseguido apoderarme de él cuando huyó de Flandes, he-

quería un hombre que me serviría más que toda una turba de cortesanos que no saben más que adular para satisfacer sus ambiciones...

—Creo, señor—repuso Antonio Pérez, algo resaca—, que no os falta algún corazón leal y alguna buena cabeza que os sirva.

—Ya sabéis, señor Antonio Pérez, que vos no estáis en el número de esos cortesanos a quienes yo refiero...

—No lo digo, señor...

—A mí—prosигuió el monarca—me gusta sacar del polvo a esos hombres de quienes nadie se ocupa pero que valen mucho y que viven y mueren sin que se hayan aprovechado los grandes servicios que podían prestar a su patria; esos hombres que pasan desapercibidos en el torbellino de la sociedad, que se les desprecia como se desprecia y archa un diamante en bruto por el que no adivina que bajo la fea y grosera capa que lo cubre se esconde una cosa de mucho valor. ¿Qué papel hubieran hecho vos entre esa brillante grandesa que para mí mismo llena mis antecámaras. Si un ojo inteligente no hubiera conocido el valor de la piedra, ¿cuánto le da la capa de sucia tierra que la envuelve, lo avergüenza con su brillo el brillo del rubí y la blancura de la perla? A no ser así, Antonio Pérez, reconocido o no por hijo de Luis Pérez, pasaría desapercibido, y aun despreciado, como uno de tantos hombres vulgares, y la patria hubiese perdido los beneficios que podía reportarle. Necesito un ministro; ¿con quién fijó mis miradas? En un hombre oscuro; lo saqué del polvo, y llegué a ser un corazón leal y una gran cabeza con la cual no puede competir ninguna de las de todos los nobles. Quiero la nobleza de sangre, y le daré todo el esplendor posible, porque es un hilo de una historia gloriosa que debemos conservar, y porque sus recuerdos ejercen en el pueblo una poderosa influencia de respeto y de temor muy saludable, que previene el desbordamiento de muchas malas pasiones. Impero, cuando necesito un hombre, busco al que puede servirme, sea quién fuere, noble o plebeyo, lleve un nombre ilustre o no tenga otro que el que le dieron con el bautismo. Los nobles

han salido del pueblo, y en sus escuelas de artes algún cuartel se ha tomado el primer cuarteo, los están en blanco.

—Vuestra majestad me honra — dijo Antonio Pérez.

—Oigo lo que siento, mi buen secretario y voy viendo a nuestro asunto, os repetiré que desista de que se pueda adelantar nada, porque ese tal ese hombre es superior a los demás.

—No olvide vuestra majestad lo que el ateneo paje dijo anoche a doña Ana.

—Sí, que se declaraba protector de la hija de mi hermano, y que juraba por su capa blanca de la doncella no sería monja.

—Esas fueron sus palabras.

—Que me han puesto en algún cuidado.

—Por lo cual...

—He tomado la precaución de entrar esta mañana temprano al convento las órdenes correspondientes para que se ejerza la más exacta vigilancia y para que me digan si se ha observado algo que pueda infundir sospechas.

—Como siempre, ha obrado vuestra majestad con mucha prudencia.

—Y extraño—prosiguió el monarca, mirando al reloj—que aun no hayan vuelto con la contestación. Hace hora y cuarto fueron...

La llegada de un gentilhombre interrumpió al monarca.

—Muy tarde tardado—le dijo Felipe II.

—Señor—contestó el noble sirviente—, a consecuencia de las órdenes de vuestra majestad, he comunicado a la superiora del convento, creyendo del caso practicar un reconocimiento escrupuloso en la celda de la ilustre novicia, y por esta razón he tenido que detenerme.

—¿Y qué ha resultado?

—Lo ignoro: la madre abadisa me ha dado para vuestra majestad esta carta, sin decirme más cosa.

El gentilhombre entregó al rey un pliego doblado.

—Bien; dejadnos—contestó el monarca, mirando el papel.

y, cuando quedó solo con su favorito, repuso:

— ¿Qué pensáis de esta carta?

— Difícil es adivinar; pero me inclino a creer que trae alguna noticia de importancia.

— Lo mismo sospecho yo—dijo Felipe.

Y, rompiendo el sello, encontró dentro otro papel además de la carta.

— ¿Qué significa esto? — exclamó—. Veamos lo que dice la abadesa.

Luego leyó lo siguiente:

“Señor: para cumplir las instrucciones de vuestra majestad, creí del caso practicar un registro minucioso en la celda de la hermana novicia, el cual dio por resultado encontrar la carta que tengo la honra de remitir a vuestra majestad con la presente. Estaba escondida entre los almohadones del reclinatorio, y por ella se ve cuán acerrada ha sido la precaución de vuestra majestad.

“Preguntada la dicha hermana, se ha negado a contestar a todo; de manera que nada puedo añadir a vuestra majestad, sino que ni la más leve cosa se ha notado que pudiera infundir sospecha.”

La frente del monarca se contrajo.

Su mirada se tornó sombría.

— ¡Una carta! — murmuró—. ¿Y de quién?

Desdobló el segundo papel, y miró la firma antes de leerla.

— ¡Del papé! — exclamó.

— ¡Del papé! — repitió Antonio Pérez—. ¡Oh!... Ese hombre es verdaderamente un diablo.

— ¡Es un hombre que vale más que nosotros! — dijo Felipe II, con amargura—. Ya lo veis: en correspondencia con ella, y si lo hemos descubierto ha sido porque él mismo nos ha dado el aviso... ¡Ah!... ¡Cuánto diera yo por que se pudieran tomar los delitos de ese hombre y por que fuera tío!...

— Pero esa carta — dijo el ministro aturrido por la sorpresa —, esa carta...

— Algo de extraordinario contendrá. Leedla en voz alta.

Obedeció Antonio Pérez

Ya conocen nuestros lectores el contenido del improvisado escrito.

—¡Esto es para volverse loco!—exclamó el secretario, cuando concluyó la lectura.

—Aun cuando se la encierre—murmuró el narca—, la sacará del convento mañana al amanecer... No sería malo hacer la prueba.

—Perdone vuestra majestad si no tengo la misma opinión.

—¿Creéis que se escapará si se la encierra, cerramos el convento y en el interior ponemos guardias?

—Todo lo temo, señor; y si a pesar de tales y tan ruidosas precauciones se fuga, será la ruina mayor, como él mismo dice.

—Entonces, ¿qué os parece que se haga?

—¿Qué?... Adoptar el único recurso que nos queda y que, según las palabras del papa, es el más que puede desbaratar su proyecto.

—¿Llevarla a Burges?

—Esta misma noche.

—Bien decir, señor Antonio, que está influenciado por la influencia del diabólico papa.

—Señor...

—No hay que exagerar las cosas; no voyamos como el vulgo, a creer en brujerías; no se escapará la novicia si tiene cien ojos que la estén mirando y que han de ver que se va.

—¿Pero a qué hacer una prueba que puede costar muy cara? ¿No hemos visto la pasada noche cosas tan extraordinarias como esta? ¿Qué se debe esperar de un hombre a quien se le corta la cabeza, va a buscarla y se la coloca sobre los hombros para reirse en las barbas del mismo que se la cortó? ¿Qué no debe temerse de quien se introduce en las habitaciones como el aire, más que se le ve, con más disimulo que el aire, porque no se le siente?

—Es preciso meditar bien sobre este asunto.

—Como más placía a vuestra majestad.

—De cualquier modo, aun cuando se determine sacarla esta noche del convento para llevarla a Burges debe procurarse hacerla hablar ininterrumpidamente.

—Dejada es la empresa.

—Ciertamente; pero nos puede dar muy buenos resultados.

—Y quién habrá que se encargue de tan difícil comisión?

—¡No os atreveríais vos a desempeñarla?

—Yo—contestó Antonio Pérez, después de meditar algunos instantes—, obedeceré a vuestra majestad; pero me parece que sería más a propósito una mujer, ya porque son más astutas, porque se captan más confianza mutuamente y se comprenden mejor...

—Somos de opinión diversa—Interrumpió el monarca—, pues de nadie desconfía más una mujer que de otra.

—Si se tratase de una mujer de mundo, yo pensaría como vuestra majestad; pero de una niña es otra cosa.

—Bien, seguiré vuestro consejo—dijo Felipe II—; sólo falta esa mujer.

—Creo que no hay más que una que pueda mezclarse en este asunto, señor.

—Pero está enferma.

—Sus dolencias son de corta duración, aunque molestas.

—Verdad es, porque esta mañana me ha mandado a decir que se encontraba mejor y aun dispuesta a levantarse.

—Yo no he tenido tiempo de ir a visitarla hoy—repuso Antonio Pérez.

—Pues podéis hacer a la vez dos cosas; ir a verla, y si está en disposición de salir, que se encargue de interrogar a la novicia.

—Necesitaré una orden vuestra.

—Os la llevaré.

—Entonces, con el permiso de vuestra majestad, me retiro.

—Y traedme luego alguna noticia de lo que se haya adelantado en las averiguaciones del suceso de anoche.

—Creo que no podré participar a vuestra majestad novedad ninguna, porque ya nada quedó que hacer. Como dije a vuestra majestad, ningún vecino se apercebía de nada; el cuerpo del que fué aso-

sin que haya podido encontrarla; y por todo motivo pudo notarse la tierra un poco removida en el sitio de la desgracia, como si hubiesen querido hacer que desapareciesen las manchas de sangre.

—La previsión de ese manco no tiene igual.

—Es astuto en demasía.

—Si vuestra majestad me da permiso...

—Guardaos Dios—dijo el monarca.

Saló el favorito después de haber puesto a la firma del rey la orden para la abadesa del convento, y se dirigió sin perder un instante a casa de la princesa.

CAPITULO LXV

Cómo la hija de don Juan se mostró digna discípula del paje

Doña Ana de Mendoza recibió la noticia del encuentro de la cavia del paje con la alegría que es de presumir, y a pesar de que el médico le había prohibido que se levantara hasta el siguiente día, y de que se encontraba algo falta de fuerzas, aceptó el encargo del rey, despidió al secretario y mandó que la vistiesen y que la preparasen una litera.

Veinte minutos después, la noble dama, pálida en extremo, pero radiante del júbilo por el trance que pensaba conseguir sobre el paje, entró en el portátil vehículo y fué conducida al convento.

Introducida en la celda de la superiora, manifestó el objeto de su visita, y entregándole la orden del rey, pidió que llamasen a la hija de don Juan.

Esta se presentó a poco, grave y silenciosa, saludó a doña Ana con un movimiento de cabeza, y tomó asiento.

—No sin razón—le dijo la princesa con acento y cariñoso tono—, me habían ponderado vuestra belleza.

—Gracias, señora—le contestó la niña.

y luego la miró detenidamente como para ver si la conocía o para preguntarle quién era.

—No me conocéis—repuso la dama.

—Nunca os he visto, pero sí he oído hablar de vos y de que sois, como me han anunciado, doña Ana de Mendoza y de la Cerda, princesa de Eboli, condesa de Melito...

—La misma... tenéis buena memoria.

—Me han hablado de vos. Como siempre he estado encerrada, me gustaba que me dijeseis todo lo que en el mundo ocurría.

—Soy curiosa.

—Sí, mucho; y como en la corte se ocuparon de vos cuando volvésteis de vuestro encierro...

—¿De mi encierro?—interrumpió doña Ana, que empezó a disgustarse con la candorosa franqueza de la niña.

—¿Pues no habéis tenido por prisión el convento de las Huelgas?

—Ya sabéis que soy la princesa de Eboli—dijo ella, cuya frente se contrajo.

Ella se encogió de hombros, si no con desdén, como quien no comprende ni le importa comprender el significado de lo que dicen.

—¿A qué habéis venido?—preguntó.

—Vuelvo a repetiros—repuso la orgullosa princesa—, que soy la condesa de Melito y... y que tengo un nombre que es Mendoza.

—Yo, el de Austria—contestó con altivez la niña— y mi madre me ha dicho que este apellido vale por un bastardo, da más nobleza que el de Mendoza y el de la Cerda, más aun que el de Giron.

Doña Ana se mordió los labios con despecho, no porque le hiriese el orgullo de la niña, sino porque el plan de interrogatorio quedaba desbaratado.

—¿Queréis decirme — prosiguió la hija de don Juan—, a qué habéis venido?

—El rey me encarga...

—Ah!, el asunto de la carta que no es del rey de su majestad.

—Esa carta prueba que intentáis fugaros del con-

vento.

—Eso es admisible, y efectivamente, no perdo-

ré la primera ocasión para escaparme: ya he dicho que no quiero ser monja y su majestad debía permitir que yo haría cuanto me fuese posible para recuperar mi libertad.

—Muy niña sois—dijo la princesa—, pero...

—Por lo mismo que soy niña y que no conozco el mundo, no alcanzo el por qué el rey tiene derecho a privarme del aire que todos respiran para obligarme a que yo pronuncie votos opuestos a mis inclinaciones. ¿Qué delito he cometido para que me castigue arrancándome de los brazos de mi madre, del seno de la sociedad donde he nacido; y me encierre como a un criminal?

—Cuando así lo hace el monarca, prueba que le asiste el derecho.

—No, ese no es derecho, es el abuso de su poder.

—Cuidado—dijo severamente doña Ana—, cuando habláis del rey.

—Repetidle mis palabras que nada me importa.

—Veo que estáis aconsejada...

—No hay duda, mi inexperiencia necesita el auxilio de los que saben más que yo.

—Os pierden los consejos...

—Estáis equivocada, señora: si los consejos que recibo me devuelven mi libertad son los mejores para mí.

—¿Sabéis quién es ese hombre que os escribe?

—Uno que ha jurado salvarme y vale lo suficiente para cumplir su juramento.

—Es un hereje.

—¡Un hereje!—repitió Ana, con tono de incredulidad.

—Sí, un hereje que hará que vuestra alma se condene como la suya...

—Imposible.

—¿Qué sabéis vos, niña inocente?

—Tengo pruebas de todo lo contrario.

—Imposible—dijo a su vez doña Ana.

—Os repito que sí.

—¿Pruebas?... ¿cuáles son?

—No quiero manifestarlas — dijo secamente a hija de don Juan.

—Os pregunto de parte de su majestad.

—Pues decidle que me niego a contestarle.

—No sabéis que puedo obligaros?...

—¿A qué habla?... Os equivocáis, señora, podrá obligarme el rey a permanecer aquí encerrada, a una celda... pero hacerme hablar... ¡ahí!... pero no es poco su poder, sólo bastaría el de Dios.

—Tened entendido que vengo a interrogaros.

—Hacedlo, ya os escucho.

—Y que si mentís...

—No mentaré, porque no contestaré a vuestras preguntas.

La princesa contempló con asombro por algunos segundos a la hermosa niña.

—¿Tenéis algo más que decirme? — preguntó.

—

—¿Cómo habéis recibido la carta que han encontrado entre los almohadones de vuestro reclinatorio?

—No revelaré ese secreto—contestó Ana con enojo.

—Conocéis al que firma la carta?

—Tampoco os lo diré.

—¿Es decir, que os negáis absolutamente a contestar a todo?

—Absolutamente.

—Pues bien—dijo severamente la dama—, en tal caso voy orden de que se os encierre en un calabozo.

—Estoy dispuesta a entrar en él.

—¿No tenéis miedo?

—Ha de durar muy pocas horas mi prisión.

—¿Dad crédito a la promesa que os hace el hermano de sacaros del convento aun cuando estéis encerrada?

—Lo creo, porque conozco el plan y sé que es seguro.

—Sois víctima de un engaño infame: abusan de vuestra inocencia.

—En cambio, el rey será víctima de un chasco que no le agradará y abusaremos de la confianza que tiene en su poder.

—¿Y no teméis que se desbarate ese magnífico plan una vez que tenemos conocimiento de él?

—Nada sabéis que existe, es decir, lo mismo que afirma el rey haber presunido, porque era natural

que intentase fugarme; pero los detalles del proyecto los ignoráis, y éstos son los que importan.

Dofia Ana reflexionó algunos momentos, y de repente adivinó una idea que tuvo por feliz.

—Voy a probaros—dijo sonriendo—, hasta qué punto llega vuestra inocencia.

—Yo os he dicho que me tengo por ignorante.

—¿Qué sería de vuestro plan si ese hombre cayera en poder de la justicia?

Ana palideció.

—¿No contestáis?—repuso la princesa.

—¿Para qué hacer suposiciones?

—Pues bien—repuso la dama—, creo que es preciso deciroslo todo para desengañaros.

—No os comprendo — contestó la niña, temblando.

—Hace una hora que vuestro protector...

—¿Está preso? — preguntó Ana con marcado acento.

—En los calabozos de la Inquisición.

La hija de don Juan exhaló un grito, por el frente corrieron algunas gotas de sudor, y sintió que le faltaban las fuerzas.

—Siento daros tan mala nueva...

—¡Imposible, imposible!

—¿Queréis pruebas?

—¿Lo juráis?

—Sí—contestó con firme acento la princesa.

La infeliz niña contempló por algunos instantes a la perjura dama, y acordándose de cuanto el paje le había dicho la noche anterior, repuso:

—No os creo.

—¿Dudáis de un juramento mío?

—Sí, porque me han dicho que juráis en falso, y que se recurrirá a todos los medios para averiguarlo.

—¿Queréis pruebas más positivas?...

—No, no las quiero. Si está preso, demostraré a sabré cuando llegue el día de mañana y me encontrare aquí, y si me engañáis, él vendrá a desengañarme.

No esperaba la princesa encontrar en aquella niña un juicio tan recto.

—¡Bien, esperadlo!—exclamó la dama con tono de despecho.

—Lo esperaré.

—¿Qué he de decir al rey?

—Lo que os he dicho o lo que mejor os plazca. Doña Ana se levantó.

Y salió de la celda y bregó del convento, después de haber encargado a la superiora que no perdiese de vista a la novicia hasta recibir nuevas de ella.

—Ha venido a atormentarme — murmuró Ana, apretándose el pecho—. ¡Dios mío, si estuviese en la Inquisición!... Pero no, han querido sorprenderme, no he olvidado ninguna de sus palabras, ninguno de sus consejos ni de sus advertencias... Es que el acento me llega al alma... ¡Ah!...

Las monjitas de la inocente niña se cubrieron de negro carmin.

CAPÍTULO LXVI

El fraile sigue representando su papel de protector

Antes de referir las interesantísimas escenas que tuvieron lugar en el convento de Santo Domingo, iremos a la hostería para saber con seguridad cómo se encontraba el marqués de Poza, pues es posible que fray Bernardo no hubiese dicho la verdad, aunque no tenía motivo para mentir.

Enfermo, aunque no de gravedad, había estado al frente de Blanca, y la fiebre no le había permitido abandonar el lecho hasta el día en que tuvieron lugar los últimos sucesos que acabamos de dar a conocer.

Más bien que física era moral la verdadera causa de la dolencia del marqués, y no era posible que recobrase por completo la salud mientras su espíritu no se tranquilizase.

Había hecho cuanto creía posible hacer para averiguar el paradero de Blanca y Luis, y ya empezaba a perder la esperanza de encontrarlos.

—En Madrid están, no lo dudéis—le decía el fiel escudero.

—¿Y qué me importa?—replicaba el marqués.

—Que estando en Madrid, hemos de encontrarlos más o menos tarde.

—Pero entre tanto caeremos en manos de nuestros perseguidores, pues es insostenible nuestra situación.

Así discutían casi siempre amo y criado, y la verdad es que las mismas razones había en favor de la opinión del uno que la de otro.

Fecundo era el ingenio del sirviente, pero no encontró traza alguna para conseguir lo que tan vehementemente deseaban todos.

El día en que estamos y al verse fuera del pecho el marqués, exclamó:

—¡Gracias a Dios que ya puedo moverme!

—¿Pensáis salir?—le preguntó el escudero.

—No he de pasar la vida aquí encerrado.

—Pero debéis tener en cuenta...

—Quiero triunfar o morir.

—Aun estáis débil—observó el doctor.

—Para lo que he de hacer me sobran fuerzas, pues aunque fuese las de Sansón de nada me servirían si la justicia me encontrase.

—Perdonadme si os pregunto a dónde pensáis ir.

—Visitaré a doña Ana de Mendoza.

—Para verla llorar por su hija.

—Los que sufren se comprenden.

—Puesto que lo deseáis, iremos — dijo el sirviente.

—¿Y yo?—preguntó el médico.

—Os quedaréis por lo que pueda ocurrir.

—Ante todo comeremos, porque con el estómago vacío se cometen muchas torpezas.

Discurriendo así estaban cuando fray Bernardo entró en la hostería.

Al verlo maese Mancosini quitóse el blanco gorro, adelantóse respetuosamente, se inclinó y con la diestra del dominico, mientras decía:

—Pondréos, sea Dios que así disponga que honrada se vea mi casa.

—Que el Omnipotente os dé salud y gracia para

—¿Por qué os apartáis del camino de la virtud—
repuso el fraile.

—Dignese vuestra merced pasar a mi aposento y
ver en qué puedo servirlo.

—Aquí estamos bien, puesto que nadie nos es-
torcia.

—¿El cenito es reservado...

—Así, así—repuso el fraile con tono de indife-
rencia.

—Pero siéntese vuestra merced y tenga por se-
guro que me considerará muy dichoso cumpliendo
sus órdenes.

En aquella época, dondequiera que se presenta-
ra un fraile, era recibido con toda clase de consi-
deraciones y con el respeto más profundo.

El dominico se sentó, levantó la cabeza, fijó su
serenante y dominadora mirada en Maese Man-
doni y le dijo:

—Quiero ver al marqués de Pozo.

Lo que sintió el hostelero no puede explicarse.

Retrocedió un paso, abrió desmesuradamente
los ojos y fijó en el fraile una mirada de terror.

—¿El marqués de Pozo!—murmuró.

—¿Por qué os turbáis?

—Vuestra merced... Reverendo padre...

—¿No me habéis entendido?

—Creo que no, porque... ¡Jesús!...

—Mal disimuláis, hermano.

Maese Mandoni empezó a reponerse, aunque no
poda ocultar del todo su turbación.

—Pero no lo entiendo, no lo entiendo... Ha pro-
nunciado vuestra merced un nombre...

—¿Qué os asusta, no es verdad?

—Y no ha de asustarme cuando ha fallado
un poco para que el señor marqués fuese causa
de mi completa ruina? Aquí estubo con otro na-
vire y una noche...

—Todo eso lo sé.

—Pero tal vez vuestra merced ignore que me lle-
varon a la cárcel, y aunque mi inocencia fue reco-
nocida, para contentar al escribano y a los algua-
ciles tuve que hacer un sacrificio de cincuenta du-
cados.

—Más de doscientos habrá dado el marqués para compensar esos quebrantos.

—¿Qué ha de darme si no ha vuelto a ver, dijo el hostelero.

—Mentis — replicó fray Bernardo, poniéndose en pie.

—Reverendo padre...

—Y esas mentiras pueden costaros muy cara.

—Pere...

—Dejadme en paz—dijo fray Bernardo.

Y antes de que el hostelero lo detuviera, empezó a subir la escalera.

—¡Dios bendito!... ¡Santa Madona!... ¿Qué va a ser de mí?

—Tranquilízate, buen hombre, que soy el viejo amigo del marqués, y en caso de apuro valgo bastante para protegerte.

El huésped se sintió anonadado.

¿Debía aprovechar aquellos momentos para huir?

Hacerlo así era declararse criminal.

Tampoco podía abandonar su casa y sus intereses.

El infeliz, que por mucho que ganase no giraba para sustos, se dejó caer en una silla y quedó absorto en tristísimas reflexiones, esperando que a cada momento llegase la justicia.

Entre tanto el fraile empujaba la puerta de la habitación donde se encontraban nuestros amigos al mismo tiempo que Juan abría para llamar al hostelero y pedir la comida.

Retrocedió el sirviente y fijó una mirada resaca en fray Bernardo.

El marqués y el doctor arrugaron el entrecejo al ver al fraile.

Este sonreía dulcísimamente, y entrando en la habitación, dijo:

—Que Dios os bendiga.

—Buenos días, padre—respondió el marqués—Aunque supongo que os habéis equivocado al venir aquí...

—No me equivoco, puesto que vos sois la persona a quien busco.

—¡A mí!... No os conozco...

—En cambio, yo os conozco demasiado bien, y conocí a vuestro hermano y mi hermano en Cristo, y a vuestro noble padre...

—Repto que os equivocáis.

—Con vuestro permiso, señor marqués—dijo el fraile mientras se sentaba.

—¡Por el infierno! — exclamó Juan sin poder reprimirse—. Sois tenaz, reverendo padre, y aunque noto mucho vuestra cordia...

—¡Ay, tenaz! —interrumpió el dominico, con su admirable calma—. Tranquilizaos, cerrad esa puerta y dejadme hablar.

—¡Si, tierra y calla! —dijo el marqués, convencido de que las negativas eran inútiles, y resuelto a hacer uso de la fuerza en caso de necesidad.

—Cierro y calló—repuso Juan—, pero, reverendo padre, que de aquí no saldréis con vida, porque os mataré al primer asomo de peligro.

—Peligro hay, cercano está.

—¡Fire Dios!

—Pero haré lo posible para salvaros.

—¿Quién sois?

—Yo lo veis, un pobre fraile. Hace seis años tuve que entender en ciertas intrigas palaciegas, y aunque trabajé en contra de vuestro amigo, el paje de esta Blanca, acabamos por entendernos, y hoy somos aliados invencibles si el orgullo y la vanidad no lo cegase. Sin embargo, me interesa su suerte y también la vuestra, y aunque me sería muy mal entregarlo a la justicia o emberrarlo en un calabozo de la Inquisición, lo favorezco en cuanto me es posible, y le doy buenos consejos, que no es poco para quien se encuentra en su crítica situación.

El marqués miraba al fraile y no acertaba a contestar.

¿Qué se proponía el dominico?

¿Decía considerársele amigo o enemigo?

Y si era lo segundo, sabiendo donde el marqués se encontraba, ¿por qué no había descargado desde luego el golpe?

Todas estas preguntas y reflexiones se hizo el de Fuma, y más perplejo se sentía cada vez.

Fray Bernardo volvió a desplegar otra dulce sonrisa y añadió:

- No me entendéis, dudáis...
 —Necesito pruebas de que no sois ni ~~cómo~~
 pruebas tales...
 —Las tendréis muy pronto.
 —¿En qué consisten?
 —Escuchadme y quedaréis convencido.
 —Ya os escucho.

El dominico refirió con precisión, brevedad y claridad, cuanto había sucedido seis años antes en palacio, y los días anteriores en Madrid.

Con mayor sorpresa cada vez, escuchaban nuestros amigos.

No había mentido el fraile, ni siquiera había exagerado.

Mucho de lo que dijo lo ignoraba el marqués puesto que no había tenido noticia de los extraños sucesos de la noche anterior.

De todo ello resultaba que Blanca se había salvado y que se encontraba bajo la protección de un antiguo paje, lo cual era una gran fortuna para él de Pozo, que sin poder dominarse, exclamó:

—¡Gracias, padre, gracias!

—Si algún valor tuvieron para vosotros los sacramentos de un desconocido, ya os juraría que acabo de decir la verdad.

—¡Blanca se ha salvado!

—Casi milagrosamente.

—Y todo se lo debe a Luis...

—Todo.

—Sin embargo.

—Aun dudáis, ya lo veo.

—Perdonad, pero no os conozco...

—Voy a concluir, porque es preciso que aprovechemos los minutos.

—Sabéis dónde se encuentra la mujer a quien adoro...

—Sí.

—Entonces, si queréis favorecerme, si mis desgracias os interesan...

—También me interesan otros negocios.

—Pedidme el mayor de los sacrificios a cambio de ese secreto.

—Lo que os he de pedir no me lo concederéis.

—Sí, sí.

—Ya os he dicho que Luis se resiste a ser mi aliado porque quiere dar cima a la empresa sin el auxilio de nadie.

—Y bien?

—Prometed que obligaréis al paje a que acepte lo que le propongo.

—Le suplicaré, y puesto que tantos sacrificios he hecho por mí...

—Respondéis del resultado?

—Creo que...

—Necesito la garantía de vuestra palabra.

—Me pedís un imposible.

—Ya lo veis, caballero.

—Cuando Luis se resiste...

—Es orgullo, ya os lo he dicho,

—Y no debo respetarlo?

—S., y por eso precisamente no he abrigado esperanza de que aceptéis mis proposiciones. Quedamos como estamos, señor marqués, y dejaremos que el tiempo haga lo demás. Por de pronto sabéis que vuestros amigos se han salvado, que doña Blanca está de perfecta salud, que es una más que resta, y que os busca con tanto afán, como vos la buscáis.

—Os debo un gran beneficio.

—Otro mayor he querido haceros.

—Decid...

—No sé como uno de los esbirros del Santo Tribunal ha conseguido averiguar dónde os encontráis y si ya no han venido a prenderos, ha sido porque querían adoptar toda clase de precauciones para evitar sucesos como el que hace pocos días tuvo lugar aquí mismo.

Subieron el marqués, el doctor y Juan.

Profundamente sombrías se tornaron sus miradas.

El fraile prosiguió diciendo:

—Así como les avisé a vuestros amigos os aviso a vos.

—Pero

—Pongo a vuestra disposición una casa, la misma donde me tuvieron encerrado hace seis años, y desde ofrecí al paje mi amistad y mi ayuda y le

anunció que no sacaría al príncipe don Carlos por la chimenea, porque había olvidado un detalle.

— Mucho os agradezco la casa que me ofrecéis, pero...

— No tenéis tiempo para buscar otra.

— Me parece...

— Quizás a estas horas es ya tarde para bus

El marqués, el doctor y Juan cruzaron una mirada y quedaron silenciosos.

— ¿Era verdad que tan de cerca les amenazaba el peligro?

Preso es que mientras reflexionaban ninguno se qué sucedía en el piso bajo de la hostería.

CAPÍTULO LXVII

Más peripecias muy desagradables para el hostelero

Mientras hablaban el dominico y el marqués, algunos hombres, vestidos de negro, se acercaban a la hostería, y fueron aumentando en número hasta diez o doce.

No era menester más que mirarlos para comprender que eran dependientes del Santo Oficio.

Isaín y vasían como distraídamente; pero a por un solo momento dejaban de mirar a la hostería.

Mátese Mancioni, que se había levantado y continuaba esperando con tanto temor como alía era el fraile saliese, abríóse a la puerta y por casualidad fijó la mirada en los hombres vestidos de negro.

— ¡Santa Madona! — exclamó.

Frio sudor corrió por su frente.

— Pues son, ni más ni menos, que esbirros de la Inquisición, los conozco demasiado bien... Y baya ese lado miran, y... ¡Dios misericórdia! Podremos otra de cuchilladas como la que me pasó en tan gran conflicto? La visita del fraile, que parece muy bien enterado de todo, y ahora son

27

caras con sus caras tétricas, con sus espadones...
¿Qué será de mí? ¿Qué pecado he
cometido para que así me castigue Dios? ¡Ay, pe-
cado es el marqués! mucho me ha dado y mu-
cho más me ofrece: pero acabaré por perderlo to-
do hasta la vida.

Abrióse el hostelero de la puerta y pocos mo-
mentos después entró uno de los esbirros.

En el astuto Mateo, que acercándose a maese
Mancóni le dijo:

—¿Hay mucha gente en vuestra casa?

—Viéndolo estáis—respondió el hostelero.

—En las habitaciones de arriba...

—Ni un alma.

—Lo habéis dicho muy pronto, señor Mancóni.

—Dijo el esbirro, desplegando una sonrisa que,
aunque muy dulce, fué muy horrible para su inter-
locutor.

—Lo he dicho tan pronto como me lo habéis
preguntado.

—Y como habéis mentido y la mentira, sobre
este pecado, es un delito grave cuando viene por
la engañar a la justicia.

—¿Pues quién sois?

—Un dependiente del Santo Oficio para servir
a Dios y para lo que gustéis mandar.

—Perdonadme, porque como no sabía con quien
había...

—Estais perdonado si es firme el propósito de
la enmienda.

—Os juro...

—Y para qué habéis de jurar si muy pronto
volveremos hasta el último rincón de vuestra
casa?

—¿Registrar mi casa!

—Eso he dicho.

—Santa Madona!...

—Y que os importa si nada tenéis que ocultar?

—Nada: pero debéis comprender que mi crédito
pasará mucho, porque cuando vean los vecinos
que la Inquisición se ocupa de mí...

—Tranquilizaos, que lo haremos de la mejor ma-
nera posible. Yo soy el encargado de dirigir.

—¿Entonces...

—Tengo que cumplir mi deber—dijo Mateo sentándose junto a una de las mesas.

—Pues bien, sabréis la verdad: pero... ¡Dios me perdone!... He olvidado ofreceros un vaso de vino y un bizcocho, y...

—Dadme agua, porque tengo seco el paladar.

El hostelero corrió y volvió muy pronto con el mejor vino que tenía, llevando también unas bizcochos y una magra de jamón.

—Entreteneos—dijo—, y mientras me explican.

—Ya que os empeñáis...

—Está a vuestra disposición cuanto hay en la casa. El vino es añejo, puro y exquisito.

—A vuestra salud—dijo Mateo.

Y bebió.

—También puedo ofreceros unas truchas.

—Esto es bastante.

—Pues habéis de saber que no hay en la casa otras personas que dos hidalgos con un escudero.

—¿Dos hidalgos?... El uno debe llamarse Alonso de Burgos.

—Maece Mancioni, en vez de contestar, añadió.

—Y hace pocos minutos vino un fraile dominico, y subió, y... Ya veis, si esos hidalgos hacen sus burejes, no los visitaría un sacerdote.

—Todo eso está bien, mi buen amigo; pero es el caso, que el Santo Tribunal ha tenido noticia de que aquí se alberga al marqués de Posa.

—¡Santo Dios!

—Si yo viniese solo, arreglármelos muy fácilmente este asunto, pues sé que sois un hombre honrado: pero mis compañeros, que en número de veinte vigilan aquí...

—Pueden entrar, hablaremos y...

—Si les ofrecéis jamón os dirán que siempre comen de vigilia, y tampoco beberán vino—repuso el esbirro.

—¿Pues qué hemos de hacer?

—Además, no es posible que dejemos de registrar la casa.

—Si me concedieseis algún tiempo...

—Señor Mancioni, lo que deseáis es dar aviso al señor marqués para que se escape: pero os advertimos que se han adoptado las precauciones...

no y no podrá salir ni por la puerta, ni por las
galerías de las casas inmediatas, ni por los tejados,
ya todo se ha previsto. Los los escarmentados
con las amonestaciones, lo sabéis, y lo que sucede el
no sé...

—Comprendo.

—La situación del marqués no es posible.

—Lo que me importa es la mía.

—Y yo también quiero que os salvéis, porque es-
táis convencido de vuestra inocencia, pero, ¿cómo
resolveremos el asunto?

—Si vos decís que yo he hecho cuanto es posi-
ble para favorecer a la justicia...

—Todo eso está bien, señor Moncloni, y la idea
me parece muy buena.

—De vos depende.

—Una vez más que no vengo solo, que mis
compañeros observan, y que no se arriesgan a nada
tan fácilmente como yo.

—Empiezo a entender.

—Pues así entendéis...

—Me parece, y dicho sea con otenderos, que no
se amargarán algunos recuerdos.

—Por mi parte...

—No lo digo por vos, puesto que en vuestro lle-
ga puesta la honradez y la pureza, y aunque
erróneamente creo que son ellos inocentes, como al fin
a los pide un favor, es justo recompensarlos.

—Discuráis admirablemente.

—Yo no puedo hablarlos una palabra de este
asunto, porque se mostrarían ofendidos.

—No os equivocáis.

—Si vos quisierais servir de mediador...

—Delicado es el negocio.

—Vuestra conciencia puede estar tranquila.

—Sin embargo...

—Os lo suplico.

—Hare la prueba.

El huestero, aunque de muy mala gana, sacó y
puso sobre la mesa dos escudos de oro, que Mateo
guardó poniéndose luego en pie y diciendo:

—Esperad.

Salió de la hostería para hablar con sus compa-
ñeros que se habían acercado a la puerta.

Mancie Mancioni decidió aprovechar ^{estas} momentos, y, a pesar del estorbo de su escarabarriga, subió muy presurosamente la ^{escalera}; jadeando entró en la habitación del marqués.

Pálido y desconqu coastaba el rostro del ^{señor} pad y no era menester más que mirarlo para ^{comprender} su trastorno.

—¿Qué sucede?—preguntó el de Posa.

—¡Santa Madona!

—Explicas pronto.

—Estamos perdidos.

—¡Por Satanás!—exclamó el escudero, Y desenvainó la espada.

—Los esbirros de la Inquisición.

—¡Oh! — murmuró el marqués con voz ^{resaca} centrada.

Y se puso en pie y llevó la diestra al ^{corazón} entre las el doctor hacia lo mismo.

—He llegado tarde—dijo fray Bernardo.

Y su entrecerejo se arrugó.

—Muchos esbirros guardan la puerta—añade ^{añade} ^{añade} Mancioni—, y otros se han situado en tejados y corrales de las casas vecinas.

—¿Cómo sabéis eso?

—Me lo ha dicho uno de los esbirros, y que me lo diga me ha costado dos escudos de oro y algunas magras de jamón, que se ha engullido, y un jarro del mejor vino añejo que hay en mi ^{coche} coche.

—¿Y qué más sabéis?

—Que os buscan, señor marqués.

—¿Y vos?

—He negado, he jurado en falso por primera vez en mi vida... ¡Dios me perdone!... Y me han amenazado con la hoguera...

—Pero, ¿por qué no han subido al ^{corazón} con ^{corazón} empeño me buscan y saben que aquí me tienen?

—Porque esperan refuerzos y no sé qué ^{armas} tienen para acometer.

—Es extraño.

—Recuerdan lo que sucedió con los ^{alguaciles} alguaciles...

—Pues bien, nos defenderemos y moriremos.

—¡Dios misericordioso!...

—Padre—dijo el marqués al dominico— ^{madre} ^{madre} porque a vos no os pondrán ningún estorbo.

—Si me dejarán el peso libre.

—La sangre va a correr, y como no podéis hacer nada en nuestro favor...

—Déjame reflexionar.

—Salid, padre, que no quiero que tengáis que sufrir por haber intentado salvarme. Sabéis dónde se encuentra doña Blanca y el amigo a quien tanto os creo—prosiguió el de Poza.

—Sí.

—Decidles que he muerto luchando, y que mi último suspiro y mi último pensamiento será para la cruz que adoro.

—Os dejáis arrebatar fácilmente, caballero—repuso el dominico con inalterable calma.

—Ninguna esperanza me queda.

—Yo no la he perdido.

—¿Qué puedo hacer?

—Ahora lo veréis—respondió el fraile.

Y añadió, dirigiéndose al hostelero:

—Bajad, y si intencian esos hombres subir...

—No podré estorbarlo.

—Sí, los entretendréis algunos minutos con preguntas y réplicas, y otra vez juraréis que el marqués de Poza no está en vuestra casa.

—Pero luego verán...

—Haced lo que os digo.

—Responde padre...

—Solo así os salvaréis y se salvará este caballero.

—¡Santa Madona!...

—Y a no obedecéis prontamente y con exactitud...

—Os mataré, ¡vive Dios!—añadió Juan en tanto que acertaba la punta de su espada a la escalera barrija del huésped.

Este retrocedió espantado.

—Cuando veáis que yo he salido—le dijo el fraile—dejaréis que registren vuestra casa, y seguidlos cuando que aquí no se encuentra el señor marqués de Poza.

—Es una crueldad lo que conmigo hacéis...

—¡Fuego del infierno!

—Entre una espada y la Inquisición...

—Obedece—dijo Juan—o por quien soy, que a
atravesaré de parte a parte.

Maeze Mancioni no se atrevió a resistir y salió
encomendándose a la Santa Madona y a una
puerta celestial.

Entonces el dominico dijo al marqués:

—¡Ah!...

—Y vosotros, envainad las espadas y sedes.

—¡Padre mío!...

—Que el tiempo vuelva.

—Pero...

—He venido a salvarlos y os salvaré.

Y mientras así hablaba el dominico, quitábase
los hábitos.

Y el marqués se desnudaba.

Y pocos minutos después habían cambiado de
ropa.

—Ahora salid... Recataos bien con la cabeza
inclinada la cabeza, mirad siempre al suelo, para
que besen vuestra mano cuantos lo solicitan y os
decid a cuantos os saluden.

—Comprendo.

—Si tenéis serenidad...

—La tendré.

—Debéis andar despacio.

—Y entre tanto vos...

—No os cuidéis de mí.

—Vuestra responsabilidad...

—Nada temáis.

—Me salvaréis la vida, y...

—Iréis hacia los Caños del Peral que allí os
buscaremos.

—Hasta luego, pues.

—Que Dios os proteja.

Fray Bernardo se encasquetó el sombrero como
pudo, apoyó los codos en la mesa y la barba en
las manos.

—Ahora — dijo al doctor a Juan —, marchad
tranquilamente y como buenos amigos.

El marqués, de cuyo rostro no se veía más que
una pequeña parte, bajó, llegó a la puerta y se
centró a maeze Mancioni disputando con los
birros.

Ente al ver al fraile, apartáronse respetuosos. Corriese los sombreros e inclinaron la cabeza.

El de Poza extendió el brazo derecho y los dejó.

—No era cobarde, ya lo sabemos; pero en aquellos momentos temblaba.

—No hubo quien se atreviese ni siquiera a mirarle a la frente, lo cual no extrañó, porque sabía a papel que infundía un fraile.

—¡Ah!—exclamó el hostilero cuando vió que el hombre se alejaba.

—Concluyamos—dijo Mateo.

—¿Caste que yo...

—No negáis que en vuestra casa se encuentra a los señores de Poza.

—No he dicho eso.

—Sí.

—He dicho y repito que hay tres personas en esa casa y que una de esas tres personas podría ser el marqués; pero que yo ignoraba...

—Lo concebís, puesto que aquí lo habéis tenido en casa.

—Os juro que ni siquiera he fijado la atención.

—¿Caste, señor Manuón?

—Puede haber algo más que franqueemos la puerta? Si encontráis al marqués, llevadlo en hora bora, que me haréis un grandísimo favor, porque no quiero tener en mi casa gente que ha sido motivo para que la justicia lo persiga.

—Registraremos.

—Sí, sí.

Quedáronse cuatro esbirros a la puerta y con ellos Manuón y Mateo sabieron otros cuatro.

No acababa de tranquilizarse el huésped, pues le parecía imposible que el marqués se salvara, y era que otra vez el asunto iba a terminar a cuchilladas y con sangre.

Entraron en la habitación del de Poza.

Los esbirros habían desenvainado la espada.

—¡Dios a prisión!—dijo Mateo al entrar.

—¡Fracos nosotros!—replicó Juan con tono de profunda sorpresa.

—Sin duda es equívoco—dijo el doctor.

—Nada queremos con vosotros, sino con ese ca-

batlero que no se digna levantar la cabeza, pero no le conviene que le veamos el semblante— puso por acanto de nuevo el esbirro.

—¿Habláis conmigo?—preguntó frívola Bernarda, esmirriando de posura y mirando a Mateo.

En éste un célebre nudo cabal, y retrocedió como si viera un fantasma. Abrió extraordinariamente los ojos y exclamó:

—¡No es el marqués!

—¡Santa Mariana!—dijo el hostelero.

Y se restregó los ojos, y abrió la boca y quedó inmóvil como una estatua.

Aun no comprendía lo que estaba sucediendo.

Pasaron algunos minutos sin que atravesara una sílaba.

Por fin Juan rompió el silencio para decir:

—¿Queréis explicarnos el motivo de vuestra visita? ¿Que tenemos que ver nosotros con el Sr. D. Oficio? Cristianos viejos somos, y a Dios gracias.

—Perdonad.

—Ya lo veis, os equivocáis.

—Viéndolo estoy, y aun dudo, porque tengo la seguridad de que aquí se encontraba el marqués de Pozo.

—¡El marqués de Pozo, que hace seis años murió!

—Está vivo.

—¿Os convenéis ahora de que yo he dicho la verdad?—preguntó matoso Mancos.

—No lo entiendo.

—En mi casa no hay más que gente honrada, y si estuvo ese hereje a quien buscáis, fue porque yo no lo conocía.

—Otra vez os pido perdón.

—Que Dios os guarde.

Los esbirros se fueron.

—Yo tampoco lo entiendo—dijo Mariana— y como no sé que en este asunto ande ese mudo de la casa blanca...

—Tal vez—respondió el dominico— pero de todas maneras habéis hecho un buen negocio.

Y añadió, dirigiéndose al doctor y al eclesiástico:

—Vámonos, porque no conviene que hagamos parar a vuestro señor.

y los tres salieron.

Nadie hubiera sospechado que el fraile era tal, resaca muy desembarazadamente la ropa del cuerpo.

Después llegaron a los Caños del Peral, donde aguardaba el de Pozo, que lentamente avanzaba hacia Santo Domingo.

—Seguíme—dijo el fraile—, y entrad donde entré.

Después por la cuesta arriba, volvieron después a derecha hacia Santa Catalina, y fray Berenguer se acercó a la casa que en otro tiempo le había servido de encierro, y dando algunos golpes con el puñetillo, esta se abrió.

Entró el dominico, tras él Juan y el doctor, y, finalmente, el marqués.

No había en la casa más persona que una muchacha, que desapareció mientras nuestros amigos entraban en el mayor aposento y se sentaban.

—Ya nada tenéis que temer—dijo fray Berenguer—.

—No soy deudor de la vida, y...

—No hay más que lo que me conviene.

—Pero si yo recibo el beneficio...

—No lo pasaréis cuando llegue la ocasión.

—¿Puede más...

—Dejadme mi ropa y tomad la vuestra. Aquí encontraréis cuanto podéis necesitar, y esa mujer que habéis visto os servirá respetuosamente y con una modesta esmero.

—¿Ahí estoy aturdido?

—El vuestro amigo el paje no fuese tan vanidoso, antes de media hora podríais abrazar a doña María.

—¿Oh!...

—Pues nada, que al fin ha de ceder el orgulloso marqués, no lo dudéis.

—Su voluntad es inquebrantable.

—En de veras en situaciones muy apuradas, y pronto tendréis que aceptar mi ayuda y la ayuda de los demás.

—¿Qué Dios que sea pronto!

—Ahora os detendrá.

—¿Veréis a Luis?

—Si quiere ir a visitarme, lo verá.

—Dadle noticias mías para que tranquilice a doña Blanca, y Cecilio además...

—Que la améis como nunca, ¿no es verdad?

—¡La adoro!

—Volveré mañana, por si me necesitan, y en tanto os dejo en la más completa libertad.

—Gracias, padre mío...

—Dios os bendiga.

Acabó el dominico de arreglar sus hábitos y salió.

—¡Por Satanás!—exclamó el ecudero—. ¿Qué clase de fraile es este?

—Le debemos la salvación.

—Y si me pidiera la existencia, yo se la daría pero como lo cortés no quita lo valiente, debería reconocer que es un intrigante de primera clase: un zorro muy astuto y hasta muy desvergonzado puesto que declara con la mayor desvergüenza que si os hace un beneficio es porque así le conviene.

—Esa franqueza es noble.

—No me parece que ha de morir en olor de santidad.

—Juan...

—Le respetaré, porque así es mi obligación.

—Y le defenderás si es necesario.

—Pero no olvidéis que el señor Luis no quiere el auxilio del fraile, a pesar de que necesita de todos, y cuando no quiere, por algo será, y mientras yo no conozca ese algo, seré muy prudente y miraré con alguna desconfianza si que acaba de sacarnos de entre las garras de los esbirros.

—El tiempo lo aclarará todo.

—Por de pronto, me permitiréis que escape esta casa.

—Puedes hacerlo mientras yo reflexiono.

Los dejáronse para ir en busca de doña Ana de Mendoza.

CAPÍTULO LXVIII

Lo que el rey decidió para frustrar los planes del diablo y lo que hizo el diablo para amargar las delicias del rey

Don Ana de Mendoza, ahogada por el coraje, se porque nada había conseguido con su visita al rey, se había perdido por su astucia y toda su experiencia se habían estrellado contra la inesperada ironía y precos orgullo de Ana o contra su candidez y inocencia, dirigióse al alcázar real e hizo que inmediatamente pasasen recado al monarca.

Recibió este con muestras de marcada distinción y cariño y después de hacerle tomar asiento a su lado le preguntó:

—¿Por qué veis tan agitada?

—Esto es ya insufrible y honrosamente no puedo tolerarlo—exclamó la dama a la vez que echaba sus su negro manto con ademán violento.

—Tranquízase, doña Ana—repuso Felipe, mientras estaba con tierna galantería la blanca mano de la princesa—. Decidme lo que ocurre, pero no os olvidéis darme antes noticia del estado de vuestro hijo.

—Ah, señor! — exclamó la noble viuda con acento de súplica y conteniendo el llanto que el aspecho llamaba a sus ojos—. ¡Si en algo me estorba, si queréis pagar el amor que os profeso, vedad de una vez con ese demonio que me persigue!

—¿Pero qué novedad ocurre? Explicaos, doña Ana.

—Hebo de ser insultada, pero insultada con la mayor doreza, con el más sutil desdén por, esa niña cuyo orgullo no tiene igual.

—Ya hab agurado mi paciencia, señora—repuso el monarca, cuyo frente se contrajo—. Sólo falta que esa niña me hiriese en el alma hirientes palabras... Yo os vengaré, cada cual tendrá su me-

recido! Tanto tiempo me he mostrado generoso y tolerante, pero ya es muy grande el abuso... Decidme, decidme lo que ha sucedido.

—Recibírmelo con desprecio, echarme en carni en prisión en las Huelgas, llamarme perjuro y viltraca la espalda, diciéndome que de todo soy capaz y que tanto a vos como a mí nos tiene en muy poca... ¡Oh!... ¡He sufrido la picante burla de esa desagastada que se envalece con su nombre, aunque se lo debe a la deshonrosa liviandad!...

Doña Ana no pudo contener el llanto; estornocóse violentamente y prosiguió:

—Sois el juguete de ese miserable paje. ¿No entendéis, señor? El juguete, y, como yo, el teatro de sus burlas.

Las mejillas del monarca se tificaron de un rojo carmín, porque doña Ana acababa de tocar la fibra más delicada de su corazón, hiriendo su orgullo.

—Señora—dijo—, Felipe de Austria no puede ser el juguete de nadie.

—¡Que no puede ser el juguete de nadie!—repuso con amarga ironía la princesa—. Hasta el presente, toda vuestra autoridad, todo vuestro poder de nada han servido.

—Pero aun no pueden vanagloriarse de haber conseguido todos sus deseos; luchan, se resisten, es verdad, pero veremos quién vence a quién.

—Si como hasta aquí seguis obrando, señor, vos seréis el vencido, porque ahora lleváis la peor parte.

—¿Y que he podido hacer?

—¡Si hubieseis seguido mis consejos!...

—Cuando me dijisteis que se pudiese pedir a doña Blanca sin consideración alguna, no accedí a vuestros deseos porque hubiera sido dar un escudalo sin fruto alguno. ¿De qué podríamos acusar a esa mujer?

—Ya lo sabéis, de estar en correspondencia con los herejes flamencos...

—¿Y las pruebas?

—Si fallaban se la hubiera absuelto: pero nada tanto su paje, por salvarla, hubiese caído en nuestro poder.

—Creo que os equivocáis, señora.

—Aquí hubiera venido a pedirlos de rodillas la
edad de su señora...

—¿No la habéis tenido en vuestro poder? ¿Me-
jer guardada pudiera acaso haber estado en un
alcance de la Inquisición? ¿Y qué ha sucedido?
que ese demonio que os persigue no ha ido a de-
mandaros humildemente la libertad de su señora,
sino que ha llegado orgulloso, y, a presencia vues-
tra se la ha llevado. Pues bien, lo mismo hubiese
hecho estando ella en un calabozo. Y, sobre todo,
ahora no puede darse un escándalo...

—Yo no lo he temido—interrumpió con amara-
gora la dama—. Por vuestro amor estoy escarne-
ada en la corte, y se me señala con el dedo como
a una a la que es débil para guardar su honra.

—¡Doña Ana!...

—Más de una vez, señor, me habéis dicho que
semejais a ese miserable.

—¿Pensáis acaso que, al compararlo con vos...?

—Lo que pienso, señor, es que si yo hubiese sido
sujeto de vuestra autoridad, ya estarían castigados
los crímenes de ese hombre.

—Pues bien, figuraros que disponéis de cuantos
medos están a mi alcance—contestó el monarca
ya aburrido ya de tan enojoso asunto, quería
verlo concluido a toda costa—. ¿Qué debe ha-
cer?

—Quedarse tarde...

—Pero como no hemos de dejar las cosas como
están, como es preciso dar término a este nego-
cio.—replicó Felipe II.

—La responsabilidad es muy grave para que yo
me atreva a daros ningún consejo.

—Cuando yo me decido a todo, ¿vos tenéis mie-
do? Disponed, señora, sin cuidado, que si al fin
somos vencidos no os culparé de la derrota, sino
que acabaré de convencerme de que ese hombre
vale más que nosotros.

—Pues bien, señor, hachemos; pero dejad vues-
tra prudencia, no miréis el escándalo, porque el
por qué puede darse es el de que se burlean de vos.

—Comenzad, pues, señora, diciendo lo que pen-
séis y que más convenga, y tened entendido que

no son consejos los que vos a doña Ana que va a darme, sino que va a darme consejos.

—Lo más urgente—repuso la princesa—, es averiguar qué se anuncia de verdad.

—¿Y cómo?

—Escuchadla esta misma noche del campanero y llevadola a Burgos.

—Tanto, señora, que así, más lejos de vosotros, consiga con menos trabajo su deseo.

—Es que no debemos dar lugar a que así sea, y, por de pronto, habrémos chasqueado a ella por una vez al maldito paje.

—Esta misma noche saldrá la novicia para Burgos—dijo Felipe.

—Bien.

—¿Que precauciones deben tomarse entre tanto?

—Creo que has a con que la vigiles.

—A.í lo ordenaré.

—El plan de fuga no debe llevarse a cabo más a mañana, y, por consiguiente, doña Ana no debe del convento más de las doce de la noche.

—Pues qué se hace?

—Una escoba se colinda en la guardara por el camino.

—Cien jinetes—repuso el monarca.

—No es suficiente que sean tantos.

—A veinte los arrollaría el capitán Pero Lolo, a treinta el capitán... el paje y a cuarenta los dos con la ayuda de veinte hombres decididos que no les fallarían. Bueno es, pues, que vengan ciento. Además, esa maldita capa blanca infunde tal espanto.

—Esa capa...—murmuró la princesa sin poder dominar un estremecimiento de supersticiosa b-mor.

—Ya lo veis, a vos misma os causa miedo.

—Ya sabéis, señor, que me han anunciado que esa capa será mi sudario de muerte.

—Porque con demasiada ligereza dijisteis que había de servir de alfombra.

—Y lo conseguiré si me ayudáis.

—Con mi ayuda contad, doña Ana, porque nada hay que por vos no haga yo si me lo mandáis un real capifio.

—Yo sabía, señor—dijo con languidez la dama— que todo lo he sido dado por vos. ¿Habéis sido hasta ahora meloso para dudar de mí?

—No, pero tampoco he podido convenirme de que ya pueda inspirar confianza.

—¿El me conceda muy vulgar me juzgáis porque en mi vida he tenido impresión otra cosa que la grandura del alma. Desde vuestra altura, me fascinaba con el brillo de la corona, y la serenidad de vuestro espíritu ejerció en mí una potencia que en vano intento describir.

—Dofa Ana—repuso Felipe—, ya sabía que os amaba, pero no llegué un día en que la fidelidad que os juré fuese una mentira... ¡oh!... entonces los dos seríamos causa de mi muerte o de la vuestra.

—¿A qué alentaros y atormentaros con esas suposiciones? Pensad sólo que os amo, y el porvenir llega a ser desahogado entonces sobre mi toda el peso de vuestra justa odium: pero entre tanto, sed feliz y haced que yo lo sea, estando tranquilo.

Largo rato siguieron en amoroso coloquio el sevarca y doña Ana, hasta que esta, quebrantada por la fatiga de la noche anterior, por las volutas y exaltadas emociones que había experimentado al verlo retirarse, quedando solo el monarca y entregado a profundas meditaciones.

Luego, no había ni un instante en que no volviera a su memoria las pruebas de amor y la constancia de fidelidad de la dama, oyendo entre un gemido de amor y dolor.

—¿Qué teméis?—preguntó Felipe II al noble sirviente.

—Señor, raro es el caso, y pido perdón a vuestra majestad por si no he sido obrado con prudencia.

—Explicaos.

—He llegado al almorzar un hombre de buen porte y de buena familia, que me ha traído una carta de vuestro majestad, diciéndome que me lleva a la salud del Estado y muy particularmente a vuestra augusta persona. Le he seguido a él después de algunas dudas, pero han

cometido la torpeza de dejar que se vaya el curioso mensajero.

—Dadme el pliego y retiraos, haciendo entender a los ujieres que sean más cautos.

Obedeció el gentilhombre y salió.

—Veamos—dijo el monarca—qué misterio encierra este papel.

Y, abriendo la carta, leyó con sorpresa y asco lo siguiente:

“¿Cuál de los dos amantes de doña Ana de Mendoza es el preferido de su corazón? Ninguno, aunque ambos halagan su vanidad porque poseen en poder y en talento, porque brillan igualmente en el cielo de la corte, donde— ¡ay más que una luna, que es la princesa, para dos soles, que son los engañados rivales.”

—¡Oh!—exclamó Felipe II, pálido de rabia y estrujando entre sus manos el papel.

Y luego se levantó agitado, y, con pasos desiguales, midió la estancia de extremo a extremo.

¿Quién le daba aquel aviso?

—¡El paje! —murmuró—. ¡Obra del paje!... ¡Ay, doña Ana, rogad al cielo que no se cumpla la profecía de vuestra enemiga, porque si así fuera, la capa del diablo será vuestro sudario de muerte!

Detúvose y meditó algunos instantes.

—Dos soles... que rivalizan en poder... uno es el rey... el otro... ¡Ah!... Imposible, imposible, porque ni es tan infame, ni siéndolo se atreverá. ¡Es una impostura, una impostura que costará la cabeza a su autor!... No ha de valerte la capa; te admiraré porque te creí grande, pero la mentira la calumnia te presenta a mis ojos pequeño y miserable.

Volvió a pasear, siempre agitado, y volviendo la duda, tras algunas reflexiones, a dar tormento a su espíritu murmuró:

—Pero acusar a doña Ana sin fundamento sería dar un golpe en falso... y ese diabólico nido ha dicho siempre la verdad; también acusó a Ray Gómez de haber abusado de mi nombre, y no se equi-

— ¡Oh!... ¡Esta duda es horrible!... ¿Soy el
 padre de la princesa, o del paje? De un modo o
 otro soy el juguete de uno de los dos... ¡Guay de
 la princesa si se burla de mí! ¡Guay del paje si
 corre a la calumnia para envenenar mi cora-
 zón!

Luego agitó la campanilla de oro que tenía so-
 bre la mesa y entró un gentilhombre, a quien dió
 sus órdenes, a cual con más urgencia.

CAPITULO LXIX

¿Quién es el burlado?

Al anochecer del mismo día entraba en su casa
 el paje con aire meditabundo.

Blanca le esperaba como siempre, con afán, te-
 rrors de que hubiese sucedido alguna desgracia
 si que amaba como a un hermano.

— ¿Ninguna novedad?— preguntó el mozo, al
 verse caer en una silla.

— Ninguna— le contestó tristemente la doncella.

— Tampoco ha ido a ver a doña María.

— Sin duda— repuso Blanca estremeciéndose—
 sufrió alguna herida peligrosa en la refriega de la
 batalla.

— Puedo asegurarte que no.

— Entonces es incomprensible su conducta.

— Está salido de Madrid con intención de vol-
 ver cuando se hayan sosegado algo los ánimos.

— Lo dudo. Luis, porque conozco al marqués y
 muy segura de que aun cuando corriese el peligro
 más manifesto, no saldría de la población sin ha-
 berse encontrado.

— Sin embargo— repuso el paje—, tal vez haya
 tenido razones para irse, y por lo que pueda haber
 sentido, bueno será que el capitán vaya al casti-
 llo dando vuelta de Burgos, que será esta noche.

— ¡Cuánto sufro!— exclamó la doncella con do-
 loroso acanto.

— Sólo esta noche es robo — dijo Luis —, pag
 momento de la h... con Juan, y mañana

no habrá para mí ya otro pensamiento que el de qué otra ocupación que buscarle. Espera. Dame echéis en cara que cumplo el juramento que tu padre hizo en Bruselas, que enjague el llanto de su madre y vuestra amiga.

—Y que tranquilices tu corazón—dijo Blanca.

—Sí, que tranquilice mi corazón, señora. Pero ¿qué he de negároslo? La reserva para con vos sería en mí la más negra de las ingratitudes.

Animóse el semblante del paje, brillaron sus negros y expresivos ojos y exhaló un suspiro.

—La amo—prosiguió—, la amo más que a mi vida, y esta pasión tan repentinamente encendida en mi pecho, pero tan ardiente, tan violenta se hace el más feliz y el más desgraciado de todos los hombres. El sueño no ha cerrado mis ojos la pasada noche: parecíame verla junto a mi lado como el ángel de mi guarda, con su rostro de eterna belleza, sombreando su pura frente las coronas de oro de sus blondos cabellos, contemplándome con la mirada serena, cándida, inocente de sus angelicos ojos, envidia del sol por su brillo, del cielo por su color; resonaban aún en mi oído sus primeras palabras, aquellas misteriosas palabras cuyo significado aún no he podido comprender... "Es el mismo", pronunciaron sus labios al verme. ¿Que ya me había visto en sueños su fantasía, qué...

—¡Dellras!—murmuró la doncella con acento de compasión.

—¡Dellro!... ¡Es que amo como vos amáis!... ¡Es tan hermosa!...

—¡Procura dominar esa pasión, hermano mío!—exclamó Blanca—. Esa mujer no puede ser vosa, porque es la nieta de Carlos V.

—Lo sé, señora, lo sé—murmuró el paje, cuyo frente se contrajo—. Lo sé, y esa desgarradora línea es la negra y densa nube que oscurece el sol de mi felicidad, la nube que me oculta la estrella que sola brillaba en el horizonte de mi porvenir y que podía guiarme por la senda de una dicha inenarrable... ¡Es la nieta de Carlos V!... ¡Tampoco la amo como yo la amo!...

Pasóse el mozo las manos por los ojos, y profirió con acento de amargo dolor:

—¡Solo!... ¡Solo en el mundo, condenado a vivir bajo un cielo sin estrellas, sobre un suelo sin flores!... ¡Solo con los recuerdos de un pasado negro y espantoso y sin ver en los límites de lo porvenir más que una fosa helada donde han de roer los saqueadores gusanos el corazón que ahora late efímera, que ama!...

—¡Solo!—repitió la doncella con acento de tristeza y cariñosa reconvenición—. ¡Cuán injusta es la pena de tu pasión desdichada!... ¡Solo, dices, cuando te escuchas y contigo llora un corazón que te ama con el más puro de los caríños!

—Es verdad, señora, es verdad; vuestro corazón me ama, pero no es mío, le pertenece a otro; aquí amándome, conmigo llorará, conmigo sufrirá, pero yo quiero un corazón mío, solamente que me ame con la fuerza de pasión que yo amo a la hija de don Juan...

—¡Desdichado!—murmuró Blanca.

—¡Muy desdichado, hermana mía! ¡Vos solamente comprenderéis mis sufrimientos porque sabéis como yo, y como yo, veis un obstáculo a nuestra felicidad!

—Ten esperanza como yo la tengo y si la pierdes como yo la perdí algún día...

—Como vos, también lloraré... Ahora tengo que cumplir mis deberes—añadió el príncipe levantándose y sacudiendo la cabeza—; mis deberes, a los cuales sacrificaré mi pasión.

Luego dio algunos pasos por la estancia, y, como a la poderosa fuerza de su voluntad hubiesen obedecido todas sus emociones dijo con acento de una calma:

—Ya tengo las pruebas de los amores de Antonio Pérez con doña Ana.

—¿Has visto a Inés?—preguntó Blanca.

—Ella me las ha dado... Dos cartas, una de ellas me rechina pasión, contestando a otra de la primera en que le reconviene porque no ha llegado a comprender el gran sacrificio que hace, el peligro que corre sumiéndole infiel al rey. Ahora me alegro del aviso misterioso que esta mañana di a Felipe II, precisamente en los momentos en que tal vez se

deliraba con las profecías de amor que antes
de abandonar el mundo de su dadas.

— ¿Qué efecto había producido en el alma del
menado?

— De lo que le quedaba al momento de arrojarse ya
ya el principio de la ruina de los que han vivido
lo es la vida misma.

— Y ¿qué le quedaba a doña Alicia?

— Lo que le quedaba para anunciarle que antes de yu-
cas había escrito su hoja fuera del convento y a
vuestra salud.

— ¿Qué demandaba entonces el plan?

— Ya me ha dado vuestra amiga y tengo que
hacer el colera, el manto con que doña Ana se
cubiere para salir. Dentro de una hora viene
la casa de las niñas, de las cuales cinco tienen car-
tita y me van al convento. Si han de irse para
esta noche, después de la casa de la novia el trabajo
es mucho, y si no es así, procuraré averiguar y
remover todo a propósito de la casa nueva, que a
por fin voy a doña Ana de su encierro.

— ¿Dónde lo pongo?

— En cuanto llegue el capitán, que será según
mente a la media noche, le dirás que esta noche
el convento y donde queda de la puerta por donde
se va a entrar, quedándose con disimulo y estando
atento por si oyese que yo silbo como el ya sabe
que me he ido que debe acudir en mi ayuda. Y por
si acaso viene alguna que se lleva al saca que le
dijiste que pueda echar a la tupa.

— ¿Ha de ser don Juan de San Juan?

— No, porque debe quedarse aquí. ¿Esta dis-
tancia?

— Si la pasada noche no ha cerrado los ojos.

— Es así.

— Y no han descubierto el cadáver del señor
Antonio de Mena?

— Sigue a la que entiendo, apellidado en la se-
dega.

— Nuestros enemigos disminuyen.

— Y triunfaremos, señora.

Hubieron largo rato nuestros amigos hasta que
pasada más de una hora, sacó el paje del tinte

que aporonto un cesto que contenía seis botellas
de vino para la cena de aquella noche.

—¡Ay, hermana mía—dijo a la doncella,

—El cielo te guíe!

Enfocó en su capa el atrevido mancebo y sa-
lió a la calle, dirigiéndose al convento de Santo
Domingo.

Como la noche anterior, abrióse la puerta ape-
nás había oscurecido, pero en vez de recibirlo el hortelano
alegremente, le dijo en tono de mal humor:

—¿En qué ocasión venís; aun tendrá que re-
starse nuestra cena algunas horas.

—¿Pues qué ocurre?—le preguntó Luis con sin-
gular sorpresa.

—Silencio, que toda la comunidad está en ob-
secación. Ya os contaré lo que pasa... Mucho
cuidado al andar... No hagáis ruido.

Abrieron la puerta y llegaron sin novedad al
pequeño aposento de Pablo.

—¿Puedo hablar ya?—dijo el mancebo.

—Sí, pero en voz baja.

—Pues con vuestro permiso dejaré este cesto.

—¿Es el vino?

—Sí.

—¿Debemos que esperar?... murmuró tristemen-
te el hortelano.

—Pero ¿qué sucede?—preguntó Luis.

—Silencio!

—¿Será esta noche triste... haréis tantos mis-
ericordias?

—No se han acostado las monjas—dijo el viejo a
voz baja.

—¿Hay alguna enferma de gravedad?

—No, amigo mío; lo que hay... la verdad es que
sí lo hay pero debe ser algo de mucha importancia.

—Sea lo que quiera, no me importa más sino que
seamos que suspender nuestro banquete.

—Tres horas lo menos de retraso—repuso el
viejo.

—Tres horas muriendo esas botellas tentado-
nas no podré variarlas!

—¿Y nuestro camarada el dispensero?—inter-
rompió Luis, que apenas podía contener su agi-

tación porque ignoraba lo que hubiese determinado con respecto a la joven.

—El despensero no se separa de la alacena... un instante vigilando a... en fin—prosiguió Pacho que no quería ser indiscreto—, hasta las doce no podrá venir.

—¿A qué tanta reserva?—dijo Luis sonriendo, se y con acento burlón.

—¡Reserva!—repitió el hortelano.

—Sé lo que pasa en el convento porque se sabe en toda la villa. Esta noche deberán conducir a Burgos a la hija de don Juan de Austria...

—¡Silencio! — interrumpió Pablo a la vez que tapaba con la diestra la boca al paje.

—Ya veis que nada ignoro.

—Es asunto que pudiera costarnos la cabeza.

—Pues no nos ocupemos de él—repuso el manco, cuyos ojos brillaron alegremente al saber que se había determinado sacar del convento a la joven.

—Bien podemos hablar de ello y de cuanto nos dé la gana con tal de que no nos oigan; porque si llegasen a saber que ha entrado en el convento una persona extraña, creerían indudablemente...

—¿Qué hablan de creer?

—Veo que no sabéis lo mejor—dijo el hortelano.

El manco se encogió de hombros con la mayor naturalidad.

—Ya os he dicho cuanto sabía, y aun cuando presumo que tratándose de la hija de don Juan de Austria, el asunto de su salida del convento debía ser de importancia, jamás hubiera presumido que envolviese algún secreto de Estado...

—Mucho más—interrumpió el viejo, que se agitaba con la sorpresa que pensaba causar a Luis.

—Pues no os comprendo.

—No lo extraño si es que vivís fuera de la corte.

—Ya os he dicho que en Alcalá.

—¿Y no tenéis noticia de un hombre a quien llaman el diablo, que con su capa blanca ha hecho en Madrid cosas que espantan después de haber hecho otras muchas aquí?

—¿Y qué tiene que ver—replicó el manco—
se hombre con la hija de don Juan?

—Que, según he podido entender, se sospecha
se quiere sacarla del convento.

—¿Es su amante?

—Lo ignoro.

—Cuéntos de viejas, amigo mío.

—Eso mismo he dicho yo, y me parece que no
es menester llevar a Burgos a la doncella para
saca de las uñas de ese Satanás.

—Tenéis razón, y pienso que el rey empieza a
acabar.

—Sea como quiera, amigo mío, es lo cierto que
nuestros paganos culpas ajenas, porque no pode-
mos parar hasta que doña Ana marche y se so-
seque la comunidad.

—Tendremos paciencia.

—No hay remedio.

—Entre tanto—repuso Luis—, podemos entretene-
r el tiempo, vos refiriéndome cuanto se dice de
el diablo de la capa blanca, y yo satisfaciendo la
curiosidad que me habéis picado.

—Lo haré de buena gana—contestó Pablo.

Y tomando asiento, comenzó a relatar cuantas
aventuras sabía del paje, pero tan desfiguradas, que
no se pudo en muchas ocasiones contener la risa.

Una, dos, tres horas transcurrieron, y oíase el
ruido de un carruaje que se acercaba al convento.

—Ya vienen por ella—dijo el hortelano.

Efectivamente, un coche se detuvo delante de
la portería. Escortábalo un crecido número de ji-
nistas, que formando un semicírculo rodearon la
pesada máquina arrastrada trabajosamente por
seis corpulentas mulas negras.

Un lacayo vestido de negro abrió la portezuela
del carruaje, saliendo un sacerdote que, embocado
en su manto, entró en el convento después de ha-
ber dado varias señas y contraseñas a la portera.

Precedido de una monja que llevaba una vela
encendida, llegó el sacerdote a la celda de la supre-
nta.

—La paz de Dios os acompañe—dijo al entrar.

—Ella os traiga, padre—contestó la abadesa.—
Desahogado con afán vuestra venida,

—¿Ocurre alguna cosa que ofrezca cuidado?—
 puso el sacerdote, a la vez que tomaba asiento.

—Ninguna, pero en la situación tan crítica en que estamos, comprenderéis mi deseo de verme libre de la grave responsabilidad que sobre mí pesa. Nada se ha notado en todo el día que pueda indicar la más leve sospecha: doña Ana, desde que supo que iba a ser llevada a Burgos esta noche, ha hecho más que rezar y llorar, invocando el nombre de su madre. Hace hora y media que me pido permiso para despedirse de algunas hermanas, y se lo otorgué, porque me pareció justo, si bien tomando la precaución de acompañarla yo misma hasta la puerta de cada una de las celdas y esperar a que hiciese su corta y sentimental despedida.

—¿Decís—preguntó el sacerdote—, que sus despedidas fueron breves?

—Sí, padre; y aun en la celda de su amiga más querida, la hija de don Juan Pacheco el de Valladolid, se detuvo bien poco y escuché todas sus palabras, que se redujeron a llamarse desgraciada la una a la otra. Lloraron mucho, se dijeron cosas de veces, y doña Ana salió para encerrarse en su celda donde aguarda la hora de la partida.

—¿Ningunas más precauciones habéis tomado?

—Sí, por lo que pudiera suceder.

—¿Cuáles son?

—Dos hermanas vigilan a la puerta de la celda de la novicia, y de vez en cuando observan si permanece dentro, encontrándola siempre arrodillada delante de su reclinatorio.

—Pues a menos—repuso el sacerdote—que se hereje no sea el mismo diablo, no ha de salir en la suya por hoy.

—Lo que es en los pocos momentos que resta a doña Ana de permanecer aquí, estoy tranquila; después no sabemos si en el camino sucederá alguna desgracia.

—Llévamos buena escolta.

—Si os parece—repuso la abadesa—, ya puede marchar...

—Sí, cuanto más pronto mejor.

La superiora y el sacerdote fueron hasta la celda de Ana.

—¿No hay novedad?—preguntó la monja a las que vigilaban la puerta.

—Sigue rezando y llorando.

Abrieron la puerta.

La desgraciada niña estaba arrodillada y cubierta con un negro y largo manto de seda, esperando que le mandaran salir.

De su oprimido pecho se escapaban dolorosos gemidos y ahogados ayes. Algunas palabras murmuradas sus labios con raras veces y abundantes lágrimas corrían por sus pálidas mejillas y regadas sus ahumbraciones de terciopelo de su reclinatorio. Tendía la cabeza inclinada y casi ocultaba el rostro entre sus maceradas manos, agitados por un convulso temblor. Mucho debía sufrir en aquellos momentos, según eran de continuados y dolientes los suspiros que exhalaba.

La abadesa se sintió conmovida a la vista de tan mucho pesar, y lo mismo que el sacerdote, se dejó contemplando a la hermosa niña por algunos instantes.

—Os esperan, hija mía—dijo al fin la monja con acento dulce.

Ella se levantó trémula, enfugó el llanto, recalcó el mentón y se acercó a la abadesa.

—Tranquilízase—repuso ésta.

—¡Paxa... bendición — murmuró con acento como perceptible la niña.

Y luego inclinó su frente con humildad.

—En el nombre santo de Dios—dijo la superiora a la vez que extendía su mano derecha sobre la cabeza de la joven.

En aquel momento llegó una monja a la puerta y dijo:

—La excelentísima señora princesa de Eochi.

Y así Ana, cobijada con un ancho manto negro con los ojos radiantes de júbilo y agitada por una emoción de alegría, se presentó, contemplando con aire de mal disimulado regocijo a la niña joven, que se estremeció como un cadáver viviente.

—¡Salve! — dijo la abadesa con alguna severidad, — va a parir, y lleva el alma transida de do-

lor; mi bendición la tiene ya, y no le falta más a de su madre.

—Vengo por orden de su majestad—interrumpió orgullosamente la dama—, y no abandonaré a la novicia hasta que salga del convento.

—No me opongo a que des cumplimiento a los órdenes de su majestad—repuso la superiora—, pero hubiera podido evitarse ese tormento a la feliz niña.

La hija de don Juan se arrojó en los brazos de la abadesa, y después de oprimirla contra su agitado pecho, salió con el rostro velado y sin dirigir una palabra ni una mirada a la ilustre viuda.

Ella, la superiora y el sacerdote la siguieron silenciosamente, precediéndolos a todos una mujer que llevaba una vela encendida.

El ruido de los pasos de aquellas cinco personas retumbaba en las espaciosas y solitarias galerías, y cada uno de los repetidos ecos hacía estremecerse a doña Ana de Mendoza, que aun no estaba segura de que el paje se apartaría a lo mejor y se llevase a la novicia como se había llevado su copa y su cabeza.

Sus temores fueron vanos: llegaron sin novedad a la portería y allí se detuvieron.

—Desde este instante—dijo la abadesa al sacerdote—, cesa mi responsabilidad. ¡El cielo es que y dé consuelo a esta niña desgraciada!

Y en extremo conmovida, sin sentirse con fuerzas para dar otro adiós a la joven, entró nuevamente en el convento.

El sacerdote aseguró a doña Ana de Mendoza que no perdería de vista a la novicia, y entrando con ésta en el coche, dió la orden de partir.

Volvióse a interrumpir el silencio de la casa, y el coche, rodeado de jinetes, desapareció a los pocos momentos.

La princesa permaneció inmóvil y contemplando con encendida mirada la numerosa comitiva.

—¡Que vengan por ella!—exclamó cuando recién alcanzó su mirada, sino a los seis hombres de la servidumbre y su litera.

Entre tanto, el paje conversaba tranquila y alegremente con el botelero, sin que al portero le pa-

¡Pues nada el que se llevasen a la hija de don Juan!

—¿Quién era el burlado, el mancocho que presumía que sus proyectos marchaban a pedir de boca, la hija Ana que pensaba haber chasqueado al mancocho?

—Dentro de pocas horas—pensaba el enamorado paje—podré aspirar el perfume de su cabellera de oro, porque la llevaré a mi lado.

—Dentro de pocos días—decía también para sí la princesa—desaparecerán esos blondos rizos que esa noche he visto brillar como hebras de oro, porque es requisito indispensable que se los corten para su profesión.

Para decir la verdad, no sabremos resolver quién se burla era el burlado, pues por una parte hemos visto salir del convento a la doncella y por otra nos inspira mucha confianza la que aparentemente teje el paje en su proyecto. Sin embargo, bien pudiera suceder que se equivocase, como le sucede siempre que iba en busca del marqués y huía de él cuando lo encontraba.

Es lo cierto que Ana partió; la princesa entró en su cámara blanda y se hizo conducir a su casa donde la esperaba el rey, y el paje y el hortelano se botaron las risas alegremente porque había llegado el momento de cenar.

—Con Dios vayas y nunca vuelvas—dijo Pablo.

—Preparamos los dientes, amigo mío—le contestó el paje.

—Con tal de que no nos haga esperar el despenzador...

—Ya no deberá tener miedo la abadesa, porque el diablo de la capa blanca irá tras la novicia.

—Ya lo conjurará el padre que la acompaña.

El mancocho se sentía con pretexto de las palabras del hortelano, pero en realidad era de la alegría que sentía en aquellos momentos.

Pronto veremos de ver si se engañaba.

CAPÍTULO LXX

Donde se verá quién fué el burlado

Un cuarto de hora después de la salida de Ana el sacristán entró en el aposento del hortelano.

—¡Aquí me tenéis!—exclamó—. ¡Aquí me tenéis, "plenis contentis", lleno de contento!

—¡Bien! —dijo Luis—. Os esperábamos con afán; la cena se enfía, las botellas bañan de impaciencia.

—Ya se fué, amigos míos; ya se fué, y está el espanto de que todos estaban poseídos, temiendo ver llegar al diablo de la capa blanca, "albuz capa", y cargar con la rubia más hechicera que ojos humanos han visto.

—Venga la cena—repuso Luis a la vez que colocaba las botellas sobre la mesa.

El hortelano obedeció prontamente, y con la mayor alegría se llenaron los jarros y se brindó a la salud de los buenos bebedores.

—¿Qué tal os parece el vino de mi cosecha?—preguntó el mancocho.

—Exquisito—contestó el sacristán.

—Excelente—añadió Pablo.

—¿Puedo competir con el añejo que me dais?

—Sí, es la verdad, puedo competir; pero en razón habéis perdido la apuesta porque no es tan bueno.

—No le habéis paladeado bien.

—Pues bebamos otro jarro al así habéis de quedar convencido—repuso el sacristán.

—Cuidado—replicó Luis con acento burlón—, no se os suba a la cabeza antes de empezar a competir.

—Lo veremos, señor guapo, lo veremos.

—¿También esta noche—dijo Pablo—, nos desafiáis a bebedores firmes?

—Bebamos y allí veremos quien se lleva la victoria—"In nomine Baro"—dijo el sacristán.

Y apuraron el segundo jarro y comenzaron la cena.

se habían transcurrido seis minutos, cuando cayeron el hortelano y el sacristán gran pesadez en los párpados y aturdimiento en la cabeza.

—¡Voto a tal!—exclamó Pablo—. Tiene mucha pesadez este vino.

—Ya es lo verdad!—contestó el monacho.

—Eres muy viejo y para nada valéis—repuso el despenzador, que se esforzó para sostener erguida la cabeza.

El navético era muy activo y empezaba a proyectar sus efectos.

—¡Paseo!—dijo Pablo después de algunos momentos—, que no ha sido prudente dejar a la hija de San Juan sola en un coche con un hombre, porque al fin y al cabo ella... es bonita y él... es de vino y bueco...

—¡Cállate!—rugió—murmuró el sacristán mientras se restregaba los ojos—. ¿No sabéis que... es un monacho?...

—¿Y qué tiene que ver la sotana?...

—Te digo... que calles...

—¿Vos... señor sacristán, tampoco... tampoco os atarta la sotana... para... para emborracharse...

—¿Por... por mis barbas!—exclamó el despenzador a quien se escapó de la mano la cuchara.

—¿Dónde están... vuestras barbas?—dijo Pablo.

—¡Hay paz!—interrumpió Luis, que se regocijaba en el efecto rápido que iba produciendo el navético—. Dejad las ofensas, porque ni es justo que el monacho tiente al amigo Pablo, ni que él os eche a vos vuestra falta de pelos en el rostro.

—En qué... además—repuso el sacristán—, me da berracho...

—Probadle que no lo estáis, apurando otro jarro y poniéndole en pie, cosa que él no haría sin dar un sacudido en tierra.

—Lo veremos—dijo el hortelano.

—Lo veremos—replicó el sacristán.

Y ambos bebieron otro jarro; pero al ponerse en pie cayeron pesadamente.

—¿Por qué me has empujado?—dijo el viejo al poder moverse.

—¡Tú... me has pisado!—replicó el despenzador—,

y no me moveré de aquí... hasta que... tú misma me levantes.

Ni el uno ni el otro volvieron a pronunciar una palabra, porque se quedaron profundamente dormidos.

El manecbo, trémulo de alegría, se acercó a Pablo y le registró, sacándole del bolsillo la llave de la puerterilla de la huerta.

—¡Protegedme, Dios mío!—exclamó con acento conmovido.

Luego, como la noche anterior, tomó la llave e internó en las galerías del convento; pero esta vez, extremo agitado, su corazón palpitaba con violencia, y su frente parecía abrasada por la calentura.

—¡Qué hermosa es! — murmuraba—. ¡Y se puede ser mía! ¡Voy a darle la libertad para escapar de otro! ¡Tal vez esta noche tendré que estrecharla entre mis brazos para separarme luego de ella para siempre! ¡Oh!... ¡Triste misión la mía en este mundo! Siempre luchando para conseguir la felicidad de los otros... ¡Y por qué no ha de ser mía la mujer a quien doy la libertad? Si corriendo no le pertenece, lo han destinado a un sacrificio que no puede huir, y yo la salvo, sólo eso... ¡Eoy insensato!... ¡Estoy loco!... Quizás anhelo el momento de su fuga para echarse en brazos de otro hombre... ¡Ah!... y entonces no habrá para mí una palabra de gratitud, de amistad lo más... ¡Tengo que sacrificar mi corazón para que no sacrificuen el suyo!...

Y era en verdad triste la situación del manecbo; enamorado de la hermosa niña, sin esperanzas de ser correspondido, y lo que era más, sospechando que al arriesgar la vida para sacarla del convento sería quizás para que otro amante la estrechase contra su corazón. Mucho debía sufrir el desdichado en aquellos momentos, y bien lo demostraba en su semblante que, ya risueño por esa quimérica esperanza, ya contraindas las facciones por excitación de unos celos infundados, variaba la expresión repentinamente.

No se cuidó, como la pasada noche, de observar si algún peligro corría: caminó sin detenerse y como si nada tuviese que temer, pues sus ojos

no se le dejaban pensar en nada más que en él; en el porvenir de su amor.

Hicuvo largo rato así que a nadie encontrase. Él se desahó, no delante de la celda de Ana, sino de la ocupada por la joven amiga de ésta.

—Aquí estará!—murmuró a la vez que oprimía su apitado pecho—. Tal vez duermes tranquila y satisfecha en mi promesa; tal vez le haces sentir la falta de algún hombre a quien amas con delirio... ¡Oh! ¡Malditos celos!... Si duermes, soñará con su madre, tal vez con algún, aunque no me ame, pero soy su salvador. ¡Conmigo!... ¡oh!... ¡Si al menos soñando se acordase de mí!...

Las pupilas del mancebo brillaron y de su pecho se escapó un suspiro de inmensa ternura.

—Este amor me pierde — dijo—; el tiempo pasa...

Y abriendo la puerta silenciosamente dió un paso en el interior de la celda.

El marqués y la princesa habían sido los burlescos, y decimos esto, porque la hija de don Juan estaba allí sentada en un sillón sobre cuyo respaldo se apoyaba la cabeza.

Dormía, porque el insomnio de la noche anterior y las fatigas de su espíritu habían rendido su cuerpo.

La luz de una brujía daba de lleno sobre su rostro angelical, animado en aquel momento por una deliciosa sonrisa. Era desigual su respiración; desigual también el movimiento de su pecho casi oculto por el blanco sayal. Sus manos de nácar estaban cruzadas sobre su seno, y de vez en cuando agitábanse como impulsadas por una sacudida nerviosa.

Contemplaba el paje largo rato, fija en ella la misma mirada de sus ojos húmedos por la pasión, y no se atrevió a moverse ni casi a respirar por temor a interrumpir aquel dulce sueño. Frente a una de las más gratas ilusiones. ¡Se sublima en este grado el alma al contemplar dormida tranquilamente a la mujer a quien se adora!...

Ana movió sus hechiceros labios, y entonces el mancebo se adelantó, pero sin hacer el menor ruido. Sólo se movió una sombra.

—El mismo—murmuró la joven con voz cortada.

—¡Siempre esas palabras!—pensó Luis
Y dió otro paso más.

—El... mismo—repitió la niña—. Muy... hermosa... valiente...

—¡Está enamorada de otro!—dijo el paje para sí, a la vez que a sus mejillas se agolpaba toda la hirviente sangre de su cuerpo—. ¡Y expones tu vida para sacarla de aquí y verla en brazos de otro hombre!

—Pero... no me ama — volvió a murmurar la doncella—. Y sus miradas... me abrazan el pecho... y... es él... mismo...

—¿Dónde está ese hombre?—dijo Luis atrevidamente y con la mirada centelleante.

—¡Ah!...—exclamó Ana, despertando sobresaltada.

El marcebo apretó los puños con rabia y, procurando disimular su enojo, repuso, acercándose a la doncella:

—Perdonadme si he interrumpido vuestro sueño dulce y grato...

Las mejillas de Ana se tiñeron de un vivo carmin.

—Ha cometido una imprudencia—contestó poniéndose en pie.

—¿Por qué, señora?—repuso el paje, atribuyendo las palabras de Ana a la indiscreción de su sueño.

—Parque me he dormido y pudieran haberme descubierto... Pero me sentía tan fatigada...

—Todo puede arriesgarse por un sueño lleno de ilusiones. ¡Si yo pudiese dormir y soñar!...

—¿Acaso no reposáis nunca?

—Sí, reposo, pero siempre veo después que de otro más ojos, o fantasmas que me amenazan o señales que se enseñan la felicidad para darme después a otro en mi presencia.

—¡Sueños horribles!—dijo Ana.

—Señora—dijo Luis haciendo un esfuerzo—, es preciso aprovechar estos instantes.

—Estoy dispuesta a seguirlos.

—¿Y vuestra amiga?

—Pamá adigida en extremo y temerosa del
ojo de su padre.

—Escribió la carta?

—Entre esa mesa está—dijo Ana, señalando ha-
cia un papel que, en efecto, había sobre una me-
sa. En ella dice que huye del convento para en-
contrarse en otro.

—Bien, así quedará a cubierto su honor.

—Alguna duda dejará...

—Que desvaneceremos. Ya conocéis mi plan.
Una seguidme, nada temáis, tenemos franca la
vía y la comunidad debe estar descuidada des-
de que tres que no estáis en el convento. Dentro
de un cuarto de hora os veréis libre, y mañana po-
réis abrazar a vuestra madre y... a vuestros ami-
gos.

—No los tengo. Sólo doña Magdalena de Ulloa...

—No perdamos tiempo—interrumpió Luis con
un air de distracción.

Y luego sacó un manto de debajo de su colete.

—Tomad y cobijaos—dijo.

—¡Mañana podré verla!—exclamó doña Ana,
en tanto escribía.

El paje se acercó a la mesa, tomó una pluma, y,
leído de la carta de la hija de Pacheco, escribió lo
siguiente:

"Doña Ana de Austria no será monja, porque
la protege la capa de

El Diablo."

—¿Estáis dispuesta?—preguntó a la joven.

—Sí.

—Volved a encargarnos que no tengáis miedo
cuando encontrásemos gente, porque si per-
déis el ánimo en cualquier lance que pueda ocu-
rrir—

—No tengáis cuidado. Podrán matarme, pero
no han de perder el valor—dijo la niña, con tono
firme y resuelto además.

Luis estrechó su brazo a la hermosa joven, y el
uno y la otra se estremecieron al tocarse y antie-
ran correr por sus venas, más que sangre, fuego.

Quedaron silenciosamente con la cabeza incli-

naña sobre el pecho y como si tuviesen miedo a mirarse. ¡Empero, con cuánta violencia palpaban sus enamorados corazones!

Atravesaron galerías, bajaron escaleras y llegaron al aposento del hortelano.

Este y el sacristán dormían aún con el pesado sueño producido por el narcótico.

—¿Que significa esto?—preguntó la niña mirando con gesto de repugnancia a los que dormían.

—Los restos de una cena y las consecuencias de la embriaguez.

—Pero...

—Todo lo sabrás—interrumpió el mancocho

Y dejando sobre la mesa el velón, condujo a la joven a la puerta y a los pocos momentos se echó con ellos a dormir en la calle.

Ella aspiró el aire con avidez y como si acabase de salir de un calabozo donde hubiese estado encerrada mucho tiempo.

—¡Ah!—exclamó—. ¡Qué felicidad es ser libre! ¡Os debo más que la vida!

—Porque me debéis el corazón — murmuró el mancocho, de modo que la joven no entendiese estas palabras.

De la pared que tenían enfrente se destacó un bullo.

—¿Quién va?—preguntó Luis.

—Soy yo, señor diablo — respondió una voz ronca.

—El capitán...

—El mismo—repuso éste, acercándose a las jóvenes.

—Señora—dijo Luis—, aquí tenéis a mi mejor amigo, al capitán Pero León, a quien se debe gran parte del éxito de nuestra empresa.

—¿El mismo de quien anoche me hablasteis?... Será uno de mis amigos predilectos.

—No tengo que preguntar—dijo el señor Pero a la niña—, puesto que os veo fuera de vuestro encierro. Os agradezco la amistad que me ofrecéis y contad con la mía y con mi ilizóna, que está para servirlos. Pero me parece que no debéis permanecer, porque ya es hora de descansar, al menos por

— ¡Que ¡oto al mismo infierno!, parece que me ha matado a palos.

— ¡Pues aún tenéis que hacer otro viaje.

— Por San Pedro y su culva!

— ¡Se os va la lengua!—interrumpió el paje—, sin saber que habíais con una señora...

— ¡La verdad, señor Luis, este maldito vicío...

— ¡Ay!... ¡Cien legiones de demonios con el camino de Burgos, que es un podregai!...

— ¿Y mi tesoro?—preguntó el mancebo.

— ¡Easi lo tenéis.

— ¡¿delante, por lo que pueda ocurrir.

volvieron a quedar silenciosos los tres, y sólo vieron el eco de sus pasos en las solitarias y oscuras calles.

CAPITULO LXXI

De cómo el siguiente día comenzó felizmente para Blanca

Antes de que amaneciese estaba en conmoción toda la comunidad del convento de Santo Domingo porqué al entrar en el coro y echar de menos a la buena amiga de Ana, fueron a su celda, no la encontraron, y al sólo la carta de que ya hemos hecho mención.

En seguida comprendió la abadesa, es decir, no comprendió más sino que la doncella se había fugado y que algún misterio encerraba esta fuga, con el paje, según la postdata de la carta.

Después de registrar todo el convento, encontraron al hortelano y al sacristán durmiendo aún, cerca los restos de una cena y las señales inequívocas de haberse vaciado algunas botellas de vino. Pero así ya indicio más claro por el cual adivinase fácilmente el medio de que el paje se valía para entrar en el convento.

Pronto fue la sorpresa del hortelano y del sacristán cuando, a fuerza de golpes y agua fría despertados, la comprenderán nuestros lectores.

así como el asombro y el espanto que sintieron al enterarse de lo sucedido.

Preguntáronles, quisieron ocellar que había cenado con ellos un amigo, pero al echar de menos la llave y al ver que tres cucharas habían servido para la cena, encerráronlos y los hicieron contar la verdad de todo.

Reuníéronse las monjas en capítulo, y tras larga conferencia determinóse dar aviso a la autoridad eclesiástica y al rey.

Mientras esto sucedía, el sol había ya dejado ver sus abrasadores destellos, y otra escena de muy distinto carácter tenía lugar en el miserable aposento que ocupaba Blanca.

Ella se hallaba sentada junto a la hija de don Juan, y el paje las contemplaba con toda la ternura de su cariño y toda la satisfacción del trabajo que acababa de alcanzar.

Algunas palabras de amistad y gratitud se cruzaban cuando llamaron a la puerta exterior de la casa, dando tres golpes, luego uno y después otros precipitadamente.

—Vuestra madre—dijo Luis a la niña.

—¡Mi madre!—exclamó Ana, levantándose como impulsada por un resorte de acero y acercándose hacia la puerta.

—Esperad—le dijo Blanca—, podemos equivocarnos, y es preciso mucha prudencia, porque puede ser alguno de nuestros enemigos.

El paje desenvainó su daga y salió, volviendo a pocos momentos con doña María.

La madre y la hija exhalaban un grito de alegría que pareció haberles desgarrado el pecho, y se abrazaron derramando abundantes lágrimas.

Blanca y el paje salieron del aposento y, transcurrido un buen rato, más sossegados por el desahogo del llanto, doña María y Ana entablaron conversación.

—¡Cuánto anhelaba abrazaros! — exclamó la niña.

—¡Hija mía!... Querían sacrificarte... ¡Ah!... Pero ya no te separaras de tu madre, que tenía a una, sino por algunas horas...

—¿Otra vez separada de mí?—interrumpió Ana.

mirando en su madre una mirada afanosa—. ¿Y por qué? ¿No soy ya libre?

—Es preciso.

—¿Y a dónde he de ir?

—Casta de Toledo...

—¿Y por qué no venís conmigo, madre mía?

—¿El saldrás de Madrid antes de una hora, y yo no podré haberlo tan pronto; además, podrían llamar la atención muchas personas reunidas.

—Pero ya no volveréis a separaros de mí?

—No, hija mía—repuso la dama.

—¿Quién me acompañará?

—Un amigo de confianza del que te ha salvado.

—¿Ese capitán que parece un gigante?

—Sí.

—¿O irás más tranquila con el señor Luis?

—Aun tiene que ocuparse en Madrid de muy graves asuntos: ya te ha hecho feliz, pero aun falta mi amiga doña Blanca.

—¿La verdad... he sido egoísta—murmuró tristemente la condesa.

Y sus mejillas se tiñeron de un vivo carmín y sus ojos miraron a su madre, como avergonzada.

Doña María la contempló algunos instantes.

—¿Crees—dijo—que el capitán no es bastante fuerte para defenderle?

—Sí—murmuró Ana—, pero... como el paje es un hombre tan extraordinario...

—¿Y más contenta con él?—replicó la dama, viéndola examinar decentemente el semblante de su hija.

—Sí, madre mía.

—¡Oh!—dijo para sí doña María—. El corazón de esta madre no se equivoca... Veamos.

Y luego, repentinamente, sin apartar su mirada de su hija, añadió en voz alta:

—¿Tienes algún secreto que no me has contado?

Turnóse la niña hasta el punto de no poder sostener agitados sus miembros y luego quedó inmóvil.

—¿Por qué ocultas a tu madre los secretos de tu corazón? ¿Dónde mejor que en mi pecho podrías guardarlos?

—¡Madre mía, madre mía! — exclamó Ana arrojándose en los brazos de su madre y ocultando el rostro en el seno de ésta.

Y su llanto corrió con tanta abundancia, que no le dejó articular una sílaba más.

—¡Hija mía! — murmuró la dama besando con maternal ternura la frente de la niña—. ¡Mía! ¡Cuán temprano un amor sin esperanza agita tu corazón!

—¡Perdonadme, madre mía! — dijo Ana después de algunos momentos y enjugando sus lágrimas—. Perdonadme si la primera palabra que os he dicho no ha sido revelaros este fatal secreto: pero no os lo hubiese oculto muchas horas.

—Es preciso, hija mía — repuso la dama —, que olvides a ese hombre antes que tu pasión crezca con el tiempo.

—¡Olvidarlo! — exclamó admirada la niña—. ¡Olvidarlo decid!... ¡Ah!... Es imposible, ya es tarde...

—¡Tarde!... ¿Tanto tiempo hace que le amas?...

—Tres días...

—¿Y es ya tan violenta tu pasión? ¿Tan agitada está?

—Le vi, madre mía, sin saber quién era, en esperanza de volver a verlo, y su imagen quedó en mi corazón grabada. Luego... ¡Ah!...

—No prosigas — interrumpió doña María —, dime si tu amor es correspondido.

—Lo ignoro, como él ignora que le amo...

—Por eso, hija mía, te aconsejo que le olvides.

—¿Y quién me asegura que no puede alguna día...?

—No, Ana, porque su agitada vida no le da lugar ni aun a sentir esa clase de pasiones. Un pensamiento fijo y que le domina guía todas sus acciones, y fuera del fin que se ha propuesto, nada le ocupa. Además, él es orgulloso, tiene una ambición desmedida, aspiraciones dignas de su alta graduación, y aunque no más que un simple hidalguito, tal vez se sea contento con una mujer sin nombre...

—Ya os he dicho, madre mía, que le amo sin saber quién era, ignorando su nombre, que por...

no haber tenido, y él pudiera también amarme a mí a mí no más y no a mi nombre.

— ¡Locas esperanzas!

— Es verdad, madre mía — dijo tristemente ella —. Esperanzas locas, y así lo creo y por eso lo soy. Pero qué he de hacer para olvidarle? Ya lo intenté, pero mi voluntad se mostró harto débil en la lucha que sostuve con mi amor, y éste pareció derrotar cuantos más esfuerzos hice para extinguirlo.

— No basta luchar un día.

— Toda mi vida me queda para luchar, porque mi amor no será jamás correspondido. Sin duda esta pasión fatal es un castigo de Dios, porque yo consideraba la vida religiosa como la más feliz y dichosa... ¡Ay, madre mía!... Mayor es ahora el sufrimiento, libre el cuerpo y esclavo el corazón, que antes, libre el corazón y esclavo el cuerpo en una celda.

— ¡Desdichada!

— Mucho lo soy mucho, madre querida!

— Hija mía—repuso la dama—, tu pasión decidida de tu felicidad, y debemos pensar en ello con mucha calma. Marcha al castillo, allí iré a buscarla, preguntome de mi casa, y meditemos sobre lo que ha de decidir de tu suerte. Entre tanto, procura dominar tu pasión, que tiempo te queda para que se infiamarse después.

— ¡Cómo!... ¿Ya os vais? — preguntó la niña, viendo que su madre se disponía a salir.

— Sí, porque sólo un criado de mi confianza me que he salido a estas horas, y tengo que volver para que no noten mi falta al levantarse los demás. Ahora no es triste nuestra despedida, porque nuestra separación será muy corta...

— ¡Adiós, madre mía!

La dama se despidió de su hija, besándola repetidas veces, y después de llamar a Blanca y a Luis y expresaries con sentidas palabras su gratitud más de la casa para volver a la de su padre.

Ella había notado su falta, y, pensando en su hija, ocupóse en recoger algunas alhajas de bastante valor y en hacer preparativos para su fuga.

CAPITULO LXXVII

Nadie entiende

No bien se había levantado del lecho Felipe que una brillante madrugada, entregándole un pliego que con grande urgencia acababan de llevar de convento de Santo Domingo.

El pliego contenía la noticia de la fuga de la novicia y la carta de ella con la posdata del padre sin que en el relato de lo sucedido faltase el detalle mas leve.

El monarca leyó el escrito, palideció y volvió a leerlo, y dió muestras de enojo, que fue acrecentándose hasta convertirse en desesperado coraje. Agitado en extremo, paseóse por la habitación, y sentándose al fin, meditó largo rato, concluyendo por decir:

—No es esto lo que parece: sin duda falta explicar lo más importante. ¿Que interés pudiera haberle movido al padre a sacar a esta novicia del convento? Asegura que no será monja la hija de mi hermano, y, sin embargo, la dejó partir, y en esto no hay duda, porque lo presentó doña Ana, la dejó partir y en vez de ocuparse de esto que debía ser para él lo más importante, arrastra su vida para proteger la fuga de la novicia y escribir estas dos renglones. ¡Oh!... Ese hombre es incomprensible. No hay duda que él estaba dentro del convento cuando sacaron a mi sobrina, porque así lo ha declarado el hortelano y el sacristán: dejó que le la llevarsen, y luego fué en busca de la novicia que había quedado allí, en lo que tampoco cabe duda porque la vió rezando la abadesa antes de arrojarse... No lo comprendo, no lo comprendo—procuró el monarca pasándose las manos por el pálida frente—; si en ello pienso, acabaré por volverme loco...

Luego agitó con violencia la campanilla, sacó un gentilhombre y le mandó que fuesen a buscar a Antonio Pérez; pero el secretario acababa de le-

por y esperaba en la antecámara a que el rey le hiciera señas para entrar, lo cual ahorró tiempo y evitó al monarca perdiese la paciencia.

—Que venga inmediatamente — dijo Felipe al secretario.

Unos minutos después se presentó Antonio Páez.

—¡Oh!—exclamó el monarca—, nunca habéis venido tan a tiempo...

—Que ocurre, señor? — preguntó el ministro, mirando con sorpresa el pálido y demudado semblante del rey.

—Lea—dijo este, señalando la carta de la abadesa—, pero si no es volvéis loco, os declaro antes de punto muy firme que una roca.

Antonio Páez leyó con avidez el escrito, palideció, brillaron extraordinariamente sus ojos, apretó los puños con detrimento de los que de encaje adornaban las mangas de su chaleco, y no pudo contener una exclamación de sorpresa, de asombro y de dolor.

—Que os parece?—le preguntó el monarca.

—Señor—dijo el secretario—, aquí se envuelve un asunto que no es fácil adivinar. Lo que en este caso importa menos es la noticia o educanda de la salida de la novicia en esta torcida y que ahora se nos pone delante para distraer nuestra atención: quizá la hayan sacado a la fuerza del convento...

—No era fácil ni muchos menos, obligarla a escribir esa carta, que es de su puño y letra, según la superiora.

—Verdad es también, y .. en fin, señor, vuestra majestad puede calificarme de torpe; pero más me siento cuando más pienso sobre tan extraño caso.

—Soy igualmente torpe, señor Antonio, y me va desentendar esta ruedeja será enredarse en ella.

—Señor, yo tendría por especial merced el que vuestra majestad me diese sus órdenes sin pedirle consejo.

—Es preciso—repuso el monarca—caber la opinión de la princesa, porque en estos asuntos las mu-

jares son más astutas y más perspicaces que nosotros.

—Pienso como vuestra majestad.

—Así, pues, soy de opinión de que vayáis a ver a doña Ana y la consultéis... pero no será mejor que venga, y, reunidos los tres, conferenciemos.

—Como sea más del agrado de vuestra majestad.

—La hora es incómoda para hacer salir de casa, y quizá dejar su lecho, a una dama; pero a todos nos interesa.

Iba el monarca a tocar la campanilla para mandar que fuesen en busca de la princesa, cuando la mujer anunció:

—La señora princesa viuda de Ecob.

Y se presentó la dama, en cuyo semblante se pintaba la más viva alegría.

—Vos también, llegáis a tiempo—le dijo el rey, mientras se adelantaba para saludarla.

—Sí—respondió la princesa—, a tiempo he llegado, porque si quiera una vez podremos...

Se interrumpió, porque mientras hablaba había observado los semblantes del monarca y del ministro, empezando a comprender que algo muy grave sucedía.

—Continuad—dijo Felipe II, después de algunos momentos.

—Me toca escuchar, señor.

—Pues yo os esperaba para que me contaseis lo que anoche sucedió.

—¿Pues qué, no sabe todavía vuestra majestad...?

—Sí, ya sé que la hija de don Juan salió del convento.

—Entonces...

—Pero los detalles los ignoro.

—No sirvió la capa del diablo.

—Parece imposible.

—Y también parece que vuestra majestad pone en duda nuestro triunfo.

—El tiempo dirá.

—Señor, vuestras palabras me ponen en gran cuidado.

—¿Y por qué, doña Ana?

—Del convento salió la hija de don Juan, yo la vi entrar en el coche y alejarse entre los soldados que debían escoltarla.

—Todo eso es muy cierto.

—Sí; después en el camino...

—No he recibido más noticias.

—Pero si vuestra majestad abraza temores...

—Tampoco.

—No comprendo, señor.

—Dada Ana, la alegría os trastorna.

—Tal vez.

—Os he manifestado el deseo de que me digáis lo que en el convento sucedió, y si me complacéis, os lo agradeceré.

—En una celda estaba la novicia cuando fuimos a buscarla.

—¿Sola?

—Enteramente sola, y supongo que sus esperanzas se habían desvanecido, puesto que ya se había vestido, y cobijada y arrodillada ante su reclinatorio, rezaba y lloraba.

—¿Y no la perdisteis de vista?

—Sí por un momento.

—Proseguid.

—Obedeció a la primera orden de la superiora, la sirvió cariñosamente, pronunció algunas palabras que no pude entender, porque los sollozos ahogaban su voz y... Nada más; salió del convento, entró en el coche, se alejó, y desapareció y yo volví a mi casa.

—Muy bien.

—Repito que sí luego en el camino...

—No, no.

—Estoy, pues, tranquila.

—Pero yo no lo entiendo.

—Si vuestra majestad me permitiese preguntarle qué es lo que no entiendo...

—¿Qué ha de ser sino lo que ha sucedido y está sucediendo? Si no hemos perdido la razón, si no sabemos es preciso creer que en este negocio anda el mismo Satanás.

—Señor...

—Tranquilízase, que todo llega bien; y esta noche se le da un negocio también.

La dama quedó inmóvil y silenciosa.

Miró al ministro, que inmóvil permanecía también y así que nada expresase su semblante.

Felipe II desplegó una leve sonrisa.

Lo que sus sonrisas significaban, lo sabemos ya. Algunos minutos pasaron.

—¿Nada más tenéis que decirme?—preguntó al fin el monarca.

—Nada más, señor; pero...

—Veamos si vuestra inteligencia es más clara que la mía, y más clara también que la del señor Antonio Pérez, pues ninguno de los dos hemos podido descifrar el enigma, y después, si es que entendéis, podréis ir a Santo Domingo para hablar con la superiora, y con los otros y...

—¡Con los otros!—replicó la dama con tono de profunda sorpresa.

—Eso he dicho.

—Mal principian las explicaciones, porque me confunden.

—Anoche estuvisteis en el convento, visteis a la hija de don Juan sin que se presentara el paje.

—Puedo asegurarlo, puesto que no me supe ir que a vuestra majestad, y segura estoy de que no duermo ni he perdido la razón.

—Hoy venía a decirme que hemos triunfado más para que nos gocemos con el triunfo, y ya por si alguna duda os queda...

—Ninguna.

—Sin embargo, os daré la prueba de que por una vez hemos conseguido burlarnos del diablo y de su capa.

Y al decir esto Felipe II, entregó a doña Ana de Mendoza la carta de la abadesa y la de la escanda.

La ilustre viuda miró aquellos papeles, vió la firma del paje y exhaló un grito de rabia.

Merzal palidez cubrió su rostro.

Fulgor siniestro se escapó de sus pupilas.

Temblaron sus manos y sus labios se contrajeron violentamente.

Leyó una y otra vez.

—¡Oh!—exclamó al fin con voz entrecortada.

—¿Comprendéis ahora?—preguntó el rey, callando.

—¿Alma que en aquellos momentos era española?

—Eso es incomprensible.

—Pero la hija de don Juan...

—No lo sé, no lo sé—replicó la viuda con voz que indicaba su creciente irritación.

—¿No estás saliendo del convento?

—También la vió la superiora, y en esta carta estaba; y si yo soñaba, ella debió soñar también. ¿Dónde se encontraban allí; y como también de la nuestra majestad y el señor Antonio Pérez, me puse a reconocer que nadie está despierto más que el malito paje.

—No se presentó...

—Señor, no lo entiendo, no lo entiendo.

—Pero sí es verdad, que se burlan de nosotros.

—La hija de don Juan está camino de Burgos; ¿de dónde suponerlo, puesto que no sabemos otra cosa?

—¿Y bien?...

—Ha desaparecido esa otra educanda... ¿Qué me importa?

—¿Y por qué el paje, al sacar a la educanda del convento asegura que la hija de mi hermano no era monja? Y puesto que allí se encontraba el paje, al mismo tiempo que vos y... Me confundo, señor, porque es imposible adivinar la relación que hay entre mi sobrina y la otra, y por qué el paje habla al hortelano y al sacristán, y estando en el convento deja que se lleven a la que él piensa salvar y se ocupa de la que quizá no conoce, y después de todo esto dice que ha triunfado.

—Quiero ir al convento.

—Haced lo que mejor os parezca.

—Os daís por vencido, señor; pero yo quiero vivir luchando hasta vencer o morir, porque así lo exige no solamente mi reposo, sino mi dignidad, y vale más que mi vida.

—¿Que me doy por vencido!... ¿Puedo hacer algo? Y sobre todo, mal puedo apreciar lo que sucede cuando no lo entiendo.

—El vuestra majestad me autoriza...

—Para todo.

—Entonces me presentaré en el convento...

—En mi nombre,
 —Gracias, señor.
 Salid la princesa.
 En una de las antecámaras la esperaba Inés.
 Dejaron el alcázar y entraron en el coche que
 estaba frente a la puerta principal.
 —A Santo Domingo el Real—dijo la viuda.
 El pesado vehículo se puso en movimiento.
 Inútilmente se molestaba la ilustre dama, pue-
 to que la anciana superiora no podía dar explica-
 ciones sobre el extraño suceso que había ocurrido.

CAPITULO LXXIII

Sigue la confusión

Dofa Ana de Mendoza fué recibida inmediata-
 mente y con toda clase de consideraciones por la
 superiora de Santo Domingo.

Muy difícilmente se dominaba la viuda, y apenas
 saludó a la anciana, le dijo:

—Vengo en nombre de su majestad.

—Bien venida de todas maneras.

—¿Qué suceso? ¿Qué habéis conseguido aver-
 guar? ¿Qué ocurrió anoche antes de que yo fuera
 y de que saliese la hija de don Juan de Austria?

—Demasiado bien lo sabéis todo—contestó la re-
 ligiosa—, puesto que nada se os ha ocultado. Venid
 a pedirme explicaciones para comprender lo que yo
 misma no entiendo. ¿Qué clase de explicaciones he
 de daros? Estoy aturdida, y con profundo dolor me
 convenzo de que en este negocio tiene parte Santa
 Ma. ¡Jesús!

Se santiguó la abadesa y luego añadió:

—Tranquilidad completa hubo anoche en esta
 santa casa, y en vuestra presencia salió la hija de
 don Juan, lo cual prueba que la he guardado bien.

—Pero después...

—La educanda quedó en su celda y nos mis-
 mos al reposo.

—¿Y esa joven?

—Ha desaparecido; pero me parece que nada espanta lo que ha hecho esa infeliz criatura.

—Pero su carta...

—Dice la verdad, pues muchas veces me había aplicado que yo emplease toda mi influencia para asegurar que su padre le permitiese profesar. Su inclinación a la vida religiosa era tal, que sin la del claustro no había para ella dicha posible. Le tanto a virtud, era un modelo, y a pesar de sus pocos años y de que no se había honrado con los votos que debían separarla para siempre del mundo, todos la respetábamos por la santidad de su conducta. Creo que, efectivamente, ha ido a buscar refugio en otro convento, y aunque es grave la falta que ha cometido, merece perdón en gracia de las mercedes que la guisan.

—Pero con toda su virtud, con todo el horror que el mundo le inspira, se ha confiado a un hombre tan peligroso en todos sentidos, y que es hereje, ¿no que nada malo le falte.

—Eso es lo que en gran cuidado me pone.

—¿Y cómo se explica semejante conducta, tratándose de una mujer tímida y escrupulosa hasta la exageración?

—Pero también inocente, cándida, y con mucha facilidad la habrán engañado. ¡Dios la proteja, porque si ese hombre es tan malo como decís!

—Lo dudáis?

—Nada dudo.

—¿Y por qué nuestro enemigo dice en la carta que no será monja la hija de don Juan?

—Señora princesa, si yo tuviese el don de adivinar...

—En cambio—replicó doña Ana sin poder contenerse—creo que tenéis la obligación de vigilar muy cuidadosamente...

—Señora, lo que yo creo es que su majestad no se ha mandado que vengáis para enseñarme mis obligaciones, porque cuando se trata de lo que debo hacer en este santo recinto, no reconozco más autoridad que la del prelado.

—Es que esto, asunto está relacionado con otro muy grave...

—¿Y qué importa? Yo nada tengo que ver con

las cosas del mundo—replicó grave y severamente la superiora, que era muy celosa de su autoridad y de sus fueros.

—No es entregaron la hija natural de don Juan de Austria?

—Sí.

—¿No erais responsable de lo que ella hizo?

—Sí.

—Pues entonces...

—La he devuelto en vuestra presencia, y cuando de aquí salió dejó mi responsabilidad.

—Pero en cuanto a la educanda...

—Es cuenta mía, señora princesa, y así podré decirselo al rey. Su padre me la entregó y a más más que a su padre tengo que responder.

—Está bien; pero no os oponeis a que se aterrorice a los que han ayudado al bandido.

—Ahora mismo quedaréis conplecido.

—Y según lo que resulte, se dispondrá para castigarlos.

—A mí solamente me toca castigar por las faltas que aquí han cometido los criados de la comunidad, y sobre este punto es inútil que os empeñéis en discutir, pues no transigiré, no haré ninguna concesión.

Convenciósse la viudad de que a la anciana le sobraba energía cuando se trataba de su autoridad y se concretó a decir:

—Interrogaré a esos hombres cuando lo despegáis.

Tocó una campanilla la abadesa y dijo a la novicia que se presentó:

—Que traigan al hortelano.

Pocos minutos después se presentaba el muchacho pálido como un difunto, temblando y poseído de terror.

—¡Reverenda madre! — exclamó en un vago que se dejaba caer de rodillas y cruzaba las manos— ¡Compadecidme!

—Levantaos, escuchad a esta señora y responded clara y terminantemente.

El desdichado se puso en pie y miró a la dama como el reo mira al juez que ha de sentenciarle.

—Decid ante todo, dónde y cómo habéis conocido a ese hombre que anoche se introdujo aquí.

—Ahí, mi noble señora... Ese hombre vino a traer una hierba que tenemos y es muy eficaz para los males de corazón, y se la di, porque así me lo había mandado la muy reverenda madre, y me hablé de muchas cosas y... No acierto a explicar cómo me pasó mi entendimiento, cómo pudo trastornarse ese hombre con sus falsas palabras hasta el punto de que acepté una cena que me ofreció para que probásemos un vino de su cosecha. Confieso que el pecado de la gula fué mi debilidad: pero tal era la fuerza fe, que no tuve inconveniente en convidar a mi amigo el sacristán.

—No ha venido más que una noche?—le preguntó la princesa.

—No más que una.

—¿Qué preguntas os hizo?

—Me habló solamente de su vino.

—Mentira.

—Juro que es verdad.

—Ese hombre ha necesitado averiguar cuál era la vida de la novicia.

—¿Y cómo habíamos de decirle lo que no sabíamos? No conozco el interior del convento, y pongo por testigo a la muy reverenda madre que me escucha. Lo único que ha sucedido es lo que acabo de decir. Nos embriagamos, porque el vino era muy fuerte y muy añejo, y aprovechando la ocasión de estar abismados dormidos... Lo que hizo no lo sé, noble señora.

—La verdad la diréis en la Inquisición y cuando os pegan un tormento.

—¿La Inquisición!—exclamó el hortelano, que se sentió desfallecer.

Y volvió a caer de rodillas, a suplicar y a jurar que no había mentado.

Porque era el suceso tal como lo refería.

La princesa sufría mucho, porque era una derrotada ante el palacio sin haber conseguido poner en claro el asunto.

—Que se lleven a este hombre—dijo.

—Pero yo no quiero ir a la Inquisición, no es nada, no hay motivo, porque...

—Basta.

—Reverenda madre...

—Tranquilízate, que no os abandonaré—dijo la anciana.

Esas palabras devolvieron un tanto la calma al hortelano, que salió mientras la superiora se ponía que se llevasen al sacristán.

No se turbaba éste como su compañero, y tras haciendo profundas reverencias y diciéndole:

—Aquí estoy, madre, con la conciencia tranquila, porque si he cometido alguna falta, es la de no merecer perdón por mi arrepentimiento; y la compensación de mis buenas obras.

Y luego, mirando a doña Ana, a la que algunas veces había visto y pudo conocer, exclamó:

—¡Ah!... La noble, muy ilustre y muy hermosa señora princesa de Eboli... Honradísimo me acuerdo.

—Escuchad a la señora princesa y responded—dijo la superiora.

—Es a mi obligación. Supongo que se trata del suceso de anoche, y sobre tan desagradable asunto es muy poco lo que tengo que decir.

—¿Dónde habéis conocido al hombre que anoche os engañó?

—En el aposento del hortelano, que me convidó a cenar y acepté, porque cenar con un compañero era un crimen. Además, como el buen hortelano se acusa de orgulloso, para probarle que no lo soy acepté y bregué...

—¿Qué hicisteis?

—Cenar, remojando el tragadero con un poco de vino del que trajo ese mancebo diabólico.

—¿Y de qué hablasteis?

—Del vino también, sobre cuyas condiciones se entabló disputa, y no sé cómo pudo ser; pero es el caso que me dormí, y al despertar me encontré frente a la muy reverenda madre, y con el respeto debido escuché sus razonamientos y amonestaciones. Dicen que ha desaparecido la educación a quien todos mirábamos como raro modelo de virtudes y que en este sagrado recinto ha penetrado un ser diabólico. Verdad puede ser todo eso, pero ya se la ha visto.

—¿Y la otra joven?

—Se la llevaron, y por cierto muy bien guardada—respondió el sacristán.

Muchas preguntas siguió haciendo la princesa al sacristán, pero nada consiguió, y cansada al fin, no terminó el interrogatorio.

—¿Queréis más?—preguntó la superiora.

—Nada.

—Decidle a su majestad que cuide de la hija de su hermano, pues en cuanto a la otra, yo haré lo que me parezca más conveniente.

La ilustre viuda se despidió y salió, volviendo a su casa para seguir cavilando.

Una hora después le pareció que un rayo de luz penetraba en su inteligencia.

—No—murmuró—, no quiere decir el paje que se haya llevado a la hija de don Juan, sino que enseñara que profese, y por consiguiente todo esto vale más valor que el de una amenaza. Si, ahora lo comprendo todo.

Y segura de no equivocarse, volvió otra vez a palacio.

No quedó convencido el monarca; pero dispuso que se adoptasen nuevas precauciones, y poco después salían algunos jinetes para Burgos.

Así malgastaron las horas de aquel día.

La princesa había trazado muchos planes, y cuando anocheció, escribió al señor Antonio Pérez, suplicándole que necesitaba hablarle, y dirigiéndole bases de futura intimidad.

Logo llamó a Inés, diciéndole:

—Has de salir.

—Estoy dispuesta.

—Esta carta para el señor Antonio Pérez.

—La llevaré ahora mismo.

—Ya sabes lo que has de hacer.

—Debo esperar contestación?

—No la necesito.

—Pues dadme la carta.

—Inés, no olvides que este asunto...

—Ya he dado algunas pruebas de lealtad.

—Ya sabes cómo recompenso a los que me sirven bien.

—¿Nada más tenéis que mandarme?

—Nada.

—Si me permitieras que después de entregar la carta fuese a ver a una parienta mía que vive cerca de Santa Catalina...

—Puedes hacerlo, porque ahora para nada te necesito.

—Gracias, mi noble señora.

La sirvienta salió y la dama volvió a entregarse a sus muy desagradables pensamientos.

CAPÍTULO LXXIV

El paje sigue reuniendo pruebas

Salió Inés, y al llegar a la esquina tuvo que detenerse, porque se encontró con el paje.

—¡Ah!—exclamó la doncella.

—¿Te sorprendes?

—Sí, porque no te esperaba esta noche.

—Pero si la sorpresa es agradable...

La respuesta de Inés fué una mirada intensa.

—¡Cuánto te amo!—exclamó Luis.

Hizo un gesto Inés de duda, porque no se olvidaba de que el mancebo era el célebre diablo, o lo que es igual, un personaje, mientras que ella representaba en el mundo el más humilde paje.

—Te juro—dijo Luis—, que tu mayor fortuna es habérme conocido, y que serás dichosa cuando termine esta lucha.

—Dios lo quiera.

—Por de pronto estás trabajando en favor de la justicia, y has de ser recompensada como mereces.

—Si no he de ganar más que dinero.

—Y cuando pueda hacerle feliz.

—Hablarémos otro día, porque ahora...

—Supongo que vas a casa del señor Antonio Pérez.

—Sí.

—Y supongo también que llevas una carta.

—No te equivocas.

—Me la darás, hermosa Inés.

—Pero...

—Espera contestación la señora?

—No.

—Pues entonces, ¿qué temes? No ha de descubrir la verdad sino cuando ya no sea tiempo de que te rastiguen, y en último apuro yo te protegeré, ya es cuanto necesitas, pues sabes que para mí no hay nada imposible.

—Te di la otra carta.

—Sí, una del señor Antonio Pérez; pero no es buena.

—Tembló Luis.

—Si eres cobarde, no te amaré.

La doncella no sabía resistir al diabólico paje y le entregó la carta.

—Ahora—dijo Luis—, desee saber lo que hoy ha hecho tu señora.

—Salí conmigo.

—Y fuiste a palacio, ¿no es verdad?

—Sí.

—Y tu señora vió al rey, y luego...

—Muy desagradable debió ser el resultado de la entrevista.

—Mucho más desagradable de lo que puedes imaginar.

—Inmediatamente fuimos al convento de Santo Domingo el Real, y cuando mi señora salió, estaba pálida y temblaba y apenas el coraje la dejaba hablar.

—No es posible que haya entendido...

—¿Qué?

—Continúa, mi querida Inés, que oportunamente te daré explicaciones.

—Volvímos a palacio y luego a casa. Mi señora ha llamado a todos esos miserables que la sirven, y les ha amenazado terriblemente para el caso en que no consigan descubrir tu paradero.

—Y, sin embargo, me tienen tan cerca...

—¿Dios mío!

—Tranquilízate.

—¿Pero qué significa todo esto? ¿Por qué no has de darme explicaciones? ¿Qué tienes que ver con los señas de Santo Domingo el Real?

—Sí es que crees que escucho a una monja...

—No.

—En el convento había una novicia cuya vida interesaba a mi señora doña Blanca.

—¿Y tú...?

—Al lado de mi señora está ya la novicia.

—Inés fijó una mirada de asombro en Liza.

—Este añadió:

—La lucha toca a su fin, y antes de ocho días habré triunfado.

—No olvides que hay muchos asesinos que le buscan.

—Y me buscarán también los esbirros de la Inquisición.

—¡Dios bendito!—exclamó la doncella con el terror que inspiraba el Santo Oficio.

—Pero cuento con grandes recursos para defenderme y aun para aniquilar a mis enemigos.

Así continuaron la conversación por espacio de media hora y en tanto que recorrían algunas calles.

Despidiéronse después de cruzar algunas calles de ternura.

Intranquila y muy preocupada volvió a su casa Inés, porque era demasiado grave la situación para que tranquila pudiese estar.

Aunque no probable, era posible que aquella misma noche llegase a saber la princesa que se había perdido la carta.

Y, sucediendo así, ¿cómo se justificaría la viviente?

No le quedaría más recurso que decir que la carta se le había perdido; pero semejante excusa no sería bastante para que la perdonase su señora, siquiera porque ésta tenía necesidad de desahogar su ira.

Apenas de Inés se había separado el papa, exclamó:

—¡He triunfado!

Efectivamente, aquella carta era un tesoro y un arma terrible para aniquilar a la vida, pues se probaba su amor al ministro y las relaciones que secretamente sostenía con éste.

A su pobre vivienda volvió el papa.

Sin otra novedad pasó aquella noche.

A la mañana siguiente estaban por todo lado

preparativos para el viaje al castillo del barón, donde debía quedar la bellísima hija de don Juan en compañía de su madre, que iría a reunirse con ella.

Ella esperaba el momento de partir y estaba triste y silenciosa mirando a hurtadillas al paje, el cual también silencioso y pensativo, la contemplaba con enamorados ojos y comparaba su pasión sin esperanza alguna con la felicidad de Blanca y del barón, comparación que le atormentaba horriblemente y a veces le hacía fruncir el ceño y apretar los labios, sobre todo si el demonio de los celos le venía en la vanidad y en el egoísmo, que es donde siempre pesan esos enemigos del reposo, hiel del amor, extravío del juicio y aberración de los sentidos.

—¡Qué hermosa es!—pensaba el paje—. ¡Oh!... y me la arrebatarán! ¡Habré sacado de su nacimiento esa perla para que otro hombre la cruce en su corazón!

—¡Y quieren que le olvide!—decía para sí la niña—. ¡Pero él no me ama! ¡Soy una niña sin experiencia!... ¡Ah!... ¡Dios mío, he encontrado la desgracia donde pensé encontrar la dicha!... ¡Feliz cien veces la mujer que logre conquistar ese corazón grande y noble, tan grande y tan noble como ninguno!... ¡Llora y consuétate, pobre corazón mío: llora y consuétate en silencio para que el tiempo o la muerte apaguen el fuego que te devora!

Tal era el estado en que se encontraban nuestros amigos, y solo esperaban la vuelta de Santiago, que había ido en busca de una litera para emprender la marcha al castillo.

Primero debían salir de la casa Ana en la litera y el capitán siguiéndola a corta distancia hasta llegar fuera de la Puerta de Moros, donde se tendría para éste un caballo.

Inmediatamente tomaron el camino de Toledo, deteniéndose en una posada a poca distancia de Madrid y esperando allí a doña María de Mendoza.

Ese plan se realizó felizmente.

CAPITULO LXXV

Cómo supo don Diego que su hija
había desaparecido

A la mañana siguiente se levantó don Diego de Mendocá a la hora de costumbre, es decir, muy después de amanecer, porque era madrugador.

Estaba tranquilo en cuanto para él era posible la tranquilidad, pues el día anterior había visto a rey y éste no le había dicho más sino que se lo tenía para que ocuparse en el asunto de la reina Ana, porque se encontraba en camino de Burgos muy bien guardada, y que nada debía temer por las precauciones de todo género que se habían adoptado.

Ni una sola palabra había cruzado sobre este asunto el caballero con su hija, y se contentó a preguntar por ella cuando llegó la hora de almorzar y no la vio.

—No ha salido de su aposento—le respondieron los criados.

—Pues ¿está enferma?

La dueña a quien concierne ya se acercó a la puerta del dormitorio y dió algunos pasos, y como no recibiera contestación, abrió los brazos a ojo de la cerradura y dijo en voz bastante alta,

—¡Mi noble señora!

Tampoco le contestaron.

Llamó otra vez, y luego exclamó:

—¡Jesús nos asista!... ¿Pues qué le sucede a la señora?... Debe estar enferma, y tan gravemente que haya perdido el conocimiento, pues si me oyera ni me contestaría. Tengo miedo de entrar y la peor es que hace algunos días acostumbré a tener una llave... No, no haré nada sin dar parte al señor.

Y la dueña, pálida y temblando, fue en busca de don Diego, diciéndole con angustioso talor:

—Yo no sé lo que pasa, no lo entiendo ni lo adivino. Supongo, es decir... En fin, ¡venga a ver!

—¿Querías acabar?—Interrumpió don Diego.
—Dios nos escuchará, porque es misericordioso.

—¿Vire el cielo!... Os he mandado llamar a mi hijo. ¿Por qué no viene?

—Lo ignora, pues no he querido entrar en su cuarto.

—¿La habéis llamado?

—Y no me respondió. Y...

—¡Oh!—exclamó don Diego.

Se contrajo su frente más de lo que estaba, y su mirada se tornó sombría.

A pesar de lo mucho que había sufrido con las dolencias de su hija, era su hija al fin, la amaba, y por su paternal amor no se oponía su exagerada severidad.

Creyó que doña María estaba enferma y que tal era su enfermedad había sido producida por el dolor de verse separada para siempre de la hija de su íntima pasión.

Así discurría don Diego en tanto que llegaba a la habitación de su hija, empujaba la puerta, que sólo en dificultad, y entraba.

Impero no se encontraba allí doña María.

A todos lados miró el caballero y quedó inmóvil como si se hubiese petrificado.

También entró la dueña, y exclamó:

—¿Virgen santísima!... ¡No está!... ¡Ha desaparecido!... ¡Horror!...

Y también quedó inmóvil.

En el semblante de don Diego iba pintándose gradualmente la espantosa borrasca que agitaba su espíritu.

Por un momento había tenido compasión de su hija al creerla enferma, y parecióle que su compasión era una debilidad imperdonable.

¿Y por qué doña María tan repetitivamente había adoptado la resolución de abandonar la casa paterna?

¿Cómo haciéndolo así mejoraba su situación?

Eso era inexplicable.

No solamente la sorpresa, sino también la tristeza al caballero.

No acertaba a discurrir, no se daba clara cuenta

de la situación, y sus ideas eran vagas y confusas. Dudó si sus ojos le engañaban o si estaba dormido o dormido y bajo la influencia de la horrible pesadilla.

Se pasó las manos por la frente como para disipar la nube que en aquellos terribles instantes oscurecía su inteligencia.

Volvió a mirar a todos lados.

—¡Oh!—murmuró con voz sorda.

—No está, mi noble señor, no está—dijo la mujer.

—Dejadme.

—¿Pero cuándo se ha ido? ¿Y por qué? ¿Y a dónde?

—Callad...

—Es qué...

—¡Vive Dios!—gritó fuera de sí don Diego.

La dueña se alejó, temerosa de pagar esas culpas.

El caballero se esforzó para recobrar la calma.

Ante todo quiso ver si su hija había dejado alguna huella, alguna señal que sirviese de punto de partida para hacer suposiciones con algún acierto.

Bien pronto encontró lo que buscaba: pero sobre una mesa vió un papel escrito.

La letra era de doña María.

Leyó el anciano con tanta ansiedad como le mor lo siguiente:

"Mi amado y respetable padre y señor: Dios me conceda salud, pero lo hago para cumplir un deber. Fuí débil y tuve una hija que me costó de mi debilidad; pero tengo la obligación de hacerla feliz.

"De vos me separo, tal vez para siempre; y lo que en estos momentos sufro, nadie lo comprendería. Mi corazón de hija está destrozado, yo misma lo destrozo, porque a ello me obliga mi amor de madre.

"Dios, que es infinitamente misericordioso, me tenido piedad de mí: se ha dignado darme un suplente, y ha conseguido salvar a mi hija de la desgracia que le amenazaba. Ya no será más: no hay poder humano que violente sus sentimientos; su voluntad; vivirá para su pobre madre y su

me para ella; vivirá para el hombre que la ama
me mismo.

Y los busques, porque no nos encontrareis.
Se debe ocultar que la salvación de mi pobre hija
es todo al hombre generoso a quien injustamente
se acusa y se persigue y a quien, no se por qué,
se debe en llamar el diablo.

Saliremos de España en la primera ocasión
que nos ofrezca seguridad, y, entre tanto, será in-
posible descubrir nuestro asilo.

Perdonadme, padre mío; os lo suplico en nom-
bre de mi virtuosa madre que está en el cielo.

Soy muy desgraciada, sufro mucho, y bien
sabéis estoy por las faltas que he cometido.

Adiós para siempre, mi querido padre, adiós."

Nada más decía el escrito.

—¡Que se ha salvado su hija!—exclamó don
Diego— ¡Que ya no será monja! ¿Pues no está
casado de Burgos? ¿No la sacaron de Santo Do-
mingo sin ninguna dificultad? ¿En qué consiste el
caso? Esto es para perder el juicio... Verdad de-
bería que su hija se encuentra libre, pues de otra
manera no se comprende lo que ha hecho la mía,
¡por el infierno! Si el rey no se burla de mí, es
que otros se burlan del rey. Preciso es aclarar las
cosas, hacer algo, y... ¿Qué hacer?

Una vez leyó don Diego, y después de reflexio-
nar en cuanto le era posible, decidió ir a ver a
Felipe II.

Días le parecieron las horas que tuvo que es-
perar hasta que llegase la oportuna para ver al
monarca.

La desaparición de doña María dió lugar a toda
clase de comentarios entre los sirvientes.

Por su lado el momento, y el señor de Mendo-
za se dirigió al alcázar.

CAPÍTULO LXXVI

El rey vuelve a temer y a tranquilizarse,
y el marqués pierde la última esperanza

En vez de calmarse, estaba cada momento más excitado el señor de Mendoza.

Ya conocemos su severidad y su carácter tratable.

Tras la deshonra de su hija, que consideraba su propia deshonra, y después de haber visto frustrada su venganza, no podía resignarse con aquel último golpe.

Su autoridad había sido desconocida, y esto era para él tan horrible como la misma deshonra.

Ya no podía imponer su voluntad a su hija, ya era ésta libre, completamente libre y había conseguido cuanto deseaba.

El convencimiento de su impotencia era verdaderamente horrible para don Diego.

Bien claramente se revelaba en su rostro descompuesto y lívido, lo que sentía, lo que sufría.

Apenas llegó, fué recibido por el marqués, que le miró, y dijo:

—¿Qué sucede?... Vuestra palidez, vuestra agitación son señales de una gran desgracia.

—¡Oh!—exclamó don Diego—. Perdoneme vuestra majestad si pronuncio alguna palabra poco respetuosa: pero mi razón está trastornada, y...

—Explicaos, don Diego.

—Señor, mi hija ha desaparecido.

—¿Que ha desaparecido!...

—Ayerche, mientras yo dormía.

—Imposible parece.

—Y su hija, el fruto de su debilidad, el testimonio de mi deshonra...

—Ya sabéis que su hija...

—No será monja, ya lo sé.

—¿Don Diego!...

—A estas horas se encuentra al lado de su madre...

—No—interrumpió el monarca, cuya frente se
frunció.

—Lo sé.

—Os equivocáis.

—Tengo la prueba.

—Acabad, don Diego, acabad de explicaros.

—Que mi hija ha desaparecido, que me ha de-
jado este papel y...

—Veámos.

Tomó Felipe II la carta de doña María y la
leyó.

No pudo dominarse hasta el punto de permane-
cer apasible.

Se arrojó su entrecejo y palidicieron sus me-
jillas.

—¡Oh!—murmuró con voz sorda—. ¿Es posi-
ble que exista una criatura bastante audaz para
defraudar de mí?

—Ese hombre, ese paje, ese demonio...

—Quiero salir de dudas.

El monarca tomó la pluma y escribió algunas
palabras.

Luego llamó y dijo a un gentilhombre:

—Ahora mismo un correo... A caballo... Que
vaya que vele hasta dar alcance en el camino
a Burgos a un coche en que van un sacerdote y
un novicia... ¿Entendéis?

—Sí, señor.

—Y quiero contestación muy pronto.

Sabó el gentilhombre con el pliego.

—Volved a vuestra casa, don Diego—dijo el
rey—y esperad.

El señor de Menoza pronunció algunas pala-
bras y salió.

Antes de que transcurriesen veinte minutos se
alcanzó de Madrid el mensajero que llevaba la or-
den del rey y la de no detenerse un solo instante.

No tenemos necesidad de seguirle paso a paso.

Donde alcanzar a los viajeros, que no camina-
ban muy aprisa, y los alcanzó sin experimentar más
momento que el de reventar un caballo y de-
poner en una posada para comprar otro por lo
que faltaban pedirle.

Cerca de otra posada encontrábanse también con la escuela, el sacerdote y la novicia.

—¡En nombre del rey, deteneos!—gritó el viajero.

Y el carruaje se detuvo, asomando por una ventanilla la cabeza del sacerdote que, como había recibido instrucciones muy precisas, empezó a leer que se le tendiese algún lazo.

—¿Qué queréis?—preguntó.

—Este pliego que manda su majestad en su nombre.

La joven empezó a temblar, creyendo que se había descubierto la intriga.

El buen sacerdote leyó y tuvo que convenecerse de que ningún lazo se le tendía.

—Se me exige respuesta—dijo.

—Y su majestad la quiere pronto.

—Ahora mismo no puedo darla, porque no tengo lo necesario para escribir; pero ya que estamos cerca de esa posada, avanzaremos un poco más.

—Puesto que es preciso, así lo haremos.

Llegaron a la posada.

El huésped, su mujer y la criada recibieron haciendo reverencias, porque al ver el coche y la escolta, comprendieron que se trataba de muy importantes personajes.

El sacerdote, muy escrupuloso en el cumplimiento de su deber, mirando ante todo por el pudor y recato de la que iba a ser esposa de Jesucristo, le dijo al posadero:

—Preparad una habitación que no tenga comunicación con ninguna otra, porque ha de ocuparla una dama, y, además, necesito otro aposento para mí. En cuanto a la gente que me acompaña, es modadla lo mejor que sea posible.

—Pero entre tanto pueden vuestras señorías salir del coche.

—No, no.

—Ni un solo viajero hay en mi casa, y por el siguiente...

—Tanto mejor.

Preparadas estaban todas las habitaciones, y por consiguiente, muy pronto volvió el posadero.

—Los curiosos están de más—dijo el sacerdote, y añadió dirigiéndose a la novicia:

—Recubrid bien el rostro y venid.

Obedeció la joven, que aun temblaba, y a los pocos minutos se encontró en el aposento que debía ocupar.

En otro inmediato se instaló el sacerdote, y su primer cuidado fué escribir lo siguiente:

Señor: Hasta este momento nada de particular ha sucedido, y tengo la honra de participarlo a vuestra majestad, en cumplimiento de su orden, para que se sirva de entregarme.

La novicia no me ha dado el más leve motivo de queja, y ni siquiera me ha molestado con preguntas. Parece que ha comprendido que se le hace a ella, y aunque debo sufrir, está resignada. Algunas veces la he visto llorar; pero esto no me sorprende, porque tengo en cuenta que se ha separado para siempre de su madre.

No hemos encontrado más que viajeros péciosos, y en todas partes se nos trata con el mayor respeto.

Recibo otra carta con mensajero distinto del que me trajo la de vuestra majestad.

Nada temo, señor, y espero que Dios me proporcione para llegar felizmente a Burgos.

Siempre de vuestra majestad el más fiel vassallo eclesiástico.

Primo y cerró la carta el sacerdote, llamando luego a uno de los soldados de la escolta y mandándole que inmediatamente partiese para Madrid.

Al otro mensajero le dijo:

—Vos seguidlos con nosotros, porque así es necesario para el mejor servicio de su majestad.

—Ostende que yo estoy dispuesto a volver a Madrid inmediatamente, aunque estoy medio reventado.

—Haced cumplido vuestro deber y podéis descansar con desahogo.

—Pues entonces, voy a dormir.

La joven hubiera querido que le dieran explicaciones sobre la carta del rey; pero no se atrevió

a pedirías, y, al fin, empezó a tranquilizarse, porque ni una sola palabra se le dijo que indicase haberse descubierto la intriga.

El nuevo mensajero llegó a Madrid con toda felicidad.

El rey leyó una y otra vez la carta del sacerdote, y para que ninguna duda le quedase, llamó al alcaide y le hizo muchas preguntas con respecto al viaje.

Nada había sucedido, nadie había molestado a los viajeros.

¿Qué significaba, pues, la carta de doña María?

¿Por qué aseguraba que su hija estaba ya salvada y no sería monja?

¿Y por qué el paje había dicho lo mismo en la carta de la joven que tanto empeño mostraba en profesar?

Después de mucho reflexionar pensó el rey que ya que otra cosa no habían conseguido, propusiese sus enemigos mortificarle.

Consultó con Antonio Pérez.

Dió noticia de todo a la princesa.

Luego llamó a don Diego, le entregó la carta del sacerdote, y le dijo:

—Leed y os convencereis.

—No lo entiendo, señor, no lo entiendo—dijo el señor de Mendoza después de haber leído.

—Supongo que quieren mortificarnos y nada más.

—Pero si es muy cierto que mi hija ha desaparecido.

—La buscaremos.

—Nadie ignora ya el suceso, y nuestro honor anda mal parado en boca de los murmuradores.

—¿Y acaso podemos remediarlo?

—Pues por eso mismo, señor, el coraje me aboga, y acabará por quitarme la vida.

—Don Diego, preciso es resignarse.

—Resignación cuando se trata de la honra?

—Cuando se trata de todo, porque Dios lo manda así.

No esperaba el señor de Mendoza más consejos ni auxilio del monarca, y pidiendo licencia, se despidió y salió.

—Ese mismo día y mientras estaba don Diego en palacio, el marqués de Poza fué a visitar a doña María, con la esperanza de que ésta pudiese decirle ya dónde se encontraba el paje; pero el criado que le recibió, le contestó tristemente:

—No verás a mi noble señora.

—Ya sabéis que a todas horas me recibe.

—Ei, lo sé; pero...

—¿Está enferma?

—Supongo que goza de perfecta salud.

—¿Que lo suponéis!

—¿Para qué he de ocultaros lo que todo el mundo sabe?

—¿Pues qué ha sucedido?—preguntó el de Poza con ansiedad.

—Mi noble señor está medio loco, y todos estamos confundidos y... En fin, nadie lo entiende.

—Pero...

—Ha desaparecido mi noble señora.

—¿Que ha desaparecido!

—Ni más ni menos.

—¿Lo que decís...

—Doña María se acostó, y por la mañana ya no la encontramos.

Mortal palidez cubrió el rostro del de Poza.

Se desvanecía su última esperanza.

Algunos minutos pasaron sin que le fuese posible articular una sílaba.

Luego siguió pidiendo explicaciones; pero el criado no podía decir más sino que su señora había desaparecido.

Saló el marqués de la casa, reuniéndose a Juan, que le esperaba a la puerta.

—¿Otra desgracia?—preguntó el criado al ver el rostro pálido y la mirada sombría de su señor.

—Ya no hay esperanza.

—¿Por Satanás!... ¿Qué sucede?

—Ha desaparecido doña María, y nada más se sabe. ¿A quién he de acudir? ¡Oh!... No encontraré a Blanca, no la encontraré...

—Y yo acabaré por matar al fraile, que lo sabe todo y calla, aunque os ve morir.

—No conoces a fray Bernardo.

—Ei, lo conozco demasiado bien, es un bribón.

—Tiene una gran fuerza de voluntad, y le da valor para morir. ¿Qué adelantáramos con su nazario? Además, nos ha hecho un gran beneficio.

—Porque le convenía.

—Pero ello es que nos ha salvado.

—Señor, yo no soy tan escrupuloso de conciencia como vos, es decir, que tengo una conciencia muy parecida a la del padre Bernardo.

—Peor para ti.

—Prometed al fraile que convenceréis al señor Luis, que le obligaréis a aceptar la alianza.

—No debo prometer lo que no puedo cumplir.

—¿Y qué importa?

—¡Juan!...

—Os aconsejo que hagáis lo que el doctor haría en vuestra situación. Por de pronto encerrad a doña Blanca, y...

—Aunque me fuese posible violentar hasta en punto mi conciencia y cometer semejante crimen, nada conseguiría para nuestra felicidad, porque fray Bernardo se vengaría muy pronto, y acabaríamos la lucha en los calabozos de la Inquisición.

—¡Fuego del Infierno!... Tenéis razón: no me había ocurrido semejante cosa.

—Es preciso aguardar y sufrir.

—Y así estaremos hasta el fin del mundo, muriendo los unos tras los otros sin encontrarnos jamás.

—Porque así lo quiere mi negro destino.

—¿A dónde hemos de ir ahora?

—A nuestra casa, porque necesito descansar y reflexionar.

—Pues vamos.

Hablando así llegaron a su pobre vivienda.

El marqués de Foza quiso quedarse solo para entregarse con más libertad a sus pensamientos.

Juan y el doctor se ocuparon en hacer comentarios sobre lo que acababa de suceder.

Aun no habían transcurrido diez minutos, cuando el doctor se presentó.

CAPÍTULO LXXVII

El fraile sigue su sistema

Fijase en el marqués la mirada penetrante del anciano, cuyo rostro expresaba lo mismo que siempre: la dulzura, la mansedumbre, la tranquilidad más completa.

—Bendito sea Dios! — dijo—. Otra prueba, ¿es verdad?... Me lo dicen vuestros ojos... Lo sabe, señor marqués; pero creedme, no puedo negarlo, y la culpa no es mía, sino de vuestro ego, cuya vanidad lo ciega.

—La culpa no es de nadie más que de mi desorden. Debo morir sufriendo horriblemente, ya lo sé.

—¿Habéis perdido la esperanza?

—Sí, porque cada día se presenta un obstáculo, más aún es más horrible mi situación.

—La esperanza no se pierde sino después de haber perdido la fe.

—¿Y por...

—Cuidado, que estáis muy cerca de decir una verdad.

—Padre...

—Dios os ha dado la voluntad para que os desentendáis.

—Pero hay momentos...

—Decidme lo que os ha sucedido, si es que os parece que debo saberlo, pues no me ofenderé si me reservado.

—Ver lo sabéis todo...

—Así sabe, señor marqués.

—He ido a ver a doña María de Mendoza, que es la única persona que podía decirme dónde se encuentran mis amigos.

—Supongo que doña María está muy preocupada por la suerte de su hija, de la hija de don Juan.

—Algo muy grave debe de haber sucedido en su familia.

—No lo sé.

—La hija de don Diego ha desaparecido.

—Pues eso prueba que la otra...

—Permitidme reflexionar.

Guardó silencio el fraile y después de algunos momentos, dijo:

—No acabo de entenderlo bien.

—Yo nada comprendo.

—Sacaron de Santo Domingo el Real a la joven para llevarla a las Benedictinas de Burgos; sin embargo... ¡Oh!... El paje debe haber sido una de las suyas.

—Ello es que doña María...

—Averiguaremos.

—¿Y qué me importa que averigüéis?—preguntó el de Poza—. Si no habéis de decirme dónde se encuentra Blanca...

—De vos depende.

—¿Cómo he de prometeros lo que no podré cumplir? Si no os mueve a compasión el sentimiento y el de la mujer a quien amo...

—No siempre puede uno dejarse llevar de los impulsos del corazón. No me supliqué, porque si conseguiréis más que mortificaros y mortificaros...

—¿Y he de estar así toda la vida?

—Sólo Dios sabe lo porvenir.

—Ya conocéis mi situación, padre, y por consiguiente...

—Os favoreceré en cuanto me sea posible.

—Gracias.

—Ahora, perdonad si no me detengo porque me esperan para un asunto de muchísimo interés. Rogaré al Omnipotente que os haga dicha.

—Perdonad si os lo digo con ironía; vuestro ruego es un sarcasmo.

—¿Y por qué?

—¿Qué necesidad tenéis de rogar cuando si dicha depende de vos, cuando no tenéis que hacer más que pronunciar una palabra para que se realicen mis deseos?

—Olvidáis los míos, mis conveniencias, mis intereses.

—Es verdad—dijo con amargura el marqués.

—Nunca he intentado aparecer a vuestros ojos como un hombre generoso que hace el bien sin

—Hacerlo, pues con claridad os he dicho que si me conviene es porque me conviene, y no os he pedido nada ni la quiero, ni vos tenéis obligación de agradecermé nada.

—Pues al todo lo miráis bajo el punto de vista de vuestras conveniencias, de vuestros intereses, ¿verdad que no me pedís el mayor de los sacrificios?...

—Ninguno podéis hacer que me convenga.

—¿Queréis oro, os lo dare a montones.

—¡Oro! —replicó desdeñosamente el fraile— ¡lo que os convenga!

—Entonces...

—Esperad—dijo el dominico poniéndose en pie.

Pusieron término a la conversación.

Saló el padre Bernardo, y muy pensativo se fue al convento y entró en su celda.

—¿Qué ha sucedido con la hija de don Juan?

—¿Preguntó— ¿Por qué doña María de Mendoza se ha abandonado su casa? El la joven está casada de Burgoa, y bien vigilada, ¿qué ha de hacer doña María?... No lo entiendo, no lo entiendo.

Al fraile, a pesar de toda su astucia, le sucedía a veces que se equivocaba.

Cuando de una hora pasó, haciendo toda clase de suposiciones y deducciones y cuando ya se daba por vencido, abrióse la puerta de la celda y se presentó Luis.

—¡Ah!—exclamó el dominico.

—¿Os sorprende mi visita?—preguntó Luis.

—Sí, porque creí que estabais muy ocupado y lejos de la corte.

—Por esta vez os habéis equivocado, reverendo padre.

—Sois una débil criatura.

—Vengo para seguir pagando la deuda de gratitud que tengo con vos.

—¿Y cómo me la pagaréis?

—De la única manera que es posible, con mi fuerza.

—He sabido que doña María de Mendoza...

—Abandonó su casa para poder estar al lado de su hija.

—Al lado de su hija!... Según las últimas noticias que he recibido...

—Creéis lo mismo que todos: que la joven se viola se encuentra camino de Burgos.

—Si la sacaron de Santo Domingo...

—No la sacaron, sino que la dejaron allí y yo me la llevé.

—¿Os chantageáis?

—En lugar de la hija de don Juan de Austria se puso otra joven educanda que tiene grandísimo empeño en ser monja, y...

—¡Ahora lo comprendo todo!

—Y mientras creen llevar a Burgos a la hija de don Juan...

—¿Y no queréis ser mi aliado!—exclamó el dominico—. ¡Ah!... Con el auxilio de un hombre como vos me atrevo a hacerme dueño del mundo. Aceptad mis ofrecimientos, y hoy mismo principiaremos la lucha, y a desprecio del rey, a desprecio de...

—No—interrompió Luis.

—Os obligaré, o perderé la vida.

—Si lo conseguís, no me quejaré.

—Lo queréis, y será.

—Seguid escuchando y os diré todo lo que ha sucedido, y luego vos, si lo tenéis a bien, me daréis noticias del marqués de Poza.

—Y que son de bastante interés.

—Conseguí inspirar confianza al hotelero y le convulé a cenar en su misma habitación así como también al sacerdote. Los embriagué fácilmente me metí en el convento y hablé con la hija de don Juan, sabiendo entonces que allí había una educanda que se consideraba la criatura más preciosa porque su padre no le permitía ser monja y quería casarla. Me ocurrió la idea de hacer dichosa a la desdichada, nos pusimos de acuerdo, y en las noches en que mi protección debía partir, la otra se iba en su lugar, bien envuelta en el manto, y...

—No necesito más explicaciones.

—¿Os convencéis ahora de que la hija de don Juan de Austria se encuentra libre y al lado de su madre?

—La travesura es digna de vos.

—Como las personas que guardan a la hija de don Juan no la habían visto nunca, es imposible

se sorprendan el engaño, y al rey y doña Ana de hecho seguirán creyendo que han triunfado y se alegrará una vez se han burlado de mí; pero se separa en que se desengañen, y tal vez ese día sea el mismo.

—Todo eso lo encuentro bien; pero decidme si pensar de que cada día conseguís una victoria ha mejorado vuestra situación.

—No lo sé.

—¿Y no habéis podido averiguar dónde se encuentra el marqués de Poza, y en cuanto a la princesa de Ebo?...

—En cuanto a ésta, si puedo decir que su suerte está en mis manos.

—¿Os conciliaréis de vuestra perdición y de la de vuestros amigos con la perdición de doña Ana?

—Sería un consuelo de estúpido.

—Pero entonces...

—Háblame del marqués, padre.

—Ha estado enfermo; pero ya ha recobrado por completo la salud.

—Doy a Dios gracias.

—¿Lo habéis tenido en la hostería de Mancioni?

—Por el infierno!—exclamó el papa, sin que se ocurriese el respeto debido a un sacerdote—... en la hostería!

—Creo que allí estaba más seguro, suponiendo que a nadie había de ocurrírsele ir a buscarlo en el lugar de donde había tenido que huir.

—¿Vive el cielo!... ¡Soy un idiota!

—Más sorpresas fueron vuestros amigos, pues olvidaron sin ningún acierto. Un esbirro de la Inquisición, aquel a quien vuestro amigo el capitán agaleó tan brutalmente, adivinó el plan del ataque, hizo averiguaciones muy hábilmente, y así tuvo la seguridad de no haberse equivocado. En esta parte del descubrimiento al Santo Tribunal.

—¿Y qué?

—No me es posible oponerme a la prisión del que está calificado como hereje.

—Pero si pudisteis...

—Dejó que el Tribunal cumpliera sus deberes, y así hizo sin perder un instante.

—¡Dios mío!—exclamó Luis, fijando en él toda una mirada de indescriptible afán.

—Yo tampoco perdí el tiempo; corrí, corrí, corrí, ver al marqués y darle a conocer el peligro que le amenazaba; pero mientras yo hacía esto, los esbirros cercaron la hostería, y...

—¡Por Satanás!—gritó fuera de sí el maestro en tanto que dos centellas se escapaban de sus ojos—. Saldrá el marqués de la Inquisición y se quedará piedra sobre piedra del edificio, si su vida quedará un solo inquisidor.

—Tened más calma.

—¡Calma!... ¡Vive el cielo!

—Y no juréis así.

—Acabad, padre, acabad.

—El único medio de salvación que le ocurrió a vuestros amigos, fué armar otra función deuchilladas como la en que vos tomasteis parte no ha muchos días; pero nuestra gente, teniendo en cuenta que de los escarmentados nacen los sabios, adoptó tales precauciones, que la resistencia, si solamente era inútil, sino imposible.

—¿Y al fin?

—Todo se arregló muy fácilmente.

—¡Ah!...

—Cambié de ropa con el marqués, que me vestió de fraile y echando bendiciones y yo me fui a los esbirros, teniendo buen cuidado de hacer la manera que no me conociesen.

—Gracias, padre mío, gracias... Os debo más que la vida.

—Viendo estáis que cuando me es posible os hago un favor, y, sin embargo, os empeñáis en no ser mi amigo...

—Vuestro amigo, sí.

—¿Y mi aliado?

—Jamás.

—Esperaré.

—¿Y sabéis dónde se oculta el marqués de Peza?—le preguntó Luis.

—Claro es que lo sé, pues siquiera por gratia ha debido confiarme el secreto.

—No os hago más preguntas sobre esta parte, porque no me contestarías.

—La última esperanza de vuestro amigo se desvaneció hace pocas horas, porque fué a visitar a don Alvaro de Mendoza, y supo que la infeliz había desaparecido.

El paje inclinó la cabeza y guardó silencio.

Fray Bernardo lo contempló mientras desplegó una sonrisa maliciosa.

Después de algunos minutos se puso Luis en pie.

—¿Ya os vais?

—Sí.

—Aun tengo que deciros lo más interesante.

—Os escucho.

—Os he hecho ya muchos beneficios, y quizás en un auxilio generoso hubieseis caído en poder de vuestros enemigos.

—Lo reconozco.

—Desde hoy os dejo entregado a vuestras propias fuerzas y a vuestra fortuna.

—Es por eso tengo derecho a quejarme.

—Es que os amenaza un golpe terrible, el golpe decisivo, porque doña Ana de Mendoza está muy lejos de averiguar dónde os ocultáis.

—¿Y vos tenéis medios de evitar ese golpe?— preguntó Luis.

—Sí, pero...

—So me los ofrecéis sino a cambio de nuestra alianza, ¿es verdad?

—Así es.

—Pero aún no me doy por vencido.

—Lo siento mucho.

—Tengamos paciencia.

—Que Dios os proteja y os bendiga como yo lo hago en su santo nombre—dijo el fraile, levantando la diestra y haciendo la señal de la cruz.

—Gárdelos el cielo.

Luis salió muy preocupado, porque sabía muy bien que las palabras del dominico tenían un gran valor.

Sin embargo, no quería hacer la alianza, porque el mismo resultado esto había de servir para que don Bernardo hiciese su fortuna, satisfaciendo su insaciable ambición.

¿Qué precauciones podía el mancocho adoptar?

Parecía que por de pronto la comedia de vivir de vivienda, pues indudablemente la que entonces ocupaba era conocida del dominico.

No sabía Luis que a todas horas y en todas partes era observado por la mirada de un espía, que lo espiaba con la habilidad que sabían hacer todos los dependientes de la Inquisición.

Cuando salió del convento, y mientras se dirigía hacia el arrabal de San Martín, miró muchas veces a todos lados por ver si alguien lo seguía, pero no pudo descubrir más que transeúntes que no se cuidaban de fijar la atención en él, y empezó a tranquilizarse, cuando advirtió que las personas a quienes encontraba iban unas en dirección opuesta, otras se quedaban atrás sin volver a presentarse, y las demás, por lo muy deprimidas, pasaban delante y desaparecían.

Los espías eran cuatro o cinco de muy distinto aspecto en todos sentidos, y tenían tan admirablemente combinadas sus evoluciones, que se substituían frecuentemente, ya avanzando, ya retrocediendo y cruzándose de manera que no era posible que por espacio de muchos minutos viera las a una misma persona.

Ingenioso y astuto era el paje; pero no menos ingenioso y astuto era el dominico.

Santiago esperaba a Luis, y al verlo, exclamó:

—¡Ya estoy tranquilo!

—¿Qué temías?

—Lo que temo siempre que sabía.

—Tenemos que buscar otra casa, otro convento.

—¿Hay peligro aquí?

—Así parece.

—¡Mil rayos!... No nos dejarán un instante de sosiego.

—Paciencia, buen Santiago: la bronca es pasada, pero toca a su fin.

—¿Y a dónde iremos a parar con nuestros hijos?

—Eso es cuenta tuya.

—Está bien.

—No esperaremos más que el regreso de Agustín.

—Mañana lo tendremos aquí.

10

—Pues no pierdas el tiempo, y que Dios te ilumine.

Enrico determinó buscar el nuevo escondite en la parte opuesta de Madrid, y se dirigió al laberinto de estrechas y tortuosas calles de la Morería.

CAPÍTULO LXXVIII

El dominio hace de las sūyas

Una hora después doña Ana de Mendoza se encontraba en la habitación donde ya la hemos visto muchas veces.

Parecía muy preocupada, y en verdad que sonaba mucho de preocupación tenía.

Pensaba en los sucesos referentes a la hija de su hermano y también en su situación, que nada tenía de tranquila puesto que aún no le había sido posible aniquilar a sus enemigos, y mientras éstos vivían y esquivaban en libertad, no debía considerarse libre de algun tremendo golpe.

Castaña, buscando medios para terminar de una vez aquella lucha que ya se hacía insostenible.

Abrió una de las puertas y se presentó Inés.

—¿Qué quieres?—le preguntó la princesa.

—Esta carta que acaban de traer...

—¿De quién?

—No lo han dicho.

—Dame y vale.

Miró doña Ana el sobrescrito sin conocer la letra se encogió de hombros, rompió el sello, desdobló el papel y buscó la firma.

No la encontró.

—Un anónimo—dijo.

Y empezó a leer con indiferencia; pero muy pronto cambió la expresión de su semblante, escapándose de sus ojos un destello de la más viva alegría.

—¡Ah!—exclamó.

Sus manos temblaron.

Con afán indescriptible fijábase en cada una de las líneas del papel.

¿Qué contenía ésta?

Las siguientes líneas:

"Entrando en el arrabal de San Martín a la izquierda, la tercera casa. Allí está el diablo."

"El capitán está en Toledo."

"En la misma casa debe encontrarse pronto al tabernero."

"Una docena de hombres, mucha calma, mucha paciencia y alguna habilidad para cazar en los alrededores de la casa."

"Esto es cuanto se necesita."

"Más o menos tarde saldrá el diablo, y, cuando lo repentinamente, no escapará."

"Nada perderá la señora princesa por hacer la prueba, pues aunque nada consiguiera, ninguna ventaja daría a sus enemigos."

"Quien da este aviso y el por qué, lo sabrá oportunamente la señora princesa."

Nada más decía el papel.

Sospechó la viuda si la tendían un lazo, pero ¿con qué fin?

Si la hubiesen dicho que ella misma se probaría, hubiera podido creerse que intentaban asustarla; pero todo lo peor que podía suceder es que perdiesen la vida algunos de los truhánes que la servían, lo cual era lo mismo que no pasar nada.

—Sí, sí — dijo arrebatadamente doña Ana — haré la prueba, y al mismo tiempo que va Ana al arrabal, daré al rey conocimiento de lo que pasa, por si le parece bien que también acuda algunos alguaciles como auxiliares, y para que nadie sospeche si se intenta cometer un crimen."

Doña Ana llamó, diciéndole a su doctoresa:

—Que venga inmediatamente Ginés, y, cuando tanto, prepare mi ropa, porque he de ir a probar."

Obedeció la sirviente, que empezó a perder la tranquilidad, porque adivinó que se preparaba el nuevo golpe contra Luis.

enfurecía la ilustre viuda para dominar su pasión, que era más violenta cada instante.

Dócenla a Gueís de lo que sucedía, y le mandó que se pusiera en movimiento.

Ya sabemos que aunque ninguna recompensa prometían al desalmado criminal, había de hacer algo de imaginable contra Luis, porque su amor propio estaba herido desde que en el camino de Arto se burlaron de él.

A esas horas podía el desorejado estudiante contar con muchos bribones que le ayudasen, y, por consiguiente, no tuvo que vencer ningún obstáculo para cumplir en seguida las órdenes de su señora.

Era se vistió convenientemente y fué a palacio, siempre recibida por el monarca, que apenas le volvió la pregunta:

—¿Qué sucede, señora? Estáis muy agitada, y vuestro semblante revela no sé qué de extraordinario.

—Ah!—exclamó la princesa—. Empleo a tener alguna esperanza de que nos apoderemos del trono, y, por consiguiente, no puedo estar tranquila.

—Grave es lo que decís, doña Ana.

—Señor, no quiero entregarme a ilusiones que pueden desvanecerse, y vuestra majestad apreciará la situación. Así la responsabilidad no será solamente mía.

—Explicaos más claramente.

—Acabo de recibir este papel—dijo la princesa—y entregó el anónimo al rey.

Con la atención que el caso requería leyó el monarca.

Luego quedó pensativo, diciendo después de algunos minutos:

—No os tienden un lazo, puesto que nada conspiran.

—Des mismo he pensado, y he deducido...

—Pero es posible que se hayan propuesto hacer concebir esperanzas para que tengamos luego que sufrir el desengaño.

— semejante resultado no merecía la pena de que nuestros enemigos se molestasen.

—Ciertamente.

—Bien se me alcanza que es sospechoso el aviso cuando se oculta la persona que lo da.

—Por de pronto consiguen llamar nuestra atención hacia el arrabal de San Martín.

—Por algunas horas no más, y bien entendido, puesto que no les estorbamos para cualquier cosa que en otra parte intenten.

—Entonces será preciso creer que es la verdad.

—¿Por que el paje no ha de tener algún amigo?

—Todo es posible.

—Por de pronto he adoptado algunas medidas sin perjuicio de hacer lo que vuestra majestad determine, y a estas horas se encontrarán ya algunas personas en los alrededores de la casa en cuestión, pero una parte que también deberían acudir para auxiliar algunos alguaciles y un alcaide que trata de su criminal, y para prenderle debe de tener que representar el principal papel.

—Se hará cuanto sea menester, aunque no sea que tan fácilmente nos apoderemos del paje.

—Eso es lo mismo que decir que nada.

—Sí.

—Y, sin embargo...

—Dada Ana, en todo lo que se pueda se ocupará, y lo único que puede decir es que tiene una gran fuerza, que si no nos coloca en peor situación mejorará nuestro amor propio.

Quedó muy pensativa la princesa, porque los desengaños y derrotas había sufrido, que ya le parecía imposible luchar con el manrebo.

—Volved a vuestra casa—dijo el rey después de algunos minutos—, que ahora mismo voy a disponer lo que más convenga.

—Pero como nadie me asegura pronto se dirigieron a algunas diligencias suponiendo que ese hombre era un nuestro poder.

—Realizaré el castigo que merece, a menos que justifique...

Se interrumpió Felipe II, y por un momento tornó sobre su mirada.

Acordábase de la carta que había recibido...

—¿A qué se hablaba de la falsía de la princesa. Me está a Felipe II y luego preguntó:

—¿Y que es lo que ha de justificar el paje?

—La rectitud de sus intenciones—respondió dis-
tintamente el monarca.

—La rectitud de sus intenciones?... Dirá que
se ha defendido, que ha sido el blanco de todas las
súplicas, la víctima de todas las injusticias, ha-
cedor de la otra época y de la muerte del de Fo-

—Y así de eso ha de servirle ante el Tribunal
del Santo Oficio que es el que ha de juzgarle.

—¿Es que habéis de entregarle a la Inquisi-

ción.

—Así lo he prometido, y así lo cumpliré.

—Entonces ya estoy tranquilo—dijo la princesa.

—Si consiguen apoderarse del paje, aquí han
de estar, pero en seguida le pondré a disposi-
ción del Santo Oficio.

—Eso es lo que procede, porque se trata de de-
fender la religión.

Y así poco más hablaron.

La princesa volvió a su morada.

La situación continuaba creciendo.

Dijo que a nadie recibiría como no fuese al se-
ñor Antonio Pérez.

Con angustiosa ansiedad miraba el reloj y con-
sultaba los minutos.

Estaba horriblemente con el temor de que no
lograran apoderarse de Luis.

Cuando sonaban pasos en alguna de las habi-
taciones inmediatas, estremecíase violentamente
a ruda.

En aquellos momentos se decidía su suerte y
ella se veía.

Se sospechaba que el paje tuviese armas terri-
bles para defenderla en un solo momento, para
ser la justificación de que el rey había inoculado.

Y así transcurrieron las horas, que fueron eter-
nizadas para doña Ana.

¿Qué sucedía entre tanto en el arrabal de San
Juan?

Vamos a verlo.

CAPITULO LXXXIX

Cómo sentía y pensaba Luis

Santiago volvió a las dos horas, diciéndole a Luis:

—Me parece que ya tenemos un nido seguro.

—¿Dónde?—le preguntó el paje.

—En la Morería.

—¿Y podrá quedar hoy arreglado?

—No lo sé, porque todavía he de ir a ver a un amigo, que es el que más ha de servirme en una ocasión.

—La broma toca a su fin.

—¡Tripas de Lucifer!... Es una buena pinta, y si durase mucho tiempo...

—¿Desconfías?

—Es que me faltarían las fuerzas.

—¡A tí que siempre has sido incansable!

—Todo se acaba, señor Luis, y ya empieza a ser viejo. La vida es como una luz, y cuando empieza a faltar el aceite, se amortigua.

—La comparación es exacta.

—Si pudiésemos hacer con el cuerpo lo que es un candil me rejuvenecería. En otro tiempo yo pasaba las noches en vela, moviéndome de un lado para otro, y dando y recibiendo cuchilladas; ahora, si duermo algo mejor de lo que acostaba, me quedo tan estropeado que apenas puedo moverme; ¡Mil rayos!... No hay nada tan triste como la vejez; pero hay que tragársela que quieras que no; darle un abrazo a la muerte, que es más suya que a mí misma fealdad, y aunque en este pícaro mundo se diamos a tropezones y de pena en pena, es lo que nos gusta vivir. Verdad es que no sabemos lo qué hemos de encontrar después, y como la conciencia no está muy limpia, y es lo más probable que Satanás cargue conmigo, quisiera estar ya aquí muchísimo tiempo, aunque fuera hasta el día del juicio final, pues así tendría también la certeza

—No lo sé, pero me moveré.

—Os suplico...

—Déjame en paz con tus presentimientos y a corazónadas.

—¡Rayos! — murmuró el ex tabernero, iracundo, mientras apretaba los puños—. No *puedo* estar tranquilo, y como no puedo, ¿qué be de hacer?... Esperadme aquí...

—Me llevaré una llave y tú la otra, y así si te llegue primero...

—¿Queréis acompañarme?

—No, porque voy a pasear por la pradera de Manzanares.

—Es decir, donde encontraréis más gente.

—Buscaré un sitio solitario.

—Cúmplase vuestra voluntad.

Santiago volvió a tomar su capa y su sombrero, y salió.

El paje cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho y quedó inmóvil.

A los pocos minutos se había olvidado de los peligros que le amenazaban, se había olvidado de todo para no pensar más que en la encantadora criatura que tan repentina como instantáneamente había encendido su corazón.

Sufría Luis como se sufre cuando se ama y se espera ser amado.

Ya era libre la hija de don Juan, vista en medio del bulirio del mundo, encontraría muchos hombres que la amasen, y algún día...

Cuando llegaba a este punto al hacer suposiciones Luis, enrojecía su rostro como si fuese a herir la sangre, y sus ojos se abrían y dejaban escapar dos corrientes de fuego.

Y no tenía derecho para estorbar que a los amase la bellísima Ana.

Ni siquiera podía hablar de su amor, pues a más que ella correspondiese por gratitud.

Y no era gratitud lo que Luis quería, era amor un amor como el suyo, un sentimiento que le absorbiese todos, una pasión inextinguible.

Para entregarse a estos pensamientos era preciso que diese a estar solo.

Preparóse más de una vez si su misión no había terminado.

Ya había librado a Blanca de las iras de la primera y debía considerarla a cubierto de cualquier ataque.

El marqués se había salvado, y, más o menos así, encontraría a la noble doncella.

Había cumplido también lo que prometió a don Juan de Austria.

¿Le era posible hacer más?

Oreía que no.

Y si nada más tenía que hacer, ¿qué le importaba morir?

Por el contrario, debía considerar la muerte como una dicha.

Ya había luchado bastante, ya había sufrido lo que pocas criaturas sufren.

Las circunstancias le habían obligado a ser hombre cuando no era más que niño, y, por consiguiente, en la primera época de su juventud habían expuesto a desvarios su sus ilusiones, había temido que devorar la más amarga idea de los desengaños.

De su pasado no tenía más que recuerdos horribles.

El presente era bien triste.

¿Qué le reservaba el porvenir?

Mayores sufrimientos, mayores amarguras, amar a ser amado, ver en brazos de otro al objeto de su amor.

Discurriendo así, convencíase el paje de que su existencia no tenía ningún objeto.

Cuando no tiene objeto la vida, no se puede vivir.

Si antes había vivido para los demás, ya no le era posible hacer nada por nadie, y, sobre todo, cuando uno no vive para sí, más o menos tarde la existencia pierde su encanto y acaba por fatigar.

Al cabo de una hora encontrábase Luis en un estado moral que no tiene explicación.

Le amenazaban con peligros en aquellos momentos de hastío de la existencia.

No era posible que nada le espantase.

Se pasó las manos por la frente.

Entreabríronse sus labios para desplegar una sonrisa desgraciadamente amarga.

Tomó su capa y su sombrero.

Salid de la casa sin darse apenas cuenta de lo que hacia.

CAPITULO LXXX

La prisión

Sin cuidarse de recatar el rostro ni de mirar a su alrededor y con un descuido que pudiéramos calificicar de estoico, avanzó Luis paso entre paso hacia el arroyo del Arenal.

Hasta tal punto estaba distraído, que se quitó su capa dejando ver el lado blanco, que en ni más ni menos que ir diciéndo a todo el mundo. "Yo soy el célebre diablo".

Sólo así puede apreciarse con exactitud la disposición de espíritus del infeliz mancebo.

No, no le arredraba en aquellas moméntos ningún peligro, no le importaba la muerte.

Desde el arroyo y hacia el arrabal subían lentamente cuatro hombres, que se detuvieron al ver la capa, y otros cuatro se destacaron del templo del monasterio, que en aquella época se levantaba orgulloso con sus torres señoriales, con sus puertas ferradas, con más aspecto de fortaleza que de tranquila mansión de hombres que se dedican a la santa vida del claustro.

Otros cuatro hombres aparecieron detrás de Luis.

Todos ellos miraron con asombro la blanca capa y se detuvieron como si vacilaran; pero al fin desenvainaron las espadas y avanzaron hacia el mismo punto, resultando así que a los pocos momentos se vió el paje cerrado.

Entonces fué cuando se apercibió de la sorpresa.

Doce hombres, doce espadas, doce...

mas, nerviosamente pálidos y terriblemente amenazadores.

—¿Alguna defensa perisicó?

—Pero León hubiese estado al lado de Luis tal vez nosguieran abrirse paso; pero un sólo hombre por valeroso que fuese. ¿qué había de hacer más doc?

Entonces quedaron todos, y, ¡cosa extraña!, todos articuló una sílaba.

El paje, con una tranquilidad que no se concilia de mirando uno por uno a los doce criminales, luego dejó escapar una careajada burlesca.

—¡Por Satanás! — exclamó Ginés—. Se ríe de nosotros.

—¿Y quién no había de reírse al ver que se piden doce hombres para acometer a uno? Muy muertos seréis; pero estáis demostrando que el paje os domina, y como el hombre que tiene miedo no sirve para nada, me sería muy fácil divertirnos a vuestra costa, haciéndoos correr.

—¡Vive Dios!...

—No os alteréis, Ginés, que nada he dicho que pueda ofenderos.

—Daos a prisión, si no queréis morir.

—¡Que me dé a prisión!... ¿Pues qué, no me está ya bien aprisionado?

A este punto llegaban de la conversación, cuando por la parte del arroyo asomó, con seis corceles, el alcalde, a quien ya vimos en la hostería y a quien ninguna gracia le hacía tener que haberse las con el diabólico personaje, pues aunque le sobraba a él, encontraba muy enojoso lo de andar a guisa de corderos para cumplir su deber.

De los alguaciles nada tenemos que decir, pues miraban con horror la sangrienta escena de la matanza, y en sus pálidos semblantes dejaban ver tan claramente el pavor de que estaban poseídos.

Algo les tranquilizó, sin embargo, ver al paje rodeado por doce hombres y amenazado por otras tantas espadas, sin que pareciese que tenía intención de sacar la suya.

—Atención y seriedad — dijo el alcalde a los criminales.

—Seremos estarnos—respondieron algunos de ellos con voz insegura.

Avanzaron.

Luis soltó una segunda carcajada y exclamó:

—¡También la justicia!... Pues para lo que falta, ha debido venir un ejército.

—En nombre del rey—dijo gravemente el alcaide, abriéndose paso y presentando su vaina.

—Gracias, caballero—le dijo el paje—, porque vuestro auxilio me evita el disgusto de encontrarme con esta canalla.

—Supongo que hoy no intentaréis hacer resistencia.

—Como no quiero mentir, antes de responderme tomaré la libertad de haceros una pregunta.

—¿Qué queréis saber?

—Si habéis determinado llevarnos a la cárcel.

—No, porque su majestad ha dispuesto otra cosa, y os llevará al alcázar real, ensablado con competencia, porque, según entiendo, quedaréis a disposición del Santo Oficio.

—Ahora lo comprendo todo—repuso Luis—: el plan estaba bien combinado: pero,afortunadamente, ha olvidado un detalle su autor, así como ya el vidé otro cuando intentó sacar al príncipe don Carlos por la chimenea de su aposento.

Nadie pudo entender el verdadero significado de estas palabras.

En un momento adivinó Luis la verdad, es decir, que el duque había preparado aquel plan para ofrecerle después la salvación a cambio de la alianza.

Pocos minutos antes se había mostrado indiferente ante el peligro y no pensaba hacer nada para salvarse: pero al convencerse de que querían obligarle para que aceptase lo que había rechazado tantas veces, sintió que su amor propio se rebelaba y decidió volver a luchar y defenderse, apelando a todos los medios que podía sugerirle su ingenio cuando.

Horrorizándole a Luis la sola idea de tener que someterse a la voluntad del padre Bernardo.

—¡Oh!—exclamó con voz sorda—. A todo lo resignaré menos a ser vencido por un fraile.

Y salió, dirigiéndose al alcalde:

—Caballero, estoy a vuestra disposición, y os aseguro que en vuestra compañía entraré en el alcázar al momento.

—Vuestra palabra es bastante para mí.

—Tened mi espada, pues para nada la necesito ahora, y en cuanto a estos bribones, que están pagados por doña Ana de Mendoza, como no es muy buena su compañía...

—Se irán.

—Señor alcalde—dijo Ginés con el atrevimiento que le daba la protección de la virrey—, debo advertir a vuestra señoría...

—No necesito advertencias—interrumpió el señor juez.

—Las órdenes que tengo...

—No me importan.

—Es que...

—¡Silencio!

—Pero...

—Callad si no queréis ir a dar con vuestro cuerpo en la cárcel.

—A la cárcel, ¿eh?...

—Al a la cárcel, que probablemente la tendréis muy mercedida.

—Soy criado de la señora princesa de Eboli...

—Pues por eso mismo debéis tener más respeto a la autoridad.

—Yo he venido...

—Está bien. Ahora es iréis, y si una sola palabra pronunciáis...

—Señor alcalde...

—A la cárcel con él.

—¡Por Satanás!...

—¡Una mordida!

—¡Oh!...

—Y salió todo con todo.

—¡A mí!...

—Y si intenta resistir, no dejéis en su cuerpo un pelo—gritó el alcalde, cuyo enojo rayaba en la desesperación por momentos, para crearse última dignidad.

Y prosiguió diciendo, a la vez que se volvía a los servidores de Ginés:

—Idos, villanos, y bien aprisa al no queráis pagar las culpas de vuestro compañero. Criados de la ilustre princesa, según decís; pero, ¡vive el cielo!, que por el pelaje no se os conoce. Y un señor desorejado, preparad la conciencia, pues me parece que pronto habremos de sacar a relucir antiguos pecados. No, no es la primera vez que os ve y me parece que ahora vais a purgar todos vuestros delitos.

Los once compañeros de Ginés aceptaron la muy prudente y acertada determinación de volver a la vaina los aceros y alejarse presurosamente para ir a buscar el amparo de doña Ana de Mendoza.

Ginés comprendió que la resistencia era inútil y entregó su espada y se dejó llevar por dos de los alguaciles, lanzando una mirada de terrible odio a Luis.

—Señor hidalgo—dijo el alcalde a Luis—, puesto que me habéis prometido seguirme...

—Hasta el alcázar real y no otra cosa.

—Habéis de entrar conmigo.

—También.

—Pues nada más deseo porque después será de otro la responsabilidad.

—Deseo ver al rey, y pensé hacerle una visita; pero me desagrada que me lleven, y cuando una cosa me desagrada... En fin, no debo abusar de vuestras bondades.

—Vamos, pues.

Tomaron hacia el Arroyo del Arenal.

—¿Y vuestro amigo el marqués de Pozo?

—Si me dijérais dónde se encuentra, me haríais el más señalado favor.

—Pues con él os quedasteis en la hostería aquella noche.

—Desgraciadamente, desapareció antes de que yo pudiese verlo. Nos buscamos sin encontrarle nunca, y ha sucedido más de una vez pasar el día junto al otro sin que sospechásemos que tan cerca teníamos lo que buscábamos con tanto afán.

—Situación más extraña, no puede imaginarse.

—Pero Dios nos protegerá y triunfaremos, porque el triunfo es siempre de la justicia, y en cambio

«nuestros enemigos, me sobran medios para aniquilarlos».

—Si tales medios tenía...—

—He querido esperar la ocasión oportuna, porque no me agrada hacer las cosas a medias.

Los transeuntes miraban sorprendidos al paje, porque la capa de éste llamaba la atención de todos. Más de una vez se oyó decir:

—¿Es el diablo!

Y más de una vez los alguaciles tuvieron que ordenar para que se alejasen los curiosos.

Llegaron a la morada real y entraron.

Instantáneamente cundió la noticia.

Todos querían contemplar al personaje que por este tiempo había ocupado la pública atención y que tanta celebridad había conseguido.

—Caballero—le dijo Luis al alcalde—, os agradecería muchísimo que en nombre de su majestad prohibieseis que los curiosos se agolpen para mirarse como se mira a una fiera o a un bicho raro.

—Quedaréis complacido, porque es justa la petición.

Mientras atravesaban galerías y aposentos, fueron a dar aviso a su majestad.

Los curiosos se retiraron apenas lo dispuso el alcalde.

—¿He cumplido fielmente mi promesa?—preguntó Luis.

—Sí.

—Pues ya no tendréis derecho para decir que he abusado de vuestra buena fe.

—¿Y cómo he de decirlo, si no es verdad?

Así hablaba tranquilamente el paje, aunque estaba profundamente conmovido por los recuerdos que se agolpaban a su mente al penetrar en el alcázar.

—Si pudiesen hablar estas paredes! — murmuró.

Acercaban de entrar en una habitación muy espaciosa y sombría, porque la luz no penetraba allí más que por dos ventanillas estrechas y cerradas con cortinas de colores. Las paredes estaban tapizadas con tela de color gris obscuro, formando cuadros con mixturas de caprichosos adornos de muy mal gusto.

to, y entre las sillas y masas y sobre pedruzcos de madera pintada de un color indefinible veíanse estatuas que representaban divinidades misteriosas.

Llegó un gentilhombre y le dijo al alcabre:

—Su majestad ha mandado que esperes.

—¿Le habías dicho que he cumplido mi deber?

—Sí. Ya sabe que está aquí el delincuente.

—Bien.

No se permitió a nadie la entrada en aquel aposento, donde quedó el gentilhombre hablando con el juez.

Los alguaciles se colocaron en las puertas.

Felipe II había enviado a buscar a la princesa de Eboli para proporcionarle la satisfacción de ver aprisionado a Luis.

Este empezó a vagar por el aposento, mirando las estatuas y como si se complaciese en evocar los recuerdos de su infancia.

Pasó un cuarto de hora.

Dofí Ana se presentó en una de las puertas, se detuvo y miró al paje, que estaba de espaldas, y en el extremo opuesto del salón.

De los ojos de la dama escapáronse corrientes del fuego de su alegría criminal.

—¡Ya es mío!—murmuró sin poder contenerse.

Luego avanzó lentamente, con la cabeza baja y dejando ver en su semblante todo un orgullo, toda su soberbia satánica.

El crujido de su falda de brocado, que frías como cola arrastraba por el pavimento, llegó a oídos del paje, que volvió la cabeza.

Entonces los ojos representaban el primer papel.

Luis y la princesa se contemplaron.

Si hubieran podido aniquilarse con la mirada, de seguro ninguno de los dos hubiese quedado en vida.

El semblante de doña Ana expresaba el dolor más profundo.

Los labios del paje se entreabrieron para reír.

Su sonrisa burlesca era un sarcasmo, un insulto, un gravísimo ultraje.

Contra su voluntad se detuvo la dama.

Abríto fué el silencio que reinó, porque el gentilhombre y el alcalde interrumpieron su conversación para mirar a las dos criaturas que en aquellos momentos representaban el principal papel.

—Señora princesa—dijo el paje—, nos veremos otra vez y hablaremos; ahora no ha de ser, porque quiero venir por mi voluntad.

Y al decir esto y sin volverse, retrocedió. Llegó a la pared, se metió tras la estampa que ha la pared mirando y que representaba a Saturno, saltó la cortajada no menos burlona que la sonrisa.

Oyóse un crujido metálico.

La princesa, el alcalde y el gentilhombre ¡vamos un grito.

¿Y Luis?

Acababa de desaparecer por una puertecilla secreta.

La escena que entonces tuvo lugar apenas puede describirse.

La dama exhaló gritos de desesperación, corriendo hacia la pared y golpeándola furiosamente.

—¿Se ha ido!—exclamó con acento que parecía llevar tras sí el alma.

Y el alcalde y el gentilhombre se movieron de un lado para otro.

Y los corchetes desenvainaron las espadas, haciendo lo mismo.

Y todos gritaron.

Audieron otras muchas personas.

—Ha desaparecido—decían todos.

Los habitantes del alcázar se pusieron en conmoción.

La noticia llegó al rey.

Dona Ana de Mendoza iba, venía y gritaba sin parar.

Recurrieron habitaciones y pasillos.

La confusión venía mucho de grotesca.

—Guardad las puertas del alcázar—dijo al fin el rey.

Eso era lo primero que debieron hacer: pero había perdido un tiempo precioso, pues el paje había ya salido.

Revisaron todo el interior del alcázar y regis-

traron en el lugar pincón.

Trabajo inútil.

Luis había desaparecido.

—¡Otra burla!—exclamó la princesa.

—Señora—le dijo el rey—, me parece que por nuestro sosiego nos conviene olvidarnos del paje. Para esto quería que se le prendiese, pues si bien la situación no ha mejorado, ha conseguido hacerla sufrir.

Media hora después la princesa volvía a su cámara.

No erguía entonces la cabeza, no miraba con soberbio desdén.

Había sido derrotada una vez más y más terriblemente.

Así quedó desbaratado en un sólo instante el ya combinado plan del dominico.

CAPÍTULO LXXXI

De cómo no querían ceder el paje ni el dominico

Por pronto que se pensó en guardar las puertas del alcázar real y se hizo así, el paje tuvo tiempo sobrado para salir sin que nadie se lo creyese, puesto que nadie le conocía ni podía sospechar quién era, sin ver más que el lado negro de la cara.

Si se hubiese aturdido, su salvación hubiera sido imposible; pero ya sabemos que conservaba la calma en los momentos de mayor apuro.

Todo lo había calculado con admirable acierto trazando un plan detalladamente, y no tuvo que perder ni un instante, ni correr el peligro que aquellos momentos ofrecían las vacilaciones.

Los espías que tan hábilmente obedecían las órdenes del dominico retiráronse apenas Luis quedó en poder de la justicia, porque ya nada tenían que hacer, y porque así cumplían las instrucciones que habían recibido.

Dice el adagio que "No hay mal que por bien no venga", y esto se cumplió entonces, porque

agradeció del paje al caer en poder de sus enemigos la causa de que se viese libre del espionaje de los estros de la Inquisición.

No quiso correr Luis, porque tenía llamar la atención de los transeuntes, y como si nada tuviera que temer, como si la muerte no le amenazase de cerca, se encaminó tranquilamente a su morada mientras decía:

—E! no ha vuelto Santiago, tendremos una nueva ciudad, porque no debo esperarle por estos días.

Como cada cual tenía su llave, entró el manco sin llamar, queriendo la fortuna que se encontrara con Santiago.

—¡Ah!—exclamó éste—. Ya empezaba a ponerme en cuidado vuestra tardanza.

—Y no sin razón. ¡vive el cielo!, porque me he ido en gran apuro.

—¿Rayos!

—¿Que hay de nuestra nueva casa?

—La tenemos a nuestra disposición con camas y lo mas preciso que podemos necesitar.

—Pues vamos.

—Ahora mismo?

—Y de prisa.

—Queréis decirme lo qué sucede?

—Cuando nos alejemos de aquí porque en estos momentos deben buscarme quizá cien personas.

—Pero...

—Vengo de palacio.

—Señor Luis!...

—Vamos, vamos.

—¿Y nuestra ropa y...?

—Es preciso abandonarlo todo.

—¡Tipas de Lucifer!... Y decíais que esta enconada lucha estaba al terminar...

—E! pierdes la confianza, tú te perderas también.

—¿Cuanto me tends para cuanto sea menester. Salieron de la casa y miraron en todas direcciones sin descubrir alma viviente.

La ocasión no podía ser más oportuna.

Tomaron hacia el arroyo del Arenal para seguir atravesando la población y llegar a la bóveda.

El paje refirió a Santiago cuanto acababa de suceder, gozándose ambos con la idea de que iba a sufrir doña Ana de Mendoza.

Después, dijo el ex tabernero:

—No debemos olvidarnos del capitán.

—No me olvido, y he pensado que a la mañana vengas tú al Arrabal para esperarle y decirle lo que ha sucedido.

—Lo que no acierto a comprender es cómo los criados de la princesa han conseguido encontrar donde os ocultabais.

—Todo esto es obra del fraile, no lo dudes; ya representa un doble papel con el fin de conseguir aceptar sus proposiciones.

—Pero después que estuvieses en poder de la justicia, ¿en qué habéis de favorecerle?

—Debían entregarme a la Inquisición, y por eso aligüente...

—Ahora entiendo.

—Hay Bernardo quería ponerme en la alternativa de aceptar su alianza o morir en la hoguera después de haberme descoyuntando en el terreno. Sabe dónde se encuentra el marqués, hasta lo protege; pero me lo oculta, y así...

—¡Por Satán!—interrumpió Santiago— ¿no sería conveniente acabar con ese bicho sapo-crita?... Cuando en otro tiempo lo tuvimos en mano, cometimos la torpeza de dejarle con vida, y ahora...

—Que viva hasta que Dios quiera.

—Pero, entre tanto...

—En el pecado lleva la penitencia.

Así continuaron la conversación hasta llegar a la nueva casa, que estaba situada en una de las estrechas y tortuosas calles de la Morería.

Por de pronto estaban libres; pero, ¿a qué a qué?

Quizá despedido el dominico començase algún abuso; pero el temor de que así sucediese no era bastante para que Luis cambiase de conducta, ya sabemos que era tanz hasta la exageración.

Muy astuto, muy hábil era fray Bernardo: pero en aquella ocasión su intriga la hubiera conseguido el más torpe.

La situación había llegado a ser tan crítica y tan seria, que ya no podía prolongarse.

El lo comprendía el atrevido marcebo, que después de reflexionar, exclamó:

—Es preciso ya jugar el todo por el todo!

—¿Jardá tenéis la vida—le dijo Santiago—, y parece que nada más podéis arriesgar. ¿Qué habéis de hacer ahora? Están en salvo doña Blanca y la hija de don Juan; pero el marqués de Poza encuentra a merced del dominico. Sería necesario que pudiésemos aniquilar a nuestros enemigos; ¿cómo hemos de atacar cuando apenas contamos con recursos para defendernos?

—Pero aunque te parezca imposible, descargaré el primer golpe con la seguridad de morir, si no puedo triunfar completamente.

—¿Pero que vos lo decís, lo creo.

—Esperaré a que vuelva el capitán, haré el último esfuerzo para encontrar al marqués, y cualquiera que sea el resultado, apelaré al último medio al fin que me queda.

—Des vos saque con bien de este endiablado embudo.

—Juro que has pensado que es posible que necesitemos necesidad de escribir.

—Y así tenéis papel, tintero y pluma.

—Des providet.

—De vos he aprendido.

—Le se acercó a la mesa y escribió lo siguiente:

Querido padre Bernardo: Siento daros una mala noticia; pero es preciso, siquiera para teneros al corriente de lo que me pasa; así prometí hacer y cumplir mi promesa, que no dejo de ser honrado a pesar de mi diabólica condición.

Se me ocurrió más que un hombre que sea capaz de luchar conmigo, y ese hombre sois vos, y, como sabéis muy bien, habéis entablado la lucha; pero el triunfo no puede ser para los dos, ahora la mala fortuna ha querido favorecerme, y habréis de llevar con paciencia, mansedumbre y resignación vuestra derrota.

Me disculpo de tarde, porque no lo habéis visto, pero os aseguro que guardo el descubier-

to, verdad es también que cuando se suelta el primer golpe, no se cuida uno de ocultarse, porque vencedor o vencido, nada importa lo que sucede después. Reconozco que el plan estaba admirablemente combinado; pero así como yo en otro tiempo víd el enrejado de la chimenea, vos no habéis pasado en las puertas secretas del alcazar real sin dar aviso a la princesa, debisteis haber dicho lo que me echasen mano los esbirros de la Inquisición, llevándome desde luego a un calabozo para ponerme en la alternativa de aceptar vuestra clemencia o de morir achicharrado. No lo habéis hecho, como yo tampoco cuidé de la reja, y habéis pasado el tiempo lastimosamente. Y, lo que es más deplorable, habéis quedado en una posición muy fina.

—¿Averiguaréis ahora dónde me oculto?

—No es imposible, pero sí muy difícil, porque como esta broma va haciéndose muy pesada, creo que tenga muy pronto fin, y no os dejaré tiempo para nuevas intrigas.

—Lo que ha sucedido no es lo mismo con detalles, porque otras personas os lo dirán.

—Sois ambicioso y no habéis de deteneros ante ningún obstáculo para llegar a vuestro fin: por casi me atrevo a jurar que no cometeréis una mala acción, ni mucho menos un crimen estéril. Sin embargo, como la criatura tiene momentos de perturbación, puede suceder que penséis en el placer de la venganza, ya que otra cosa no hayis de conseguir. Repito que no creo probable que os suceda; pero, por si acaso, bueno es prevenirlo todo. Respetad al desgraciado marqués, respetadlo. Ningún bien queréis hacerle, no le hagáis nada mal.

—Si el marqués fuese encerrado en la Inquisición o cayese en poder de la justicia ordinaria, que jurase mil veces que ninguna parte había tenido en la desgracia, la pagaríais.

—Tengo pocos años, y con facilidad se me va la sangre a la cabeza; además, el capitán Don León no es hombre que entienda de gobernación, y cuando ha vaciado una botella, hace lo que hasta él mismo no quisiere hacer; pensad también en el acudero del duque de Fois, terrible por más de lo que

—Y en cuanto a los demás que me sirven, no me los doy, que son gente sin conciencia, y al tiempo de ellos ha enviado al otro mundo a uno de mi infeliz, como quien no hace nada de particular.

—¿Se entendiéis, reverendo padre?

—Ya sabéis que cumplo mis juramentos, y por la fe de mi noble señora, por mi salvación, por el alma de mi madre, que en el cielo está, os juro que ninguna desgracia sufre el marqués, moriréis.

—Protegedlo, pues, y así protegeréis vuestra vida. Ya no nos vemos sino después que la lucha ha terminado.

—Ya sabéis respetuosamente,

“EL DIABLO.”

El paje cerró la carta y le dijo a Santiago:

—Ahora, con las debidas precauciones, te irás al convento y llevarás este papel para que se lo entregue a fray Bernardo.

—¿Y se ha salido?

—Se lo dejé.

—¿Nada más?

—Nada, y esto es lo único que puedo hacer en vez del de Poza.

Santiago se envolvió en su capa y salió.

Otra vez Luis quedó absorto en las trisísimas reflexiones a que daba lugar su situación.

Veinte minutos después un lego entregaba la carta al inquisidor.

No tenía esas otras noticias que las que le habían dado los esbirros, es decir, que ya el paje se encontraba en poder de la justicia, y de un momento a otro esperaba fray Bernardo el aviso de haberse entregado el criminal a la Inquisición.

Entrado y aparentando que leía encontrábase fray Bernardo.

De vez en cuando miraba a la puerta, y un vespertino de algaría se escapó de sus ojos cuando se abrió.

—¿Qué queréis, hermano? — preguntó el reverendo.

—He traído para vuestra merced esta carta.

—¿Qué?

—Un hombre a quien no conozco.

—Dádmela, y dejadme.

Cuando quedó solo el dominico cambió la tra del sobre sin poder conocerla.

Su frente se contrajo.

—¿Quién me escribe?—murmuró—. Empiezo a perder la tranquilidad.

Desdobló el papel.

Lo que sintió no puede explicarse.

Su mirada se tornó profundamente sombría.

Su rostro palideció.

—¡Se ha salvado!—exclamó antes de leer.

Convulsivamente temblaron sus manos.

—¡Oh!—murmuró con voz sorda y recalcada—. ¡Y he agotado mi último recurso!

En un instante veía desaparecer el fruto de sus años de constancia, de paciencia y de trabajo.

Después de algunos minutos, y esforzándose para recobrar la calma, leyó.

Luego desplegó una amarga sonrisa.

—No se equivoca—dijo—, porque no soy capaz hasta el punto de comer estérilmente un cruce.

Luego quemó el papel y empezó a reflexionar por si le quedaba algún recurso.

En vano cavilaba.

Comprendía las grandes dificultades que había para averiguar inmediatamente el escondite de Luis, y en esto consistía todo.

Ya no le convenía tener en su poder al duque, porque era echar sobre sí una grave responsabilidad.

Cerca de dos horas pasaron sin que el dominico se moviese apenas.

Por fin empezó a cambiar de expresión su rostro y desplegó una sonrisa.

¿Había encontrado el medio que buscaba?

Creía que sí.

Su plan consistía en devolver la libertad al conde al marqués de Posa y espiarlo después.

Más o menos tarde el marqués encontraría a Luis, y de esta manera el dominico sabría dónde se ocultaba el paje.

Después, todo sería facilísimo.

—Bien, muy sencillo nada más que eso.

cuando llegue la noche, podrá el de Pozo hacer lo que le parezca. Ahora daré las órdenes oportunas.

Los y otros quedaron en completa calma.

Las horas transcurrieron con lentitud para to-

dos. Acercábanse los últimos rayos del sol, cuando Santiago, recatándose el semblante con el cubreoculos, entró en el arrabal de San Martín, comenzando a vagar y mirando disimuladamente a los transeúntes.

Cuando no quedaba más luz que la dudosa del crepúsculo, llegó un hombre de elevada estatura, se movía como trabajosamente y que se dirigió hacia la casa que habían ocupado nuestros amigos.

—Ese debe ser—dijo Santiago.

Y acercándose al otro, exclamó:

—¡Mi rey!

—¿Tienes...?

—Sí, señor.

—¡Ah!...

—Por aquí.

—Amigo Santiago...

—¡Cien mil legiones de demonios!

—¿Que pasa?

—¿Por qué pronuncias mi nombre?

—¿Quieres explicarte?

—Largo.

—¿Y el señor Luis?

—Se salvó.

—¿De qué?

—Dime antes cómo has dejado a las damas.

—Algo mejor esté la niña.

—¡Mejor!... ¿Pues qué estaba enferma?

—Todo lo sabrás; pero antes debes decirme...

—Vamos, señor Fern.

—¿No es ésta vuestra casa?

—Ya es.

—¿Cuéntas de Lucifer!...

—Nos hemos instalado en la Morería.

—¿Allí tengo algunos amigos?

—¿Y vuestro caballo?

—En la posada, medio reventado.

—¡Pobre animal!

—Es decir, que ahora...

—Nos espera el señor Luis.

—Pues vamos aprisa, que no le gusta esperar.

—Y como estaréis fatigado...

—Lo que tengo es hambre, y ante todo, ~~cerca~~
to algunas magras y un jarro de vino.

Hablando así dejaron atrás calles y calles.

Llegaron a la nueva vivienda, donde el ~~paje~~ ~~se~~
peraba impaciente.

—Aquí me tenéis—dijo el capitán.

—¿Habéis hecho felizmente el viaje?

—Con felicidad completa, aunque poco ~~antes~~ ~~de~~
llegar le dió un vahído a doña Ana, y...

—¡Oh!...

—Con el descanso se puso mejor, y no me ~~pasa~~
de cosa de cuidado.

Mortal palidez cubrió el rostro de Luis.

—Enferma la mujer a quien amaba con ~~delirio~~!

—Y él no podía estar a su lado!

—¡Eso es horrible!—exclamó.

—Más horrible es el hambre que me atormenta,
y en vez de darme algo que me alimente, me ~~da~~
conversación... Tú, Santiago, dime dónde era la
cena que me has prometido y mientras recupero las
fuerzas, daré toda clase de explicaciones.

No hubo medio de hacer hablar a Pero ~~tan~~
sino después que bebió un vaso de vino y ~~se puso~~
dormir en torno de cerdo.

—Pues señor—dijo entonces—, poco ~~antes~~ ~~de~~
llegar a Toledo, la pobre niña se nos puso ~~pala~~
como un difunto y empezó a tambalearse, y ~~al~~
cayó, fue porque acudimos pronto.

—¿No estabais cerca de ninguna posada?

—No teníamos más empeño que el de Dios.

—Y en aquella soledad...

—Nos arreglamos muy bien, porque yo ~~se~~
quieras que no, iba tragar un poco de aguardiente
a la enferma, y en seguida la vinco ~~resaca~~.

—¡Aguardiente a una criatura tan delicada!

—Vas no entendéis una palabra de medicina y
yo, como he sido soldado, he tenido que aprender
muchas cosas. El aguardiente es un gran remedio,
y como la pobre niña no tenía más ~~enfermedad~~
que los sustos y los disgustos, y los temores, y... ~~en~~

que necesitaba eran fuerzas, y el aguardiente.

—Continuad.

—Cabinqué la coloqué sobre el arzón, la sostuve en un brazo, y así la llevé hasta el castillo.

—Gracias, capitán.

—Y en seguida que llegamos, se acostó y se durmió como un ángel.

—¿No se os ocurrió ir en busca de un médico?

—Pues claro es que sí, y el médico fué y declaró en aquel sueño hacia un gran bien a la enferma, pero el sueño era el del aguardiente, y el aguardiente se lo di yo...

—Queda probado que a vos se debe la curación.

—Completa.

—¿Y luego?

—Dijo el médico que no había peligro, y escribió una receta; pero cuando me vino mandé que tirara aquel brebaje y diera a la enferma vino generoso, coñac y buen jamón.

—Si ya no hay peligro...

—No.

—¿Me lo juráis?

—Sí.

—¿Estáis muy fatigado?

—No, y si algo es preciso hacer, podéis contar conmigo.

Mientras terminaba la cena, el paje refirió al conde los sucesos de aquel día, hablandole también de la carta que había escrito a fray Bernardo, añadiendo:

—Ya he trazado mi plan, y mientras acabo de preparar el golpe contra doña Ana de Mendoza y su señor Antonio Pérez, me ocuparé también del mío.

—¿Y qué tenéis de hacer?

—Tengo a solín, y lo veréis.

Se hicieron vino y un cuartito de uva después de la cena.

CAPITULO LXXXII

El paje y el dominico creen a la vez
que la casualidad les favorece

El paje y el capitán atravesaron las estrechas tortuosas y cenagosas calles de la Morería.

La obscuridad era absoluta, porque la luna ya se había dignado dejar ver su faz nacarada.

Preciso era q uePero León tuviese el cuerpo de hierro, pues acababa de hacer dos viajes a caballo, y sin descansar ni reparar las fuerzas más que en algún alimento, no daba muestras de fatiga, estaba con paso firme, hablaba energicamente, estaba, maldecía y se mostraba muy dispuesto a burlar la tizona y dar tajos y estocadas con la "x" y el primor que hacerlo sabía.

Luis hacía reflexiones sobre la crítica situación que los habían colocado los últimos sucesos; discurría, suponía, deducía y buscaba medios para continuar la lucha, tomar la ofensiva contra el fraile, y, sobre todo, para averiguar el paradero al marqués de Pozo.

Ya sabernos hasta que punto era ingenioso y mancocho, y que cuando necesitaba adular, era el sistema de suposiciones acababa muchas veces por llegar al descubrimiento de la verdad.

—He meditado—decía—, y ya no duda que mi Bernardo ha proporcionado albergue a nuestro fiel amigo, representando antes una farsa, esa farsa debió ser lo del apuro en que el marqués se vió cuando la gente del Santo Oficio fue a prenderle a la heremita. El plan del dominico era ya dar la sído el mismo para el de Pozo y para mí, y consiste en aparentar que nos favorece, en propiciararnos la salvación para obligarnos con la gratitud.

—¡Truenos y rayos! — exclamó el capitán. Pues si de todo eso estáis convencido, si eso es verdad, me parece que representamos el más triste p

—¿Y, además, creo que es muy fácil poner fin a este embrollado asunto, pues sería bastante ir a decir a fray Bernardo y...

—¿A?

—¿A pasaremos la vida, porque mientras no se tome una resolución enérgica...

—¿A una locura oponer la fuerza cuando se nos va con la astucia.

—Desconfiades, que todos los refranes son verdades, y hay uno que dice que "muerto el perro se acabó la rabia". Si hubiésemos quitado de en medio al fraile, de seguro estaríamos ya tranquilos; pero os habéis empeñado en andar por las ramas, os rodeáis con dibujos, con habilidades, escrúpulos y subterfugios, como si fuésemos mujeres enredadoras...

—¿Os me convenceréis—interrumpió Luis.

—¡Impas de Lucifer!... Más de lo que tengo que por encontrarme ahora mismo con el fraile, ¿verías cómo después de molesto los huecos a...

—Déjame hablar, porque es preciso que sepáis lo que pienso.

—Dad cuanto os dé la gana, que mi obligación es escucharte.

—El dominico nos ha espiado constantemente, y así como al de Pozo.

—¿Es claro.

—Tampoco hay duda en cuanto a los medios de que se ha valido, pues cuenta con los leales y astutos esturios de la Inquisición.

—En cualquiera lo adivinaría.

—Pero no se os ha ocurrido pensar que no todos los frailes son igualmente astutos, y que, por consiguiente, fray Bernardo ha de haber acudido a los que le parecen más a propósito para entender en este embrollado asunto.

—¿Y qué deducís de todo eso?

—¿A lo veréis.

—Con tal que no acabéis por embrollaros las ideas...

—Es posible.

—Continuad.

—¿Os acordáis de aquel bribón a quien disteis una buena paliza en la calle de Segovia?

—¡Fuego de Satanás! — exclamó el señor Ben-entusiasmado—. Pocas veces en mi vida he sentido tanto como aquella noche; aun me parece ver cómo caía, se levantaba, se revolvía y quedaba al fin, molido y casi muerto. Y me acuerdo también que el fué quien ayudó al fraile para salir de la cueva, porque como vivía en la casa inmediata.

—Pues bien, si Mateo vive, porque Mateo le imitaba, representará ahora el mismo papel que antes, siendo el hombre de confianza del dominico.

—¡Vive el cielo!... ¿Cómo os arregiáis para discurrir tan acertadamente?

—Suponed ahora que ese bribón sirve al tal Bernardo como antes lo servía, y suponed además que conseguimos hacerle hablar...

—Y si canta muy claro, peor para él ¡Mi legión de condenados!... Dejadlo por mi cuenta, señor Luis, y os prometo...

—Me ayudaréis, y nada más.

—Si supiérais las ganas que tengo de ensartar a un esbirro como se ensarta a un pollo para asar.

—replicó el capitán.

—Antes de apelar a la violencia, debemos...

—¡Truenos y rayos!

—Sí, ese hombre se vende, porque al fin es un miserable...

—Nos engañará.

—¿Cómo ha de engañarnos si lo tenemos en nuestro poder?

—Pero es el caso...

—Callad, que todo lo he previsto.

—Pues calló.

—Iremos ahora en busca de Mateo, porque es lo más probable que le encontremos en su casa, y si tenemos alguna habilidad, no pasará la noche sin que sepamos dónde se oculta el marqués.

—¡Truenos y centellas!... ¡Quernos de Satanás!... ¡Mil rayos! —exclamó el capitán expresando así su admiración, pues no concebía que solamente discurriendo pudiera encontrarse un medio seguro de averiguar lo que tanto les interesaba.

Y el medio no era tan seguro como creía, pues el plan presentaba los mismos inconvenientes que todos los del paje; pero éste había en su interior, al

su audacia y en las casualidades de las coincidencias que, como otras muchas veces, le salvó de cualquier apuro.

Gobernar a Mateo era imposible, no por su honradez sino porque tenía forzosamente que ser así. Para obligarle por la fuerza era necesario enredarlo y amenazarle con la muerte, y esto también es casi imposible, pues andaba muy sobre aviso. Además astuto y doblemente cauto, por aquello de "de los escarmentados nacen los avisados", y escarmentado muy desagradablemente había sido en su vida.

No dijo más Luis porque tenía que seguir reflexionando.

Salieron de la Morería y empezaron a subir por la calle de Segovia, llegando a los pocos minutos a la plaza del Arrabal.

De repente, se detuvo el paje y dijo:

—Me ocurre una buena idea.

—¿Habeis cambiado de plan?

—Lo he perfeccionado.

—Pues decid lo qué hemos de hacer.

—Pues que en la hostería de Mancioni estuvo el Pozo, podrá el hostelero decirnos cómo sucedió lo que me contó fray Bernardo, y tal vez pueda darme alguna noticia interesante.

—Y dirá la verdad el barrigudo maese, porque se conoce y sabe que es peligroso jugar conmigo.

—Ahora podemos hacerle una visita.

La hostería estaba ya cerrada; pero nuestros amigos llamaron con recios golpes, y bien pronto se abrió con la voz sonolienta de maese Mancioni, que preguntó:

—¿Quién es?

—Gente honrada y de paz—contestó Luis.

—¿Y qué queréis?—replicó el hostelero.

—¿Por los bigotes de Satanás!—gritó el señor Pozo—¿Tenéis ganas de morir, señor Macarrón?... ¡Aré pronto porque si la sangre se me sube a la cabeza yo seré quien os abra en canal!

—Santa Madona!—exclamó maese.

Pero abrió sin hacer más observaciones, aunque a vista le desagradaba mucho.

Nuestros amigos entraron.

—Cerrad otra vez—dijo el capitán.

—¡Dios bendito!...

—¿Qué os sucede?

—Nada... La sorpresa... No esperaba ver a ver la honra...

—Basta de cumplimientos y de mentiras, por que hemos venido en busca de verdades, y ahora os advierto, maced Macarroni, que si a nuestras preguntas no contestáis clara, terminantemente y con toda verdad, podéis encomendar vuestra alma a Dios, aunque es trabajo completamente inútil, porque un hostelero no puede salvarse.

—Siempre os he servido bien, y...

—Basta—interrumpió el capitán.

El hostelero cerró, llevó a nuestros amigos a uno de los aposentos del piso bajo, mirándolos con confianza, porque de ellos no esperaba mas que amedrosos y graves disgustos. Sin embargo, como le confundía mucho miedo el capitán y terror profuso el paje, porque lo creía medio hombre, medio demonio, no se atrevió el hostelero a mostrar su disgusto.

Sentóse Luis.

Hizo lo mismo el señor Pero León, dejando entre él y su amigo una silla, en la que mandó sentar a maced, resultando que éste quedase entre los dos y los tres junto a la mesa.

El paje sacó algunas monedas de oro, que relumbraron o hicieron relumbrar con el fuego de la codicia los ojos del hostelero.

—¿Qué os parece eso?—preguntó el soldado.

—Bien—murmuró Mancioni.

—¿Y esto?—repuso el capitán, sacando su daga y clavándola en la mesa.

—¡Ah!... ¡Oh!...

—Supongo que no necesitáis más explicaciones.

—¿Qué queréis de mí?—preguntó el hostelero, con voz compungida—. No os he dado ningún motivo de queja, y por vosotros he sufrido una de los disgustos serios, y por vosotros me he visto en la ruina, y más de una vez mi casa ha sido asediada por la justicia.

—¿No os hemos pagado generosamente? ¿No

¿no compensado con largueza todos vuestros
sueños y quebrantos?

—No lo niego.

—Entonces...

—Pero cuando me amenazais otra vez al mismo
tiempo que me ofrecéis una recompensa...

—Porque no me fio de vos, señor Macarrón, y
a veces necesito haceros comprender que si nos engañais
nos castiga la vida.

—Estoy a vuestra disposición lo mismo que
siempre.

—Desechad.

—Escucharé con el respeto que merecen vuestras
palabras; pero os suplico que quietéis esa
voz, porque, la verdad...

—No puedo acceder a vuestra súplica.

—Me resigno—murmuró Mancioni, tristemente.

—A vuestra casa volvió el llamado Alonso de
Burga o sea el señor marqués de Pozo — dijo el
padre.

—Es verdad, y le recibí como merecía, y guardé
con escrupulosamente el secreto...

—Ya lo sé.

—Enfermó, y cuando luego recobrado la salud,
el Santo Oficio...

—Referid detalladamente ese suceso, y, sobre todo,
decid si conocéis a alguno de los esbirros que
intentan prender al marqués.

—Fue muy extraño lo que sucedió aquel día. Pro-
prietariamente se presentó un fraile...

—Un dominico, ¿no es verdad?

—Y de nada me sirvió jurar por la Santa Madona
que el señor marqués no se encontraba en mi
casa: pero luego me tranquilicé, porque vi que era
un amigo, y sin su socorro estaría el señor marqués
en calabozo de la Inquisición y moriría en la horca
como su padre y su hermano.

—¿Y luego?

—Fue un esbirro, y traía tal buena informes y
era tan bien informado, que mi perdición era se-
gura en el caso de...

—A ese esbirro debéis conocerle — interrumpió
el juez, cuya mirada penetrante se fijó en el hos-
teler.

Este se estremeció y palideció.

No tenía habilidad para fingir.

—No le conozco—murmuró con voz insegura.

—¡Truenos! —gritó el capitán, alargando la diestra para coger la daga.

Y al mismo tiempo puso la otra mano sobre una de los hombros de maese Mancioni, oprimiéndola tan fuertemente, que el infeliz exhaló ayes dolorosos.

—¡Silencio!

—Me torturáis cruelmente... ¡Ay!...

—¿Por qué habéis mentido?

—Pero...

—Conocéis al esbirro, y lo negáis... ¡Dios te Lucifer!

—Sé cómo se llama, pero me parece que esto no es conocerle...

—Sois un bribón que acabaréis vuestra vida en mis manos.

—¡Dios mío, esto es horrible!...

—El nombre de ese esbirro.

—Lo averigüé por una casualidad.

—¿Qué nos importa?

—Se llama Mateo.

—Viéndolo estáis—dijo Luis al capitán.

—Pero no sé más, nada más—añadió el bozalero.

—Continuad, y cuidado con mentir.

Maese Mancioni refirió con todos sus detalles el suceso que nuestros lectores conocen ya.

No era menester más para convencernos de que el dominicano había representado un doble papel combinando una farsa que pudo realizarse, gracias a la escasez de entendimiento del italiano.

Indudablemente, Mateo continuaba siendo el hombre de confianza del dominicano.

Ninguna otra noticia ni antecedente necesitaba Luis para seguir poniendo en práctica su plan.

Guardó silencio y meditó.

Entre tanto, maese Mancioni, que aun no había recobrado la tranquilidad, levantóse, abrió un armario, sacó una botella de aguardiente y algunas dulces, poniéndolo todo sobre la mesa y diciéndole al señor Pero León:

—¡Qué esa caga y bebed.

El capitán se dignó complacer al hostelero, tomó una caña, bebió y dijo:

—¡A nuestra salud.

Unos minutos más permanecieron nuestros amigos en la hostería.

Despidiéronse y salieron dejando las monedas, se esforzaron de tranquilizar a Mancoini.

—Ya lo habéis visto—dijo Luis mientras atravesaban la plaza.

—No os equivocasteis.

—Ahora intentaremos ver a Mateo.

—Me alegraré mucho que osais, porque así tendremos ocasión de darle otra paliza.

Avanzaron arrojando rápidamente.

Dejaron atrás el laberinto de calles de los alrededores de Santa Catalina y se detuvieron frente a una casa del esbirro, mirándola, así como también a una en que habían tenido encerrado al fraile.

—¿Que esperamos?—preguntó el capitán.

—Esperaremos y observaremos antes de llamar.

—Me parece que nada hemos de ver que pueda servirnos.

—Tenid.

Avanzaron a una de las ventanas con reja de madera de Malabar, pudiendo ver algunos detalles de la vida de las rendijas.

Se inclinaron y escucharon.

No percibieron ni el más mínimo ruido.

Se permanecieron algunos minutos.

De repente oyeron que en la puerta de la casa misma se cerró la llave al girar en la cerradura.

Nuestros amigos se separaron precipitadamente, queriendo situarse al lado opuesto de la calle y escondiéndose en el hueco de una puerta.

La de la miserable casa se abrió, saliendo un hombre que se detuvo en el umbral, se volvió, y se dio cuenta que con una sola le acompañaba:

—Recordad que el plan es breve y que nada nos hace a pesar de un buen despojo.

—Ved Dios!—exclamó el otro—. Será preciso pasar a cuchilladas.

—Pero para todos.

Se hablaron más.

Acabó de salir el que en el umbral estaba, y se volvió a la derecha, mientras miraba a todos lados como si temiese que algún curioso le observase.

El que había quedado en la casa, y que tenía una mano apoyada en la hoja de la puerta y sostenía con la otra un velón, sin duda preocupado y alarmado, permaneció algunos momentos inmóvil.

La luz daba de lleno en su rostro, que se le iluminaba mejor desde el sitio oscuro donde estaban colocados el paje y el capitán.

La escena que tuvo lugar entonces apenas puede describirse.

El que acababa de salir dió algunos pasos hacia la puerta de la morada del esbirro y llamó.

La puerta se abrió casi inmediatamente.

Al mismo tiempo se cerró la otra.

Y al mismo tiempo también el señor Pero Lobo, así por un brazo al paje, se lo oprimía bruscamente; lo decía en voz baja y reconcentrada:

—¡Rayos!... ¡Es él!... ¡Truenos!... No tengo duda... ¡Por los hidalgos de Satanás!... No puede equivocarme... ¡Cien legiones!... Hemos sido engañados mucho tiempo... ¡No le habéis sustraído... ¡Fuego del infierno!... ¡No me entendéis!

—No—contestó al fin el paje.

—Pues os digo que sí.

—Pero...

—Como tengo la seguridad de no equivocarme—dijo el capitán, empezando a levantar la voz—, llamaré, y echaré la puerta abajo y escucharé al mismo Satanás si se me pone delante, y...

—¿Habéis perdido la razón?

—¿Cómo os atrevéis a disputar cuando me he habéis visto?

—Es que...

—¡Fuego y centellas!...

—Pues bien, estoy convencido.

—Entonces...

—¿Qué?

—Vamos.

—¿Pero a dónde?

—Ya lo habéis visto.

—¿Os proponéis hacerme perder la paciencia? ¿De quién habláis? ¿A quien habéis conocido?

—¡Soy un animal!... ¿No habéis fijado la atención en el que alumbraba?

—¿?

—Pues es mi antiguo camarada Juan...—replicó el capitán.

—¡Ah!...

—El escudero del marqués...

—¡Dios mío!—exclamó el paje.

Trastornado por la alegría y sin pensar que el señor Pero León podía habérselo equivocado, atravesó de un salto la calle y empezó a descargar varios golpes en la puertecilla de la casa que servía de refugio al marqués.

Cometía una imprudencia, pero no podía comenzar en aquellos momentos.

El capitán juraba y blasfemaba y descargaba también recios golpes en la puerta.

—¿Quién es?—se oyó decir al fin en el interior de la casa.

—¡Abre, Juan, abre!—contestó el capitán.

Y al mismo tiempo, exclamaba Luis:

—El diablo, el paje... ¡Abrid!...

La puerta se abrió, apareciendo Juan y Pedroco con las espadas desnudas.

Y a la vez que esto sucedía, abríase también la puerta de la otra casa saliendo dos embozados que se detuvieron para observar.

—¡Cuernos de Lucifer!—exclamó Pero León.—¿A qué diables recibís a vuestros amigos?

—¡Eres tú!...

—Y vos...

—¿Y el marqués?... ¿Dónde está?

Y así hablando los unos y los otros, aturridos por la sorpresa, trastornados por el júbilo y sin darse apenas cuenta de la situación, corrían en tropel hacia el aposento donde el marqués se encontraba, con el acero en la diestra y decidido a morir defendiéndose antes que entregarse.

—¡Es el diablo, el paje!—decía Juan.

Resonó un grito inconfundible.

«¡El marqués al trazar!».

Y en efecto, al salir una mirada, porque se

El llanto corrió por sus mejillas como si fuesen dos niños o dos mujeres.

Y mientras uno de los embosados que habia salido de la otra casa, le decía al otro:

—Corre, Mateo, corre... Corre está la Negra, está... Que acudan todos, absolutamente todos los esbirros que se encuentren allí...

—Pero entre tanto...

—No se irán, porque se creen seguros y perderán el tiempo en explicaciones, y...

—Han dejado la puerta abierta.

—Ya lo he visto, y...

—Puede vuestra merced aprovechar la ocasión cerrando por fuera.

—Corre, Mateo, que yo haré lo que más me venga.

El esbirro se alejó calle arriba, desapareciendo instantáneamente.

El otro, que era fray Bernardo, aunque iba vestido como un hidalgo y ceñía larga espada, que en su cintura era temible, dio algunos pasos y llegó a la puerta de la morada del marqués.

Desafortunadamente cerrados como estaban los otros, había dejado abierta.

No perdió la calma el dominico.

Quedó inmóvil y escuchó.

Oyó el ruido de las alegres voces de sus visitantes.

—¡Oh!—murmuró irónicamente—. ¿Como atrevo a sospechar que ahora es cuando les amenaza el mayor peligro?... ¡Cosas de la vida!... Cuando parece que ha llegado el momento de nuestra felicidad, es cuando tenemos más cerca la desgracia. Lo siento, pero es preciso, y por una consideración mal entendida no he de abandonar mi empresa en el instante decisivo... ¡Oh!... El diabólico palacio es un adversario demasiado terrible, y debo considerarme perdido si no le inutilizo de una vez. Gracias, que no tardaréis en entregarme a la desgracia, pues habéis de sentir el golpe antes que el anago.

Sin producir el más leve ruido, fray Bernardo quitó la llave, la introdujo en la cerradura del otro lado y cerró, diciendo luego:

—Puesto que ellos mismos se han metido en la aventura, no pueden quejarse. Ya saben que esta es la destinada para encuentro de los muertos.

—¿Es posible la salvación de nuestros amigos?

—Pues era la distancia que Mateo tenía que recorrer, puesto que la Inquisición se encontraba a la entrada de la calle que llevó su nombre, que después se llamó de María Cristina y ahora de Isabel a Catalina.

En pocos minutos llegaría Mateo y en pocos minutos también acudirían los esbirros, que por donde fuesen los que en la Inquisición se encontrasen, no serían menos de diez o doce.

Además podían contar con el auxilio de la primera ronda que acertase a pasar por aquellos alrededores, y también con el de todos los vecinos, pues era posible que ninguno se negase a acudir en apoyo del Santo Tribunal.

—¿Se detendrían nuestros amigos?

—Algun tiempo habían de perder para darse las explicaciones que tanto les interesaban, y por pronto que saliesen, antes llegaban los esbirros.

Penetremos en la casa y veamos si el diablillo pudo hacer alguna diablura que los atase del sustituto apuro en que se encontraban.

CAPÍTULO LXXXIII

Donde veremos cómo quedaron los unos y los otros

El marqués rompió al fin el silencio para preguntar ansiosamente:

—¿Y Bianca?

—En salvo—respondió Luis—, y en lugar tan seguro que nada tiene que temer de nuestros impudicos y ruines enemigos.

—¿Ah!...

—Para su dicha no faltaba más que encontrarla y...

—Quiero verla.

—Ahora mismo, es imposible.

—¡Imposible!... Debes comprender mi alma, los sufrimientos, y...

—Los comprendo.

—Después de seis años...

—Recobrad la calma, señor marqués.

—¡Cuánto te debo!... ¿Con qué podré pagarte?... ¿Qué sería de Blanca sin ti?... Y del amor a que me has dado pruebas, arrojando la corona del rey, arriesgando mil veces la vida...

—No hablemos de eso.

—Pues dime por qué no puedo ver a Blanca.

—Por la sencilla razón de que no se encuentra en Madrid.

—Iré a buscarla...

—Sí; pero a estas horas no podéis emprender el viaje, y, además, es preciso que hablémosos detenidamente para que apreciéis con exactitud la situación en que nos encontramos.

—Sí, señorero explicaciones.

—Perdonad — dijo el escudero Juan, tomando parte en la conversación — pero me parece que es una imprudencia permanecer aquí.

—¡Imprudencia! — replicó el de Posa — ¿Qué debemos temer mientras me ampare fray Bernardino?

—No levanta a mal, mi noble señor, si os digo que la alegría ha turbado vuestro entendimiento para que veáis la importancia que nuestros amigos se encuentran aquí contra la voluntad de padre Bernardino, cuya protección, como el marqués ha dicho muy claramente, no es hija de la generosidad, sino de su propia conveniencia.

—¡Vive el cielo! — exclamó el capitán —. Hasta como un niño, y no te equivocas, amigo mío, y tanto es así, que si el fraile supiese que habíamos conseguido reunirnos nos echaría encima un ejército de caballeros y acabaríamos de pasar la noche en la cárcel de la Inquisición. ¡Cuernos de satán!... Los señores marqueses no conoce bien al fraile.

—Sí — repuso el capitán — debemos salir cuanto antes de esta casa.

—¡Mil rayos! — exclamó Juan, dándose una palmada en la frente —. Ahora recuerdo que es lo que nos cerró la puerta.

y salió del aposento, mientras el marqués decía:

—Es igual, puesto que no hemos de detenernos
ya que algunos minutos.

Al hablando, se cifó su espada, y se disponía a
coger su capa y su sombrero, cuando Juan volvió.

El rostro del fiel criado estaba violentamente
enrojecido.

El fuego de la ira brillaba en sus ojos.

—¿Qué sucede?—le preguntaron el de Posa y
el escudero.

—¡Oh!... Nuestros enemigos...

—¡Tusos!—gritó el capitán.

—No levantes la voz—dijo el escudero.

—Pero qué pasa?

—Expílate.

—Acébenos.

—Callad todos—interrumpió Luis, cuyo ntro-
ro se arrugó ligeramente.

Y todos callaron, porque tenían ciega fe en el
seno la astucia y el valor del paje, que siempre
encontraba medios para salir de todos los apuros.

Luis se acercó a Juan, y le dijo:

—Explícanos ahora; pero hacadlo con calma, sin
dar ningún detalle de lo que hayáis observado.

—Ovídamos cerrar la puerta...

—Es verdad.

—Y ahora me encuentro que la han cerrado des-
de la calle echando la llave, que aun está puesta en
la cerradura, de lo cual he deducido que alguien
está mientras acuden los esbirros de la Inquisi-
ción o alguna ronda.

Paliscieron el marqués y Pedroso.

Pero León llevó la diestra a la empuñadura de
su espada.

La mirada del paje se tornó sombría.

No necesitaban más explicaciones para com-
prender la gravedad de la situación.

Estaban perdidos.

Para salir les sería preciso sostener una lucha
desigual.

Luis miró a sus compañeros, como si los contara.
Por algunos momentos reinó un silencio abso-
luto.

—¿Y...?—dijo el paje.

Y cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza, cerró los ojos y quedó inmóvil.

Todas las miradas quedaron fijas en él, como en la única persona de quien aguardaban la salvación. Perdían un tiempo precioso.

Si en aquel momento hubieran salido, todo hubiera sido fácil, puesto que a la puerta de la casa no había más que el padre Bernardo.

Cuando el paje levantó la cabeza, dijo:

—Conozco demasiado bien el interior de esta casa, puesto que aquí tuve encerrado al dominico en la otra época.

—¿Y tenemos alguna salida?—preguntó el marqués.

—Todo depende de que hayan vuelto a tapar el agujero que abrió el fraile en la cueva con la ayuda de Mateo.

—Lo ignoro—dijo el marqués.

—Yo tampoco me he ocupado de semejante cosa—añadió Juan.

—Pues vamos a la cueva.

—¿Y qué adelantaremos?—preguntó el doctor Pedroso.

—¡Fuego de Satanás!—exclamó el señor Peto. Estáis dando lugar a que se nos echen encima todos los corchetes, esbirros y soldados que hay en Madrid. ¿Por qué no nos han acometido?... Porque no tienen bastante fuerza, y nosotros debemos aprovechar la ocasión para salir, pues ahora todo se arreglaremos fácilmente con algunas cuchilladas.

—Sería una imprudencia—dijo el marqués—, y el plan de Luis me parece el mejor.

Por primera vez en su vida el capitán había fallado con acierto; pero nadie tenía fe en sus planes.

Tomaron la luz y se dirigieron a la cueva.

Luis recomendó el silencio, y nadie se atrevió a pronunciar una palabra.

Bajaron, y a los pocos momentos pudieron ver la abertura practicada en el muro.

Ningún inconveniente tenían, pues, para pasar a la otra cueva.

—Es decir—observó el capitán—, que sin ningún inconveniente podemos trasladarnos a la

todo del esbirro, cuyos huesos tuvo el placer de
señalar aquella noche inolvidable.

—¿?

—Pero entonces todo es muy sencillo, porque
guárdanos, le enviaremos al otro mundo, saldre-
mos. ¡Rayos!... Y siempre resultará lo mismo:
se tendremos que andar a cuchilladas con los que
están en la calle.

—Pero los acometeremos por donde no nos es-
peren y, por consiguiente, la sorpresa los sturdi-
ra, los desconcertará, y mientras comprenden quié-
nos somos y se rehacen, ganaremos ventajas de
gran consideración.

—Cumplase vuestra voluntad.

—Silencio y mucho cuidado, porque todo depen-
de de la sorpresa.

Recucharon sin percibir el más leve ruido.

El paje tomó la luz y, pasando el primero por
la abertura, se encontró con la otra cueva.

Los demás le siguieron.

No perdieron más que algunos instantes para
ponerse de acuerdo sobre lo que debían hacer caso
a que les fuese preciso separarse durante la lucha
para burlar más fácilmente a sus perseguidores.

En este caso llegaba, debían reunirse después en
la casa de la calle de la Morería.

Atravesaron la cueva.

En el húmedo piso no sonaban sus pasos.

Llegaron a la escalerilla.

—Tal vez—dijo Luis al capitán—la compuerta
está asegurada con el cerrojo, en cuyo caso...

—Aquí están las fuerzas que Dios ha querido
poner.

—Y las nuestras también.

—Adelante.

Subieron.

El señor Pero León, que iba delante, empujó la
compuerta, queriendo la casualidad que esta se
abriesse.

Esperaron a salir, encontrándose en la cocina
como si fuesen fantasmas, que brotasen de la tierra.

En aquellos momentos la mujer del esbirro se
guisaba, no porque se hubiese apercibido de nada.

sino porque tenía que arreglar la cena para cuando volviese su marido.

Es indescriptible la breve escena que entonces tuvo lugar.

De repente se encontró la supersticiosa vieja a aquellos hombres, que le parecieron una legión de condenados, y exhaló un grito y dejó caer el candil que se apagó.

Al mismo tiempo el capitán se arrojó sobre la infeliz, la asió por la garganta, apretando fuertemente, y la hizo caer, mientras decía al escudero:

—Ayúdame... Tápale la boca o máchala... ¡Rápido!

La pobre mujer no opuso resistencia, porque perdió el conocimiento, y, por consiguiente, fue inútil el trabajo que Juan se tomó amordazándola con un pañuelo.

—Ahora los otros—dijo el capitán, que empezaba a entusiasmarse.

—Más calma y más silencio que nunca—replicó Luis.

—Pero...

—¿Me obedecéis o no?

—Callo.

—Seguidme, sin hacer más que lo que yo mande.

Siempre llevaba el paje la luz, que les fue muy útil, porque no conocían el interior de aquella casa.

Desentramaron los aceros.

Avanzaron lenta y silenciosamente, con el ojo atento y la mirada escudriñadora.

Atravesaron el estrecho pasillo.

Entraron después en las habitaciones en que estaba dividida la casa.

Llegaron a la puerta, que ni Mateo ni el fantasma se habían cuidado de cerrar.

—Quietos—dijo el paje con voz sorda y temblorosa.

Y retrocedió, dejando la luz en el umbral, aparentando y volviendo colorándose pronto a la puerta, mirando a la culla.

Sus amigos se agacharon allí para no ser vistos también.

En aquel momento llegaron los esbirros, que parecían ser diez o doce.

Nuestros amigos se sintieron impulsados a lanzarse a la calle; pero no se movieron.

Les pudo ver y oír lo que hablaban los otros, pero era poca la distancia que separaba las dos puertas.

—¿Sabéis ya lo qué es preciso hacer?—preguntó dominico.

—Prender a los que están en esta casa.

—Os advierto que son cinco y muy valerosos.

—Nosotros somos doce, contando con Mateo—gritó uno de los esbirros.

—Pero Mateo tiene que ir en busca de una ronda porque las precauciones no están de más cuando se trata de cierta clase de delinquentes—repuso el fraile—. Los encontraréis descuidados; pero son hombres que no se asustan ni se aturden, porque a esas horas aguardan que los sorprendan, y veréis que en un abrir y cerrar de ojos se rehacen y se defienden y atacan, y si no sois listos o vaciláis, os matarán sin compasión, porque saben hacerlo a mucha habilidad y así han salido de más de un apuro como el presente.

—En tal caso, reverendo padre, sería más prudente y más seguro esperar a que llegase la ronda.

—¿Y si no encontramos ninguna?

—Tiempo nos queda para dar el golpe.

—Os equivocáis, porque los criminales no han de esperar aquí, y muy pronto saldrán o intentarán salir, y cuando vean que los hemos encerrado, romperán la puerta, caerán furiosamente sobre vosotros y os matarán a la primera acometida y desahogado.

Los esbirros temblaron y se miraron los unos a los otros, atreviéndose uno de ellos a decir:

—Y son cinco, y valerosos, y...

—Y los cinco—interrumpió el fraile—han de quedar en nuestro poder vivos o muertos, y si alguno logra escapar, uno de vosotros, por suerte, sufrirá su pena, o todos vosotros, si todos se van, y estáis entendido que son herejes y han de morir en la hoguera. Tú, Mateo, corre en busca de la ronda. Vosotros entrad, que aquí he de quedar yo rogando.

do al cielo que os proteja. Y porque el asunto es grave y así conviene a nuestra santa religión y al servicio del rey, sabed que el que siquiera vacile con pena de excomunión mayor, sin lo demás a que haya lugar.

—Reverendo padre...

—¡Silencio!

Ya no se atrevió ninguno a replicar.

—¡Tripas de Lucifer!—dijo por lo bajo el capitán—. Yo sé que voy a excomulgarle a cinstar, y veremos si te quitas los dolores con agua bendita. Mateo se alejó y desapareció.

Los esbirros blandieron las espadas y abrieron las linternas sordas de que iban provistos.

Fray Bernardo abrió, quedando bien pronto solo en la calle.

Entonces Luis dijo a sus amigos:

—Arrollad al fraile, el hace resistencia; pero nada más: cerrad la puerta para que los otros no puedan seguirnos, y huid hasta nuestra casa de la Merced.

—¿Y no le dar una paliza al fraile?—preguntó el capitán.

—Haréis lo que digo—replicó nuevamente Luis.

El dominico había quedado inmóvil y escuchaba con creciente afán, cuando de repente y como si saliesen de la tierra, se le echaron encima cuatro amigos, jurando, multitiendo y asustándole; mientras le sujetaban, Luis cerró la puerta y guardó la llave.

—¡Asesinos!—gritó el padre Bernardo, sin saber de comprender cuáles eran sus acometidos.

—¡Rayos y truenos!—exclamó el capitán—. ¡Silencio, si no queréis morir!

El fraile tenía valor, ya lo hemos dicho, y quiso defenderse; pero se vió rodeado, desarmado, arrojado al suelo y golpeado, y antes de que le fuese posible levantarse, desatardirse al pedir socorro, nuestros amigos corrieron, se alejaban y desaparecieron en el laberinto de estrechas calles que iban a salir al arroyo del Arenal.

Al mismo tiempo y por la parte opuesta llegó presurosamente una ronda.

Y en aquel momento también los esbirros se

que entrado en la casa, golpeaban los unos la una y otros se asomaban a la reja para decir con su acento que los criminales habían desaparecido como fantasmas y que, por consiguiente, nada más que hacer allí.

A las voces se unía la del fraile, que gritaba:

—¡Corred!... ¡Seguidlos!... ¡Por allí!...

Y otra vez resonó además: la voz destemplada de la mujer de Mateo, que había recobrado el sentido y, quitándose el pañuelo de la boca, corrió a la puerta de la casa y pedía socorro, exclamando:

—¡Ladrones!... ¡Asesinos!... ¡Fantasmas!... ¡Se ahogan!...

Y Mateo, al oír que gritaba su mujer, también salió y corrió, y los corchetes corrieron y gritaron, y se oyeron también las voces de muchos vecinos:

—¡Asesinos!...

—¡Favor al rey!...

—¡Socorro al Santo Oficio!...

—¡Ladrones!...

—¡Por aquí!...

—¡Por allí!...

—¡Vive el cielo!...

—¡Corred!...

—¡Abre esta puerta!...

Así gritaban los unos y los otros.

La confusión fué horrible.

No podían entenderse.

—¡Abre esta puerta!—gritó el alcalde.

Y la puerta cedió, y hecha pedruzco saltó la cerradura.

Corrieron los corchetes que los criminales eran los que estaban en la casa, y entraron, y, aún más animados, arremetieron a cuchilladas con los asesinos, que se defendieron de la misma manera, pero no les daban lugar a explicaciones.

Ya no se oyeron más que imprecaciones, y amenazas, y ayes, y el rechinar de los aceros.

La noche corrió.

Desaparecieron las luces, porque no hubo hombre ni candil que en mano quedase, y, aprovechando la obscuridad, cada uno de aquellos desdichados procuró librarse de la lluvia de cuchilladas.

Así el número de combatientes fué disminuyendo, y, al fin, en la calle y en la casa no quedaba más que los pobres heridos que no podían moverse y que exhalaban angustiosos ayes y pedían socorro.

Mateo se refugió en su casa, golpeando bruscamente a su mujer para obligarla a que callara, y fray Bernardo, aunque quiso desaparecer, para que con la ropa de seglar no le viese el alcalde, se contróse con éste de manos a boca, y al dar media vuelta para tomar las de Villadiego.

—¡Alto! — le dijo el alcalde, presentándole la punta de la espada—. Nadie puede irse sin que se sepa quién es.

—Viendo estás que todos han desaparecido — replicó el dominico.

—Pues por la misma razón.

—Dejadme, que tengo que ir en busca de la gente, que corre a la desbandada, no por cobardía, sino porque vuestros corchetes, torpes o mal intencionados, la emprendieron con ellos a cuchilladas, en tanto que dejaban escapar a los verdaderos criminales.

—Estoy aturrido, aun no entiendo lo que acabas de suceder y puesto que, según veo, sois el jefe de los esbirros de la Inquisición...

—Caballero...

—No he de dejarme engañar por segunda vez, y si juró que antes consentiré morir que permitir que os alejéis sin haberos conocido.

No podía fray Bernardo apelar a la fuerza, si quiera fuese porque su espada había desaparecido, y, por consiguiente, mal que le pesase, cambió de tono y repuso:

—Al conocerme conoceréis un secreto que importa guardar. Aquí me encontráis y en esta guisa, porque he tenido que cumplir un gravísimo deber, y de ello no os quedará duda cuando sepáis quiénes son los criminales que de nosotros se han torcidos. Venid.

Y el dominico se acercó a la puerta de la casa de Mateo, y llamó.

—¿Quién es?—preguntó con tono de mal humor el esbirro.

—Acé — dijo con imperioso y duro tono fray Mateo.

La puertecilla se abrió.

—Aquí todavía vuesa merced!...

—Y al señor alcalde quién soy.

—Pues acaso lo ignora?... Señor síndico, aquí por vuestra señoría al muy reverendo padre Bernardo.

—Ah!...

—Inquisidor...

—Basta, basta.

—Y los criminales — dijo el dominico — son el mayor de Poza...

—¡Oh!...

—Y ese a quien llaman el diablo...

—Los que se burlaron de mí en la monteria!...

—Y aquí esta noche.

—¡Vive el cielo!...

—Ahora comprenderéis...

—¿Antes que antes.

El padre Bernardo refirió lo que había sucedido antes, por supuesto, lo que se relacionaba con la reacción que había dispensado al marqués.

Hicieron toda clase de comentarios pero ya no para remediar la torpeza.

—Y qué se ha hecho de vuestra gente? — preguntaba el dominico.

—Y la vuestra? — decía el síndico.

—Algunos están heridos y esperan vuestro auxilio.

—Y de los míos también.

—Nos han comprometido.

—Pero ya han pagado su torpeza. ¡Oh!... No sé poder otra cosa, tratándose de ese diabólico asunto.

—¡Llegará el día en que todo lo pague de una vez.

—Perdonadme — dijo Mateo — pero esos infelices que están heridos...

—Sí: debemos socorrerlos — respondió el alcaide.

—Ya no puedo detenerme.

—Pero, que con la ayuda de este hombre haré lo que me sea posible.

El dominico se despidió muy cortésmente de alcalde, y salió, alejándose rápidamente.

Si el capitán se hubiese encontrado allí durante la función de ruchilladas, hubiera gozado como nunca al ver cómo esbirros y corchetes se destruían sin compasión, mientras dejaban en libertad a los que querían perseguir.

Nuestros amigos, apenas llegaron al atrio del Arsenal, delusieronse, diciendo Luis:

—Ya no tenemos necesidad de correr.

—¡Vive Dios!... El lance me ha divertido—exclamó el capitán—. Verdad es que no he podido dar al fraile más que tres o cuatro pescozones; pero algo es algo, y otra vez será lo que Dios quiera y permita la ocasión.

—Pues yo tengo aquí su espada—dijo el escudero—, y parece de buen temple.

—Vámonos, que si no hay necesidad de correr, tampoco es prudente que permanezcamos por estos aires.

Tomaron calle de las Fuentes arriba.

Los dejaremos, porque felizmente debían llegar a su vivienda.

CAPÍTULO LXXXIV

La resolución del paje

Hasta las dos de la madrugada habían cesado Luis, el marqués de Posa y el doctor, dando toda clase de explicaciones sobre los pasados sucesos, examinando la situación crítica en que se encontraban.

Indudablemente Luis había jugado el todo por el todo; mas después de lo que había sucedido aquella noche, era casi imposible ponerse en relaciones amistosas con fray Bernardo, aunque se le ofreciese aceptar la alianza que él había solicitado con tanto empeño.

¿Qué debía suceder si el paje caía en poder de los esbirros de la Inquisición?

El dominico se gozaría en atormentarle para

parte de la burla y ultrajes de aquella noche, y en vano ofrecerle amistad ni alianza.

Nada de esto se le ocultaba a Luis; pero al presentarse la ocasión de abrazar al marqués y hacer saber a Blanca, no pudo el marqués vacilar, pues en su conveniencia, pensaba siempre en sus amigos.

Le era imposible prolongar aquella situación y dar el último paso, el último golpe, triunfando completamente o sucumbiendo.

Optaba el marqués que todos debían irse de España, poniéndose así a cubierto de las iras del rey y de la persecución de sus enemigos; pero Luis consideraba caso de honra quedarse en su patria y no quería huir como un criminal.

El amor propio estaba vivamente interesado, y con sus razones de bastante fuerza para convencer y hacerle cambiar de opinión.

—Me quedo Luis—le decía el marqués—. en esta está muy bien cuanto acabas de decirme; pero en la práctica es irrealizable. ¿Qué harás?

—Quiero ver al rey.

—¿Has perdido la razón?

—Tal vez, en cuyo caso es preciso dejarla, porque a los locos no se les convence jamás.

—¿Acaso no conoces a Felipe II?

—Como nadie.

—Pues entonces...

—Necesita desahogar su cólera, ensañarse con la víctima...

—¿Que serás tú?

—Será la princesa y después el secretario Antonio Pérez y cuando sobre ellos haya descargado toda su cólera, el monarca nos dejará tranquilos, y en hará lo posible para mostrarse clemente, pues nadie como a los tiranos les agrada tener fama de benéficos.

—¿Y si te equivocas?

—Tendré paciencia —respondió Luis, encogiéndose de hombros—.

—Tu indiferencia me espanta.

—Eso es un propósito, y lo cumpliré o moriré.

—¿Qué opinas, doctor?—preguntó el marqués a

—Que no debéis molestaros en intentar curar a vuestro amigo. Antes de salvarse huyendo, que prefiere morir.

—Me habéis conocido, doctor.

—Cada cual siente a su manera, y esto es lo que constituye el carácter. ¿Queréis cambiarlo? Pues haría menester que cambiaseis las condiciones de la organización, lo cual es imposible. Sobre este punto no puedo daros muchas explicaciones, porque soy muy poco lo que sabe la ciencia; pero la experiencia nos ha enseñado que cada criatura tiene su manera de ser, y que la educación y las costumbres no hacen más que modificar, pero no cambiar radicalmente. Puesto que es firme el propósito del señor Laris, debemos dejarle en completa libertad concretándonos a pedirle a Dios que le proteja.

—Cúmplase su voluntad—dijo el marqués.

—Mañana—repuso Laris—os iréis a Toledo, y yo me quedaré con el capitán y Santiago. La ciencia del doctor puede ser muy útil para la hija de don Juan, pues ya os he dicho que su salud está quebrantada por las rudas conocimientos que ha experimentado. Vos seréis feliz al lado de doña Blanca, y si llego a morir... ¡Oh!... Quizá la muerte sea la única dicha posible para mí.

—¡Vive el cielo!...

—Ya es hora de descansar—interrumpió el jefe, cuyo rostro había cambiado de expresión—. Os recuerdo, amigos míos, que por vuestro honor habéis jurado no revelar a nadie el secreto de esta pasión desdichada.

—Pero suponed que también ella...

—No ha de decirme lo, ya lo sé; pero como yo quiero que, obligada por la gratitud sacrifique su corazón...

—Exageras.

—El tiempo lo pondrá todo en claro.

—Se dice el corazón que tu dices.

—Os engaña el deseo, mi querido marqués.

—¿Y quién sabe si esa pobre niña, admirando primero tu inteligencia y tu valor, ha conocido por amor y sufre silenciosamente mucho más que tú?

—No quiero hacerme ilusiones.

—De todas maneras, guardaremos el secreto, como así lo hemos prometido.

Muy poco más hablaron, acostándose para dormir y descansar.

Pero León, Juan y Santiago habían aprovechado bien el tiempo para cenar, beber y hablar alegremente.

También se acostaron, entregándose al más profundo y dulce sueño.

A la mañana siguiente no se hablaba entre los señores de otro asunto que del suceso de la noche anterior.

Felipe II estaba muy preocupado.

Doña Ana de Mendoza se entregó a todos los caprichos de la desesperación.

Ya no podía evitar que se uniesen Blanca y el marqués y que fuesen dichosos mientras ella sufría juntamente con el martirio de su soberbia abas-
ta.

Seeskraba acusar a alguien, y echó la culpa de todo al secretario Antonio Pérez, lo cual no podía ser mas injusto, puesto que él no había tomado parte en el suceso ni lo conoció hasta que le llevaron a prisión aquella mañana.

Quedaba alguna resolución que adoptar?

Ya empezaban a convencerse todos de que era completamente imposible luchar con el diabólico
re-

El padre Bernardo, a pesar de toda su inteligencia y de toda su astucia, no solamente había sido engañado, sino que había quedado en una situación verdaderamente ridícula.

Ya no quería la alianza que con tanto empeño había solicitado: no quería más que vengarse, gozarse con los tormentos de Luis.

Apenas amaneció dió las órdenes más terminantes, y todos los embrios puséronse en movimiento para averiguar dónde se encontraba el paje.

Fray Bernardo amenazó con excomuniones y una con la hoguera, y luego tuvo que ir a palacio para presentarse al rey, que lo llamaba.

Mientras querido el fraile que se lo tragase la tierra, sabía que venía obligado a hablar con el monarca de aquel asunto, pues cualquiera que fuese el

colorido con que pintase el suceso, siempre huido de resultar que había representado el más trágico papel, cayendo en el lazo tendido a los otros y viendo toda su dignidad y humanidad por el suelo, aporreada, magullada y escarnecida.

Tán triste papel, lo repetimos, no lo había presentado el último alguacil.

Empero, fray Bernardo no podía dejar de acudir al llamamiento del monarca.

Este le recibió con frases agradables, pero luego le dijo:

—Supongo que ya no os quedará duda de que la Inquisición no sirve para luchar contra esa desechada criatura que ha nacido para nuestra deshonra.

—Señor...

—Sé lo que ha sucedido, y vuestra torpeza no tiene excusa. Si los criminales se encontraban en la misma casa donde, según he podido entender, os tuvisteis encerrado en la otra época, no se comprende que os olvidaseis de averiguar si aun estaba rota la pared de la cueva, lo cual podéis hacer, tanto más fácilmente cuanto que en la otra casa habita uno de vuestros esbirros.

—No hay deuda que no se pague, y ese hombre pagará lo que debe.

—Os prometí entregároslo si caía en poder de la justicia ordinaria, pero ya no lo haré.

—Bien, señor — replicó el dominico —, vuestra majestad puede imponer a ese criminal el castigo que mejor le parezca; pero si queda con vida...

—No os ocupéis más de este asunto — interrumpió ásperamente el severo monarca.

—Señor, no podemos olvidar que el Santo Oficio...

—Dejará de ser lo que es cuando yo quiera — contestó Felipe II.

Y fijó una mirada penetrante y dominante en el dominico.

No se atrevió éste a replicar.

—Ya hemos concluido — añadió el monarca después de algunos momentos.

—Si vuestra majestad me permite... — replicó fray Bernardo.

—¿Qué?

—El Santo Tribunal, en uso de sus incontestables derechos, ha determinado...

—Pues que determine otra cosa.

—Así lo haré presente, y...

—Dedid al Tribunal que cumpla lo que mando, y de lo contrario, no habrá mañana inquisición, y al pronunciar estas palabras, demasiado atrevida y aun terribles, Felipe II volvió la espalda al letrado y salió del aposento.

—¡Oh!—murmuró fray Bernardo—. Este es el mismo ardiente, el timorato... Bien, muy bien... maravillosamente, no me asustó por tan poca cosa.

La Inquisición debía continuar buscando al papa, y si lograba encontrarlo, lo encerraría secretamente en un calabozo y así evitaría entablar una reunión con Felipe II.

Desfrazados, y después de adoptar toda clase de precauciones, aquella tarde salieron de Madrid el marqués de Poza, el doctor y Juan.

No hay que decir que ni un sólo minuto quiso desviarse en el camino el marqués, pues acrecentaba gradualmente su afán por ver a Blanca.

Al otro día llegaban al castillo.

El de Poza descabalgó, corrió, subió de dos en dos de tres en tres los escalones que conducían al piso superior, encontrándose muy pronto frente a la señora Blanca.

Resonó un grito; grito arrancado del alma, grito de alegría desgarradora, si así puede decirse, de esa alegría que por su intensidad puede quitar la vida o trastornar la razón.

Precipitose la doncella en los brazos de su amante, se inclinó la cabeza y quedó sin conocimiento.

—¡Blanca mía!—exclamó el marqués.

No pudo articular una sílaba más.

Quedase ahogado y tenía que hacer grandes esfuerzos para sostenerse.

Con violencia latieron aquellos dos grandes corazones.

Los que presenciaban la tiernísima escena, dejaron solos a los dos amantes cuando Blanca recobró el sentido.

Entonces entablaron la más tierna conversación,

recordando los sucesos de los seis años que habían transcurrido, y muchas veces se interrumpían para contemplarse con inmensa ternura y para cambiar frases que expresaban su intensa, su trágica, su dulce pasión.

Aun dudaban de que su dicha fuese una realidad.

Tres horas pasaron antes de que pudiesen a Leta ni en los peligros que aun les amenazaban; entonces dieron nuevo giro a la conversación, a compañía de sus anhelos.

— ¡Y Ana!

— Nos ocuparemos oportunamente de ella, porque ahora tenemos que volver a la corte, y ahora únicamente diremos que sufría no menos que Leta, pero no sufre el que ama y no abriga esperanza de ver realizado su anhelo.

— ¡Pobre niña!

— ¿De qué le había servido recobrar la libertad que tanto deseaba?

CAPÍTULO LXXXV

El golpe más audaz

— ¿Que le proponía Felipe II al príncipe de Inglaterra para ocupar el poder?

— Le proponía que no le propusiera nada, pero que antes de salir de aquella noche, cuyo resultado era muy dudoso.

— ¿Que había conseguido hasta entonces?

— Nada más que mortificarse al convertirse de un impotente, y esto era humillante para un hombre acostumbrado como aquel gran tirano.

Siempre había cuidado de no ensayar nada hecho sin contar antes con muchas probabilidades de triunfo; con este fin se estaba el día guiso de la derrota, que convulsa la idea de la humillación.

— No había pensado que el traidor Luis a pesar de toda su audacia y su ingenio, fuese capaz de hacer lo que había; pero cuando el monarca se acordó

pió de que el mancebo era una criatura verdaderamente extraordinaria, preguntóse qué necesidad tenía de sufrir todos aquellos disgustos cuando el resultado no había de ser en realidad provechoso más que para doña Ana de Mendoza.

En tal disposición de ánimo se encontraba Felipe II el día en que habló con fray Bernardo, y al siguiente estaba decidido a no ocuparse más de semejante asunto aunque se enojase la seductora princesa.

Luis parecía muy preocupado aquella mañana, y motivo tenía para estarlo.

Amaneció a las ocho, dió algunas órdenes a Santiago y al capitán, para en el caso de una desgracia y salió, encaminándose a los alrededores del alcázar real.

Recatándose el semblante con el embozo, se colocó en el lugar que le pareció más conveniente, observando y esperando el momento oportuno.

A las nueve y media vió que Antonio Pérez entró en el alcázar.

—¡Gritar que ella no venga—murmuró el mancebo—, porque me sería preciso esperar a mañana.

La fortuna quiso protegerlo, porque media hora después llegó doña Ana de Mendoza en una silla de manos.

Relumbraron los ojos de Luis.

Nerviosa palidez cubrió su rostro.

Pensó en sus amigos y particularmente en la hija de don Juan.

Tal vez todos sus cálculos y combinaciones iban a estrellarse contra la severidad de Felipe II.

Debió considerarse como segura la perdición de doña Ana; pero, ¿no se perdería Luis con ella?

Todo era posible.

Sin embargo, no le faltó el valor al audaz mancebo siquiera fuese porque su amor sin esperanza le hacía mirar con indiferencia la vida.

Había terminado ya su gran obra pues el mancebo y Blanca podían ser felices sin tener que hacer otra cosa que salir de España.

A llegaba a sucumbir. ¿no debía considerarse girados su cuerpo?

Había vivido para sus amigos, y por ellos moría.

Largo rato pasó con la cabeza inclinada sobre el pecho, levantándola al fin y exclamando súbitamente:

—¡Quiero conchuir!

Ya no vaciló.

Se había dominado y parecía completamente tranquilo.

Siempre ocultando el rostro, entró en el salero sin que nadie fijase la atención en él.

Subió por una escalera excusada y tomó por un largo pasillo, entrando luego en una habitación donde no había alma viviente.

Allí se detuvo.

Miró a todos lados y escuchó.

—¡Dios mío, protégeme!—exclamó, alzando al cielo una mirada de súplica.

Y volvió su capa, envolviéndose en ella y sintiéndose por otro pasillo muy estrecho y completamente oscuro.

Muy pronto dejaron de sonar sus pasos.

Había desaparecido por una de las puertas secretas que él solo conocía, y caminaba por el interior del muro.

Entre tanto Felipe II hablaba con la princesa y Antonio Pérez, y no hay que decir que el objeto de la concurrencia era el paje.

Como si una vez siquiera en su vida hubiese querido el monarca decir lo que sentía, exclamó después de oír algunas observaciones de la princesa:

—¡Ya estoy fatigado!

—Señor—replicó doña Ana—, no se trata solamente de mí, sino de vuestra majestad porque es mancebo, cuya audacia no tiene límites, alzado por la impunidad...

—¿Qué ha de hacer? ¿Acaso no ha conseguido cuanto deseaba? El marqués se ha reunido a don Blanca, y como esto era lo que se proponía, ningún objeto tiene ya la lucha. Ahora se ocuparán solamente en salir de España, y nos dejarán en paz.

—No lo creo.

—¿Para qué han de seguir arriesgando la vida? Mucha lucha y arrostra los mayores peligros que divertirse. Al mío, dice el adagio que "a malicia"

un largo puente de plata", y no de plata, sino de
oro le pondría yo un puente con tal de que tran-
sido se dejasen. Muchos criminales quedan sin
castigo. ¿Qué importa uno más? Si los persegui-
mos harán que defenderse, y otra vez lucharán;
otra vez se burlarán de nosotros. ¡Oh!... De
hoy estoy harto, doña Ana, y por consiguiente he
determinado olvidarme de este asunto.

Con tono de resolución tan firme pronunció Fe-
lipe II estas palabras, que la princesa no se atrevió
a replicar; pero su semblante dijo lo que sus labios
ocultaban.

Quedaron silenciosos por algunos momentos, y ya
se iba Ana a despedirse, cuando se abrió una
puerta y se presentó Luis con el silencio de un fanto-
ma.

Se multiplicaba el efecto que su presencia pro-
ducía.

La princesa exhaló un grito, que lo mismo era
de sorpresa que de alegría.

La frente de Antonio Pérez se contrajo y su
corazón se tornó sombrío.

Felipe II fijó su mirada penetrante en el man-
suetud y quedó inmóvil.

—¿Qué sentían en aquellos instantes?

Por de pronto temblaba Antonio Pérez, pues
acurrido bien, pensó que el paje no había de
presentarse al monarca sin la seguridad del triunfo.

Doña Ana de Mendoza no discurrió así. Allí es-
taba su enemigo y no podía escapar.

Felipe II no pudo sustraerse a la mágica in-
fluencia que Luis ejercía y lo contempló con más
atención que enojo, como lo prueban sus prime-
ras palabras pronunciadas con la tranquilidad más
serena.

—¿Quién sois?—preguntó.

Adelantó el paje haciendo las reverencias que la
etiqueta exigía, y respondió:

—Soy el infeliz a quien llaman el diablo, soy la
víctima de los enemigos de vuestra majestad, el per-
seguido sin haber cometido ningún crimen, el acor-
dado que viene a pedir justicia, confiando ciega-
mente en la rectitud de vuestra majestad.

—¡Justicia, vos!—

—Por desgracia de la señora princesa de Eski que me escucha. Ha llegado el día, porque no hay plazo que no se cumpla y cada cual pagará lo que debe, porque no hay deuda que no se pague.

—¡Oh!—exclamó doña Ana—. Si ya es tiempo de que se castiguen vuestros crímenes.

—Sí—interrumpió el paje—, tiempo es ya; pero preciso es saber quiénes son los criminales.

—Marcelo—dijo el monarca—, tal vez os espanta la vanidad, os trastorna la soberbia. A pedir justicia habéis venido, lanzáis graves acusaciones y no elichado de vos si no presentáis las pruebas.

—Las presentaré.

—Señor—dijo la princesa, a quien demagó mucho la tranquilidad y dulzura con que el rey hablaba a Luis—, parece que vuestra majestad os da que es el juguete de este miserable...

—Señora—interrumpió el marcebo, después de una burlona sonrisa—, por quien soy os juro que he de devolveros esas palabras.

—¿Aun os atrevéis?...

—Hablo con su majestad.

—Callad, doña Ana—interrumpió Felipe II.

La princesa se mordió el labio inferior y guardó silencio.

Hízose más densa la palidez de Antonio Pérez.

—Señor—dijo Luis con perfecta calma—, vuestra majestad es el juguete de esta mujer, ¿no?

—Las pruebas, las pruebas—interrumpió Felipe II.

—Antes, si vuestra majestad me lo permite, dar algunas explicaciones sobre mi conducta y los últimos sucesos.

—Hablad.

—Señor—dijo al fin el paje—, en momentos tan solemnes que estos días concierne a vuestra majestad las causas que me habían impulsado a seguir una conducta criminal en las apertencias. No quiero evocar recuerdos tristes y tampoco entrar en inútiles explicaciones sobre mi proceder en Madrid, diciendo no más sobre este punto, que el efecto desenfado de los acontecimientos de la pasada época, aumentó mi desesperación, mi sed de venganza, y me dejó llevar, como niño sin guía, de mi

arabitos de mi exaltada mente. Si entonces hubiera sabido que el marqués de Posa vivía, no juzga aquella mi conducta; pero lo ignoraba; esto es un secreto que no se me reveló, ni tampoco a sí misma, porque las personas que lo guardaban no sabían que éramos los interesados en tal asunto, y en dudas no pudo aclararlas el marqués porque estaba loco y no recobró la razón sino pocos meses tarde. Si vuestra majestad pone la mano sobre su corazón, y con la severa rectitud y la imparcialidad de sus sentimientos y de sus intenciones le pregunte a su conciencia, tendrá más lástima al niño exaltado que al hombre vergativo, y comprenderá que no fueron los malos instintos, sino un juicio débil enfermo, hijo de una razón débil también por los pocos años, lo que me colocó al borde de un abismo en medio de las tinieblas. Por mi parte, señor, siento tranquila mi conciencia en cuanto a la rectitud de mis intenciones, porque entonces tenía yo por un deber el más sagrado vengar a los que debían morir por la vida, y por cumplir con ese deber lo conseguí todo. Me equivoqué, lo reconozco, y en esto consiste mi crimen, pero un crimen cometido de buena fe, y que puede compararse al del médico que mata con un medicamento que administra creyendo de buena fe que va a dar la vida al paciente, que lo administra con alegría, con entusiasmo, hasta con vanidad, porque se ilusiona de haber podido con su ciencia y sus afanos salvar la existencia a una criatura, cumplir un deber santo, una misiónagrada, y sin embargo, mata, asesinando impunemente, y esto es un crimen, pero un crimen cometido por la fatalidad, no por él, y del cual no puede hacérsele responsable. Y es tal el convencimiento de que merezco perdón, que he venido a presencia de vuestra majestad sin miedo alguno, pudiendo escaparme.

—Es incontestable—dijo el rey para sí—, que su conciencia está pura y tranquila por más que sus actos sean criminales. ¡Desdichado, cuánto habrá sufrido y sufrirá!

—Sobre este punto — prosiguió el manco —, vuestra majestad fallará y no me quejaré si me imponen los más severos de los castigos; ya no me im-

porta morir, porque he concluido mi obra haciendo felices a doña Blanca y al marqués de Fern. a quienes he visto por fin abrazados, y he logrado también evitar que profese doña Ana de Austria, que a estas horas llorará de alegría en los brazos de su madre, más digna de compasión que de castigo.

El monarca miró con sorpresa a Luis.

—¡Doña Ana—dijo—, en los brazos de su madre!

—Sí, señor, la saqué del convento...

—¡Imposible!... Yo la vi partir para Burgos.

—Como siempre—dijo Luis—, os equivocáis. Los asesinos que me buscaban hace algunos días cortaron la cabeza al señor Antonio de Miera por cortárnosla a mí...

—¡El señor Antonio!...

—Sí, señora princesa, y en lugar de marchar a Burgos doña Ana, marchó la hija de don Juan Pacheco...

—¡Todo lo comprendo!

—Y será abadesa de las Benedictinas y se podrá guardar este secreto mientras todo el mundo cree que aquella es la hija de don Juan de Austria. Cuando profese, podrá tomar otro nombre como se acostumbra, y se llamará sor Jesús de la Transfiguración.

La admiración del rey pudo en él más que su enojo, y difícilmente siguió aparentando una fría calma.

La princesa se mordió los labios hasta hacer sangre.

—Ahora, señor—repuso el mancebo a la vez que su frente se contraía—, ahora me falta dar a conocer a los criminales y devolver a la princesa de Bel sus palabras.

—¡Oh, sí!—exclamó el monarca—. ¡Sólo falta con el dedo y dadme pruebas!

Luis extendió tranquilamente su brazo derecho hacia doña Ana, y dijo:

—Además, vuestro secretario Antonio Pina.

La princesa dejó escapar un grito de espanto.

—¿Qué decís, miserable?—exclamó mientras que sus ojos despedían centellas.

—¡Las pruebas, las pruebas!—repuso con exaltación Felipe II.

El paje, con su terrible calma, sacó las cartas escritas por Inés y se las entregó al rey.

Éste las leyó con toda la aridez que puede comprender, y cuando iba a estallar en amenazas su terrible cólera, el mancebo volvió a señalar a la princesa, y dijo:

—Vuestra majestad es el juguete de esa mujer.

Dña Ana dejó escapar un segundo grito; erró su esbelto talle y bajó la cabeza como agobiada por un enorme peso, mientras que apretaba convulsivamente los puños y en la sombría mirada de sus grandes ojos negros se pintaba a la vez la rabia y el terror.

—¡Oh!—exclamó el monarca medio levantándose de su asiento y estrujando las cartas—. ¡Yo, Felipe II, el juguete de una mujer!

Mucho significaban estas palabras en boca de aquel gran hombre.

Reinó un profundo silencio.

Frisador inundó la frente de Antonio Pérez.

Su rostro se tornó lívido.

Tuvo que hacer grandes esfuerzos para sostenerse.

El monarca contempló a los criminales, y después de algunos minutos, desplegó una leve, muy leve sonrisa.

Lo que significaban las sonrisas de aquel gran trano, lo sabían muy bien lo mismo dña Ana, que Antonio Pérez y el paje.

Para los dos primeros no había ya salvación posible.

Se habían burlado de Felipe II, lo habían engañado, eran traidores, y como si fuese poco este crimen para encender la cólera del monarca, añadió este destrozada el alma por el dardo venenoso de la calumnia.

¡Tenía un rival Felipe II, un rival!...

Eso debió parecerle inverosímil, y sin embargo, era verdad.

Luis se arrodilló, inclinó la cabeza, y dijo:

—Señor, espero la sentencia de vuestra majestad.

—Levantase—respondió Felipe II, con una calma que era espantosa en aquellos momentos.

Luis se puso en pie, quedando en actitud tan digna como respetuosa.

Felipe II miró alternativamente a la princesa y a su secretario.

Reinó un silencio absoluto, y en aquellos momentos hubieran podido oírse y contarse los latidos violentos y desiguales de los corazones de la reina y de Antonio Pérez.

Ambos conocían demasiado bien al monarca, y con sobrado fundamento estaban poseídos de pavor.

Después de algunos minutos, el gran tirado, con una calma espantosa, dijo a la viuda:

—¿Y vos no os arrodilláis?

Doña Ana levantó la cabeza.

Dos llamaradas del fuego de su sobertía se apáronse de sus ojos, y exclamó:

—¡Yo arrodillada ante quien he visto a mis pies y esclavo de una pasión!

El rey extendió un brazo hacia la puerta.

La princesa salió convulsa de ira.

Entonces el monarca dijo al señor Antonio Pérez:

—Volved a vuestra casa y esperad allí una legua.

Ni una palabra se atrevió a pronunciar el ministro, que también salió, mientras decía para sí:

—Mi cabeza no está segura sobre mis hombros.

Quando el monarca y Luis quedaron solos dijo el primero:

—Ahora dadme explicaciones sobre lo ocurrido en el convento de Santo Domingo el Real.

El paje explicó detalladamente todos los sucesos que hemos dado a conocer, siendo escuchado con atención profunda por el monarca, y después luego:

—La hija del nuestro hermano de vuestra majestad está enamorada.

—¿Enamorada?... ¿De quién?

—Lo ignora, señor, y no puedo decir más que lo que he observado.

—¿Y queréis que se case?

—Quiero que sea completamente feliz—dijo el monarca con voz insegura.

—No habéis pensado en todos los inconvenientes.

—Señor, principio por hacer el mayor de los sacrificios, puesto que estoy enamorado de la hija de don Juan.

—¿Y, sin embargo, decéis...?

—Hacer lo último que puedo en bien de mis amigos y después... ¡Oh!... ¿Qué me importa lo demás? Nunca he vivido para mí, y la costumbre...

—Tanta generosidad no se concibe.

—Señor, tal vez soy el mayor de los criminales; pero no egoísta. Si la hija de don Juan conociese a mi amor, se casaría conmigo por gratitud, se violaría, fingiría y sería la más desdichada de las mujeres, y no la he librado de un sacrificio para hacerle otro mayor.

—Todo eso está bien; pero... No lo entiendo, no lo entiendo.

—Ha concluido mi misión, y el Omnipotente me perdonará con misericordia, y pondrá fin a mi existencia. Dignese vuestra majestad hacer feliz a esa criatura que crece en las Benedictinas de Burgos la hija de Pacheco, y olvidando su nombre y su real estirpe...

—Comprendo.

—Seguro estoy de que don Juan de Pacheco comprenderá que la hija de don Juan de Austria le llama padre por una vez, y como nadie conoce a la una ni a la otra...

—¡Pobre mancebo!—murmuró el rey.

Luis se oprimió el pecho.

No era posible comprender lo que en aquellos momentos sufría.

El monarca reflexionó algunos momentos, y luego dijo:

—Inmediatamente saldréis de Madrid y con vuestros amigos esperaréis mis órdenes.

—Señor, deseo la ocasión de hacer por vuestra majestad un sacrificio de algo que se estime en más que la vida.

—Por de pronto tengo que agradeceros una cosa

que me habéis enseñado, y es que los reyes no deben tener favoritos, sino servidores.

Así terminó aquella escena.

Felipe II se había visto ultrajado por doña Ana de Mendoza y Antonio Pérez, y ya no era posible que pensase en más que en el castigo de éstos.

¿Qué le importaba el paje, ni su sobrina, ni el marqués de Poza?

¿Por qué no había de dejarlos en libertad?

Luis había presentado la prueba de la traición de doña Ana, y por consiguiente merecía una recompensa.

Si en otra época ayudó al príncipe don Carlos, si en Flandes había servido a los partidarios de la Reforma, y si se había burlado muchas veces de la justicia, no tenía esto ningún valor ante la fama de la ilustre viuda y la traición del ministro.

De éstos únicamente quería ocuparse el monarca, y para castigarlos le sobrarian pretextos y la necesidad de dar a conocer el verdadero motivo de su enojo.

CAPÍTULO LXXXVI

La novedad que encontró Luis en el castillo

El monarca llamó y dio las órdenes más urgentes para que nadie molestara a Luis, y por consiguiente éste salió envuelto en su blanca capa, y siendo contemplado por los palaciegos con tanta sorpresa como asombro.

Rápidamente cundió la noticia de que el delfín se encontraba en palacio, y en las habitaciones por donde había de pasar, reuníanse muchas personas para verlo.

Luis, envuelto en su capa, con la cabeza erguida y los labios entreabiertos para sonreír, avanzaba miraba a los curiosos y saludaba con un ademán a los conocidos de otro tiempo.

Ad continuaba representando su papel.

¿Quién hubiera sospechado que el infeliz marino sería destruida el alma en aquellos momentos en que acababa de conseguir el mayor de los deseos?

Cuando estuvo fuera del alcázar, y para evitar que le molestasen los curiosos transeúntes, volvió a casa y ya no pudo verse de ésta más que el lado norte.

Rápidamente siguió Luis hacia Santa María, y al salir la esquina del templo, encontróse con dos señores.

—Eran el capitán y Santiago.

—¡Tripas de Lucifer!—exclamó el primero.

—¡Rayos!—murmuró sordamente el segundo.

—¿Qué os sucede?—preguntó Luis, que ya no sentía.

—Nos habéis hecho sufrir mucho.

—¿Terabais, y...

—Ya nada tenemos que temer.

—¡Truenos!...

—¡Vive Dios!...

—Tranquilizaos, que todo ha concluido.

—Hemos visto a la princesa en su silla de mano.

—Y al señor Antonio Pérez en un coche.

—Y como no salís—añadió el capitán—, creíais que os habían encerrado, y yo calculaba de qué manera me sería más fácil prender fuego a ese nido de cortezanos.

—Pues he conseguido cuanto deseaba, y ya el rey es mi mejor amigo y protector.

—No lo entiendo.

—Os lo explicaré más claramente: pero no debéis permanecer aquí, porque tenemos que ir al castillo.

Pero León, en el colmo del entusiasmo, juraba y maldecía sin cesar, dejando apenas que se explicase la cosa.

Llegaron a su morada y acabaron de entenderse.

—El vino, Santiago, el vino — gritaba Pero León—, porque es muy justo que nos emborrachemos, además, tengo hambre... Que me traigan la peca de Eboli y me la comaré cruda, y...

—Olvidáis que tenemos que partir—interrumpió el paje.

—¿Y no hemos de comer?... ¡Dios de Dios!... ¿A dónde hemos de ir con el estómago vacío?... Puesto que ya no nos persiguen, y que no importa que sepa todo el mundo dónde estamos, gritaré, me sublevaré... ¡Cuernos de Satanás!... La comida, Santiago, y vino, mucho vino; y después los caballos y cuanto os dé la gana; y desdichado del que me ponga delante... Conque es decir, que el que Felipe II nos protege... ¡Viva el rey!... Me dan el mando de un regimiento, iré a Flandes, sembraré a esos pícaros herejes... ¡Cien legiones!... Ha sido nuestros amigos; pero, ¿qué importa?... Yo soy católico y vasallo leal, y español nato por todos cuatro costados... Lo único que siento es que no os acompañaréis...

—Estáis equivocado.

—¿De veras?

—¿Qué tengo que hacer aquí?—replicó el paje.

—¡Fuero de Satanás!... Ahora que hemos empezado estáis triste... ¿Qué os sucede?

—Comamos, puesto que en ello os empeñáis, y a caballo.

Durante la comida, Luis permaneció silencioso.

Preguntábase si tendría valor y fuerzas para ir a la hija de don Juan en brazos de otro, y se acordaba por qué empezaba a pensar en separarse de sus amigos y salir de España apenas se lo permitiera Felipe II.

Preocupábale también el recuerdo del deshecho, pues no creía que éste renunciase a satisfacer su venganza, y bien podía hacerlo, a pesar de las órdenes del rey.

Dos horas después salieron de Madrid.

El capitán y Santiago hablaban alegremente.

Luis iba silencioso y meditabundo.

Inclinaba tristemente la cabeza sobre el pecho.

Habíase entregado a las más amargas reflexiones.

Después de tanto sacrificio y de una lucha tan espantosa, no había conseguido más que hacer felices a sus amigos, mientras que él era tristemente desgraciado.

¿qué objeto tenía ya su existencia?

Ninguno, puesto que no podía ser útil para él ni para los demás.

Se encontró imposibles para favorecer a sus amigos y era impotente cuando se trataba de su propia dicha.

La verdad que su situación no podía ser más triste.

Respiraba de su pecho suspiros dolorosos, o apretaban sus labios para desplegar sonrisas amargas de amargura desgarradora.

¡Pobre hombre!

El remotamente podía sospechar que Ana se encontraba en la misma situación y sufría lo mismo que él.

Le seguiría guardando el secreto de su pasión, pero no quería que la joven le correspondiese nada por la gratitud, y ella continuaría siendo buena para evitar que Luis llevase su generosidad hasta el punto de sacrificarle su corazón.

Mientras los dos callasen, era imposible su felicidad, y claro es que habían de seguir callando.

Al día siguiente entraban en el castillo.

No puede describirse la escena que tuvo lugar a los primeros momentos: lágrimas, sonrisas, exclamaciones de júbilo y frases de ternura intensa.

Cuando empezaron a recobrar la calma, dió Luis minuciosas explicaciones, y luego todos los rostros empezaron a cambiar de expresión, empezando a manifestar la tristeza.

¿Qué sucedía?

No pudo Luis adivinarlo; pero tenía necesidad de saberlo, y, apenas quedó solo con el marqués, preguntó:

—¿Qué pasa?... Doña María de Mendoza debe saber.

—Mucho.

—Y su hija...

—Muy.

—¿Quié...

—No os equivocasteis al creer que la joven es una encantada—dijo el Sr. Para.

El Sr. Para...

—¿Y a quién ama?—preguntó, con una ansiedad indescriptible.

—Lo ignoro; pero entre ella y el hombre que ha encendido su corazón debe levantarse un obstáculo insuperable, debe abrirse un abismo.

—Explicaos, marqués.

—Os hago sufrir; pero...

—Quiero conocer la verdad.

—Es horrible.

—¿Creéis que el valor me falta?... ¡Oh!... Cuando todas mis esperanzas se han destruido, cuando la vida me es insostenible...

—Me hacéis temblar.

—Señor marqués, aun no me conocéis.

—La situación exige...

—Que todos sepamos a qué atenernos.

—Y yo, que os debo tanto, no quisiera ver que destrozase vuestra alma.

—¿Acaso podéis decirme algo que yo ignore? Yo sabía que para mí no podía ser el corazón de esa mujer a quien por desdicha he conocido, ¿qué puede suceder que sea más horrible?

—Sin embargo...

—No he abrigado ninguna esperanza; y para probaroslo así, os dire lo que me ha parecido prudente callar en presencia de Ana.

—Decid, que os escucho con tanta ansiedad como temor.

—He hablado al rey del amor de su sobrina, y le he suplicado que la case con el hombre a quien ama.

—¿Y no habéis hablado de vuestro amor?

—Sí.

—¿Y el rey...?

—Se ha mostrado dispuesto a completar la felicidad de la hija de don Juan, y creo que si no me imponen ningún castigo y me perdona, es porque considera que estoy sobradamente castigado con el sufrimiento de mi pasión contrariada, con el tormento horrible de ver en brazos de otro a la mujer a quien adoro. ¡Oh!... Vos amáis, marqués, y podéis comprender mi sufrimiento, aunque nunca habéis llegado a perder la última esperanza.

—¿Y he de dejaros sufrir...?

—Nada podéis hacer.

—Es verdad—dijo tristemente el de Pozo.

—Continuad, pues.

—La desgraciada joven, porque desgraciada es, ha determinado encerrarse en un convento; de modo que nada habéis conseguido con arriar la vida para sacarla del claustro.

—¡Otra vez en una celda!...

—Y es irrevocable su resolución, según me ha dicho su madre.

—¡Oh!...

—Y muy razonados y fundados deben ser los motivos, cuando doña María aprueba semejante determinación.

—Imposible, imposible...

—Desgraciadamente, es verdad.

—Cuando sepa que el rey está dispuesto a darle la gracia para que se case...

—Sucederá lo mismo.

—Pero, ¿quién es el hombre que ha interesado a la reina?

—Sobre este punto ha guardado la mayor reserva doña María; pero la persona no tiene importancia, sino la situación.

—Es decir que, a pesar de mis sacrificios, esa señora...

—Es desgraciada.

Ella elevó al cielo una mirada de desesperación.

Después, y siguiendo la conversación sobre el mismo asunto, manifestó su resolución firmísima de salir de España para ir a buscar la muerte en Francia, y en compañía del capitán Pero León; pero de todas maneras, deseaba saber qué clase de obstáculos se oponían a la felicidad de Ana, pues estaba decidido a luchar nuevamente hasta morir a sus pies, haciendo así el último y el mayor de los sacrificios.

Separáronse, y el marqués fué en busca de doña María.

CAPÍTULO LXXXVII

Cómo saben buscarse los corazones
que se aman

Después de comer, salió Luis del castillo para pensar solo y entregarse con entera libertad a sus tristes reflexiones.

Ana se retiró a su aposento, asomándose a una ventana y mirando distraidamente el paisaje.

Sentía el corazón oprimido, y bien pronto sus ojos se humedecieron y dejaron escapar dos lágrimas.

—¡Nacer para sufrir siempre, siempre!—susurró, con voz ahogada—. El más desdichado tiene alguna esperanza consoladora... ¡No hay esperanza para mí! ¡Qué hermoso es el cielo, qué bello es el mundo!... Y tengo que encerrarme en este sepulcro de los vivos que se llama claustro; y... ¡Dios misericordioso!... ¡Por qué no ha de haber para mí un goce, como para todas las criaturas!... Y no podré olvidarlo, y cuando a mi celda lleguen los rumores del mundo y me digan que ana con toda la ternura de que es susceptible su corazón, y que me ha olvidado y que... ¡Esto es horrible!

No pudo Ana proseguir.

Por un momento se tornaron rojas sus mejillas, que palidieron después mortalmente.

También a ella le atormentaban los celos, y se odiaba a la mujer que amase Luis.

Entre tanto, doña María de Mendoza, viuda y el marqués paseaban por los alrededores del castillo. Sentáronse para hablar más sossegadamente.

—Señora —decía el marqués a la madre de Ana—, la experiencia os ha probado que para nuestro amigo Luis no hay nada imposible, y por consiguiente, estáis obligada a darle a conocer los obstáculos que se oponen a la felicidad de vuestra hija, pues de seguro los vencerá.

—No—dijo, tristemente, doña María.

—Si os obstináis en callar...

—Amigos míos, tenéis derecho a mi franqueza, pero lo sabréis, aunque con una condición.

—Derecho, no; pero...

—Jurad que guardaréis el secreto que voy a revelar, y que lo guardaréis hasta para nuestro amigo Luis, a quien tanto debemos.

—¿Ahora...

—Es preciso.

—Pues bien: lo juro—dijo el marqués.

—Yo también—añadió Blanca.

—Mi hija no puede ser feliz, porque ama a quien no le corresponde.

—¿Y el hombre amado...?

—Es nuestro amigo...

—¿Luis!...

—¡Ah!... ¡Somos dichosos!—exclamó Blanca, y abrazó a su amiga, mientras que el llanto se le escapaba en abundancia de sus ojos.

—Ya lo veis, hora de alegría... ¡Cuánta felicidad!

—¿Qué estáis diciendo?

—¿No habéis visto a Luis preocupado y triste, ¿verdad? ¿No habéis visto a Luis preocupado y triste, ¿verdad? ¿No habéis comprendido que sufre horriblemente?

—¿Dios mío!...

—¡Ama a vuestra hija!...

—Y está resuelto a salir de España, para ir en busca de la muerte en los campos de batalla...

—Hace muchos días que me confió el secreto de su amor...

—Y, con una generosidad que no se concibe, ha pedido al rey que case a vuestra hija con el hombre a quien ama.

—¡Luis, mi querido Luis—gritó Blanca, poniéndose en pie y queriendo correr en busca del marqués.

—¿Qué hacéis?—dijo doña María.

—Serán dichosos también!...

—Estoy aturdida... ¡Ah!... Esto es un sueño...

—En la realidad...

—¿Por qué nos detenemos? ¿No pensáis que su vida es una tragedia?... Vamos, vamos...

—Sí, sí...

—Esperad...

—Ni un instante.

—¡Hija mía!... ¡Gracias, Dios misericordioso!
Profundamente agitados, corrieron al castaño.
¿Y Ana?

Había salido sin que nadie la viera.
Tampoco se encontraba allí el paje.

Corrieron otra vez para buscarla.

Atravesaron algunas praderas, y se internaron
en un bosque.

Media hora después se detenían, sin haber en-
contrado a los dos jóvenes.

—Es extraño—dijo Blanca.

—No me sorprende que Luis se aleje demasiado,
pero mi hija, por estos sitios sola...

—Busquemos.

—Por aquí.

Tomaron por un tortuoso sendero.

Allí el ramaje formaba una bóveda, a través de
la cual no podían penetrar los rayos del sol, que te-
caba a su ocaso.

A los pocos minutos, percibieron el murmullo de
un arroyo cristalino que serpenteaba por entre la
espesura.

Avanzaron más, y se detuvieron al llegar a una
pequeña explanada o claro del bosque.

Allí estaba el suelo tapizado por menuda hierba
salpicada de flores silvestres.

En los líquidos cristales del arroyo reflejaban los
últimos rayos del sol.

Los pájaros revoloteaban y se ocultaban entre
el ramaje en busca de sus nidos.

La tórtola dejaba oír sus últimos arrullos, melancólicos, melancólicos e impregnados de amorosa dulzura.

Nada más encantador que aquel lugar.

Allí era forzoso sentir: allí se sublimaba el espíritu hasta las regiones más elevadas de los más altos goces.

Blanca puso el dedo índice de su diestra sobre sus labios para que sus amigos guardasen silencio.

Sus miradas se fijaron en un mismo punto.

Sus rostros se dilataron con una sonrisa de la más plena satisfacción.

sobre un banco, junto al arroyo, y bajo el frondoso ramaje, estaban Luis y la encantadora Ana. Contemplábanse como extasiados.

Parecía que sus almas se habían reconcentrado en sus ojos.

Guardaban silencio, sin duda porque con palabras no podían expresar lo que sentían.

Sus miradas eran sobradamente elocuentes. Vedáse sus pechos levantarse a impulsos de su silenciosa respiración.

Sus labios se entreabrían, desplegando una leve, muy leve, sonrisa.

¿Qué había sucedido?

Lo que era absolutamente preciso que sucediese, lo que era lógico y natural: aquellos dos corazones se amaban, se atraían mutuamente, y debían entenderse y entenderse, sin pronunciar apenas una palabra, y aun contra la voluntad de ambos.

Han pudiera decirse que habían nacido el uno para el otro, y como separados no podían vivir, habían de reunirse.

Marca, el marqués y doña María permanecieron inmóviles por espacio de cinco minutos.

Como nunca habían gozado, se congrataban dichosos al contemplar aquel cuadro de dicha eterna.

—Me parece—dijo, en voz baja, el marqués a doña María—que ahora me autorizaréis para revelar el secreto.

La tierna madre no pudo ya contenerse, ni Blanca tampoco, y avanzaron ambas seguidas del marqués.

Ana y Luis dejaron escapar un grito de sorpresa, y se pusieron en pie.

—¡Madre mía!...

—¡Hija de mi alma!...

—¡Hermana mía!...

—¡Luis!...

Estas exclamaciones se oyeron.

Ana se arrojó en los brazos de su madre y Luis, en los de su señora.

Ni uno ni otros pudieron articular una sílaba.

Quedábase medio ahogados.

Y tanto corría por sus mejillas.

El marqués, profundamente conmovido, contemplaba aquel cuadro, y también de sus ojos se escaparon dos lágrimas.

Quando pudieron dominarse, diéronse algunas explicaciones, de que ninguna necesidad tenía, y luego, dirigiéndose a Luis, exclamó Blanca:

—¡Por fin, eres dichoso!

—Dios lo quiera—murmuró el mancocho, haciendo un gesto de duda.

—¿Qué temes?

—¿Os habéis olvidado de doña Ana de Mendoza?

—Ya es impotente...

—Para cierta clase de intrigas; pero no para cometer un crimen. ¿Acaso es posible que me perdonen?... Y Antonio Pérez le ayudará, y también fray Bernardo, cuya última esperanza se ha destruido. No quisiera turbar vuestra alegría en estos momentos; pero nos conviene pensar en todo. Por una parte, me amenaza el puñal de un asesino, y por otra, la Inquisición. ¿Qué importa que el rey me proteja? Si se empeña el Santo Oficio, me encerrará en un calabozo, y allí, sigilosamente, me haría sufrir todos los tormentos imaginables. Muy terrible es la venganza de una mujer; pero la de un fraile...

—Nos iremos de España.

—Eso no—replicó enérgicamente Luis.

—Entonces, no debemos considerar terminado la lucha.

—No.

El mancocho no se equivocaba, pues era imposible que doña Ana de Mendoza lo perdonase, así como el dominico tampoco perdonaría al que en su momento había desbaratado todos sus planes, inutilizándolo para satisfacer su ambición.

A pesar de todo esto, aquella noche durmieron tranquilamente nuestros amigos, y el señor Pío León, Juan y Santiago, en el colmo de la alegría cenaron y vaciaron varias botellas, cuyo contenido, como era consiguiente, les hizo también dormir a pierna suelta.

Los dejaremos entregados a su dicha, y volveremos a Madrid para saber lo que el rey había

determinado con respecto a doña Ana de Mendoza y al señor Antonio Pérez, así como también hemos de averiguar en qué disposición de ánimo se encontraba el dominico, pues no era posible que hubiese renunciado al único placer que le quedaba: el de la venganza.

CAPÍTULO LXXXVIII

El postigo de la iglesia de Santa María

Retrocédereinos a la mañana en que tuvieron lugar los sucesos que decidieron la suerte de doña Ana de Mendoza y del secretario Antonio Pérez.

Cuando el rey quedó solo, dió varias órdenes y despachó algunos correos. En apariencia continuaba tranquilo; pero en el fondo de su alma se desencadenaba una borrasca espantosa.

Le habían herido en la fibra más delicada, en la más sensible: la de su soberanía.

Con toda su grandesa, con todo su poder, había representado el papel más triste, había sido engañado por las personas en quienes tenía más ciega confianza, se le había burlado una mujer.

Felipe II se vió objeto de la burla, experimentó el tormento espantoso del ridículo.

No encontraba castigo bastante para los autores de la ofensa.

Y, sin embargo, no se atrevía a entregar al verugo la cabeza de la mujer a quien había amado, porque esto le parecía indigno de su propia grandeza.

Felipe II era un gran tirano, era un déspota inmisericorde; pero era también un caballero, caballero español, y antes hubiera consentido morir que dejar de guardar ciertas consideraciones a la que había sido su dama.

En cuanto al señor Antonio Pérez, sobrarian pretextos para acusarlo de cualquier delito y castigarlo severamente, haciendo pasar por acto de

justicia lo que realmente no era más que una venganza.

Ya la opinión pública acusaba al ministro de ser el autor del asesinato de Escobedo, secretario particular de don Juan de Austria, y que con esa comisión de éste había venido a España.

En voz muy baja, se atrevían algunos a decir que, efectivamente, el ministro había dispuesto el asesinato de Juan de Escobedo; pero que lo iba para cumplir una orden, más o menos terminante, del monarca.

Los historiadores no han podido comprobar nada de esto con documentos ni razones incuestionables; pero la verdad es que todo lo que se ha conseguido investigar parece resultar que Felipe II pronunció algunas palabras dejando entender que Escobedo merecía la muerte, y que la razón de lo tallo exigía que desapareciese del mundo este hombre, que poseía secretos muy trascendentales y se había metido en cierta clase de intrigas políticas.

Estas o parecidas palabras en un rey como Felipe II eran una sentencia irrevocable, y su ministro debió creerse en el deber de cumplirla.

No había medio de probar nada contra Escobedo, y, por consiguiente, era inútil acudir a los tribunales, quedando solamente el recurso del anatema.

Sabemos ya que a este recurso se apeló muchas veces en aquella época, y, por consiguiente, no es absurda la suposición de que Felipe II mandase matar a Escobedo, así como también es posible que el célebre ministro lo hiciera por su propia cuenta, queriendo luego justificarse y diciendo que se había concretado a obedecer al rey.

Aquel mismo día quedó Antonio Pérez confinado en prisión en su propia casa, y los Tribunales de justicia empezaron a instruir la causa, considerando como presunto autor del asesinato de Escobedo.

Una vez hecho esto, no necesitó el monarca separarse por entonces de su antiguo secretario, y pudo fijar toda su atención en doña Ana de Mendoza.

Esperó ésta en su morada:

El estado de espíritu puede comprenderse.
Con frecuencia se entregaba a todos los trans-
portes de la desesperación.

No le tenía miedo al enojo de Felipe II; pero sí
a sufrir horriblemente su derrota.

¡Había triunfado el paje, había triunfado
Isaca!

La triste viuda, en el delirio de la desespera-
ción, pidió a gritos la muerte.

Como entonces anhelaba vengarse.

Cuando cerró la noche se habían agotado las
fuerzas de doña Ana, lo cual no debe extrañarse,
porque había sufrido mucho y porque apenas había
sido alimento durante el día.

Las horas pasaban con lentitud verdaderamen-
te horrible para la princesa.

Dieron las diez.

A sus oídos llegó el ruido de un coche, que se
paró a la esquina de la Iglesia de Santa María.

Tras el coche iban algunos soldados a caballo.

El lacayo abrió la portezuela y dos hombres
salieron.

No podían distinguirse sus facciones, porque la
oscuridad era absoluta.

Entraron en la calleja, que ya no existe y que co-
mienza a lo largo del costado izquierdo de la Iglesia.

Esa tenía un postigo por allí, postigo que aque-
lla noche se hizo célebre y que muchas veces hemos
acompañado mientras recordábamos los pasados si-
glos y la tenebrosa política del tirano de dos mun-
das.

Aquellos dos hombres avanzaron sin pronunciar
una palabra.

Uno de ellos se metió en el hueco del postigo, y
después en su negra capa, quedó inmóvil.

No era posible distinguirlo.

El otro dio algunos pasos más y penetró en la
sencilla vivienda de doña Ana de Mendoza.

A los pocos minutos la traviesa y bonita Inés,
que estaba pálida y parecía muy preocupada, entró
en el aposento donde su señora se encontraba re-
tendida en un diván.

—¿Qué quieres? — preguntó ásperamente la
señora.

—Un caballero desea ver a vuestra señora.

—No recibiré a nadie, y te prohibo que trates a entrar mientras yo no te llame.

—Es que...

—Basta.

—En nombre del rey.

Dofia Ana se incorporó, estremeciéndose violentamente, fijó una mirada intensa en Inés y exclamó:

—¡El rey!... ¿Qué estás diciendo?

—Que ese caballero es un gentilhombre y que a cumplir una orden de su majestad.

—¿Y no es el mismo rey?

—No, señora.

—¡Ah!... No se siente con fuerzas bastantes.

¡Pobre rey!... Que entre ese caballero. Salíó Inés.

Presentóse el gentilhombre, que parecía bastante turbado y que saludó a doña Ana muy cortésmente.

—Me han dicho que venís por orden de su majestad.

—Así es, señora, y siento haber merecido esta prueba de confianza.

—¿Y por qué?—replicó la viuda, que hacía sobrehumanos esfuerzos para aparecer tranquila y sonreír.

—Es tan desagradable el cumplimiento de mi deber...

—Sentaos y explicaos.

—No puedo detenerme un solo minuto.

—Entonces...

—Tendréis la bondad de seguirme.

—¡Seguidnos!

—Y os permitiré deteneros nada más que para tomar un abrigo y dar a vuestros criados las órdenes que os parezcan convenientes a fin de que os avien ropa, dinero o lo que hayáis de necesitar.

—Eso es incomprensible.

—Si ahora no lo entendéis...

—Me llevaréis presa. ¿no es verdad?

—Tendré el honor de acompañaros hasta el convento de las Hueigas, de Burgos, y allí os quedareis.

—¡Oh!—exclamó la princesa, cuyos ojos cente-

—Señora...

—Otra vez encerrada en las Huelgas...

—No sé más sino que he de dejaros allí y he de
pedir a la abadesa una orden de su majestad.

—¿Y si hago resistencia?

—La escotilla que traigo oculta en esta casa y
esperando la fuerza...

—¡Caballero!...

—Lo manda el rey.

—Entonces anonadada la viuda.

Después estaba de que la resistencia no ha-
ría servido más que para acusarla de haberse re-
belado contra el rey, en cuyo caso el castigo sería
muerte.

No le convenía agravar su situación.

Mientras la dejasen en el convento, con sus ri-
goras y el auxilio de los criminales que la servían,
no le sería imposible satisfacer su sed de venganza.
Además, de su celda no sería tan difícil salir como
de un calabozo.

Reflexionó algunos momentos.

—Está bien—dijo con breve tono.

Puso en pie, y preguntó:

—¿Puedo dar respetadamente las órdenes a mis
siervos?

—Sí, puesto que su majestad no lo ha prohibido.

—¿Me permitiréis salir de esta habitación?

—También; pero os recuerdo que no puedo es-
perar mucho.

Doña Ana salió.

No abusó del permiso, pues antes de diez minu-
tas volvió envuelta en un ancho y negro abrigo, di-
ciendo:

—Vámonos.

No hablaron más.

Salieron de la casa.

El gentilhombre ofreció el brazo a la viuda, y
ella aceptó el apoyo.

Como la calle era muy estrecha, el ropaje de la
señora rozó al pasar con la negra capa del que esta-
ba oculto en el postigo.

Vieronse brillar como dos luces fúlfidas en ojos del embozado.

La princesa y el gentilhomme entraron en el aruaje, que inmediatamente se puso en movimiento seguido por la escolta.

Debilitóse y se extinguió el ruido que producía el pesado vehículo y las pisadas de los caballos.

Del postigo salió el de la negra capa.

Percibíase el ruido de su respiración trabajosa.

Aun relumbraban intensamente sus ojos.

Era el gran Felipe, que había querido ver a la mujer para siempre a la mujer cuyos encantos habían encendido en su pecho una pasión, que acababa de extinguirse al sentir herida su soberbia.

Otros dos embozados siguieron al monarca, y todos entraron en el alcázar real.

A la mañana siguiente cundió la noticia del suceso y encierro de la ilustre viuda, que había representado en la corte un papel de tanta importancia y que había sido el alma de todas las intrigas.

Entonces como nunca se desataron las lenguas de los murmuradores, y los que más duramente cesaron a doña Ana fueron los que más la habían adulado o mayores beneficios habían recibido de ella.

CAPÍTULO LXXXIX

Lo qué hacía Felipe II con algunas dulces palabras

Al día siguiente Felipe II mandó que se le presentase fray Bernardo.

Recibió éste la orden con aparente calma, pero palideció y su mirada se tornó sombría.

Nadie hubiera creído que aquel hombre se atreviese.

Había empezado a desconfiar de sus propias fuerzas.

Acordábase del cardenal Emboada y temblaba pues conocía demasiado bien a Felipe II.

Cuando los ambiciosos pierden su última esperanza y ven los peligros que ellos mismos han buscado, son cobardes hasta el último grado de la coardía.

Fray Bernardo no podía defenderse, tenía que renunciar a sus ambiciones, y no le quedaba más recurso que el de la venganza.

¿Le estorbarían este único placer?

Obedeció la orden, porque así le era preciso, y se presentó al monarca con el aire de humildad que le había dado tan envidiable reputación.

La calma glacial de Felipe II era aquel día verdaderamente terrible, espantosa.

No debía pronunciar más que palabras sencillas, así a media voz, con dulce y grave tono: pero así también y con una sola frase y una sola mirada había matado a su ministro, el humilde y noble Santiago.

Cuando aquel gran tirano quería, con una mirada no más anonadaba al más grande, al más valiente.

Ante la mirada de Felipe II había temblado el gran duque de Alba y temblaron otros muchos hombres que no valían menos que éste.

El dominico, con la cabeza inclinada y cruzadas las manos, esperó a que el rey le hablase.

—Todo lo sé—dijo pausadamente Felipe II—, y, por consiguiente, no os he llamado para pedir os explicaciones.

—Señor, suplico a vuestra majestad...

—Ahora habla el rey—interrumpió Felipe II.

No sabemos cómo pronunciaría estas palabras; pero es lo cierto que el dominico sintió que le faltaban las fuerzas y apenas podía sostenerse.

Su rostro se tornó lívido y se desfiguró.

Frió sudor corrió por su frente.

El rey añadió:

—La Inquisición tiene calabozos y tormentos, y el rey tiene prisiones de Estado y verdugos.

Lo que sintió fray Bernardo no puede explicarse; faltó muy poco para que cayese.

—Tenéis mucho talento, y podéis aprovecharlo en servir a vuestro rey.

—Mi vida es de vuestra majestad.

—No necesito que me ofrecáis lo que es mío.

—¡Ah! — suspiró el desdichado fraile, en aquellos momentos era digno de compasión.

—Hoy mismo saldréis de Madrid, y por el camino que os trace iréis a Roma, esperando allí mis órdenes, que os comunicará mi embajador. Tanto yo tenga a bien dictarlas. Y no haréis más que esperar, entendido bien, solamente esperar, sin ocuparos de otro asunto, absolutamente de ningún como no sea de cumplir las obligaciones propias de vuestro sagrado ministerio. Tampoco os ocuparéis ni directa ni indirectamente de persona alguna de las que dejéis en España, y si conseguís darlas, ganaréis mucho. ¿Me habéis entendido?

—Sí, señor.

—Os conviene guardar en la memoria todas mis palabras. Supongo que me conocéis, fray Bernabé.

—Creo que sí.

—Nada más tengo que deciros.

—Señor, mis superiores...

—Son también mis vasallos, y acatarán mis órdenes.

—Mi cargo de inquisidor...

—Los inquisidores también tienen la obligación de obedecerme.

—Señor...

—He concluido — interrumpió el monarca. Salid.

El dominico no se atrevió a pronunciar una palabra ni a levantar la cabeza.

Maquinalmente se movió y salió de la cámara con pasos vacilantes.

Volvió a su convento.

Sus ideas eran confusas.

Parecíale que la luz del sol había perdido su brillo.

Respiraba con dificultad.

Dejóse caer en un sillón y quedó inmóvil.

Después de algunos minutos se pasó la mano por la frente.

—¡Oh! — murmuró con voz sorda—. ¿Qué se ha hecho de mi inteligencia?

Aquella inteligencia tan clara, tan grande, en

para a oscurecerse como la luz, que se anulaba gradualmente.

—Sufró — dijo fray Bernardo con voz oscurecida.

Y añadió, llevando las manos a la cabeza y apriándose la frente y el cerebro:

—¿Qué tengo aquí?... No lo sé... No lo comprendo.

Miró a todos lados.

Enlérase dicho que le habían cambiado los ojos, pues ya no tenían la misma expresión que siempre.

Sus pupilas empezaban a dilatarse y a perder su brillo.

—¡Quiero vivir!—exclamó, haciendo un esfuerzo supremo.

Intentó ponerse en pie; pero en aquel instante se abrió la puerta de la celda y entró un anciano religioso.

Fra el superior, que con pausado y grave tono dijo mientras presentaba un papel a fray Bernardo:

—Acabo de recibir las órdenes de su majestad... Aquí tenéis el itinerario de vuestro viaje... El dolor purifica las almas... Resignación, hermano, y tened presente que la verdadera justicia no está en este mundo.

Fray Bernardo se puso en pie, apoyándose en el alféiz.

—Soy víctima de una injusticia, de un abuso, de una intriga infame...

—Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

—Pero mi reputación, mi honra...

—Sufrís mucho, ya lo veo.

—Sí; sufro horribilmente.

—Bienaventurados los que sufren y lloran, porque ellos serán consolados.

—¡Oh!...

—Partiréis hoy mismo.

—No, no — replicó desesperadamente fray Bernardo.

—Sí—repuso el superior, con la misma calma y dulzura que antes—, partiréis, y la Comunidad.

congregada en el coro, elevará sus preces al Señor para que os dé fortaleza de espíritu y consuelo.

—Reverendo padre, mis derechos...

—Bajo santa obediencia...

—¡Ah!...

—Que Dios os bendiga como yo lo hago en su santo nombre.

Y al decir esto el superior, salió de la celda.

Fray Bernardo volvió a caer pesadamente en el sillón.

Un sudor frío y copioso inundaba su frente palida y contraída.

Abriéronse sus ojos como si fuesen a salir de sus órbitas.

Miró ansiosamente el papel que el superior le había entregado.

No distinguía las letras.

Pocos momentos después quedó inmóvil.

Sus manos estaban crispadas y frías.

Media hora después la Comunidad se ponía en conmoción y por todas partes se decía:

—Fray Bernardo se muere.

No exageraban.

El dominico estaba en el lecho sin dar apenas señales de vida.

El médico había declarado que la enfermedad consistía en una gravísima alteración del cerebro y que se había producido un derrame sereno.

Se hizo cuanto es imaginable.

El resto de aquel día y toda la noche la pasó fray Bernardo sumido en profundo sopor unas veces y otras hablando de sus intrigas, de sus aspiraciones y del paje.

Al día siguiente se encontraba peor.

La vida sostenía una lucha tenaz con la muerte. Cerró la noche.

Dos horas después el célebre fray Bernardo echó el último suspiro.

Al otro día su cadáver estaba en el templo, bajo cuyas bóvedas resonaba imponente el *De profundis*, entonado con voz grave por la Comunidad.

Ya no tenía Luis más que un enemigo, don Juan de Mendoza y de la Cierda, pero enemigo sobradamente terrible.

Como veremos, la lucha iba a principiar muy pronto pues la derrota de la ilustre viuda no significaba más que una tregua.

¿Le esperaba a Luis la muerte en los momentos en que la loca fortuna le brindaba con la dicha?

CAPÍTULO XC

Nada es veraz que el paje era siempre el mismo

¿Queréis que una mujer se empeñe más y más en cualquier lucha que haya entablado, haced de cuenta que experimente contrariedades, que su amor propio se sienta herido, y, sobre todo, que se ve humillada por otra mujer. Cuando esto sucede, resiste mil veces en morir antes que retroceder, y, aun, absolutamente todo, lo sacrifica a su anhelo triunfal, aunque éste no haya de proporcionar una ventaja que la del halago de su vanidad.

¿Qué podía esperar ya doña Ana de Mendoza? Nada, porque había pasado la época de su esplendor.

No era posible que Felipe II la amase otra vez, y, por consiguiente, ya no había de representar en la corte el brillante papel que había representado.

Sus enemigos no habían de respetarla, porque ya no la temían, y nuevos amigos no había de tener, porque había perdido su influencia. Tampoco le hubiese sido posible conseguir nada con su belleza, ya ya no tenía encantos sino para los que la habían conocido en otra época.

Doña Ana de Mendoza, como toda mujer que se deja regar por la soberbia, no había pensado que el tiempo pasaba y lo destruía todo, y que era forzoso que una la juventud llegase la vejez con las canas, las arrugas y las deformidades.

Era la ilustre viuda una de esas mujeres que tienen el raro privilegio de conservarse mucho tiempo en la plenitud de su hermosura; pero a éstas les sucede que en un solo día envejecen luego lo

que no han envejecido en muchos años, y á los
desaparecer casi de repente todos sus atractivos.

¿De quién debía esperar ayuda doña Ana?

El desdichado Antonio Pérez nada podía hacer
por ella, puesto que necesitaba el auxilio de todos.

Empero era rica, muy rica, y mientras disponi-
ese de montones de oro, tendría miserables que le
sirvieran, como la había servido el señor Anta-
nio de Mena.

En el aturdimiento de la desesperación, se le
había ocurrido pensar que un traidor había salido
de su casa, y, por consiguiente, siguió entrando en
entera confianza a la traviesa Inés.

Con ésta y con Ginés contó por de pronto la
viuda, y les dió las órdenes convenientes; pero la
doncella estaba decidida a continuar sirviendo a
Luis, con quien esperaba casarse, sin pensar que
ese semejante hombre no podía ser el marido de una mu-
jer vulgar, y que, en último caso, se había vendido
por un puñado de oro.

Así, el antiguo paje podía conocer los planes de
doña Ana de Mendoza.

Un mes había pasado desde los últimos sucesos
que hemos referido.

Felipe II dió licencia a Luis, al marqués y a
Blanca, a doña María y a su hija para volver a la
corte y arreglar las cosas de manera que los conde-
nados se casasen.

No era esto generosidad del monarca, sino co-
seo de atormentar a la princesa; pero él es que
nuestros amigos recibían el beneficio.

Luis y Ana debían esperar un año para casarse,
y, entre tanto, don Diego de Mendoza, aunque muy
contra su voluntad y su gusto, tuvo que abrir las
puertas de su casa a su hija y a su nieta, al fin
diciendo a todo el mundo que ésta era hija de su
amigo don Juan de Pacheco.

Antonio Pérez fué tratado como el último cri-
minal, y como no pudieron conseguir que confesara
ser el autor del asesinato de Escobedo, apelar a
recursos de aquellos tiempos bárbaros y se le puso
en el tormento, llegando alguna vez hasta a apla-
carle tres cuñas; pero mostró tanta entereza, que
fué preciso pensar en otros medios para hacerle

¿cómo se condenase y que en la opinión pública quedase así a salvo el rey.

Según ya dijimos, no habían llevado al ministro a la cárcel; pero estaba en su casa tan bien vigilado, que la fuga parecía imposible.

La verdad la conocía Luis, en cuanto al crimen que costó la vida de Escobedo, y, por consiguiente, estaba convencido de que Antonio Pérez no había cometido otro delito que el de galantear a doña Ana de Mendoza. Llevando su audacia hasta el punto de rivalizar con el rey.

Fuere por esta razón, o porque el antiguo papa había nacido para la lucha y no podía vivir en silencio sosiego, es lo cierto que, después de mucho reflexionar y examinar muy detenidamente la situación, empezó a interesarse por la suerte del ministro.

¿Qué tenía de hacer Luis durante el año que tenía que esperar para ser esposo de la mujer a quien adoraba?

En algo había de ocuparse, y, sin duda, no consideraba suficiente ocupación la de defenderse de doña Ana de Mendoza.

Un día le ocurrió hacerse la siguiente pregunta:

—¿Por qué no he de proteger al señor Antonio Pérez? Fue mi enemigo, no porque me odiase, sino porque tenía forzosamente que ayudar a la princesa, y ahora se ve perseguido y acusado injustamente, y como le han vuelto la espalda sus falsos amigos y miserables aduladores, acabará la vida a manos del verdugo, dejando a su familia huérfana y desolada. Me parece que, siquiera por su virtuosa esposa, tengo el deber de favorecerlo.

No podemos ocuparnos de este grave asunto con la extensión que requiere su importancia, pues está fuera del de este libro, y nos limitaremos a hacer algunas ligeras indicaciones.

Antonio Pérez estaba casado con doña Juana de Coello, mujer cuya hermosura igualaba a su virtud, y esta virtud era tanta, que apenas se concebía.

Pocas criaturas han dado pruebas de grandeza de alma, de generosidad y de abnegación como doña Juana de Coello, mujer sublime que sostuvo las más espantosas luchas, que ahogó todas sus pasio-

—Mas abusado mucho ya de la fortuna.

—Para cumplir mis deberes, y todavía me he concluido.

—Dios te proteja.

Convencida estaba la joven de que era lo mejor oponerse a los proyectos de Luis, y, por consiguiente, lo dejó.

Salió ésta, y, sin vacilar, se encaminó hacia la calle de Puerta Cerrada, entrando en la vivienda del señor Antonio Pérez y diciendo que debía hablar con doña Juana de Coello.

No ocultó el paje su nombre, y como era ya demasiado célebre, ningún inconveniente le pusieron los criados, que fueron a dar aviso a la ilustre dama.

No esperaba ésta semejante visita, y pareció tardar mucho antes de responder.

¿Miraría doña Juana con odio o con gratitud a Luis?

Este había descargado el más terrible golpe sobre la mujer liviana que le había robado el corazón de su marido; pero también había sido la causa de la ruina de éste.

¿Qué tenía que hacer allí?

¿Lo enviaba el monarca?

¿Iba a gozarse en su obra?

Lo que menos sospechó doña Juana fue la verdad, ni era posible que la sospechase, puesto que debía suponer que a su marido le odiaba el monarca.

De todas maneras, como su conciencia estaba tranquila, como era firme su propósito de cumplir sus deberes, y como para cumplirlos le sobraba el valor, doña Juana de Coello mandó que avisara a Luis, y lo recibió grave y tranquilamente.

—Señora—dijo Luis, mientras se inclinaba en muestras de respeto profundo—, no se me oculta que mi presencia debe desagradaros, por más que estéis convencida de que nunca he hecho nada malo para satisfacer ambiciones: pero tengo que cumplir un deber y no he vacilado.

—Ni me agrada ni me desagrada vuestra visita, señor hidalgo—respondió la dama—. Tal vez debéis creído hacernos un beneficio...

—No, porque os conozco, señora.

Todas estas circunstancias las tuvo en cuenta Luis y, además, averiguó y observó, sabiendo que los alguaciles destinados a guardar al preso estaban los unos, en las habitaciones contiguas a las que él ocupaba, y que eran las de la derecha del patio, y los otros, en el portal.

Los primeros días, los alguaciles vigilaban muy cuidadosamente, pues tenían a todas horas que el preso se escapase; pero después sintieron aquella confianza que siente todo el que vigila, y durante la noche, y después de cenar bien y a costs del opulento delincente, se permitían dormir algunos minutos, ya sentados en un sillón, ya recostados en un sofá, así como los que en el portal estaban, después de haber cerrado bien la puerta y guardado la llave, no se tomaban la molestia de abrir para recorrer la calle.

Por de pronto, no tenía Luis que ocuparse de su Ana de Mendoza, pues lo que ante todo quería era salir de su encierro, ponerse fuera del alcance de la autoridad de Felipe II y descargar luego el golpe que debía concluir con la vida del paje y de doña Blanca.

Tal era la situación en los momentos en que se establecía otra vez la lucha, y no necesitamos decir más para que se comprendan los sucesos que vamos a referir.

Una mañana, a las diez, dijo el antiguo paje a su señora:

—Ha llegado el momento.

Blanca se estremeció.

—No intentéis defenderme ni hacermos desistir—dijo el mancebo—, porque se trata de hacer un sacrificio, no al hombre que olvidó sus deberes, sino a la mujer más virtuosa y a sus inocentes hijos.

—Ya lo sé.

—Bien sabe Dios que sólo para defenderme he sido causa de la ruina del señor Antonio Pérez; pero ello es que solamente a mí me debe su desgracia, y quiero atenuar las consecuencias en cuanto me sea posible.

—Si el rey llegase a saber que tú quieras favorecer al que ha sido su rival...

—No me perdonaría,

nes, que aceptó el papel de mártir, que sufrió horriblemente sin exhalar una queja, que hizo todos los sacrificios en aras de su deber de esposa; la madre, y que constantemente dió pruebas de agotable ternura al mismo hombre que la engañaba, al esposo perjuro que la había olvidado por la más impura y la más miserable de las mujeres.

Cuando su esposo cayó en la desgracia, aquella mujer sublime redobló su ternura y sus esfuerzos; pero nada consiguió, como no fuese provocar también contra ella las iras del monarca, hasta el punto de que, andando el tiempo, se viese, con sus noventa hijos, encerrada en un calabozo.

¿Qué alma noble podía mirar con indiferencia los sufrimientos de aquella mujer, tan virtuosa y sublime como desdichada?

Tal vez estas consideraciones, más que ninguna otra, movieron al paje a favorecer al ex ministro. Siempre se había colocado Luis al lado de la víctima inocente, y no era posible que en aquella ocasión dejase de proporcionar algún consuelo a la infeliz esposa.

Revolver la libertad a Antonio Pérez era hacer a doña Juana de Cuello el mayor de los beneficios.

¿No había sacado Luis del convento a la hija de don Juan de Austria? ¿No hubiera sacado también de su prisión al príncipe don Carlos si la muerte no se lo estorbaba? ¿No se había burlado del poderoso monarca, de la princesa, del astuto dominico y de todo el mundo? ¿Pues por qué no había también de burlarse de unos cuantos alguaciles y sacar de su encierro al señor Antonio Pérez?

Esto no debía ser imposible para quien había hecho mucho más.

El mancebo caviló, y bien pronto creyó haber encontrado el medio que buscaba.

Antonio Pérez vivía en la casa que aun existe junto a la iglesia de San Justo, y que como tal, aquella acera de la calle de Puerta Cerrada lleva la placuela del mismo nombre.

Entre la iglesia y la casa había y hay un espacio que forma lóbrego callejón, sobre el que dan algunos balcones de la que fué morada del célebre ministro.

—Entonces...

—Me he defendido y nada más.

—Pues lo ha querido así: me resigno... Sentados, para todo me parece bien que me digáis si su majestad os envía.

—Repito que vengo a cumplir un deber, y yo los sirvo sin que nadie me lo recuerde.

—Os escucho—dijo doña Juana, cuya mirada se fijó por un momento en Luis.

—Ese se sentía profundamente conmovido ante la tremenda desgracia de aquella mujer sublime.

—Señora—dijo, después de algunos momentos—, para lo que quiero hacer no necesitase vuestro auxilio, hecho estaría sin deciros una palabra, y jamás sabrías quién lo había hecho.

—¿Es decir que se trata...?

—De hacer un gran beneficio.

—¿Y no habéis de pedirme nada contrario a mi honor ni a mis estrechos deberes de esposa o de madre?

—Al contrario, señora.

—Contad, pues, conmigo.

—¡Cuán noble es vuestra alma!... ¡Oh!... Perdonad si mortifico vuestra modestia sublime...

—Señor hidalgo...

—No ignoráis, señora, que la fortuna me ha prosperado y que tengo motivos para creer que algo puedo cuando se trata de cierta clase de luchas.

—Ya lo sé.

—Pues bien; quiero que vuestro esposo recobre la libertad, quiero...

—¡Vos!—exclamó la dama, fijando una mirada atenta en el manco.

—Yo—repuso sencillamente Luis.

—Perdonad...

—Aunque yo hubiese sido bastante débil para servir a vuestro esposo, lo cual no ha querido Dios que suceda, me veríais hacer todos los sacrificios para salvarlo.

—No he puesto en duda vuestros nobles sentimientos; pero...

—Ha sido causa de su ruina, aunque no la he querido, y a Dios pongo por testigo de la verdad de mis palabras, y aun olvidándome de esta razón, que

es de importancia grandísima para que yo proteja a vuestro esposo, basta que sea una víctima inocente. Lo que hay en el asunto de Jacobedo lo sé, y el crimen de que a vuestro esposo su acusación no es más que un pretexto, porque el rey no puede decir: "estoy celosa, aborrezco a mi rival y quiero aniquilarlo". No, no puede decir eso, y tampoco puede perdonar, tampoco puede renunciar a ver satisfecha su sed de venganza.

Mortal palidez cubrió el rostro de doña Juana de Coello.

Lo que en aquellos momentos sintió no puede explicarse.

Entreabrió los labios como para hablar; pero no pudo pronunciar una palabra.

Luis prosiguió diciendo:

--Quiero favorecer la verdadera justicia, como siempre la he favorecido. No me digáis que arriesgo la vida, porque mil veces la he arriesgado sin vacilar, y empiezo a creer que estoy destinado a vivir en perpetua lucha y a que me amenace siempre un peligro.

--Aún no comprendo bien...

--¿Acaso no me explico con claridad?

--Decís que queréis...

--Que vuestro esposo salga de su encierro; ya que por completo no puedo remediar su desgracia, al menos vivirá para su inocente familia, para vos, porque es imposible que no os ame; vivirá para sus hijos...

--¡Ah!...

--Perdonadme si os hago sufrir.

--Mi esposo siempre me amó, y se equivoica el mundo al juzgar por las apariencias... No le deéis, que yo os lo aseguro, y nadie puede hacer mejor que yo.

--Sois un ángel, señora.

--Soy una desdichada criatura.

--Volvamos a nuestro asunto, que quiero llevar la mortificación que debe callaros mi presencia.

--¡Mortificarme quien viene a ofrecernos el mayor de los beneficios, quien está dispuesto a arriesgar la vida por salvar la de mi amado esposo, la del

—¡Bueno padre de mis tiernos hijos!... ¡Ah!...—
—dijo doña Juana de Coello, por cuyas pálidas
mejillas rodaron dos lágrimas.

—Gracias, señora.

—Proseguid, os lo suplico.

—Me parece muy sencillo y muy fácil lo que hay
que hacer.

—¡Sencillo y fácil!...

—Vuestro esposo puede descolgarse por uno de
los balcones de su aposento y caer en el atrio de la
puerta.

—Vigilan a todas horas, lo mismo en el interior
que en el exterior de la casa.

—Algo decubrían ya la vigilancia los alguaciles,
pero porque lo he observado, mi plan, señora,
se ha meditado está, y para esta clase de in-
cidentes...

—Ya sé que mucho valéis.

—Sin embargo, puede suceder que visto sea
vuestro esposo al salir.

—Y en ese caso...

—Se refugiará en el templo.

—Probablemente no considerarán como lugar
seguro el pasadizo ni el espacio que media entre
la pared y la puerta del templo.

—En su interior he dicho, señora.

—No replicó tristemente doña Juana—; el cu-
yo de San Justo no se atreverá a franquear a mi es-
poso la entrada de la iglesia, y...

—Soy de la misma opinión.

—Pues el permanece en el atrio...

—Yo le abriré las puertas.

—¿Qué estáis diciendo?

—Y mientras se decide si la justicia ha de pe-
netrar o no en el templo, y la autoridad eclesiástica
se lo licencia, os juro que sacaré de allí a vuestro
esposo y que saldrá en medio del día y a vista de
todo el mundo sin que nadie le diga una palabra.

—Eso es imposible.

—No para mí.

—Pero...

—Y se ocultará y nadie lo encontrará, como a
mí me pudieron encontrar, y saldrá de Madrid.

y se amparará a los fueros de Aragón o entrará en Francia, según le convenga.

Con asustosa mirada doña Juana al marqués, se preguntaba si efectivamente contaba ésta con la protección de Solano, porque de otra manera no comprendía que pudiese cumplir lo que estaba prometiendo.

De todas maneras, la tierna esposa vela en vano de esperanza.

Lafía su corazón con desigual violencia.

Poroso le fué hacer justicia a los nobles sentimientos de Luis, a quien ya no pudo mirar sino como al mejor amigo.

Nadie, absolutamente nadie, se hubiese atrevido a proteger al señor Antonio Pérez, y el antiguo jefe le otorga protección incondicional.

Mucho sentía, doña Juana, mucho hubiera querido decir; pero no encontraba palabras para expresar sus sentimientos, y comprendiéndolo así el jefe, dijo:

—Señora, no conviene que aquí permanezca ya mucho tiempo.

—Es verdad, porque...

—Tomad la pluma y escribid a vuestro esposo lo que yo os dije.

—Decid, decid.

La dama se acercó a una mesa donde había lo necesario para escribir:

Luis dictó lo siguiente:

"A las doce en punto de la noche, si oyes el canto de la lechuza, te descolgarás por el balcón del gabinete azul, sirviéndole de la colcha o de una almohada, y si la lechuza no cantase, esperarás.

"Caerás en el pasadizo, y te acertarás a la puerta de la iglesia, que se abrirá sin necesidad de que llames. Allí encontrarás a la persona que ha de salvarte, y ella te dirá lo que es preciso hacer."

Nada más dictó Luis.

—Señora —añade luego—, ahora añadid lo que bien os parezca, y mañana, bien entre la ropa limpia que haya de ponerse vuestro esposo, bien entre la sucia...

—Comprendo.

—No haré de faltaros medios para que ese papel
pase a sus manos.

—Otros han llegado ya con mis palabras de con-
sejo y de ternura.

—Pues entonces...

—Desgracia, que si todo consiste en eso...

—Todo—dijo el paje, poniéndose en pie.

—¡Tan pronto os vais!

—Es preciso.

—Os detendréis siquiera para que yo os diga...

—Basta, señora, porque no cumplo este deber
ya porque quiero cumplirlo... Dios os dé consue-
to que bien lo merecéis, y a mí me ilumine y me
guíe.

La doña Juana a responder; pero, sin escu-
tara, salió el paje y desapareció.

—¡Oh! — exclamó la dama—. ¿Qué clase de
muñeco es éste?... Estoy aturdida, dudo si sueño...
Eso mío?... ¿Dabo tener esperanza?... ¡Ah!...

Un raudal de lágrimas se escapó de sus magní-
ficas ojos.

Entre tanto, Luis, recatando el semblante, atra-
vesaba el portal sin que de él se cuidasen los algu-
aciles.

Diez minutos después se encontraba frente a su
señora y le decía:

—Todo marcha bien.

—¿Has visto a doña Juana?

—Y he conseguido que no me mire con horror.

—¡Pobre mujer!

—Mañana mismo tendrá el señor Antonio Pérez
las instrucciones necesarias, y, salvo que cometa
una torpeza, recobrará la libertad.

—¿Queréis Dios?

—¿Y el capitán?

—No ha vuelto.

—Voy a buscarlo para que esté prevenido, y tam-
bién le da a Santiago las últimas órdenes.

Muy pocas frases más cruzaron.

El antiguo paje salió, porque aun tenía mucho
que hacer y necesitaba aprovechar el tiempo.

Todo aquel día pasó sin otra novedad.

Llegó el siguiente.

CAPITULO XCI

La fuga

¿Había olvidado Luis algún detalle?

Aunque no fuese probable, era posible.

Su situación era más crítica que nunca, puesto que el rey no lo perdonaría si llegaba siquiera a sospechar que había favorecido la fuga de Antonio Pérez.

A las cuatro de la tarde se fué el manco a la iglesia de San Justo, donde se celebraba no más que novena o septenario.

Confundióse entre la multitud de los fieles, colocándose a la entrada de la iglesia.

Ya había hecho muchas observaciones; pero quiso convencerse más y más de que no se equivocaba, y volvió a mirar la puerta.

Cerrábase ésta por dentro con grandes cerrojos; pero nada más.

Luego fué poco a poco Luis atravesando el templo hasta colocarse en una capilla y junto a un confesonario.

Allí permaneció de hinojos y con la cabeza inclinada, en tanto que resonaban los cánticos religiosos.

Ocultábase el sol cuando concluyó la solemnidad.

Agitóse entonces la multitud.

Agolpáronse todos hacia la puerta y empezaron a salir.

El sacristán iba y venía, apagando las luces; y diez minutos después no quedaba más que la opaca y rojiza de una lámpara pendiente en el centro de la iglesia.

En la capilla donde se encontraba Luis era absoluta la obscuridad.

Cuatro o cinco personas habían quedado en el templo, y al fin salieron también.

Entonces el atrevido paje miró a todos lados y escuchó.

Convencido de que nadie lo vela, se introdujo en

confesionario, acurrucándose allí, envuelto en su capa, de manera que era imposible distinguirlo.

Pocos momentos después salió de la sacristía el sacan, con un manojo de llaves, haciéndolas resonar.

Atravesó el templo, mirando distraidamente a uno y otro lado, y como a nadie vió, salió de la iglesia cerró la verja del atrio, volvió a entrar, y haciendo lo mismo con las puertas de la iglesia, desapareció por la de la sacristía.

En el rumor más leve se percibió entonces en aquel lugar.

Entonces salió de su escondite, estiró los brazos y las piernas, y exclamó:

—¡Vive el cielo!... No me encontraba muy bien; pero todo puede sufrirse por hacer una buena obra. Pero nadie ha de venir, y, por consiguiente, puede estar descuidado. Sin embargo, por lo que pueda ocurrir, no me parece prudente separarme mucho de este sitio.

Empezó el manco a reflexionar sobre la situación.

Pensó en doña Juana de Coello, que debía sentirse en aquellos instantes profundamente agitada por los temores, las dudas, las esperanzas.

Y así pasó el tiempo, cuyos minutos eran para los siglos de agonía.

Aquella era su última intriga, su locura última, su memoria, como impere gloriosamente el héroe en su última batalla?

Todo era posible.

Le detendremos para ver lo que pasa en los alrededores de la iglesia.

Profunda era la oscuridad de aquella noche.

Habíanse cerrado las puertas de la morada y asimismo del señor Antonio Pérez, y el silencio reinaba en el interior del edificio.

A las once no transitaba por la calle alma viviente, pues en aquella época, y a semejante hora, estaban recogidos y dormían los honrados vecinos de la corte, y solamente se encontraban fuera de sus casas los empujados atrevidos, los criminalizados y los alguaciles que rondaban.

A las once y media, tres hombres atravesaron la plazuela del Cordón y fueron a detenerse junto a la esquina de la calle de Tente Tieso, que hoy se llama de San Justo.

Miraron hacia el templo y la casa contigua.

En el último balcón del costado de ésta, uno de los que daban sobre el pasadizo, vieron que había algunos destellos de luz, que a través de las rendijas se escapaban.

Permanecieron inmóviles algunos minutos.

Ya debían estar de acuerdo en cuanto a lo que tenían que hacer, pues no pronunciaron una palabra.

Uno de aquellos hombres atravesó la calle de Puerta Cerrada y se colocó junto a la verja del atrio; los otros dos, con pasos silenciosos, siguieron por la misma calle y se detuvieron junto a la puerta de la casa del ministro.

Volvieron a quedar como estatuas.

Un cuarto de hora pasó.

Distinguióse como una sombra tras la vidriera del balcón.

Luego desapareció aquel bulto.

Si no eran las doce, pocos minutos faltaría cuando, el silencio fué interrumpido por el ligero canto de la lechuza.

Uno de los dos hombres que estaban junto a la puerta de la casa, dió algunos pasos hacia la iglesia, mientras decía para sí:

—¡Fuego de Satanás!... Este bribón de Sarrago lo hace a las mil maravillas.

No bien el graznido hubo resonado, apagóse la luz y, aunque levemente, crujió la vidriera del balcón.

También pudo percibirse el chirrido de los cerrojos de la puerta de la iglesia.

Muy confusamente podía distinguirse como una sombra informe en el balcón, y luego como una ligera nube blanca.

Aquella sombra se agitó.

Parecía que se lanzaba en el espacio.

Desapareció.

Muy pronto el bulto de un hombre salió del pasadizo, acercándose a la entrada del templo.

grosó la hoja de uno de los postigos.
El ruido desapareció.

La lechuga volvió a graznar.

Los tres hombres se reunieron frente a la puerta de la casa.

A la débil claridad de las estrellas pudieron ver volver las hojas de sus espadas.

Otros dos hombres aparecieron por el lado de Puerta Cerrada, deteniéndose allí, y otros dos, que habían se pararon, salieron por la calle del Cordón.

Si alguno de los alguaciles hubiera querido cumplir con su deber, de seguro lo hubiese hecho la vida; pero, afortunadamente, no sucedió así.

Entre tanto, en el interior del templo tenía lugar una escena de mucho interés.

No había más luz que la moribunda de una lámpara, que daba un tinte fantástico a todos los objetos.

Antonio Pérez había entrado, encontrándose con el hombre a quien no pudo conocer, y que le dijo:

—Venid, escuchadme, y no hagáis ninguna observación, porque es un tesoro cada minuto que se pierde.

El ex ministro avanzó maquinalmente, y pocos segundos después exhaló un grito de sorpresa.

Acababa de reconocer a Lulú, al que consideraba su mayor enemigo.

—No levantéis la voz—le dijo el mucamo.

—¿Sóis vos?

—¿Habéis creído que yo os odiaba?

—¡Oh!...

—El para defenderme tuve que arruinarme. La vida ha sido de las circunstancias, pues yo no quería haceros ningún mal.

Antonio Pérez, cuyo rostro estaba livido y descompuesto, se pasó las manos por la frente y no pudo articular una sílaba.

Le preguntó diciendo:

—De el pecado va siempre la penitencia, y era lógico que pagaseis vuestra gravísima culpa. No la culpa de haber engañado al rey, sino de haber deshonrado el corazón de vuestra esposa.

—Es verdad, soy un miserable.

—Esto ya pasó, y como no soy vuestro hijo, quiero serlo, nos ocuparemos solamente de vuestra salvación.

—¡Os debo la vida!...

—Nada me debéis, pues aunque sin intención a haceros mal es lo hice, y tengo la obligación de poner remedio en cuanto posible me sea. Fuera esta de vuestra prisión y en lugar sagrado.

—De nada me servirá, porque como he sido al rey, se me considerará rey de Estado y muy pronto la autoridad eclesiástica me entregará a la corte. Quizá en este momento esté ya vigilada la iglesia, y, por consiguiente...

—Os equivocáis.

—De todas maneras, vuestro noble proceder...

—Señor Pérez—interrumpió el marqués—, estamos cometiendo una torpeza. Os he sacado de nuestro encierro, y de este lugar os sacaré o dejaré a ser quien soy; pero no hay para qué entablar una lucha, si es que ahora puede quedar todo arreglado fácilmente.

—No os comprendo—replicó el ex ministro, en cada momento se sentía más turbado.

—Lo mismo que habéis entrado podéis salir—añadió Luis.

—Pero...

—Aguardad.

Luis, con la viveza que le caracterizaba, apartóse del señor Antonio Pérez y salió de la iglesia.

Coincidió junto a la verja del atrio, y muy pronto se le acercó Juan.

—¿Hay novedad?—preguntó Luis.

—Ninguna, y me parece que ahora puede salir nuestro hombre, y así acabaremos de una vez con el enredo.

—Soy de vuestra opinión.

—Pues aquí esperamos.

Sin perder un instante volvió Luis a la iglesia.

Lo que entre tanto había pensado el ex ministro no lo sabemos; el demonio del orgullo le había pasado, y creyó que era mengua huir como el criminal.

Discurrió todo lo más torpemente que es posible discurrir: recordó los grandes medios de salir

se le aun tenía, y acabó por entregarse a ilusiones verdaderamente peligrosas.

Quería triunfar, anonadar a sus enemigos y que reconociese su inocencia, mal que pesase al rey y a todo el mundo.

Antonio Pérez no era cobarde, y, pasado el primer susto, se sintió con fuerzas para todo.

Antes prefería la muerte que la humillación, porque era soberbio hasta el último grado de la soberbia.

A la escasa luz de la lámpara pudo ver Luis cómo se levantaba con altivez la cabeza del ex ministro y cómo en destellos vivisimos se escapaba de sus ojos el fuego de su soberbia.

Se arrugó el entrecejo del antiguo paje.

—¡Idos!—dijo el señor Antonio Pérez—. aproveché estos momentos preciosos. Os soy deudor de la vida, y lo quiero que arriesguéis la vuestra más de lo que la habéis arriesgado.

—Sí, vamos, porque ahora no encontraremos otros.

—Me quedaré.

—¿Qué os quedaréis!...

—Sí, eso he dicho.

—¿Habéis perdido la razón?

—He reflexionado y me he convencido de que mi honor me manda permanecer aquí. Quiero el triunfo o la muerte. Vos tenéis sobrada inteligencia, y debéis comprender lo que siento, lo que pasa en mí alma. ¡Oh! ¡Cuánta ruindad, cuánta miseria, cuánta ingratitud!... Habéis luchado mucho y mucho habéis sufrido; pero no sabéis lo que son ciertas clase de desencantos. Suponed que el marqués de Juan y doña Blanca se convierten en vuestros más acerbizados enemigos, y que volvéis los ojos a aquellos habéis favorecido, y ellos os vuelven la espalda, y aun se complacen en perseguirlos y haceros mal. ¿Qué sentiríais? ¿Qué os sucedería? ¿Que os importaría perder la existencia? ¿Huiríais corrientemente de ellos para salvar la vida? ¿No tendríais valor para levantaros tan grande como sois, mirarlos con desdén, arrojarles al rostro toda la salud repugnante de su proceder mal, y morir luego como mueren los héroes y los mártires? Bien

sabéis que mi único delito consista en haber hecho lo mismo que el monarca, en haber sido débil, mismo que él, olvidando mis deberes de esposa, dejándome dominar por una pasión; bien lo sabéis y tampoco ignoráis...

—Perdonad — interrumpióle Luis —, pero decidais...

—Nada olvido: vos mismo me habéis dado el ejemplo, y...

—No os pertenece vuestra vida: es de vuestro esposo, es de vuestros hijos. Mil veces hubiera yo puesto fin a mi existencia; pero tenía que cumplir deberes, y he vivido para cumplirlos. Venid, ahora, que más o menos tarde llegará la hora de la justicia, y entonces...

—Aun me quedan recursos — replicó el ex ministro arrebatadamente —, porque si hay muchos ingratos, hay también almas nobles. Huí cuando se me quede otro recurso; pero no saldré de España sino que en Aragón defenderé mis derechos, y los aragoneses...

—Deliráis.

—Sobre la autoridad de Felipe II...

—Está la del Gran Justicia, ya lo sé; pero si dudáis no conocéis al tirano en cuya alma habéis podido penetrar, y no habéis previsto...

—Todo. Entablaré la lucha: los aragoneses tomarán las armas; acudirán a socorrerlos sus hermanos de Cataluña y se levantarán terribles los valencianos, y cuando Castilla...

—¡Vive el cielo! — exclamó Luis con tono de impaciencia —. No, no conocéis a Felipe II.

—El tiempo dirá quién se equivoca.

—Ahora, seguidme.

—¿No me habéis prometido sacarme de aquí aunque sea en medio del día y a despecho de todo el poder de Felipe II?

—Sí; pero tened en cuenta que "el hombre propone y Dios dispone".

—Para vos no hay ningún imposible.

—También me propuse salvar a don Carlos, y murió en su prisión.

—Estoy firmemente resuelto...

—Vuestra esposa, esclava y mártir de sus deseos...

—No la olvido... ¡Pobre Juana mía!... Hasta que han llegado estos días de prueba, no he sabido apartar el tesoro de mi alma sublime. Mi olvido y mis ofensas los pago con ternura y con sacrificios... Para la amo como no he amado a ninguna mujer: pero mi honor...

—Vuestra soberbia debíais decir.

—Es igual.

—Pensad que vuestros inocentes hijos...

—¡Oh!... ¡Hijos de mi alma!...

—Vamos, vamos.

—No—dijo Antonio Pérez, haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—Vuestro deber...

—Es luchar y morir.

—¿Tendréis menos valor que vuestra esposa?

—Dejadme.

—Dina nos mira...

—Basta, basta—gritó el ex ministro en el último grado de su exaltación.

Empicó Luis todo su talento, hizo cuanto es imaginable: pero nada consiguió.

Antonio Pérez estaba ciego, profundamente trastornado, loco.

Y el tiempo pasaba, y el antiguo paje comprendía que iba a sacrificar estérilmente su existencia.

—No olvidéis mis predicciones—dijo al fin Luis.

—No las olvidaré.

—He hecho cuanto me ha sido posible, y mi conciencia queda tranquila; pero pido en vuestra esposa, y en vuestros hijos, y salgo de aquí con el alma destrozada.

—¡Dios os bendiga! — murmuró Antonio Pérez, en abogada voz—. No abandonéis a mi esposa y a mis hijos.

—Ni tampoco a vos.

—Lo que hacéis por mí, os lo pagaré con un censo; si queréis ser dichoso, verdaderamente dichoso, no dejéis que la ambición se encienda en vuestra alma.

Pocas palabras más se cruzaron.

Luis estrechó la diestra del ex ministro.

Separáronse.

Antonio Pérez se dejó caer en un banco, inclinando la cabeza y quedó inmóvil.

El antiguo paje atravesó el templo, llegó a la puerta y la abrió, dando un paso para salir; pero se detuvo, y en medio de la obscuridad pudieron verse dos centellas que se escapaban de sus ojos.

¿Qué le sucedió?

La escena iba a cambiar.

— Tal vez a Luis le costaría la vida su generoso proceder.

Veamos lo que pasaba en el interior de la vivienda del ex ministro.

CAPÍTULO XCVI

De cómo fué imposible terminar el asunto sin que hubiese cuchilladas

Tenemos que retroceder al punto y hora en que Antonio Pérez aguardaba la señal convenida al canto de la lechuza.

En una antecámara había tres alguaciles.

Dos de ellos se habían quedado dormidos; pero el otro estaba despierto, bien porque el sueño no le molestase, bien porque fuese cumplidor más exacto de sus deberes.

Había observado que las noches anteriores el ex ministro apagaba la luz y se acostaba, y le extrañaba que aquella noche no sucediese lo mismo cuando para las doce faltaban pocos minutos.

Era curioso el alguacil, y como tampoco tenía otra cosa que hacer, acercóse a la puerta que daba entrada a las habitaciones del preso, miró por el ojo de la cerradura y escuchó, diciendo luego para sí:

—Aun tiene luz y se pasea... ¿Qué aguarda?... Debe estar aburrido y desea dormir para no pensar en su triste situación, y, sin embargo, no se acuesta. Facultado estoy para entrar, pero como nada sucede que deba infundir sospechas, le dejaré tranquilo.

que porque no quiero que se diga que no le respeto ahora que está en la desgracia. Me acusarán de cualquier cosa, pero no de hacer leña del árbol caído.

Estos miramientos, raros en un cochete, fueron la salvación del ex ministro.

Medio hora pasó.

Resonó el graznido de la lechuza.

El alguacil que era supersticioso, como buen español de aquellos tiempos, estremecióse, palideció y murmuró:

—¡Qué desdicha nos espera?... No estoy tranquilo y así, así, debo entrar... ¡Oh!... La luz se apaga.

Electivamente, al acercarse otra vez a la puerta y volver a mirar por el ojo de la cerradura, vió el alguacil que se extinguía la luz, y aunque esta circunstancia nada viviese de particular, púsose en gran cuidado, porque en seguida oyó un ruido que le pareció ser el que al abrirse producían las vidrieras de uno de los balcones.

El primer impulso del guardián fué el de entrar en las habitaciones ocupadas por el preso, pero se acobuvo porque temió haberse equivocado, y volvió a escuchar.

Ya no se percibió el más leve ruido.

Pasaron quince minutos y el alguacil empezó a tranquilizarse, cuando el demonio de la casualidad hizo que el viento moviese las vidrieras que abiertas habían quedado, y volvieron a crujir.

Pálido se tornó el rostro del cochete.

—¡Por Dios vivo!—exclamó—. Ahora tengo la seguridad de no equivocarme... Y mis compañeros duermen, y, por consiguiente, más será la responsabilidad de lo que sucede... ¿Qué debo hacer?

Poco tenía que reflexionar para decidirse.

Separóse de la puerta, acercóse a sus compañeros, los movió rudamente y les dijo:

—Despertad, que así no es como cumplís vuestra obligación.

—¿Y qué tenemos que hacer?—replicó uno de ellos, mientras se restregaba los ojos.

—Déjanos en paz—añadió el otro, mientras estiraba los brazos y bostezaba.

—Yo estoy despierto, vigilo...

—Pues por esa misma razón nosotros ~~podemos~~ dormir.

—Os equivocáis.

—¿Es que tienes envidia?

—Es que, si Dios no lo remedia, nos ~~abandonará~~.

—¿Te has vuelto loco?

—Levantaos, venid...

—Pero...

—La responsabilidad ha de ser para todos.

—¿Y en qué consiste esa responsabilidad?

—¡Vive Dios!... ¿No me entendéis?

—Sí, con más claridad no te explicas.

—Que el preso se escape.

—¡Ah!...

—¡Oh!...

Los dos alguaciles se pusieron en pie, como si fueran pulsados por un resorte, y echaron mano a la espada, quedando inmóviles, mudos y con la mirada fija en su compañero.

Este dijo:

—Hace pocos minutos estaba encendida la luz.

—¡La luz encendida!...

—Y el señor Antonio Pérez se pasaba.

—¿Dónde?

—En su habitación, pues no podía ser en otra parte.

—¿Te has propuesto burlarte de nosotros?

—Pronto veréis...

—¿Qué nos importa que el preso se muera o se esté quieto?

—Es que crujió la puerta vidriera de uno de los balcones...

—¡Rayos!...

—Y se apagó la luz.

—¡Por Satanás!...

—Y ha vuelto a crujiir...

—¡Tripas de Lucifer!...

—¿Y qué has hecho?

—¿Y qué más has visto?

—¿Y por qué no nos has llamado antes?

—¿Y cómo es que pierdes el tiempo tan estúpida-

mente?

—Puedo haberme equivocado, y...

—¡Duerme!.

—¿Y si duerme?

—¿Que nos importa?

—¡Vamos, que es muy grande nuestra responsabilidad y los miramientos pueden costarnos la cárcel!

—Si se ha ido por el balcón...

—No puede ser, porque nuestros compañeros viven en la calle.

—¿Y si se han dormido, como nosotros?

—Ellos tendrán la culpa, pues mientras el preso no haya salido por aquí...

—Perdemos el tiempo.

Comprendieron, al fin, que antes debían obrar y no hablar.

Entraron en las habitaciones del ex ministro, prendiendo luz, y desnudaron los aceros por si encontraron alguna resistencia.

Empezaron a mirar a todos lados.

De una espaciosa sala pasaron a un gabinete, y luego entraron en una alcoba.

Antonio Pérez había desaparecido.

Las ropas del lecho estaban en desorden.

Corrieron hacia el balcón, y lo encontraron cerrado de par en par, así como también vieron la azana atada a los hierros de la balaustrada.

Ya no podía quedarles duda de lo que había sucedido.

En los primeros momentos no acertaron a pronunciar una palabra ni a moverse.

Una ráfaga de viento apagó la luz que llevaban.

Entonces exhalaron un grito, extendieron los brazos, moviéronse de un lado para otro y a tientas salieron, empezando a pedir socorro.

Un criado acudió con otra luz.

Los tres alguaciles corrieron, bajaron, llegaron al portal y despertaron a sus compañeros, que dormían profundamente y se levantaron despavoridos.

—¿Qué sucede?—preguntaron algunos.

—¡El preso se ha ido!...

—¿Por el balcón!...

—La culpa es vuestra, porque no vigilabais...

—¡Fuego del infierno!...

—Corramos.

—A la calle.

Y, sin darse apenas cuenta de la situación, más atrevido de los alguaciles abrió la puerta y dió un paso para salir; pero en aquel instante recibió en la cabeza un terrible cintarazo, que cayó sin conocimiento, y como otro corchete intentó también salir blandiendo la tizona, al poner el pie en la calle, otro golpe no menos tremendo quebró sus costillas.

—¡Favor al rey!—gritó el desdichado.

Y, aunque con no poco miedo, los demás alguaciles, que hasta diez eran, lanzáronse a la calle, trabando descomunal pelea con tres hombres que juraban, maldaban y daban tajo y estocada con una rapidéz inconcebible y una furia sin igual.

Los corchetes pedían socorro, acometían cuando la sera posible, y con gran dificultad se defendían.

Otros cuatro hombres acudieron, y pocos minutos después llegó otro, acometiendo con tanta furia como serenidad, y descargando golpes tan certeros, que cada uno ponía fuera de combate a un pobre alguacil.

Tres de éstos vieronse muy pronto en tierra, y los demás, considerándose perdidos, empezaron a retroceder, metiéronse en el portal y cerraron la puerta, cubriendo llaves y cerrojos.

Razonó en la calle una carcajada burlona.

—¡Por el rabo de Lucifer! — exclamó el capitán—. La función no ha podido ser más divertida.

—¡Silencio!—interrumpió el paje.

—¿Y ahora?...

—Por aquí.

Y rápidamente se alejaron, desapareciendo por la calle del Cordón.

Entre tanto los alguaciles gritaban desde el portal, y los que habían quedado heridos en la calle exhalaban lamentos y pedían socorro.

Por fin, los que estaban encerrados se abrieron a salir, y acudió en breve una ronda y el orden se restableció.

Registróse la casa del ex ministro.

Doña Juana de Coello, con grave dignidad, po-

al alcalde y respondió a cuantas preguntas hizo este.

Después de escuchar a los alguaciles que habían estado en la antecámara, y calculando con acierto a supuso el alcalde que el señor Antonio Pérez era haberse refugiado en la iglesia de San Justo.

Fue en busca del cura, dióle conocimiento de lo que pasaba, y el buen sacerdote, en compañía del escribano, entró en la iglesia, encontrando allí al asesinado.

—¡Ah!—exclamó el sacerdote.

—En lugar sagrado estoy—dijo Antonio Pérez—, y me considero seguro.

—Y yo os respondo de que no entrará en este recinto la justicia, sino empleando la fuerza pasando sobre mi cadáver.

—Gracias, padre.

—Cumplió mi deber, y nada más.

El alcalde, después de mandar que quedase cerrada la iglesia, fué al alcázar real.

Nadie se atrevió a interrumpir el sueño del monarca: pero el severo juez hizo constar que no había perdido un instante para cumplir su deber.

CAPÍTULO XXIII

Otro auxiliar

A la mañana siguiente no se hablaba en Madrid de otro asunto que de la fuga de Antonio Pérez, y la multitud se apiñaba delante de la iglesia de San Justo, relatando el suceso de mil maneras y haciendo toda clase de comentarios.

Las autoridades permitieron la entrada en el templo, después de adoptar toda clase de precauciones, pues no se atrevieron a prohibir que los fieles cumplieran sus deberes religiosos.

Pérez II recibió la noticia con la frialdad que le caracterizaba, y siempre cuidadoso de que no pudiera acusársele de dejarse llevar de sus pasiones, se comprometió a mandar que se examinase muy

determinadamente el asunto, pues se trataba, no de un delincuente cualquiera, sino de un rey de Estado.

No era menester que dijese más.

Las autoridades civiles y eclesiásticas concitaron, y pocas horas después el asunto empezaba a tomar el peor aspecto para el ex ministro, a bien nada se había resuelto.

No era posible que Felipe II renunciase a su venganza, y bien claro se vió lo que al fin debía suceder.

Convencido el cura de San Justo de que era imposible la salvación de Antonio Pérez, le participó sus temores, dándole así una prueba de su buena voluntad.

Era el sacerdote un anciano virtuoso y caritativo, y deseaba vivamente que el ex ministro se salvase, siquiera fuese en bien de la noble dama Juana y de sus inocentes hijos.

¿Qué había de hacer el buen cura cuando la autoridad eclesiástica le mandase hacer entrega de delincuente?

Le sería imposible resistir.

A estas y otras reflexiones respondió el ex ministro:

—Padre, bajo el secreto de la confesión confío la verdad de cuanto hay en este asunto, y sepa quién es la persona que me ha protegido.

Y haciéndolo así, arrodillóse Antonio Pérez, santiguóse y dió principio a su relato.

Si aquella confesión hubiera podido escucharse y publicarse, sería un tesoro para la historia.

Antonio Pérez no menta, no podía mentar en aquellos momentos solennísimos, porque era buen católico.

A los pocos minutos empezó a palidecer el rostro del sacerdote.

Algunas gotas de frío sudor corrieron por su frente.

Eran verdaderamente espantosos los secretos de Estado que se le daban a conocer.

Al cabo de media hora, con voz alterada y como si se sintiese horrorizado, dijo:

—Basta, basta.

—No, padre—dijo Antonio Pérez—, es preciso que se sepa todo, absolutamente todo, porque tal vez apreciar mi situación.

El sacerdote tenía la obligación de escuchar, y así lo hizo.

Pasó otra media hora.

La confesión había terminado.

—Sentado—dijo el cura.

Y luego inclinó la cabeza, cerró los ojos y quedó así.

Después de algunos minutos cambió de postura, abrió el cielo los ojos y exclamó:

—¡Dios omnipotente, ilumina mi pobre entendimiento!

Antonio Pérez aguarda con ansiedad, y le pasan siglos los minutos.

—Os salvaré—dijo, al fin, el cura.

—¡Ah!...

—Pero necesito la ayuda de ese manco.

—Conced con él para todo.

A este punto llegaban de la conversación, cuando fueron interrumpidos por el sacristán, que llegó para decir al cura que un caballero deseaba hablarle para un asunto urgente y de mucho interés.

El buen sacerdote fué a su modesta habitación, encontrándose con un hombre manco, que después de saludarlo muy respetuosamente, le preguntó:

—¿Puedo hablar sin temor de que me escuchen?

—Con todo descuido.

—Soy ese infeliz a quien llaman el diablo.

—¡Ah!—exclamó el buen cura, fijando una mirada de asombro en Luis.

—En vuestras manos está mi vida, padre.

—Nada temáis... Sentado... ¡Dios mío!... Y vos así... Hagamos... Pero no, no os molestéis en dar explicaciones, porque lo sé todo, absolutamente todo, sé más que vos, puesto que el señor Antonio Pérez acaba de confesarse conmigo... ¡Cuánto horror, cuánta maldad!... ¡Dios tenga misericordia de nosotros!... Estoy decidido a obedecer las severas voces de mi conciencia.

—Entonces...

—Haré cuanto me sea posible para que el dichado se salve.

—Gracias, padre mío; bien dicen que tú eres santo.

—Es menester que salga pronto de aquí.

—Pudo salir anoche; pero la sobuerta lo trastornó y se hizo ilusiones que ya debían haberse desvanecido.

—No os equivocáis.

—He hablado con el rey, y os aseguro que le perdonará al señor Antonio Pérez, y que hará cuanto es imaginable sin detenerse ante ninguna consideración.

—¡Desdichado!

—Creo poder sacarlo de la iglesia; pero si me ayudáis...

—Sí, sí.

—Pues estoy a vuestra disposición, padre mío.

—Me parece que Dios me ha inspirado y que podremos arreglarlo todo fácilmente.

—Decid.

—Esta tarde, a las cuatro, principiará la novena; pero la iglesia se abrirá media hora antes.

—¿Debo venir?

—Quien yo quisiera que entrase en el templo y fuera a buscarme a la sacristía, es un fraile capuchino.

El paje desplegó una sonrisa maliciosa, y respondió:

—Vendrá.

—Y como tendré que salir inmediatamente con el fraile...

—También odivino a dónde habéis de ir; tomaréis por la calle de Tente Tieso, atravesaréis la de Segovia, entraréis en la Mercería y encontrareis a un hombre que se os acercará y os dirá las siguientes palabras: "Bendiga Dios a los que practican la caridad". El desconocido besará vuestra mano y añadirá: "Dios nos proteja"...

—Muy bien.

—Y si nadie hay por allí, os separaréis del fraile y del desconocido, o seguiréis con ellos hasta que nadie os observe.

—Entendido, entendido.

Volvió a sonreír el poje y se puso en pie, besando la diestra del anciano y diciendo:

—Si Dios quiere ayudarnos, mañana vendré para confesar.

—Que el Omnipotente os bendiga.

No hablaron más, ni era menester que más hablaran.

Él salió, recatándose el rostro.

El sacerdote fué otra vez en busca de Antonio Pérez. Y siempre los alguaciles vigilaban en los alrededores del templo.

Pasaron las horas, no sabemos si con rapidez o lentitud para el perseguido.

Dieron las tres y media.

Abriéronse las puertas del templo de San Justo.

Pocos minutos después llegó un capuchino con larga barba gris, que hasta la mitad del pecho le llegaba.

Inclinaba la cabeza, que cubría con la capucha, y apenas podía distinguirse alguna parte de su rostro.

Los alguaciles le abrieron paso y se quitaron los sombreros.

El reverendo padre extendió la diestra, haciendo la señal de la cruz y entró en el templo, tomando a su derecha, santiguándose ante cada altar y arrodillándose al llegar al presbiterio.

No había en la iglesia más personas que el sacristán, que encendía las luces, y en un oscuro rincón Antonio Pérez, que se arrodilló también apenas vió al capuchino.

Al primer golpe de vista no hubiera sido fácil reconocer al ex ministro, pues se había despojado de su barba. También, mirándolo detenidamente, veía verse que sus pies no tenían más que las humildes sandalias.

El capuchino, después de orar algunos momentos, entró en la sacristía, encontrándose allí con el mismo sacerdote.

A media voz cruzaron algunas palabras de mera familiaridad, y el cura dijo:

—Todavía puedo disponer de algunos minutos antes de que la función empiece, y, os acompañaré.

Pidió su manto y su sombrero, cuyas prendas le llevó uno de los monaguillos.

Salleron el cura y el fraile, atravesaron la plaza y se arrodillaron a poca distancia del altar Antonio Pérez. El sacristán continuaba cumpliendo su obligación y no se cuidaba de nada más.

Algunas beatas empezaron a entrar en el templo.

El capuchino se levantó, colocóse tras el altar, quitóse el hábito, se lo puso al ex ministro. que se contingaba de rodillas, despojóse de su larga barba, hizo lo mismo con el hábito, y se arrodilló otra vez, quedándose en las manos con la goza de la coplelo que llevaba oculta.

Todo esto se hizo instantáneamente, y pudo hacerse con mucha facilidad en el sitio oscuro donde se encontraban.

No hay que decir que el capuchino era el papá y que bajo el hábito había podido llevar muy bien un ferrucllo de paño azul muy fino.

Antonio Pérez rubió su cabeza y cubrió todo el rostro con la capucha, de manera que apenas se le veía más que la barba gris.

—Idos—dijo en voz muy baja el papá.

El fingido fraile y el sacerdote se santiguaron, levantáronse, atravesaron lentamente la iglesia y salieron.

En el atrio había dos alguaciles y muchas más en la calle.

Todos se inclinaron respetuosamente, y le mismo el cura que el ex ministro, echaron bendiciones a más no poder.

Antonio Pérez, a pesar de todo su valor temblaba y se le doblaban las rodillas.

Inclinándose cada vez más, hasta el punto de que llegó a parecer jorobado.

Al salir del atrio se le acercó un hombre que se quitó el sombrero y se inclinó para besar la copletra del capuchino.

—Dios te haga santo—dijo éste con voz burlona.

El devoto replicó:

—No os inclináis tanto, padre el diablo!

Y se alejó.

En el astuto Juan.

El ex ministro quedó inmóvil.

Estuvo como si se helara su sangre: pero se reanó muy pronto y se enderezó, poniéndose otra vez en movimiento.

Por la calle de Tente Tieso bajaron a la de Segovia y entonces salió del templo Luis, poniéndose a pata con pluma blanca, mirando a todos lados riendo con un sí es no es de burla.

Cuando estuvo en la calle se paró, contempló sagrado la antigua morada del ex ministro y tomó camino hacia la calle de Segovia.

Todo estaba previsto y combinado admirablemente.

El sacerdote y Antonio Pérez se internaron en la Merced.

El hombre les salió al encuentro, y besando la palma del fingido fraile, dijo:

—Bendiga Dios a los que practican la caridad.

—La caridad es la primera virtud.

—Dios nos proteja.

Nadie los observaba.

Santiago y el ex ministro avanzaron rápidamente.

—¡Protegedlos, Dios misericordioso!—exclamó el cura.

Y retrocedió.

Pocos minutos después, se encontró con el papa que le dijo:

—Que Dios os premie.

—He cumplido mi deber...

—Nos veremos mañana, padre mío.

Aun no habían pasado diez minutos, cuando los dos se encontraban en la casa que ya conocíamos.

Antonio Pérez se despojó del sayal y de la barta y se puso la ropa que le habían preparado, y allí que parecía un extranjero bien acomodado.

—¡Ah!—exclamó, abrazando a Luis— Me has salvado la vida...

—Nada tenía que agradecerme.

—¡Gracias generosidad!

—Perdóname; pero el tiempo vuela.

—¿Qué me has traído?

—Saldrás de Madrid antes que os echen de

menos. Os acompañará Santiago, y nada más que lemer. Dos caballos os aguardan más allá del puente de Segovia, y como supongo que no los queréis...
 —Poco...

—Santiago va prevenido.

—En todo pensáis.

—Si queréis seguir mi consejo, os internáis desde luego en Francia.

—Me quedará en Zaragoza.

—Haced lo que mejor os parezca; pero vade a recordaros que el rey no necesita más que un pretexto para acabar con los fueros de Aragón, y si Lanuza se empeña en cumplir su deber... ¡Oh! —murmuró el paje con voz sombría—. No lo dudéis, la cabeza de Lanuza será cortada por el rey.

—Exageráis.

—No habéis de pecar por ignorancia.

—Acepto la responsabilidad de lo que suceda.

—Con la justicia divina os entenderéis.

—Señor Luis...

—Aun no conocéis a Felipe II.

La predicción del paje debía cumplirse.

Salieron Antonio Pérez y Santiago, y por las Vistillas se dirigieron al puente de Segovia, cruzándolo e internándose en la espesura de la orilla derecha del Manzanares.

Allí había un hombre con dos caballos.

Montaron los fugitivos, envolvieron en un caparazón, salieron al camino y partieron corriendo en una nube de polvo.

Entre tanto, el órgano resonaba en la iglesia de San Justo, y el humo del incienso se elevaba en espirales hasta perderse en la cúpula.

Los alguaciles continuaron vigilando.

Luis fue al alcázar real, donde permaneció hasta después de anochecido.

De repente, los habitantes de la real morada pusieron en movimiento, y por todas partes se oyó decir:

—¡Se ha fugado!

—¿Quién?—preguntaron algunos.

—Antonio Pérez.

Y de la coronada villa partían jinetes en todas direcciones.

Ta no era posible que diesen alcance a los fugitivos.

Y remotamente sospechó Felipe II que el papa hubiera podido favorecer la fuga de Antonio Pérez. Tampoco se adivinó cómo éste había podido salir del templo.

Al día siguiente dijo el monarca a Luis:

—Lo que ha hecho Antonio Pérez lo hará también don Ana de Mendoza.

—Si vuestra majestad quiere evitarlo...

—A toda costa.

—No ignoro que la princesa trabaja para salir del encierro.

—Y qué has hecho?

—Señor, nada puedo hacer, a menos que vuestra majestad se digne autorisarme...

—Para todo.

—Entonces respondo de que la princesa no salga de su encierro.

Felipe II tomó la pluma, escribió y entregó luego a Luis el papel diciéndole:

—Así quedas facultado para todo, y en todas partes encontrarás el auxilio que necesites.

—Vuestra majestad me honra más de lo que merezco.

—En cuanto a Pérez, no quedará sin castigo.

—Tengo, señor, que paguen justos por pecadores.

—Lo sentiré; pero ante nada me detendré.

No volveremos a ocuparnos de Antonio Pérez, porque según hemos dicho, este asunto nada tiene que ver con el de la presente obra, y por consiguiente, toda nuestra atención la fijaremos en don Ana de Mendoza.

CAPITULO XCIV

Doña Ana de Mendoza empieza a trabajar

La superiora de las Huelgas recibió las más claras y minuciosas instrucciones, llegando así a conocer la verdad, y siendo imposible que ya la princesa de Eboli la engañase con mentiras y fingimientos.

Mucho le desagradaba a la abadesa que se confiase la guarda de aquella mujer peligrosa; pero era su deber contribuir en cuanto le fuese posible a que la justicia cumpliese su misión, y a que la pecadora se arrepintiese y pasase el resto de su vida implorando la misericordia del Omnipotente.

Gravísima era la responsabilidad que corría la anciana; pero estaba decidida a cumplir sus deberes a toda costa y no puso ningún obstáculo.

Su verdadera situación la conocía perfectamente la princesa, y como sabía muy bien que ya no le era posible engañar, no intentó justificarse ante la superiora de las Huelgas, sino que, por el contrario, se presentó tal cual era, con todo su orgullo indómito, con toda su soberbia insolente.

Había sido derrotada; pero, ¿no había luchado contra el hombre más grande de su siglo, contra Felipe II, que era casi rey del mundo? ¿No había visto a sus pies al gigante que con una sola palabra infundía espanto a todas las naciones?

Motivos sobrados tenía la princesa para sentir halagada su vanidad, y por consiguiente no se consideró humillada ni mucho menos.

Con más precauciones que consideraciones fué recibida en el monasterio de las Huelgas, donde se le destinó una celda espaciosa con grandes ventanas a la huerta; pero aquellas ventanas tenían fuertes rejas que hubiera sido muy difícil romper sin el auxilio de herramientas y una mano vigorosa.

Al instalarse allí la huera viuda, le dijo la abadesa:

—Siento mucho tener que tratarle con dureza.

verdad; pero a ello me obliga mi deber. Yo hubiera querido que su majestad designase otro lugar para mi retiro, porque así me evitara ocuparme de los asuntos del mundo; pero tendré paciencia y haré tales sacrificios sean necesarios, porque se trata de la salvación de vuestra alma.

La princesa desplegó una sonrisa trónica y amargamente replicó:

—Reverenda madre, esta celda no es mi retiro, ni mi prisión; no es la mansión de paz donde debo arrepentirme y llorar por mis culpas, sino el encierro donde debo expiar mis supuestos crímenes. Soy víctima de injusticias atroces...

—Señora...

—No—prosiguió diciendo doña Ana—, no temáis que intente justificar mi proceder; pero no debemos pagar las culpas que los demás han cometido. He sido débil; pero no son mis debilidades las que he de expiar aquí, sino las de Felipe II que dejándose llevar por una pasión impura, apesó a todos los medios hasta conseguir que la esposa manchase el honor de su esposo. Así pagó el gran rey los servicios del más leal de sus vasallos; así, con la deslealtad y con la traición...

—Basta, señora.

—¿Y por qué no he de decir la verdad?

—En esta santa mansión de paz, de humildad y de ternura es preciso olvidar todos los odios.

—Mis Evandades no han sido un crimen hasta el día en que el justiciero monarca supo que tenía un rival. Antes encontraba razones sobradas para justificar nuestra pasión, nuestros extravíos, para justificar el adulterio...

—¡Horror!

—Y ahora...

—Basta he dicho—interrumpió severamente la superiora.

—Podréis hacerme callar; pero no hacer cambiar mis sentimientos.

—Os recordaré que mi autoridad no tiene límites en esta santa mansión, y que la justicia aquí se ejerce con tanta severidad...

—No lo he olvidado.

—Se han adoptado todas las precauciones imagi-

nables, y el solo intento de fuga os costaría la vida, pues cierta clase de escándalos no pueden cometerse aquí, y es preciso castigarlos terriblemente para evitar el contagio y la relajación. Ya estáis advertidos; no podréis alegar ignorancia.

—¿Nada más tenéis que decirme?

—Nada más.

—Está bien— dijo desdenosamente la princesa.

No tardó en convencerse de que la abadesa le había exagerado al hablar de las precauciones adoptadas.

Excusado es decir que la princesa no aceptaba aquella situación, y que estaba decidida a poner en juego toda clase de recursos para salir de su encierro, y sobre todo para vengarse, haciendo sufrir horriblemente lo mismo a Luis que a Blanca y al marqués.

Mil planes trazó para conseguir su deseo; pero mientras encontraba la ocasión de ponerlos en práctica, ocupóse exclusivamente en hacer observaciones.

Cuantas cartas escribía a sus criados y amigos tenía que entregarlas abiertas para que las leyera la superiora, y ésta examinaba también, abriéndolas sin ningún reparo, cuantas llegaban para la princesa.

Se le dejaba cierta libertad para asistir o no al coro; podía salir de su celda a todas horas, recorrer el convento y pasear en la huerta; pero siempre que esto hacía, encontrábase con dos monjas que la seguían a corta distancia y como la sonara agua al cuerpo, de manera que era imposible que la viera diera un paso, ni hablase una palabra sin que llegase a oídos de la abadesa.

Las dos religiosas que la seguían no eran las mismas siempre, pues cada dos o tres días se relevaban, resultando así que nada se hubiera conseguido en sobornar a las unas, si posible era el soborno; mientras no se hiciese lo mismo con toda la comunidad, y como si todo esto no fuera bastante, habían llevado hasta el último reinamiento la precaución, y de las dos religiosas que vigilaban una era siempre joven y la otra vieja, lo cual hacía doblemente difícil que se pudiesen de acuerdo para favorecer a doña Ana.

Empero ésta no se había descuidado, y al dar

negociaciones a Ginés, había convenido en usar cierto lenguaje que sólo ellos debían entender.

Ginés no sabía escribir; pero esto no era una dificultad, pues contaba con otras personas de completa confianza.

A la vista de lo que le había dejado la libertad más sabia en el manejo de sus intereses, es decir, que podía disponer de mucho dinero, lo cual no era despreciable recurso en su situación.

Después de haber conocido todos los obstáculos con que tenía que luchar, dió principio a su obra, y escribió a Ginés la siguiente carta:

"Bien Ginés: Dos meses hace que me encuentro en este santo retiro, y ahora comprendo el goce de la paz del alma. Mucho he luchado y mucho he sufrido, y quiero descansar, de manera que probablemente determinaré pasar aquí el resto de mi vida, y por consiguiente debo pensar en mis intereses que se encuentran en el más triste abandono.

No pongo en duda tu lealtad ni tu honradez; pero debes reconocer que no sirves para cierta clase de asuntos, pues desgraciadamente te falta instrucción. Tengo, pues, necesidad absoluta de una persona que me sirva como deseo; lo que puede convertirse en lo sabes tan bien como yo, y confiando en tu buena voluntad, quiero que inmediatamente te ocupes en satisfacer mi deseo, sin perjuicio de que continúes sirviéndome como hasta hoy, y estas a la vista de cuanto pueda ocurrirte. No desdúchales el asunto; ni dejes de escribirme con frecuencia, pues las cartas de mis fieles criados son mi única distracción.

No puedo decir que estoy enfermo; y, sin embargo, tampoco me siento completamente bien. Mi malestar lo achaco al cambio de vida y al recuerdo de mis pasados sufrimientos, pues muchas noches no puedo dormir, y algunas las tengo que abrir las ventanas para aspirar el aire frío, porque se abalanzan a mi cabeza; pero todo esto pasará. Dios me concede, pues no me parece cosa de gravedad. No diré a ninguno de mis fieles servidores, a los que quiero recompensar como merecen. Dios te dé salud como lo desea tu noble señora."

La carta no podía ser más sencilla; pero Ginés comprendería que lo que la princesa deseaba era casar con un hombre que fuese parecido al señor Antonio de Mena, es decir, un miserable capaz de todo lo malo y que además fuese ágil, astuto y travieso.

Muchos había con tales condiciones en aquella época; pero no en todos podía depositar ciega confianza.

Llegó la carta a manos de Ginés, que aunque había sido preso, según vimos, recobró inmediatamente la libertad, gracias a la influencia de don Ana, y nadie había vuelto a pensar en él para hacerle pagar lo mucho que debía. Verdad es que el paje no se había dignado nunca tomar en consideración a tan grosero enemigo. El desorejado escudero comprendió perfectamente el significado de la carta y caviló, repasando en su memoria los nombres de todos los espadachines y miserables a quienes conocía.

Por fin creyó encontrar lo que buscaba, y dijo:

—Me parece que podrá sernos muy útil el señor Pablo Cornejo. Es astuto y travieso como la misma travesura, y por su calidad de hidalgo y por la educación que ha recibido, sabe tratar con toda clase de gente. No tiene mucho valor; pero esto es precisamente una garantía para mí, porque como temo a mis peños y a mis malas intenciones actuales. Mucho tiempo hace que no lo he visto; pero me será fácil encontrarlo y supongo que su situación será la misma de siempre y que para mal o vir no contará con más recursos que los de sus malas mañas.

Así, con pocas palabras pintó Ginés al señor Cornejo, que, efectivamente, era un hidalgo bien nacido y bien criado; pero extraviado desde su juventud y consumado criminal.

Si no tenía valor para arrostrar ciertos peligros le sobraba para dar una estocada alevosamente.

Hecha la elección, que fue muy acertada, se fue Ginés para buscar al hidalgo, sin conseguir encontrarlo después de andar más de tres horas y preguntar por él a cuantos amigos encontraba.

—Hoy no lo hemos visto—contestaban todos a

desprejuiciado, y este, fatigado y mohino, se volvió a su vivienda, cuando al pasar por frente al convento de San Felipe, se detuvo y exclamó:

—¡Ah!

En las celebres gradas del convento, lugar a donde acudían todos los obispos y periodistas, pronto cruzando lentamente entre la multitud, elevando a todos lados la cabeza y fijando en todos miradas escrutadoras, había un hombre de regular estatura, rostro aguileño, conjunto de carnos, vestido con prendas de caballero, pero en realidad poco más que cubierto de harapos. Tenía ese aire peculiar de los espadachines, y bastaba mirarlo para concluir que era uno de esos miserables que han llegado al último punto de la depravación y que viven con el crimen. Sin embargo, había en su figura y en sus maneras cierta distinción, y no era posible compararlo con los criminales groseros como Gines. Representaba treinta y cinco años, y su rostro revelaba inteligencia.

Gines lo miró y dijo para sí:

—Flato ha estado siempre; pero aun está más que la última vez que lo vi. Creo que tiene hambre y anda en busca de negocios, porque parece un perro que olfatea.

Esa comparación no podía ser más exacta. El desprejuiciado escudero subió las gradas, acercóse al señor Pablo Cornejo y le tocó en un hombro.

Volvióse el hidalgo con la tibia que lo caracterizaba, miró a Gines y sonrió maliciosamente.

El escudero golpeó uno de sus bolsillos haciendo caer las monedas que llevaba, guiso un ojo y se alejó.

Aquellas dos personas se habían entendido perfectamente. El hidalgo siguió a Gines, llegaron a la plaza de Herradores y entraron en un hotel, donde según fama, se comía bien, y se bebía el mejor vino manchego.

Sentáronse junto a una mesa y en el más espacioso rincón, donde podían hablar desvergonzadamente, y Gines pidió lo mejor que hubiese para comer y vino abundante.

Llenaron y vaciaron los vasos, diciendo los dos:

—A tu salud.

Y entonces fué cuando dieron principio a la conversación.

—¿Y qué tal?—preguntó el escudero.

—Tengo los bolsillos llenos de aire, y lo mismo el estómago—respondió el hidalgo.

—Mucho tiempo hace que no nos vemos.

—Pero ya sé que tú eres muy afortunado.

—De todo hay.

—Me buscabas, ¿no es verdad?

—Por si te convenia un negocio.

—Antes dime lo qué ha sido de ti, porque sin conocimiento de causa...

—Después.

—Como quieras—repuso el señor Pablo encogiendo de hombros.

Y volvió a beber.

—De todas maneras, te agrada la comida.

—Como todo lo que pide el cuerpo.

—Pues escúchame, porque el asunto merece la pena.

—¿Me necesita algún marido celoso?

—No.

—¿Algún padre ofendido?

—Tampoco.

—¿Un amante desdenado?

—No.

—Entonces...

—Te necesita una señora de noble alcurnia hermosa y...

—¡Vive Dios! — exclamó el hidalgo fijando su mirada penetrante en Ginés—. Lo que dices es muy grave... ¡Una mujer, una dama rica y noble!

—Muy noble y muy rica.

El señor Pablo Cornejo se miró como para convencerse de que podía inspirar una pasión y luego soltó una carcajada burlona.

—Entiendo—dijo—: hay una mujer que tiene herido su amor propio, y...

—Te acercas a la verdad.

—Escucho, querido Ginés.

—No puedo darte explicaciones sin revelar secretos de mucha importancia.

—¿Desconfías de mí?

—Somos dos bribones capaces de todo.

—La verdad.

—Necesito una garantía.

—Pues aquí tienes mi cuerpo, porque otra cosa no puedo ofrecerte.

—Si me engañas, si eres indiscreto...

—Ginés...

—Una puñalada—murmuró el escudero con voz sombría.

Y dos centellas se escaparon de sus ojos.

Se arrugó el entrecejo del hidalgo, que muy pronto desplegó una sonrisa, y dijo:

—Nunca he sido traidor para con mis compañeros, y aunque soy un miserable capaz de todo lo malo...

—Basta... Ya sabes lo que te espera, la muerte o mucho oro, mucho.

—¡Cuernos de Lucifer!... En gran cuidado me pones, y te ruego que me des explicaciones claras y terminantes.

—Pues escúchame.

—Déjame beber.

Llenaron y vaciaron los vasos.

—¿Conoces a doña Ana de Mendoza, princesa de Echá?—preguntó Ginés mientras fijaba en su amigo una mirada penetrante.

—¡Vive el cielo!... ¿Quién no conoce a la princesa?

—Ya he pronunciado la primera palabra, y no puedes retroceder. Tú lo has querido, y por consiguiente...

—No me quejo ni me arrepiento.

—Haces muy bien.

—Supongo, mi querido Ginés, que esa ilustre dama necesita mis servicios, y con la mejor voluntad haré cuanto quiera, porque yo soy que pago muy largamente. Como no tengo que hacer más que ocuparme de cuanto se murmura en la corte, estoy al corriente de todo lo que ha sucedido desde que doña Ana de Mendoza salió del convento y volvió a la gracia del rey...

—Es decir, que no ignoras...

—Que para servir a la princesa es menester hacerme con el mismo diablo, y aunque esto es demasiado peligroso, como tengo hambre y espero que

la lucha sea más de ingenio que de cuchilladas, me parece que podré hacer algo de provecho.

—Todo es posible, y como no quiero que le llamen a engaño...

—¡Vive Dios! Aunque soy joven, tengo ya bastante experiencia.

—Te advierto que ese hidalgo a quien con tanta razón llaman el diablo, se ha burlado del rey, de la Inquisición, de doña Ana, del señor Antonio Pérez...

—Y de todo el mundo.

—Y cuenta con la ayuda...

—Del marqués de Poza y de un tal Pero Loba —prosiguió el hidalgo.

—Que tiene los puños de hierro y no gana nada cuando da cuchilladas.

—Hace algunos años que lo conozco y él a mí, y más de una vez lo he visto manejar la fiera.

—¿Y no tiembles?

—¡Bah! —murmuró el hidalgo, fingiendo que no le infundía miedo el capitán.

—Además, tenemos a un escudero del marqués que vale poco menos que el diablo, que se ha burlado de mí varias veces y... ¡Mil legiones de condenados!... Otro día le contaré todo esto, pues ahora debemos ocuparnos de lo que más nos interesa.

—Ante todo, dijéramos la situación.

—Eso es.

—La princesa de Eboli ha vuelto a caer en desgracia, y mucho me equivoco o para siempre ha concluido su influencia.

—Pero tiene dinero.

—El mucho dinero podrá darnos; pero ninguna protección, de lo cual se deduce que si caemos en manos de la justicia, nos apretarán el pescuezo muy bonitamente.

—No se puede ganar mucho sin arriesgarse a perder mucho también.

—Ya lo sé, y por eso precisamente he aceptado lo que me propones. No soy viejo; pero ya estoy cansado de ser pobre y de vivir como vivo, y quiero de una vez sucumbir o cambiar de situación. Si más de los peligros que hay que arriesgar, es para que

aprendas que no puedo meterme en este enredo y la recompensa no ha de ser muy ardua.

—Tendrás el oro a montones.

—Doña Ana de Mendoza está en Las Muelgas de Burgos, no porque haya querido buscar la paz en el claustro, sino porque la tienen allí encerrada, y los enemigos están triunfantes y son felices, y se gozan de ella.

—¿Qué harías tú en su lugar?

—Ante todo yo haría lo que ha hecho el señor Antonio Pérez, salir de la prisión y luego me vendría.

—Pues eso mismo piensa doña Ana.

—Cuanta con tu ayuda; pero tú no sirves para nada y ayudas a mí...

—No te equivocas.

—Estoy, pues, a tu disposición.

—Así me gusta.

—Yo me parece imposible sacar a una mujer de un convento.

—Pues por ahí hemos de principiar.

—Y entre tanto...

—Estaremos a la mira del paje, y si hay ocasión de hacer algo de provecho...

—Se hará.

Bien pronto se habían puesto de acuerdo aquellos dos miserables.

Era de mucha importancia el auxilio del señor Fabio Cornejo, que en caso de necesidad contaría con otros bribones que no valían menos que él.

Desde aquel momento puede decirse que a todas horas estaba amenazada la vida de Luis.

¿No había pensado éste adoptar ningunas precauciones? Debemos suponer que sí, pues ya sabemos que era precavido y que no se había hecho ilusiones en cuanto a su implacable enemigo.

Acabaron de comer.

Guén entregó a su amigo algunas monedas de oro y convinieron en verse al otro día para tratar de todos los detalles del asunto.

Salieron del bodegón y se separaron.

—¡Vive el cielo!—exclamó el hidalgo, mientras se alejaba hacia el arroyo del Arrenal.—Puedo ser desgraciado pero me desagrada tener que luchar con ese

endemniado paje, que tanto ha dado que hacer a todo el mundo, y me parece que deberíamos precipitar por quitarlo de enmedio.

Gines escribió inmediatamente a la princesa diciéndole que ya podía contar con los servicios de un hombre tan inteligente como honrado.

El estudioso terminaba así su carta:

"El señor Pablo Cornejo se presentará a vuestra señoría para recibir instrucciones y darme a conocer como me parece muy bien que haga.

"Ya sabe que lo tratado es a condición de que agrade a vuestra señoría, y en cuanto al salario nada he querido determinar, pues no me considero autorizado para semejante cosa.

"Me alegraré haber tenido acierto. Todos nuestros criados os saludan respetuosamente y ruegan a Dios que os dé salud.

"Espera órdenes de vuestra señoría su servidor más humilde y leal."

Tampoco hubo dificultad para que esta carta llegase a manos de la princesa, que esperó con ansiedad al nuevo servidor.

Veamos ahora si el señor Pablo Cornejo era digno de la reputación de ingenioso y astuto que tenía.

CAPÍTULO XCV

En el locutorio

Pasaron ocho días, que fueron ocho días para la princesa de Eboli.

No había vuelto a recibir ninguna noticia de casa, ni se le había presentado el señor Cornejo.

¿Había sido descubierto su plan?

¿Había vuelto la justicia a ocuparse de él?

Todo era posible, y aun probable cuando había que luchar con un adversario como Luis.

Ignoraba la ilustre viuda que cuatro días antes había llegado a Burgos un hidalgo muy decentemente vestido y con la bolsa repleta de escudos, y que no había hecho otra cosa que pasearse, mostrando predilección por los alrededores del antiguo monasterio de las Huelgas.

Con tanta atención miraba el célebre edificio, que hubiera podido tomarsele por un aficionado a la ciencia arqueológica o por un artista entusiasta. Por muchas veces parecía que hasta contaba las piedras de aquellos sombríos muros.

Habíase instalado en la mejor posada, y muchas veces habló del monasterio con su huésped, haciéndose mil preguntas y pudiendo así conocer muchos detalles que le interesaban.

El hidalgo admirador de nuestras antigüedades y nuestras glorias era el señor Pablo Cornejo, y al principio a dar pruebas de ser muy cauto y muy prudente.

—¿Debo escribir?—se preguntó una mañana la prioresa.

Y después de meditar, acercóse a una mesa y tomó la pluma; pero dos monjas la interrumpieron para decirle:

—On espera en el locutorio un hidalgo que se llama Cornejo, y nuestra muy reverenda madre os permite hablar con él.

—¡Cornejo!—exclamó la dama, de cuyos ojos se escaparon dos centellas de júbilo.

—¿No lo conocéis?

—Es uno de mis criados.

—Pues si queréis verlo...

—Sí, sí.

Doña Ana salió de la celda.

Las dos religiosas la siguieron a poca distancia.

Ya se habían disipado los temores de la viuda: era vez consideraba casi seguro el éxito de sus planes, se entregaba a las más risueñas ilusiones, y levantaba la cabeza orgullosamente.

Se le permitía recibir aquella visita, pero en el laboratorio, es decir, que ni siquiera podría acercarse a él, ni casi verlo con claridad, puesto que en los ambos debía quedar la doble reja de espesos tabiques, y la luz era muy oscura en aquel sitio.

También le sería preciso hablar en voz alta, y si cuanto dijese se enterarían las dos monjas.

No era, pues, posible que doña Ana ni el hijo go trasasen de ninguna intriga; pero ella, mientras atravesaba habitaciones y pasillos, decía para sí:

—Si ese hombre vale algo, habrá buscado el medio para entenderse conmigo, aunque sea a presencia de todo el mundo.

Entraron en el locutorio. Las dos monjas se situaron en un rincón, quedando inmóviles.

La princesa de Eboli se acercó a la doble mesa, sentóse y vió al otro lado al señor Cornejo, que hizo una profunda reverencia, y dijo:

—Señora, supongo que habéis recibido una carta de vuestro criado Ginés...

—Sí, y hace ocho días que os espero.

—Si antes no me he presentado, no ha sido por negligencia, pues no hay nadie que sea bastante ni desculpado, cuando se trata de lo que le conviene y le honra, como a mí me sucede en el presente caso. Pero yo soy de los que no hacen las cosas si no han de hacerlas bien, y ante todo he querido haceros cargo de mis obligaciones, y medir mis fuerzas para que no me quedase duda de que con buena voluntad me sería posible y hasta fácil corresponder dignamente a la confianza que habéis de depositar en mí.

—Bien me parece lo que acabáis de decir, señor hidalgo.

—Me felicito, señora.

—Y supongo que cuando habéis venido, es porque contáis con fuerzas para cumplir con la exactitud las obligaciones que aceptáis.

—Si mi inteligencia es poca, mi voluntad es mucha, y espero que con la ayuda de Dios quedará bien servida. Según lo que he podido ver, vuestros intereses han padecido bastante, no por falta de lealtad de vuestros criados, sino por errores cometidos de buena fe; pero de todas maneras nada que vos habéis sufrido las consecuencias, y que es preciso acudir al remedio.

—Y con urgencia—repuso la dama con una

—¿Entonces que nadie podía comprender más que el hijo?

—En cuanto a mis antecedentes...

—Buenos deben ser, cuando Ginés responde de mí.

—De hidalgos padres nací; tengo un tío capitán de las monjas Carmelitas de Granada, y una hermana mía vive en Sigüenza con su esposo, que es un caballero de mediana fortuna y honrado hasta el último punto de la honradez. Otra tía tengo que se estableció en Zaragoza, y aunque rica y todavía en buena edad, pues no tiene más que cuarenta años, ha hecho profesión de beata, y tiene otorgado testamento a mi favor. Han querido mis buenos parientes señalarme una renta, que me permitiera vivir con decoro; pero nada he aceptado, porque lo más honroso me parece vivir para trabajar, y trabajar para poder vivir, pues el hombre que tiene una ocupación, corre menos peligro de caer en las malas tentaciones, por aquello de que "la ociosidad es madre de todos los vicios". A mis parientes acudiré si quiere mi mala suerte que me quite el trabajo, a pesar de mis buenos deseos; pero mientras no suceda así, continuaré con mi sistema. Puedo presentar certificaciones de buena conducta y de haber prestado servicios de alguna importancia a personas tan respetables como el señor don Diego de Meneses y otras por el estilo.

—Muy bien, muy bien... Estoy satisfecha.

El señor Cornejo mentía con sin igual descaro, pues no tenía tales parientes, ni en toda su vida se había ocupado más que en cometer crímenes.

Así lo comprendió la princesa; pero esto no podía disgustarla, porque lo que necesitaba era un hombre tan desalmado como astuto.

—Gracias, mi noble señora—dijo Cornejo—. Espero vuestras órdenes.

—Sobre algunos asuntos de bastante interés, tengo que reflexionar, y para que no olvidéis ninguna de mis disposiciones, las escribo, y las recibiréis mañana. Entre tanto, descansad.

—Tengo que cumplir un encargo de Ginés.

—¿En qué consiste?

—Me ha dicho que os traiga el libro de oración.

nes que usabais, y que según parece tenéis en gran estima.

—Es verdad.

—Antes debió enviároslo; pero se olvidó y os suplica que lo perdonéis.

—¡Pobre Ginés!

—Aquí está el libro—dijo el hidalgo, sacando uno encuadernado ricamente y con broches de oro—. Como no cabe por aquí, me diréis a quién lo de entregarlo.

—A la hermana tornera para que lo dé a la muy reverenda superiora, pues a mis manos nada puede llegar sin estas formalidades.

—Así lo haré al salir.

—¿Tenéis algo más que decirme?

—Nada, señora.

—Pues retiraos.

—Hasta mañana a estas horas, que volveré para tener el honor de recibir vuestras órdenes.

Hizo una profunda reverencia el señor Corneja y salió del locutorio.

La conversación, en apariencia, no podía haber sido más sencilla, y sin embargo tenía muchísima importancia.

—¡Ah!—exclamó doña Ana cuando estuvo sola en su celda—. Mucho me equivoco, o este miserable vale más que el señor Antonio de Mena... Mi libro debe contener algo de gran interés... Pronto sacaré de dudas.

Efectivamente, antes de que transcurriesen diez minutos, se presentó una novicia y entregó a doña Ana el libro de oraciones.

Cuando volvió a quedar sola la viuda, abrió el devocionario y una por una empezó a pasar todas sus hojas, examinándolas con atención profunda.

Nada encontraba de particular.

Y, sin embargo, ella no había pedido el libro y con algún fin se lo habría llevado el señor Corneja.

Volvió a mirar inútilmente, inclinó la cabeza y reflexionó.

Luego rompió una de las tapas, separando el cartón del tafilete.

Acababa de acertar con el secreto y no pudo contener un grito de júbilo.

Bajo el forro había una carta escrita con letra muy menuda y que decía lo siguiente:

"Mi respetable y noble señora: Comprenderéis que tengo absoluta necesidad de que hablemos muchas veces; muy despacio y sin testigos, y he buscado un medio que me parece practicable.

Las rejas de vuestro aposento dan a la hueria, y yo podré subir por una escala. En cuanto a la tapa no me ofrece inconveniente alguno.

Colocado en la escala y asilándome a los barrotes de la reja, podré permanecer una media hora, tiempo suficiente para que me digáis cuanto bien os parezca y quedémos de acuerdo.

Si tenéis valor, por la ventana saldréis, pues os arreglaré una lima para romper los hierros.

Mientras todo se arregla aquí, en Madrid nos espantemos también de vuestros enemigos, y tengo la esperanza de que se me presentará ocasión de hablar con algunos de ellos, quizás con el de mayor importancia.

Es preciso que la escala quede en vuestro poder, y así sucederá esta noche si dejáis caer a la hueria un hilo a las doce en punto. Esperaré al pie de las ventanas, ataré la escala al hilo y la sujetaré, sujetándola convenientemente. Ello encontréis en la otra tapa de este libro.

Para todo me tenéis dispuesto, y por consiguiente no habrá nada que yo deje de hacer para vosotros.

Me parece que lo dicho es bastante, y me despidió hasta las doce de la noche."

Indudablemente el hidalgo era ingenioso y astuto y quizás valía tanto como Luis.

Destellos de la más viva alegría se escaparon de los ojos de la princesa.

Ya contaba su venganza segura con el auxilio del señor Pablo Cornejo.

—¡Ah!—exclamó—. Han triunfado, me han humillado, me han hecho sufrir horriblemente; pero no pasarán mucho tiempo de su dicha. Yo tendré que salir de España y probablemente perderé una gran parte de mis riquezas; pero, ¿qué me impor-

te si he conseguido vengarme? Forzoso era que esta lucha terminase así, con sangre, con la muerte de unos o de otros. Supongo que se han olvidado de mí y me miran con desprecio... ¡Oh!... No me nocen.

Una y otra vez leyó la princesa la carta del dalgo, pareciéndole que era muy sencillo y practicable cuanto éste proponía.

De noche la dejaban en libertad completa para que se acostase cuando bien le pareciese, y por consiguiente, podía conferenciar con el señor Cura.

Este había aprovechado el tiempo muy bien, y merecía ser recompensado largamente.

Dofia Ana guardó el libro, acercóse a una de las ventanas y miró a la huerta.

Látia violentamente el corazón de la dama.

En pocos minutos había recobrado toda su energía, todo su valor.

Examinó detenidamente los gruesos barrotes convenciéndose de que para cortarlos era menester emplear bastantes días; pero no la arredraba.

Media hora después fué a pasear a la huerta y como de costumbre, las dos monjas la siguieron.

Como distraidamente se detuvo muchas veces la viuda, mirando a las tapias.

¡Qué largas le parecieron las horas aquel día!

Grandes esfuerzos tuvo que hacer para ocultar su alegría.

Por fin, desaparecieron los últimos rayos del día.

Resonó el toque del *Angelus* mientras el campanero desolegaba sus últimas sonrisas.

Las tinieblas invadieron el espacio.

Otra vez se acercó la viuda a la ventana, contempló el horizonte y aspiró con avidez el aire limpio y fresco de aquella noche serena.

Bien pronto el silencio fué casi absoluto en el interior del histórico monasterio.

Aun debían pasar algunas horas antes de que doña Ana tuviese la dicha de hablar con destino y ocuparse de sus asuntos; pero aquellas horas que debía suceder, pasaron, y las religiosas se entregaron al oratio.

A las once y media encontrábase doña Ana

estaba sentada junto a una mesa y mirando distraitamente un libro que delante tenía.

Estaba su rostro pálido y contraída su frente, y su respiración era violenta y desigual.

CAPÍTULO XCVI

En la ventana

Dieron las doce.

Doña Ana de Mendoza se estremeció violentamente, se puso en pie, dió algunos pasos, detúvose junto a la puerta, inclinóse y escuchó.

Al ruido más leve llegó a sus oídos.

Aunque las religiosas vigilasen, nada sospecharon.

Tomó la viuda el hilo que había encontrado hecho dobleces y oculto bajo el forro del libro, y empezó a dejarlo caer por entre los hierros de la reja.

Luego quedó inmóvil.

Al sitio donde se encontraba no llegaba la luz, y en medio de la obscuridad veíanse brillar sus ojos como dos carbunclos.

Por momentos crecía la agitación de la dama.

Miró hacia la huerta; pero nada pudo distinguir.

Quedó inmóvil como una estatua.

Entre tanto por los alrededores del monasterio se movían dos bultos, que se acercaron a la tapia.

Eran dos hombres envueltos en sendas capas.

Uno de ellos le dijo al otro:

—Sin que de esta noche pase, ha de quedar terminada la obra, y con habilidad bastante para que nadie sospeche.

—Terminada quedará.

—De otra manera, no me consideraré con obligación de darte lo prometido.

—Descuida.

—Y prepárate para marchar al amanecer.

—¿A Madrid?

—Sí.

—¿Tú has de quedarte?

—Ni lo sé, ni te importa.

—Es verdad: ¿qué me importan estos ~~cosas~~
Si serás enamorado de una monja, peor para ti.

—Eso es cuenta mía.

—Ah, pagas bien, me prometes nuevos ~~negocios~~
y por consiguiente...

—Te aseguro que serás rico si continúas ~~siendo~~
como con lealtad.

—Adelante, pues.

—¿Está bien colocada la escalera?

—Sí.

—Pues ahí quedan mi capa y mi espada, ~~para~~
me servirán más que de estorbo.

De ambas prendas se despojó el hidalgo, ~~porque~~
no era otro el que así acababa de hablar.

Luego subió ligeramente por una escalera de ~~mano~~
y pier pronto quedó montado sobre la tapia.

Apenas se le distinguía, porque la luna ~~no~~
tenido por conveniente dejarse ver.

Como iba previsto con dos escalas, colgó la ~~una~~
en la tapia, descendió y avanzó hacia el edificio.

Por una sola ventana escapábanse débiles
algunos rayos de luz.

—Me espere—dijo el hidalgo.

Y al llegar al muro, buscó y encontró el hilo
delgada cuerda, a la que ató la escala.

Doña Ana de Mendoza, apercibiéndose al ~~momento~~
momento, tiró de la cuerdecilla.

Poco después aseguraba la escala y esperaba ~~in~~
siosamente.

No tardó en aparecer el hidalgo, que ~~así~~
a los barratos quedó sostenido en la escala.

Semejante posición, sobre ser incómoda, era ~~pe~~
ligrosa.

—¿Ti noble señora—dijo—, aquí me tenéis a ~~dispo~~
tra disposición.

—¡ Ah! —exclamó la viuda, con tono que ~~revela~~
ba su alegría—. Mucho os debo y mucho valéis, y ~~la~~
proporción de lo que valéis y os debo será la ~~recom~~
pensa.

— Señora...

—Os haré rico, muy rico si sois leal y me ~~así~~
con acierto, pues toda mi fortuna la daría ~~sin~~
lar por verme libre y aniquilar a los miserables ~~que~~

de ha hecho sufrir. No os detengáis, pues, ante ningún obstáculo: no vaciléis; a nada tengáis miedo: arriesgad la vida si es preciso, pues debéis tener en cuenta que son imposibles los términos medios en esta situación. Triunfar o morir; estos son los dos únicos caminos que se nos presentan.

—Ya lo sé.

—No quiero que os hagáis ilusiones, y por si Ginés no os ha hablado con bastante claridad...

—Sí.

—Mis enemigos son muy terribles.

—Los conozco demasiado bien.

—Particularmente el paje...

—Y los demás también valen mucho.

—Los encontraréis donde menos los esperéis, y si os vivís muy prevenido...

—Perdonad, señora; pero todo eso lo sé y nos conviene aprovechar el tiempo en algo más que en hacer comentarios.

—Pues os escucho.

—No puedo duplicarme o triplicarme, no puedo estar en dos o tres partes a la vez.

—Pero no sois solo.

—Ya cuento con Ginés y sus camaradas, si bien que temerse en cuenta que no sirven sino para cierta clase de cosas, para todo aquello que exija un brazo fuerte, para dar una puñalada, y...

—Claramente.

—Necesito la ayuda de algún otro desalmado más astuto y con cierta clase de condiciones.

—¿Y no lo tenéis?

—Sí, aunque será preciso pagarle caro.

—¿Qué importa eso?

—Hay en Madrid un hribón, hijo de Florencia, que no puede vivir en su patria, porque allí ha dejado pendientes algunas cuentas de cierta clase.

—Comprendo.

—Es muy hábil para representar toda clase de pajes y mucho más hábil para manejar la espada, ya conoce algunos golpes de los que no es posible que se hore el más consumado maestro; pero aun todo en este mundo tiene su lado feo y mi lado bonito, el italiano en cuestión presenta el inconveniente de que sirve al que mejor le paga, y si

hay quien le ofrezca un escudo más que nosotros, se venderá sin miramiento alguno.

—Eso se remedia fácilmente, pues dándole a pre nosotros más de lo que pueda darle nadie, le tendremos motivo para abrigar ningún temor.

—Tal creo.

—Además, no me parece preciso revelar al italiano todos los secretos, ni siquiera decirle con qué fines tiene que habérselas, sino mandarle que descarte el golpe cuando sea preciso y conveniente. Después de cuanto dinero se os antoje, pues mañana mismo enviaré las órdenes convenientes.

—Estamos de acuerdo.

—Ahora decir lo qué habéis pensado para sacar de este maldito encierro. Estoy vigilada hasta el punto de que ni por la huerta puedo pasear enteramente sola, sino llevando dos espías, que me siguen como la sombra al cuerpo, que me observan y escuchan y van luego a dar parte de todo a la abadesa.

—Por de pronto, no veo más medio sino que salgáis por una de estas ventanas.

—¿Y la reja?

—Trés limando estos hierros. La operación es larga y penosa, y sobre todo indigna de vuestras manos y delicadas manos.

—Eso no importa.

—De todas maneras, nada tenéis que hacer, y este trabajo os servirá de distracción.

—Necesito una herramienta.

—Toma—dijo el hidalgo sacando un pequeño envoltorio que contenía las limas de que la duquesa había servirse—. Los hierros los carcomeréis por una parte, evitando así que las monjas que están en vuestra celda se aperciban de vuestra obra.

—Entendido.

—Vendré mañana para recoger las instrucciones de que me habéis hablado, porque es preciso seguir representando nuestro papel.

—¿Y cuándo partiréis?

—Mañana mismo.

—¡Oh!—exclamó la princesa, cuyos ojos brillaron a relumbrar con el fuego de la ira—. Acabad con la vida del paje y apoderaos de doña Blanca, y os daré el oro a montones.

—Abigo la esperanza de que muy pronto quedara complacida.

—Obedece de mí, si así es preciso para que amigables a mis enemigos, y os advierto que me agradaría mucho tener en mi poder a doña Blanca...

—Y al diablo también, ¿no es verdad?

—Sí; pero...

—No me fio de ese condenado paje y será preciso que una estocada, pues si lo dejamos con vida...

—No, no.

—Siempre que sea preciso, vendré a veros, y por consiguiente todas las noches a estas horas estaréis aquí.

—Y si yo tengo necesidad de decir algo?

—Me escribiréis, dándome una orden cualquiera, y vendré sin perder un minuto.

—No olvidéis que os haré rico, muy rico.

—Tranquilizaos, que todo se arreglará a medida de nuestro deseo.

—Idos, pues.

—Recogeréis la escala y la guardaréis—repuso el señor.

Muy poco más hablaron.

El señor Pablo Cornejo descendió.

Doña Ana de Mendoza subió la escala y la guardó entre los colchones de su lecho.

Petutamente arrastró la puerta, y llegó a la tapia, allí bajó al otro lado y le preguntó a su compañero:

—¿Qué tal?

—Todo está concluido y aquí tienes huecos suficientes para poner los pies y las manos y trepar sin que necesites la ayuda de la escalera.

El señor Pablo Cornejo examinó a tientas la tapia, encontrando las hendiduras que había hecho el otro miserable.

Alegráronse y se perdieron muy pronto en la obscuridad.

Doña Ana de Mendoza se acostó sin que la fuese posible conciliar el sueño, hasta que empezaba a salir la aurora.

Quanto más meditaba sobre el plan del señor Cornejo, mejor combinado lo encontraba.

Efectivamente, era bien fácil que la ilustre viuda

saliese de su encierro, y quizás más fácil que la fuese asesinado.

El valor de nada sirve cuando acecha la muerte, pues no hay defensa posible contra el golpe que no se aguarda.

Suponemos que Luis creía que ante todo la princesa de Eboli se ocuparía en salir de su encierro; pero no debió creer que al mismo tiempo pensase aquella mujer satánica en cometer ningún otro crimen.

Lo mismo de día que de noche, andaba Luis por las calles, unas veces solo, y otras en compañía de sus amigos, y descuidado siempre, pues ya sabían que rayaba en temeridad la confianza que tenía en su buena estrella.

¿No era muy fácil que descargara el golpe en un sino que esperaba a todas horas y que estaba preparado para cuando se le presentase la ocasión oportuna?

En aquellos tiempos que afortunadamente no ha de volver, no había nada más fácil que cometer un asesinato. Eran éstos muy frecuentes y más lo hubiera sido si la prudencia no obligase a la gente honrada a guarecerse en sus viviendas apenas se oculta el sol.

Mayores dificultades presentaba el apoderarse de Blanca; pero para que ésta fuese la más desdichada de las criaturas, no era mentester más sino que sucumbiese Luis.

Excusado es decir, que tampoco debían considerarse seguros el capitán Pero León ni el escudero Juan, pues ambos eran un estorbo para los traidores, y éstos harían cuanto es imaginable hasta aniquilarlos.

¿En qué se ocupaba Luis?

Ya no tenía que pensar en Antonio Pérez, y le pareció creíble que permaneciera ocioso.

Aun contaba con el auxilio de Inés, a la que le había permitido que abandonase la casa de la princesa; pero es el caso que la sirvienta no sabía hasta entonces más, sino que su señora estaba decidida a continuar la lucha, ya para salir de su encierro y para satisfacer su sed insaciable de venganza.

es muy vago y Luis lo adivinaba sin que nadie se adivinara.

Frente a alguna casualidad favoreció a nuestros nobles amigos.

CAPÍTULO XXVII

Encuentro inesperado

A las diez de la siguiente mañana el señor Pablo Cornejo salió de su cuarto y atravesaba un corredor cuando dos jinetes entraron en la posada, deteniéndose en el patio. Por uno de esos movimientos instintivos de que no nos damos cuenta, volvió la cabeza al lado y fijó la mirada en los jinetes, que descargaban mientras uno de ellos gritaba con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Posadero de Satanás!... ¿No hay en esta casa gente para servir a los nobles hidalgos que la aman?... ¡Mil legiones de condenados!... Si se me cae la sangre a la cabeza, os pesará, villanos.

El señor Cornejo palideció, aunque nada tenía que ver con aquellas terribles amenazas.

Su frente se contrajo y su mirada se tornó sombría.

—¡Vive el cielo!—murmuró sordamente.

Y por algunos instantes quedó inmóvil y contemplando a los dos viajeros, que no eran otros que Luis y el capitán.

El posadero acudió presurosamente, y pidiendo mil perdones, llamó a un criado para que llevase los alforjes a la cuadra.

El señor Pero León seguía jurando y maldiciendo y pedía la mejor habitación de la posada y una comida abundante con el mejor vino.

Entre tanto, el señor Cornejo decía para sí:

—¿Para qué han venido a Burgos? ¿Suechan a ver? No lo sé, pero si tengo la seguridad de que por muy pícaro no han emprendido este viaje.

De todas maneras era muy desagradable para Cornejo la presencia de los dos adversarios de la

viuda, y le pareció bien volverse a su habitación para desatenderse y reflexionar.

En la inmediata se instalaron nuestros dos amigos, y ya porque no tuviesen que hacer ~~entonces~~ otra cosa, o para complacer al señor Peto Lete, ocupáronse ante todo en comer.

Ya lo vemos, Luis era siempre el mismo, no ~~de~~ cansaba ni podía descansar, pues había nacido para la lucha y le era preciso estar siempre en movimiento.

Después de meditar, haciendo toda clase de suposiciones, el señor Pablo Cornejo comprendió la necesidad de decir a la princesa que sus enemigos se encontraban en Burgos: pero no podía darle la noticia hasta las doce de la noche, y por consiguiente le era preciso dilatar su viaje hasta el día.

Por de pronto y para seguir representando su papel, parecióle bien ir al convento a recoger las instrucciones de la dama, evitando así que se hicieran comentarios por no haberse presentado.

—Bien—dijo el señor Pablo, disponiéndose en vez a salir—; este asunto se complica; pero no retrocederé porque se trata de mi porvenir, y estoy firmemente resuelto a salir para siempre de ~~esta~~ o acabar de una vez con esta pleista vida. Ahora nada puedo hacer, y mientras ellos comen iré al monasterio.

Saló el criminal de la posada.

Lo mismo que el día anterior, cuando llegó al monasterio fué introducido en el Incurtano, ~~como~~ se presentó la ilustre viuda seguida por dos monjes y diciendo:

—Señor Cornejo, no esperaba veros hoy y ~~de~~ un papel para que os lo entregasen.

—Ni yo pensaba haberos molestado; pero ~~como~~ de encontrarme con un amigo de mi padre, que es el cielo está, y me ha suplicado que me ~~devenga~~ hasta mañana, porque necesita de mí. Es para a quien mi familia debe muchos favores, y ~~como~~ soy agradecido, me alegraría mucho poder complacerlo.

—Nadie os lo estorba — respondió la princesa

mentras fijaba en el hidalgo una mirada escudriñadora.

Se arrugó el entrecejo del criminal, y con esto pudo decir que la situación se complicaba.

La viuda comprendió perfectamente, y también a frente se contrajo.

—Señora, soy vuestro criado, y nada debo hacer de vuestra licencia.

—Es verdad, pero...

—Os dije que hoy mismo emprendería mi viaje, y mi obligación era venir para deciros lo que me pasa.

—Mucho me agrada veros tan respetuoso.

—Es mi obligación, señora.

—Pues licencia tenéis para deteneros todo el tiempo que sea menester.

—Sois muy bondadosa.

—De todas maneras, un día más o menos no tiene ninguna importancia.

—Soy vuestro más fiel servidor.

—El cielo os proteja, señor Cornejo.

Saló el hidalgo.

Entonces tuvo lugar un incidente que le pareció muy desagradable.

Cuando daba los primeros pasos fuera del monasterio, se le puso delante un hombre que le miró de pies a cabeza, soltó una ruidosa carcajada y exclamó:

—¡Cuernos de Lucifer!

—¡Ah!...

—¡Mil rayos!...

—¡Oh!...

—¡Vos aquí!...

—Yo... sí.

—Ya lo veo.

—¿Vos.

—Viéndome estáis.

—¿Qué n había de creer que andabais por esta parte?

—¡Puego de Satanás!... ¿Y quien nobis de suponer que vos estabais de visita en un convento? ¿Os ocupáis de seducir a alguna pobre monja? ¿Os habéis hecho beato y habéis venido a rezar?... Luego esto último no puede ser, porque no salís

de la iglesia, sino del convento... ¡Rayos!... ¿Qué os sucede?... Estáis como aturdido... No soy ningún fantasma, sino vuestro amigo Pero Leta. Hace ya mucho tiempo que no nos hemos visto. ¿A qué os ocupáis? ¿Para qué habéis venido a esta casa?

La sorpresa siempre aturde, y aturdido se sintió el señor Cornejo.

—¿Qué debo contestar?

—¿Cómo justificaría su presencia en aquel sitio?

—¿Y por qué el capitán se encontraba allí?

—¿Y el paje?

Las vacilaciones daban lugar a sospechas, y comprendiéndolo así el señor Cornejo, respondió con cuanta prontitud le fué posible.

—He venido para hacer un encargo bien desagradable. Hay aquí una monja pariente de un amigo mío, o más bien amigo de mi difunto padre, y está enferma, y como él no ha recibido noticias hace bastante tiempo y le interesa mucho la salud de la monja...

—Entiendo. Habéis venido a preguntar.

—Sí.

—Y como sois tan buen amigo de vuestros amigos, os habéis tomado la molestia de hacer un viaje...

—Porque me pagan bien.

—¿Habéis cambiado de fortuna?—preguntó el capitán mientras examinaba atentamente la repulsa de su amigo.

—Ahora no puedo quejarme de la fortuna.

—Yo tampoco, y os lo participo para vuestra satisfacción.

—¿En qué os ocupáis?

—Me aturro, porque nada tengo que hacer; pero muy pronto el rey me dará el mando de un regimiento.

—¡El mando de un regimiento!...

—¿Os parece que no merezco tanto?

—Y mucho más.

—Entonces...

—Pero bien sabéis que los merecimientos de nada sirven.

—Cuento con la influencia de Estada.

—¡Señor Pero León!...

—No lo toméis a broma, porque es la verdad que el mismo diablo me protege.

—No lo entiendo.

—Pues qué, ¿no tenéis noticias de que hay un hombre que le llaman el diablo?

—Sí, el de la capa blanca.

—Pues hace siete años que estoy a su servicio; me he trabajado mucho, hemos hecho diabluras a su poder, y ahora nos toca pasar buena vida, porque ya la misión de ese diablo ha concluido; hemos ganado la batalla, hemos triunfado.

—¿Supongo a comprender, y supongo que habéis venido a Burgos...

—Porque algo tiene que hacer aquí mi amigo y señor, el illustre Batallas. ¿Acaso ignoráis que en este punto retirado se encuentra doña Ana de Menéndez?

—Algo he oído decir de eso.

—Nos volveremos muy pronto a Madrid.

—¿Cuándo?

—Tal vez hoy mismo.

—¿Mañana o pasado.

—¿Dónde tenéis vuestra vivienda?

—En la posada de San José.

—Viva Dios!... Allí estamos nosotros también.

—Sois muy afortunado.

—Luego os presentaré a mi amigo, si queréis venir en nuestra compañía unas cuantas botellas.

—Mucho me honrará.

—Sois siempre el mismo.

—Sí, también.

—Y os ofrezco protección.

—¡Por Dios vivo!—exclamó el señor Gornajo, que se había desaturdido completamente—. Sois el mejor amigo del mundo.

—Si os decidís a cambiar de vida, emplearé toda mi influencia para que os nombren capitán.

—¿Capitán yo!...

—Ni más ni menos.

—Hace un mes llévian sobre mí todas las desgracias, y ahora...

—Cuando empiece a soplar el viento de la for-

tura, no tenemos que hacer más que dejarnos llevar.

—Puesto que con tan buena voluntad me ofrecéis vuestra protección...

—Ya lo he dicho.

—Probablemente aceptaré.

—Pues hablaremos más despacio.

—Bien, luego nos veremos en la posada.

No quiso el señor Cornejo continuar aquella conversación, y, despidiéndose de su amigo, se alejó y desapareció.

—¡Tripas de Lucifer!—exclamó el capitán, en tanto que de sus ojos se escapaban dos centellas... ¿Qué hace este bribón por aquí? Creo que nada en lo que dico de esa monja enferma, pues si hace verdad, no tenía para qué turbarse. ¿Estará en relaciones con nuestra enemiga? ¿Ocupará el lugar que ocupó el señor Antonio de Mena? Pronto le averiguará el señor Luis, y, si no me equivoco... ¡Mil rayos!...

No hizo más comentarios el capitán.

Empezó a pastarce.

Media hora después salió del monasterio el antiguo paje.

El señor Pero León le preguntó:

—¿Habéis visto a la abadesa?

—Sí.

—¿Y qué os ha dicho?

—No hay novedad, pues nada se ha ocurrido que sea digno de tomarse en consideración.

—¡Rayos y truenos!

—Pero no me hago ilusiones...

—¡Fuego de Satanás!

—¿Qué os sucede?

—¡Dios de Dios!...

—¿Por qué os enfadáis así?

—Escuchad.

—Pues os escucho.

—Hay en Madrid un bribón que se llama Pacho Cornejo; es burlaigo, tiene talento y no es en ningún modo despreciable.

—¿Y bien?

—Acabo de encontrarle... Salla del convento y... ¡vive Dios!... hace pocos días que estaba me

de muerto de hambre y cubierto de harapos, y
estaba muy bien vestido.

—Y qué tenía que hacer aquí?

—Dice que le ha enviado un amigo de su padre
a preguntar por la salud de una monja que es
enferma.

—¿Y sospecháis...

—Que ha substituido al hijo que murió despa-
jado. Se tiró al agua, no quiso ir a respon-
der a su familia, y... ¡pobrecito!...
¡muerto para estos entredos, ya lo sabéis! ¡pobre cosa!

—Necesito ver a esa hermana.

—Aun todo, debía averiguar si era el hijo de su
monja gravemente enferma, y cuando así, pre-
guntar cómo se llama, y...

—Basta, basta—interrumpió Luca.

Y reanudó, volvió al convento y pidió otra
vez permiso por la superiora, para llevar una ad-
quisición que había olvidado.

No encontró ningún Monacito.

—Reverenda madre—dijo Luca a la superiora—
quiero saber si alguna de las religiosas está en-
ferma.

—A Dios gracias, todas disfrutan de perfecta
salud.

—¿Oh!...

—Por que me preguntáis eso?

—Hace poco ha entrado un hombre en esta con-
tencia.

—El criado de la princesa, ya os lo dije.

—¿El señor Pablo Carneja!...

—E, me parece que ese es el nombre que me
ha dicho.

—Es un miserable como el señor Antonio de
Mora.

—¿Dios bendito!...

—Os engañan, reverenda madre, abusar de vues-
tra buena fe.

—Pero esto es horrible, insostenible—dijo la su-
periora—. ¿Cómo hubiera podido admitir que ese
hombre era un intrigante? Os diré lo que ha suce-
dido y os convenceréis de que no hay defensa po-
sible contra tales intrigas. La princesa escribió a
uno de sus criados...

—A Gineés, ¿no es verdad?

—Sí.

—Es un asesino.

—¡Horror!

—Proseguid.

—Le encargaba que buscara un hombre inteligente y honrado para que se encargara de los asuntos de mayor interés, lo cual nada de particular tenía, y, por consiguiente, dejé correr la cosa.

—Hicisteis muy bien.

—Luego se presentó este tal Cornejo, y no habió con la princesa nada que diese motivo para sospechar.

—¿Cuándo vino?

—Ayer, y hoy ha vuelto para recoger las instrucciones de su señora y decirle que desaba por permanecer en Burgos un día más con el fin de complacer a un portante a quien debe muchos favores.

—¿Y nada más?

—Nada.

—Reverenda madre, recordad bien, pues los detalles tienen mucha importancia.

—Repuso que nada más.

Luis inclinó la cabeza y reflexionó.

—Esta bien—dijo después de algunos minutos.

—¿Qué debo hacer?

—Dejadlos, como si nada comprendieseis.

—Señor hidalgo, me parece que no es para echar sobre mí la responsabilidad de esos tiempos horribles, y os suplico que habléis con su majestad para que adopte la resolución que mejor le parezca. ¿No estaría doña Ana de Mendoza mejor guardada en un castillo? Su presencia turba la paz de esta santa mansión, y me veo obligada a ocuparme del mundo cuando no quiero ni darme por ella que en Dios. Además, lo que está sucediendo, puede servir de ejemplo pernicioso para mostrar lo malos en Cristo, y las consecuencias...

—Tranquilizaos.

—¿Que me tranquilice!...

—En este recinto sólo tanto como el rey.

—Ya lo sé.

—Doña Ana de Mendoza está sometida a vuestra autoridad, y, por consiguiente, vos podéis...

en la determinación que mejor os parezca. Si el ejemplo es malo, ejemplar puede ser el castigo. No es posible que su majestad se decida a promulgar un edicto, encerrando en un calabozo a la dulce princesa de Eboli, pues si bien es verdad que ha cometido muchos crímenes, son éstos de tal naturaleza, que no pueden hacerse públicos.

La anciana exhaló un suspiro.

El paje prosiguió diciendo:

—Reverenda madre, no os olvidéis de que vuestra autoridad no tiene límites.

—Yo lo olvido.

—Esa mujer pecadora ha sido puesta a vuestra disposición.

—Pero es el caso...

—Yo no soy más que un auxiliar vuestro, ni otra cosa es tampoco el mismo rey, pues ante todo debemos respetar vuestros derechos.

—Entonces...

—Cumplid vuestro deber, y cuando dudéis, preguntad a vuestra conciencia, pues no al mundo, no a Dios, habéis de dar cuenta de vuestro proceder.

—Tenéis razón—dijo la anciana después de algunos momentos—. Quizá he sido dura; pero ya lo sé.

El paje había conseguido cuanto entonces deseaba, y despidiéndose, salió.

Entre tanto, el señor Pablo Cornejo aprovechaba el tiempo y escribía la siguiente carta:

"Quines: Al salir del convento me encontré con el pakillo Pero León, que ha venido en compañía del diablo. Creo que sospechan, y que al volver a verdad harán algo que nos desagrade. Te lo advierto para que decidas lo que mejor te parezca.

"Yo no emprenderé mi viaje hasta mañana al mediodía, por lo que me es absolutamente preciso pasar la noche en esta población."

En una palabra más contenía la carta.

Después de escribirla, el hidalgo llamó al ocajero y le dijo:

—Tengo necesidad de un hombre que me acompañe a

caballo y vaya corriendo a Madrid para entregar una carta.

—No es imposible, respondió el huésped.

—Pagare con largueza.

—Entonces, todo se arreglará.

—Si es preciso revelar un par de estallos, yo se revientan.

—Entiendo.

—El mensajero ha de partir inmediatamente.

—Cuenta con un correo listo.

—Para aquí está el correo. ¿Algun dinero a cuenta—dijo el hidalgo, poniendo sobre la mesa algunas monedas de oro.

El dinero ha sido siempre el rey del mundo, y medio de aisnar todos los obstáculos, y el poder se mostrará activo, fiel y hasta inteligente.

Antes de que transcurriese un cuarto de hora, el mensajero partía, y suponemos que la carta llegaría pronto a su destino.

Otros quince minutos pasaron, y Luis y el capitán volvieron a la posada.

CAPÍTULO XXVII.

El hidalgo empieza a temblar

El señor Pablo Cornejo se había desahogado ya, había recobrado por completo la calma, y por consiguiente, era otra vez el serio astuto, el hidalgo intrigante que podía competir con el más terrible adversario.

Al atravesar el corredor el señor Peto León empezó a gritar:

—¡Cien millones!... ¿Dónde os habéis metido señor Cornejo?... Venid, que os aguardo con un par de botellas y algo más, si es que tenéis el estómago tan bueno y la cabeza tan firme como en otro tiempo.

Abrióse una puerta y asomó el rostro del señor Pablo, que sonreía pícaramente, y que dijo:

—¿Por qué alborotáis así?... No es menester que

para que yo acuda, y... ¡Ah?... Supongo que es señor hidalgo que os acompaña...

—Es mi amigo.

—El gran hombre...

—El mismo Satanás.

—Mucho me honraré si mi amistad acepta.

—Con la mejor voluntad del mundo os la ofrezco Luis, tomando parte en la conversación.

—Gracias, señor Luis.

—Entrad en nuestro aposento, nos haréis compañía y puesto que sois buen bebedor, según ha dicho el capitán, remojaremos los labios y comemos algunas magras o lo mejor que tenga nuestro huésped.

—Aceptaré, a condición de que esta noche cenéis conmigo.

—Es justa correspondencia.

—Estoy, pues, a vuestra disposición.

Mientras Luis hablaba, había examinado muy atentamente el semblante del señor Cornejo.

A los pocos minutos sentábanse los tres alrededor de una mesa donde el huésped dejó el vino, el jamón y unas aceitunas muy bien aderezadas.

Ante todo se llenaron los vasos, diciendo el capitán:

—Principiemos por limpiar el tragadero, por si necesitamos algunas telarañas.

Bebieron, brindando mutuamente por su salud y felicidad, y después de engullir algunas aceitunas y un trozo de jamón, dieron principio a la conversación que para todos presentaba grandes dificultades.

—¿Esperaba Luis engañar al señor Cornejo?

—¿Se había hecho éste la ilusión de que podía engañar a aquel?

No, y, sin embargo, ambos pensaban que podía ser muy provechosa aquella entrevista.

El paje había trazado su plan, y se contentaba en satisfacer su amor propio, probando que no era un hombre vulgar.

En cuanto al señor Pero León, nada declinaba, pues creía que ya había hecho bastante, y su único propósito consistía en beber mucho, para dar-

mir luego hasta la hora en que fuese preciso ponerse en movimiento.

Después de algunas frases sin importancia, dijo Luis:

—Bendigo la casualidad que me ha proporcionado el gusto de conoceros.

—Yo también—respondió el señor Pablo—. pues es mucho honor y mucha fortuna la de ser amigo de un hombre como vos, cuya importancia envía hasta los magnates más poderosos.

—Esa importancia me ha costado mucho, y a que la envidia no sabe lo que se hace.

—Ciertamente, habéis tenido que sostener una lucha que apenas se concibo; habéis arriesgado mil veces la existencia, y milagrosamente os habéis salvado; pero, ¿y la satisfacción que ahora debéis experimentar? ¿Y los gozos que os esperan? ¿Habéis triunfado, ya nada tenéis que temer...

—Os equivocáis, señor Cornejo, pues no solamente no ha terminado la lucha, sino que es mucho más difícil y más peligrosa, y esto no es posible que se os oculte.

—Pues confieso mi torpeza.

—¿Acaso creéis que ya he triunfado definitivamente?

—Me parece que sí.

—¿Y en qué os fundáis?

—¡Túenos!—exclamó el capitán—. Os olvidáis del jamón, y hasta del vino.

—Razón tenéis.

Volvieron a vaciar los vasos.

—Esto no es nada para hombres como nosotros.

—Pues brindemos—respondió el señor Pablo.

—Por la salud de la princesa de Ebo! —dijo Luis.

—¡Mil legiones!... Yo brindo por Satanás.

—Y yo por mi fortuna, que me ha proporcionado tan buena compañía.

—Mejor la tuvisteis esta mañana—dijo el príncipe.

—No, por cierto—replicó el señor Pablo.

—Pues en el convento...

—No he conseguido ver más que a una vieja horrible.

Luis soltó una carcajada burlona.

—¡Higados de Lucifer!—exclamó el capitán.

—¿Por qué os reís?—preguntó el señor Cornejo.

—Porque llamáis vieja a doña Ana de Mendoza.

—Os advierto que...

—Bebamos, bebamos.

—¡Puede de Dios!...

—Me aturdis...

—Tomad el vaso, variadlo y escuchad...

—Obedezco—dijo el señor Pablo.

Y cuando debió, apoyó los brazos en la mesa y
le miraba en Luis.

Entonces, y después de algunos momentos,
dijo:

—Señor Cornejo, suponed que cuando hemos en-
trado aquí tenía yo puesto un antifaz.

—Lo supongo, porque lo deseáis.

—Y suponed que el antifaz me molesta y ahora
me lo quito.

—¿Y qué más?

—Lo que es consiguiente, lo que se cae de su pe-
so, como suele decirse.

—Otra vez confieso mi torpeza.

—Desde el momento que me quito el antifaz, me
presento tal cual soy.

—¿Pues qué, antes habéis fingido?

—No; pero tampoco os he dejado ver lo más
interesante para vos, y vais a tener la prueba.

—No os parecéis a ningún hombre.

—Eso lo diréis con más razón dentro de algunos
minutos.

—Vednos.

—¿No sabéis para qué he venido a Burgos?

—Lo sospecho.

—Para averiguar lo que hace y lo que piensa
doña Ana de Mendoza, pues la lucha, como antes
os dije, no ha terminado, sino que está en su pun-
to más interesante, y de lo que ahora sucede de-
pende el triunfo definitivo, el verdadero triunfo.

No sabía el señor Cornejo en qué sentido con-
testar; para no comprometerse, guardó silencio, lle-
vó su vaso y bebió.

Luis prosiguió diciendo:

—La princesa de Eboli no puede perdonarme, y
ahora me aborrece más que nunca.

—Me parece natural.

—Tampoco ha de resignarse a pasar el resto de su vida encerrada en una celda.

—Todos amamos la libertad.

—Si no tiene muchos amigos, tiene mucho ~~caro~~ ^{caro}, y su gran inteligencia y su habilidad para ~~de~~ ^{de} las intrigas.

—¿Y qué me importa todo eso?

—Mucho.

—Perdonad, pero os equivocáis.

—Seguid escuchando, señor Cornejo, que ~~sep~~ ^{sep}remos muy pronto a lo que más os interesa.

—Escucho, pues.

—Doña Ana de Mendoza se prepara para ~~salir~~ ^{salir} de su encierro.

—Es posible.

—Y, además, busca el medio de nascinarme.

—¿Señor Luis!...

—Ni más ni menos.

—No conozco de esas intrigas más que la superficie, puesto que no sé más que lo que sabe todo el mundo.

—Es bastante.

—Sin embargo, me parece que exageráis porque después de lo que ha sucedido, doña Ana de ~~Men~~ ^{Men}daza debe contentarse con recobrar la libertad dejando al tiempo y a la ocasión lo demás que ~~os~~ ^{os} sea para que su amor propio quede satisfecho.

—Señor Pablo, si yo me he quitado el antifaz ¿por qué vos no hacéis lo mismo? ¿Araso tenéis miedo?

—¡Cuernos de Lucifer! exclamó Pero ~~le~~ ^{le}mientras llenaba su vaso—. Eso está bien dicho ¿Por qué no os quitáis el antifaz, señor Cornejo? ¡Mil rayos! ¿Habéis creído que se nos engaña ~~en~~ ^{en} facilidad? Ya habéis visto nuestra franqueza. Hemos venido a Burgos para saber lo que la plaza hacía, y ya lo sabemos, y os diremos también ~~lo~~ ^{lo} qué pensamos hacer nosotros.

—Dudáis de mi buena fe...

—Dudamos, porque sabemos que habéis ~~de~~ ^{de} las Huelgas como criado de doña Ana de ~~Men~~ ^{Men}daza y ayer la visteis ~~y~~ ^y, hoy también, y habéis ~~de~~ ^{de}

—No puedo permanecer en Burgos un día más de lo que me permitís, y...

—Señor Pero...

—¡Vive Dios!... No hay ninguna monja enferma ni de la salud de ninguna os habéis ocupado. Aparte de la señora Ana de Mendoza, esta es la verdad, para este negocio os ha buscado el miserable Gil y os han ofrecido montones de oro.

Convencióse el señor Cornejo de que era completamente inútil negar, y guardando silencio, volvió a beber su vaso.

Los saboreaba el vino y sonreía burlonamente.

—Somos adversarios—añadió el capitán—; pero podemos ser buenos amigos. Trabajad, haced cuanto os sea posible para aniquilarnos; pero no olvidéis que al señor Antonio de Mena le costó la vida su temerario empeño, y que nos hemos burlado de todo el mundo, hasta de un fraile, que es el más temible de los enemigos. ¡Mil rayos!... Mucho me he visto obligado a romperos el pellejo; pero a su precio, lo haré.

—Señor Cornejo—dijo Luis—, os habéis metido en mal negocio, y os lo advierto lealmente para que no tengáis derecho a decir que habéis pecado por ignorancia. Ahora reflexionad y decidid. Yo no os ofrezco montones de oro, sino solamente mi amistad.

—Por quien soy que me ponéis en grandísimo apuro!—dijo por fin el señor Pablo—. Puesto que es preciso quitarse el disfraz, me lo quito.

—Así me agrada.

—Llegué al último grado de la perdición, de la miseria, me moría de hambre...

—¡Vive el cielo! ¿Por qué no habéis acudido a mí?

—Ya hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—Pues ahora nos vemos.

—Me comprometí, acepté y... no, no puedo remediar.

—¿Quién os lo estorba?

—Primeramente mi conciencia, pues a pesar de que soy un desalmado, no olvido que nací en noble casa, y cuando doy una palabra la cumplo.

—Y además de vuestra conciencia, tenéis el torbo de Ginés, ¿no es verdad?

—Algo; pero eso no me deliene tanto como la palabra.

—¿Esperáis triunfar?

—Haré lo posible.

—Señor Cornejo — dijo Luis —, a nada quiero obligaros, aunque nada me sería más fácil que hacer que aboar mismo os encerrasen en un calabozo.

—¡Oh!...

—Pero os dejo en completa libertad. Pensad bien y si os decidís a abandonar a la princesa, esta noche cenaremos juntos, y mañana temprano os volveremos a Madrid.

—Imposible.

—Pues entonces no volveremos a vernos sino cuando la casualidad o las circunstancias os reúnan.

—Tendré paciencia.

La alegría desapareció del semblante del señor Pablo Cornejo.

Quedó pensativo y desde aquel instante fueron muy pocas las palabras que pronunció.

Media hora después se dispuso a salir.

El paje le dijo:

—Si no queréis abandonar a doña Ana de Mendoza, aprovechad desde esta noche cuantas ocasiones se os presenten para contrariarlos o hacernos mal en la inteligencia de que nosotros haremos lo mismo con respecto a vos.

—No olvidaré el consejo.

—Esperaremos hasta las ocho y media.

El hidalgo salió muy preocupado.

No estaba tranquilo, y la verdad es que motivos sobrados tenía para abrigar temores.

Cuando vió al paje, comprendió que ésta villa murcho.

De buena gana hubiera abandonado el señor Cornejo a doña Ana de Mendoza, poniéndose bajo la protección de Luis; pero tuvo miedo a la venganza de Ginés.

El capitán Pero León ocupóse en apurar el vino que quedaba, y Luis empezó a reflexionar y a an-

—¡Pues, porque deseaba hacer desde luego una fiesta.

—¿Que opináis de esto?—preguntó el capitán cuando acabó de beber.

—Que tenemos la ventaja de conocer al nuevo general, lo cual es una gran fortuna.

—Acabará por ser nuestro amigo.

—Pronto se desvanecerá esa esperanza.

—Nosotros le ofrecemos más que la princesa, y menos peligro.

—No es bastante.

—Veremos.

—Si habéis de dormir hacedlo ahora, porque esta noche tendremos ocupación.

—Si cenar con el señor Pablo Cornejo.

—Os equivocáis, porque habremos de darle un paseo.

—Pues qué intentáis?

—No puedo decirlo, porque aun tengo que preparar mi plan.

—Y qué hacéis mientras duermo?

—Cenaré.

El capitán se dejó caer en una de las camas que había en el aposento, y casi inmediatamente se quedó dormido.

CAPITULO XCIX

Empieza Luis a trabajar

La noche cerró.

El buen capitán se restregó los ojos, estiró los brazos, se levantó y se incorporó en el lecho, fijando la vista en Luis, que estaba sentado y con los brazos apoyados en una mesa.

No había en la habitación más luz que la del velador que pocos minutos antes había llevado el portero.

—¡Buenos!—exclamó el capitán, mientras se pasaba las manos por la frente—. Debo haber dormido mucho ¿Qué hora es?... Muy tarde, si he de dar

crédito a mis tripas, que se revuelven y piden a gritos algo que no sea el aire que las llena.

—Aun es temprano—dijo Luis.

—¿No ha vuelto mi amigo Cornejo?

—Ni volverá.

—Peor para él.

—Ya os dije que tiene miedo a Giné.

—¿Y no teme que yo le refuerza el pescuezo?

—Vos no sois un asesino.

—Es verdad... ¡Dios de Dios!... Pero frente a frente y en buena lid, bien puedo ensartarlo.

—Ese caso no puede llegar, y bien lo sabe el pobre hidalgo.

—Cornejo es un estúpido, no lo dudéis; se le presenta una fortuna y le vuelve la espalda, ¡Pago de Satanás!... No tiene derecho a quejarse.

—Déjadlo, que no ha de tardar en arrepentirse.

—¿Qué pensáis hacer?

—Algo que os divierta y desagrade mucho a nuestro amigo.

—Es decir, que tendremos broma...

—Me parece que sí.

—¡Vive el cielo!—exclamó entusiasmado el capitán, mientras saltaba del lecho— Explicad, señor Luis, y si bien os parece, y puesto que no debemos esperar al señor Pablo, pediremos la cena para fortificar el estómago, pues ya sabéis que cuando tengo hambre no sirvo para nada.

—Cenaremos más tarde, cuando ya no pueda dudarse de que no ha de acompañarnos nuestro amigo.

—Tendré paciencia.

—Además, me conviene hablar con el posadero y no ha de ser ahora mismo.

—Obedezco como es mi obligación.

Hablaron el paje y el capitán, dando el primer explicaciones sobre lo que había proyectado y el paje les pagaron el tiempo hasta que dieron las nueve.

Ya podían estar completamente seguros de que no iría el señor Pablo Cornejo.

—Cenemos ahora—dijo Luis.

Pero León se asomó a la puerta, y jurando y amenazando según costumbre, llamó al posadero que acudió presurosamente, porque sabía que,

era tan peligroso no obedecer con prontitud al capitán, le convenía mostrarse atento y respetuoso a Lucas, que pagaba con mucha largueza.

En Lucas un posadero como casi todos, indolente, charlatán, hipócrita, embustero y sin más que su conveniencia de modo que todo se resolvía de él con el dinero.

—La cena, pronto y bien servida—le dijo el capitán.

Despidió al huésped a salir, pero lo detuvo el paje diciéndole:

—¿Ha cenado ya el señor Pablo Cornejo?

—Cuando está; pero con él se entiende Bartolomé, porque yo no tengo para qué servirlo.

—Está bien.

—¿He de decirle algo?

—Si siquiera verlo.

Hizo Lucas una reverencia y salió, volviendo poco después con la cena.

Ante todo comieron nuestros amigos, y luego el capitán detuvo al posadero, diciéndole:

—Escuchadme con atención, respondedme con verdad, y sobre todo, cuidad de no mentir, porque...

—¡Fayos y truenos! —interrumpió el capitán—. Como ha de mentir nuestro huésped si no tiene miedo de que le arranque la lengua?

—Señores...

—Ya me conocéis, mase Lucas, y ¡por las narices de Satanás!, que si os atrevéis a engañarme...

—Dios me libre.

—Y si nos dejáis complacidos. Mirad—repuso el paje, sacando algunas monedas de oro y echándolas en el plato de que acababa de servirse—, para vos y aun más.

—¡Oh!—exclamó el posadero, cuyos ojos brillaban con el fuego de la codicia.

—¿Habéis entendido?

—Perfectamente; pero es advertido que para servir con lealtad no es menester que me ofrezcáis dinero.

—Lo tomareis, porque así es de mi agrado.

—Gracias...

—Escuchad.

—Escucho con el respeto que merecen personas tan ilustres.

—¿Cuánto tiempo hace que está en vuestra posada el señor Pablo Cornejo?

—Diez días.

—¿En qué se ha ocupado?

—Entraba, salía, comía y... nada más.

—¿Nadie lo visitaba?

—Una sola persona vino a buscarlo hace tres días.

—¿Quién era?—preguntó Luis, fijando una mirada escudriñadora en el posadero.

Este vaciló, como si no quisiera contestar inmediatamente.

—¡Truenos!—gritó el capitán—. Os olvidáis de lo que os hemos dicho... Responded.

—Caballero...

—¡Por el rabo de Lucifer!... Os parecerían muy bien las monedas; pero...

—Me aturdis... No ha sido mi intención...

—Acabad.

—La persona que viene a ver al señor Pablo Cornejo es un pobre diablo a quien apenas conozco.

—Un bribón.

—Eso dicen algunos.

—¿Y qué clase de relaciones tienen?

—No lo sé.

—Mentís—replicó el paje con breve acento.

—Sí—repuso el capitán, poniéndose en pie—, mentís, sois un bellaco, y como no toloero que nadie se burle de mí, ahora mismo os arrancaré la lengua y con ella os azotaré para escarmiento de bribones.

Era terriblemente amenazador el aspecto del capitán.

Tembló el posadero y retrocedió mientras decía:

—No miento...

—¡Villano!...

—Diciendo todo lo que sé, todo lo que por casualidad he averiguado, cumplo, y nada más podéis exigirme.

—Tampoco deseo otra cosa.

—Entonces...

—Hablad, hablad—dijo el señor Pero, asiendo

por el brazo al huésped y sacudiéndolo sin com-

—¿No me dejáis.

—Sentaos, capitán.

—¡Rayos del infierno!

—Ya os escucho, maese Lucas.

—Pues bien, ese hombre, a quien se le conoce

en Burgos por el apodo de "Cucaracha", ha ayu-

da al señor Cornejo a escalar las tapas del con-

vento de las Huelgas. Primeramente se sirvieron

una escalera de mano; pero después lo han

mejorado mejor, haciendo en la pared algunas hien-

das donde pueden apoyar los pies y las manos.

—Y qué más?

—Es cuanto sabe "Cucaracha", porque otra cosa

no le ha dicho, y como le han pagado generosa-

mente no se ha metido en más. Supone que el se-

ñor Cornejo está enamorado de alguna monja o

cosa; pero esto no es más que una suposición.

—¿A qué hora iba al convento?

—A las doce de la noche.

—Y ya no entiende en el asunto el tal "Cuca-

cha"?

—No, porque nada más tiene que hacer.

—Proseguid.

—Es cuanto sé.

—Necesito conocer el sitio por dónde han esca-

lado las tapas.

—Me parece que buscando se encontrarán las

tablas.

—De día sí; pero no de noche.

—¿El esperáis hasta mañana...

—No puede ser.

—Pues ahora...

—Me entenderé con ese otro bribón, y vos iréis

a buscarlo, y lo traeréis sin que se aprecie al señor

señor Cornejo, y haciéndole las advertencias con-

venientes.

—Pensad que...

—Es preciso — interrumpió Luis con imperioso

gesto.

Y sacó otras dos monedas y las echó en el plato.

No era posible resistir a razonamientos seme-

jantes.

El huésped tomó el dinero, y dijo:

—En cuerpo y alma soy de vuestra merced.

—Lo veremos.

—Aunque parezca torpe, no lo soy, y bien comprendo lo que necesitáis y debo hacer.

—Supongo que el tal "Cucaracha"...

—A todo lo encontraréis dispuesto si le pagáis tan generosamente como a mí.

—Pues, aguardamos.

El posadero salió, frotándose las manos y dejando ver en su semblante la más viva alegría.

Media hora después el paje se entendía con el llamado "Cucaracha", que era un miserable por el estilo de Ginés.

No hubo ninguna dificultad para que quedasen de acuerdo.

Luego salieron de la posada.

Entre tanto el señor Cornejo permanecía en su habitación y seguía reflexionando mientras llegaba la hora de ir al convento.

No había sospechado que se le preparaba un golpe terrible, y creía que cuando llegase a Madrid sería cuando habría de guardarse de Luis y del capitán.

Estos reconocieron detenidamente el sitio por donde aquel se introducía en la huerta, y siempre acompañados por "Cucaracha", ocultáronse en sitio conveniente para poder observar sin ser vistos.

El paje había trazado su plan como los traza todos, y no había olvidado ningún detalle.

El señor Pero León gozaba anticipadamente con la idea de lo que haría sufrir a su amigo Cornejo.

Las horas pasaron.

A las once y media salió de su aposento el señor Pablo, y preguntó al huésped:

—¿Y mis amigos?

—Supongo que duermen, pues desde que cesaron no han vuelto a llamar.

—Sin embargo, es posible que pregunten por mí.

—Les diré que habéis salido...

—No, ¡vive el cielo!

—Espero vuestras órdenes.

—Responderéis que estoy durmiendo.

—Descuidad.

—Y si cometéis alguna torpeza...

—Es imposible, porque tratándose de servir, no pronuncio una sola palabra con ligereza.

—Seréis recompensado como merecéis.

—Gracias, señor hidalgo.

—Se trata de un asunto muy grave, y si fueseis indiscreto, no solamente yo os castigaría, sino que provocaría el enojo de personas muy elevadas, y estaríais vuestra vida en una prisión.

—¡Oh!...

—Tenedlo entendido.

—No lo olvidaré.

Cornejo salió.

—¡Qué marcha bien... ¿Qué clase de intriga traerá entre manos esta gente?... Lo que me importa es el dinero que me dan.

Un silencio profundo reinó en el interior de la posada.

No menos absoluto era el silencio en la población y sus alrededores.

Cornejo, prevenido con la escala, se encaminó al célebre monasterio de las Huelgas.

CAPÍTULO C

El señor Cornejo empieza a saber lo que es el diablo

Llegó a la tapia el señor Pablo Cornejo, después miró a todos lados y escuchó.

No percibió el más leve ruido.

No distinguió ningún bullo, ni era fácil que lo distinguiese, pues la obscuridad era tan densa, como absoluto el silencio.

Nada tenía, pues, que temer.

Palpó y encontró los pequeños huecos donde debía apoyar las manos y los pies, y con la agilidad de un gato, subió, púsose a caballo sobre el mamparo y enuncho la escala, dejándola pendiente cerca la puerta.

Voltó a escuchar, porque mirar era inútil, y co-

mo siempre era el mismo el silencio, descendiendo y bien pronto se encontró en la huerta.

Al otro lado, y porque le servían de estorbo, había dejado la capa y la espada, creyendo que si que alguien pasase por allí no las vería.

Atravesó la huerta a tiempo que las doce daban, y mirando el edificio, vió que algunos rayos de luz se escapaban de una de las celdas.

Era la de doña Ana de Mendoza.

—Malas noticias le llevo—decía para sí el hidalgo—; pero paciencia habrá de tener, pues en esta clase de asuntos no todo sale a pedir de boca y es preciso luchar con muchos obstáculos, y sufrir muchas contrariedades, y digerir más de un disgusto. No estoy tranquilo, porque ese peje diabloro me infunde terror: pero ya no puedo retroceder, y he de seguir adelante hasta vencer o morir. Si triunfamos, haré mi fortuna; pero si me derrotan... ¡Oh!... No quiero pensar lo que en semejante caso ha de sucederme.

Estremecióse el hidalgo; pero hizo un esfuerza de voluntad, y desechando en cuanto pudo sus temores, siguió avanzando, detúvose, extendió los brazos y encontró la escala que ya había dejado caer la princesa.

No tanta el señor Cornejo para qué detenerse, trepó con la agilidad que le era propia, y se encontró muy pronto frente a la dama.

—¿Qué sucede? —preguntó ésta con tono que revelaba la intranquilidad.

—Algo que no deja de tener importancia; pero que no es bastante para que nos desalentemos ni mucho menos para que yo deje de servirle hasta morir.

—Explícase.

—Lo que pasa no me sorprende, pues nunca me metí la tontería de creer que habían de dejarme tranquilos, y que con ningún obstáculo tendríamos que luchar. Que son muy temibles nuestros enemigos no se me ocultaba, y ahora veo más claramente, que para habérselas con ellos se necesita de menos ingenio y talento que valor.

—No podéis alegar ignorancia, y si la empresa es difícil...

—Ni me quejo, ni me arrepiento, ni quiero dar a lo que hago más importancia de la que tiene; el aguardo que hagáis justicia a mi lealtad, no para que me recompenséis con mayor largueza, sino para que me sirva de estímulo y de satisfacción.

—El resultado final ha de ser el mejor testimonio de vuestro proceder.

—En Burgos está el paje.

—¡Oh!—exclamó doña Ana, de cuyos ojos se escaparon dos centellas.

—Y en este santo recinto lo tuvisteis esta mañana de manera que...

—Comprendo.

—Le acompañaba el capitán Pero León, que, aunque de entendimiento muy corto...

—No es menos temible.

—No pueden haber venido...

—Para observar, para vigilarme, para dar instrucciones a la abadesa...

—Eso es.

—¿Cómo lo habéis averiguado?

—Al salir esta mañana me encontré con el capitán, que esperaba a su amigo.

—¿Os conoce?

—Hace algunos años.

—Es una desgracia.

—No tiene remedio.

—Continuad.

—Me saludó, me hizo muchas preguntas y le contesté que había venido al convento, por encargo de otra persona, para preguntar por la salud de una monja.

—Ya sabrán que habéis mentido.

—Lo averiguaron muy pronto, y así me lo dijeron con toda claridad, añadiendo que lo único que yo tenía que hacer era ayudarlos a salir de vuestro cuartel y a continuar la lucha.

—¿Y entonces vos?...

—Respondí con la misma franqueza, puesto que las negativas no hablan de servir, sino para que de mí se burlasen.

—Hicisteis bien.

—Como si se tratase del asunto más sencillo, el entablado paje me ofreció su amistad, advirtiéndome...

domo que no hacía lo mismo con su boñillo ~~pero~~ no necesitaba mi auxilio, no tenía para qué ~~me~~ garme.

—Siempre el mismo — murmuró sordamente la princesa —; no se parece a ningún hombre.

—Tiene el don de adivinar, de leer los pensamientos, no lo dudéis, señora.

—Lo sé, por mi desgracia.

—Rechacé el ofrecimiento sin mostrarme decidido, y queriendo corresponder a su franqueza, manifesté mi propósito firme de luchar hasta morir.

—Se reiría de vos.

—Me miró compasivamente, porque está convencido de que ha de triunfar.

—Alguna vez ha de equivocarse.

—También el emperador triunfaba siempre; llegó un día en que la fortuna le volvió la espalda. ¿Quién sabe si yo, que soy el último infeliz, soy destinado a ser el obstáculo donde se estrelle el mancebo audaz? Con desden me mira el paje, su pensar que no hay enemigo pequeño, y él puede muy bien ser el águila; pero si Dios me da vida, juro que he de representar el papel del escarabajo.

—Ya os conocen, y esto es una desventaja; pero a pesar de todo, lucharemos.

—Me conocen, es verdad; pero no sucede lo mismo con mi amigo el italiano.

—Adelante, señor Cornejo, adelante...

—Tranquilizaos, señora.

—Gastad el oro a manos llenas.

—Cuanto sea preciso se hará.

—Creo que Ginés debería...

—Perdonad; pero no he sido descuidado hasta el punto de olvidar a Ginés, y esta mañana le escribí advirtiéndole que corría peligro y que debía ocultarse. La carta la ha llevado un hombre de su confianza, y le he mandado correr sin detenerse un minuto.

—Bien, muy bien.

—No se me oculta que lo primero que hará el paje al volver a Madrid será disponer que ~~corran~~ corran a Ginés, y como hay sobrada razón para que

—¿No haga la justicia, nos veríamos privados del tal tal auxillar.

—¿Cuándo partiréis?

—Al amanecer.

—Esperaré vuestras cartas y vuestras vistas.

—Advertida estáis ya, señora, y si prudente habéis sido hasta hoy, más prudente habéis de ser.

—Esta lucha es de disimulo, de astucia.

—Y de paciencia.

—¡Oh!... Mil veces morir antes que ceder.

—Señora, si me dais licencia me ira.

—Mucho cuidado.

—Por hoy nada temo.

—Os equivocáis si creéis que nuestros enemigos permanecerán ociosos esta noche.

—Dormidos los he dejado.

—El paje es tan peligroso cuando duerme como cuando está despierto.

—¡Bah!—dijo el señor Pablo, que aunque tenía mucho miedo, aparentaba tranquilidad—. No es tan feroz el león...

—Se trata del diablo.

—Me bañaré en agua bendita.

—Apenas lleguéis a Madrid, escribidme para que yo sepa que ninguna desgracia os ha sucedido.

—Señora, soy vuestro criado mas leal.

—Y yo quiero ser vuestra mejor amiga.

Descendió Cornejo.

Atravesó la huerta.

Ya la luna se había dejado ver.

Cuando el hidalgo llegó a la tapia, miró a uno y otro lado y murmuró:

—Este es el sitio, no me equivoco...

La escala había desaparecido.

Para que no le quedase ninguna duda, el hidalgo se inclinó, examinando el suelo, donde encontró las huellas de sus pasos.

Si aquel era el sitio, ¿por qué no estaba la escala?

Acercóse otra vez a la tapia y la miró y palpó, yendo de un lado para otro.

Densa palidez cubrió el rostro de Cornejo.

Se acordó de lo que acababa de decirle la prima. Al advertirle que el diabólico paje era quizás

más terrible cuando dormía que cuando está despierto.

¿Quién había quitado la escala?

Nadie más que Luis.

El desdichado Cornejo quedó inmóvil como una estatua.

Viósele temblar.

Para mayor desdicha encontrábase sin escape, casi sin defensa para en el caso en que fuese objeto de un ataque más peligroso que la batalla que sufriendo estaba.

No habían perdido el tiempo sus adversarios.

Después de reflexionar, se convenció de que no le quedaba más recurso que tener paciencia y buscar un sitio por donde poder salir, aprovechando algunas grietas, hendiduras o desconchados de la tapia.

Quiso hacerlo así, pero al moverse oyó una cascada barriónica.

Levantó la cabeza, y a favor de los resplandores de la luna, pudo ver a un hombre que sobre la tapia había.

La escena que entonces tuvo lugar fué muy breve, y apenas puede describirse con exactitud.

—¿Qué tal, señor hidalgo?—preguntó Luis.

—¡Por el infierno!—gritó fuera de sí el señor Pablo.

Y sintió que a su cabeza afluía toda su sangre, que le ahogaba la más reconcentrada ira.

—¿Por qué os enfadáis? ¿Acaso no os advertí lealmente para que a todas horas estuvierais prevenido?

—¡Fuego de Satanás!...

—Nada temáis, señor Cornejo, porque respetamos vuestra vida; pero si habréis de tomaros la molestia de buscar alguna traza para salir antes que amanezca y se levante el hortelano. No habéis querido ser mi amigo, y ahora es preciso que sufráis todas las consecuencias. De todas maneras, tenéis mucho que agradecerme, pues he podido sacar a la justicia para que os prendan, y a estas horas estaríais en un calabozo, no solamente como ladrón, sino como sacrilego; y si lo inquisición os quemaba, la abadesa reclamaría el uso de su

medios, y de seguro os encerraría en el "la paco".

No exageraba Luis, pues nada le hubiera sido más fácil que aniquilar al pobre hidalgo.

Es que no temblaba, era porque se sentía dominado por la cólera.

Su amor propio estaba vivamente herido, es decir, que le sucedía lo mismo que a Ginés cuando las hebras de su cabello fueron cortadas por el astuto Juan.

—¡Oh!—exclamó con voz reconcentrada el señor Cornejo—. Me parece que debería haberme dado salir y tomar mi espada, y luego, como hidalgo que somos...

—No—interrumpió el paje.

—Eso es una villanía.

—Bien se os alcanza, señor Pablo, que no puedo batirme con cada uno de los miserrables que sirven a la primera de Edo.

—Olvídalo que no soy un villano como Ginés.

—Pero sals un triton como el señor Antonio de Luna, a quien no me digné matar y dejé hasta que fué víctima de sus torpezas.

—Poned la escala, ¡vive el cielo! Dejadme salir y verémos después quién queda con vida. Así este negocio terminará más brevemente.

—¿Y qué me quedaría para divertirme?—replicó irónicamente el paje.

—¡Dios de Dios!...

—Señor Cornejo, si perdéis la calma, peor para vos.

—Bajad, si no queréis dejarme subir.

—¿Y por qué he de entrar como un lacayo, cuando puedo hacerlo por la puerta y a la vista de todo el mundo?

—Tengo mi daga, vos la vuestra. Y...

—No quiero que corra la sangre.

A este punto llegaba la conversación, cuando una persona se dejó ver sobre la tapia.

Era el capitán, que exclamó:

—¡Por los higados de Lucifer!... Apuráde mi paciencia, señor Cornejo... ¡Cien mil legiones de condenados!... Si no fuese mi obligación obedecer al señor Luis, os dejaría salir y tomar vuestra espada; pero os juro que no habéis de quedar huero.

no en vuestro cuerpo. ¿Por qué provocáis a los que valen más que vos? ¿Cuándo os habéis atrevido a ponerlos frente a mí? Y si siempre habéis tenido miedo a mis puños, ¿cómo no tembláis en presencia de mi amigo? Callad, porque si se me cae la sangre a la cabeza, bajaré, os desollaré y...

—Sí, bajad—dijo el señor Pablo, que estaba cada vez más ciego por la ira.

—¡Truenos!...

—Basta... Ya es hora de descansar—interrumpió el paje.

—Es que ese bribón...

—Vámos, vámos.

Tuvo el capitán que obedecer.

Cornejo vio que sus adversarios desaparecían, y pocos momentos después no percibió el más leve ruido.

Su situación no podía ser más crítica.

Horrorizábalo la sola idea de que lo sorprendieran en aquel sitio.

Ante todo, debía pensar en salir de la huerta.

¿No encontraría por allí una escalera de mano?

Abrigió la esperanza de que la casualidad no le negaría este recurso.

Favorecido siempre por el resplandor de la luna, empezó a recorrer la huerta.

Más de una escalera tenía el hortelano; pero las dejaba fuera de su habitación, y por consiguiente el hidalgo perdió un tiempo precioso.

Fatigado, trastornado por la ira y por el terror, volvió junto a la tapia.

No le quedaba más recurso que buscar un sitio donde las grietas y desconchados le permitieran ascender.

Anduvo de un lado para otro.

El fuego de la alegría brillaba en sus ojos cada vez que encontraba alguna pequeña concavidad.

Por fin, después de media hora de investigación, llegó a un sitio donde el escalamiento se presentaba fácil.

No vaciló el pobre hidalgo.

Empezó a subir, dando pruebas de una agilidad nada común.

Sus manos se desollaban y ensangrentaban; pero consiguió colgarse sobre el muro.

—¡Ah!—exclamó como el que acaba de salir lleno de las garras de una fiera.

Miró a su alrededor sin descubrir alma viviente. Ya había subido; pero, ¿cómo bajarla?

Ocurrióle buscar el sitio donde la tapia estaba preparada al efecto, y empezó a recortarla, siempre montado, pues de otro modo no le hubiera sido posible moverse.

Ya fuese por efecto de su turbación, o porque no conocía bastante bien aquellos sitios, no consiguió encontrar el que buscaba.

En tal apuro, midió con la mirada la elevación en que se encontraba sobre el suelo.

Dejarse caer era muy peligroso: pero mucho más peligroso era permanecer allí.

Cornejo blasfemó como un condenado.

Reflexionaba, y comprendía más y más todo lo terrible de su situación.

Le era preciso jugar el todo por el todo.

La muerte es siempre desagradable; pero mucho más en ciertos momentos y con ciertas circunstancias.

Morir de una caída, quedar allí reventado era demasiado horrible.

Se inclinó el hidalgo, palpó la terna por la parte de afuera y encontró algunas grietas y desconchados.

Si conseguía descender hasta la mitad del muro, podría luego saltar sin temor de morir.

Era un bribón; pero buen cristiano, a la manera de los fanáticos de aquella época, y encomendando su alma a Dios, empezó a descolgarse, apoyando las puntas de los pies en los pequeños huecos que encontraba.

Crédese ya en salvo, bajó algo más, y...

Resbaló, faltándole los puntos de apoyo, y dió en su cuerpo en tierra.

Exhaló un grito desgarrador.

Reviviose, quiso levantarse y no pudo.

Sin pensar que se comprometía, volvió a gritar.

Instintivamente pedía socorro.

En toz se perdía en la inmensidad del espacio.

En el centro de la población, alguien había acudido en su auxilio, pero en aquella soledad no había ningún alma noble que lo socorriese.

Sentía todo su cuerpo magullado y como si se quedase ningún hueso sin romper.

Después de algunos minutos y en virtud de sobrehumanos esfuerzos, consiguió incorporarse.

—¡Virgen santísima!...—exclamó—. Si no estoy reventado, me falta muy poco... Este brazo y este pie... Y la cabeza, y los riñones... ¡Ay!

Levantóse.

Se apoyó en la tapia.

Quiso andar y no pudo.

Si no tenía roto un pie, se le había descomulgado.

Empezó a sentir dolores insupportables en el brazo derecho.

La necesidad hace prodigios, y a pesar de los dolores y del trastorno, púsose en movimiento el señor Pablo, si bien apoyándose en la tapia y avanzando con mucha lentitud.

Lo que sufría no puede concebirse.

Le convenia callar; pero no podía dominarse y de vez en cuando exhalaba desgarradores lamentos. Tropezó y volvió a caer.

El obstáculo que había encontrado en su capa.

La recogió, echándola sobre uno de sus hombros, y tomó también su espada.

Supuso que estaban observándolo el paje y el capitán, y esto hacía doblemente horrible su sufrimiento.

Digno era de compasión.

Una hora tardó en llegar a la posada.

Apenas lo vió el posadero, exclamó:

—¡Jesús!... ¿Qué os sucede, señor Pablo?... Estáis pálido como un muerto, y os tambaleáis... ¡Dios bendito!... Tenéis sangre en las narices... ¿Pues y la ropa? Llena de lodo destrozada.

—¡Ay!...

—Venid... En lance apurado debéis haberos refrito... Y vuestra espada...

—Ayudadme.

—Como es mi obligación.

—Y corred en busca de un cirujano.

—Me parece que bien lo necesitáis.

—¡Horribles dolores!... No me toquéis este bra-

zo. Lo tengo roto... Y también una pierna, y la otra...

—Pero quién os ha puesto así?

—¡Si esdehna!... ¡Vive el cielo!...

—Os han apaleado...

—No, no.

—Entonces...

—Una caída.

—Buena ha sido.

—Milagro que he quedado con vida.

Mientras así hablaban, subieron.

Entraron en el aposento del hidalgo, que se de-

ba en el lecho.

—Voy en busca del cirujano.

—Y volved pronto porque tenéis que daros

cuenta de vuestra conducta.

—¿Qué queja tenéis de mí?

—Me habéis engañado.

—No, y mil veces no.

—Me dijisteis que esos dos miserables dormían...

—¿De quién habláis?

—¡Ah!... Ese hidalgo... Y el capitán Pero León.

Después se levantaron y salieron.

—¿Dolores!...

—¿Os habéis visto?

—Os ha saltado el velo para ponerse frente a

mi. Me han torcido un brazo y... A Dios gracias

reservo la vida. Me curaré y pagarán con creces

la maldad... ¡Cabriles!

—Cuidado, que si vuelven y el capitán os oye...

—¿Qué me importa?

—Os matarían.

—Buen Lucas, id en busca del cirujano, porque

las fuerzas me faltan... ¡Ay, ay!

El pederazo salió.

Media hora después el cirujano declaraba que

el señor Cornejo tenía el brazo derecho... y des-

pués el pie izquierdo, más de un centenar

de contusiones.

Entre tanto Luis y el capitán entraban, y el pri-

mero le preguntaba a mancebo Lucas:

—¿Cómo se encuentra el pobre señor Cornejo?

—Mal, muy mal.

—¿Y qué ha dicho?

—Que sois unos traidores, y que se las pagará.

—Debemos dejarle el triste consuelo de decir cuanto se le antoja.

—Da lástima verlo...

—No tiene derecho a quejarse, porque habíamos le advertimos lo que había de sucederle.

—Puta si lo sabía...

—Se mete en intrigas peligrosas y debe sufrir las consecuencias.

—¿Qué tenéis que mandar?

—Al amanecer ensillaréis nuestros caballos, nos despertaréis y nos daréis el almuerzo.

—¿Y si el señor Pablo me pregunta por vosotros?

—Le diréis que aquí estamos y que nos avise si desea vernos.

—Así lo haré.

Pocos minutos después nuestros dos amigos dormían con la más perfecta tranquilidad.

En cambio, el pobre Cornejo sufría horriblemente.

Pasaron las horas de aquella noche y apenas el alba sonreía, el posadero despertó a Luis y al capitán, sirviéndoles el almuerzo.

Media hora después nuestros dos amigos estaban y partían tomando el camino de Madrid.

El capitán iba muy alegre, porque se había advertido mucho la noche anterior viendo cómo su amigo se rompía los huesos y pedía socorro, sin que nadie acudiese.

En Burgos quedaban muy contentos también el posadero y "Cucarucha", porque habían sido recompensados muy largamente por Luis.

Y nosotros nos trasladáramos también a la corte sin detenernos en el camino, donde nada de particular debía suceder.

CAPITULO OL

Ginés desaparece y cambia la situación entre Ginés y Luis

Apenas se encontró en Madrid el antiguo paje y habló con sus amigos, fué al alcázar real, condescendiendo reservada y detenidamente con el notario.

Dos horas después el mismo alcalde a quien ya hemos visto en otras ocasiones, seguido por esta alcaide, se presentó en la morada de la princesa de Eob.

Acudieron presurosos los pocos criados que en la casa había, y muy respetuosamente preguntaron al severo juez qué era lo que deseaba.

—No veo entre vosotros a la persona a quien vengo — respondió el alcalde.

—Si vuestra señoría tiene la bondad de darnos más explicaciones...

—¿Dónde está Ginés?

Los sirvientes se miraron unos a otros.

—Señor alcalde — respondió la doncella—, en gran apuro nos vemos para contestar a vuestra señoría.

—¿Y por qué?

—Ayer, por la tarde, salió Ginés sin decir una palabra, y pasó la noche sin que volviere, y el día de ayer pasó, y también hoy, dando lugar a que estemos con muchísimo cuidado, pues tememos que le haya sobrevenido alguna desgracia.

El buen alcalde arrugó el entrecejo.

—Esa es la verdad—respondieron todos los criados.

—Pero una de esas verdades que no lo parecen—replicó el severo juez.

—Señor...

—Cuidado, mucho cuidado, porque la mentira puede costar muy cara.

—¿Y por qué habíamos de mentir?

—Os advierto que voy a registrar la casa hasta el último rincón.

—Bien puede hacerlo vuestra señoría, porque autoridad tiene para eso y para mucho más.

—Ya lo sé, y como mucho más puedo, si a mi disposición no queda Ginés ahora mismo, tré a dos a la cárcel y estaréis incomunicados, ¡sufriréis el tormento...

—¡Dios bendito!...

—Y así diréis lo que ahora calláis.

—Pero...

—Una cufia, dos, tres, el potro... Quanto sea necesario.

—¿Y qué hemos de decir si nada sabemos?

—Basta...

El alcalde dispuso que las puertas fuesen guardadas por dos de los alguaciles, y con los otros cuatro empezó a registrar la casa.

El trabajo era completamente inútil, pues efectivamente Ginés había desaparecido apenas recibió la carta del señor Pablo Cornejo.

Inés estaba tranquila, porque contaba con la protección de Luis; pero los demás criados temblaban.

El alcalde dudó en cuanto a la determinación que debía tomar, y al fin dispuso que quedasen allí dos corchetes con orden de no dejar salir a ninguno de los criados y apoderarse de Ginés, caso que se presentase.

Esto no lo había previsto Luis, y cuando lo supo comprendió que se le había anticipado Cornejo a cual probaba que era precursor y bastante astuto.

De la inocencia de los sirvientes no podía darse, y aquel mismo día quedaron en completa libertad.

Entonces Luis fué a ver a la doncella.

—¡Ah!—exclamó ésta apenas vió al mozo—. Mucho me alegro de verte, porque te amo; pero además...

—¿Qué tienes?

—Nada mientras tú me protejas; pero no quiero seguir pasando esta vida. Ya nada tengo que hacer en esta casa, ningún servicio puedo prestarte, ni puedo favorecer en ningún sentido a la señora señora ni al señor marqués.

—Todo eso estaría muy bien dicho si fuese exacto.

—Ha faltado muy poco para que me lieven a la cárcel.

—Amenazas que no se verán cumplidas.

—¿Ans...

—Mi querida Inés, todo se ha hecho de acuerdo conmigo.

—¿Y qué me importa si no tengo un instante de sosiego? Ha llegado el día en que ha de verse el amor es una verdad.

—Sobre ese punto hablaremos, y nuestra situación quedará tan clara, que no dé lugar a dudas.

—Tú eres un personaje, yo una pobre criada...

—Escúchame, Inés; respóndeme y luego te convenceré de que has hecho tu fortuna y vas a ser la criatura más feliz.

—Dios lo quiere.

—¿Desde cuándo no has visto al bribón de Ginés?

—Al alcalde le hemos dicho la verdad.

—¿No vino nadie a buscarle anteayer?

—Sí, un hombre con la ropa cubierta de polvo y que parecía muy fatigado.

—¿Quién era?

—Lo ignoro.

—¿Qué observaste?

—No sé más sino que le dijo que traía una carta.

—¿Y de dónde venía?

—También lo ignoro.

—¿Y cómo se arregló Ginés para leer la carta?

—Salió inmediatamente, y supuse que iba a buscar quien leyese la carta, porque no se sabía de Antonio, que pudo hacerlo.

—¿Y después?

—No lo hemos visto.

—Lo adivino todo.

—¿Y sabes dónde está Ginés?

—Oculto para que la justicia no lo atrape.

—¿Pero qué sucede ahora?

—Que la princesa quiere salir del convento.

—Eso ya lo sé.

—Y no renuncia a vengarse, es decir, que hará cuanto le sea posible para que yo pague con la vida

los disgustos que le he dado, y como también a mi señora y al marqués...

—Me haces temblar.

—La situación es grave, y como doña Ana se desconfía de ti, puedes prestarnos grandes servicios.

—Comprendo.

—La princesa tiene un nuevo auxiliar buscado por Ginés, un desalmado como el señor Antón de Mena.

—¿Se llama Cornejo?

—Sí.

—Dos veces vino ese hombre a buscar a Ginés, y hablaron largamente; pero me fué imposible escuchar la conversación.

—¿Reconocerás al señor Pablo Cornejo cuando lo veas?

—Aunque se disfrace—respondió sin vacilar.

—Basta de farasas, de engaños y mentiras, y voy a cumplir mi deber, siendo leal contigo—dijo Luis cuyo semblante cambió de expresión.

—¿Por qué te pones tan serio? — preguntó la doncella.

—Porque voy a ocuparme de tu suerte.

—Si me amas...

—Soy tu mejor amigo y lo será.

—¡Luis!

—Y tu protector más decidido...

—¡Ah!...—exclamó Inés, cuyas mejillas palidecieron.

Y fijó en Luis una mirada profunda y que revelaba lo mismo la ansiedad que el temor.

—Eres digna de ser amada por mí y por quien valga más que yo; pero por más que lo intentes, si no sucede...

—No—interrumpió la doncella—, no me amas, no me has amado, no has de amarme... (Pobre razón mía!...

Y dos lágrimas se escaparon de sus ojos.

—Inés, voy a decirte la verdad y tienes la obligación de hacer lo mismo.

—Me aturdes...

—Tú tampoco te has enamorado de mí.

—Juro que...

—Si juras que necesitas y quieres un marido bueno y que tenga muchos para vivir con desahogo, es la verdad, y si en vez de casarte con uno cualquiera que tenga las condiciones deseadas, serás la mujer más feliz y tu marido también dichoso, y un día dirás en que casa. No te tomes la molestia de sentir pena, por la situación ha de quedar lo mismo.

Muy turbada se sintió la doncella.

Guardó silencio por algunos minutos, y pensando en el fin de que la farsa era inútil, se rió y volvió a sonreír, y dijo:

—No te has equivocado.

—Bien, Inés, muy bien.

—Quieres más tranquilidad?

—No te pesa.

—Presigue.

—Cualquiera que sea el hombre con quien te cases, te protegeré y puedes contar desde luego con que seréis ricos.

—Ningún hombre puede agradarme como tú; pero... En fin, tendré paciencia... ¡Pobre de mí! Se desvanecen mis ilusiones y a nadie puedo contar. He amanejado mucho, muchísimo y ahora...

—Has conseguido bastante.

—No habíamos más de eso asumo, por que de la Nuestra situación ha cambiado: tu eres el gran señor y yo la infeliz que se pone a tu disposición y todo la espera de tu generosidad.

—¿Te pesa?

—No.

—Entonces...

—Aun puedo estar orgullosa, porque me ha conocido el hombre cuyo corazón ha sido conquistado por damas tan nobles como yo.

—Tienes buen corazón y mucha inteligencia, y por consiguiente...

—Dispón de mí a tu antojo.

—Gracias, bella Inés.

—¿Aun te parezco bonita?—preguntó la doncella haciendo un gesto encantador.

—Y mucho.

—Pues estoy satisfecha.

—Algún día conocerás las razones que tengo pa-

ra no ser tu marido, y te convencerás de que soy ruin hasta el punto de despreciarte por la humildad de tu cuna.

—Tú estás enamorado — repuso la sirvienta mientras fijaba una mirada penetrante en Luis.

—¡Yo enamorado!...

—Y por eso no te casas conmigo.

—¡Bah!...

—Esa es la razón, el motivo... ¡Dios te haga feliz! Segura estoy de que será acertada tu elección la mujer a quien amas debe ser un ángel y tener mucho talento; pero en cuanto a fuerza en el alma... ¡Oh!... No, no podrá competir conmigo y no te convengo, Luis, no te convengo, porque te fuerza de amarte...

Se interrumpió la doncella. Su semblante cambió de expresión.

Flamearon sus ojos.

Entreabrióse sus labios, que en aquellos momentos eran tentadores como Satanás.

Comprendió el mancebo todo lo peligroso que era continuar aquella conversación, pues la belleza de Inés era entonces seductora, tenía un encanto irresistible.

Lo que no había hecho la pasión, lo hizo el amor propio, la vanidad herida.

Bien puede decirse que en un sólo instante la sirvienta se había transformado y tenía el aspecto de la mujer delicada y más sublime.

Luis se puso en pie.

—¿Te vas?—dijo ella acercándose al mancebo.

—Me esperan.

—¿Y qué he de hacer ahora?

—No es menester que yo te dé instrucciones, puesto que conoces la situación.

—Bien.

—Adiós, Inés...

—Vaya con Dios el muy noble hidalgo—dijo tristememente la doncella.

Estrechó Luis la diestra convulsa y ardiente de la doncella y salió, diciendo para sí:

—¡Vive el cielo!... Es encantadora; pero... Ome, no más que carne.

y mientras se alojaba hacia la Puerta del Sol
decíamela:

—¡Aaa mla!

CAPÍTULO CII

Ginés se agita inútilmente

Ocho días pasaron.

Ginés había esperado al señor Cornejo, y este
no se presentaba.

—¿Que había sucedido?

El criminal caviló y calculó, dudando si debía
ir a Burgos, pero no lo hizo porque dudaba si po-
día hablar con su señora.

Sin embargo, tenía necesidad de poner en claro
la cuestión, y al fin salió de la corte, pues ya que
no cosa no conseguiese, esperaba adquirir noticias
del señor Pablo.

Con toda felicidad llegó a Burgos y a la posada
que ya conocemos, diciéndole al huésped:

—Aquí habéis tenido a un hidalgo que se llama
Pablo Cornejo.

—Es verdad.

—Soy su amigo y necesito noticias suyas.

El posadero volvió con disconfianza a Ginés y
para no comprometerse, respondió:

—Poco puedo deciros.

—Poco es algo.

—Pues bien; el señor Pablo Cornejo no me ha
dado ningún motivo de queja; pero al fin se trata
de una persona...

—¡Vive Dios!—interrumpió Ginés, fijando una
mirada terrible en el posadero—. Sabed que soy
señor de porquerías parecidas.

—Pero...

—Os he preguntado, y es preciso que me con-
testéis con claridad.

—Os he dicho que en mi casa se presenta ese
viejo hidalgo y...

—¿Cuándo se fué?

—No se ha ido.

—¡Rayos de Satanás! Por ahí debería haber empezado.

—Yo no sabía que lo buscaba.

—¿Dónde está?

—En su habitación.

—¿Cuál es?

—Os advierto...

—No necesito advertencias.

—Es que...

—¡Truenos!

—El señor Pablo Cornejo tiene un brazo roto.

—¡Oh!...

—Y un pie deszoncerado...

—¡Tripas de Lucifer!

—Y magullado todo el cuerpo, y...

—¿Pues qué le ha sucedido?

—Salió anoche y volvió que daba lástima mirarlo.

—Quiero verlo ahora mismo.

—Venid.

Subieron, y mientras avanzaban por el corredor Ginés decía como si hablase para sí:

—Todo esto debe ser obra del maldicho paje, y del capitán y...

—Cuidado—interrumpió el huésped.

—¿Qué queréis decir?

—Que supongo que habláis del señor Pero Lina.

—Sí.

—Y como es un hombre peligroso...

—¿También lo conocéis?

—Aquí estuvo.

—Sí, en compañía de un mancebo.

—Que debe ser muy rico.

—Sin duda lo sabéis porque os ha sobornado; y tal vez es vuestra una parte de culpa...

—No, no.

—Os digo que sí.

—Buen hombre, mi conciencia está tranquila, y el mismo señor Cornejo os dirá...

—Basta, que si algo debéis, no os quedaréis sin pagarlo.

Y esto diciendo, Ginés entró en el aposento del hidalgo.

No quedó tranquilo el huésped.

Aquellas intrigas llenaban sus bolsillos de oro; y eran peligrosas.

El aspecto de Ginés, como ya sabemos, no era para inspirar confianza.

Una exclamación de sorpresa y de alegría exhaló el señor Cornejo al ver a su amigo.

—No me esperabas?—preguntó éste.

—No.

—¡Tienes y rayos!... ¿Qué haces en esa casa? ¡Vive Dios! Tienes cara de difunto.

—¡Oh!...

—Se han burlado de ti, ¿no es verdad?

—El paje, el condenado paje.

—Te lo advertí: pero sin duda has creído que exageraba. ¿Acaso ignoras que se burlan de cualquiera? Y no soy torpe, ya lo sabes... ¡Rayos! Cuando en aquella ocasión cortaron las cuerdas y quedé magullado...

—Y yo con un brazo roto... ¡Ay!... Estoy completamente inútil para muchos días.

—Así se aprende, amigo Pablo, así se aprende.

—Todo me parecerá poco para vengarme.

—Si se nos presenta la ocasión, porque ya estamos a dúo...

—No dudes, porque nada harás de provecho.

—¡Rayos!... Me parece que concluiremos hablando en la huerta.

—Tengo mi plan, y...

—Ante todo, cuéntame lo que ha sucedido.

—¿Recibiste mi carta?

—Sí.

—Y le has ocultado?

—No perdí un instante y te agradezco mucho el aviso, pues apenas llegó el paje a Madrid, fué la persona a buscarme.

—Pues bien: yo no pude ocultar que sirvo a la procesa, porque nuestros enemigos lo averiguaron inmediatamente. El paje me convidó a comer, adicionó mis pensamientos y me ofreció su amistad, y como no acepté, aquella misma noche se divirtió bajando la escala de que yo me había servido para saltar en la huerta del monasterio, y se burló de mí mientras yo me desesperaba...

—Y luego te apalcó el capicón.

—Me dejaron: y como me era preciso salir, salí a la tapia como mejor pude, y al bajar caí rozándome un brazo, y un pie, y todo el cuerpo...

—Así Pero León no tuvo que tomarse la molestia de sacar la espada.

—¿Y por qué los miserables no respondieron a mis provocaciones?

—¿Creeías que habían de batirse contigo?

—Debieron hacerlo, puesto que siendo yo el dalgo...

—Como si fueses el verdugo.

—¡Vive Dios! Han de pagarme a o yo dejar de ser quien soy.

—Yo también vivo con esa esperanza.

—Creo que mañana podré dejar el lacho; pero no ir a ver a la princesa, pues con el brazo izquierdo...

—¿No sabe nuestra señora lo que ha sucedido?

—Cree que estoy en Madrid, buscando la ocasión de aniquilar para siempre al paje.

—Perdemos un tiempo precioso.

—Ginés, tú podrás ir esta noche al monasterio.

—Iré.

—Y le dirás a doña Ana lo que ha sucedido, porque como no recibe ninguna noticia, habrá empezado a impacientarse.

—En cuanto a mí, ya sabe que no tiene que temer ninguna traición.

—Sin embargo...

—Aunque no me pagase, yo la serviría con lealtad, pues desde que se burló de mí el escudero del marqués, esta cuestión la hice mía y por amor propio, por mi propia honra, he de ser enemigo de lo enemigos de doña Ana.

—Pues bien: ya que defendemos nuestra propia causa...

—Haremos cuanto nos sea posible hasta vencer o morir.

Cornejo dijo a Ginés lo que tenía que hacer para hablar con la princesa.

Contaba con el auxilio de Cucaracha, que conocía el sitio por donde era fácil escalar el muro.

Cuando terminaron la conversación, el baidgo llamó al posadero y le dijo:

—Podréis aquí otra carta para mi amigo Ginés.

—Así se hará.

—Y ahora misate breves a llamar a Cuatracho.

—Hace tres o cuatro días que no le veo.

—Buscadlo.

—Seréis obedecido inmediatamente.

Y el posadero salió, volviendo al cabo de media hora para decir:

—Cuatracho no está en Burgos.

—¿Que no está en Burgos?

—He podido averiguar que se fue a Madrid.

—¿Otro traidor!

—¿Mandáis algo más?

—Dadme la comida—dijo Ginés.

La desaparición de Cuatracho no podía ser un absurdo, era simplemente una contrariedad.

Ginés comió, salió, fue al monasterio de las Huelgas y examinó la tapia palmo a palmo hasta encontrar el sitio por donde era muy fácil escapar.

Ya no necesitaba el auxilio de nadie para ver a la princesa.

Volvióse a la posada.

Siguió hablando con su amigo, y así llegó la noche. Otra escala tenía, y a las once y media se encaminó al monasterio.

No quedó ni vacilo.

Nadie le observaba.

Pocos minutos después se encontraba en la barra.

Dieron las doce.

Brillaba la luz en la celda de doña Ana.

—Me espera—murmuró el bandido.

Avanzó, tosió y muy pronto encontró la escala que ya había colocado su señora.

Trepó no menos agilmente que Cornejo, y dijo al alzarse a la reina:

—Aquí me tenéis, siempre leal y decidido.

—¿Ah?

—No debíais esperarme.

—¿Ginés?

—Una desgracia más o menos no importa.

—¿Qué te ha sucedido? ¿Y Cornejo? Sin duda nos ha hecho traición.

—No, señora.

—Entonces...

—Está enfermo, tiene roto un brazo y desahuciado un pie, y todo su cuerpo estropeado, de manera que no ha podido moverse de Burgos.

—¡Aun está aquí!

—La última noche que vino a veros, lo acocharon nuestros enemigos, le quitaron la escala de la tapia, cayó y...

—¡Oh!...

—Y entre tanto a mí me buscaba la justicia, invadiendo vuestra casa, y gracias al aviso del señor Cornejo he podido librarme.

—¡Siempre derrotados! — exclamó la princesa con acento de desesperación.

—Pero aun no ha terminado la lucha, y ¡vive el cielo!...

—Ginés, es preciso que el paje muera... Gasta el dinero sin consideración, paga a los que te ayudan...

—Si eso fuese bastante...

—Es preciso, es preciso.

—Yo lo deseo tanto como vos.

—Vuelve a Madrid.

—Mañana mismo.

—No te ocupes de nada más que del paje, solamente de él y observas, y como es imprudente...

—Entiendo...

—Debe salir de noche.

—A todas horas, eso ya lo sé.

—Pues si un hombre no basta, diez, veinte, cien pueden acochar, y como una puñalada es bastante.

—Eso lo hemos intentado muchas veces.

—Quieres decir que no nos queda ningún recurso...

—Muchos, señora...

—Si yo pudiera hacer lo que vosotros...

—Perdonad; pero olvidáis que en lo que a vos os tocaba os ha sucedido lo mismo, y burlada habéis quedado también.

—Cuanto poco te dará si consigues acabar con la vida del paje.

—No necesito que me ofrezcáis nada.

—No dejes de cavilar, y no descanses...

—Pensad si tenéis que darme alguna orden.

—Puesto que Cornejo es leal...

—A toda prueba.

—Recuérdale que estoy decidida a recompensarlo con tanta largueza que a el mismo le parezca demasiado.

—No podrá venir a veros, pues como el brazo lo tiene por ahora inútil...

—Que se vuelva a Madrid cuanto antes.

—Allí podrá servirme de mucho, porque su ingenio alcanza más que el mío.

—A pesar de su astucia y de toda su cautela se ha burlado de él.

—No hay deuda que no se pague.

—Adiós, buen Ginés.

—Señora...

—Ya sabes que aunque no estés en mi casa, tendrás a tu disposición cuanto dinero necesites. No hablaron más.

Felizmente descendió Ginés, atravesó la huerta y encontró la escala donde la había dejado.

Media hora después entraba en la posada y conocía en el señor Pablo Cornejo.

Al amanecer salió de Burgos tomando el camino de Madrid.

CAPÍTULO CHII

Nuevo plan

Debemos decir cómo vivían nuestros amigos mientras acababa de resolverse la situación y hasta que Luis y el marqués tuviesen licencia para casarse.

A su casa había vuelto doña María de Mendoza con su hija Ana, sin que ya don Diego se atreviera a manifestar enojo ni rencor, pues se había convencido de que para satisfacer su deseo de venganza no había de encontrar apoyo en el rey, sino todo lo contrario.

El marqués de Foxa se había instalado en la

casa ocupada en otro tiempo por el noble conde-dador, y que ya era suya como heredero del barón. Con el marqués estaba su escudero Juan.

Luis, Pero León y Santiago se habían vuelto a la hostería de maese Mancioni, y éste ya se consideraba feliz porque ganaba mucho sin tener que arriesgar ningún peligro. Además, estaba orgulloso por tener en su casa a personas tan distinguidas como el célebre diablo.

Muchas veces al día se reunían nuestros amigos, y tenían adoptadas todas las precauciones imaginables para prestarse auxilio en ciertos casos, puesto que sabían perfectamente que la princesa y sus cómplices no descansaban un instante y contaban con medios para cometer toda clase de abusos. En todo obraban de común acuerdo, y siempre el antiguo paje representaba el principal papel, la inteligencia, y los demás no eran realmente más que sus instrumentos o sus auxiliares.

De muy buena gana hubieran abreviado el plazo para realizar su dicha; pero no pensaba lo mismo el rey, y aun parecía que se olvidaba de semejante asunto, ocupándose exclusivamente de su antiguo ministro, que se había refugiado en Aragón, produciendo allí el grave conflicto cuyas tristísimas consecuencias conocen todos.

Girés, teniendo que ocultarse y sin la ayuda de Cornejo, nada era posible que hiciese; y esto lo sabía muy bien el antiguo paje; pero apenas recobrara la salud el señor Fabio, la lucha se renovaría con más encarnizamiento que nunca.

Así pasaban los días, y doña Ana de Mendoza, para quien eran siglos los minutos, perdía la paciencia.

No podía saber cómo se encontraba Cornejo, y de Girés no tenía noticia alguna.

Siempre que la ocasión le era favorable, la ilustre viuda se ocupaba en limar los hierros de la reja, y en esto consistía su distracción más agradable.

Por fin el hidalgo dejó el lecho. Tenía curado el pie, y aunque en vías de curación el brazo, no le servía para nada, porque lo llevaba en cabestrillo.

Dudó si volverse inmediatamente a Madrid o quedarse en Burgos hasta que pudiese hablar con

doña Ana. Por de pronto nada tenía que hacer en la corte, y queriendo de alguna manera aprovechar el tiempo en Burgos, escribió a Gines para que fuese a verlo.

El bandido obedeció inmediatamente, y otra vez tuvo el disgusto de ver al desorejado escudero.

—Aquí me tienes—dijo éste al presentarse a su amigo.

—Me aburro. Gines—respondió el señor Pablo.

—Pero ya estás bueno, y por consiguiente...

—¡Vive Dios!... Mientras me falte el brazo derecho, poco me importa lo demás. ¿Qué puedo hacer ahora? Ni siquiera ver a doña Ana, y para que en esto me ayudes es para lo que te llamo. Tengo necesidad de volver a Madrid para entenderme con algunos amigos, y sin embargo...

—Paciencia.

—Sobrada he tenido.

—¡Mil rayos!... El tiempo se pierde, cada día hacemos un descalabro y así, de esperanza en esperanza... ¡Tiruenos!... No acierto a explicarte, pero tu debes entenderme. El negocio va muy mal, y mientras no se nos presente la ocasión de dar la puñalada al maldito paje, estaremos lo mismo, que es estar peor.

—En cuanto a dar la puñalada...

—No podemos.

—¿Y por qué?

—Por la sencilla razón de que el paje es mucho más listo que nosotros. Aun tienes el brazo inútil y no debes haberte olvidado de la burla de la otra noche.

—Calla, Gines, calla, no me recuerdes eso...

—¿Acaso es posible que lo olvides?

—¡Oh!—murmuró sordamente el señor Cornejo.

Y su frente se contrajo, y su mirada se tornó sombría.

—En fin, aquí me tienes. ¿Para qué me has hecho venir?

—Con el brazo inútil, no puedo ir a ver a nuestra señora.

—¿Y yo he de hacerlo?

—Sí, porque conviene que sepa cómo me encuentro, y si algo tiene que mandar...

—Entendido.

—¡Iremos esta noche. Tú entrarás y yo te ayudaré.

—No necesito tu compañía.

—Me parece que no está de más, porque al alguien nos observa...

—¿Aun tienes miedo de que se nos presente el paje?

—Sí, lo digo con franqueza.

—En Madrid se ha quedado.

—Ya vive la prueba de que cuando duermes es más temible que cuando está despierto, y de eso deduzco que cuando está lejos debe temersele más que estando cerca.

—Elen pensó.

—De todas maneras, nada tengo que hacer.

Así continuaron la conversación.

Eran inútiles las precauciones que adoptaban, puesto que Luis no se había movido de la cama, ni sabía dónde se encontraba Ginés.

La noche llegó, y poco después de las once salieron de la posada.

Hablando tranquilamente llegaron al monasterio.

A nadie encontraron.

Cerca de las doce eran cuando Ginés escaló la tapia.

Atravesó la huerta.

Algunos rayos de luz se escapaban por las rejas de la celda de la viuda.

Ella esperaba todas las noches y cada vez con mayor impaciencia.

Había trazado un plan digno de su alma diabólica, y tenía necesidad de entenderse con sus cómplices.

Las doce dieron.

Ginés buscó y encontró la escala que había dejado caer su señora, y trepando llegó a la reja.

Con más luz hubiera podido verse pálido y con el rostro de la ilustre viuda.

«Borrascas espantosas agitaba su espíritu.

—¡Por fin!—exclamó al ver a Ginés.

—Señora.

—¿Qué tienes que decirme?

—Poco, muy poco.

—¡Oh!...

—Me aburro, me desespero, o para decirlo mejor, nos desesperamos.

—¿Y Contrajo?

—Se ha quedado al pie de la tapia, vigilando por lo que pueda suceder.

—¿Ya está bueno?

—Sí, pero con el brazo inutil todavía, y por esta razón no ha podido tener el honor de hablarnos.

—¿Para qué has venido a Burgos?

—Porque el señor Pablo lo ha dispuesto así, y aquí me tenía, esperando vuestras órdenes.

—Ante todo, dime cómo se encuentran nuestros amigos.

—Doña Blanca vive con doña María de Medinaceli.

—¿Y el marqués?

—Con su escudero Juan, a quien Lucio le contaba, habla la cosa que fué del conde don Fernando.

—¿Y el papé?

—En la hostería de Manzanera, con el maldecido capitán y el bribón de Santiago.

—¿Qué hacen?

—Van y vienen, esperan como mariposas, y...

—Se acerca la hora.

—¿Habéis trazado algún plan?

—Sí.

—Me alegro, porque ya tengo guías de que este asunto concluya. ¡Vive el cielo! Si hubiésemos de continuar así, preferiría que me matasen.

—Ahora no puedo darte muchas explicaciones.

—Dadme órdenes, y no necesito más.

—Mañana mismo saldrás de Burgos, y a toda prisa volverás a Madrid.

—Si conviene, partiré ahora mismo.

—No es menester.

—¿Qué se de hacer en la corte?

—Te llevaré una carta que es preciso llegue a manos del papa, haciéndole creer que el monarca va dando esta población.

—Entiendo.

—Los detalles los dejo al ingenio y astucia de señor Pablo.

—¿Y qué más?

—Si conseguimos que el paje crea que la carta se la envía la abadesa, se pondrá en camino en otra compañía que la de Pero León, según su tumbre.

—Me parece que adivino lo demás.

—¿Qué crees que me propongo?

—Sabiendo cuándo el paje y el señor Pero León emprenden el viaje, podremos esperar en el camino, y acometiendo de repente...

—Ese es uno de los medios.

—¿Y el otro?

—Pueden sucumbir en estas alrededores y en que sea en medio del día.

—Me ocurre otra idea... ¡Por Satanás!... ¿No donadme... Habéis despertado mi estupididad. ¿Por qué no hemos de matar al señor Lajo en su propia vivienda? Con ingenio y valor, no es imposible.

—Primero en el camino, después aquí, luego a su habitación.

—Morirá, morirá.

—¡Ah!...

—No lo dudéis.

—Tanta dicha me parece imposible.

—Si logra salvarse en el camino y aquí, no ha de suceder lo mismo después y entre tanta vez.

—Poco falta para que quedun linados estos hermanos.

—¡Rayos!

—Cornejo dispondrá cómo ha de hacerse todo esto.

—Es ingenioso, ya lo sabéis.

—La carta no ha de llegar a manos del paje, sino después que tengáis hechos todos los preparativos.

—¿Ha de quedarse en Burgos el señor Pablo?

—Sí.

—Pues no necesito por ahora más explicaciones.

—Pues vete, Ginés, vete, y ten entendido que ahora también se desvanecen nuestras esperanzas.

gas buscaré quien me sirva con más arreo o con más fortuna.

Una imprecación horrible fue la contestación de Ginés, que sin detenerse, descendió y volvió hacia la tapia.

Diez minutos después se encontraba al lado de Cornejo.

—¿Hay novedad?—preguntó éste.

—Que el negocio va a concluir.

—Explícate.

—Primariamente en el camino llevo aquí después en su posada, y de las tres veces alguna ha de caer.

—No entiendo una palabra de lo que dices.

—Y si no andamos lutos la princesa nos volverá la espalda y no nos quedará más recurso que ahorcarnos como Judas.

—Si quieres explicarte más claramente.

—¡Tripas de Lucifer! Si las cosas pudieran hacerse dos veces, no sería el hijo de mi madre quien serviría a doña Ana de Mendoza.

—Pues lo que es por mi parte, te aseguro...

—Ya es tarde, amigo Pablo.

—Sí, porque si ahora fuésemos a ofrecer nuestros servicios al endiabrado paje, se reiría de nosotros.

—Y haría muy bien.

—En fin, sepamos lo que te ha dicho la princesa—replicó el señor Cornejo.

Iba a contestar Ginés; pero se detuvo, apretó los puños y exclamó desesperadamente:

—¡Cien mil legiones de condenados!

—¿Qué te pasa?—le preguntó Cornejo, con tono de extrañeza.—Yo aseguro por quien soy, que empiezo a creer firmemente que se te ha trastornado la cabeza, o estoy soñando.

—¡Me he venido sin la carta!

—¡Sin la carta!

—Y ahora he de volver, y como no me espera, y no puedo llamarla y... ¡Rayos y truenos!

—Te has vuelto loco, Ginés, te has vuelto loco, ya no lo dudo.

—Perderemos un día...

—Pero...

- ¡Fuego de Satanás!
- Me apuras la paciencia.
- ¡Vive Dios!... ¿Qué más he de decirte?
- ¿Qué carta has olvidado?
- La que habías de darme la princesa.
- Como nada me has dicho...
- Volvamos
- Y en cuanto a lo demás del paje...
- Hablareshos después.

Habíanse alejado ya buena distancia del monasterio y les fué preciso retroceder.

Otra vez osculó el bandido la tapia y através procurosamente la huertía.

Ni el más débil rayo de luz se escapaba ya por ninguna ventana del monasterio.

Girés lanzó varias voces y aun se atrevió a silbar a riesgo de ser oído; pero inútilmente.

El silencio que reinaba era profundo y absoluto la noche.

Largo rato pasó y al fin tuvo que contentarse de que nada ocurriría.

Volvió a salir reuniéndose con su amigo y dándole entonces las explicaciones que éste deseaba.

Habían perdido veinticuatro horas, que en su situación eran un tesoro; mal que les pasase tuvieron que aguardar, y a la noche siguiente Ghes volvió al monasterio.

La princesa, aunque no tenía para qué esperar

—Sabes—le dijo su criado—, la culpa no es del todo mía.

—Ya lo sé.

—Como estoy tan desesperado...

—Toma, buen Girés—dijo la dama, dando un papel al bandido.

Era la carta que debía ser entregada a Luis.

No conocía ésta la letra de la superiora del monasterio, y por consiguiente, era muy fácil que se pudiese en el libro.

Poco hablaron aquella noche la dama y Ghes.

El señor Pablo Corrajo había combinado el plan con todas sus detalles.

A lo mañana siguiente partió el bandido

Hacia puerco a todas horas y en todas para anunciarle la muerte a Luis.

CAPITULO CIV

Se descubre la trama

Las once de la mañana acababan de dar.

Luis y Pero León se encontraban en la bostería y en la habitación que ya conocemos.

El primero se paseaba y parecía muy preocupado.

El segundo bostezaba, estiraba los brazos y las piernas, y de vez en cuando decía:

—Me aburro.

La puerta se abrió, presentándose maese Mancioni con un papel en la diestra.

—¿Venís a preguntarnos si queremos comer?— le dijo el capitán.

—No, porque aun es temprano — respondió el hostelero —, y sobre todo porque cuando tenéis apetito sabéis pedir sin esperar a que os ofrezcan.

—Señor Macarroni, sois un desvergonzado.

—Vuestro más humilde servidor.

—¡Truenos!... Si se me sube la sangre a la cabeza...

—No os enfadéis, porque no he querido faltaros al respeto, y además...

—¿Para qué habéis venido?

—Señor Luis—dijo maese Mancioni, dirigiéndose al paje—. Acaba de llegar un finete muy empolvado y muy fatigado.

—¿Y me busca?—preguntó Luis.

—Trae para vos una carta.

—¿De quién y de dónde?

—Viene de Burgos, y no sé más...

—¿De Burgos?...

—Me la entregó y se fué, porque necesitaba descansar.

Totó el paje la carta.

Saltó maese Mancioni.

—¿Quién me escribe? ¡Ah!... Es de la abadesa... ¿Qué ocurre?

Desdobló el papel.

Con gran habilidad estaba puesta la carta, lo cual no era extraño.

La princesa, en cuanto le había sido posible, había imitado la letra de la superiora, aunque esta circunstancia era la de menos interés en aquella ocasión, puesto que según ya hemos dicho nunca el paje había visto cartas de la anciana.

—¿Qué sucede?—preguntó el capitán, poniéndose en pie—. ¿Tenemos que volver a Burgos? ¿Ha llegado ya el día en que yo me divierta en retorcer el pescuezo a doña Ana de Mendoza?... ¡Vive Dios!... Leed, que os escuche con la atención que el caso merece.

La carta no podía ser más lacónica, pues después de las fórmulas de costumbre, decía:

"Venid cuanto antes os sea posible, porque el caso es gravísimo y nada quiero determinar sin vuestro consejo.

"No os digo más, porque no es prudente far al papel ciertas cosas, y os suplico que guardéis la mayor reserva hasta para vuestros amigos, en cuanto os parezca bien."

—¿Y qué quiere decir eso?—preguntó el capitán.

—No lo entiendo.

—¡Vive Dios!

—Que el caso es grave.

—Y que seña reservado... ¡Truhenos!... Todo eso me huele mal, muy mal... ¿Y por qué no le escribe la abadesa a doña Blanca?

Luis volvió a leer, inclinó la cabeza y quedó pensativo.

Hacía suposiciones; pero no adivinaba.

¿Por qué había de ser tan reservado?

¿Acaso había motivo para desconfiar de doña Blanca ni del marqués?

Largo rato pasó sin que Luis pronunciase una palabra.

—Pues no lo entiendo—murmuró al fin.

—Pues yo me he quedado aturdido.

—De todas maneras resulta...

—Que debemos ir a Burgos, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues a caballo.

—Antes he de hablar con mi señora y con el marqués.

—Si se hubiese aguardado el mensajero...

—Todo es raro.

—Y sospechoso. ¡vive Dios!

—¿Me tienden un lazo? —dijo Lúca que por oscuridad y por necesidad desconfiaba de todo.

—Es posible; pero, ¿qué adelantarían con hacerme ir a Burgos?

—El buscan una ocasión para asesinarme...

—¡Rayos y truenos!... Habéis acertado... Pero sois muy torpes, porque la experiencia les ha probado ya que valen muy poco para luchar con vos. Vámonos a Burgos, señor Lúca, que si en el camino nos esperan, podremos divertirnos dando algunas cuchilladas.

—Venid.

Salieron de la hostería, y diez minutos después entraban en la vivienda de don Diego de Mendoza y eran recibidos por doña María y doña Blanca.

Se enteraron éstas de lo que sucedía.

La noble doncella tomó la carta, la leyó y exclamó:

—¡Dios misericordioso!... No irás a Burgos. Lúca, no irás.

—¿Y por qué?

—Mira...

Levantóse Blanca, abrió una papetera y sacó dos cartas de la superiora, entregándolas al paje.

No necesitó esto más que mirar, para comprenderlo todo.

Desplegó una sonrisa desdichosa.

—Iré a Burgos—dijo.

—¡Lúca!

—Dejadme reflexionar, y al cambio de opinión le sabréis esta noche.

—En nombre del amor que me tienes...

—Tranquilízase.

Inútil fué que se esmerase la doncella, ni que doña María de Mendoza apretase a todos los razonamientos para hacer desistir al paje de su temerario propósito.

Este y el capitán volvieron a su posada.
¿Cometería Luis alguna locura que le costase la vida?

CAPITULO CV

Donde se verá que todavía representaba un gran papel la capa del diablo.

Blanca no quedó tranquila, porque conocía demasiado bien a su antiguo paje y sabía que se gozaba buscando los peligros y arrojándose por el sólo placer de triunfar.

Ya hemos visto que así lo había hecho muchas veces, y ni el cambio de situación ni nada era bastante para que Luis dejase de ser lo que siempre había sido.

Ninguna necesidad tenía de ir a Burgos, ni le menester que hiciese otra cosa que romper aquella carta y continuar observando hasta que llegase el día de dar el último golpe. Esto hubiese hecho cualquiera; pero él no hacía nunca lo mismo que los demás, y comprendiéndolo así Blanca y queriendo evitar que aquella nueva locura costase la vida al mancebo, apeló a la influencia que sobre éste ejercía tener la hija de don Juan.

Ambas se molestaron inútilmente.

Aquella misma tarde habló Ana con Luis y le rogó, le suplicó, hizo cuanto es imaginable y al fin tuvo el disgusto de que su amante le dijese:

—Aun no he determinado nada; pero si voy a Burgos, iré, y no será yo quien me lo estorbe. Amiz, porque no es posible que tú quieras que en ninguna ocasión retroceda ante el peligro el hombre que pienso amar.

—Pero buscar los peligros sin necesidad tal vez esterilamente, es una locura.

—¿Esterilmente?... Te equivocas.

—Luis, escucha...

—Me has dicho cuanto podías decirme sobre este asunto. Quiero de una vez quedar tranquilo; y no

podrá estarlo mientras no se justifique completamente a doña Ana de Mendoza. De esto también depende nuestra gloria, pues ya sabes que el rey me dijo: "¡Vale en hora buena, pero cuando la lucha haya terminado, porque antes no es presidente ni conde!"

Ana no espasó respuesta para este razonamiento, y además, su amor propio se sentía herido con la temeridad de su amante.

No quiso darse Blanca por vencida, y pidió al rey para que este prohibiera terminantemente al paje salir de la corte.

Escuchó Felipe II al oír la de los razonamientos y las súplicas de la noble doncella, pero con su indiferencia glacial, contestó:

—No quiero que doña Ana de Mendoza salga de la corte, y bien sabes que he llamado a Lope para que haga lo que mejor le parezca.

—Eso es verdad; pero...

—¿Como queréis que ahora ponga trabas a vuestro antiguo paje? Si tiene sobre él una gran responsabilidad, él me es que hay que respetar el derecho de obrar a su arbitrio. Pues de otra manera, ¿mediría que cuando yo lo recomiendo por haberse dejado escapar a la princesa, el mal le pondría que pudo evitarlo pidiendo a Enrique cuando recibió la carta, y que no fué por haberse lo prohibido.

—Señor...

—Nada puedo hacer — interrumpió el monarca, con tanta dulzura como ironía.

—¡Ah!...

—O Lope es un hombre extraordinario, o no vale más que cualquiera. En el primer caso, desgracia que ninguna desgracia sea de acortarlo; y en el segundo, poco se pierde si sucumbiera, puesto que cualquiera lo sustituiría.

—No quiero que se salve Lope, pero lo que vale, sino porque la culpa la tiene más la reina que la reina...

—Eso no puede tomarlo en por Ventura el mal. Ya no se atrevió Blanca a replicar.

Suspiró tristemente y volvió a su morada para estar con sus amigos.

Y la noche cerró.

Y a las ocho y media, el capitán bostezaba y clamaba:

—¡Por las barbas de mi abuelo!... Estoy desahogado.

—Vamos a cenar—le dijo Luis.

—¡Mártese Macarroni! —gritó Pero Lani al ruidiéndose a la puerta—. En esta al instante... ¡Tomenos!... Corred, si no queréis que me dé una agüjear a vuestra barriga.

—Voy al momento—respondió el italiano.

Así lo hizo, y muy pronto nuestros dos amigos empezaban a cenar.

—Tengo sed—decía con frecuencia el español— y llenaba y vaciaba su vaso.

—Bebés mucho—dijo el paje—, y luego...

—Dormiré mejor.

—Tal vez.

—¿Lo dudáis?

—Lo por venir no es seguro.

—Pues ya veréis cómo apenas me da la gana de comer y cierra los ojos...

—¡La gana!—murmuró el paje con tono burlón.

—Eso he dicho.

—Bienaventurados los que pueden dormir a poca suelta.

—Y por eso yo soy bienaventurado...

—Y folla el que se alimenta con basura.

—Eso no, ¡viva el cielo! que yo he comido mucho.

—Pues comed.

—Y buen vino.

—Bibed, que éste es puro y añejo.

—A vuestra salud.

—Y cuando ya estéis harto, decidme lo que os parece que os habéis alimentado con basura.

—¡Rayos de Satanás! ¿No es esto un pichazo?

—Sí.

—Pues mirad.

Y el señor Pero, en cuatro borbotos agüjear a su amigo, bostezando luego y diciendo:

—Ya estoy harto.

—Pues decide a mártese Maneloni que vaya a la bondad de subir.

El capitán se asomó otra vez a la puerta y dijo:

—¡Maese panzudo!... Pronto arriba.

El hosteiero salió con cuanto prisa le permitió su ocupación.

—Aquí me tenéis—dijo.

—Ensilad nuestros caballos.

—¡Cien legiones!

—Y si alguien viene a buscarnos, dirad que hemos partido para Burgos.

Mancioni salió para obedecer.

—¿Qué os parece?—preguntó el paje a su amigo.

—¡Truenos!

—Habéis sido feliz con una misión que se ha desmenucido instantáneamente.

—¡Vive Dios!

—Creíais que íais a dormir desahogada y tranquilamente en vuestra cama, y tenéis que estar despierto y a caballo toda la noche.

—¡Oh!

—Si os disgusta el viaje...

—No, ¡por Satanás!

—Pues entonces...

—A caballo.

—Si nos espera Gipsy en el camino...

—¡Quiera Dios.

—Preparad las manos, pues en caso de lucha tendremos que habérnoslas con doce o catorce hombres.

—Tanto mejor.

—La oscuridad de la noche los favorece, pero una emboscada...

—¡Vive el cielo! Sois un gran hombre.

No habló el paje más.

Sacó de un cofre su capa blanca y negra, que no se había puesto desde que no tenía necesidad de ocultarse.

Diez minutos después montaban a caballo y partían.

Las puertas de Madrid se abrían a todas horas para el paje.

No se había dejado ver la luna, y por consiguiente no había más claridad que la muy débil de las estrellas.

Mancioni era el valor más temerario para que los hombres, sin otra defensa que la espada, se

aventurasen en los sitios donde sabían que posiblemente los esperaban muchos asovijos.

NI sombra de miedo experimentaban.

No aparentaban tranquilidad, sino que realmente estaban tranquilos.

Hablaban de su situación, de sus planes y de otros muchos asuntos, y de vez en cuando escuchaban, pues mirar era completamente inútil porque la mirada se perdía en las negras tinieblas.

No percibieron ruido alguno, como no fuese el del graznido de algún ave nocturna.

Dejaron que las cabalgaduras caminasen a su placer.

Así pasaron las horas.

De vez en cuando bostezaba el capitan.

—¿Ya tenéis hambre?—le preguntó el paje.

—Con el movimiento se abre el apetito.

—Al amanecer hemos de encontrar una posada.

—Y creo es la misma donde Juan se burló de Ginés, cortando las cinchas del caballo.

—Sí.

—Pues yo renunciaría al almuerzo, con tal obtener la ocasión de encontrar a Ginés y torarle la preja que le queda.

—Todo es posible.

—Han tenido esta noche la mejor ocasión, porque si hubieran caído sobre nosotros...

—Vengan cuando quieran—dijo Luis.

Y volvió la cabeza a todos lados.

Empero la casualidad no quiso complacerle y nadie se presentó.

Palidecieron las orejas.

Espacióse la dulce claridad del crepúsculo.

Los viajeros pudieron distinguir la posada, y las cabalgaduras redoblaron el paso sin necesidad de que las obligasen.

Diez minutos después se detenían, y el paje volvía su capa, dejando ver el lado blanco.

Acababa de abrirse la puerta de la posada, en cuyo interior había bastante movimiento.

El posadero, a quien conocemos ya, acudió presuroso, y al ver la blanca capa, quedó mudo; exclamó:

—¡Jesús!

—Aquí... Estos caballos... ¡Por Lucifer! —gritó el capitán—. ¿Qué os sucede? ¿No estáis viendo a esas personas que merecen respeto?

—Perdonad: pero...

—Acabad...

—Es que... ¡Dios bendice!... Nunca lo sospeché...

—Sí, villano—interrumpió el señor Pero—. ya varias veces vuestra casa se ha visto honradísima por este hidalgo que es el mismo Estanés, y si no lo habéis sospechado, ni lo habéis adivinado, ni lo habéis imaginado, ni comprendido, culpa es de vuestra torpeza. Yo soy el capitán Pero Leon, y ambos sois los más brillantes amigos del Duque marqués de Posa, y los favoritos de su majestad nuestro rey... ¡Cuernos de Lucifer!... ¿Que esperabais llevar los caballos a la cuadra, y aposentarnos como merecemos, y darnos de almorzar?

—Os escuchaba...

—¡Cien mil legiones!... ¡Por San Pedro y su salvador! Si la sangre se me sube a la cabeza...

—Perdone vuestra señoría —dijo el posadero mientras tomaba las riendas.

—Esperad—dijo Luis.

—¿Qué tiene que mandar vuestra merced?

—¡En vuestra posada hay gente!

—Traed vuestros! pero no os molestareis, porque ahora mismo van a partir. Me han dicho levantar a media noche. Han cenado bien almorzado mucho...

—¿Que clase de gente es eso?

—Villanos.

—¿Todos ellos?

—Según he podido entender una es conocida de la señora princesa de Noel...

—Y le falta una oreja...

—No se equivocen vuestra merced.

—¿Dónde están?

—En la cocina, echando el último trago para no se cansan de beber, y para la merienda que cogen la cabeza tan firme.

—No necesito saber más.

—Supongo que queréis un aposento...

—El mejor de vuestra casa.

El posadero se alejó con los caballos.

—Disponed—le dijo el capitán a Luis,

—Vamos.

—Seguidme.

—Haréis lo que yo haga.

—Comprendo.

—Y no hablaréis sino cuando yo os lo mande.

—¿Y si esos bribones...?

—Basta—interrumpió Luis.

—Me alegraría que me permitierais agujerear el pellejo, para que saliese el vino que han bebido.

—Me parece que por ahora no se realizará vuestro deseo.

En su blanquísima capa envolvióse el paje y entró en la posada seguido del capitán.

Atravesaron el zaguán.

Volvieron a la izquierda y penetraron en la cocina, que era el aposento más espacioso de la casa.

Allí, alrededor del hogar, había muchos hombres, cuyo aspecto era bastante para calificarlos de bandidos.

Entre ellos se encontraba Gineo.

De mano en mano pasaba un jarro lleno de vino y todos bebían, y todos hablaban a la vez, y rían y gritaban.

Algunos tenían en el rostro las señales inequívocas de la embriaguez.

Silencioso, recatando el semblante y con breves pasos, avanzó el antiguo paje.

Entonces pudieron verse los efectos de la sorpresa.

La presencia de Luis fué como la aparición de un fantasma.

Aquellos miserables exhalaron un grito de terror al ver la capa blanca.

Quedaron inmóviles por algunos momentos.

Siniestro fulgor escapóse de los ojos de Gineo.

Indudablemente, los bandidos creyeron que era el paje y el capitán con la gente de justicia y algún pelotón de soldados.

¿Qué extraño era que los miserables se sintieran poseídos de pavor?

Todos ellos tenían muchas cuentas pendientes.

en los tribunales, y Ginés tampoco estaba libre de verdaderas culpas.

Como habían de sospechar que la audacia de aquellos dos hombres llegase hasta el punto de provocar una lucha contra trece enemigos desarmados?

No, esto no podía creerlo nadie.

—El diablo!—se oyó decir.

Rugió sordamente el desorejado escudero.

Se enjuparon sus puños.

Seo un silencio absoluto.

El capitán miró desdeñosa y provocativamente a los asustados.

Luis siguió avanzando, y con una audacia que para él era nueva, metióse dentro del círculo formado por aquella gente.

Luego tomó el jarro, bebió, se lo dio al capitán, que hizo lo mismo, y ambos se retiraron tranquilamente.

Fuero a poco, mirando hacia todos lados recelo-

samente y sin articular una sílaba, los bandidos iban retirándose hacia la puerta y uno a uno se iban.

Ginés desapareció el último.

Fuero Luis, solo y no cargado de nada.

—¿Ya puede hablar?—preguntó el señor Pero López.

—Sí.

—¡Hagades de Lucifer! ¡Glen mi condanado! ¡Rayos y truenos! ¡Fuego de Satanás! ¡Vive Dios!

—Acabareis!

—¡Por San Pedro, mi patrón! ¡Mi condanado que me llven!

—¿No sabéis decir otra cosa?

—Definidme qué es obraco, qué es oso, qué...

—Eso no.

—¿Vive el cielo!

—Os diactivis?

—Dadme la mano para salir y andar con mi... para las cuerdas de esos lunares.

—Y el almuerzo?

—No tengo hambre más que de apalear, de acuchillar, de agujerear.

—Vamos a nuestro aposento

—¡Oh!...

—Han podido acabar con nosotros y no lo han hecho.

—¡Cobardes!

—Si hubiese estado aquí la princesa...

—A uñaradas los sacaría los ojos y les arrancaría el corazón.

—Dejadlos, que hanlo castigados están con su propia cobardía.

Entre tanto, los asesinos se alejaban presurosamente y sin que Ginés pudiera contenerlos.

Con el mayor descuido pudieron nuestros dos amigos descansar y almorzar.

Dos horas después cabalgaban y continuaban el viaje.

Aquella mañana gozó Luis como pocas veces en su vida.

CAPÍTULO CVI

De la visita que el paje hizo a doña Ana

Felizmente llegaron a Burgos el paje y el capitán, entrando en la posada donde otras veces se habían hospedado, y encontrándose de buenas a primeras con el señor Pablo Cornejo, que aún llevaba el brazo en el cabestrillo.

No pudo el hidalgo contener una exclamación que lo mismo revelaba la sorpresa que el disgusto, pues no era a sus adversarios a quienes esperaba sino a Ginés, con la noticia de haber dejado sin vida al travieso paje.

Una leve sonrisa desplegó este.

—¡Vive Dios!—dijo el capitán, acercándose a Cornejo, como si aun fueran los mejores amigos.—No nos esperabais. ¿verdad?... ¡Rayos!... Pues aquí nos tenéis, y como vamos a comer, *pocas* hacemos compañía.

—Gracias—respondió Cornejo.

—Veo que aun tenéis el brazo inútil, y lo mismo... porque...

—Yo lo siento más—estremeció atacañamente el señor Pablo.

—Lo creo.

—¡Oh!...

—De mal humor estás.

Escapáronse dos destellos de los ojos del hidalgo.

—Su mirada se volvió profundamente melancólica.

—Sí—dijo, después de algunos momentos de silencio reconcentrada— ¡infeliz estoy para manejar el acero, y aproveché la ocasión y me inutilicé.

—¡Dios de Dios!...

—Callad—dijo Luis.

—Tan hidalgo soy como vos—repuso Omeiga arrojándose al pecho—, si por ventura no hubiese podido negaros a cumplir vuestro deber con la mía.

—Sin embargo, no lo hicí.

—Os provocó...

—Estabais desesperado.

—Puede decir que sí.

—¡Rayos!—gritó el vapor negro—, ¿por qué no habéis...

—Os he mandado callar—gritó Luis—, ¡callad!

Y añadió dirigiéndose a Omeiga:

—Decid que el diablo de palacio, el de la capilla, es cobardo y se tiró a los pies. Además, ¿qué hombre de bien es? No se atreve a causa propia.

—No que servís a la patria, ¿no? como me es ofensivo a vos a mí, no hay tiempo para terminar con la espada querellas que no existen. Al quitar aquella noche la espada, no quise haceros ningún mal, sino burlarme de vuestra soberbia, y a ella solamente le debo satisfacción a quien diresca. Yo hice lo que me convenia, vos cumplíais vuestro deber, y ahora cada cual hace lo que mejor le parece. Donde la mejor buena fe, con el mejor deseo, os ofende mi ambición; no queréis a la patria y ¡culpa es mía.

—¿Acaso puede retroceder? El honor está y iterasido bien lo estáis viendo.

—Pero voy a ver.

—¡Ved!

—¡Ved!

—¡Ved!

luego adiviné el plan, sin más compañía que la de mi amigo Pero León. he venido a Burgos, escapando en medio de la noche los sitios más peligrosos, y sin detenerme hasta encontrar a los amigos que me esperaban.

—¿Y vosotros dos, sin otro auxilio?

—No hemos tenido que sacar la espada, porque los asesinos huyeron apenas nos presentamos.

—¡Imposible!

—Os lo dirá Ginés.

—No es cobarde.

—Tiene el valor de los criminales de su especie.

—Lo que decís...

—Os parece inverosímil, y es verdad.

Cornejo miraba con asombro a Luis.

Este continuaba tranquilo y sonriendo.

El capitán dudaba entre enfadarse y reírse.

—¿Queréis algo para doña Ana de Méndez?

—preguntó el paje.

—¿Habéis de verla?

—Sí, y os prometo decirle palabra por palabra cuanto os convenga.

—Nada quiero.

—Pues que Dios os dé alivio, porque deseo que vayáis a Madrid para que continuemos la lucha.

Así terminaron la conversación.

No hay que decir, que ante todo el paje y el capitán se ocuparon en comer.

Luego salieron, encaminándose a las Ruelas.

La ilustre viuda contaba entre tanto con ansiedad los minutos, y decía:

—¿Vendrá? ¡Oh! Oreo que sí. Y supongo que Ginés estará en el camino... ¡Tal vez no exista estas horas!...

Los ojos de la dama brillaron con el fuego de un júbilo criminal.

Muy pronto debía desaparecer su ilusión.

Se acercó a una de las ventanas.

Contempló el purísimo cielo y la campiña.

Parecía que con más intensidad ardía aquel día la luz del sol.

Como sus esperanzas eran risueñas todo a su alrededor sonreía.

Dejó la ilustre dama que se remontase su imaginación ardiente.

Figuróse ver al paje rodeado de asesinos, cubierto de heridas, y haciendo el último esfuerzo para defenderse, para que siquiera lo dejaran morir en paz.

Y para que fuese completa su ilusión, creyó que de los lamentos angustiosos que en su agonía espantosa exhalaba el desdichado paje.

Entreabríéronse los labios de la dama.

—¡Ah!—exclamó.

Supero al mismo tiempo crujió y se abrió la puerta de la celda.

La ilustre viuda se estremeció violentamente, volvióse y vió a una novicia, que le dijo:

—Señora princesa, este caballero tiene que hablaros.

Y en el dintel, inmóvil como un fantasma que cubriese brocado de la tierra, estaba el paje envuelto en su blanquísima capa y dejando ver el rostro, que revelaba la tranquilidad más perfecta.

Sonreía el mozo con un al es no es de burla.

Dofia Ana de Mendoza no pudo contener un grito.

Mortal palidez cubrió su rostro.

Sombería se tornó su mirada. También quedó inmóvil.

Su ilusión se había desvanecido.

Lola vivía, y se encontraba allí triunfante como siempre.

Momentos hubo en los que la dama sintió que las fuerzas le faltaban, y le costó mucho trabajo sostenerse; su situación era entonces horrible como nunca.

Lola rompió el silencio para decir:

—Señora, mi visita os sorprende, y es natural, puesto que esperabais la noticia de que me habían asesinado.

—¡Oh!—murmuró la viuda con voz reconocida.

Y dió algunos pasos y se sentó.

Avanzó Lola sentándose también, y diciendo:

—Cuando no es bastante cortar la cabeza a un hombre, como hicieron con él, hay que buscar

medios extraordinarios para quitarle la vida. Se dencia de sangre estéis, señora, y a mí me sacad todo lo contrario: la otra noche pude matar a Cornejo y no lo hice, y hoy he podido apoderarme de Ghis, y lo he dejado en completa libertad.

—¿Venís a gozaros con mi tormento?

—Os equivocáis, pues he venido solamente para cumplir un deber de caballero. Recibí una carta, que aunque parecía ser de la superiora de esta comunidad, estaba escrita por vos. ¿Y cómo dejar de acudir al llamamiento de una ilustre dama? Inmediatamente tomé el camino de Burgos, y al encontrar a vuestra gente, comprendí el lazo, si es que alguna duda me quedaba. Los miserables aterrorizados huyeron apenas me vieron, de manera que nos ha sido absolutamente imposible luchar.

—¿Que han huido!...

—Y con mucho apresuramiento.

—Eso no puede ser.

—La verdad es la dirán vuestros servidores.

—Ghis es un miserable; pero tiene valor.

—¿Y para qué le servía, si el espanto se apoderaba de los que debían ayudarle?

—Pues bien—replicó la princesa, cuyos ojos centellearon—: yo he disputado esa emboscada.

—Lo cual no me sorprende: pero tan torpemente lo habéis hecho...

—¡Oh! — interrumpió la viuda, sin poder ya contenerse—. Habéis venido para mortificarme. Sabid, que nadie puede obligarme a que os escuche. Perseguidme, haced cuanto sea posible para angustiarne, que yo...

—Haréis lo mismo, ya lo sé.

—¡Femos concluido.

—Perdonad, señora: pero habréis de tener paciencia por algunos minutos más.

—No, y mil veces no.

—Digo que sí.

—Estáis cometiendo un abuso.

—Vos me habéis dado el ejemplo.

—Idos, que no podré contenerme.

—¿Y qué haréis?—prosiguió desdenosamente el paje.

Se volvió a ir hacia su pie.

Su rostro se tornó lívido y se contrajo hasta el punto de desfigurarse horriblemente.

—Si tuvieses un puñal...

—¡Con cuánto placer os lo clavaría en el corazón!

—Os ofrezco mi daga.

—¡Y he de sufrir tan sangrienta burla!...

—Más he sufrido yo, señora.

—Puede el rey quitarme la vida; pero autorizar que así se ultraje a la primera dama de Castilla...

—La princesa cortesana, debierais decir.

—¡Basta, basta!—gritó la princesa.

—Escuchadme, que aun tengo que deciros algo que os interesa mucho.

—No escucharé, y si permanecéis aquí, me iré. pediré protección, porque tengo el derecho de estar sola—replicó la dama.

—¡No queréis vuestra carta!—dijo el paje sacando un papel.

—Nada quiero.

—Sin embargo, aquí os la dejaré, y mal que os pase me escucharéis, pues si intentáis salir os lo atorbaré a viva fuerza.

Sordo ruido resonó en el interior del pecho de la viuda, y como si sus fuerzas se agotasen repentinamente, volvió a dejarse caer en el sillón, quedando inmóvil.

Luis puso la carta sobre la mesa y luego dijo:

—Me veo en la dura necesidad de evocar algunos recuerdos. Supongo que no habréis olvidado nada de lo que sucedió aquella terrible noche en que perdieron la vida el príncipe don Carlos y vuestro esposo, así como también os acordaréis de que juré que mi capa blanca había de ser vuestro sudario de muerte.

En una palabra pronunció la princesa.

Luis prosiguió diciendo:

—Después de vuestra última derrota, abrigue la esperanza de que despertase vuestra conciencia; pero veo que me equivoqué, y que esto no sucederá sino en los momentos de vuestra agonía. Embriagada por vuestros trances, trastornada por la vejez, no habéis podido que había de llegar un día en que vuestra belleza perdiese su encanto, y

que entonces perderíais la mágica influencia con que habéis hecho lo que parecía imposible. Tras de la juventud viene la vejez, y aunque esto lo sabe todo el mundo, y no pueda ponerse en duda, deciros a creer que teníais un privilegio, y que la mano implacable del tiempo no haría en vos los estragos que en todas las criaturas.

Estas palabras mortificaban horriblemente a doña Ana de Mendoza, porque a una mujer como ella que más le hace sufrir es recordarle que ha de llegar a la vejez o morir joven y cuando más gozo le ofrece la vida.

Luis añadió:

—Supongamos que salís de este encierro, y que el rey os perdona y volvéis a la corte. ¿Qué conseguiréis? Nada, porque no encontraríais un hombre a quien vuestros hechizos transformasen, puesto que los hechizos desaparecieron. En el poco tiempo que lleváis aquí encerrada, habéis envejecido mucho, y si esto no es verdad, que os lo diga el espejo.

Tampoco este nuevo insulto fue bastante para que hablase la vida.

—Señora, os conviene arrepentiros, porque al menos tendréis una vejez honrada, y os respetará el mundo, y os llamará desgraciada en vez de llamaros criminal.

—Ya ofrecéis transacciones...

—Os doy un buen consejo.

—¿Acaso os lo he pedido?

—No, pero cumplo mi deber.

—Pues si otra cosa no os proponíais, ya lo habéis hecho. Dejadme.

—Voy a concluir.

—Pronto, pronto.

—Recordaréis que la noche terrible me llevé la copa que había contenido al veneno...

—No lo he olvidado.

—Pues bien: puesto que no estáis arrepentida os devolveré la copa, por si al verla...

—No la quiero.

—La recibiréis, señora, y si tenéis valor para rechazarla o para mirarla con tranquilidad...

—No la miraré.

—En la última prueba, el último acuerdo que

lago, y así conciencia quedará tranquila para siempre. Aún podréis ser útil a la humanidad porque con vuestras riquezas...

—Trabé bien estudiado el sermón—interrumpió la viuda—; pero no produce efecto.

—Peor para vos.

—Mía es la responsabilidad de mis acciones, y como ya soy mayor de edad y tengo sobrada experiencia, no necesito consejeros.

—Está bien, señora.

—Os odio con toda mi alma, y para mí no hay ya en el mundo más goce que veros salir.

—Me inspiráis compasión.

—Aborrecedme, aborrecedme...

—¿Y por qué, si sois la más desdichada de las viudas?

—Seré la más dichosa si os veo morir.

—Mañana saldré de Burgos, y os lo avisó para que me preparéis una empuecada.

Al decir esto, el paje salió.

La princesa se entregó a todos los transportes de la desesperación.

Transcurrió más de una hora antes de que pudiera sossegarse.

¿De qué le servían Ginés y el señor Cornejo?

Ambos eran impotentes para luchar con el diabólico paje: pero al la ilustre viuda rompió sus relaciones con aquellos dos miserables. ¿a quién acudiría?

No era fácil que encontrase doctos que valiesen más, al siquiera tanto.

Cuando Luis y el capitán entraban en la posada, encontraron a Ginés, que acababa de llegar y descalzaba.

Le traían palidecer al bandido, que lanzó una mirada terrible al paje.

Este soltó una carcajada burlona.

Cuando llegó la noche, Luis llamó al posadero y le preguntó:

—¿Y el señor Pablo Cornejo?

—En su habitación.

—En compañía del desorejado, ¿no es verdad?

—Sí.

—Fues decidid que pueden ir desquiciadamente

al monasterio, porque esta noche los dejaré en paz. Y, efectivamente, el paje cumplió su palabra acostándose a las nueve y durmiéndose muy pronto.

Después de las once salieron de la posada el señor Pablo Cornejo y Ginés, encaminándose a la Huelgas.

Con más ansiedad que nunca esperaba la vana que exclamó al ver a su escudero:

—¡Torpes, cobardes, villanos!

—Señora...

—¿Para qué servís?

—¡Vive el cielo!...

—Habéis huído sin intentar siquiera acometer.

—Yo, no.

—También tú, miserable.

—¿Y qué había de hacer cuando me dejaron solo, y tal vez amenazado por la justicia, que muy cerca debía estar? Ese mancebo no se parece a nadie, y con su maldita capa blanca...

—Es un hombre como todos.

—Ya lo sé; pero los que me seguían...

—Si el valor les faltaba, ¿por qué prometeros ayudarte?

—Yo no les dije a quién habíamos de acometer, pues si hubieran sabido que se trataba del diablo o la capa blanca, ni por todo el oro del mundo me hubieran seguido. No sabéis lo que puede la fama de nuestro enemigo, y todo el mundo ha llegado a creer que es imposible matarlo. Ya verdad es que yo no creí que se atreviese a emprender el viaje a medio de la noche y sin más compañía que la del capitán.

—Pues habéis debido suponerlo.

—Esperamos en sitio conveniente hasta después de anochecido, y luego nos retiramos a descansar en una posada.

—Y entre tanto...

—Nuestros enemigos avanzaban tranquilamente, y cuando al amanecer nos disponíamos a salir se nos presentaron, y al ver la capa, los unos se consideraron perdidos y huyeron. Les he ofrecido a oro a montones para tranquilizarlos y que me sigan, y ni siquiera han querido venir. Yo he estado esperando, como no sea para amedrentarlos. Después dicen

que los ha engañado, llevándolos a una muerte

—De manera que ahora...

—Yo daré el golpe, es lo juro, y lo daré sin el auxilio de nadie, y el endiablado mancoeto morirá en su propia casa.

—Vales poco para tanto.

—¿Por el infierno!

—Lo a es la última prueba, enténdelo bien, y si nada consigues...

—Si ese hombre no muere, yo moriré.

—Mañana debe salir de Burgos.

—Lo supongo.

—Eso ha venido para ultrajarme, para gozar conmigo su sufrimiento.

—No volverá otra vez.

—Vete, Ginés, y dile a Cornejo, que si proprio no recobra la salud, que busque la fortuna por otro lado, pues para lo que ahora hace no lo necesita.

—Así se lo diré, aunque debéis pensar que por mí mismo tiene el brazo roto.

—¿Qué me importa el motivo?

—Ya lo veo. ¡vive Dios!

—No basta que triunféis, si no ha de ser pronto.

—Entiendo.

Despidió Ginés sin decir una palabra más, porque la conversación era demasiado desagradable y no quería prolongarla.

Nada más digno de mención sucedió aquella noche.

Siempre cumpliendo su palabra, el paje y el capatzen salieron de Burgos a la mañana siguiente.

Lo que Ginés se proponía no era posible que lo afirmase Luis; pero si estaba seguro de que sus reyes enemigos prepararían otro golpe.

Sin novedad llegaron a la coronada villa nuestros dos amigos, y no hay que decir que fué grande la alegría de los demás.

Dos horas después llegaban también a la corte el señor Pablo y el desorejado escudero.

Por entonces nada tenía que hacer en Burgos el criminal hidalgo, y siquiera fuese con su ingenio, podía ser muy útil a su camarada.

Veamos cómo aquellos miserables continúan la lucha.

CAPÍTULO CVI

El nuevo plan de Cornejo

Dice el adagio que "del dicho al hecho hay gran trecho", y de esta verdad tuvo que convencerse muy pronto Ginés.

Quería el miserable asesinar a Luis en su aposento de la hostería, y cuando este plan hubo de realizarse, encontró muchos inconvenientes.

¿Cómo introducirle en la habitación?

¿Cómo quitar el obstáculo que ofrecía a todas horas la presencia del capitán?

Por más que caviló el desorejado escudero, no encontró el medio que buscaba.

Tampoco sirvió el ingenio del señor Pablo, y ambos tuvieron que declararse vencidos al fin. Abandonaron la esperanza de conseguir el mismo resultado con distintos recursos.

—A ti te toca—le dijo un día Ginés al hidalgo—y espero tus órdenes.

Encontrábanse en una taberna de la plaza del Arzobispado, donde habían almorzado y apurada buena cantidad de vino.

El señor Pablo, en vez de entusiasmarse, apoyó la cabeza en la mesa y la frente con las manos, quedando inmóvil.

—¿Te has dormido?—le preguntó Ginés, después de algunos minutos.

—Despierto estoy como nunca—respondió Cornejo, levantando la cabeza.

—Como nada dices...

—Te doy tormento a mi pobre cabeza.

—¿Qué piensas de todo esto?

—Amigo Ginés, estamos mal muy mal.

—Ya lo sé.

—Busco un medio honroso para...

Se interrumpió el hidalgo y fijó en Ginés una mirada escudriñadora.

—¡Sabes—dijo el desorejado escudero.

—Te advierto que no haga más que suposiciones, y sobre todo, jamás daría un sólo paso sin tu aprobación.

—No te entiendo.

—Y como soy leal y estoy dispuesto a morir antes que darte el más leve motivo de queja...

—¡Rapos!... ¿Quieres explicarte con claridad?

—Así lo haré en seguida.

—Pues ya te escucho.

—Antes, has de responderme a una pregunta.

—A cuantas quieras.

—¿Crees que es posible que nuestra señora viviera algún día?

—Lo dudo.

—Entonces...

—Pero, de todas maneras, estamos perdidos, y por consiguiente, no nos conviene recordar. ¿A dónde iremos que no nos persigan?

—Me parece que si hubiésemos vuelto la espalda a don Ana de Mendoza, el maldito paje no se daría de nosotros, sino que, por el contrario, nos protegería, y tal vez haríamos nuestra fortuna.

—¡Vive Dios!... ¡Es que pienso pasarle al enemigo!

—Hablamos, hacemos suposiciones y nada más.

—Pues bien: ten entendido que al abandonar a nuestra señora, el paje se encargará de hacernos y nos mirará con desdén, de manera que nuestra situación en vez de mejorar, será dolientemente crítica.

—Queda no te equivocas.

—Ahora tenemos siquiera la ventaja de disponer de mucho dinero y poder pasar buena vida, salvo los disgustos que tenemos que sufrir, como el de estos días pasados en el camino de Burgos. Demuéstrame, que el paje para nada nos necesita, y por consiguiente, no nos ofrecerá un sólo instante por nuestros servicios.

—Convencido estoy.

—Si te has arrepentido...

—No, no.

La mirada de Ginés se tornó sombría.

—¡Oh!—murmuró con voz sorda—. Recuerda lo que hablamos...

—No lo olvido.

—La lucha está empeñada y es menester concluir.

—Adelante.

—Tú no eres el diablo, y si me haces trahir, no vivirás más de veinticuatro horas. Con esta franqueza debemos hablar y así te hablo. Ahora determina lo que mejor te parezca, en la inteligencia de que no puedes engañarme, aunque seas más astuto que yo.

—Ya he dicho que nada haré sino de acuerdo contigo.

—Pues yo estoy resuelto a seguir adelante hasta vencer o morir. Si triunfamos, seremos ricos; y fuera de España, siquiera lejos de Madrid, pasaremos nuestra vejez tranquilamente y como dos hombres honrados.

—Y si sucumbimos...

—Todo se acabó.

—Ya no vacilo.

—Ante todo, es menester que el paje muera.

—No es posible que te introduzcas en su posada para asesinarlo.

—Por eso a ti te toca trazar otro plan.

—No encuentro más que uno.

—¿En qué consiste?

—Un duelo.

—¿Vive Dios!... ¿Crees que el paje ha de luchar con nosotros?

—No.

—Pues si así no sucede...

—Para eso está mi amigo, el italiano.

—¿Y querrá servirnos?

—Sí; pero ofreciéndole mucho dinero.

—Si con eso basta...

—Pronto saldremos de dudas.

—Pero es menester que sepa con quién ha de habérselas, porque si encontrarse luego con el celebre diablo, tal vez haría lo que esos truhánes que fueron conmigo a Burgos.

—Lo sabrá todo.

—Y si acepta...

—Puede ir a instalarse a la hostería después de haber vestido con lujo, y una vez allí, no le será difícil buscar querrela con el mancebo.

—Y tanto vale tu amigo, tan hábil es para manejar la espada que pueda tener la seguridad al triunfo?—preguntó Ginés.

—Ha vencido a los más afamados maestros de panderas en Italia, en Francia y en España, sin que ninguno consiga hacerle un rasguño. Si lo vieras manejar el acero, no lo dudarías; pero de todas maneras, él es quien ha de decir si se atreve.

—Pues queda a tu cuidado arreglar este asunto, y cuanto más pronto mejor.

Bien sabía manejar la espada Luis; pero no era un consumado maestro. Valor le sobraba, pero el valor no es bastante para triunfar en semejante caso.

Al italiano en cuestión no lo conocían ni el paje ni el capitán, y por consiguiente, no podían mirarlo con desconfianza.

Con alguna habilidad podría fácilmente provocar un lance al espadachín y después el resultado sería por lo menos muy dudoso.

¿Cómo se libraría el noble mancebo de tanta molestia?

Parecía imposible que más o menos tarde no cayese en uno de los lazos que se le tendían.

Cuando llegó la noche, el señor Pablo Cornejo se fue a la Morería y entró en un bodegón o taberna donde había algunos hombres, cuyo aspecto decía claramente lo que eran.

Nada más repugnante que aquel lugar iluminado por un candil.

La atmósfera, impregnada de humedad, era insupportable para pulmones delicados.

En un rincón, sentado y en actitud meditabunda, encomendábase el personaje que ahora merecía nuestra atención.

Parecía tener unos treinta y cinco años.

Era de muy elevada estatura, muy flaco, de rostro aguilucho, ojos pequeños, redondos, negros y húmedos, cejas salientes y pobladas y más salientes pómulos, cuya circunstancia hacía que parecieran doblemente hundidas sus mejillas.

Sus labias parecían dos trozos de pergamino y se entrecubrían constantemente para salir con una dulzura sin igual, dejando ver dos hileras de dientes pequeños, blanquismos, afilados, parecidos a los del chaco.

Indudablemente, aquel hombre era la personificación de la astucia, de la malicia, de la perversidad y de todas las pasiones más ruines.

No debía estar dotado de valor; pero lo que de esto le faltaba, sobraba de habilidad para manejar el acero: y he aquí por qué había tomado el oficio de espadasista, y con seguridad completa se ponía frente a frente a los más valerosos.

El señor Guejeto no había exagerado, pues era verdad que todavía el napolitano no había recibido un leve rasguño, a pesar de que eran muchísimos los lances en que había representado el principal papel.

Honradísima estaba su tizona con la sangre de muy nobles caballeros.

Vivía como pueden vivir estos miserables, y unas veces tenía dinero para pasarla bien, mientras que otras no contaba ni para cubrir las más peregrinas necesidades de la vida.

Con la espada en la mano no le tenía miedo a ningún hombre; pero un puñal le espantaba.

Las mujeres eran su mayor debilidad, su verdadero flaco, y fácilmente una mujer joven y bonita podía dar al traste con toda la astucia y la bravura del italiano.

Esta debilidad lo había puesto más de una vez en grandes apuros; pero nunca escarmentó, ni era posible que escarmentase, porque su voluntad no bastaba para hacer cambiar las condiciones de su organización.

Después de las mujeres, o sea el amor puramente carnal, la gula ocupaba el segundo lugar en los vicios de nuestro italiano.

No hay que decir que por naturaleza y por costumbre era indolente y perezoso hasta el último grado de la pereza.

Ambicionaba dinero: pero no para almorzar sino para proporcionarse gozes, y aunque en al-

en ocasiones había ganado mucho, nada había partido para cuando no encontrárase negocios.

Sus palabras eran siempre dulces, a nadie decía nada desagradable, y muy rara vez desaparecía la curva de sus labios.

Debió encontrarse en una de las épocas de apuro, porque su ropaje era muy pobre, circunstancia que debe tenerse muy en cuenta para graduar los actos del italiano, pues era vanidoso, y cuando estaba con dinero, engalanábase cuando le era posible.

Para darlo a conocer, con todos sus detalles, no es falta decir más sino que usaba una espada hermosa, proporcionada a su estatura, con hoja más recta que las que comúnmente se gastaban, lo cual le daba siempre grandes ventajas sobre su adversario. Larga y ligera la espada, el brazo largo también, flexible el cuerpo, perspicaz la mirada y con la escuela de los mejores maestros florentinos, Caliano era un adversario muy temible.

De sus antecedentes no sabemos más, sino que hacia diez años que se encontraba en Madrid y que siempre había sido un truhán de siete suelas y no se había ocupado más que en los criminales negocios de que ya hemos hecho mención.

El señor Pablo Cornejo se detuvo y lo miro, diciendo para sí:

—Está triste, preocupado, mal vestido... ¡Oh!... Le hace falta dinero y podría contarle con él para todo. La ocasión es propicia y sabré aprovecharla.

Acercóse luego a Leontina, que así se llamaba el apollitano, le tocó en un hombro y le dijo:

—Buenas noches.

El espadachín levantó la cabeza, desplegó su dulce sonrisa y exclamó:

—¡Ah!... El señor Pablo, mi amigo Carlomagno... ¡Oh!... Soy feliz... Te doy la enhorabuena. Buena noche. Ya sabes que nunca he sido egoísta y que me regocijo con el bien de los demás. No es necesario que me digas nada, porque todo lo dice tu aspecto: has hecho fortuna... Calzas firmes, gregües que valen un dineral y este colete... ¡Ah!... ¡Oh!... Me felicito... Pero desgraciadamente he

puedo ofrecerte una cena digna de tu paladar delicado.

—En cambio, yo te la ofrezco, y algo más, porque hay ocasión de que hagas un buen negocio.

—Siéntate, hablaremos y...

—Cenaremos también, porque tengo apetito.

—Es una dicha tener apetito cuando puede satisfacerse; pero cuando en los bolsillos no tenemos más que aire, y descrédito entre nuestros amigos, y esperanzas en el magín, entonces el apetito es el mayor de los tormentos, porque no es apetito sino hambre, y...

—Tras de lo malo viene lo bueno.

—¡Carísimo Pablo!

—Veo que te agrada mi visita.

—Esta noche tu voz es dulcísima como los cantares de Salomón, como las armonías del arpa de David, como el amoroso arrullo de la tórtola, como el murmullo del arroyuelo en cuyos líquidos cristales baña sus hojas de terciopelo el lirio, y como...

—Sí—interrumpió el señor Pablo—, dulce como la voz que nos ofrece comida cuando tenemos hambre, y dinero cuando en nuestros bolsillos no hay ni un sólo maravedí.

—Eso es muy expresivo—repuso Leonita, desplegando otra sonrisa.

Fidieron la cena, que debía componerse de lo mejor que hubiese en la taberna, y cuando hubieron remojado el paladar y no tenían que nadie la interrumpiese, dieron principio a la interesante conversación.

—Ahora explícate—dijo el italiano.

—Y tú escucharme con toda la atención que el asunto merece.

—Y que merece un amigo como tú.

—¿Crees que hay algún hombre que te infunda miedo con la espada en la mano?

—Ninguno.

—Pues entonces ten por seguro que harás tu fortuna.

—¡Ah!

—Bebamos y continuaré.

Otra vez brindaron.

—Te sucede lo que a mí—dijo el señor Cornejo—

—Y por consiguiente, sabes cuanto pasa en la corte.

—Es verdad.

—Hace seis años se habló mucho de ciertas intrigas en el interior del alcázar real cuando vivía el príncipe don Carlos.

—Y luego resultó que un niño era quien se había burlado del reg. de doña Ana de Mendoza, de don Gómez de Silva y de los condesanos más astutos dando lugar a que se creyese que el diablo estaba en palacio.

—Después...

—Si el niño fué un hombre muy temeroso, huyó de Flandes muchas diabluras, volvió a España, y en unión de su amigo el marqués de Pozo, que no ha caído muerto, siguió luchando hasta conseguir la ruina de Antonio Pérez.

—Estás bien informado.

—La última vida, astro refulgente de la corte, cuyo alrededor giraban como satélites los más grandes personajes, se encuentra hoy encerrada en el monasterio de las Descalzas y allí tendrá que consumir lo que le queda de vida, muriendo completamente olvidada. En cuanto al señor Antonio Pérez, ya sabemos lo que está pasando.

—¿Y qué opinas en cuanto a la princesa?

—Supongo que no está arrepentida, ni mucho menos resignada, porque mujeres como ella no se resignan ni se arrepienten; pero, ¿qué ha de hacer mientras vive el diablo de la corte blanca?

—¿Pues qué, no es posible probar con ese manco?

—Todo es posible, carísimo Pablo; pero no todo es fácil. Ese manco ha necesidad encontrar una espada como la mía.

—Pues precisamente eso es lo que busco—dijo Cornejo, mientras llenaba los vasos.

—¿Pablo!...

—¿Qué te sorprende?

—Sin duda no ha comprendido bien.

—Pues muy sencillo; la princesa de Éboli tiene necesidad de que tu espada se cruce con la de ese atrevido manco.

—¡Ah!...

—Y este es el asunto de que hablamos de hablar.

—¡Oh!...

—No tengo que recordarte que doña Ana de Mendoza es muy rica; pero si te diré, porque me la ha enseñado la experiencia, que paga muy rápidamente cuando se le presta un servicio.

—Déjame beber.

—Cuanto quieras.

—Has debido principiar por donde comienza.

—Es igual.

—Permíteme hacer algunas observaciones.

—Nada más justo.

—¿Estás al servicio de doña Ana de Mendoza?

—Sí.

—Luchas contra el diablo de la capa blanca y te has convencido de que no puedes triunfar.

—El triunfo no lo pongo en duda; pero necesitamos ganar tiempo.

—Y ayudas a mí...

—Porque he trazado un plan que no puede realizarse sin tu auxilio.

—Ese mancocho vale ahora más que antes y es doblemente terrible.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que ahora no tiene necesidad de ocultarse, y está protegido por el rey de manera que toda su atención puede fijarla en la princesa.

—Ciertamente.

—En otro tiempo me hubieran premiado por matar a ese hombre, y ahora, con sólo ofenderle me ahorcarían. ¿Qué te parece la diferencia?

—Si así miras la situación...

—¿Pues cómo he de mirarla?

—En decir...

—Continuemos.

—Si tienes miedo...

—A la espada del diablo, no.

—Pues entonces...

—A la justicia, a las consecuencias.

—Lo siento, porque tendré que acudir a un repñol el señor Cornejo.

—No será menester, con tal que me pagues el servicio según su importancia.

—¿Cuanto quieras?

—No puedo decirlo mientras no conozca tu plan.

—Pues bien, te vestirás con decencia, con lujo, y irás a vivir a la hostería donde tiene su aposento nuestro enemigo.

—Eso es fácil.

—Una vez allí, harás lo que mejor te parezca, en tal que en el espacio de dos o tres días busques una querrela con el mancocho, y para repartir las ofensas...

—Entiendo.

—Lo matarás.

—Me parece que sí.

—Recibirás la cantidad que se estipula, y quedarás en libertad completa de hacer todo aquello que te parezca bien.

Leontín inclinó la cabeza sobre el pecho, cerró los ojos y quedó inmóvil.

Algunos minutos después, dijo:

—Mataré al célebre diablo de la capa blanca; pero la princesa me dará cuatro mil ducados.

—¡Cuatro mil ducados!—exclamó con asombro Orsejo.

—Juego la vida, que vale mucho más.

—Pero lo que pides...

—Otros hay que lo harán por menos dinero, ya se ve.

—¡Vive Dios!... Lo que sabes es que no hay ninguno que pueda lo que tú, y por eso aprovechas la ocasión.

—Como tú la aprovecharías.

—¡Basta!...

—Pablo carísimo, eres injusto y principias mal. Cuando a un hombre se le pide que arriesgue la vida y que se meta en un lío, cuyas consecuencias nadie puede prever, no se regatea. Seguro estoy de que si mi señora se encontrase aquí, desaprobaba tu proceder, y en vez de decir que va media demeritada, me ofrecería mucho más. Según voy viendo, sirves a don Ana y no la conoces, pues si la conocieras, no harías lo que haces.

—Tal vez.

—Es imposible que nos pongamos de acuerdo, y a punto muéstrame, amigo Pablo, siquiera porque

mucho falta me hace el dinero, y además, porque deseo complacer a una persona como tú.

—Tendrás los cuatro mil ducados, y para que te convenzas de que soy digno de representar a don Ana de Mendocza, te ofrezco cinco mil si el negocio termina en breve plazo.

—¡Oh!...

—Y más todavía, porque mi noble señora tiene tan vivos deseos de poner fin a este asunto, que te dará mucho más de lo prometido y más de lo que tú le pidas.

—Pues complámonos de las cosas.

Hablando así, acabaron de cenar.

Brindaron por última vez.

El señor Pablo Cornejo dió a su amigo cuantas explicaciones podía éste necesitar, y una hora después estaban completamente de acuerdo en todo.

También recibió el italiano doscientos escudos para hacer los primeros gastos.

En otra taberna se reunieron toda tarde el hijo de Gato y Gato.

—¿Qué has adelantado?—preguntó éste.

—Todo cuanto podíamos desear, y mañana conocerás a mi amigo, porque ha de verme antes de ir a la hostería.

—Muy bien.

—Será preciso darle cinco mil ducados.

—¿Y qué nos importa? Para eso es bastante rica don Ana.

—Por esta vez no los de honro al país, pues como me encargo a mi amigo Leguina, lo tomará por un caballero y tendrá que batirse con él.

—Bueno será que con otro hombre se presente en la hostería.

—Ya se lo diré, por si le parece conveniente.

—Y debe aparecer que acaba de llegar a la corte—dijo Gato.

—Todo eso ya previsto.

—¿Tardará mucho tiempo en acabar el negocio?

—Free días lo mas, según hemos convenido, pues de lo contrario, no tendrá derecho para recibir más de cuatro mil ducados.

—Me parece bien.

Los dos criminales esperaron con ansiedad el siguiente día.

CAPÍTULO CVIII

Cómo Leontín supo aprovechar la ocasión para cumplir inmediatamente lo que había prometido

Y el siguiente día llegó, como debía llegar, puesto que el tiempo no interrumpió su marcha.

Las nueve acababan de dar, cuando en la hostería de maese Bianchini se presentó Leontín vestido lujosamente.

El hotelero le recibió, haciendo profundas reverencias y preguntándole qué era lo que deseaba.

—Ayer tarde llegué a Madrid — dijo el nuevo auxiliar de la princesa —, y me metí en una posada que hay junto a la Puerta de Moros, creyendo que allí me sería posible pasarlo medianamente.

—Se equivocó vuestra merced — respondió el hotelero, mientras desplegaba una dulce sonrisa y examinaba atentamente el lujoso vestido del espadachín —. Ni en esa posada ni en ninguna otra de Madrid puede acomodarse un caballero que esté acostumbrado a vivir con cierto decoro.

—No he podido dormir en toda la noche, y en cuanto a la comida...

—¡Horror!... Ni siquiera habrá podido probarla vuestra merced.

—He preguntado, me han hablado de vuestra casa, y he venido inmediatamente para saber si aquí puedo instalarme. Quiero el mejor aposento, el servicio más delirado, lo mejor, en fin, de todo, porque pagar con largueza no me dáña. Un mes hace que salí de mi casa, donde tengo comodidades y lujo, y aunque a nadie conozco en Madrid, como traigo la bolsa bien provista, me parece que puedo pasarlo bien.

—No es por alejarme señor caballero — repuso

Mancioni, haciendo otra reverencia—; pero todo el mundo os dirá más de lo que yo puedo decir sobre mi casa. Lo único que siento es que dos personas ocupan lo mejor del piso principal, y aunque hay otras habitaciones, no les agrada tener vecinos, y...

—¿Son caballeros?

—Muy nobles hidalgos, muy ricos y representando un gran papel en la corte.

—Pues me parece que no han de llevar a mal que una persona como yo ocupe el aposento inmediato al suyo, pues no he de molestarlos para nada, ni de ellos he de ocuparme sino cuando por casualidad los encuentre al entrar o salir.

—Les preguntaré y los suplicaré que me permitan la honra de tener en mi casa a vuestra señoría.

—En cuanto al precio no hay nada que hablar, pues lo que me pidáis os daré.

—Soy hombre de conciencia.

—Ya lo sé.

—Sentaos y esperad.

—Si bien os parece, yo les hablaré también, pues que las personas de cierta clase se entienden pronto y con facilidad.

—Es una buena idea.

—Pues dadles aviso.

—Sí, y yo entraré primero.

Siempre con el gornio en la mano, salió el hostelero.

El espadachín lo siguió.

Entró el primero en la habitación que ocupaban nuestros amigos, que acababan de almorzar.

Pero León saboreaba todavía el último vaso de vino, y al ver al hostelero, le preguntó asperamente:

—¿Qué queréis?

—Perdonad.

—No he nada llamado.

—Pero necesito haceros una súplica, y como soy tan bondadoso, y...

—¡Quieros de Lucifer!

—No os enfadéis, porpita...

—Me desagrada la adulación.

—Dejadlo que se explique—dijo León.

—Ha llegado un caballero muy principal y se

esta una habitación, y como le he dicho que sin vuestra licencia no quiero ni deo disponer de mi casa, ha mostrado el deseo de hablaros, y...

—¡Vive el cielo! ¿Acaso no sabéis que debemos estar solos en el piso principal?

—Lo sé; pero cuando una persona de cierta clase...

—Decid a ese caballero...

—Que entre—interrumpió Luis—, pues no podemos negarnos a recibirlo y escucharlo, que el ser cortés es obligación de hombres bien nacidos.

—Al momento entrará—dijo el hostalero, aprovechando la ocasión, saliendo y diciendo a Leonín:

—Esos hidalgos os aguardan, y os advierto que las palabras del uno no debéis tomarlas en consideración, pues como soldado, es rudo; pero en cambio el otro se ha educado en la corte, en el alcázar, y se tratará como maestro.

—Comprendo.

—Entrad—dijo entonces maso mismo abriendo la puerta.

Leonín era un cómico hábil y debía representar su papel a las mil maravillas.

Dándose los aires de un caballero, y sonriendo según costumbre, se presentó a nuestros amigos.

No necesitaba que le dicesen quién era Luis y quién el capitán, pues para distinguirlos le bastó el primer golpe de vista.

Su saludo fué para ambos; pero se dirigió luego al paje, y le dijo:

—Perdonad si os molesto sin título alguno, puesto que os soy enteramente desconocido.

—Senescal, caballero—respondió el paje en tanto que su mirada fijábase escudriñadora en el espadachín.

El señor Pero León le contemplaba también y decía para sí:

—¿Dónde he visto a ese hombre? No lo sé; pero él es que lo he visto otras veces. Tengo mala memoria, y sin embargo... No sé, no sé.

—¿En qué puedo servirlos?—preguntó Luis.

—Llegué ayer a la corte y me fui a una posada...

—¡Vive el cielo!—interrumpió el capitán, que nunca se cuidaba de ciertas conveniencias sociales—

tamente precisas y de gran importancia en el tras social.—¿Nunca habéis estado en Madrid?

—No—contestó sencillamente el italiano.

—Pues yo juraría que os he visto otras veces.

—¿Habéis viajado?

—Mucho.

—¿Habéis estado en Italia?

—Bastante tiempo.

—Pues es posible que allí me hayáis visto, por que en Italia nací.

—Eso debe ser.

—Pues como os decía, llegué a la corte y me instalé en una posada donde es imposible que viva una persona de mi clase, y preguntando, me dijeron que sólo en esta casa podría encontrarme bien; pero vuestro huésped...

—Sin mi licencia no puede ceder a nadie las habitaciones de este piso.

—Y esa licencia es la que vengo a solicitar, pues según entiendo, no necesitáis todas las habitaciones. Para nada os molestaré, y como no he de permanecer en Madrid más que una semana, os veréis muy pronto libre de mi presencia.

—Maese Mancioni está equivocado.

—No comprendo...

—Os ha dicho que no necesitamos todas las habitaciones y no es verdad.

—Otra vez os pido perdón—dijo el italiano en la énfasis que le caracterizaba—, pero si me permitiséis manifestar lo que siento...

—Os escucharé con mucho gusto.

Leontín desplegó una sonrisa y repuso:

—Me negáis el favor que os pido y lo siento.

—Hay en Madrid otras posaderas.

—No lo dudo.

—Y lo que encontréis aquí lo tendréis en otra parte.

—¿Y el disgusto de que mi súplica haya sido desatendida?

—Caballero—dijo el capitan, que no pudo ya dominarse—, me parece que no tengo la obligación de complaceros.

—¡Oh! Ya lo sé, y precisamente por eso he solicitado...

—Y como a nosotros no nos conviene acceder a vuestra súplica, os lo declinamos con franqueza, y quedamos terminado el asunto.

El italiano se puso en pie.

Su sonrisa era cada vez más dulce.

Acercóse a Luis y le dijo con la más perfecta calma:

—Sois hidalgo, y debéis saber lo que se siente cuando uno ruega y no se le escucha...

—¿Y bien?

—Las personas de mi clase se consideran ofendidas en casos como este.

Aunque lentamente, se arrugó el entrecejo de Luis y su mirada se fijó penetrante en el italiano.

—No os he ofendido—replicó el manco.

—Parece que por vivir cerca de vos os voy a molestar, y es que sin duda no habéis pensado que soy un caballero.

Pero León sintióse arrebatado por la ira, y su primer impulso fué rechazar enérgicamente las palabras del espadachín; pero lo contuvo el paje con una mirada. Los tres quedaron silenciosos por algunos minutos, que fueron bastante para que reflexionara Luis.

Tenía éste razones sobradas para no querer que nadie ocupase los aposentos inmediatos al suyo; pero hubiera accedido al fin a la petición del italiano, si éste no diera a la conversación nuevo giro.

A conceder estaba siempre dispuesto el paje; pero jamás a someterse a voluntad ajena.

¿Con qué derecho el desconocido osando aplicar, empezaba a exigir?

Creyó el manco que sin mengua de su honor no podía ya mostrarse condescendiente y replicó con tranquilidad, aunque con energía:

—A lo que acabáis de decir nada tengo que contestar.

—Entonces...

—Hago uso de mi derecho, y vos mi respetaréis, porque así es vuestra obligación.

—Entiendo, entiendo—dijo el italiano con voz serena.

—He concluido, caballero.

—¡Me despido!..

—Doy por terminada esta conversación, y si de otro asunto no tenéis que hablarme...

—¡Oh! Más ofensas y más graves,

—Si os empeñáis...

—Me llamo Colonna.

—No os he preguntado vuestro nombre, porque no necesito saberlo.

—Es un nombre ilustre, nadie lo ignora.

—¡Vive Dios!—exclamó el capitán—. Pues que os haga buen provecho.

—No hablaba con vos.

—¡Tripas de Lucifer!

—Callad—dijo Luis a su amigo.

Y volvieron a quedar silenciosos.

Después de algunos minutos, el espadachín hizo una reverencia, sonrió y dijo:

—Estrechas obligaciones me ha impuesto el nombre ilustre que sin mancha me legó mi padre, y por consiguiente, después de la ofensa, es absolutamente precisa la reparación. Solté hidalgo, yo caballero, y abrigo la esperanza de que nos entenderemos fácilmente, quedando cada cual en el lugar que le corresponde.

Hecha estaba la provocación con toda la delicadeza que podía exigir el más cumplido caballero.

No había medio de excusarse sin declarar o reconocer tácitamente que el miedo era un estorbo para dar a la honra lo que ésta exigía.

En realidad, no había motivo para que a tal extremo llegasen las cosas; pero ello es que así había sucedido, y ya no era posible retroceder.

Después de haberle amenazado, ¿cómo había de conceder el paje lo que se le pedía?

Ya le era preciso olvidarse de todo para pensar solamente en la cuestión de honor.

Entre personas distinguidas no es menester que se crucen palabras groseras, ni ofensas de esta clase, pues para cruzar la espada es sobrado con mucho menos. Del valor de Luis no tenemos que hablar.

Desagradábele aquella cuestión, no por el peligro que ofreciese, sino porque la consideraba absurda.

En cuanto al capitán Pero León, debemos decir

es no pensaba lo mismo, y tenía que esforzarse para no echar mano a la espada, pues opinaba que el imperitente extranjero no merecía ninguna clase de consideraciones.

De muy buena gana el capitán hubiera hecho salir a cintarazos a Leontín, considerando que éste se merecía que se le tratase de otra manera, por haberse tomado la libertad de meterse donde no le llamaban, y sobre todo, por no reconocer el derecho que cada cual tiene para hacer en su casa lo que mejor le parezca.

Miradas furibundas lanzaba Pero León al italiano; pero éste fingía no apercibirse de las demostraciones de aquél, y continuaba sonriendo quicistruanamente.

Después de algunos momentos, dijo el paje:

—Os he negado lo que me pedía, porque esas habladurías las necesito para un amigo que ha de llegar muy pronto a la corte.

—El eso me lo hubieseis dicho antes...

—Lo digo ahora y es igual...

—Después de la ofensa parece una excusa, y...

—¡Caballero!

—¡Rayos de Satán!—gritó el capitán, sin poder ya dominarse y llevando la diestra a la empuñadura de su espada.—¿Acaso tenemos la obligación de daros cuenta de nuestros asuntos ni de complaceros en cuanto se os antoje pedirnos? ¿Quién os ha llamado? ¡Truenos y centellas!... Me parece que acabaremos mal, y debéis tener entendido, que he callado por respeto a mi amigo el señor Luis.

El extranjero no tuvo por conveniente tomar en consideración las palabras del capitán y dirigiéndose a Luis, le dijo:

—Veamos cómo hemos de arreglar este asunto.

—Si habéis creído que vuestras provocaciones me hacen temblar...

—Un hidalgo español no puede tener miedo,

—¿Sabéis quién soy?

—Lo ignoro, pues no lo ha preguntado al hostalero ni él me lo ha dicho.

—Bueno, llaman el diablo, y tantas veces he arriesgado la vida...

—¡Ah!...

—Ahora no os quedará duda...

—Grandísimo honor para mí... ¡El hombre se ha hecho célebre en España y en Flandes! Soy muy desgraciado; pero ya no tiene remedio. ¡El honor lo manda!... ¡El diablo! Ni siquiera lo sospeché. Mi muerte es cierta; pero, en cambio, será muy honrosa.

—¿Es decir, que insistís?...

—La honra, señor hidalgo, la honra.

—No he pensado ofenderos.

—Pero ello es que me habéis ofendido.

—Repito que no.

—Si nuestras espadas no se cruzasen, quedaríamos deshonrados, y esto es más grave para nosotros, porque somos muy conocidos. Vos, el diablo de la capa blanca, y yo, un Colonna... ¡Diantre! Es preciso.

—Sea—repuso Luis, que ya no podía hacer más observaciones sin dar motivo para que se le llamase cobarde.

—¿Cuándo y cómo? — preguntó dulcemente el italiano.

—Cuando bien os parezca, ahora mismo.

—Dentro de dos horas, en la pradera del Manzanares, al otro lado del puente, a la derecha.

—Allí estaré.

—Y allí acudiré con los que han de ser testigos.

—Pues ahora salid—dijo el paje con altivez.

—Carlismo hidalgo, que el cielo os proteja y...

—Con Dios id.

Hizo el italiano una muy profunda reverencia, volvióse, dió un paso...

Volvió a detenerse, porque la puerta se abrió presentándose un hombre.

Era Santiago.

La presencia de éste nada valía de particular.

—Buenos días—dijo.

Y al mirar a los unos y a los otros, exclamó dirigiéndose a Leontín:

—¡Vive el cielo!... Tú por aquí. Me alegro, porque ya hacía mucho tiempo que no nos veíamos. ¡Rayos! Has hecho fortuna, según lo prueba la ropa. ¿En qué negocios te has metido?

No fué menester más para que el paje comprendiese que el caballero era un farsante, un bribón, un miserable como Gineés, pues de otra manera, Santiago no podía conocerlo, ni lo hubiera tuteado y hablado en el sentido en que lo habló.

Lo mismo entendió el capitán, y no pudiendo ya dominarse ni teniendo para qué guardar ninguna clase de consideraciones, desenvainó la espada y se lanzó sobre el italiano.

La escena que tuvo lugar apenas puede describirse. Leontín desnudó también el acero, retrocedió y se dispuso a defenderse; pero entre tanto, dijo:

—Queréis asesinarme... Esto es una cobardía. Antes os he provocado y vacilabais para aceptar. ¿Por qué me acometéis ahora?

—¡Quieto!—gritó el paje, poniéndose entre el capitán y el italiano.

Empero, Santiago también sacó la espada, pues aunque ignoraba lo que había sucedido, supuso que su amigo Leontín había intentado cometer algún crimen.

Muy crítica, verdaderamente horrible era la situación para el italiano.

No le servían entonces sus habilidades para manejar la espada, puesto que debían tratarlo como a un niño y sin dignarse hacer más que apalearlo.

—¿Pero qué haces aquí?—le preguntó Santiago.

—Ninguna queja pueden tener de mí estos caballeros...

—Ha querido engañarnos.

—No y mil veces no.

—Sí.

—Verdad es que he tomado un nombre que no me pertenece; pero, ¿qué importa? Así me convenía y así lo hice. Descaba vivir en esta casa, porfi un aposento, y...

—¡Cuernos de Lucifer! — Interrumpió el capitán—. Y nuestras primeras palabras las habéis considerado como una ofensa y habéis retado al señor Luz, lo cual significa...

—Que quería matarme—decía el manco.

—¡Cuernos de Satanás! Con vida saldrá de aquí este hombre, pero con los huesos sanos, eso no, porque he de darle tan tremenda paliza, que no

pueda olvidarla en cien años. Ahora lo comprendo todo. Yo lo ultrajaba y no hacía caso, y vuestras palabras corteses le parecían una ofensa, y era con vos con quien quería batirse.

—Empiezo a comprender—murmuró Santiago, y Dios me ha traído, porque no es posible que Dios nos abandone en esta lucha.

Luis cerró la puerta, echó la llave y la guadaña. Mortal palidez cubrió el rostro del espadachín.

—¿Qué intentáis?—preguntó con voz alterada.

—Convencerlos de que todo lo adivino y que es imposible engañarme, porque cuando yo no actúo a defenderme, la casualidad viene en mi ayuda, como ahora ha venido.

—Supongo que me permitiréis hablar.

—Sí.

—¡Ah! Entonces me he salvado.

—Sentaos, sosedaos y escuchadme, y vosotros mis queridos amigos, callad, porque este asunto le da arreglarlo yo.

Aunque de mala gana, sentáronse el capitán y Santiago, y luego hicieron lo mismo el paje y León, que volvió el acero a la vaina.

—Servís a doña Ana de Mendoza, ¿no es verdad?—dijo el paje.

—Sí—respondió sin vacilar el italiano—, o si se de hablar con más exactitud, me había comprometido a servir a la princesa y al estallar he concluido.

—¿Conocéis al señor Pablo Cornejo?

—Hace algunos años.

—¿Y a Gineés?

—Desde hoy.

—Os han buscado para que provoquéis algún lance.

—Sí, y no llevéis a mal que os diga...

—Todo lo que sea verdad.

—Si Santiago no hubiese venido, dentro de dos horas estaríais en el otro mundo.

—¿Tanta confianza tenéis en vuestro brazo?

—Os ofrezco la prueba.

—Y yo la acepto.

—Pondremos en la punta de vuestras espadas

de tapones de esas botellas, y veremos si conseguimos nada.

—¿Y cuánto os daban por tan importante servicio?

—Una gran fortuna: cinco mil ducados.

—Que los habéis perdido en un instante.

—Pero puedo ganar lo que vos tengáis a bien darme, porque de mejor gana os serviré a vos que a la princesa. Tenéis de vuestra parte la fortuna, y a vuestro lado es imposible perder. No he cometido ninguna torpeza, y la prueba está en que cabéis en el lazo. Sin embargo, como era posible que sufrierais una desgracia, la loca fortuna quiso que Santiago se presentase. Sólo así se comprende que hayáis podido sostener contra todo el mundo una lucha y salir triunfante. Serviré a la princesa en cuanto me pida, menos contra vos, pues aunque no sois más que un hombre, valéis tanto como el mismo Satanás.

—Por eso me llaman el diablo.

—Aquí me tenéis a vuestra disposición.

—No tengo necesidad de vuestros servicios.

—Podéis tenerlos el día menos pensado.

—Entonces os buscaré, y si os conviene...

—Lo siento mucho—dijo el italiano.

Y exhaló un triste suspiro.

—Me habéis ofrecido la prueba de vuestra habilidad en el manejo de la espada...

—Ahora misma.

—¡Bien!—exclamó el capitán con entusiasmo—. Eso empieza a divertirme y me parece que aun hemos de ser los mejores amigos del mundo.

—Si mi amigo Leontín principió mal, concluye bien—dijo Santiago— y por consiguiente, no tenemos por qué mirarle con rencor.

—Mientras ellos tiran, nosotros beberemos—dijo el capitán, tomando una de las botellas que aun estaba llena de vino.

—Siquiera porque nos hemos librado de una gran desgracia.

—¿Acaso creéis que con la espada en la mano valéis más vuestro amigo que el señor Luis?

—Y apuesto ciento contra uno.

—¡Vive Dios! Lo conozco demasiado bien.

—Si eso fuese verdad...

—Pronto lo veréis.

Según lo convenido, Luis y el italiano pusieron los taponos de las botellas en la punta de sus espadas.

El juego era arriesgado, pues muy fácilmente podían herirse; pero el italiano sabía en su habilidad y el paje era temerario lo mismo que siempre.

Colocáronse a conveniente distancia.

Brindaron el capitán y Santiago y fijaron toda su atención en los combatientes.

—Mucho cuidado—dijo Leontín, poniéndose a guardia.

—No necesito el consejo.

Las espadas se cruzaron; no se jugaba la vida, pero era una cuestión de amor propio, casi cuestión de honra, que para ciertos hombres tiene tanta importancia como la existencia.

Desde aquel momento no se percibió otro ruido que el de los aceros al chocarse.

Los dos adversarios, más que herir, procuraban ante todo medir sus fuerzas.

El italiano sonreía siempre.

Luis estaba completamente tranquilo.

El capitán Pero León no articulaba una sílaba y hasta se había olvidado del vino.

Como inteligente en la materia, iba apreciando la destreza de cada cual y le pareció que Leontín no era un maestro tan consumado como se decía; pero no le ocurrió pensar que el astuto italiano sabía ser torpe para inspirar confianza.

Pasaron cinco minutos.

—¡Oh!—exclamó Leontín—. Tenéis una muñeca de hierro.

—Gracias por la adulación—dijo el paje.

—Nunca creí que fuereis un competidor tan temible—añadió Leontín.

—Veremos.

—Una... Dos...

El espadachín se tiró a fondo.

Luis paró admirablemente el golpe.

—¡Ah! Merecéis el título de maestro, y reconozco que la vanidad me había cegado—dijo Leontín como si empezara a preocuparse.

—¡Muy bien!—exclamó el capitán, entusiasmado.—¡Por las uñas de Lucifer! ¡Truenos y centellas!

Leontín, con cuanta daltura le fué posible, dijo entonces:

—Este ejercicio es muy saludable; pero no quiero que os fatiguéis mucho. Preparaos... ¡Oh!... La páncrea.

No sabemos cómo sucedió; pero ello es que el paje recibió una estocada en el pecho.

Sintió que toda su sangre afluyó a su cabeza; pero disimuló.

—¡Por Satanás!—gritó el capitán, fuera de sí.

—La segunda—dijo el italiano.

Y otra vez tocó con la punta de su tizona el pecho de Luis.

Ya no era posible poner en duda la superioridad del napolitano.

Quiso el paje atacar y herir; pero en un abrir y cerrar de ojos recibió otras dos estocadas.

Pueso le fué declararse vencido.

El célebre diablo había encontrado quien valiera más que él en algún sentido.

—Basta—dijo.

—Soy vuestro servidor más humilde—contestó el italiano.

Pero León empezó a jurar, blasfemar y maldecir.

Hubiera preferido que lo matasen antes que ver a Luis vencido.

El peligro de que ésto acababa de librarse, pudo comprenderse entonces.

—Viéndolo estáis—dijo el italiano—: si se lleva a cabo el duelo...

—Yo hubiera dejado de existir.

—Santiago ha sido el estorbo para que yo haga fortuna, pues por lo menos cinco mil ducados quedarían hoy mismo en mi bolsillo.

—Ahora yo—dijo el capitán, poniéndose en pie y sacando la espada.

—Perdonad...

—¿No queréis hacer la prueba conmigo?

—Sí; pero desde luego os diré que no valéis tanto como vuestro amigo.

—Lo veremos.

Muy pronto dió principio un segundo combate. Leontín no se había equivocado.

Con rapidéz inconcebible dió una, dos, tres y cuatro estocadas al capitán sin que éste consiguiera tocar a su adversario.

—Libreme Dios de hacer la prueba—dijo Santiago.

—¡Rayos de Satanás!

—¿Y qué hemos de hacer ahora?

—¡Cien legiones!... Maese Macarrón tiene algunas botellas de jerez, las vaciaremos y nos alegraremos. En buena lid nos habéis vencido. ¡Higades de Lucifer!... No podemos quejarnos. Acertado estuvo el señor Pablo Cornejo cuando os buscó para que lo ayudaseis en su difícil y arriesgada empresa.

—Con la espada en la mano valéis mucho más que yo—dijo Luis—, y así lo declaro, porque es verdad.

Llamaron al huésped, pidiéndole el jerez y lo demás que fuese a propósito para hacer boca, y pocos minutos después comían y bebían alegremente y como los mejores amigos del mundo.

Luego hablaron del motivo de aquella reunión.

—Ya me conocéis—dijo el italiano—, por consiguiente no podré servir a doña Ana de Mendoza.

—Tened paciencia—le contestó el capitán.

—Pero si no puedo servirla, puedo engañarla, porque no hay necesidad de que sepa lo que ha sucedido—replicó Leontín.

—Haced lo que mejor os parezca.

—Si aceptaseis mi ayuda...

—No la necesito—dijo Luis.

—Entonces no tengo para qué engañar a la princesa.

—Acabáis de probar que con la espada en la mano valéis más que yo, y si aceptásemos nuestros ofrecimientos, se creería que tenemos miedo a una estocada.

—Como nadie ha de saber lo que tratemos...

—Lo sé yo, mi conciencia, y esto es bastante.

—Sois demasiado escrupuloso.

—Así he nacido.

No, no era posible que Luis aceptara los servicios del espadachín.

Este suspiró tristemente.

Tenía que contentarse con los doscientos escudos que había recibido, a menos que se le diese tiempo para buscar otra ocasión en que hacer uso de su habilidad.

Una hora después se separaron.

Cuando el italiano iba a salir, lo detuvo manco Mancioní, preguntándole:

—¿Ya os habéis arreglado?

—Sí, perfectamente.

—Entonces...

—Ese diabólico manco os dirá lo que habéis de hacer.

—Bien, señor caballero muy bien.

Poco tuvo que andar Leoncín, porque Cornejo y Omés lo aguardaban en la taberna de la misma plaza del Arrabal.

—¿Qué tenemos?—preguntó el hidalgo apenas vio a su amigo.

—“El hombre propone y Dios dispone”—respondió el italiano.

—Fus palabras significan...

—Que os olvidasteis de decirme que Santiago era uno de los auxiliares del diabólico manco.

—¿Y qué te importa Santiago?

—Nada me importaría si no me conociese lo mismo que tú, o si no hubiese llegado precisamente cuando el señor Luis y yo conveníamos en la hora en que habíamos de batirnos.

—Pero...

—Aproveché la ocasión, provoqué el lance, y cuando el asunto marchaba a las mil maravillas, entró Santiago.

—¡Truenos!

—¡Vive Dios!

—No os enfadéis, porque la culpa no es mía, es vuestra.

—¿Y ya no te atreves?

—A todo, y con seguridad completa del triunfo; pero es necesario buscar otro medio.

—Dí lo que ha sucedido.

Leontín refirió detalladamente cuanto acababa de suceder.

Creyeron que no había motivo para perder las esperanzas. Puesto que ya era cosa cierta la superioridad del italiano cuando se trataba de batir, podían esperar hasta que se presentase ocasión propicia.

Bien fuese de noche, en Madrid o en Burgo, podría Leontín acometer al paje, y éste se detendría, porque no era hombre que volviese la espalda, y el resultado no sería dudoso.

La presencia del capitán no sería en ningún caso un estorbo, pues le acometerían los que acompañasen al italiano, mientras éste se entendía con el paje.

De una vez para siempre se desechó el descabellado plan de introducirse en la hostería para asesinar a Luis, pues se convencieron de que ésa era impracticable.

—¿Y qué diremos a nuestra señora?

—No le diremos nada—respondió Cornejo—, y así saldremos del apuro.

He ahí cómo quedó la situación: la vida de Luis dependía de una casualidad cualquiera.

CAPÍTULO CIX

Se acerca el día

El astuto era el señor Pablo Cornejo, mucho más astuto era Leontín, y sobre todo discurría con mayor claridad y acierto.

Cubiertas estaban por de pronto las necesidades todas de Leontín, y por consiguiente con tranquilidad pudo entregarse a profundas reflexiones sobre la situación de los unos y de los otros.

Los sucesos que acababan de tener lugar, dábanle la medida de lo que debía suceder, y no le quedaba duda en cuanto a la suerte que aguardaba a la princesa.

De ésta podía esperarse dinero; pero no podía

ción, sino que, por el contrario, era muy peligroso ser su amigo, su auxiliar o servidor, pues esto casi constituía un crimen en el punto a que habían llegado las cosas.

—En vista de todas estas razones y de otras muchas, el italiano decidió representar un doble papel, aunque le desanimasen las negativas terminantes de Luis.

¿Qué había de hacer éste con quien le prestase un servicio de gran importancia?

Era el paje demasiado noble y generoso, y si no grandes recompensas, por lo menos protección había de dispensarle a quien lo auxiliase.

Lo que valía en aquellos momentos la protección de Luis, lo sabía muy bien el napolitano.

Conferenció con el señor Pablo y con Ginés, discutió y los dejó convencidos de que era conveniente y aun inexcusable ir a Burgos, decir a doña Ana la verdad, y de acuerdo con ella trabajar sin descanso y como quien al tiempo da el valor inmenso que tiene.

Inmediatamente emprendieron el viaje, y llegaron a Burgos y Leonín tuvo la honra de hablar con la ilustre viuda, lo cual no pudo hacer Cornejo, porque todavía su brazo no le permitía trepar por la escala.

Aunque desagradó mucho a la princesa lo que había sucedido en la hostería, parecióle que el italiano podía ser un gran auxiliar, pues aunque sólo en un sentido, era superior al diabólico paje.

¡Superior en algo a Luis!...

Esto parecía inverosímil, y sin embargo, era verdad, puesto que la prueba ya la tenía.

Opinaba Leonín que ante todo la princesa debía salir de su encierro, sin perjuicio de aprovechar entre tanto cualquiera ocasión que se presentase para matar a Luis, y ella quedó también convencida de que éste era el plan más acertado.

Poco faltaba para que la reja quedase en disposición de romperse con un sólo esfuerzo, y por consiguiente pensaron que ya debían hacerse todos los preparativos para que la viuda se ocultase.

Con todos sus detalles quedó trazado el plan.

Ginés continuaría escondido en Madrid; el ita-

lano se instalaría en la casa de la princesa, y el señor Pablo Cornejo quedaría en Burgos para enviar y recibir noticias.

Desde luego se hizo así y la traviesa Inés vió con sorpresa al nuevo compañero, así como él miró a la sirviente con excesivo agrado.

Luis no pudo saber más que lo que se veía, es decir, que Cornejo se quedaba en Burgos y que los otros dos criminales estaban en Madrid.

¿Qué debía deducir de esto el paje? Nada.

Caviló, hizo suposiciones y deducciones apropiadas a la verdad, y comprendiendo que se acercaba el instante decisivo, quiso también aprovechar el tiempo, trazó su plan y dispuso que el escudero del marqués, desconocido completamente para Cornejo, se fuese a Burgos y observase al hidalgo.

Ya sabemos que Juan era para semejante comisión muy a propósito, pues a travieso y listo, ni el paje le ganaba, y a Burgos marchó muy contento yendo a instalarse en la posada de Lucas con el que tuvo la siguiente conversación:

—Supongo—dijo Juan al posadero—, que no ignoráis hasta qué punto es poderoso ese marqués ilustre a quien llaman el diablo, y que más de una vez ha honrado con su presencia vuestra casa.

—¿Le conocéis?—preguntó Lucas, mirando con un sí es no es de temor al escudero.

—Soy su criado.

—¡Ah!...

—Y he recibido la orden de trataros como merecáis.

—Entiendo.

—Con facilidad adivinaréis para qué he venido a Burgos. Traigo la bolsa llena de oro; pero también una orden del rey, orden que ahora mismo os enseñaré, para que la justicia esté a todas horas a mi disposición, y por consiguiente...

—Basta, basta.

—Los calabozos, el tormento, la horca...

—No llegará ese caso—replicó vivamente Lucas.

—Mucho me alegraré.

—Disponed de mí a vuestro antojo; soy vuestro en cuerpo y en alma; y aunque ignoro qué clase de

como es el que traeis entre manos, todo cuanto se preciso hare para que cumplido quedéis.

—¿Y el señor Pablo Cornijo?

—Lo mismo que siempre; sale y entra, y ayer escribió una carta que envió a Madrid.

—¿Tiene completamente bueno el brazo?

—Parece que sí, porque se ha quitado ya el castillo, y si del todo no lo tiene ya bueno, muy poco debe faltarle.

—Tengo necesidad de ponirme en relaciones con él de ser su amigo.

—Pues es cosa muy fácil, y él se alegrará mucho, porque no tiene con quien hablar, y se aburre.

—Si os pregunta mi nombre, le diréis que me llamo José Mediavilla, porque es preciso evitar...

—No soy torpe.

Muy poco más hablaron.

Contentísimo quedó el huésped, porque veía que la fortuna se había entrado de rondón por las puertas de su casa.

Al día siguiente Juan y Cornijo se trataban ya como los mejores amigos del mundo, y pasaban el tiempo comiendo, bebiendo y jugando.

El escudero, que mentía con tanto descaro como habilidad, representó el papel de un intrigante que estaba metido en graves negocios para favorecer una conspiración en favor del señor Antonio Pérez.

Sobre este punto no hizo mas que figurar indicaciones, pero sus palabras fueron bastante para que el astuto Cornijo hiciese deducciones que creía muy acertadas.

Así el hidalgo no extrañó que su nuevo amigo gastase el dinero a manos llenas, ni mucho menos que saliese de la posada a ciertas horas de la noche.

Una semana transcurrió, y en sus dos últimos días el señor Pablo fué a ver a doña Ana de Mendoza, si bien no pudo detenerse para hablar mucho, porque no se lo permitió la debilidad de su brazo derecho.

Conviniéron entonces en escribirse, pues así no tendría Cornijo que hacer más que subir hasta la reja y entregar su carta, si es que la llevaba, o recibir la que ya tuviese escrita la viuda.

Juan había seguido al hidalgo, y esperaba que sus observaciones fuesen muy provechosas.

Sobre este punto no se equivocó.

Dofia Ana de Mendoza acabó de limar los hierros en la parte que era necesaria y ya se consideró libre, puesto que no tenía que hacer más que salir protegida por sus servidores.

—¡Por fin!—exclamó la ilustre dama.

Y sus ojos relumbraron con el fuego de su incomparable alegría.

Terminada su obra, tomó la pluma y escribió lo siguiente:

"El jueves, a las doce de la noche, podré ya salir.

"Cornojo permanecerá en Burgos.

"Ginés y Leontín vendrán inmediatamente, y los tres estarán aquí a las doce de la noche.

"La rapidez es de tanta importancia como el sigilo.

"Si algo falta arreglar en Madrid, se hará inmediatamente.

"No se olvide cuanto he dicho sobre mis joyas y dinero, y en todo lo demás, pues una torpeza la más leve, podría costarnos muy caro.

"Repito que ha de ser el jueves, a las doce de la noche.

"Entre tanto, debe permanecer Cornojo en su posada, y así evitaremos que una desgraciada casualidad trastorne nuestros planes."

Ni con más claridad ni con más lucimiento podía explicarse la princesa.

Antes de la hora convenida esperó para entregar el papel al hidalgo, y éste salió para ir al monasterio.

Una hora antes había hecho lo mismo Juan.

Con el mayor descuido llegó el señor Pablo a la tapia, y aunque trabajosamente, la escaló, atravesando la muralla.

El escudero se había ocultado en sitio conveniente, y observaba con toda la atención que el caso requería.

Apenas doña Ana vió al hidalgo, le dijo:

—El día llegó... Tomad, enviada a Madrid y...
más más.

—Señora...

—Vuestro brazo no os permite estar aquí mucho
tiempo.

—Aun está débil, es verdad; pero cuando se tra-
ta de serviros...

—Ya lo sé.

—Puesto que aquí se me dan las instrucciones
convenientemente...

—El jueves recobraré la libertad.

—¡Ah!...

—Más cuidado que nunca.

—Dios nos proteja.

—O el demonio—dijo doña Ana.

—Siempre soy vuestro servidor más leal.

El hidalgo descendió.

Mientras atravesaba la huerta, alejándose el escu-
dero y volviendo a la posada donde un cuarto de hora
después entró el señor Pablo.

—¡Gracias a Dios!—exclamó Juan, que como
casualmente se hizo el encontradizo con el hidalgo.

—Aquí me tenéis, amigo mío.

—Pocos minutos hace que yo he vuelto.

—Entonces...

—Y no he querido acostarme sin veros.

—Os agradezco mucho la atención.

—He de partir muy pronto, al amanecer o an-
tes (y no me parecía bien hacerlo sin despedirme
de tan buen amigo).

—¡Ya me dejáis!...

—No será para siempre, puesto que he de volver
antes de ocho días.

—Eso me consuela.

—Y después en Madrid...

—También nos veremos.

—Sabed que no he cenado, pues por ser la últi-
ma noche que paso aquí, he querido saciar una bo-
tella en vuestra compañía.

—Pues ahora nos servirá el buen Larcas.

—¿Dónde?

—E... al aposento, si bien os parece.

—E... me parece todo a vuestro lado.

Entraron en la habitación de Cornejo.

—Con vuestra licencia—dijo éste—, voy a leer una carta que acabo de recibir.

—Entre tanto nuestro huésped nos dará el vino, algunas magras y golosinas para que brindemos.

El señor Pablo se acercó a la mesa, se inclinó, sacó el papel que le había dado doña Ana y leyó.

Pudo verse cómo se alteraba su semblante.

—¡Por fin!—exclamó, como si hubiese querido repetir la frase de la princesa.

—¡Vino, magras, y lo demás que se os antoje y que sea digno de nuestro paladar!—gritó el escudero, asomándose a la puerta.

Y luego observó al señor Pablo, que por segunda y aun tercera vez y muy atentamente, leyó el escrito de la viuda.

—¿Tenéis buenas noticias?—preguntó sencillamente Juan.

—Sí.

—Yo también las he recibido esta noche muy buenas.

—Entonces nada tenemos que envidiarnos.

—Espero hacer fortuna.

—Y yo.

—Será rico muy pronto.

—Lo mismo ha de sucederme a mí.

—Pues brindemos por la loca fortuna.

—Por el dinero.

—Por los placeres.

—Por la alegría.

Y llenaron y vaciaron los vasos.

—Buen jamón es este—dijo el escudero.

—Sí; pero se atasca—replicó el hidalgo.

—El remedio es fácil.

—Lo tenemos en estas botellas.

—Pues limpiemos la calle del pan, y cuando haya pasado el vino, pasará el jamón.

Bebieron.

—Esta noche tengo buen apetito—dijo el señor Pablo.

—Y yo mucha sed.

—Pues cuidado con el vino.

—Ya sabéis que tengo la cabeza firme.

—Sin embargo...

—¡Mirad!

El escudero tomó una botella y la emptied, permaneciendo buen rato sin cambiar de postura.

—¡Vive Dios!—exclamó el hidalgo.

—¿Me miráis con envidia?

—Yo haría lo mismo si no tuviese que escribir; pero temo que la cabeza...

—Dejad la pluma para mañana.

—Es preciso hacerlo esta noche.

—Pues yo he de beber hasta que me harte—repuso Juan.

Y desde aquel momento continuaron los brindis.

Media hora después se cerraban sus ojos y su lengua estaba torpe.

Aun bebió.

—¿Qué tal? — le preguntó Cornejo, sonriendo maliciosamente.

—Bien, muy bien... Pero como tengo que madrugar... En fin, no creáis que estoy borracho... ¿Lo entendéis?

—Entiendo.

—Y no lo dudéis—repuso el escudero con voz segura—, triunfaremos, porque sí... Los aragoneses tienen el alma bien puesta... ¡Bah!... Se defenderán, y no quedará un soldado... ¿Qué opináis?

—Lo mismo que vos.

—El señor Antonio Pérez... Ya me entendéis... ¡Adelante!... Tengo calor. Tengo sed.

—Pues brindemos a la salud del señor Antonio Pérez.

—Sí, sí.

Juan bebió.

—Tengo que madrugar—dijo.

Se puso en pie.

Se tambaleaba y se cerraban sus ojos.

—Pues sí — balbuceó—, cuando lo digo... ¿Me entendéis?... Porque los aragoneses son siempre los aragoneses... ¡Ayayay!... Nos veremos en Madrid... Y como tengo que madrugar...

Dió el escudero algunos pasos describiendo un zigzag.

—Buenas noches—le dijo el señor Pablo.

—Porque sí.

—Ya veo que tienes la cabeza firme.

—Doña Juana... Ya se ve, como es tan buena...
Y el que caiga que se aguanten...

No pudo hablar más.

Llegó a la cama que había ocupado Ginés y que estaba para éste siempre preparada, y creyendo Juan en su trastorno que era la suya, subióse, dejóse caer y quedó inmóvil.

—¡Vive el cielo!—exclamó el hidalgo—. Está como una caba, y tendré que sufrir su compañía; ¿pero qué me importa? No creo que despierte tan temprano como desea, y si de esta circunstancia depende la salvación del señor Antonio Pérez, ya puede considerarse perdido.

El hidalgo era curioso, y se le ocurrió pensar que tal vez su nuevo amigo llevara algún papel que pudiese en claro la intriga en que se ocupaba.

Hay secretos que se explotan muy fácilmente, y el cómplice de la princesa decidió cometer un abuso pur si se le proporcionaba ocasión de hacer un buen negocio.

El escudero estaba completamente embriagado, y por consiguiente, de nada había de aprovecharse.

—Vemos—murmuró Cornejo.

Y se acercó a Juan, lo llamó y lo sacudió en que éste diera señales de vida.

Seguro de la impunidad, el ruin hidalgo registró los bolsillos del escudero, pero no encontró más que algunas monedas de oro y plata, pero ningún papel.

—¿Y en su habitación?—dijo el señor Pablo.

Tomó la llave, fué a la posada de Juan, lo registró sin encontrar nada tampoco, y volvióse al rey.

Ya no pensó más que en cumplir las órdenes de la princesa.

Tomó la pluma y escribió a Leontina para que inmediatamente y con el mayor sigilo, fuese a Burgos con Ginés.

Aquella carta debía enviarla a la mañana siguiente en cuanto encontrase un mensajero.

Ya nada tenía que hacer, y como eran las tres de la madrugada, decidió descansar.

Desnudóse el hidalgo, se acostó y se quedó muy pronto dormido, confiando en que despertaría muy temprano que el escudero.

No se percibió otro ruido que el de la respiración de aquellos dos hombres.

No sabemos si deliberadamente o por olvido, el señor Pablo dejó encendida la luz que gradualmente se amortiguaba.

Transcurrió una hora.

Juan se incorporó.

Desplegó una sonrisa burlona.

No estaba borracho.

Dejó el lecho.

—Muy bien—dijo—; esto marcha a las mil maravillas. ¿Qué papel era ese que con tanto interés lee este bribón?... ¡Infeliz!... Es astuto; pero no tanto que pueda engañarme. Debo haber fingido bien, puesto que ha caído en el lazo.

Bien pronto el travieso Juan tomó la revancha, registrando los bolsillos de Cornejo, sacando el papel y leyéndolo con tanta atención como alegría.

—¡El jueves!—exclamó—. Que el diablo me lleve si no acabáis para siempre de intrigar. ¡Mil rayos!... Bien dice doña Ana, se acerca el gran día... A caballo, pues.

Voltió el escudero a colocar el papel en el bolsillo del colete del hidalgo, y sabiendo sin hacer el ruido más leve, fué a su aposento, encendió luz, porque para hacerlo así tenía todo lo necesario, tomó su capa, su sombrero, sus armas y sus alforjas, y fué al dormitorio de Lucas, dando algunos golpes en la puerta y diciendo:

—Levantaos.

—¿Quién es?

—El criado del demonio...:

—¡Ah!...

—Daos prisa.

Aunque de mala gana, levantóse el posadero, salió en ropas menores y preguntó con tono de profunda sorpresa:

—¿Qué sucede?

—Qué me voy.

—¿A estas horas!...

—Ha bebido mucho, ha caído borracho y ha dormido hasta muy pocas minutos antes de despertar el señor Cornejo, y como ya era mas tarde de lo

que me convenia, jurando y maldiciendo, he cabalgado y partido.

—Pero...

—Eso habéis de decir, ¡vive Dios!

—Empiezo a entender.

—La borrachera ha sido fingida...

—No necesitó más explicaciones.

—Creo que el señor Pablo tendrá necesidad de enviar una carta a Madrid, y no me conviene que el mensajero salga muy temprano, ni corra mucho.

—Me aturdirá...

—Arregláos como mejor os parezca.

—Descuidad; pero es el caso...

—El diablo lo manda y...

—No es menester que digáis más. Voy a retirarme...

—Tomad — interrumpió el escudero, dando al huésped algunas monedas de oro—. Acostaos y dormid, que yo ensillaré mi caballo. Voy a Madrid y volveré muy pronto en compañía de mi señor y del capitán, y si nos habéis servido fielmente...

—Con toda mi alma.

—Que Dios os guarde.

Encaminóse Juan a la cuadra.

El posadero, aunque se le daba licencia para acostarse, vistióse para abrir la puerta de la casa y despedir al escudero con palabras aduladoras.

Quince minutos después, Juan partía.

—Pero señor—decía Lucas—, ¿qué clase de criado es éste? La verdad es que voy ganando, y si mucho dura este negocio, acabaré por hacerme rico, tan rico, que podré dejar de ser posadero, y a nadie tendré que envidiar y pasaré la más regalada vida que puede imaginarse.

Las horas transcurrieron.

Y la aurora desplegó sus sonrisas.

Y en Oriente se dejó ver el sol.

Todavía pasó otra hora antes de que el señor Pablo Cornejo despertase.

Se restregó los ojos, miró a todos lados, y luego exclamó:

—¡Vive el cielo!... Muy tarde debe ser... Verdad es que muy tarde me he dormido... ¿Y el buen José?

Incorporóse el hidalgo, miró a la otra cama, y con sorpresa vió que su compañero de cuna había desaparecido.

—Borracho estaba y muy borracho; pero, ¡por sanas!, qué pronto ha sacudido la borrachera. Estaba listo, y aunque tenga un momento de debilidad, vuelve en sí y cumple su deber. Seremos amigos, y me parece que más o menos tarde haremos algún buen negocio.

Se levantó y vistió el hidalgo.

Llamó al huésped, que acudió presuroso y sonriente como sonríe la criatura que es feliz.

—¿Habéis dormido bien?—dijo.

—Me acosté muy tarde.

—Pues todavía no hace cinco minutos que partió vuestro amigo, y por cierto que juraba y maldecía como un condenado.

—¿Motivo tenía.

—Pero yo no era culpable de su descaído, pues no me advertió que necesitaba madrugar, y porque quise tranquilizarlo con buenas palabras, me amenazó y echó mano a la espada.

—¿Y no os dió ningún encargo para mí?

—Ninguno.

—Está bien.

—Supongo que queréis el almuerzo.

—Sí; pero antes necesito un hombre que vaya a Madrid con una carta, y no ha de ser un bribón como aquel otro...

—Desculad.

—Si me servís bien...

—Con la cabeza os respondo de la persona que ha de presentáros; pero os advierto que no podrá partir antes de dos horas.

—Si la tardanza se compensa con lealtad...

—Eso sí.

—Pues me conviene.

No dos horas, sino tres tardó el mensajero en salir de Burgos.

Esta circunstancia no era una contrariedad, pues había tiempo sobrado para que Ginés y León se encontrasen en Burgos el jueves.

—¿Hará el diabólico mancebo alguno de las su-

yas?—se preguntaba sin cesar el señor Pablo Orrejo.

No estaba completamente tranquilo, y la verdad es que sobrados motivos tenía para abrigar temores.

Su carta llegó felizmente a Madrid y fue entregada al italiano, que la leyó y dijo:

—Esto concluye y no podré hacer el doble negocio; pero en fin, como doña Ana de Mendoza ha de pagarme con mucha largueza, bien puedo considerarme afortunado. ¿Y qué conseguiré con salir del convento? Nada o muy poco, porque siempre he de quedar en la más crítica situación. Ella lo quiere, y cuando su voluntad se cumpla no tendrá derecho para quejarse de nadie.

Inmediatamente Leontín fué a buscar a Cándida.

Hablaron muy detenidamente del asunto, hicieron todos los preparativos y partieron, sin que el italiano hubiese dicho a Inés ni a nadie que se asentaba.

El les había parecido muy difícil acabar con la vida del paje, creyeron que ningún obstáculo encontrarían para que doña Ana saliese de su encierro.

Volvamos a Burgos, dejando pasar el tiempo suficiente para que los unos y los otros lleguen también.

CAPÍTULO CX

Donde se verá que no inútilmente había hecho el paje el sacrificio de su amor propio

Había llegado el jueves, el día deseado, el gran día para todos. Las diez de la mañana acababan de dar. Profunda era la agitación de doña Ana de Mendoza, y grandes esfuerzos tenía que hacer para disimular lo que sentía.

Reconstrábase en su celda, recostada en un sillón, con la cabeza inclinada sobre el pecho y manos cerrados los ojos.

Meditaba, y sus ideas eran unas veces tristes y otras agradables, como quien entre temores y esperanzas se agita.

Aquella era su última intriga, y si el resultado no correspondía a sus deseos, le sería forzoso renunciar para siempre a su venganza.

La venganza tiene atractivos, esto es indudable por más que sea horrible, y doblemente seductora para una criatura de las condiciones de la princesa.

El más indiferente se hubiera horrorizado al penetrar en el alma de aquella mujer.

¿Que haría la ilustre viuda si no conseguía salir de su encierro? Decidida estaba a morir, y su resolución era tan firme como lo fué la noche en que dejó de existir el príncipe don Carlos.

Como quien guarda un tesoro, conservaba la princesa el veneno de que en otra ocasión había querido hacer uso para acabar con su existencia y que puso fin a la de su marido, y aquel veneno debía servirle también entonces si llegaba a sufrir una nueva derrota.

La puerta de la celda se abrió, presentándose una novicia con una caja forrada de terciopelo negro.

—¿Qué queréis?—preguntó la viuda.

—La muy reverenda madre superiora me manda entregaros esta caja, que acaban de traer. Según parece, debe abrirse por medio de lo sé qué llave.

—Ya lo habréis buscado...

—No, porque nuestra muy reverenda madre dice que sin examinar el contenido de la caja se os puede entregar, por venir de parte de quien viene.

—¿Quién la ha traído?

—Un hombre que acaba de llegar de Madrid, enviado por el señor Luis... No recuerdo el apellido.

—¡El paje!—murmuró la dama con voz sorda. La novicia dejó la caja sobre una mesa y salió. Mortal palidez cubrió el rostro de la viuda.

Muy bien sabía que su adversario no haría nada

por el sólo placer de hacerlo. ¿Qué contenía la caja?

A poco que reflexionó la princesa lo adivinó. Estremeciéndose, y su mirada se tornó sombría. Largo rato permaneció inmóvil.

Por fin se levantó, acercóse a la mesa, buscó el resorte, que encontró muy pronto, y abrió la caja.

Había en el interior de ésta la copa tristemente célebre donde Ruy Gómez de Silva bebió el veneno.

También había un papel, donde decía lo siguiente:

"Señora: Cumpla mi promesa y os devuelva la copa. Aun es tiempo, arrepentíos."

Ni una palabra más decía el paje.

Tembló la viuda.

Retrocedió como espantada; pero fue recuperando poco a poco el valor y las fuerzas, desplegó una sonrisa amarga y exclamó:

—¡Oh! No seré débil en el último instante... Podré morir; pero no me humillaré. ¡Que me arrepienta!... Sí; me arrepiento de no haber aprovechado alguna ocasión para acabar con la vida de mis enemigos. Ya no es posible la vacilación, no es posible la duda. Mi venganza o la muerte... Puesto que me envía la copa, en ella beberé si no consigo salir de este encierro.

Y no vaciló ya.

Tomó la copa, la examinó atentamente, volvió a sonreír, y la dejó sobre la mesa.

—Pocas horas faltan—murmuró—, aunque son muchas para mi anhelo.

Volvió a sentarse.

Ideas verdaderamente horribles brotaron en su mente. Contaba los minutos con ansiedad incombible.

Una hora después examinaba los hierros de la reja, para convencerse de que ninguna dificultad encontraría.

¿Y sus criados y cómplices?

Muy cerca de Burgos estaban ya Ginés y León. Habían hecho felizmente el viaje.

—¡Llegamos muy a tiempo—decía el italiano—, porque podremos descansar hasta la noche.

—Con tal de que el maldito peaje no se presente...

—Gran fortuna sería que lo encontrásemos por aquí.

—¿Y qué ganaríamos?

—Que saldrían a relucir las espadas, cuyas puntas no tendrían ahora taponos de botella y el resultado no sería dudoso.

—Pero si nos acomedian diez o doce hombres...

—El peaje tiene demasiada vanidad, y antes que hacer semejante cosa, consentiría morir.

—Sin embargo, me alegraré mucho que no se nos presente, porque tendríamos que sufrir una turia más.

—Veremos.

Seguieron hablando y avanzando hacia la población de la que ya se encontraban a poca distancia.

Al volver uno de los recodos del camino, dijo Leontín:

—Gente de a caballo.

—Cuatro son.

—Y a buen paso caminan.

—Corren... Mirad.

Efectivamente, cuatro jinetes se alejaban de Burgos, y sus caballos avanzaban al galope.

Una nube de polvo los envolvía, y, por consiguiente, no podía distinguirse qué clase de gente era.

Nada tenía esto de particular, y el italiano y Ginés continuaron su marcha, pues ni el sitio ni la hora eran para infundir temores, por más que en aquella época no fuese posible hacer un viaje con seguridad completa del dinero y de la vida.

En el interior de las poblaciones era peligroso salir de casa después de anochecido, y en despopulado amenazaba el peligro a todas horas.

¿Qué podían temer dos bribones como el desgraciado y Leontín?

Ellos eran dos bandidos, y de ellos debían guardarse los demás.

Seguieron tranquilamente y conversando sobre el asunto que tanto les interesaba.

A los pocos minutos, el italiano exclamaba:
—¡Diantre!

—¡Rayos!—murmuró Ginés, con voz sorda.

Y ambos se estremecieron y tiraron de las riendas.

Quedaron inmóviles sus caballos.

—¡El diévolo!—dijo Leontín.

—¡Fuego de Satanás!... ¡Que el infierno me trague!... ¿Pues no se ha quedado en Madrid el demonio?

—En Madrid estaba pocas horas antes que recibiéramos la carta de Cornejo.

—Pues ya veis...

—¿No puede ser alguna que por capricho o por otra razón cualquiera haya querido ponerse una capa blanca?

—Sí puede ser; pero...

—¿Y por qué nos paramos?

—No lo sé.

—Adelante, pues para ocultarnos ya no es tiempo—dijo el italiano.

Dos llamaradas se escaparon de los ojos de Ginés.

No se habían equivocado, pues capa blanca llevaba uno de aquellos caminantes, y era efectivamente el travieso Luis.

Su presencia en aquel sitio no necesita muchas explicaciones.

Recordaré al lector que el astuto Juan había venido de Burgos mientras el señor Pablo Cornejo dormía, y por consiguiente, llegó a Madrid algunas horas antes que el mensajero que llevaba la carta a Leontín.

Inmediatamente Juan participó a Luis lo que sucedía, y este, sin perder un instante, conferenció con sus amigos y todos montaron a caballo y salieron de la corte.

Claro es que llegaron a Burgos antes que los otros y pudieron descansar y tomar alimento, así como hacer otros preparativos, y luego dijo Luis:

—A caballo otra vez.

—¿A dónde hemos de ir?—preguntó el capitán.

—Saldremos al encuentro del espadachín y al desorejado, y mientras ajusto cuentas con el pi-

—No evitaréis que el segundo tome parte en la acción.

—Entendido.

—Os prohibo que crucéis vuestra espada con el honorable Ginés, porque es indigno de semejante honor.

—Pero si se desmanda, le daremos una paliza.

—repuso el capitán.

—Si no hay otro remedio...

—Proseguid...

—Lo demás ya lo veréis.

—Perdonad—dijo Santiago.

—¿Qué quieréis decir?

—Deseo saber de qué manera os entenderéis con el italiano.

—Nos batiremos.

—¡Vive Dios!...

—¿Qué temes?

—¿Os habéis olvidado de lo que sucedió en la hostería?

—No.

—Pues bien; si tenéis la prueba de que con la espada es Leontín más hábil que vos, me parece una locura arriesgar la vida en los momentos mas críticos y cuando la lucha va a terminar.

El peje soltó una carcajada burlona.

—¿Por qué os reís?—le preguntó Santiago.

—Porque he conseguido engañaros a vosotros también.

—¿A nosotros!...

—Suponed que Leontín hubiese tenido la prueba de que no valía más que yo con la espada.

—Supuesto.

—¿Qué hubiera sucedido?

—Fácil es adivinarlo—dijo Juan—: no quedándoos otro recurso, hubierais acuchado a todas horas y encontrado al fin la ocasión para daros una palizada alevosamente; pero mientras ese brioso creyese que podía mataros en buena lid se descuidaría con la seguridad de su triunfo.

—Pues eso es lo que he querido, que se descuidara, pues al fin hubieran conseguido asesinaros.

—Eso significa...

—Que fingí ser torpe cuando hicimos la prueba

en la hostería, y que entonces sacrificó mi amor propio a miras de mayor importancia.

—¡Vive Dios!—exclamó el capitán—. ¡Puede de Satanás! Dejadme que os abrace... ¡Higadme de Luciter! Me habéis quitado un gran peso de encima. ¡Y yo que creí que ese tunante sabía manejar la espada mejor que vos!... Soy un escápdo... Bien, señor Luis, muy bien... Hoy nos divertiremos. ¡Rayos!... No sabéis lo que sufrí aquella mañana. Pero en cambio ahora voy a gozar mucho.

Poco después salieron de la posada donde se habían instalado y tomaron el camino de Madrid.

Entontráronse los unos y los otros, y apenas el italiano y Ginés se habían convenido de su desgracia, víronse rodeados por los otros.

—¡Por Satanás!—gritó fuera de sí el desorejado escudero—. Queréis asesinarnos cobardemente; pero ha de costaros muy cara vuestra traición.

Todas las espadas salieron a reducir.

—¡Silencio!—gritó el capitán.

—Calma—dijo Luis, que sonreía como siempre—. No hemos venido para mataros como cobardes traidores, sino porque me ha parecido que este lugar es más a propósito que otro para que el señor Leontín y yo arreglemos nuestras cuentas. No os dejéis, pues, arrebatat; escuchadme, que tiempo nos queda para sacar la espada.

—Sois un verdadero hidalgo—dijo Leontín.

—Y si alguna duda puede quedar, ha de desaparecer muy pronto.

—Señor Luis, estoy a vuestra disposición, porque lo cortés no quita lo valiente.

—Ya sé que esta noche, a las doce, ha de salir doña Ana del convento.

—¡Oh!...

—Si llegáis a ver al señor Pablo Cornejo, preguntadle por su nuevo amigo el señor José, que tan fácilmente se emborrachó y...

—¡Rayos!—exclamó Ginés.

—Ese amigo lo tenéis aquí, es Juan, que escapó a Cornejo, que se ha burlado de él lo mismo que de vos...

—Basta, basta.

—No me conviene que prestéis auxilio a la pri-

ma, y he ahí por qué he venido a estorbarlo. Además tengo una cuenta pendiente con el señor Leontín y necesito arreglarla. En la hostería me dió pruebas de su habilidad para manejar la espada, y como mi amor propio quedó herido aunque mi cuerpo quedase sano, he querido hacer otra prueba para vencer o morir, pues ahora no temas de poner rapones de corcho en la punta de la espada.

—Me honrás—dijo el italiano, desplegando una dulce sonrisa.

—Pues descalbálgüenos y principiémos. y testigos serán Ginés y mis amigos.

Leontín fijó una mirada escudriñadora en el paje.

El espadachín empezaba a ponerse en gran cuidado al ver la tranquilidad de su adversario.

—Nosotros podemos hacer lo mismo—dijo Ginés, dirigiéndose a Juan, a quien ya sabíamos que sabía.

—No—respondió el escudero.

—¿Tienes miedo?

—Es que no quiero rebajarme hasta tal punto.

—¡Por Satanás!

—Silencio, señor desorejado, porque si habláis mucho os daremos una paliza y no os quedará un hueso sano.

—Sí, esperad—dijo Leontín—, porque es preciso ver cómo quedo con mi adversario.

Hizo Ginés de la necesidad virtud, y se contentó con lanzar una mirada terrible al escudero de marqués.

El paje y Leontín descalbálgüaron.

Puséronse en guardia.

Reinó un profundo silencio.

Las espadas empezaron a moverse.

Entonces jugaban la vida aquellos dos hombres y no podían descuidarse.

Se atacaron y defendieron.

Pasaron ocho o diez minutos sin ningún resultado.

Leontín palideció.

Esperaba a comprender que Luis le había engañado en la hostería.

Era cobarde el espadachín y muy pronto debía

turbarlo el miedo, cuya circunstancia daría grandes ventajas a su adversario.

—Tuve un maestro hijo de Florencia—dijo al fin el paje.

—Y aprovechasteis sus lecciones.

—Después tuve el honor de que me diese también algunas el ilustre príncipe de Grange.

—¡Oh!...

—Os lo advierto lealmente.

—Ahora la lealtad y antes...

—Me burlé de vos en la hostería.

—Señor Luis, quiero ser vuestro servidor y aun es tiempo...

—Ya es tarde—interrumpió el audaz manco mientras su frente se contraía.

Tembió el italiano.

Su turbación llegó al último punto.

Luis supo aprovechar la ocasión y su espada fué a clavarse en el pecho de su adversario.

Exhaló éste un grito angustioso, vaciló y cayó sin conocimiento.

No había dejado de existir; pero la herida debía ser bastante peligrosa.

—¡Fuego de Satanás!—gritó Ginés.

—Quedaos aquí—dijo el paje—, podéis hacer lo que mejor os parezca, es decir, continuar vuestro camino o socorrer a vuestro compañero.

—Me quedaré, y uno de vosotros se batirá conmigo, porque necesito morir o matar... ¡Rayos!... Este enredo debe concluir hoy, y como después no me aguarda más que la horca...

—Si no envalmáis la espada, os mataremos.

—¡Cobardes!...

—Nuestra obligación es permitirlos algún desahogo.

—Esperad.

—No—dijo Luis.

Y en compañía del capitán, del escudero y de Santiago se alejó.

Sus caballos avanzaron al galope y desaparecieron muy pronto.

No es posible pintar la desesperación de Ginés. El miserable no sabía qué determinar.

Empezaba Leontín a recobrar el conocimiento y a exhalar gritos angustiosos.

—¿Por qué te dejaste engañar en la hostería?
—le dijo Ginés.

—¡Socorro!...

—Muérete como un perro.

—Ginés...

—¿Qué me importa tu vida?... Ya me considero completamente perdido, y lo demás no me importa; ¡Y no podré vengarme!...

Dudó Ginés entre volverse a la corte y seguir hacia Burgos.

Creyó que al hacer lo primero nada conseguiría.

Ya no abrigaba esperanza de que la princesa saliese del convento, pues no era posible que el paje le dejara salir, conociendo el plan, como lo comanda; pero ya que no otra cosa, sobre Corpejo podría el descrejado desahogar su ira con el pretexto de la torpeza que había cometido dejándose engañar por el escudero del marqués.

Sin cesar pedía socorro el desdichado Leontín; pero su compañero no quiso hacer más que ver la herida y ponerle allí un pañuelo mojado en vino para restañar la sangre.

—¡Me abandonáis!—dijo tristemente el italiano.

—¡Truenos!... Hasta Saranás me abandona, y por consiguiente, nadie me mueve a compasión.

—Pensad que nuestra señora...

—Ya estamos todos perdidos, y si queréis tomar mi consejo, pedidme que os acabe de matar para evitaros sufrimientos, que con la mejor voluntad del mundo lo haré, aunque no lo merecéis.

—Dejadme vivir, y que sea lo que Dios quiera.

—Pues a Burgos voy. ¡vive Dios que no ha de pasarle muy bien el señor Pablo Corpejo!

Voltó a calgar Ginés.

A los pocos momentos había desaparecido.

CAPÍTULO CXI

Otra desgracia

A las puertas de Burgos llegaba el desorejado escudero con el alma rebosando ira, lívido y descompuesto el semblante, crispados los puños y lanzando centelias por los ojos, cuando se le pusieron delante diez hombres vestidos de negro, los cuales sacaron las espadas y exclamaron:

—¡En nombre del rey!

Eran alguaciles con un alcalde.

No necesitó explicaciones Ginés, y comprendió perfectamente por qué lo habían dejado con vida.

Lo que sintió no puede explicarse.

En manos de la justicia y a bien escapar, lo enviarían a galeras por toda su vida, que casi era peor que entregarlo al verdugo.

Si hacía resistencia, se agravaría su situación; pero, a pesar de esto, trastornado como estaba por la ira, determinó no entregarse.

A caballo, con su espada, sus fuerzas hercúleas y su valor, parecióle que no le era imposible atropellar a la alguacilesca tropa y escapar, ocultándose cuando hubiese perdido de vista a sus perseguidores.

—Esta bien—dijo, haciendo un esfuerzo para dominarse—. Soy un hombre honrado y respeto a la justicia.

—Pues descabalgad—replicó el alcalde, mientras los alguaciles rodeaban al criminal.

—Así lo haré, pero antes ruego a vuestra señoría que me diga por qué me prende.

—Se os dirá después.

—Debéis haberme confundido con otro.

—No.

—Repito que sí, y perdona vuestra señoría.

—Os llamáis Ginés.

—Yo...

—y como os falta una oreja, la equivocación no es posible.

Convencióse el escudero de que ya era inútil fingir y queriendo aprovechar el aparente descuido de los otros, clavó las espuelas en los ijares de su caballo al mismo tiempo que echaba mano a la espada y que gritaba:

—¡Por el infierno!

Supero al mismo tiempo también dos de los alcaides cogieron las riendas y otro descargó tan terrible cintarazo sobre la cabeza de Ginés, que lo dejó aturdido. El caballo se agitó y revolvió sin poder partir.

El criminal sacó la espada, la levantó y dejó caer y aunque hirió a uno de los cornetes que sujetaban las riendas, asestáronle un segundo golpe, momentáneos por otro lado y perdió uno de los estribos al querer acudir a todas partes.

Aun consiguió herir al otro alguacil que sujetaba al caballo, y sintiéndose éste libre, dió un resaca, se recogió sobre sus patas traseras, saltó, dejando caer al alcalde y a un alguacil, y partió como una centella.

La violencia de la sacudida que Ginés no esperaba, lo hizo caer y quedando enganchado uno de sus pies en el estribo, fué arrastrado por el bruto corcel.

Razonaron lamentos y maldiciones, ayos y amenazas, y por las calles de Burgos entróse el caballo, llevando siempre al criminal, que debía sufrir lo que apenas se concibe.

Acudió mucha gente, prestaron los unos auxilios a los heridos y otros corrieron y gritaron para que los transeúntes detuviesen al cuadrúpedo.

La escena aquella fué breve; pero tuvo mucho de horrible.

Pocos minutos después ya no existía el desorejado escudero.

El caballo se detuvo, como resbaló y cayó.

Corrió rápidamente la noticia del suceso; pero nadie sabía el nombre del criminal a quien habían intentado prender y por consiguiente el señor Pablo Comeja siguió esperando a sus amigos.

Cuando al sol se ocultaba, decía el alguacil:

—¿No han recibido mi carta? Así debo creer porque tiempo les ha sobrado para venir; pero de todas maneras irá al monasterio, pues doña Ana esperará y bien puede salir aunque nadie la acompañe más que yo.

Poco después cenaba el hidalgo y le preguntaba a Lucas:

—¿Tenéis completa confianza en el hombre que llevó la carta a Madrid?

—Ya os dije que respondía con mi cabeza.

—Sin embargo, la carta no ha llegado a su destino.

—¡Bah!...

—A la persona a quien me mandasteis ver, que es un caballero muy alto, muy ilustre...

—¿Qué os dijo?

—Escribió y me dio este papel.

—Veámos.

El señor Cornejo tomó el papel que le presentó el mensajero y leyó lo siguiente:

"Recibo tu carta. Saldremos hoy. Los demás se quedan."

No era posible la duda.

—¿Habéis venido muy de prisa?—preguntó a señor Pablo.

—No, porque he querido volver cómodamente—contestó el mensajero.

—Os digo que no.

—Y yo digo que sí, porque lo sé.

—¿Que lo sabéis!...

—Como que acaba de llegar el mensajero para que le paguéis según lo convenido, y como estabais cenando, le dije que esperase, porque no me parecía bien molestaros ahora.

—Quiero ver a ese hombre.

—Trae un papel para acreditar que ha cumplido con toda exactitud.

—No lo entiendo.

—Pues ahora lo veréis.

Saltó el posadero y poco después se presentó el que había llevado la carta.

—¿Habéis hecho el viaje sin novedad?—le preguntó el hidalgo.

—A Dios gracias.

contestó el mensajero.

—Cada vez lo entiendo menos.

—Ya veis que he cumplido bien.

—Sí.

—Y con vuestra licencia...

—¿Y nada os dijo la persona a quien entregasteis la carta?

—Me saludó con palabras muy agradables, me dio un vaso de vino añejo, y me regaló un ducado, cuya cantidad dijo que nada tenía que ver con lo demás.

—Tomad, y retiraos.

El hidalgo pagó al mensajero, y éste salió.

—¡Tal vez—pensó el señor Pablo—, no hayan querido entrar de día en Burgos, y alargo la esperanza de verlos antes del momento crítico.

Su esperanza se desvaneció.

A las nueve y media, muy disgustado y muy preocupado salió Cornejo de la ciudad encaminándose al monasterio de las Huelgas.

—¡Vive Dios!—decía—. ¿Por qué no han venido?... ¿Se burlará también esta noche de nosotros el diabólico peje? ¡Oh!... No estoy tranquilo.

Llegó al monasterio.

Escaló la tapia.

Atravesó la puerta sin percibir más ruido que el de sus pasos, y viendo la luz que salía por la ventana de la celda de doña Ana de Mendoza.

CAPÍTULO CXII

Dónde termina esta historia

Mientras el señor Pablo Cornejo se preocupaba, temía nuevos golpes y se encaminaba al monasterio, encontrábase la viuda en su celda, sentada en un sillón y junto a la mesa donde había una copa de plata cincelada, la copa terrible que por tanto tiempo había guardado Luis como se guarda un tesoro.

El mismo veneno que acabó con la vida de Ray Gómez, había echado en la copa doña Ana, y estaba dispuesta a beberlo y morir, si aquella noche se le presentaba un nuevo obstáculo para recobrar la libertad.

Había hecho el último esfuerzo, había apelado al último recurso, y comprendía perfectamente que si su plan se frustraba, ya no debía abrigar la esperanza de vengarse, que era la única esperanza consoladora para ella.

Repasaba en su memoria todos los sucesos de su borrascosa vida.

Algunas veces se entreabrían sus labios para sonreír con amargura desgarradora.

—¡Oh!—murmuró sordamente—. Para atormentarme me ha enviado esta copa, cuyo recuerdo es espantoso: pero me servirá para poner término a mi vida. Sí, antes que esta situación horrible, quiero la muerte.

Doña Ana se levantó, abrió un cofre y sacó un pequeño espejo donde pudo contemplar su imagen. Densa palidez cubrió el rostro de la dama.

Muchos de sus cabellos habían encanecido y empezaban a verse en su rostro las señales de una vejez prematura.

Había concluido su gloriosa carrera, ya no podía arrebatarse con sus encantos, ya no representaría en el mundo más que un triste papel, el que representan los viejos cuando no comprenden que con el ti-

acto, la experiencia y las virtudes se puede aspirar a una grandeza más honrosa y más positiva que la de los triunfos efímeros de la vanidad.

En pocos instantes sufrió doña Ana lo que no puede concebirse.

Guardó el espejo y volvió a sentarse.

Los minutos le parecían siglos, eternidades.

Los doce dieron.

Se contrajo más y más la frente de la viuda.

Se puso en pie, fué hasta la puerta, la abrió, miró y escuchó.

No percibió el más leve ruido, y su mirada se perdió en las tinieblas de una galería.

Nada más podía pedir a la fortuna.

No la espíaban, y esto era cuanto necesitaba entonces.

Fuó hasta la reja, llevando la escala, que dejó caer y enganchó.

Luego, con las fuerzas de su excitación febril, asió los hierros, los empujó y vió que cedían, rompiéndose los unos y doblándose los otros.

Tanto había llamado, que faltó muy poco para que la reja acabara de desprenderse y caerse.

Quedó suficiente espacio para que entrase o saliese una persona.

¿Tendría valor la viuda para bajar por la escala?

El valor le sobraba para todo en aquellos momentos.

Se asomó por la ventana, miró a todos lados y aspiró con avidez el aire húmedo y frío.

Ni la más ligera nube empañaba el horizonte.

Innumerables estrellas brillaban.

¡Hermosa noche!

La ilustre dama miró a la huerta y le pareció ver un bulto que se movía al pie del muro.

—Son ellos—murmuró.

Con desigual violencia empezó a latir su corazón.

Había llegado el momento, y el diabólico paje no se presentaba.

—¡Ah!—exclamó la princesa—. Hoy ganaré la partida. Tal vez acudirá mi enemigo, pero... ¡Será tarde!

Muy poco después de haber pronunciado estas palabras, se presentó el hidalgo.

—¡Cornejo!—exclamó la viuda.

—Aquí me tenéis, señora, y...

—Entrad.

—¿No hay temor de que nos escuchen?

—No.

—¡Vive el cielo!—exclamó el señor Pablo, mientras entraba en la celda—. Perdonad; pero...

—¿Venís solo?

—Viéndolo estáis.

—¿Y vuestros compañeros?

—No han parecido, y la verdad...

—Si les escribisteis...

—Y recibieron la carta, como lo justifica este papel que me envió Leontín.

Leyó la princesa.

Sus manos temblaban.

—¡El diablo!—dijo con voz sombría.

—Indudablemente alguna desgracia les ha sucedido.

—¡Oh!...

—Pero recuperaréis la libertad ahora mismo y habremos adelantado mucho.

—Sí, me vengaré—repuso la princesa, cuyos ojos relumbraron.

—Señora, debemos aprovechar los momentos.

—¡Adiós, copa fatal!... Ya no necesito tu auxilio, quiero vivir, porque podré vengarme.

—Bajaré primero y os esperaré.

—Antes, yo.

—¡Pensad qué...

—¿No comprendéis el valor que tienen los minutos para mí?

—Cúmplase vuestra voluntad.

Dió la princesa un paso para dirigirse a la ventana; pero en aquel momento se abrió la puerta, presentándose Luis envuelto en su capa blanca y seguido por Pero León, Juan, Santiago, la abadesa y muchas monjas.

La ilustre viuda dejó escapar un grito de asombro y de terror, quedando inmóvil y con la mirada fija en el paje.

Este parecía completamente tranquilo.

Algunos momentos pasaron de silencio absoluto.

—Y el señor Pablo Cornelio?

No hay que decir que el favor se había apoderado de su espíritu; pero comprendió que su salvación dependía de aprovechar aquellas instantes, y se dirigió a la ventana, saltó y desapareció.

—¡Rayos del infierno!—gritó fuera de sí el capitán.

Y a la ventana llegó también, y sin más sentimiento ni reflexión, desenganchó la escala y la dejó caer.

Inmediatamente resonó un ruido sordo, y luego un lamento de agonía.

El infeliz hidalgo había dejado de existir.

—Que el diablo cargue con tu alma—dijo el capitán—. Ya has hecho el gran viaje y no has de incomodarnos.

La anciana superiora avanzó algunos pasos, volvíase a las monjas y dijo con grave tono:

—Al "in pace".

—¡Al "in pace"!—exclamó la dama—. ¡No me enterraréis viva!

Y cogió la copa, y bebió sin que fuese posible evitarlo.

Resonó un grito de horror.

—¡Envenenada!—murmuró el paje.

—Sí — respondió la viuda, mientras se dejaba caer en el lecho—. Voy a morir, pero no en el "in pace", con una agonía tan espantosa que apenas se concibe... Este veneno es muy activo, ya lo sabía.

Interrumpióse la dama y miró a su alrededor.

—¡Oh!—murmuró con voz cargada—. Cuando mis ojos se cierran para dormir eternamente, sin piedad a despertar mi conciencia... Ahora deseo vivir... ¡Es imposible!... Vuestra capa... Cubridme con ella...

—No, no.

—Moriré más tranquila.

—Ya os he perdonado...

—¿Y vuestros amigos?

—También.

—Vuestra capa...

—Señora...

—Sí, os lo suplico... Será una expiación... Rogad a Dios por mi alma... Un sacerdote... Pero vuestra capa... Quiero imponerme esta penitencia.

El paje cubrió con su capa a la viuda.

Se había cumplido la profecía de Blanca, y la capa del diablo fué el sudario de muerte de doña Ana de Mendoza y de la Cerda.

Llamaron a un sacerdote, que aun pudo escuchar la confesión de la moribunda y concederle la absolución.

Aquella mujer singular dejó de existir cuando brillaban los primeros rayos del sol, sin que pudiesen salvarla los recursos de la ciencia que se le prodigaron.

A la misma hora moría Leónida.

Nuestros amigos pudieron realizar su dicha, casándose el paje y el marqués con las mujeres a quienes adoraban.

Inés dejó de ser doncella en todos sentidos, pues se casó con el escudero Juan, recibiendo ambos la recompensa que merecían.

El capitán Pero León se aburría en la corte y obtuvo el mando de un regimiento, yendo a pelear con los enemigos de su patria.

No hay que decir que Santiago fué recompensado también con largueza y vivió feliz.

FIN DE LA OBRA

(Publicación autorizada por Editorial Castañ
S. A., Madrid)

